

El Círculo de Koría



Bel Atreides

Lectulandia

Con el príncipe Brahmo desaparecido en el bosque, inmerso en sus Guerras Korianas y Dama Esha secuestrada por el partido oligárquico, Eben la vieja capital del fragmentado imperio de Ordum, se ha convertido en la presa de los Roshis Negros. La cripta del antiguo zigurat del Rey Ban está a su merced y, con ella, el extraño tesoro que ha de servir al renacimiento del reino de Eben. Leb Imol-Merkhu, el impredecible agente de las Ordenes; Vrik de Belinor, el muchacho sediento de Infinito; Ushas de Tauris, que lucha contra su enfermedad mortal con las solas fuerzas de su mente oculta; Brahmo el manu, uno de los simios alpinos supraevolucionado y los Señores de Thúbal, herederos de la antigua aristocracia del espíritu, serán algunas de las fuerzas vivas que se coaligarán para la salvación y transformación del reino.

Lectulandia

Bel Atreides

El Círculo de Koría

ePub r1.0
fenikz 17.05.14

Bel Atreides, 1996

Editor digital: fenikz
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*As I ponder'd in silence,
Returning upon my poems, considering, lingering long,
A Phantom arose before me with distrustful aspect,
Terrible in beauty, age and power,
The genius of poets of old lands,
As to me directing like flame its eyes,
With finger pointing to many immortal songs,
And menacing voice, «What singest thou?», it said,
«Know'st thou not there is but one theme for ever-enduring bards?
And that is the theme of War, the fortune of battles,
The making of perfect soldiers».*

WALT WHITMAN, Leaves of Grass

C'est une des fatalités de l'humanité d'être condamnée à l'éternel combat des fantômes.

VICTOR HUGO, Les Misérables

Yet, why was it not dark already? Why was it not? Because the bravest of us fought valiantly against the coming of the night.

A. A. ATTANASIO, The Dragon and the Unicorn

PRÓLOGO: ARQUEOLOGÍA EN EL INFIERNO



oche desbordada de luna, lechosa en la bruma de una inundación de nácar, pálida y azul, ahogados los astros en la estela láctea, sustanciada de misterio. El desierto. En las ruinas de la vieja ciudad, que emerge apenas de un sudario de arena, duermen nómadas apátridas, beduinos desarraigados, ladrones y parias. Y la sombra de una pirámide negra cuya historia terrífica no quieren recordar cae sobre los restos de la urbe muerta.

Oyen a veces estos errantes monstruosos rugidos llegando del interior de la pirámide-fortaleza y corren de boca en boca, además del recuerdo inefable de su historia, leyendas de endriagos y espectros. Más de uno se ha aventurado por sus corredores oscuros convencido de que el miedo es en verdad celador de tesoros, pero también su pregonero. Estos se aventuraron para no retornar. Otros, que dormían solos o en pequeños grupos, desprevenidos, cerca de la anciana puerta, desaparecieron también. Sin embargo, en las ruinas hallan estos parias refugio de las tormentas de arena, y el peligro en el que tienden sus lechos los aureola de un acerbo carisma que los hace más temibles en el curso de sus depredadoras gestas.

Silba hoy un viento al que no temen, arrullando sus sueños.

De pronto, la noche se quiebra en inhumanos aullidos. Los ladrones despiertan, se juntan los grupos, cimitarras y alfanjes se ungen del palor de la luna... relinchan atemorados los caballos y los camellos caen de rodillas cuando pugnan por romper las maniotas que les traban las patas. Con ojos ebrios de sueño y de miedo escudriñan los beduinos la noche. Nada. Y los aullidos, cada vez más agudos, penetrantes, enervantes, aniquiladores, se acercan estrechando alrededor de las ruinas su círculo de espanto. Sin que medie palabra, optan todos los grupos por una decisión unánime. Corren trastabillando por los cauces de arena que fueron calles, corren hasta alcanzar sus animales y, librándolos de trabas o ronzales, saltan sobre ellos, luchan por

afirmarse en sus monturas despavoridas, y se lanzan suicidas al hondo desierto orando a sus dioses. Hasta que estén muy lejos, ninguno sabrá que ha cruzado el cerco maligno. En pocos instantes sólo queda en la anciana ciudad el silbido inofensivo del viento.

—Adelante, haz la señal. Creo que han huido todos.

—¿Y si queda alguno?

El otro se encogió de hombros. Un manso ulular cantó en la blanca noche. Desde distintos puntos, treinta hombres avanzaron en círculo, camuflándose aún, convergiendo en la puerta de la pirámide negra. Cinco de ellos portan un gran sarcófago dorado.

—¿Es este el lugar? —susurra uno de ellos mientras se aproximan al resto de la compañía.

—Así lo asegura el mapa.

—Y el mapa... ¿es fiable?

—Debe de serlo. Se ha tardado años en descifrarlo y la Dama del Arco ha esperado mucho, antes de permitir esta misión.

—¿Cómo podemos saber que esta es la pirámide de Krissa?

—Entrando.

—¿Y si no está... si no lo encontramos? El otro vuelve a encogerse de hombros.

—Mira, ahí está Abnüel, el Caballero del Segundo Anillo.

Los portadores del sarcófago llegaron hasta el jefe de la compañía, que examinaba el plano del laberinto interior ya en el umbral de la puerta.

—Preparad las ballestas y los *abnur* —dijo Abnüel plegando el plano y guardandoselo en la bolsa de cuero al cinto—. Doce delante, trece detrás, el sarcófago en medio. Los corredores son lo bastante amplios para que podamos marchar en hileras de tres. La distancia hasta la cámara mortuoria no es mucha, pero peligrosa. Todas las noticias aseguran que hay una horda de *golem* en la pirámide-fortaleza. En cuanto a la tumba que buscamos, estará sin duda protegida por las formas mentales de la reina-maga. Son probables otras trampas. Todo el entrenamiento que habéis recibido de las Órdenes es necesario ahora. Que Dios os proteja. ¡Vamos!

Los treinta guerreros de la Segunda Orden del Anillo, casi todos ellos hombres jóvenes del desierto, ciñeron sus frentes con la banda portadora del *abnur* y las pequeñas piedras-luz de los alquimistas brillaron con intensidad azul, como engastes de tercer ojo. Entraron por la gran puerta de Poniente, maciza pero desvencijada y rota, recuerdo de antiguos y terribles esplendores. Abnüel marchó a la cabeza, con la espada del Segundo Anillo en la mano, ligeramente curva y grabado en la hoja el *Anillo del Fundamento* por los artesanos del Rey Ban, que dos siglos atrás la forjaron.

Tétricos eran los corredores, invadidos por la arena, morada de sierpes y arañas,

escorpiones y ratas que al paso de los hombres huían con agudo chillido y el batiborrillo de sus patas pequeñas y uñosas. Las paredes estaban desconchadas; frescos que un día abrumaron los ojos con imágenes que el Infierno inspirara se veían desportillados, recorridos por lepra y serpigo de moho. El aire, fétido, pesaba cargado de una podredumbre de siglos. De trecho en trecho se tropezaba con restos carroñosos de animales... también humanos a veces. Iluminados por el resplandor místico de los treinta *abnur*, los corredores se llenaban a ratos de sombras tristes y los gritos de los presos que abarrotaron las mazmorras de Krissa ecoaban adoloridos en las bóvedas del Tiempo.

De pronto, sonido de pasos, ligeros, desnudos. Un resuello herido, un gemir temeroso. La compañía se detiene. Los guerreros de la Orden de Segundo Anillo preparan las ballestas y esperan para actuar la señal de Abnüel. El sonido llega desde un corredor perpendicular al que ellos invaden, cada vez más cerca, cada vez más desesperado. Aguardan en rotundo silencio. Y se hace perceptible entonces también otro ruido, sibilino y atroz, como el correr suave y mortal de panteras jugando a soltar y a cazar su presa. Está delante y detrás y llega, también, en pos del gemir peregrino, por el pasillo que desemboca algo más allá, a la izquierda.

Por fin ven la primera de las formas, blanca, esquelética, espectral, casi transparente al penetrar en el nimbo azul de los *abnur*. Corre ahora como poseída mirando atrás el espanto del que huye, con su gemido transformándose poco a poco en grito, alarizándose. Al verlos se detiene en seco, aúlla aterrada, retrocede. Aparecen ahora, una en cada boca de dos los corredores que confluyen, las figuras feroces y enormes de los hombres-bestia criados por Krissa, que en lengua *mâurya* llamaron los *golem*, los *obscurecidos*, los *abismados*: rostro animal de boca ancha y carnívora, dientes grandes y sanguíneos, ojos atigrados, melena leonina y rictus endemoniado; cuerpo de nervio macizo, de músculo sarmentoso; piel cenicienta, áspera y vellosa, manos torcidas y asesinas como garfios. La forma blanca queda atrapada entre los *golem* y los guerreros. Comprende al fin que su salvación, si aún es posible, está delante y se arroja a los pies de Abnüel.

—Por Dios, por Dios... —llora en la lengua del Desierto.

Es una muchacha joven, del palor de la luna, ojos grandes y hundidos; crencha larga, negra, desgreñada, hedionda; cuerpo consunto, trasijado en su desnudez y herido, cubierto de una costra de hez indescriptible. Abnüel ha oído hablar de los sacrificios humanos, vivos y muertos, que los nómadas ofrecen a los demonios de la vieja pirámide: jóvenes y muchachas raptados de sus tribus peregrinas, niños a veces también, con los que propiciarse o sobornar a los señores de las sombras. Ha oído hablar de los cebos humanos con que los buscadores de tesoros creen poder engatusar y despistar un instante a los seres monstruosos, carnales y espectrales, nunca bien definidos, pero supervivencias de un pasado de terror, que pueblan las ruinas de lo

que fue a la vez palacio, templo, prisión, necrópolis y fortaleza de la hija de Maurehed... cuando el nombre de Krissa hacía temblar de extremo a extremo el imperio de las arenas. Con la muchacha a sus pies, Abnüel no puede dejar de pensar en Alayr, que pasó su calvario también con los *golem* de Sarkón, en la tenebrosa criptópolis ebénida.

El Caballero del Segundo Anillo pone su mano izquierda sobre la cabeza de la joven.

—Te tomo bajo mi protección, mujer, pierde cuidado —le dice en la lengua común del Desierto.

Arteros, los *golem* han esperado quietos a que otros se les unan. Les dice su instinto atrozmente agudo que la pasividad les protege, que a los invasores les repugna tener que matar. Son siete ahora a cada lado del pasillo. Intuyen también que los hombres no aguardarán más allá de un cierto grado de tensión y que no dejarán crecer ilimitadamente la amenaza. Temen los dardos que les apuntan, los ojos azules, astrales, en las frentes de los enemigos, la mística luz que apaga las sombras en las que ellos ven. Sin avanzar ni retroceder, se mueven como leones que en jaulas cuajan su ira, dejando escapar un débil, constante gruñido, un ronroneo casi, de odio e ironía. Saben que es la muerte lo que brilla en las puntas de las flechas, pero saben también que otros entes pueblan la pirámide que en un instante pueden sofocar ese brillo dándoles su oportunidad de atacar.

Las ballestas están alzadas. La orden de disparar se demora aún en los labios de Abnüel, que odia la idea de ejecutar aun a estos monstruos, cuando un viento pasa, inesperado y opaco, subyugando el poder de los *abnur* y apagándolos. La muchacha grita viendo renacer la tiniebla en la que ha vivido un tiempo incalculable; días y noches fundidos en una misma hora de pesadilla. Los *golem* atacan, rugiendo de dicha y videntes en su mediodía de sombras. Pero los dardos vuelan, serenos y precisos, discretos en su silencio mortal. No en vano ha advertido Abnüel a sus guerreros que deberán apelar a todo el entrenamiento recibido en los enclaves secretos de las Órdenes.

Los rugidos se han apagado. Algún resuello violento y quejumbroso se deja oír aún, antes de que una hoja corte su último hilo de vida. El viento, eco en el aire físico de algo que infecta el espacio sutil, todavía gravita maligno, como un gran pólipo, sobre las cabezas de los guerreros. Estudia cómo atacarlos, cómo penetrarlos, y les tantea con sugerencias de pavor y traición. No todos los guerreros pueden escucharlas con tanta nitidez como las oye Abnüel en el éter límpido de su mente, pero sí perciben el peso de una atmósfera confusa y pegajosa, una niebla que los sumiría en la inercia, si se abandonasen. Demasiado bien conocen estas fuerzas hostiles los hombres de las Órdenes, y la sugestión de abandono les hace afirmarse en su voluntad batalladora. Ensayá el ente entonces otra táctica: excitar su voluntad de

acción más allá de todo límite de prudencia. Los más fogosos de los jóvenes resultan receptivos a esta incitación; empiezan a moverse nerviosos en sus lugares, hastiados de obscuridad y pasividad; demasiado disciplinados para murmurar, resoplan sin embargo crispados, tratando de mostrar, con leve amago de protesta, su inquietud a su jefe.

Silencio. Abnüel no dice una sola palabra, no emite ni una sola orden. Interiormente, alguno llega a preguntarse si el Caballero del Segundo Anillo habrá muerto en el ataque de los *golem*. Está a punto de expresar su duda en voz alta, sin darse cuenta de que también esta es una insinuación de la entidad que los presiona, cuando una ola de calma llega de la cabeza de la compañía, serenándolo y deshaciendo su cuita. Comprende al fin que el arma es el silencio, el silencio... y que los más desprotegidos ahora son aquellos que permiten rumiar a sus mentes cuando es tan necesario callar.

Cuando por fin el silencio es perfecto, el viento obscuro parte dejándolos más fuertes. Los *abnur* brillan otra vez con la nueva entereza de los hombres.

—¿Puedes caminar? —le pregunta entonces Abnüel a la joven alzándola del suelo y cubriéndola con su capa azul.

—Sólo para salir de aquí —responde ella con voz exhausta pero tono implacable.

—Eres bien libre de hacerlo, pero será sin nosotros.

—Por lo que más quieras —gimió la muchacha—, no me abandones; hay otras cosas ahí...

—Tenemos una misión, mujer. Más importante que tu vida o las nuestras. Síguenos. Una vez cumplida, te sacaremos de aquí y te llevaremos con nosotros.

—Me faltan las fuerzas...¡Dios...! Quiero morir, pero no aquí, no aquí...

Y arrebujándose en la capa, estremecida, se dejó caer nuevamente a los pies de Abnüel.

—Capitán —terció en lengua *dévica* uno de los guerreros para que la muchacha no pudiera entenderlo—, esta niña cree que somos buscadores de tesoros y teme que la vuelvan a emplear como cebo.

—Sí, Núma. Pero hay algo más —musitó Abnüel penetrando con sus ojos más allá del velo de la carne—: lleva en su seno la semilla de los *golem*. Sólo quiere encontrar en las arenas un lugar donde matarse de hambre y de sed.

—¡Dios...! ¿Así persiste la raza de Krissa?

Pero Abnüel no respondió. Se arrodilló junto a la muchacha, le tomó la cabeza entre sus manos y le acarició el rostro infundiéndole calma.

—No te entregaremos, muchacha. Confía. No hemos venido a ofrecer sacrificios humanos ni a buscar tesoros... O sí, el más grande de los tesoros, pero no necesitamos cebo para eso. Dime, ¿cómo te llamas?

La niña alzó sus ojos, dulces aun en su terror, parpadeantes de lágrimas.

—Mi nombre, en la lengua del Desierto, es el de los cuernos de la luna.

—Yâra... como la compañera eterna de Alayr, la Virgen Libertadora.

—Yâra es el supremo orgullo de mi reino. Yo vengo de las dunas de Yâra. En mi patria se habla de Dama Alayr como del más grande Avatar de la Madre y de Yâra se dice que la sigue de vida en vida.

—Yâra, yo vengo de las nieves donde habita ahora Yâra. En mi patria reinan los dos Avatares de la Madre, Dama Alayr y Libna la Blanca. Te llevaré allí, ellas te redimirán del infierno que crece en tus entrañas.

—¿Eres un Caballero de las Órdenes? Pareces demasiado joven para eso.

—Soy Abnüel, hija, y tengo varias veces tu edad.

—Mi tierra es rica en tradiciones épicas. Se dice que los siete Caballeros de las Órdenes portan espadas que son libros.

—Si te muestro mi espada, ¿confiarás en mí?

—Ciegamente.

Abnüel puso entonces en su regazo la espada del *Anillo del Fundamento* y la hoja brilló con llama azul, ahíta de sabias inscripciones. La muchacha la alzó, se la acercó a sus ojos extenuados y con voz rota leyó:

—*Por el filo de la espada en la piedra entrañada gotea la sangre del dragón. De la sangre fluyente del dragón nacen los seres vivos; pero cuando la sangre deja de manar al exterior, la piedra se convierte en volcán de oro.*

Y luego, alzando sus ojos hasta hallar los de Núma, tradujo tres sutras del *déxico*:

—*La espada es la serpiente. La serpiente es la luz. La luz es el Verbo Creador.*

Se dejó llevar la muchacha entonces y, como agotara en su huida sus últimas fuerzas, Abnüel la cargó en sus espaldas. Y era su peso ligero y grato, como el de un niño que en la calidez de unos brazos paternos es portado al sueño soñando. Avanzaron durante más de dos horas por aquel laberinto que sabía engañarlos y la distancia que los separaba de su meta, aunque escasa en principio, se agigantó. A pesar del plano de la pirámide en posesión de Abnüel hubieron de reconocer por fin que estaban perdidos y la muchacha, que casi tres lunas había pasado allí presa, enloquecida y en tinieblas, no podía ayudarlos.

—Señor —llamó de pronto Núma, que marchaba ahora unos pasos por delante de la compañía—, ved aquí.

Abnüel dio el alto, permitió reposar a los portadores del sarcófago, descabalgó a Yâra y se acercó a Núma. El joven guerrero le mostró la abertura de una cámara con los restos de una puerta recia y ferrada, como de prisión, encajados aún en fuertes pernios. Abnüel cruzó el umbral y, nada más penetrar en la estancia, su *abnur* relumbró con intensidad mayor. Era un lugar pequeño, asfixiado de memoria. Sólo un tálamo había allí, cubierto de sedas negras ajadas, y un espejo roto cuyos fragmentos malignos se dolían de la luz del *abnur*. Un recuerdo intuitivo despertó en Abnüel,

brillante y obvio como el de algo que acaba de ocurrir, a pesar de que hacía ya más de veinte años que leyera el relato de los últimos días del Don escrito por Libna la Blanca.

—Esta es la celda en la que estuvo preso el Rey —musitó como para sí mismo.

—Señor, la misma sensación tuve yo al ver la puerta. Por eso os requerí.

Abnüel consultó el plano por centésima vez a lo largo de la última media hora.

—Entonces estamos aquí, ¿ves? Más adelante por este mismo corredor, aquí, a la izquierda, debería haber una puerta en arco...

—El sancta sanctorum de Krissa, cripta de su nigromancia asesina y sus invocaciones teúrgicas —glosó pomposamente el joven tras leer la indicación en el pergamino que sostenía su capitán.

Abnüel se sonrió internamente de la solemnidad que Núma infundiera a sus palabras.

—Exacto, el laboratorio de la reina-maga. Aquí fue asesinado el Rey Ban. Es aquí precisamente, según el plano, donde se abre el único acceso a la cámara mortuoria.

El Caballero del Segundo Anillo volvió a guardar el plano y recogió con su pañuelo unos fragmentos del espejo roto.

—Vamos.

La compañía se puso en marcha otra vez, hallaron el arco, quebraron la maciza puerta cerrada, y los recibió una atmósfera cargada de peligro febril. La muchacha fue la primera en notar lo en su piel, como infinitas, insidiosas agujas, instigando un delirio de fantasmas. Gemiqueó en exhaustos sueños. Espontáneamente, los guerreros se rascaron el rostro y los brazos, vieron debilitarse los *abnur* y culebrear fugaces fosforescencias en las sombras. Pesaba en aquella estancia la densidad de un mundo sórdido y protervo, oculto en los intersticios del aire.

—Atrás —ordenó Abnüel—. No es necesario que toda la compañía entre aquí. Núma, tú y los portadores del sarcófago, seguidme. Aguardad el resto en el corredor, cubriéndonos las espaldas.

Depositó a Yâra con cariño junto a la pared, donde pudiera apoyarse; tocó su frente, advirtió la fiebre, le acarició el rostro y le acomodó la capa. La muchacha, sintiéndose protegida y conducida ahora, se abandonaba; y la pesadilla en la que había vivido estos meses reproducía su ciclo en la soñolienta memoria.

Abnüel y sus hombres volvieron a la cámara. Aun con la luz debilitada de sus *abnur* pudieron darse cuenta ahora de que era un recinto grande, abovedado, de perímetro pentagonal. Estaba todo él cubierto de polvo; fragmentos de objetos irreconocibles había aquí y hallá obstinados en demorarse un instante aún en el mundo de las formas, antes de derretirse para siempre en las cenizas del Tiempo. Parecía que todo en aquella cámara hubiese fenecido desde dentro al morir Krissa y que la fuerza vital de la reina-maga hubiera reabsorbido en sí, al desterrarse de este

mundo, la esencia del lugar dejando sólo las cáscaras vacías de las cosas, destinadas a una veloz y completa desintegración. La cripta, cerrada seguramente por Krissa antes del viaje a Mâurwanna del que no retornaría, no sería abierta nunca más. Y el final de la bruja provocaría el irreparable declinar de la pirámide.

Al posar el sarcófago en el centro de la sala, un mudo lamento estremeció la atmósfera.

—¿Oís? —murmuró Núma cerca de Abnüel.

—No he oído nada, pero lo he sentido. Hay una consciencia muy despierta en este lugar... a pesar de las apariencias. El mundo que inspiró a Krissa tiene aquí todavía sus tentáculos.

—¿No dice el plano dónde se abre el acceso a la cámara mortuoria?

—No creo que nunca lo haya sabido nadie aparte de Krissa... O los esbirros e iniciados que transportaron el cadáver del Rey Ban. Mirad alrededor; tatead el suelo, las paredes... tiene que haber algo que lo indique.

Tres de los hombres sumergieron sus manos en el polvo que anegaba el pavimento; los otros cuatro examinaron las paredes, en las que quedaban restos de antiguos frescos de una hermética decoración. Largos minutos pasaron en silencio, ocupados en una búsqueda inútil. Con los pomos de sus armas golpeaban la piedra del suelo y los muros en busca del panel que velase espacios huecos, o en las pinturas ajadas estudiaban posibles símbolos. Poco a poco, la lobreguez que pesaba en la cámara se imponía a la mayor parte de ellos; crecía el desánimo y una consciencia de imposibilidad.

—Señor, con esta luz... —balbució Núma, y señalando el garniel pendiente del cinto de su capitán—. ¿Acaso...?

Abnüel se palpó la bolsa de cuero.

—¿Esto? Más tarde; no ha llegado el momento todavía.

De pronto, un ruido de avalancha les sorprendió y sintieron estremecerse la pirámide, como sacudida por un terremoto. No comprendieron lo que ocurría hasta que uno de los guerreros asomados a la puerta desde el corredor les gritó:

—¡Señor, el suelo... se está desplazando!

Y era verdad; la estancia perdía su sostén, que se deslizaba rápidamente como tragado por la pared opuesta al arco de la entrada. Cascadas de polvo caían a la nada; el abismo a sus pies bostezaba abriendo más y más la brecha que los separaba del umbral, amenazando engullirlos. Al principio, todos menos uno de los portadores del sarcófago intentaron correr hacia la puerta y salvar la grieta creciente, pero esta se ensanchaba tan rápido que saltarla habría sido suicida. El otro permaneció aturdido, como imantado por la pared que devoraba el suelo, la mano en alto sobre una de las pocas imágenes de la arcana pintura aún discernibles y la mirada perdida. A pesar del ruido asordante en el recinto, les llegó a los siete hombres apresados en una porción

menguante de suelo el tumulto del corredor; los rostros inquietos de los guerreros habían desaparecido del vano de la puerta y pronto fue evidente que más allá de la negra sima se libraba una nueva batalla contra los *golem*.

El vacío crecía más y más bajo sus pies, y los siete hombres se apretaron contra el último paramento salvo, entre el polvo que se arremolinaba sofocándolos, con el sarcófago dorado en medio. Escapar de allí era imposible; esperaban en calma y concentrados el instante en que les faltaría el fundamento, confiando sus últimas esperanzas al salto felino con el que estaban entrenados a vencer grandes alturas y tratando de avistar el fondo de la grieta. Pero el apocado resplandor de los *abnur* no les permitía penetrar siquiera la inmediata superficie de aquel pozo negro. Alzaba de cuando en cuando Abnüel la mirada hacia la lejana puerta y veía el nimbo azul colmando el vano. Tenía la impresión de oír gritos, rugidos, silbar de dardos, golpes secos de espadas, crujir de huesos, intercalados con el rumor titánico del roce de la piedra contra la piedra.

Quedaba la anchura de tres pies de suelo, cuando el rumor cesó y el desplazamiento se detuvo. El polvo inundaba la atmósfera, les cegaba los ojos, les hacía toser, y pasó un rato hasta que aquella menuda labor del Tiempo hubo sedimentado. También la lucha en el corredor había acabado y nuevamente dos guerreros se asomaban al vacío que burlaba el espacio donde hubo una cámara. Perplejos, descubrieron en el otro extremo el tenue fulgor azul de sus compañeros, que parecían milagrosamente suspendidos en la nada.

—¿Señor? —llamó uno de ellos intentando discernir un rostro en la distante nube azulina, y el eco multiplicó y ahuecó la palabra.

—Tenemos aquí el suelo justo para no caer —les llegó la voz de Abnüel—. ¿Cómo...?

Pero de pronto el Caballero del Segundo Anillo se interrumpió y forzó su oído; también su interlocutor calló y escuchó el murmurio sibilante del pozo.

—Hay serpientes ahí abajo —dijo Núma junto a Abnüel.

—Eso es lo de menos ahora —comentó uno de los hombres al otro lado de la brecha—, espero que no tengáis que bajar ahí.

—Pues yo sí lo espero —se opuso Abnüel—. No sabría dónde encontrar la cámara mortuoria si no es allá abajo.

—¿Alguna idea de cómo hacerlo, Señor?

—Estamos en ello. ¿Qué ha ocurrido ahí?

—Volvieron los *golem* aprovechando el instante de incertidumbre cuando empezó a moverse el suelo. Creo que eran diez; al menos dos escaparon malheridos, el resto yacen muertos.

—¿Y vosotros?

—La sorpresa inicial y rasguños leves. Pero me preocupa la muchacha.

—Sí, hay que sacarla pronto de aquí.

A pesar de la situación, incierta y peligrosa, un repentino buen humor se había instalado a uno y otro lado del vacío.

—Si al menos supiera cómo ha empezado todo esto... —murmuró Abnüel acercándose al borde del pozo.

Pero la mano de uno de sus hombres lo detuvo.

—Señor, creo que he sido yo.

—¿Qué quieres decir, Adôm?

—Mirad aquí.

Abnüel acercó sus ojos al lugar donde aquel portador del sarcófago había mantenido su mano como imantada mientras se desplazaba el suelo. La imagen de una hoz plateada destacaba contra un fondo oscuro, con una piedra negra en su punta curva.

—Todo empezó al presionar esta piedra —confesó Adôm, e hizo intención de volver a tocarla.

—¡Déjala! —ordenó Abnüel aferrándole la muñeca.

Examinó la pintura. La hoz era la única imagen visible en varios palmos cuadrados de superficie.

—¡Turmo! —dijo Núma.

—Sí —repuso Abnüel—, en *mâurya*, Turmo es la Hoz, y es Saturno. El Rey murió al comienzo del imperio de Saturno y el pie del cáliz en el que Krissa engastó el cráneo de Ban era de plomo, el metal de Saturno. La cámara mortuoria tiene que estar ahí abajo.

—Señor —llamaron desde el otro extremo de la brecha—, ¿habéis visto la cúpula?

Abnüel y sus hombres levantaron la mirada. La bóveda se había abierto: desde los extremos de la cámara se divisaba un agujero negro en el vértice.

—¿Qué es? —interrogó el mismo hombre.

—Probablemente un cañón hasta la cúspide de la pirámide... Por lo que estamos viendo aquí, quizás sin otra misión que la de canalizar los rayos de Saturno en alguna fecha y hora simbólicas.

—¿El cinco de Diciembre acaso, el día del Sacrificio del Rey? —preguntó Núma.

—¿Qué día es hoy? —repuso Abnüel.

—Diecisiete de Octubre, Señor —contestó Núma.

—Entonces espero no tener la oportunidad de enterarme. Ahora todo se reduce a saber cómo bajaremos ahí.

Abnüel volvió a acercarse al borde del pozo por uno de los extremos de la pared.

—Y a cómo nos moveremos entre las serpientes del fondo —añadió Núma.

—Tengo remedio para eso —repuso el Caballero con la voz de pronto extraviada.

Y sin una palabra más, saltó.

Los seis hombres que lo acompañaban contuvieron la respiración hasta que comprendieron que toda la caída de su capitán se había reducido a poco más de un pie de altura.

—¡Una escalera! —exclamó Núma acercándose al borde del suelo y deduciendo más que viendo la serie de negros peldaños de piedra que descendían a las profundidades, imperceptibles en la obscuridad—. ¿Cómo la habéis visto?

—No la he visto... Ahora esperad aquí. No bajéis hasta que os llame.

Abnüel se sumergió en las sombras, el *abnur* se debilitó más aun, hasta apagarse casi, y pronto lo perdieron sus hombres de vista. La escalera tenía unos tres pies de anchura y descendía unida a la pared, bordeando la gran cámara circular que había bajo el laboratorio de la reina-maga. A pesar de que Abnüel podía ver apenas el peldaño que pisaba, imaginó la escalera larga, profunda, peligrosa; y, como si fuese un recuerdo cedido por la memoria del lugar, se representó a Krissa bajándola grada a grada, blanca de piel y con el manto de sus ropas negras, desplegando toda la atroz solemnidad de una hierofanta de monstruosos misterios.

El silbar de las serpientes y la infinitud de cuerpos viscosos rozándose, anudándose, enmarañándose, estuvo más y más cerca y Abnüel supo que llegaba al fondo. Buceaba en la opacidad de un aire denso y pútrido. Avanzaba lentamente ahora, disuelta la luz del *abnur*, tanteando los últimos escalones. Se halló de pronto en el suelo borbollante de la cámara inferior, y el silbido y borbor de sus inquietos habitantes se excitó. Abnüel permaneció sereno, inmóvil, concentrado. Mientras se palpaba la bolsa de cuero anudada al cinto, una maraña de serpientes le cubrió los pies, le rozó la caña de las botas. Halló en el fondo del garniel la pequeña bola que buscaba, del tamaño de una perla, y librándola de la gamuza que la envolvía la apuñó en su mano grande, fuerte y callosa. Una de las sierpes trepaba por su pierna, cortando con su silbo el aire. Abnüel alzó el puño entonces y su mano empezó a brillar, traspasada por la luz portentosa del nimio *abnur* dorado.

Las serpientes huyeron precipitadas. El resplandor creció y se hizo visible un área más y más grande del suelo que los áspides despejaban a medida que la irradiación de oro desventraba las sombras. Desde arriba veían los hombres de Abnüel la aurora de un pequeño sol. Todo el espacio fue colmándose de luz y se hizo visible la brutal grandeza de su arquitectura. Los ofidios se apiñaban ahora contra la piedra de la pared circular, frenéticos, matándose unos a otros, y Abnüel caminó libremente hacia el medio de la imponente estancia. Doce enormes columnas negras se elevaban a treinta pasos del límite de la sala, describiendo un nuevo círculo, asiento de figuras horrendas que estatuaban sus cimas y oteaban el centro de la cámara apeligando la atmósfera. Había allí, bajo la mirada vigilante de los ídolos, un negro catafalco. Lo rozó Abnüel con las yemas de sus dedos y era de metal, una aleación de plomo, con

jeroglíficos *mâurya* burilados en él, infernándolo. Desde aquel centro de la cámara, mirando a lo alto, se veía una mancha lejana de cielo a través de la lucera abierta en la cúpula.

Con un gesto llamó el capitán a sus hombres, que alzaron el sarcófago y emprendieron el descenso de la larga y curva escalera. Mientras, Abnüel rodeó y examinó el catafalco; observó las columnas, altas, anchas, lisas, macizas, brotando su fuste desnudo del suelo y culminando, doce pies más arriba, en capiteles que eran asiento de oscuros dioses. Formas tenían estos inspiradas más que en el hombre en la bestia, el saurio, el insecto, el ave prehistórica o el cartilaginoso murciélago; pero carentes de la grandeza del león o el leviatán, del maquinal encanto de la libélula o del misterio del fénix, eran caprichos del abismo revelados al ojo humano en un frenesí de delirio.

Y parecían vivos, en el gesto de saltar.

El *abnur* en el puño de Abnüel brillaba más y más a través de la mano cerrada del hombre. Había alcanzado el fulgor todos los rincones del recinto, pero daba la impresión ahora de que quisiera extirpar de sí aun la mixtura de sombra que conlleva toda luz terrestre, inflamando la atmósfera de puro resplandor. Los seis hombres rodearon a su capitán respirando roncamente: en el furor de aquella heliomaquia les costaba alimentar los pulmones del aire ígneo. El sarcófago estaba ahora a los pies del catafalco.

—Nos atacarán en cuanto abramos el sepulcro —advirtió Abnüel señalando los ídolos con un movimiento de sus ojos.

La voz del jefe les llegó a los guerreros a través del silbido que el silencio soplaba en sus oídos, distante y extraña.

—¿Atacarán? —pronunció esforzadamente Núma con ceño arrugado como si las palabras fuesen chirridos de su boca de hierro.

—Las figuras... Son la morada de las formas mentales de Krissa, su puerta a este mundo. Son los vigilantes del túmulo.

Sin poder hablar, Núma hizo un gesto raro con la cabeza que podía significar rechazo o interrogación: «¿Cómo atacarán? ¿Cómo protegernos?». O, acaso, «¿por qué no destruirlos antes de abrir el sepulcro?». Abnüel sólo respondió con una tenue, misteriosa, velada sonrisa.

Indicó a sus hombres que rodeasen la caja negra y jeroglífica, encima de una meseta piramidal de tres escalones sobre el suelo. Se colocaron tres a cada lado y el capitán en la cabecera. Con el puño aún alzado y el *abnur* ganando fuerza, Abnüel cerró los ojos y permaneció un rato en suspenso, concentrado en sí, dejando que más y más luz afluyera al imperio de la luz. Hizo entonces una señal, y los hombres levantaron la tapa metálica, que les pareció extrañamente ligera. Sólo el Caballero del Segundo Anillo pudo contemplar el interior, mientras los otros seis, sosteniendo la

lama con ambas manos sobre la caja, la portaban hacia los pies del catafalco.

Un cuerpo descabezado había allí envuelto en un sudario negro. Cuando la luz colmó la caja, este se deshizo como si hubiese estado hilado de sombras y quedó el cuerpo desnudo, incorrupto. La piel era joven, con un mador ambarino y, de no haber sido por el cuello tronchado, se habría dicho el cuerpo dormido de un muchacho. En el dedo medio de la mano derecha brillaba el anillo del Rey Ban. Y a la irradiación del *abnur* respondía el cuerpo con un destello místico.

Cincuenta y seis años habían pasado desde que Abnüel viera por última vez al Don con sus ojos mortales... El cinco de Diciembre haría cincuenta y seis años. El Rey se despidió entonces de sus doce Pares, dando a siete de ellos las Espadas de los Anillos, a dos las Llaves de su Torre, y a tres el don más dulce y el don más agrio: acompañarle hasta sus últimos instantes. El misterio del Sacrificio les fue revelado aquel día a los doce jóvenes que se convertían en la esperanza de la Tierra... Aquel día en que estalló el cataclismo del mundo que había sido el suyo y, en el exilio de todas las cosas amadas, debieron empezar a edificar un mundo nuevo para un lejano, lejano futuro. Demasiado intensa era ahora la emoción de Abnüel frente al cuerpo exangüe del Don... intensa y dichosa y amarga.

De pronto el clangor de la lama contra la piedra, un crujido lúgubre de huesos, el gemido ahogado de un hombre. La cubierta del sepulcro, traicionándolos, ha escapado de las manos de los portadores y ha caído sobre Núma aplastándole el pecho. Abnüel se precipita en ayuda de sus guerreros, que intentan vanamente alzar la tapa y liberar al camarada roto. Sangre le llena la boca, desborda los labios y cae en tristes arroyos al suelo de piedra negra. La lama pesa ahora, y se diría que una oculta voluntad la hace más y más grave. Núma, con la mirada extraviada, todavía boquea, todavía barbotea una palabra incomprensible; luego se disuelven sus ojos en una niebla blanca y exhala un hondo suspiro último.

Alza la mirada Abnüel y los ídolos se le antojan más malignos y mortíferos. La piedra de las estatuas parece materia viva y sus rostros, caratulados de una congelada risa sarcástica. Le duele el puño que anida al *abnur*, le duele con el dolor del *abnur*, que lucha ahora no contra una oscuridad inerte sino contra tinieblas despiertas de poder renaciente. Como noche que cae sobre el día aplastándolo, avanzan de nuevo las sombras anegando el recinto, adensando la atmósfera, ocultando en volutas de negror las cimas columnarias, sus dioses macabros, y reduciendo el imperio del *abnur* a una isla de oro palideciente en un océano atramentoso.

Pugna contra su dolor el Caballero del Segundo Anillo, lava le recorre el brazo en vez de sangre y la luz salvadora es fuego en su carne. Nota las pulsaciones de la piedra sufriente, la percibe a punto de estallar y cree tener en su mano, no ya una perla de color ambarino, sino la nova salvaje de un astro. Pero pugna por mantener a todos los suyos en el nimbo de radiación parpadeante.

De pronto, indócil a la férrea voluntad del hombre, la mano se abre, la piedra salta y vuela hasta perderse, acompañada por el grito de derrota de Abnüel.

Todo es sombra. La atmósfera es tan espesa y pegajosa como asfalto. La obscuridad es tan pujante que no sólo aniquila el último destello de luz sino que roe la raíz de los ojos. Se mueve el aire como al paso de gigantescas formas o al batir de alas monstruosas; se arremolina el aire en torno a cada hombre, sofocándolo, apagando ahora la luminaria de la mente con los vahos de un sueño cavernoso. Y torna el silbido deletéreo de los réptiles que refluyen hacia ellos en onda centrípeta.

Lidian todavía los guerreros su psicomaquia sin esperanza contra el magma de la noche diluyente, y los Poderes que en todo instante de peligro les acompañaron como un manto sutil de protección, la bendición de Libna la Blanca, la mística vigilancia de Dama Alayr o el escudo incondicional de la Providencia, les parecen cada vez más impotentes y lejanos. Incapaces son ahora de hilar una oración, balbucir las sílabas de un mantra, abrir las puertas a la acción de lo Alto. Como desvanes olvidados crían sus mentes telarañas, y por senda nebulosa, con la memoria ajironada y una vaga inquietud ya informe, se deslizan sus almas a un térrico letargo.

Llega entonces un resplandor crepuscular de la caja mortuoria y la extinción de los hombres se detiene junto al precipicio de la inconsciencia. Al primer instante, la obscuridad se revuelve con rabia y golpea la caja con violentas pulsiones de sus sombras cegadoras tratando de destruir el *abnur*, caído en el interior del sepulcro. Pero el fulgor crece, crece la efusión solar irrestañable hasta que un temblor estremece el vientre del magma tenebroso. La luz inicia su reconquista mientras la piedra alquímica gana fuerza en contacto con el cuerpo del Avatar. De nuevo los ofidios enloquecen; de nuevo los hombres respiran y navegan sus mentes por espacios de pensamiento y percepción; de nuevo un zenit de luz tortura el recinto concebido como nido de la Sombra.

Pero otro es el peligro que les amenaza ahora.

—¡Apartaos de ahí! —les grita Abnüel a sus hombres en cuanto retorna a él la consciencia, y la pesadilla de convertirse en momia se rompe contra la pesadilla de doce columnas tambaleantes y sus ídolos precipitados a la destrucción.

Inspirados por una misma decisión, saltan los seis hombres al interior del sepulcro mientras la piedra esculta cae de lo alto bombardeando el suelo. Caen los dioses con sus rostros picudos por delante, yertas sus alas membranosas, trabadas sus patas escamosas en un gesto grotesco; caen como monstruosas gaviotas cazadoras y, al hocicar el pavimento, se parten sus carantamaulas de sorna y los abandona su temible habitante. Caen sobre sus pedazos las doce columnas negras.

La tumba está intacta. Se asoman los hombres al estrago.

—Hay que actuar rápido ahora —dice Abnüel—. Destruído el corazón, no durará mucho la pirámide.

También el sarcófago está intacto. Cobijan en él el cuerpo del Don y, como la caja dorada es lo bastante grande, guardan junto a los restos regios y divinos del Avatar el cadáver de Núma, rescatado de las ruinas. Con el *abnur* nuevamente en el puño de Abnüel remontan la escalera y, una vez en la cámara superior, mueven en la punta de la hoz plateada la pequeña piedra negra. El suelo vuelve a fundamentar la estancia con su rumor de terremoto. Hasta que no culmina el corrimiento no comprenden que toda la pirámide ha empezado a estremecerse. En el pasadizo se reúne el grupo con el resto de la compañía; el capitán pospone explicaciones, carga a la mujer en sus espaldas, apremia a sus guerreros y abriendo la marcha los conduce certero a la vida, entre los estertores violentos de las ancianas piedras. Cuando emergen a la incierta luz de la alborada, dentro retumba el atabal del cataclismo. La carcasa de la pirámide permanece de momento enhiesta.

—¡Alejémonos de aquí! —exige Abnüel.

Y la compañía gana distancia por los cauces de la arena buscando protección bajo los muros de otros edificios ancestrales. Alcanzan un recinto amplio y arruinado cuando el sol emerge inflamando el desierto. Parece el esqueleto de unas antiguas cuadras. El techo, desvencijado y hundido aquí y allá, podrá ofrecerles, sin embargo, sombra suficiente. Abnüel descabalga a la muchacha; los portadores del sarcófago resuellan en el trecho final de su carrera.

—Pasaremos aquí el día y partiremos por la noche —anuncia el Caballero del Segundo Anillo y, escogiendo a dos de sus hombres—: Avisad a los demás. Que dejen la guardia alrededor de la ciudad y vengan aquí con equipajes y animales.

Pero apenas ha acabado de hablar, cuando dos jinetes aparecen en el vano ruinoso de la puerta.

—Poco eficaces... vuestros centinelas —dice uno de ellos gastando arrogancia y deformando la voz tras la máscara que en hondas arenas le ha protegido de vientos fogosos.

El turbante y las ropas naranja, el chaleco azul laminado y la máscara, las botas negras y la negra cimitarra, el escudo con la imagen del escorpión y el rictus alacranado en la carátula, los proclaman guerreros *nurtan*, los más fieros enemigos de la Segunda de las Órdenes. Abnüel, agotado por la noche fiera en la pirámide, tarda en comprender la situación; entonces ríe como un demente.

—¿Poco eficaces, decís? —estalla—. Quizás... pero sólo para los Guardianes de las Llaves.

¡Belias, Lib-Yummum, a mis brazos!

El Caballero del Segundo Anillo estrechó a los dos Pares del Rey, que llegaban de su misión en otro de los infiernos de las arenas.

—¿El volcán...? —preguntó.

—De allí venimos —respondió Lib-Yummum—. Ves a dos *nurtan* desertores.

—¿Es cierto entonces que Dhanda...?

—El *Rishi Negro* no estaba allí, pero no cabe duda de que ese es su nido ahora... un nido de escorpiones.

Y descubriendo de pronto el sarcófago dorado en un rincón, Lib-Yummum interroga a Abnüel con una mirada silenciosa. También con los ojos, su amigo le confirma que ahí está el cuerpo del Rey.

—Tenemos muchas cosas que contarnos —dice Lib-Yummum.

—Sí —contesta Abnüel—. Pero largo será el viaje de retorno.

—Sólo hasta el extremo del desierto lo haremos juntos. Quiero ver a mi gente en el Cinturón Fértil.

—Así sea.

—Y ahora, ¿podríamos...?

—En cuanto llegue el resto de la compañía abriremos el sarcófago —concluye Abnüel—. Hay uno de mis hombres muerto junto al Don.

Pero cuando el sarcófago fue abierto, descubrieron los guerreros con asombro que Núma, sobre el cuerpo incorrupto del Don, sólo dormía.

PARTE PRIMERA

Los Reyes Mayúridas fueron cuatro y, si a una dinastía debe Eben ser una nación y un reino, es a la suya precisamente. Y, sin embargo, ninguno de ellos tuvo hambre de tierras o de riquezas; ninguno tuvo hijos o formó familia; ninguno de ellos soñó con glorias terrenales ni galopó tras laureles de conquista. Su más preciada posesión fue también la más valiosa para el reino: saber ver, tras el velo borroso de las formas exteriores, el alma naciente de un pueblo. Los cuatro mayúridas fueron sus comadronas gloriosas. Tomaron el nombre de Mayúr, verdadero padre de Brahma, y todo lo que se diga de ellos es poco. Sí... Se critica muchas veces la idealización en la Historia. Y ¿qué es esta, al fin y al cabo, cuando no consiste en un mero postizo romántico, sino poner de relieve las posibilidades más elevadas, últimas, ideales, del acontecimiento o del sujeto histórico examinados? Y si el Alma, como principio divino, como suprema verdad de algo, es la máxima posibilidad de ese algo cuando se manifiesta en el Tiempo y la Historia, ¿qué otra cosa podría ser la idealización por parte del historiador sino el fruto de su capacidad para descubrir el Alma de un momento histórico dado?

Leb Imôl-Merkhu, Crónica de los Reyes Mayúridas



partó con un gesto cansado el cálamo y la tablilla de cera. Eran trebejos de escribir antiguos ya, pero el hombre seguía obstinándose en ellos para los borradores de sus obras. Grabar, aunque fuera sobre cera, le hacía sentir que el fino hilo de su escritura cobraba firmeza, perduración, definitud, como una línea del tiempo poco a poco inscrita en la materia. La tinta sobre el pergamino o el papel se le antojaba siempre un espejismo, imagen de la evanescencia, y sólo condescendía a ella cuando el texto definitivo suplía con su perfecta solidez las insuficiencias de su soporte material. En realidad, habría querido escribir sobre piedra.

Y en cierto modo, ¿no lo hacía?

Haría un mes que empezó su nueva obra. Fundió la historia, la filosofía y su más secreto amor, las matemáticas, en el arte y la textura de un poema. Era un poema épico hilado en los ritmos vastos y viriles del *ordumia* culto de Eben, lengua que el hombre conocía bien aunque le gustaba taracearla con palabras, expresiones y calcos del Desierto, de donde había llegado a la capital de Ordum unas decenas de años atrás.

Apagó la vela que llameaba débil sobre la mesa. Repitió en voz muy queda el último verso escrito y se le antojó doloroso como un puñal. El crepúsculo era dulce y su estudio abría una ventana al río, el ancho Deva majestuoso; pero ¿podía dejar de sentir la obscura configuración de fuerzas que empezaba a urdirse tras la calma del aire, el agua paseante, la lenta luz declinando, la luna deshojándose, las barcas soñando sobre la corriente, *trazos de un cuadro que vela con dicha aparente el naciente dolor?*

Lo repitió, ahora en voz potente, sin redimirla de gravedad: *Trazos de un cuadro que vela con dicha aparente el naciente dolor.*

Se complació en su ritmo dactílico, pero ¿no habría preferido una composición lírica en los sáficos de Zuria?

«Te estás haciendo viejo» —le reprochó una de sus voces interiores.

Este pensamiento le hirió. Se levantó y se asomó a la ventana, apoyó sus manos en el alféizar y tensó sus brazos, sus piernas, su espalda, comprobando la fuerza secreta de sus músculos.

Un poema épico... Sí, en parte habría querido evitar tener que cantar a la lucha y la muerte y la sangre como habría querido evitar esta suerte a Eben, su ciudad adoptiva, especialmente ahora que empezaba a recuperarse de sus últimas heridas, a sepultar en olvido el ataque de las fieras de Koría, aquellas noches de colmillos y garras y espanto y de niebla habitada por ojos de fuego. Pero... Eran tiempos de descomposición y reconstrucciones; eran tiempos de rápidas mutaciones, del soplo incesante del Viento del Espíritu... Y ¿no eran dicha y dolor dos de esos extremos que en esta hora cambiaban constantes el uno en el otro, el otro en el uno, acercándose más y más con cada transformación hasta fundirse en un único sentir, más allá de toda oposición, de toda dialéctica?

«¿Cuándo, en este mundo tórpido, el dolor y el esfuerzo no han sido poderes creadores?» —se dijo.

«Este sí es un pensamiento joven» —retornó la voz anterior.

¡Escribiría! Así, pues, escribiría sin ahorrar dolores ni aventuras. Pero... Aún le faltaba una clave para su historia. Una clave importante. Una clave disimulada también tras ese lienzo de calma aparente con la que, suaves, pretendían fluir descuidados los días.

Forzó su vista a través de la penumbra crepusculante. Más allá del Deva susurrante, del Cinturón Fértil, de los últimos pastizales antes del Desierto... Y con el fuego visionario de sus ojos rozó las distantes arenas fieras. Caminó hacia atrás, sin apartar su vista de la distancia capturada en su pupila. Se sentó en una silla baja, tapizada de dorado, obra de los artesanos reales, regalo de Dama Esha, y cerró los ojos con la sigilosa prontitud del que deja caer su red sobre el humo de una mariposa evanescente. Pero él cautivó sólo un filamento de luz, como cosido alrededor de una forma lejana, muy lejana, apenas presentida.

II



etrás las luces del castillo, espaciosamente encendiéndose. El amanecer lo encontraría allí de pie, frente a la bahía que amaba como a nada en el mundo y que era símbolo de todo lo que amaba en el mundo. Y ya era la hora de abandonarla. Pronto el primer rayo tocaría el Mandír en lo alto de Éndor y el oro del templo esférico brillaría como un sol prematuro sobre el macizo amontañado. Conocía de memoria este rito cotidiano de la aurora. Las gaviotas vueltas hacia el Oriente en hileras silentes y meditativas; poco a poco, el mar navegando en violetas y rosas y lilas y extraños azures; luego, la luz emergente rayando el aire y encendiendo las torres de Hamsa y Anjur, una llama blanca en cada cuerno de la bahía...

Y ya era la hora de abandonarla...

Ía, Íos, Shanta y Bôs, las cuatro islas costeras, como pedazos de lapislázuli emergiendo del mar de la noche al nuevo día del mar. Retorno y partida de pescadores. El cielo descoritándose sobre la bahía... a la hora de abandonarla.

—Señor...

Mándos no volvió la vista hacia su mayordomo. Miraba el profundo mar como miran las estatuas.

—Haz venir a Arabínder —le interrumpió antes de que aquel le reprochase otra noche sin sueño, de pie a orillas del mar—. Por favor —añadió.

El anciano desapareció tras inclinar la cabeza, sin una palabra.

Cómo se habían precipitado estos últimos meses, pensó Mándos, desde que Ida fue hallada. Temerarios, tras decenas de años de ausencia en perdidos y profanados mares, los piratas habían vuelto a atacar el Bajo Sur. No sabían la fuerza que era Dyesäär y tras una breve y miserable victoria en la jungla de Cabo Espina, se habían descubierto cercados por las tropas del virrey. De ellos, Bran de Dyesäär recuperó los hombres y mujeres raptados en las escasas aldeas selváticas de leñadores, recobró un paupérrimo botín de herramientas, armas y monedas de poca valía; y exigió una promesa a cambio de sus vidas, que fue dada sin honor. Los piratas perdonados

partieron para unirse a docenas de barcos corsarios que merodeaban en el mar de Lyra. Cuando se sintieron fuertes, atacaron Shanta y fueron repelidos. Navegaban hacia Ía, la de menor guarnición, cuando fueron rodeados por los veleros del rey, asaeteados con fuego, abordados por la guardia marina de Dyesäär y entregados a la muerte líquida. Sí, un acontecimiento insignificante en la historia del reino, de este milenarior pueblo del Mar; una acción ignorante, tan bárbara como suicida, imposible... síntoma, no obstante, de un cambio en los tiempos.

Tiempos...

Terminaba el tiempo de Mándos, tercer rey de Dyesäär. Nada en su cuerpo anunciaba una muerte. Joven, había conquistado años ancianos, creciendo mes a mes en fuerza y resistencia. Así como otros veían disolverse en las arrugas del Tiempo sus días, Mándos había ganado al Tiempo su propio ser y esculpido en las horas su alma eternamente niña. Y, sin embargo, sentía terminar el tiempo de Mándos, tercer rey de Dyesäär.

—También el mío termina —musitó una voz como la música junto a él y una mano apretó su hombro.

—Dión —saludó Mándos volviéndose hacia el eterio—. Salve, príncipe y sabio.

El rey de Dyesäär miró al Señor del Pueblo Exiliado, los moradores de Éndor, los guardianes del Mandír, navegó en la luz de sus ojos arcanos. Dión... ¿Cuántos años tendría? Más de medio siglo hacía que el destino lo obligó al heroísmo, al destierro, a la añoranza. Dión, cuya espada pesó en las viejas guerras contra el imperio y cuyo estandarte fue una llama y un terror en las luchas bárbaras que devolvieron a Eben vida, tierra y esperanza... Y Dión contemplaba al rey de Dyesäär desde los ojos libres, insondables, equívocos, de un muchacho.

Mándos rio. Sobraban las palabras. Por un rato sobraron las palabras y ambos soberanos comulgaron con el fuego emergente de la aurora, nomadeando sus ojos en el infinito que se curvaba sobre la línea azur de la distancia. El combate primordial de la Luz y la Tiniebla los envolvió en un rito de tinturas y resplandores, y su mirar se llenó de música. Luego, la Llama Triunfante, como si extendiese hasta ellos una lengua invisible, tocó sus íntimos corazones con calor transparente y llamó sus almas a la experiencia de un mundo renovado. Esto era ser joven: ser capaz de vivir la absoluta novedad de la mañana y del mundo en ella amaneciente; este era el secreto del Tiempo que ni los dioses poseen y la razón de que Dios extrajese las horas del seno de la Eternidad como un tesoro extraño y oculto, vertiginándose hacia lo desconocido.

Rayo. Llama. Incendio. Revelación. En una expansión de luz, el Sol fue por fin Señor de un nuevo cielo y la Noche se ocultó en su sepulcro material. Las gaviotas volitaron en anillos de anhelo...

—¿Paradójico? —preguntó Dión en un murmurio de meditación.

—Termina Dión, termina Mándos —respondió el rey—; pero lo que son Dión y Mándos ¿cómo podría terminar cuando posee este secreto y vive de este secreto?

—¿Añoranza? —retornó Dión en un susurro de ausencia.

—Añoranza sí, oh sabio —volvió el rey—. Añoraré esta tierra, este mar, cuando cruce extraños campos como un peregrino hacia el lugar que me reclama. Añoraré Dyesäar, el Mandír como un fuego, la bahía roja por la aurora... Pero es una añoranza dulce, una memoria dulce, una presencia delegada, una puerta a la distancia, una serena y deliciosa incrustación del mundo en el alma, de lo conocido en el porvenir. Mi pueblo posee para ella una palabra: *anamántarya*, entrañable posesión-desposesión de lo ausente.

—Mándos no cruzará solo esos campos —repuso Dión volviéndose hacia él— y esos campos tampoco serán extraños para él.

El rostro del rey brilló con íntimo gozo.

—Así, ¿vendrá Dión conmigo al Perdido Lugar, al Oasis de las Nieves, a la Muerte Voluntaria, un guía y un amigo?

—Y un hermano, oh Señor y Campeón de Dyesäar. Mándos y Dión cruzarán por última vez el Portal de Aurobántur, regiones amadas medirán sus pasos y las montañas se abrirán para ellos como la niebla. Tu última y mi última peregrinación por la tierra, hermano, preludio de un viaje mayor.

Dos estatuas parecían desde la distancia el príncipe eterio y el rey del Mar, moviendo apenas los labios, sobre pedestales de majestad... un embrujo de quietud contra el azul vaivén de las aguas. Hacia ellos galopaba ahora Arabínder, el sobrino y heredero del rey, y su caballo se deslizaba sobre la arena como un blanco sueño. Al alcanzarlos, desmontó veloz y elegante, y los saludó con reverencia espontánea. No había visto jamás a Dión, que desde hacía más de treinta años vivía retirado en Éndor permitiendo únicamente a unos pocos el acceso a su persona; pero supo sin asomo de duda que aquel rostro dorado de un hombre que no aparentaba más de tres décadas era el suyo.

—Salve, soberanos —dijo.

—Salud a ti, Arabínder —respondió Mándos—, mi heredero y por ello mismo mi libertador. Prepáralo todo para mi partida y para tu legado.

Y tornándose hacia Dión:

—¿Llevaré mi propia escolta?

—Por esta vez, Señor —respondió Dión—, permite que te conduzcan sólo los eterios.

‡ ‡ ‡

También Pradib, hermano de Arabínder y gobernador de Astryantar, la capital del Alto Sur, ha renacido con la aurora enfrentando a la Llama su punzada de dolor. Solo,

en la terraza del Templo, dominando la lejanía, sentado junto a una silla pesadamente ocupada por la ausencia.

Distrae su mirada una joven que abandona a esta hora el recinto de la Orden de los Atletas, el Templo, donde ha estado trabajando su cuerpo a la luz de las antorchas antes del amanecer. Sus ojos la siguen durante un trecho apartándose de las meditaciones del corazón de Pradib y su mente sabe con espontáneo conocimiento, aun a través de la ropa de la muchacha, lo que le falta y le sobra a cada músculo para transparecer de hermosura, para cambiar la carne amorfa en metal palpitante, en viviente mármol. Observa no con mirada deseante, sino de artista y de sabio.

«El cuerpo —piensa— es materia puesta en pie. Qué miseria envejecer sin haberla hecho ascender hasta la cima de la vida y la consciencia».

—Pradib, Señor...

—Sí.

Pradib se vuelve hacia el rostro preocupado del edil que le trae la noticia que quisiera ahorrarse y ahorrarle a su príncipe.

—Sí, lo sé —dice Pradib antes de que el edil vuelva a violentar el gesto torcido de sus labios.

—Usha... —insiste el edil.

—Sí, ya lo sé —repite el gobernador y percibe la insinuación renaciente de su punzada de amargura.

Como respondiendo a ella, Philo, su gato de hueco pelaje negro y ojos atigrados, frota su largo cuerpo contra la pierna de Pradib en un gesto de muelle afecto y, saltando a su regazo con elegancia instantánea, flota por un momento en el aire ingrávido. Pradib lo acaricia. El edil no sabe qué hacer; no sabe si el gobernador sabe realmente lo que él viene a decirle.

—Sí —lo tranquiliza Pradib—. Usha partió anoche...

Y esta frase deja en su boca un sabor de luz ausente.

—¿Entonces...?

—¿Por qué no la he seguido? —repite Pradib.

—Perdonad mi atrevimiento, señor. Usha está enferma.

—Tienes razón Fínn, Usha está muy enferma. Pero ¿tienes también un remedio? El edil baja la mirada.

—¿La preferirías postrada en el lecho? ¿No ha de tener ella la oportunidad de luchar con sus propias armas contra la enfermedad? ¿Hasta cuándo deberemos rendirnos al hábito, a pesar de tener constantemente delante el ejemplo de lo excepcional?

—Pero...

—¿O es que lo excepcional, los grandes propósitos —le interrumpió Pradib—, han de quedar para las conversaciones exaltadas de madrugada, los sueños

compartidos, pero ha de rendirse la vida diaria al hábito?

—Señor —insiste Fínn—, sabéis que es mi amor hacia Usha lo que me mueve a hablaros así.

—Sí, Fínn, lo sé. Sobradamente lo sé. Y comprende tú también que es mi amor hacia Usha y mi amor hacia ti lo que me mueve a hablarte así.

—Pero vos...

—Sí, Fínn, amigo. Yo iré tras ella, pero no para traerla de vuelta, sino para luchar a su lado.

‡ ‡ ‡

Mándos estaba solo nuevamente cuando lo alcanzó su sobrino Pradib. El gobernador llegó a la playa de la bahía sobre su caballo negro, en cuya grupa mantenía Philo un audaz equilibrio felino. Desmontó a pocos pasos detrás del rey, que estaba sentado en la arena, perdida la mirada otra vez en la contemplación de un infinito.

—Os deseo un día propicio y dichoso, Señor —saludó Pradib—. El último.

Y Philo se deslizó veloz sobre la arena hasta saltar en el regazo del rey, presionar su pecho potente con su frágil cabeza y mirar en una efusión de cariño.

—Pradib, sobrino y amigo —respondió Mándos—, siéntate a mi lado.

—Tan poco habitual es hallar al rey aquí a estas horas que, cuando me dijeron en el castillo dónde estabais, supe que mañana serviría a un nuevo rey.

—Es cierto, Pradib, tan cierto como que lo servirás bien. Pero también tú llegas a mí con algo inusual en tu porte, en tu voz.

—Las gentes de Extramundi tenemos fama de herméticos y se dice que nuestro modo de hablar es ambiguo y confuso. Pero a vos nada se os esconde.

—Usha ha partido y quieres seguirla, ¿verdad?

—¿Os lo han dicho, mi rey? —repuso Pradib.

—¿Era necesario? Usha esta enferma y no es una mujer que se rinda. Tampoco es una mujer a la que le guste mostrar su debilidad. Y a ti, mi querido sobrino, mi admirado amigo, te acompaña un aura de incertidumbre.

—Vengo en busca de tu sabiduría, tío.

—Seguirla no la ayudará especialmente, Pradib, pero puede que te ayude a ti o que ayude a otros. El porvenir es complejo y el motivo primero que empuja a una acción se disuelve muchas veces en la trama del tiempo para servir a fines secretos.

—Entonces, ¿no tengo modo de ayudarla?

—He dicho que seguirla no la ayudará, no que no exista ningún modo de hacerlo. Y tú sabes cuál, Pradib. No en vano eres el comendador de la Orden de los Atletas.

Pradib bebió las palabras del rey sintiendo eclosionar en él un universo de calma. La firmeza renació en su interior, un eje en torno al cual recobraron su unidad todos sus fragmentos. Esperanza y certeza descendieron sobre él como grandes aves

blancas.

—Una cosa te pido, Pradib —continuó Mándos—: Tu hermano será rey esta misma noche. Si has de partir, no lo hagas de inmediato. Arabínder podría necesitarte.

Pradib inclinó la cabeza y luego fundió en los ojos del rey sus grandes ojos negros.

—¿Volveré a veros, Señor?

—Partiré al anochecer en un velero eterio desde el puerto del Deva. Quisiera despedirme de ti allí.

Philo marramizó en el regazo del rey mirándolo incrédulo con sus ojos amarillos, muelle bajo la mano acariciante de Mándos y tocado por una presciente añoranza. Pradib sufría de pronto la misma nostalgia que su gato.

—Pero... ¿y después, Señor, volveré a veros?

Se sintió como un niño tras proferir aquellas palabras, pero decir adiós a Mándos era tanto como despedirse del sol.

Mándos se levantó dejando una estela de arena finísima en el aire, casi transparente a la luz de la mañana. Pradib lo imitó, mientras Philo saltaba al suelo y se sentía repentinamente desamparado. El rey y el gobernador se miraron, tocándose a través de los ojos sus honduras. Luego, el que partía puso sus manos grandes en los hombros del que había llegado con el ruego inconfesado de partir.

—En esta vida... ¿quién sabe, al fin y al cabo?

—¿Es verdad, pues, que este es vuestro último viaje?

El rey volvió la vista al horizonte sobre las aguas, como si en el trazo finísimo que separaba el azul del cielo del mar azur-acero estuviese el secreto de la desintegración.

—Hace setenta y seis años que soy Mándos, Pradib.

—Sois joven y fuerte, Señor, el Campeón de Dyesäär. ¿Quién puede aún hoy competir con vos en la lucha de los cuerpos, en el debate de las espadas? ¿Quién gobierna como vos el caballo de batalla? ¿Quién es más sabio?

—Pero mi alma atesora otros cuerpos, otras vidas, otras máscaras para mí. Nombres que aún no conozco buscan ya una voz que los pronuncie en el Tiempo como emblema de una identidad; miembros que aún no poseo han empezado a destilar ya el icor del cielo en forma de sangre humana, rozados por el informe presentimiento de un futuro renacer.

Pradib había cerrado los ojos. Philo estaba repentinamente asustado. Una nube solitaria cruzó el aire como un gran carguero blanco tamizando la cascada solar en un orvallo de luz lechosa. El silencio habló como un poeta y dijo más que todos los sabios de Dyesäär. Pradib se arrodilló al fin y besó la mano del rey.

—Estaré en el puerto al caer la tarde, Señor —dijo, y su voz surgió serena,

portadora de una concentrada plenitud.

Pero Philo mauló como si una piedra le hubiese alcanzado las entrañas y convertido en rayo negro desapareció por las sendas que unían la bahía con Astryantar.

III



Le había traicionado. Algo así como una pulsión interior le había traicionado y el hombre había llegado aquí no en las alas de su inquisición, sino por el surco del hábito. Había habido un pequeño lapso de consciencia cuando se desprendió de su cuerpo físico; luego, un instante de incertidumbre antes de recuperar una posición en el espacio y el tiempo. Por fin, se había descubierto en las ruinas de Merkhubâl en la profundidad del desierto, donde un sentimiento extraño en el que se mezclaban la curiosidad y una inconfesada añoranza lo traían con frecuencia cuando desprendía su cuerpo sutil de su cárcel de carne. Añoranza... una añoranza ácida, una curiosidad insana: la estela de punzante confusión que dejan las ruinas de lo prematuramente acabado, de lo que murió incompleto, de aquello que mientras vivió nunca logró enmendar su naturaleza torcida y fracasó en la tarea para la que el Espíritu lo había concebido.

¿Por qué le seguían atrayendo aquellas ruinas, cuando al salir de su cuerpo permanecía lo bastante cerca de la atmósfera material, despierto en un vehículo sutil pero de una densidad próxima a la de la vida física? Quizás la respuesta se hallaba en ese lapso, en ese túnel de momentánea inconsciencia; quizás era en ese limbo de la extensión de un átomo, del diámetro de un instante, donde una voluntad inconfesada decidía el destino a través de las rutas interiores de la consciencia. Pero Merkhubâl era algo demasiado subjetivo, demasiado íntimo, para poder ofrecer la clave de una historia que trascendía su individualidad, ¿o...? ¿O debía hallar aquel ignorado filamento narrativo de su poema épico precisamente en las raíces de su vida personal, aquella infancia lejana sobre la que su alma alzó la última de sus máscaras?

Merkhubâl. Allí estaba aquella colonia de lagartos largos y repentinos; su mirada sutil los percibía como pequeños relámpagos violeta que hubiesen encarnado en flexible solidez su fugacidad luminosa. Demasiado bien sabía el hombre que aquellos míseros herederos de los grandes saurios no eran del color de las flores, sino de la arena, que eran como arena hecha anhelo animal, pulsión ciega, elemental divinidad. Los había por todas partes. Eran los auténticos señores de Merkhubâl, los últimos

habitantes de la ciudad pétreo, y hasta los nómadas del desierto habían dejado morir sus intenciones de descubrir tesoros ocultos en las ruinas vencidos por la repugnancia hacia estos reptiles. Pero si algo no había en Merkhubâl, esto lo sabía también perfectamente el hombre, era tesoros: Merkhubâl nació, vivió y murió para la ruina, y el pequeño imperio comercial que en ella brilló durante un corto periodo fue el oropel de esos falsos sueños que, porque son multitudinariamente compartidos, parecen reales durante un tiempo fatal.

El hombre vinculó su propia luminosidad a la luminiscencia violeta de uno de los saurios. Hasta entonces había sido este un sinuoso letargo sobre la arena, indiferente a la noche fascinante y feroz del desierto; ahora brillaron sus ojos con extraña inteligencia y su movimiento cobró un sentido. Unido a la energía del animal, el hombre se sintió más denso, más cercano al mundo de la vigilia, y aunque sabía que no todos los detalles de lo que viera eran una exacta contraparte de las realidades físicas, tampoco este mundo carecía de un poderoso sortilegio.

Oyó voces en la noche azul. Alzó la mirada hacia un pequeño templo que emergía de una alta, compacta roca rojiza: ecos de su pasado.

Una estrella fugaz rayó de verde incandescente el cielo.

El eco persistía, un embrujo y un temor sin rostro. El hombre del desierto caminó hacia allí con pies que apenas rozaban la arena sabiendo lo que encontraría: el viejo altar caído, fragmentos de impotentes ídolos, la campana del silencio tocando ecos dolorosos al moverla los vientos de la memoria.

Emergió a la noche exterior a través de una de las paredes derruidas por las que entraba la luz anacarada de la luna y el lagarto se deslizó entre los mampuestos caídos, arruinados, ancianos, rojos. Movido por una intención tan excitante como misteriosa para su alma animal, hilaba en el mundo físico la simetría de los pasos del fantasma. Ascendió por el sendero arenoso entre rocas rojizas hacia el inestable esqueleto del palacio del sheik de Merkhubâl. Como el templo, también este edificio se había sostenido en la mole rocosa que emergía de la arena, tomándola como vasta y poderosa espalda. En un amplio territorio, aquella formaba, collados, suaves colinas unidas en una armonía de curvas serenas hasta que, una legua más al Este, se alzaba en una verdadera cadena montañosa, un imperio de arisca roca roja de formas desafiantes sobre el inconstante reino de las dunas. Esta monstruosa hermosura dio sentido a la idea de Merkhubâl, en la mente del sheik de la tribu de Bela-lochha. Entre Nurmia y Pindah, las dos grandes ciudades-reino de la mitad occidental del Gran Desierto, las importantes caravanas comerciales debían dar un gran rodeo por Oriente para evitar aquella Muralla Roja o, tomando la ruta de Poniente, permitir reposo a sus camellos en el territorio de menos fieros roquedales. Aquí, no faltaban pozos; y algunas cavernas profundas, grandes como catedrales, poseían el fértil tesoro de cisternas ocultas, llenas de un agua fría y misteriosa que el cielo había rendido a la

alquimia de la roca. Las palmeras no abundaban, cierto, pero aquí y allá se percibía el trance de unas pocas, eremitas, inmóviles bajo una luz aplastante; y, cuando el viento ululaba galopando entre ellas como un toro invisible, sus copas despertaban a una mística danza de verdes, serpentinas, caprichosas cabezas de dragón. Había también, en las zonas donde la roca se cubría con tierra arcillosa, unos arbustos de hojas ásperas y amargas que eran la dicha terrenal de las cabras de los nómadas, y que estos usaban como panacea contra todo mal. Y había aves magníficas, siempre atentas a esta amargura vegetal, que desde sus nidos inconquistables de la sierra se dejaban caer en una fantasía silenciosa de gravedad para robar a los pastores sus gulusmeros animales. Con ellos ascendían después a las alturas como arcángeles en un grito de poder y de fiera libertad.

Ni siquiera el sheik de Bela-lochha, sensible sólo a la belleza del oro propio que su mano podía sostener o del oro ajeno que su mano podía capturar, fue indiferente a la agreste belleza del territorio. Y, cuando quiso saber por qué ninguna de las tribus de aquella parte del desierto lo había hecho suyo, comprendió que él tenía una inmensa ventaja sobre todos los jefes de hombres del desierto: no era supersticioso y, por tanto, no le importaban las leyendas inmemoriales que hablaban de un cementerio entrañado en la roca donde miembros de una raza antigua e inhumana habrían sepultado a sus ausentes.

El fantasma del hombre había llegado al emplazamiento del palacio. Su fachada desplomada se derretía con el tiempo en una masa amorfa de arenilla y polvo, y el interior era una cascada inmóvil de vigas, sillares, alfarjes, restos de borneadas columnas, peldaños quebrados de mármol, arruinadas escaleras, celosías como viejas telarañas de madera y trozos de arambos que cuarenta años atrás brillaron con incrustaciones de esmeraldas. Miró hacia uno y otro lado y el eco volvió, más preciso ahora en sus voces: puertas cerradas por un golpe de aire, voluptuoso tintinear de ajorcas en los pasillos, suspiros, gimientes lágrimas... Miró y vio sombras cruzar el espacio con carreras fugaces, fantasmas de fantasmas, espectros de inconsciente tristura...

Algo le llamó la atención desde la piscina agrietada a sus espaldas y, al tornarse hacia ella, vio salir de su fondo herido y seco, como en la distorsión de un sueño, formas repulsivas de plasma tentacular. La textura de la atmósfera del viaje visionario se volvía poco a poco inhóspita, inquietante, simbólica, y le atrapaba más y más en una realidad agresiva y trepidante. Fijó la mirada en los reptantes diseños del miedo y, aunque un temor infantil quiso gemiquear en él, lo cansó con suave gesto.

Era extraño. Los viajes a Merkhubâl podían ser tristes, lánguidos a veces, arcanamente melancólicos, pero estos sentimientos se limitaban a tapizar el trasfondo de la experiencia, a dar su consistencia nebulosa al escenario del ensueño, sin llegar a tomar cuerpo individual en el mundo visionado. Ahora ocurría al contrario:

sedimentaba la tristura en las pululantes figuras espectrales mientras un peligro creciente pintaba con irresistibles colores fosforescentes la pesante atmósfera de la visión.

De pronto, un resplandor le hizo tornarse de nuevo hacia el palacio y vio descender por el alud de escaleras destrozadas una procesión de hombres ensangrentados que no conocía. Poco más de una docena serían. Por sus rostros y atuendos se percibía que jamás habían pertenecido a Merkhubâl y que ni siquiera eran habitantes del desierto; por la fresca violencia de su dolor, que eran víctimas recientes. Uno de ellos miró al explorador de este mundo de muertos con grandes ojos conscientes y un porte que lo señalaba como un maestro de hombres.

—En el túnel de tu padre —dijo. Y la visión cesó.

Bien sabía el visitante de Merkhubâl que fuera de la cárcel protectora de su cuerpo físico el peor enemigo de su integridad era la inquietud. Por otra parte, para construir aquel cuerpo sutil y despierto, para darle individualidad y coherencia, había debido destejer, de la trama heteróclita de su consciencia, las hebras más torcidas y oscuras. Con paciencia heroica y minuciosa, había extraído los hilos del temor, la angustia, el deseo, el odio, purificando la urdimbre de su ser con los golpes y los desafíos de la vida. No serían ahora, pues, ni las ingenuas ni las dramáticas apariciones espectrales las que le robaran la calma. Al contrario, cuanto más inquietante se volvía el teatro de la visión, más sereno se sentía el personaje.

«El túnel...» —había dicho el espectro.

Y el túnel fue el sueño y la ruina del sheik de Merkhubâl. La ciudad de Merkhubâl se alzó para acometer la obra faraónica de aquel túnel imaginado que debería atravesar la Muralla Roja ofreciendo a las grandes caravanas una ruta directa entre Pindah y Nurmia. «¡Locura!», dijeron los beduinos y alzaron los brazos a Dios. Otros intentaron hacer comprender al sheik que, aunque semejante imposibilidad fuese realizada (no por mano de hombre sino de duende o titán), la reverencia y temor supersticiosos impedirían a los caravaneros tomar aquel camino bajo los estratos de la roca y de la historia. Pero el sheik, deslumbrado por los chorros de oro que le proporcionarían los derechos de portazgo, había caído en una extraña contradicción: por una parte, su imaginación desbocada creía hacedero lo imposible, es decir, horadar la montaña de parte a parte; por la otra, confiaba tan irreparablemente en el sentido práctico de las cosas que pensaba que este acabaría por ganar las mentes de los caravaneros para el camino más corto y más seguro.

«Si tan sólo ofrecieses Merkhubâl como un oasis a las caravanas... —le decían los otros príncipes del desierto— verías entonces tus cofres repletos de gemas como embrujos coruscantes y tus administradores deberían inventar nuevas cifras para transcribir la imponderable gloria de tus cuentas... ¡cifras bellas como flores y frondosas como yedra! Merkhubâl acabaría siendo, oh sheik, no una etapa, sino el

destino de todas las caravanas y tú brillarías inigualable como el sol».

Pero, aunque estas palabras eran el tintineo del oro en sus oídos, Merkhubâl era suya y no estaba dispuesto ni siquiera a compartirla. Había convertido el terreno virgen en una urbe pequeña pero envidiable, con su palacio y sus templos y su mercado y sus muchas casas para todas las familias de su tribu. Había hecho albercas y piscinas, sobrios jardines de fuentes y palmeras, y un pequeño zoológico con terrarios misteriosos donde serpientes cornudas del desierto se movían entre paisajes de cuarzo con una inquietante música. ¡Merkhubâl era suya! Y la rodeó de un cinturón de mercenarios haciendo imposible sin lucha la ruta oriental de las caravanas. Sus capataces compraron e hicieron esclavos en muchas partes de la tierra, y recuas de hombres y mujeres de diferentes colores empezaron a morder la roca bajo los mordiscos del látigo. La excavación empezó por el lado Norte de las montañas, a ocho leguas de Merkhubâl, y una ciudad satélite creció allí con una oscura población de mercenarios, esclavos, prostitutas e ingenieros. El sheik visitaba cada mes las obras con sus mujeres y sus hijos y, cuando los capataces veían llegar el cortejo, disponían a los esclavos en filas humillantes de espectros famélicos que arrojaban dátiles sobre su amo, indiferente a la derrochada ofrenda de los hambrientos.

Diez años de trabajos no sirvieron para horadar la décima parte de la profundidad de la montaña, pero sí para enterrar diez veces más oro del que el sheik podría haber ganado nunca y que recibió de otros jefes tribales en concepto de préstamo o de interesadas inversiones. También miles de vidas quedaron sepultadas allí, pero esas no le importaban al sheik de Merkhubâl. Como a sus acreedores, le importaba sólo la suya. Aquellos la querían para exprimirla; el sheik, perdidas todas sus riquezas y convertido en un payaso a los ojos de todas las gentes, la quería por un absurdo hábito que ya no esperaba nada de sus días pero que era como un temor animal a la muerte. La guerra contra sus acreedores duró mientras pudo pagar a sus mercenarios con los últimos restos de sus tesoros ocultos, gemas que sólo él conocía y que en las cámaras más secretas de su palacio había sostenido en sus manos durante horas en éxtasis de contemplación voluptuosa. Pero cuando un jefe compra mercenarios sabe que con ellos sólo tiene tres opciones: pagarles regularmente, despedirlos con generosas recompensas o morir en sus manos vengadoras. El día en que las joyas dejaron de fluir, el sheik supo que sus soldados servían ahora por oro a quienes por oro habían combatido. El mensaje le llegó escrito en la frente del hijo que los comandara: la cabeza venía sola. El sheik huyó sin compañía. De lo que les pasó a su mujeres y al resto de sus hijos no supo ni le importó nada, y aquellos tampoco supieron más de él. Pero algo era de todos conocido: nadie se salvó en Merkhubâl.

Todos estos pensamientos danzaron en la mente del visitante de las ruinas y, a medida que se acercaban al desenlace de la historia, se desprendían de él y con vida

independiente tomaban la forma de vertiginosos remolinos en el aire de la noche. Doce, quince, treinta de aquellos remolinos giraron a su alrededor en violentas espirales y después empezaron a fundirse unos con otros en algo que era a la vez un tornado y la boca del túnel de la Muralla Roja.

La calma no le abandonó al intruso de los mundos interiores, pero supo que ahora no estaba ante inicuas apariciones fantasmagóricas, sino ante un poder dañino evocado por la trama que hilaba todos aquellos recuerdos en una historia desgarrada. Permaneció quieto bajo una luna roja, aceptando el desafío del poder hostil. Espirales raudas de aire lo abrazaron en una danza frenética de brazos y piernas descabalados y el tornado, como un gran gusano, lo succionó en un vórtex de inconsciencia. Cayó a través de los estratos de la noche y tras un tiempo inmensurable se sintió despertar a muchas leguas de Merkhubâl, en la boca del túnel abortado.

Había allí un campamento de viajeros. Cerca de quince hombres rodeaban una hoguera amiga y bebían y se alimentaban en silencio. Detrás, sus caballos reposaban ensillados del viaje por la arena, pero allí no había agua ni pasto, por lo que aquel descanso debía de ser un breve alto en el camino. De los hombres, había dos especialmente venerables. Aparentaban entre cuarenta y cincuenta años, no más, pero parecían antiguos en sabiduría y majestad. El resto eran jóvenes de deliciosa hermosura y contenida fuerza; podían ser sus discípulos. La escena era tan próxima y vívida que el hombre pensó que se desarrollaba en su mismo plano de consciencia. Se acercó a ellos y saludó con mano alzada: nadie respondió. Los tocó: nadie dio señales de percibirlo. De pronto, uno de los venerables cesó de sorber la infusión del bol que sostenían sus manos y se detuvo un instante, como presintiendo algo. Con sorpresa y fascinación, el intruso descubrió que aquel rostro le era conocido y de golpe despertó en él la memoria de su experiencia reciente en Merkhubâl: aquel rostro era el del espectro que le había hablado en las ruinas del palacio.

«El túnel...» —había dicho incitando la corriente de recuerdos cuyos poderosos remolinos le habían llevado hasta allí.

Por fin surgía el hombre de su primer estupor tras el tornado y podía trazar toda la línea de acontecimientos y de niveles de consciencia que había atravesado hasta llegar allí desde su estudio en Eben frente al Deva. Sabía que lo que estaba viviendo ahora era un pasado, algo que había visto y olvidado en aquel lapso de obscuridad por el que debía pasar antes de tomar plena posesión de su cuerpo sutil y cuya memoria recuperaba ahora, mientras retornaba a la densidad de la vigilia física.

—Belias... —musitaba ahora el venerable y miraba a su compañero.

El que le igualaba en edad, respondiendo al conjuro de su nombre, también pausó.

—Sí, Lib-Yummum —susurró y dejó de beber sin apartar apenas el bol de sus labios, quieto y concentrado como una esfinge, escudriñando los sonidos de la noche.

De repente el intruso supo lo que había venido a ver aquí. La presciencia de

aquella secuencia temporal cayó sobre él como una avalancha de cristales rotos. ¿Cómo podían no haberlo percibido hasta ahora aquellos quince hombres? ¿Cómo podían estar tan descuidados aquellos viajeros que, comprendía ahora, eran maestros en las artes bélicas y guerreros de las Órdenes?

El fantasma se movió entre ellos como si aún pudiera despertarlos de su torpor, cambiar el pasado. La noche se adensó a su alrededor. Su negrura se quitó el disfraz de serena profundidad y su cuerpo fue el de la Muerte desnuda.

Belias se puso en pie de un salto dejando caer de sus manos el bol y aferrando la empuñadura de su espada.

—¡Traición! —gritó vuelto hacia el descanso de sus caballos.

Todos los hombres se pusieron en pie y las espadas sisearon al abandonar sus vainas con amenaza de serpientes de acero. Misteriosamente, los caballos estaban tranquilos y la noche mortal respondió a su desafío con silencio. Pero ahora los brutos se apartaron, casuales, sin un susto, sin un respingo, y el fuego frío de la luna cayó sobre una legión extraña. Beduinos eran de las profundidades del desierto donde las dunas galopan legua tras legua como cometas de arena en remolinos de viento y el paisaje es una violenta metamorfosis. En sus escudos había un escorpión naranja y conjuros cuneiformes, pero su jefe era un coloso oscuro que Belias y Lib-Yummum no habían visto desde el final de las guerras imperiales.

En un instante estuvieron rodeados por arqueros silenciosos y las flechas llovieron con fatal precisión, preservando la vida de los dos venerables en un círculo de muerte y sangre. Se acercó a caballo entonces el guerrero poderoso, oculto el rostro por la máscara sardónica del yelmo y coruscando sus ojos como frías joyas engastadas en el hierro.

—¡Las llaves! —imperó su voz rauca.

Belias y Lib-Yummum se miraron. ¿Era este el fin, entonces? Acaso no podrían evitar la muerte, pero sí la humillación. En un reto ilimitado a la angustia y al dolor, se sentaron en la arena con las espadas desnudas acostadas en sus regazos y cerraron los ojos como dos pedestales de calma. Su plegaria silenciosa fue una flecha de fuego azul abriendo su senda al infinito, antes de la lluvia de acero empenachado que segó el lazo entre sus almas y sus vidas.

El testigo de la escena sintió náuseas cuando el jinete se acercó a ellos y arrancó de sus cintos dos llaves de oro, una con una gema roja y otra con un joyel azul. Intentó forzar su mirada a través del velo que difuminaba la imagen del guerrero en su visión, pero despertó en su cuerpo físico, tocado el rostro por los rayos imprecisos de la mañana.

Así, ¿era esta la clave que le faltaba a su historia?

Tardó en recuperar la movilidad del cuerpo, el dominio de sus miembros entumecidos, y sólo después de un vaso de leche hirviente y miel se atrevió a lanzar

su intuición al laberinto de aquellos hechos tremendos.

IV



El viento sopló desde el mar respondiendo a la necesidad de los peregrinos y tañó el tenso cordaje del velero eterio como notas de una lira. La luna era un cuenco de néctar rezumante y el mar un campo oscuro sembrado de diamantes por el cielo. En el puerto del delta del río, hombres y mujeres con antorchas esperaban silenciosos, prematuramente añorantes, tristes los rostros. De pronto se dejó oír el esperado tamboriteo de cascos de caballo y poco a poco los jinetes fueron emergiendo de la noche azul mientras una voz anunciaba:

—¡El rey de Dyesäär y el Señor Mándos!

Y esta frase sonó primero confusa, después dolorosa, en los oídos de todos aquellos que ocupaban el puerto, pues por primera vez se separaban para ellos el título real y el nombre de Mándos. Al oír la señal, los marineros eterios se volcaron en sus faenas como genios del río y el príncipe Dión salió de su camarote y se dejó ver por las gentes reunidas en el muelle, pletóricas de una mística admiración. De un extremo al otro del puerto Mándos y Dión se contemplaron, una llama azul y un resplandor de plata en la noche. Y en aquel mismo instante, otro grupo llegó por el Sur y una nueva voz gritó:

—¡El gobernador de Astryantar!

Ante los ciento cincuenta señores convocados en el puerto estuvieron los cuatro seres más amados y admirados de Dyesäär. A dos de ellos les dirían pronto adiós y estos partirían llevándose una era. Era el tiempo de una nueva generación y aquella noche, la curva del destino.

El grupo de Mándos desmontó y el rey Arabínder, cubierto por el manto ancestral de escamas azules y portando la corona de Dyesäär, abrió la comitiva que marchó hacia el grupo del gobernador. Cuando unos y otros hombres se encontraron, Pradib se arrodilló ante su hermano y besó su anillo, pero Arabínder lo obligó a incorporarse y lo abrazó. Las mejillas del gobernador estaban húmedas y le oprimía un nudo la garganta. No pudo mirar a Mándos sin que sus ojos se colmaran de nuevas lágrimas y

los cerró con un gesto de dolor contenido. Mándos avanzó hacia él a grandes pasos y lo estrechó entre sus brazos poderosos, mejilla contra mejilla en una efusión de amor viril que estuvo a punto de hacer desfallecer al gobernador, cuyas piernas flaquearon dejándole sostenido sólo por la inmensidad del abrazo de su rey. Luego, temblando por la mirada silenciosa de Mándos fija en sus ojos, recibió como regalo de despedida el caballo del que pronto no sería más que un peregrino del río.

Mándos caminó entre las gentes del muelle sin una palabra, con el corazón como un panal en cada una de cuyas celdas fuese amansionando la memoria viva de aquellos que abandonaba, hablándoles con los ojos, otorgando sus últimos dones con la invisible taumaturgia de su buena voluntad... Por fin, cuando hubo llegado al velero eterio y se disponía a despedirse del nuevo rey, una caracola sonó potente en la noche y una nave esbelta entró en el puerto, ligera y silenciosa como un cisne, mientras desde su cubierta anunciaban:

—¡Bran de Dyesäar, virrey del Bajo Sur!

—¡Hermano! —gritó el rubio Bran desde la cubierta—. ¡Hermano y rey!

Y antes de que el bajel hubiese culminado sus maniobras de atraque, Bran ya había saltado al muelle y corría hacia Mándos con un sonido de botas sobre la piedra que era canción de añoranza y reencuentro, y hería la densidad triste y silenciosa del puerto. Su carrera culminó en un abrazo de saludo y de adiós, y Mándos acarició la larga melena de su hermano menor con un gesto de cariño entrañable.

—¡Por Dios, hermano y rey mío! ¿Ibas a marcharte sin una palabra de despedida a tu fiel Bran? Afortunadamente, navegaba no lejos de aquí cuando percibí en mi corazón la intensidad de tu sentimiento y sin pensarlo dos veces volví la proa de mi nave hacia el delta. El viento nos abandonó al mediodía y desde entonces hasta alcanzar la desembocadura del río hemos estado remando con todas nuestras fuerzas. Sabía que te encontraría aquí.

El virrey vestía como un corsario, la camisa abierta y húmeda, los músculos hinchados por el esfuerzo y un pañuelo rojo atado a su frente con los sudores de todo el día. Era seis años menor que Mándos pero, aunque a sus setenta aún era fuerte, inasequible al cansancio, un gran líder y un guerrero temido, no poseía la interminable juventud de aquel. Sus grandes ojos verdes eran eclosiones de frescura y aún se reían de la vida, pero había en él como un agotamiento metafísico... y con él portaba el fardo del existir. Por ello su risa tenía muchos tonos y, si en los más bajos era una franca apertura de su corazón, si ascendía luego hacia un humor sagaz que incitaba sonrisas inteligentes con imágenes tan divertidas como certeras de las cosas, sus tonos más agudos superaban el límite de una sana ironía para convertirse en saetas de un cinismo casi doloroso.

Con su llegada el clima había cambiado y la hierática solemnidad de los primeros instantes, la música silenciosa que acompaña a las experiencias concentradas, el

lenguaje mudo pero evocador de las miradas, se habían disuelto mientras la realidad decantaba en un aire más terreno. Bran descubrió entonces a sus hijos entre los circunstantes: Arabínder como una aparición, la misma cabellera rubia que su padre conservaba sin una sola cana suelta bajo la corona de oro rojo y piedras preciosas, exaltando los símbolos reales a una dignidad divina; más allá Pradib, aún conmocionado por el tránsito de su señor. Bran corrió a saludarlos a ellos también. A Arabínder quiso besarle la mano, pero este se lo impidió; a Pradib, su primogénito y sin duda su hijo más amado, lo halló inaprensible como un junco cuando tendió a su alrededor su vasto abrazo.

—Señor gobernador... —exclamó con una sonrisa irónica en las comisuras de sus ojos. Luego, cogiendo de la mano a sus dos vástagos, Bran volvió al lado de su hermano.

—¿No habría una copa de vino antes del adiós? —rogó Bran a Mándos con sus brazos apoyados sobre los hombros de sus hijos.

Pero quien respondió fue el príncipe eterio desde la blanca nave de los peregrinos:

—Pasad aún un instante juntos, Señores de Dyesäar —dijo—. Los vientos velarán toda la noche y los mástiles serán carrillones recordándonos minuto a minuto la partida. En el barco hay cerveza de Éndor y mosto de las viñas de Astraya, y cirios que arden desprendiendo un olor de miel.

Pero Mándos era reacio a dejar a su pueblo en el muelle añorante mientras él se retiraba al calor de aquella despedida.

—No te cause pesar —le susurró Dión—. A través de Bran beberá con nosotros tu pueblo todo y los que están aquí se sentirán dichosos si se prolonga, siquiera media hora, tu proximidad.

Mándos accedió entonces. Los cuatro Señores de Dyesäar se reunieron con el príncipe eterio en su cámara, en torno a una mesa redonda y baja, sentados sobre muelles toisones y respirando un aire marino que traía la surada y que el fuego de los candelabros incensaba con miel. Arabínder se había desprendido del manto y la corona, y volvía a ser sólo el hijo del virrey, el sobrino del monarca, el capitán de hombres. Bran contemplaba estupefacto la juventud renaciente de Dión, con quien había combatido en la guerra contra el imperio y más tarde por Eben, en la Legión Fulminante. Pradib era un silencio que apenas podía conciliar la intensidad de aquel momento con la proximidad de la ausencia, la alegría de ver a su padre con la añoranza de Usha. Una y otra vez volvía su mirada hacia sus adentros, incrédulo ante el oleaje de estas emociones.

«Así que esta es tu debilidad» —se decía.

Y sabía certeramente que ni Mándos ni Arabínder, y mucho menos Dión, podrían sufrir lo que él sentía. Eran corazones ajenos a estos tonos de la música del sentimiento; no insensibles al amor, a la nostalgia, pero en ellos estas efusiones

íntimas eran fuerzas concentradas elevándose a las alturas por la intensidad de su autocontención. Bran, su padre, estaba mucho más próximo a él, pero como un oso había erigido su naturaleza de roble atropellando todas las sombras de su propia debilidad, aplastándolas con su disciplina o con su risa; si no, no habría podido ser la punta de lanza de su hermano en las tierras salvajes del Bajo Sur, que sólo acabaron de ganarse por su espada. Dión, Mándos, Arabínder, Bran: Pradib tenía delante no cuatro hombres sino una escala musical. El mundo estaba a punto de ensordecer para las notas más altas. Arabínder, Bran... y Pradib: durante un instante más, como si fuera el lapso de esta despedida, la música se prolongaría aún en los grandes descendientes del rey Ìlahur; luego Pradib les sobreviviría y estaría solo en la densidad del mundo. Sabía que sería el último de los cinco porque el mundo decantaba hacia la densidad de Pradib, cayendo de debajo de los pies de los otros cuatro a medida que se volvía más grave y dejándolos suspendidos en un aire más sutil. La intensidad de su sentimiento era una espiral de tristeza en el aire a la que los demás respondían con silencio. De pronto, Philo, surgido nadie sabía de dónde, restregó su costado contra la canilla de Pradib e incendió el silencio con un maullido.

—Y ahora, hermano, dime, ¿qué hacías tan cerca de estas costas? —comenzó Mándos percibiendo la incomodidad de Bran en aquel silencio.

—Patrullar —respondió el virrey.

—¿Tan lejos de Extramundi? —repuso Mándos.

—Hace tres semanas, mis guardacostas avistaron una pequeña flota. Eran doce barcos de muy distinta hechura, como acostumbran a serlo los de los corsarios, aunque todos ellos naves rápidas de violentos espolones y velas pintadas con imágenes grotescas; todos... menos uno. Pretendía parecerse al resto, pero era mucho más rápido... y más siniestro. Cuando los demás atacaron, desapareció como en una niebla. Dejé órdenes de combatirlos y partí tras él. Lo avistamos en tres... no, cuatro ocasiones y siempre muchos nudos por delante. Navegaba hacia aquí y pensé que no pasaría mucho tiempo sin que tus barcos lo detectasen y apresaran. Pero el barco viró hacia la costa pasado Cabo Azul y se perdió en la nada. Desde entonces he estado explorando la zona. Por tu expresión comprendo que no sabes nada de todo esto.

—No, Bran —respondió Mándos—. Ningún barco extraño ha llegado a nuestras aguas después del ataque corsario contra las Baltas. Pero... —caviló un instante—. En fin, sea como sea, esta es ya una cuestión que atañe al nuevo rey.

Bran volvió a Arabínder su mirada.

—Iremos juntos a Cabo Azul a buscar ese barco, padre. Muy osado ha de ser quien lo gobierna para irrumpir de este modo en el corazón de Dyesäär.

Las palabras de Arabínder fueron una daga en el corazón de Pradib. Si el rey partía, sería el gobernador de Astryantar quien debería asumir todas las responsabilidades en el Alto Sur... y ello por tiempo ilimitado. Nunca como ahora se

había sentido tan dividido y a la vez tan pequeño.

—Iremos —respondió Bran—. Dos de mis naves quedaron allí explorando la zona. Supongo que barcos hechos por mano de hombre no desaparecen así como así y menos en las costas de un reino armado y despierto.

Philo ronroneó bajo la mano cálida de Pradib, como contradiciendo al virrey.

—Y, sin embargo —retornó Mándos—, me gustaría saber qué opina de todo esto nuestro Dión.

Dión sonrió con sus labios finos, sus grandes ojos verdes.

—¿Un enigma a la hora de partir, Mándos? A ti te diré que los misterios que suenan en la hora del adiós acompañan todo el viaje. A Bran que, en efecto, hay hombres que pueden hacer desaparecer los barcos... y aun cosas más inimaginables. Y a Arabínder le prevengo: estate preparado, el mundo cambia, el mundo se oscurece... Este es un rito que en la historia de los pueblos lo ofician los bárbaros, síntoma y causa del descenso. A veces, también promesa de renovación.

—¿Y para mí? —intervino Pradib—. ¿No tienes también para mí una palabra?

—Pradib, Pradib —respondió Dión—, para ti una palabra de esperanza, pues tu verás la Aurora antes del amanecer.

Y callaron, bebiendo cada uno su don.

Luego el viento sopló con más fuerza, moviendo el barco, apremiando a los viajeros, y todos sintieron que aquel interludio había acabado. Emergieron a cubierta y allí, a la vista de todos, Mándos se arrodilló ante Arabínder y le pidió su bendición. De todos los deberes exigidos a su realeza este fue el más doloroso y, apenas lo hubo cumplido el nuevo monarca, se arrodilló junto a Mándos y lo abrazó.

Bran y sus dos hijos dejaron la nave, y las amarras que la mantenían sujeta al muelle la liberaron. El barco se apartó hacia el centro del río con las velas hinchadas, en un ansia de espacio, y los dos peregrinos levantaron el brazo en señal de hasta siempre. Los guerreros de Dyesäar agitaron las espadas con un grito triste y glorioso, y miles de caracolas sonaron a lo largo del río. En lo alto de Éndor, inmóvil en su luz de blanco fuego, el Mandír era la imagen terrestre de la plenitud de la luna.

V



¿Qué se siente al ser un noble venido a menos? —gorjeó displicente el muchacho al entrar en el estudio que su maestro tenía frente al Deva.

—¡Por todas las dunas del desierto! —le respondió este—. ¿De qué me hablas?

El joven sonreía con aquella picardía tan poco habitual en él, mezcla de irónica decepción e informe anhelo. Esperó que el mayor comprendiese su explosión de trivialidad. Había llegado allí con un ansia extraña, con un fuego en el alma y la necesidad irresistible de sentarse junto al hombre, compartir con él una infusión entrañable y hablar de las cosas que le inquietaban. Todo esto había tratado de decírselo con su primera mirada; pero entonces descubrió que aquel no estaba sólo: Yrna y Arolán, las dos mellizas que un detestable destino le había dado por primas, compartían con el maestro el té y el tiempo. Dieciséis años tenían, dos menos que él, y por decreto de la moda de Zuria eran rubias, hermosas y superficiales. No comprendía ni por asomo lo que aquel par de elementos buscaban en el hombre de las arenas, su viejo maestro; pero entendía mucho menos aun lo que este, amante de la soledad y las honduras del pensamiento, encontraba en el dúo de flamantes papagayos.

—Os saludo, primas —dijo el muchacho inclinando levemente la cabeza hacia ellas al entrar, y volviéndose rápidamente hacia su maestro—: ¿De qué hablo, mi señor? Vulgaridades... me pongo a la altura de la audiencia. Ocurre que...

Yrna y Arolán se miraron sonrientes, inmensamente complacidas de ser la causa de la turbación de su primo, pero el hombre le interrumpió:

—¿Y qué se siente al ser un joven tan adinerado como poco cortés, tan trivial como deslenguado?

Le reñía cariñosamente, intuyendo las intenciones del muchacho. También él había esperado con anhelo el momento de reunirse con su pupilo y lo que tenía que decirle no podía esperar.

—Y ahora cuéntame, ¿de dónde me vienes con esa historia?

—¿La de tu desafortunada nobleza, maestro? —repuso el joven rodeando la pequeña mesa circular en torno a la que los tres se sentaban—. Resulta que... ¡Oh! —exclamó de pronto descubriendo unas tablillas de cera sobre la mesa de trabajo junto a la ventana—. ¿Una nueva obra, mi señor?

Se acercó a ella a grandes pasos, tomó una de las tablillas en sus manos y paseó la vista por encima.

—Pero... ¿Qué es esto? —exclamó casi con sagrada repugnancia—. ¡Un poema! ¡Dios mío! ¡Y un poema épico, además! ¿Estás perdiendo el tiempo con esto, mi maestro y señor, cuando todavía aguardan inacabadas tus *Crónicas Ebénidas*?

Las muchachas se miraron nuevamente, con un gesto de mutua comprensión y burlesca solidaridad, pero el hombre contempló al joven divertido.

—Algún día, Vrik, algún día comprenderás los milagros que puede obrar la poesía...

—¿Cómo soportáis a nuestro primo, maestro? —atacó entonces Yrna.

—Oh, Yrna, no creas que es siempre así —respondió el hombre—. Lo que ocurre es que ahora hace tiempo que no lo castigo. Sin ir más lejos, hoy estaba pensando en ello. En cuanto os vayáis le aplicaré la vara. Los potros cimarrones necesitan a veces varias domas.

—Por nosotras, maestro Leb... —repuso Arolán con una mirada maliciosa hacia su primo.

—¡Ni pensarlo! —contestó muy serio el maestro, y solemnizando la voz—: Deseo corregir útilmente, no humillar vengativamente. Treinta azotes no son un castigo que deba aplicarse delante de unas damas. Además, un torso desnudo cruzado de rojos verdugones es un espectáculo desagradable que os quiero ahorrar.

—Entonces os dejamos —dijo Yrna levantándose prontamente y observando a su primo de soslayo—. No queremos retrasar ni un instante la lección que tenéis preparada para Vrik.

Ambas muchachas se despidieron del maestro y abandonaron la casa ágiles como el aire. Descendieron corriendo al río y tomaron el sendero que lo orillaba, dispuestas a pasar en el campo el resto de la tarde, y se miraron con risa contenida cuando desde la distancia oyeron los castañetazos de la vara y los aullidos de Vrik.

Pero Vrik y Leb también reían. El maestro dejaba caer su palo sobre el fino colchón de su lecho y gritaba ¡uno, dos...!, y a cada golpe el joven ebénida ululaba como si lo hubieran recibido su espalda, sus posaderas, y se atragantaba pidiendo perdón en una explosión de disfrazadas carcajadas.

—¿Crees que ya están lo bastante lejos? —preguntó Leb con la vara alzada. Vrik se encogió de hombros e hizo una mueca de ignorancia.

—Entonces espera —tornó Leb, y descargó con tal fuerza su vara sobre el colchón que Vrik casi la sintió sobre sus propios lomos.

Bramó con la voz de la desesperación e, incapaces de contenerse un segundo más, ambos estallaron de risa.

—No te entiendo, Leb —dijo entonces el muchacho adoptando el tono familiar que se permitía, que casi le exigía su maestro, cuando estaban a solas—, ¿qué haces con esas víboras?, ¿qué esperas de ellas?

Leb, sobriamente, sonrió.

—Las agujas pinchan, pero son útiles para coser —respondió.

—Vaya, si no me hubieses salido con una de estas, no habrías sido mi maestro.

—Dejemos esta cuestión, es muy poco interesante ahora. Pero tú... tú venías con un fuego inusual en tus ojos. Sin embargo, dime antes: ¿qué es esa historia del noble venido a menos? ¿De dónde la has sacado?

—¡Bah! —respondió Vrik—. Al ver a mis primas disimulé con la primera tontería que se me ocurrió. Es Abdalsâr, el capataz de Elva de Olpán, quien ha empezado a difundir este y otros rumores sobre ti.

—¿Por ejemplo?

—Que eres un hijo bastardo del sheik de Merkhubâl, un agente enemigo, un pariente renegado de los Olpán, un tahúr que perdió todo su dinero en Mankan, un borracho... Algo contradictorio, ¿no?

—No son tonterías... estos comentarios —musitó Leb extrañamente turbado.

—¿Por qué los hace? ¿Qué tiene que ver contigo ese hombre?

—Desconfía de él.

—Por supuesto... Pero no me has contestado.

—Te enterarás a su tiempo, Vrik.

—¿Sabes?, se está convirtiendo en un hombre poderoso en Eben.

—Sí —respondió Leb—. Se diría que al mismo tiempo y en la misma medida que su señora, pero la verdad es que corre y que crece más. En fin...

De la ventana llegó el zureo de las palomas. Leb miró a través de ella al lejano desierto. Cuando obscureciera, dos horas más tarde, la sombra avanzaría desde la profundidad de aquel horizonte naranja como una tormenta de arena. Mientras su maestro mantenía perdida su mirada, Vrik aprovechó para observar su perfil de águila, su mirada brillante, su ancha frente inteligente, su tez morena. A pesar de sus muchos años en Eben, Leb seguía siendo un nómada de las arenas. Aparentaba entre cincuenta y sesenta años, era delgado y fibroso como los beduinos; su pelo, largo y gris; y una barba espesa le cubría la cara. Su edad y su origen nadie los conocía con precisión. En la ciudad se habían acostumbrado a llamarlo «el maestro» y se le respetaba más aun que a los dos escolarcas, el de la Universidad Nobiliaria y el de la Universidad del Pueblo. El rey Vântar le había ofrecido ambos puestos sucesivamente y Leb los rechazó. Decidido a no rendirse, el monarca ebénida llegó a proponerle el escolarcado absoluto, con gobierno incuestionable sobre las dos

universidades; pero también esta dignidad la declinó Leb y fue entonces cuando se retiró al barrio de pescadores, que tan castigado sería durante la invasión de las fieras de Koría. Sin embargo, su modesta morada permaneció intacta en medio de la devastación y Leb no fue tocado por la furia animal. Nadie sabía por qué. Desde que se trasladó allí, una decena de años antes, el hombre de las arenas había ahondado en su retiro. Ya no participaba ni en los congresos ni en los cenáculos de la Academia, donde siempre había sido un invitado de honor. Sin embargo, de entre todos los pensadores de la ciudad, sólo sus libros trascendían más allá de las fronteras del reino ebénida. Se decía que Mándos aplaudía sus ensayos sobre el Viejo Imperio; el sinarca de la Pentápolis le había invitado a Zuria, la capital del Norte, en más de una ocasión, ofreciéndole cargos y dignidades incluso más tentadores que los que Vântar pusiera a sus pies; y, por si todo esto fuera poco, se murmuraba que sus investigaciones sobre el pueblo desaparecido de los Sumânõi formaban la parte más estimada de la biblioteca del Maestre Alquimista, que de su poesía disfrutaba la Dama del Arco y que su filosofía estaba secretamente inspirada por las Órdenes de los Anillos. Estas murmuraciones, no obstante, a Vrik le parecían muy poco dignas de confianza, pues de las Órdenes, en Eben, no se sabía nada desde hacía decenios enteros.

Vrik, por su parte, era el joven más prometedor de Eben según la opinión del maestro. Y su opinión debía de estar bien fundada porque de los jóvenes más sagaces y con mayores inquietudes de la ciudad no había uno solo que dejase de visitarle. A pesar de su relativo aislamiento, al hombre no le pesaba dedicarse a ellos: sabía que era en aquella generación naciente, virgen de la contaminación del nuevo imperio, donde estaba la esperanza de la ciudad. Pero les exigía un trato muy poco académico, un trato leal y amistoso, una camaradería en el conocimiento, un compromiso de perfección personal. A la mayoría les prohibía llamarle maestro y les pedía que lo considerasen, en todo caso, un hermano mayor. A otros casi les obligaba a la fórmula de cortesía comprendiendo que, en su inmadurez, la necesitaban todavía para no perder ese íntimo respeto hacia el saber y hacia sí mismos. En más de una ocasión, los jóvenes que le rodeaban habían tratado de constituir una fraternidad entre intelectual y espiritual con él por cabeza; pero Leb siempre había desanimado y hasta minado estos intentos. Su labor era otra. Cuál nadie lo sabía ni lo imaginaba, aparte de escribir libros que no le daban dinero y estimular a jóvenes de los que no aceptaba la menor remuneración. Vivía modestamente, cierto, pero de dónde sacaba la plata para alimentarse, vestirse y vivir en una ciudad cara como Eben era un misterio, aunque las malas lenguas decían que el viejo maestro vivía a costa de Vrik.

Vrik pertenecía a la aristocracia más reciente, la del dinero. Su abuelo huyó de la capital tras la caída del Viejo Imperio y se ocultó en algún lugar del Norte; su padre retornó a Eben a la muerte de Sarkón el Abominable, cuando la ciudad empezó a recuperarse bajo el cetro de Vântar. No luchó en las guerras contra las tribus

montañesas y beduinas que asolaron el reino porque tenía una pierna demasiado corta y una vista demasiado débil, pero encontró el pequeño tesoro que su propio padre había ocultado antes de escapar de los agentes imperiales y creó un banco sin grandes pretensiones. Empezó por financiar iniciativas modestas: reconstrucción de canales y acequias en las devastadas almunias del Cinturón Fértil, al otro lado del Deva, cría de caballos de razas autóctonas, botes de transporte a través del río o el humilde aumento de las cabañas de los ganaderos que se hizo posible acabadas las guerras. Pero pocos años después, las empresas realizadas con su capital eran las más audaces: el templo de la ciudad, el nuevo palacio real, el soberbio edificio de la Academia de la Lengua, la caravana comercial que unió Eben con la Pentápolis de forma regular por primera vez en la historia reciente, el abastecimiento de metales a los renombrados armeros de la capital, el complejo y costoso aprovisionamiento del ejército, con sus cuatro distantes fortalezas, o las minas de turquesa en el desierto, que explotaba asociado al sheik de Mankan. El padre de Vrik dejó de llamarse en poco tiempo Baar el Cojo para ser Baar de Belinor, esto es, Baar el Señor que Ilumina, lo que era una metáfora muy al estilo de las de los beduinos por el oro que los ebénidas suponían resplandecer en sus arcas. Pero si algo no hacía Baar era acumular metales preciosos; las arcas estaban siempre casi vacías y el dinero en movimiento. Amaba los negocios no por lo que materialmente le reportaban, sino por las muchas y grandes cosas que era posible hacer por el reino cuando las aventuras comerciales se emprendían con tanta prudencia, inteligencia y habilidad como audacia. Por eso, si amó, admiró y respetó a un gobernante, ese fue Vântar. Conocía a Mándos de Dyesäar, pero el reino del Sur le parecía algo fuera del tiempo y su mística, algo nebulosamente incomprensible; peor incluso, tortuosamente innecesario. Conocía al sinarca de la Pentápolis, pero el Norte pecaba por lo contrario: una gran dosis de alegre superficialidad vital y una explosión de egoísmos enfrentados. Eben era para él la justa medida de humanismo realista y práctico. Tal era la causa de que le crispasen las tendencias espiritualistas de Vrik, su único hijo. Y, si aceptaba que visitase al maestro, era porque a los ojos de mucha gente no se podía ser un joven elegante sin hacerlo; pero sabía que el hombre de las arenas jamás obraría en Vrik el único milagro que él esperaba con fervor: ilusionarlo por la profesión de banquero.

—Vrik, dime una cosa, ¿hasta qué punto estás apegado a esta ciudad, a tu familia, a es clima?

El muchacho contempló a Leb con sus grandes ojos azules muy abiertos.

—De esto venía a hablarte —respondió—. ¿Quieres que te diga la verdad? Me ahogo en esta atmósfera. Con mi padre he llegado al límite del entendimiento...

—Un hombre muy válido y respetable; excelente, diría yo, pero monocorde.

—Esas garzas y gacelas y papagayos con sus fragantes melenas rubias y absurdos

pavoneos... En fin, para qué decirte lo que ya sabes... —siguió el muchacho.

—Las hay interesantes, pero te engañan las apariencias.

—La dedicación al banco no me atrae en absoluto... —continuó Vrik.

—Con tu inteligencia, sería una lástima que lo hiciera, aunque espero por el bien de todos que después de tu padre caiga en buenas manos.

—Y en la universidad —concluyó— dudo de que puedan enseñarme algo más todavía. Las únicas horas realmente provechosas son las que paso contigo o las que empleo en profundizar lo que aprendo de ti, pero...

—No sigas. Me siento halagado, joven Belinor, pero yo soy una persona mucho más limitada de lo que tú te crees. En fin, no discutamos —añadió cortando en seco la protesta de Vrik—. Una condición excelente, mejor aun que la que esperaba. Escucha muchacho, tengo una misión para ti.

Vrik le miró sin ocultar su extrañeza. Después sonrió pensando que era una burla de su maestro, un modo de confundirlo en el laberinto de su sana ironía.

—¿Una misión? Vaya, pensaba que ahora te dedicabas a la poesía y resulta que te has vuelto estratega.

—Te aseguro —respondió Leb algo más serio— que en este caso hay poca diferencia, pero esto tardarás aún un tiempo en aprenderlo.

Vrik escrutó al hombre del desierto. Como siempre, le pareció impenetrable. Imposible era saber dónde empezaba y dónde acababa su humor.

—¿Qué tengo que hacer? —murmuró con prudencia.

—No es una misión para cualquiera, Vrik, y lo que saldrá de ella es imprevisible. Además, no está exenta de peligros.

—Habla —insistió Vrik.

Mirándolo fijamente y sin asomo de chanza en sus ojos, hablando muy pausadamente, como si le dictase a un escriba su obra maestra, Leb se explicó esperando que el joven bebiese todas sus palabras:

—Tomarás un caballo de la cuadra de tu padre, el más rápido y resistente; dejarás la ciudad a escondidas y viajarás al bosque de Koría; buscarás al príncipe Brahma y le dirás que su madre, la reina, está detenida y la ciudad en poder de los nobles.

—¡Magnífico! —exclamó Vrik—. ¿Me permites algunas objeciones?

—Todas las que desee mi joven amo —se burló ahora Leb.

—Dejar la ciudad a escondidas puede resultar muy romántico, pero después de los sistemas de vigilancia instaurados por Vântar, poco menos que imposible. El bosque de Koría puede parecer más romántico aun, pero te recuerdo que fue de allí de dónde llegaron hace unos pocos meses las fieras que arrasaron media ciudad. Del príncipe nadie sabe nada, quizás ahora esté en el vientre de un lobo, y aun si lo hallara, no se me ocurre por qué razón habría de mentirle sobre su madre y sobre su ciudad. Déjalo correr, Leb, sigue con la poesía.

Leb sonrió.

—Es exactamente lo que estoy haciendo. Escucha, no hay ningún sistema de vigilancia que no pueda vencerse con audacia e inteligencia. El bosque de Koría es peligroso, no te lo negaré, pero yo pensaba que tú eras realmente un Vrik, un Lobo. El príncipe está sano y salvo, y, si no se sabe nada de él, es porque los mensajeros que envió en su momento fueron apresados uno tras otro. Y, para acabar, si le dijeras al príncipe lo que acabo de revelarte, no le mentirías en absoluto.

Vrik se puso en pie.

—¡Claro que soy un Vrik, pero además tengo sentido práctico!

—Digno hijo de tu padre. Lo celebro. Es un sentido muy útil... Y muy necesario. Un sentido excepcional, diría yo, si se lo combina con una buena dosis de imaginación creativa y de espíritu romántico.

Vrik paseó por la alcoba. A un mismo tiempo quería partir y le dolía alejarse de su maestro, quería creerle y pensaba que se burlaba de él, quería iniciar una nueva existencia y sentía un apego irracional por la vieja. De pronto, toda la excitación lo abandonó y se desplomó sobre una de las sillas de tijera.

—Lo que ocurre, Leb, es que no acabo de creerte. ¿Dónde están esos mensajeros?

—Pregúntale a Elva de Olpán. Vrik se incorporó de golpe.

—¿Sabes que ha convocado a mi padre? —se sobresaltó al oír el nombre.

—Por supuesto —respondió Leb.

—¿Cómo ‘por supuesto’? No lo sabe nadie.

—¡Por todas las dunas del desierto, Vrik, y por las que caerán sobre esta ciudad como no me hagas caso! Creía que habías sacado más provecho de tu entrenamiento intelectual, pero todavía te dejas ofuscar por la excitación de tus sentimientos. Y ¿sabes por qué, Vrik? Porque te falta humor.

—¡¿Qué?!

—Escucha, te estoy diciendo que hay un grupo de nobles que tienen secuestrada a la reina, que hacen desaparecer a los mensajeros del príncipe Brahma y que tienen por líder a Elva de Olpán. ¿Qué es lo primero que van a necesitar, Vrik? Dinero. Que hayan llamado a tu padre no es para mí un secreto, sino una necesidad. Dinero para comprar al ejército, a los jefes de las fortalezas del Swar y del desierto, sin los cuales no podrían triunfar, aunque contasen con todas las tropas capitalinas. Dinero para comprar al pueblo. Dinero para comprar el respeto de la Pentápolis o defenderse de Dyesaar.

—Elva es rica —repuso Vrik—. ¿Para qué querría el dinero de mi padre?

—Es menos rica de lo que se esfuerza en demostrar. Elva debe muchos miles de imperiales después de su aventura en las minas de Koría, pero, además, tu padre sería para ella y su conciliábulo no sólo una incalculable ayuda financiera, sino también un apoyo moral ante los ojos de toda la ciudad.

—¿Y el príncipe? —inquirió Vrik—. Si es como dices, ¿por qué no retorna?

Leb perdió la mirada en la blanca pared que daba al Norte, como si pudiese ver a través de su compacta hechura.

—El príncipe Brahma —respondió calmosa y suavemente— está sirviendo en Koría a tareas muy importantes... Pero, si no recuerda esta, puede perder el barco de la historia.

El tono a ratos apremiante, a ratos tierno y tranquilo, a ratos profundo y distante de su maestro había acabado por convencer a Vrik. Iría, ya no le cabía duda alguna, y el asumir esta decisión irrevocable le había sosegado. Su mente, libre de la presión de sus sentimientos, saltó de consecuencia en consecuencia y vislumbró el futuro que se abría para él.

—Lo que me pides es un viaje sin retorno, Leb —dijo meditabundo—. Volveré como soldado del príncipe o no volveré; en cualquier caso, el Vrik que conocemos habrá muerto. No me importa demasiado, pero me preocupa mi padre. Todo lo que dices conduce únicamente a esto: el dinero del banco de Belinor lo obtendrán con su consentimiento o por la fuerza, tal es su necesidad en esta hora y, si han secuestrado a la reina, no les contendrá la negativa de un banquero.

Leb asintió con la cabeza.

—Podría tratar de avisarle del peligro que corre, pero jamás me creería. Podría quedarme e intentar defenderlo, pero ¿qué protección le ofrecería yo? Venía a ti con un ruego ciego y tú me has dado una misión. Sé que me la has dado porque has visto en las sendas del tiempo más de lo que yo podría ver. Es la hora de elegir entre dos lealtades: no entre mi familia y el reino, sino entre la exigencia de mi alma y una inútil, fatal fidelidad.

Alzó la mirada y clavó sus ojos en los de su maestro, que le parecieron verdes y vastos como prados.

—Desde el mismo instante en que se ha abierto la posibilidad de elegir entre aceptar y rechazar esa misión —continuó el joven—, ha muerto y ha nacido un mundo. Has cerrado la puerta al pasado con la magia de tu palabra y, aunque me negase a partir, ya jamás volvería a ser el Vrik que he sido. El Lobo, oh maestro mío, espera en Koría. Me iré esta misma noche.

Leb lo contemplaba con ojos coruscantes, pero con el rostro impassible de quien asiste a un rito inevitable.

—Espera todavía un poco, mi querido Vrik —dijo con la voz y el gesto misteriosos de una esfinge—. Aún es necesario algo para tu misión. Mañana pon todos tus sentidos en obedecer a tu padre. Enseguida sabrás cuándo tienes que partir.

Hacía frío. Cuando Vrik abandonó la casa del hombre del desierto y descendió hasta el sendero junto al Deva sin pensar demasiado en lo que hacía, sintió el cambio repentino de la temperatura y echó de menos su capa. A pesar de que el calor duraba

más cada año, estaba ya mediado el Otoño y los días perdían horas como hojas. Vrik dio la vuelta y retornó a la ciudad a través del casi desértico barrio de pescadores. Alcanzó la puerta oriental de la muralla y la cruzó bajo el resplandor de las antorchas y la vigilancia de los guardias. Ascendió hasta la avenida principal y paseó entre hileras de altos álamos cuyas hojas eran música amarilla en la caricia de los vientos. Llegó al parque que se abría en la mitad de la avenida, a igual distancia de la ciudadela que de la puerta septentrional, y calmó su paso entre las flores y los árboles, hieráticos en el milagro del crepúsculo. Quería negárselo a sí mismo, pero sabía que durante mucho tiempo no volvería a ver a su maestro. El hombre de las arenas le había enseñado... Se detuvo en seco frente a un estanque rayado por las carpas. ¿Qué le había enseñado Leb, al fin y al cabo? Ahora que lo pensaba, se daba cuenta de que ninguna materia concreta, aunque parecía conocerlas todas. No, ningún dato del pasado, ningún sistema de la ciencia... No. Le había enseñado a pensar, a percibir, a sentir, a ser consciente de muchos modos y desde muchas partes de su ser. Y esa consciencia que había cultivado en él como un jardinero no la había plantado como una flor en suelo extraño, sino que la había hecho surgir de una necesidad primordial de sus honduras: la sed de infinito.

Descubrió de pronto una pareja joven al otro lado del estanque y algo en ellos le atrajo como un arcano. La muchacha era de una belleza espontánea y humilde, sin artificio, como una nube en los brazos del aire. Su pelo castaño le caía hasta los hombros, denso y liso, y su túnica corta publicaba el secreto de una piel morena, tersa, del olor de la miel, insensible al frío en el aura del amor. Sus ojos eran de un color indistinguible a aquella hora, pero fúlgidos y gateados, y sus labios, dos azules con la ausencia de luz.

El muchacho besó levemente su boca esperante como el mar.

Vrik contempló la escena en el espejo del agua. Se sintió una forma hueca, sintió el abismal vacío de la carne, un fuego gélido y atroz de rara nostalgia. Pero supo también que aquel vacío no lo colmaría jamás un beso de mujer y que ningún calor humano sosegaría el hálito del abismo. Otra era su sed. Esto era, sobre todo, lo que había aprendido de su amigo y maestro, a despojar de sus máscaras la Sed.

VI



«Mañana pon todos tus sentidos en obedecer a tu padre» — había dicho Leb.

Y Vrik sabía que esto quería decir dos cosas: primero, que lo que aún debía conocer antes de emprender su aventura le llegaría a través del señor de Belinor; segundo, que sólo lo asimilaría perfectamente, si ponía en práctica todo lo que había aprendido, todos los detalles de su entrenamiento. Por eso, cuando su padre se presentó en su alcoba aquella mañana con una petición que era tanto un ruego como una exigencia, no le extrañó.

—Tengo que ir a ver a la señora de Olpán esta mañana. Quisiera que me acompañases, Vrik.

El rostro del señor de Belinor era gris y un aura de tristeza lo anegaba. Había envejecido de pronto, en unas pocas horas, y Vrik percibió en él un velado estremecimiento, un nudo de miedo y rabia.

—Sí, padre —respondió el muchacho—. ¿Cuándo...?

—No tardaremos, estate preparado.

Pero Baar de Belinor se demoraba aún en la habitación de su hijo, forzando su vista a través del aire del mundo, que para él era obscuro como un cristal ahumado. Vrik comprendió enseguida que, a su manera, su padre estaba ante él con el mismo ruego informe y ardiente con el que él se había presentado la tarde anterior a su maestro. ¿Dónde estaban la nerviosa agilidad y el inagotable movimiento con los que Baar atropellaba su cojera y burlaba la debilidad de sus ojos? Ante Vrik había una imagen hueca, la presencia de alguien que ha percibido la cercanía de la Mano que cancela todas las cosas y que ha comprendido con sus células, aunque todavía se lo esconde a su propia mente, que todo el esfuerzo con que el hombre cree construir una vida es un intento de sobornar a la Nada, de huir del apocalipsis del Vacío.

Una punzada de lástima le escoció, pero él la contuvo.

«Sin concesiones» —se dijo, y en un corazón sereno buscó un estado de neutra y vigilante apertura.

La lástima desapareció como un espectro a la luz del día y en su lugar se formó una rara admiración. Por unos instantes, Vrik fue sólo testigo de la Vida, percibió detrás de ella la Mano que todo lo artificia y leyó en los eventos su poesía indescifrable. Había empezado su aventura.

Padre e hijo dejaron la casa hacia media mañana. Debían atravesar toda la ciudad de Norte a Sur, donde Elva tenía su mansión, a poca distancia del templo y rodeada de un cerco de ciprés que limitaba la extensión de sus jardines. Vivía allí con un marido calvo y barrigudo que comía, engendraba y vegetaba; vivía con sus cinco hijas, de las que la mayor tenía diecisiete años y diez la menor; vivía con un capataz obscuro y esclavos a los que había enseñado a temer. El señor de Belinor quiso hacer el camino andando. Recorrer la avenida, atravesar el parque, rodear la ciudadela, les llevaría como mínimo una hora y media, y Vrik comprendió no sólo que su padre temía el encuentro, sino la estrategia surgida de ese temor: quería llegar a casa de Elva lo más cerca posible del mediodía, cuando toda la familia estuviese nerviosa ante la expectativa del ágape y la señora se viese obligada a despachar al banquero con prisas. Comer era un acto sagrado y precioso para la familia de Olpán y la voracidad de los amos no admitía dilaciones.

—¿Sabes lo que quiere de ti? —preguntó Vrik cuando alcanzaron el parque.

Baar de Belinor caminaba concentrado y silencioso, apoyándose en su bastón y dejando que Vrik portase los libros de cuentas que creía necesitar. Rompió su mutismo con un exabrupto.

—¡Alguna otra estúpida aventura como la de las minas de Koría! ¡Qué se yo! Aún debe dinero al banco.

—¿Por qué no has querido que viniese el administrador? Él conoce mejor las cuentas que yo y que tú mismo —inquirió el muchacho.

—Esta mañana... tenía cosas importantes que hacer —respondió Baar.

Vrik percibió en la voz de su padre la vacilación nerviosa que había esperado y que la firmeza con la que este forzó la conclusión de la frase no pudo disimular. Baar temía que Elva lo humillase y, si era así, prefería sufrir esta vergüenza delante de su hijo que de un subordinado. En soledad la habría afrontado, si se lo hubiesen permitido sus ojos, su edad, su cojera.

—Entonces, ¿por qué no esperar a mañana? —tornó Vrik.

—¡Mañana...! —respondió su padre reflejamente, con un gesto descabado de su mano, doloroso, que quisiera rechazar por perezosa y vana aquella sugerencia, pero traicionándole en realidad la duda de si habría un mañana.

Pero la estrategia del banquero no prosperó. Cuando los de Belinor alcanzaron la mansión de Olpán, el fámulo que los recibió en la verja les comunicó que la señora estaba en su finca del Cinturón Fértil y les rogaba que la visitasen allí lo antes posible, pues asuntos vitales de la ciudad dependían de aquella reunión. Ponía a su

servicio un coche hasta el puerto y allí una de sus barcazas para facilitarles el cruce del Deva. Al otro lado del río los recogería Abdalsâr, que ya los estaba esperando. Baar titubeó un instante. Tenía un nudo en el estómago, pero la larga caminata le había dado hambre. Tenía una aprensión cada vez mayor a todo aquel asunto, pero quería por ello mismo acabarlo de una vez.

—De acuerdo —decidió al fin.

El esclavo no les dio siquiera la opción de cruzar la verja. Desapareció a través del jardín y los dejó bajo un sol que quemaba cuando se despejaba el cielo y expuestos a un aire que era frío cuando las nubes en rápidas mutaciones cambiaban el paisaje de lo alto. Pasaron diez, quince, treinta minutos.

—¡Vámonos! —exclamó Baar de pronto airado, y se dispuso al largo paseo de retorno a casa por más que le dolían las piernas.

—Mira, ahí vienen —le susurró Vrik señalando un carro tirado por dos mulos que cruzaba el jardín, conducido por un esclavo negro—. ¿Estás seguro de que quieres continuar con esto?

Baar vaciló de nuevo.

—¡Acabemos cuanto antes! —gruñó.

—Quieren humillarte, padre, y te ofrecen por coche un carro de carga.

Era cierto, se sonrió Baar interiormente, un carro sucio y tirado por dos mulos viejos, dos negras encarnaciones de la parsimonia animal; pero no sería así como Elva humillara al señor de Belinor. Aceptaba el desafío y pasaría la prueba con orgullo.

—Si te da vergüenza subirte a eso, camina a mi lado —le espetó a su hijo el banquero. Vrik no respondió. Sabía que cuanto más poderoso fuese el reto mayor sería la obstinación de su padre y que tales estocadas no estaban en realidad dirigidas contra él, sino contra cualquier sugerencia que Baar interpretase como fruto de la debilidad, aunque lo fuese de la prudencia. Bien porque no conociese el *ordumia* o porque le hubiesen cortado la lengua, el negro se comunicó con ellos por signos, sin abrir ni una ranura casual en su ancha boca. Ambos subieron al carro y este progresó con la lentitud de los eones.

Vrik, sentado en aquel carromato viejo, al mirar hacia la calle por la que descenderían al puerto, tuvo ante sí toda la estrategia de Elva y habría podido predecir cada uno de los pasos que les estaban llevando hasta su tela de araña. Cruzó con nostalgia el barrio de pescadores más allá de la cortina oriental de la muralla y presintió, al volver la vista en dirección a la morada de su maestro, que Leb estaría atento a aquella escena grotesca. Habría querido alzar la mano para saludarlo, como en la exaltación de un triunfo, pero continuó concentrado en sí, acumulando secreta e inmóvil fuerza en un cascarón de silencio. Tal como había previsto, la barcaza no estaba en el puerto y hubo que esperarla en el muelle, sentados en el carro al calor y

al frío de la tarde. Llegó una hora después y sólo era un pequeño bote zozobante. Su barquero desapareció en cuanto hubo tocado la orilla, apremiado, según dejó caer al vuelo, por ineludibles exigencias fisiológicas... que se alargaron otro buen rato. Alcanzaron la margen oriental del Deva como por un milagro, una gracia divina que hubo de actuar sobre el aire, el agua, la madera y la carne, serenando a los dos primeros elementos y fortaleciendo a los dos últimos. En el embarcadero del otro lado, por supuesto, no había nadie esperándoles ni nadie que quisiera llevarlos, y debieron caminar casi una hora más para llegar a las tierras de la señora de Olpán. Declinaba la tarde. Corría un aire húmedo y frío. Los Belinor no habían probado desde la mañana el alimento y habían empleado todo un día en realizar un trayecto que, normalmente, no pedía ni tan sólo una hora entera. Baar había coronado esta primera parte de su pasión con dignidad y seguía obstinándose en llevar a término el asunto. Vrik sabía que la trampa se había cerrado sobre ellos y que ahora, a las puertas del casal solariego de Elva, eran dos ovejas en el matadero.

Les recibió el mismo esclavo negro que les condujera al puerto. En efecto, en el rato que ellos habían tardado en llegar, aquel silencio oscuro podría haber hecho cinco veces la travesía. Todo ello no era ya una estrategia para lograr las mejores condiciones físicas y psicológicas sobre los oponentes, sino un desnudo escarnio que superaba con creces lo que Vrik había esperado de Elva de Olpán.

—¡Por fin! —exclamó Elva al verlos entrar en la sala penumbrosa que ocupaba—. Llevo esperándoos todo el día, mi señor de Belinor.

—Será porque tenéis un sistema de transporte más rápido y seguro para vuestros esclavos que para vuestros invitados —restalló Baar.

—¡Oh! —repuso Elva mirando al negro de soslayo—. No querríais tener que cruzar a nado el Deva. ¿Cierto, mi estimado Baar?

—Cierto, Elva. Aunque difícilmente habría tardado tanto.

—Pero acaso hubierais perdido la lengua.

—Esperándome vos, señora, ese habría sido el peor de los males.

Sin aguardar a que se le ofreciese asiento y dispuesto a liberar toda la agresividad incubada en las últimas horas, Baar despejó una de las sillas que había frente a Elva, ocupada por retales e instrumentos de costura, y se sentó. Zarandeó después la silla que había junto a él haciendo caer sobre los retales todos los papeles que sostenía e indicó a Vrik que la ocupase. El joven obedeció silencioso, consciente de que estas hazañas mostraban más debilidad que fuerza, y se dedicó a observar a la señora de Olpán. Tenía el pelo largo, castaño, recogido en una cola; un rostro redondo, unos ojos del color de la cerveza y una nariz respingona que daba cierto aire inocente a su gesto; la sonrisa era hermosa, pero temerosa y envenenada en las comisuras; sus orejas eran demasiado grandes para su cabeza y caídas hacia delante; era baja, de carrillos inflados, muy gorda de cintura para abajo; sus uñas eran largas y sus manos

pesaban con anillos macizos; vestía una túnica larga de lana blanca cubierta por un sencillo tabardo, como el que usaban los campesinos del Cinturón en invierno, y sus pies calzaban zapatillas de vitela.

—¿Me habéis llamado para devolverme el dinero, señora? —le espetó el banquero.

—Al contrario, mi señor, para pedirnos más.

Tomó un dulce de una bandeja junto a ella y se lo metió con avidez en la boca.

—No os invito —dijo con la boca llena y señalando los dulces— porque...

—No os esforcéis —le interrumpió Baar—. Me repugnan los dulces. Decidme, ¿de qué aventura se trata ahora? ¿Qué minas misteriosas habéis hallado o qué sucio negocio os ronda la cabeza?

Elva se forzó a la tranquilidad y su voz surgió con una lentitud artificial, afectada.

—Nosotros necesitamos dinero, Baar —respondió acentuando el «nosotros»—, para salvar la ciudad.

La imagen de Elva se iba perfilando en la mente silenciosa y concentrada de Vrik. En aquel cuerpo masivo, había enterrada la posibilidad de una belleza, una hermosura que un día lejano debió de brillar, antes de que Elva empezase a construir su ser con los materiales más acerbos. Tenía ante él a un ser que jamás se había negado un deseo. Si alguna vez su alma había conocido la tensión entre el deber y el querer, hacía mucho tiempo ya que la había olvidado. Si tensión existía aún en su ánimo, era la que enfrenta la avidez animal de un querer ilimitado con la limitación normal de un poder humano. La obesidad era en ella un modo de sofocar sus voces interiores: ante él había alguien que exigía a la vida cualquier cosa que se le ocurriese a su imaginación, pero esta trabajaba sólo para las grandes cantidades de las pequeñas cosas: comida, dinero, joyas, prestigio, esclavos, placer... No era innatamente cruel; era cruel ignorantemente, inconscientemente, con la fe espontánea de que el sufrimiento que no sentía ella misma no existía. Aunque razonaba con la voz de su avidez imprimiendo en sus palabras una fuerza vital y un tono concluyente que mimetizaban la inteligencia, era incapaz de reflexión; por ello, para prosperar, había necesitado siempre la simbiosis con mentes más despiertas, y viles. El semental que le dio hijas nunca fue lo primero, y lo segundo se ahogaba en las profundidades de su inercia. Se suponía que era Abdalsâr quien cumplía ahora la función simbiote.

—¿Nosotros, señora? —ironizó Baar—. ¿Salvar la ciudad, señora? ¿De quién salvarías aquello que le basta no caer en vuestras garras para estar a salvo?

Vrik admiró en silencio la gran verdad que su padre había dicho inspirado por el despecho. «El príncipe Brahma —comentó en su momento Leb— está sirviendo en Koria a tareas muy importantes... Pero, si no recuerda esta, puede perder el barco de la historia». Imaginó lo que sería Eben en manos del partido de Elva: no sólo un campo abierto a semejantes depredadores, sino un reino que se iría contaminando de

la enfermedad de sus dueños, como ya ocurrió en tiempos de Sarkón el Abominable. De pronto, en el lapso de discontinuidad entre dos instantes fulguró una intuición que la mente de Vrik no pudo corporizar, pero el relámpago dejó en él la sensación de que detrás de las ambiciones del partido nobiliario había algo más.

—¡Basta! —gritó ahora Elva con una voz que hallaba en la estridencia la fuerza para hacerse obedecer—. Baar de Belinor, voy a ser muy clara contigo...

—¡Será muy de agradecer! —intervino el banquero.

—¡Shagr, escúchame! —clamó Elva perdiendo el control y maldiciendo en mâurya—. Tu amado rey Vântar fue un desastre —cortó la protesta de Baar con un ácido gesto y prosiguió—. En lugar de comprender la amenaza que son para Eben el Norte y el Sur se dedicó a las obras pías, a la cultura, en una idiota imitación del viejo Ban. ¿Ha de reinar ahora el cretino del príncipe, que ni siquiera es hijo del rey muerto? Sí, no pongas esa cara, Baar. Sabemos que es así. Brahmo es un bastardo y Usha una traidora que prefiere Dyesäar. ¡Mâurn, y la reina no sirve ni para coser! Mientras nos gobierna una familia de imbéciles, Mándos extiende su imperio por el Sur y el Sar de Zuria crea una verdadera unión entre las cinco ciudades del Norte. La Pentápolis ya no es sólo un nombre, es un hecho. En medio de estos tiburones ¿cuánto crees que puede durar este reino?

Perdidos los estribos, Elva resultaba aún más tosca y ridícula de lo que cabía imaginar. Ni una sola de sus palabras tenía la calidad de lo mental; sus juicios eran fustigazos de emociones y, si se los permitía de aquella forma, ante aquellos oyentes, era porque no dudaba de su propia inteligencia: había llegado a confundir la inmutabilidad de sus opiniones con la verdad inmutable, la tozuda impenetrabilidad de sus figuraciones con la razón victoriosa y la estridencia de su voz con lo inapelable de sus conclusiones.

Que Elva cayera por sí sola en el esperpento era del todo predecible; pero si su inteligencia era Abdalsâr, se preguntó Vrik, ¿por qué se lo permitía, sabiendo que por este camino jamás convencería al banquero? Tres conclusiones se formaron en la mente del joven: primero, que si Elva creía servir a sus propios fines, aquel teatro servía a los de Abdalsâr; segundo, que para los conspiradores era irrelevante convencer a Baar de Belinor: tenían la forma de obligarle por la fuerza. Y tercero, que su primer medio de coerción sería tomarle a él, a Vrik, como rehén. En respuesta a sus pensamientos, oyó:

—¿Es tu hijo?

Elva hizo un esfuerzo por serenar sus ánimos y volvió la mirada por primera vez hacia el muchacho. Sin esperar respuesta añadió con un deje de sorna en su voz:

—Saludos, joven Vrik de Belinor.

Vrik inclinó levemente la cabeza y siguió en silencio.

—Es orgulloso —comentó la señora casual, y dio una fuerte palmada—.

¡Abdalsâr!

El mayordomo, capataz, secretario, confidente y jefe de mercenarios apareció en el vano de la puerta, alto, ancho, cetrino, opaco, cariaguileño.

—Abdalsâr —dijo Elva mientras su hombre cruzaba la sala para situarse al lado de la señora—, dile a nuestro banquero lo que necesitamos.

—Mil talentos de plata —expuso Abdalsâr con una voz clara acostumbrada al mando—... para empezar. A ser posible esta misma noche. Te pagaremos al dos por ciento... durante treinta años.

Baar ahogó una sonrisa acibarada. No tenía sentido discutir de números con aquellos ladrones. Ahora que toda su agresividad se había desvaído poseía la suficiente frialdad para calibrar la trampa a la que había sido llevado, no tanto por la de Olpán como por su propia obstinación. Sólo cabía hacer una cosa, salir de allí como fuera, incluso con falsas promesas y después... Forzó su vista a través de la doble penumbra de sus ojos y la estancia, pero Abdalsâr no era más que un gran coágulo de sombras.

—¿Dos por ciento? ¿Treinta años? —ironizó Baar—. Es justo la décima parte de lo que el banco os cobraría. Está bien, quizás este asunto no sea tan descabellado como el de las minas, después de todo. Una vez amos de la ciudad tendréis ganancias... digamos inesperadas. Podemos discutir desde esta base los términos de nuestro negocio.

—No hay más términos que discutir —cortó Abdalsâr—. Esta noche. Mil de plata. Más adelante pediremos más.

—¡Es absurdo! —protestó Baar—. ¿Creéis que guardo tanta riqueza en mis arcas? Está casi toda invertida. Necesito días, acaso semanas para reunir esa cantidad.

—De acuerdo —respondió Abdalsâr, y su voz era gélida—. Tendrás dos días. Ahora vete. Pero escucha esto: la ciudad, la reina, ya están en nuestras manos. Aunque aún no lo percibas, y precisamente porque no lo percibes, nuestros partidarios lo dominan todo. Si queremos ese dinero, es para evitar muchas muertes y mucho dolor, no porque no podamos seguir adelante con nuestro proyecto. De todo lo que has oído y visto aquí no dirás una sola palabra, señor de Belinor. Piensa que tenemos ojos por todas partes y que a ti te faltan. No intentes ningún ardid. Desde ahora, banquero, vivirás para servirnos.

Baar se incorporó trabajosamente. Se mantuvo de pie temblando de rabia y humillación, apoyándose con la mano izquierda en el bastón y con la derecha en el hombro de su hijo, que permanecía inmóvil. Se sentía incapaz de dar un paso, de articular una respuesta y los nervios le habían oscurecido aún más la vista. Su rostro era un mapa de la furia, la impotencia, la penumbra.

—Vamos —balbuceó al fin apretando el hombro de Vrik.

—Tu hijo se queda —determinó Abdalsâr impidiendo con su mano que el

muchacho se levantara.

Vrik abrió ahora el canal de su fuerza acumulada. Tomó la mano de Abdalsâr y la apartó de sí al tiempo que se levantaba. Miró al hombre que le pasaba una cabeza con una calma y una intensidad en los ojos que asombró a su rival.

—Está bien —dijo con gravedad y sin la más mínima alteración de su ánimo—. Yo me quedo. Pero, aunque sólo sea en beneficio vuestro, no dejaréis que mi padre se vaya de aquí solo y en este estado. Es una cuestión de mera inteligencia y egoísmo.

Durante un momento los ojos de Vrik y del gigante contendieron, pero Abdalsâr no pudo o no quiso sostener el desafío. Bajó la mirada, dio una palmada y pronunció un nombre irreplicable. Sin demora, como si existiese sólo para esperar esta palmada, se presentó el esclavo negro.

—Lleva al banquero a su casa —ordenó Abdalsâr.

Vrik besó la frente de su padre, que estaba aturdido, ajeno como en una pesadilla. Pero el negro, como si de pronto descubriese en el anciano su propio ilimitado sufrimiento, lo tomó del brazo con suavidad y lo condujo hacia la puerta con profundo calor, con un raro cariño.

VII



na puerta a otro tiempo, a otro mundo» —se dijo Usha mientras contemplaba aquella tarde la fuente de Ir.

Había algo mágico en este paisaje, que ya percibió meses atrás, cuando el cortejo de su padre en camino hacia Dyesäär se detuvo aquí por una noche. Usha soñó entonces que una ciudad surgía alrededor de la fuente, entre las siete colinas circundantes, y que todo el Sur se le sometía. La sensación era ahora aun más intensa, como si ese futuro entrevisto hubiese empezado ya su largo proceso de condensación en el aire tembloroso. La primera noche fuera de Astryantar, lejos de Pradib, la pasó junto a la fuente, dormida sobre la hojarasca que orillaba el remanso de aguas azules, heladas, límpidas, que se formaba bajo el peñasco donde nacía la corriente. Las aguas, luego, fluían con la humildad de un arroyo pero la determinación de un torrente hasta unirse a otras, más allá de las colinas del Oeste, con las que daban nacimiento al Ímir, que enriquecía al Omón en su descenso al mar de Lyra. Al suroeste se extendía, por tanto, el triángulo formado por las tierras de Tàunna, Yüisäma y Aläsäär, las provincias occidentales de Dyesäär que cuarenta años atrás eran dominios independientes; pero al Norte, y durante muchas millas, las tierras eran salvajes, hermosas, profundas, de nadie.

Por la mañana Usha comió de las provisiones que llevaba en las alforjas de Táumandos, pero apenas penetró en ella el alimento empezaron los dolores en sus entrañas, al principio como pinchazos casuales, después como un fuego. Se retorció bañada en un sudor acre y no logró controlar sus sensaciones hasta que se relajó, con el cuerpo tendido en el suelo húmedo y todos los músculos quietos. Fijó su mirada en los desgarrones de cielo a través de las copas de los árboles y agradeció la soledad mientras sentía crecer en su interior la serpiente de una enfermedad mortal. Pasado un rato se incorporó, se desnudó a pesar de que el aire empezaba a no ser cálido y se metió en las aguas gélidas. El frío penetró violento en ella como un poder capaz de expulsar todo lo demás, aire, carne, huesos, médula; pero era preferible esta sensación al hondo dolor de la naciente muerte. Permaneció inmóvil durante unos

instantes, desposeída de toda voluntad, incapaz de movimiento, desterrada de su cuerpo pero del hielo presa. Atenta sólo a sus percepciones físicas, empezó a notar que el paso del agua dejaba en sus células una estela de renovada vitalidad y se concentró en absorberla conscientemente, hasta que el frío se transformó en otra forma de dolor insoportable y la obligó a salir del agua.

Tiritaba, pero su cuerpo estaba pletórico de energía y corrió desnuda entre los árboles para recuperar el calor mientras Táumandos, su negro corcel, la seguía con un galope suave y vigilante. El dolor le apretó las entrañas, pero Usha no cejó y acabó por percibir que el esfuerzo también lo hacía retroceder. ¿Era esta la respuesta que había venido a encontrar en la fuente de Ir?

Pasó el resto del día en un estado de ecuanimidad absoluta, indiferente a la vida o la muerte, a la soledad o la compañía, a la bienaventuranza o la angustia, no como quien todo lo desprecia por igual, sino como si una Fuerza la hubiese tocado trayéndole el atisbo lejano de un sentido más allá de todas estas oposiciones. Y cuando cayó la tarde, se dio cuenta de que había pasado todo un día hipnotizada en su visión del correr de aquellas aguas mágicas.

Por primera vez se permitió entonces pensar en Pradib, aunque el vínculo entre ambos era tan poderoso que el príncipe de Dyesäär no podría dejar de sentir en aquel mismo instante que la mirada y la caricia de su corazón se habían vuelto hacia él... y estas serían leña para la llama de su nostalgia. Pero no había podido quedarse. Usha no había podido permanecer allí, en Astryantar, perdiendo la vida ante los ojos de quien amaba. Pradib le había enseñado a tallar un cuerpo en templo de fuerza y de belleza, y no por vanidad o deseo de poder, sino como alquimista que buscara hacer Luz de la carne. Pero el templo empezaba a desmoronarse, piedra a piedra... piedra a piedra. Poco había durado su entrenamiento antes de que la enfermedad se manifestase, definitiva. Como si la Muerte se hubiese acordado de su cuerpo en el mismo instante en que este despertó a la voluntad de transformarse, el Dios inexorable llegó en ayuda de la inercia de sus miembros, un enemigo demasiado grande para el poder regenerador naciente. Usha lo aceptó con espontaneidad, sin una protesta contra el Cielo, en una exaltada resignación a los designios de la Voluntad Inescrutable. Los médicos de Dyesäär le recomendaron interrumpir cuanto antes sus entrenos, dejar sus carreras, sus nados, sus sesiones de artes marciales y de pesas, y concentrar toda su energía en el anhelo de curarse. Pradib, extrañamente, calló. Al principio Usha creyó que Pradib temía la situación, temía la enfermedad, temía verla morir y arder en la pira de la fiebre y del adiós. Pero no era así, Usha acabó por comprender que no era así, aunque no supo qué era lo que Pradib callaba. Una mañana despertó con el recuerdo vaneciente de un sueño como polvo de alas de mariposa derramándose sobre ella. Forzó su memoria para reconstruirlo y vio de pronto su cabeza como una esfera de cristal sobre la que cayese un rayo vertical de

las alturas. La intensidad de la visión le devolvió la vivencia y penetró despierta en la escena soñada. Esta duró un ilapso inmensurable, fuera de la secuencia del tiempo, y, cuando cesó, dejó en ella una paz absoluta, como si una plenitud sólida e inmóvil hubiese descendido sobre su cuerpo acostado en el lecho. Aquel día los dolores remitieron y percibió un aumento de su vitalidad. Le asaltó la sugerencia, entonces, de que lo que Pradib callaba era un remedio y, al preguntarse por qué lo callaría, pensó que el príncipe acaso esperaba que ella lo mereciese, que Usha diese una prueba suprema de voluntad combativa. Esta sugerencia se le tornó insistente, convincente, y fue ganando terreno a todas sus dudas. Al fin y al cabo, la alternativa era morir sin lucha. Partió poco después, de madrugada, sin saber adónde iría, qué haría o cuánto tiempo podría sobrevivir; sin saber si no sería la añoranza más mortal que su enfermedad o si no comprendería demasiado tarde, lejos de Astryantar y de Pradib, que se había dejado traicionar por su imaginación errática.

Comenzó un lento, soberano crepúsculo. El sol descendió amaratándose. El bosque que rodeaba la fuente se ofreció a los últimos resplandores. En una danza de luces, los rayos del sol muriente buscaron formas donde encarnarse. La fuente de Ir se transformó en un manantial de colores. De pronto Usha dejó de ver la caída de las aguas y tuvo ante ella un fluyente arco iris. Fascinada por la belleza de la luz multiplicada en la corriente, no percibió la obscuridad de la noche vencer a la palidez de la tarde: el arco iris persistía en el seno de cristal de la fuente, un trance de color ajeno a la ausencia de su causa y padre. Y, ahora, en otra metamorfosis, el arco de luz se hizo forma y Usha vio una mujer anciana como la tierra suspendida sobre el gélido remanso. La mujer la contemplaba, silenciosa, y sus ojos turquesa eran manantiales de Infinito. Usha sabía que conocía a aquel ser tan misteriosa e insondablemente como conocía a su propia alma y la escrutó con esperanza de íntimas revelaciones.

—Búscame —le dijo la aparición— en el sueño del cristal y el rayo.

Y la isla de luz y de visión se disolvió en las sombras de la noche.

VIII



Solo ante Elva y Abdalsâr, Vrik permaneció sereno y silencioso, atento a sus percepciones. Elva tampoco habló, sobrepujada, anulada casi, por la presencia de aquel que se presentaba como su capataz. Pero Abdalsâr clavó una mirada siniestra en el muchacho y Vrik supo que aquellos globos grandes, feroces y oscuros, veían mucho más que cualquier ojo mortal. Había en ellos algo del misterio del mirar de su maestro, pero lo que en aquel era envolvente y cálido aquí era penetrante y doloroso, perverso y fiero.

Una nueva palmada sirvió para conjurar la presencia de otro hombre; si esclavo o camarero o mercenario, no lo supo Vrik cuando vio entrar en la sala aquella estampa delgada, austera de gestos y extrañamente elegante, de rostro muy moreno, ojos verdes suspicaces, orejas pequeñas y atentas, y cejas rectas, finas, de un azabache brillante como el largo pelo lacio derramado hasta los hombros. Vestía una túnica naranja que le llegaba a las rodillas y un pantalón blanco ajustado a las piernas. Era un morador de las dunas. Abdalsâr deslizó palabras en su oído dichas en una áspera lengua extranjera.

—Acompáñame, joven príncipe —rogó entonces el hombre en *ordumia* y con una cortesía aparentemente sincera que contradecía la dureza de su dueño—. Por el momento serás un invitado en esta mansión, y quizás no te arrepientas de ello.

Con una mínima inclinación de cabeza Vrik se despidió de la señora de la casa y de su capataz para seguir al hombre de las dunas. Dejaron la sala, abandonaron el edificio y caminaron por un patio bordeado de enormes y frondosas adelfas. Cruzaron las cuadras y fue entonces, precisamente, cuando Vrik descubrió a Salman, el caballo favorito de su padre, cabestreando tras uno de los mozos del lugar, que lo llevaba del ronزال. Apenas podía creer lo que veía, y al principio pensó que engañaba a sus ojos el juego de luces y de sombras provocado por la luna en las alturas y las antorchas fijadas en las paredes con argollas. El hombre notó la sorpresa del muchacho.

—Lo reconoces, ¿verdad?

—¿Salman? —repuso Vrik.

—Sí, Salman. Así lo llamabais, aunque la señora tiene un nuevo nombre para él.

Pero el hermoso corcel tordo de crines plateadas y potente musculatura había oído su nombre en boca de Vrik y relinchó en un saludo doloroso. Por unos instantes al caballero le fue difícil manejarlo. Salman tiró del cabestro, se engalló, se encabritó, y aun se enfureció más cuando el mozo lo amenazó con el látigo. Vrik salvó la situación acercándose al animal, acariciándole el cuello y calmándolo con palabras suaves. Su guía no intervino, pero lo observó todo con minuciosa atención.

—¿Qué hace Salman aquí? —le preguntó Vrik airado, simulando una turbación que no sentía y disfrazando con ella la actitud que quería ocultar a sus captores.

En realidad, Vrik conocía ya, desde el mismo momento en que estuvo seguro de que el caballo era el de su padre, la serie de razones, o mejor de sinrazones, que habían traído el animal a la villa de Olpán. Pocos días antes, Baar de Belinor había prestado el corcel a su hermano Íman, el padre de Yrna y Arolán, pues este debía viajar a Loth para arreglar allí asuntos importantes relativos al abastecimiento de la fortaleza. Pero el viaje se había retrasado e Íman debía a Elva dinero. La presencia de Salman allí sólo podía significar una cosa: los esbirros de Elva, con el pretexto de la deuda, habían embargado a Íman. Lo habrían hecho aquella misma mañana, mientras el banquero acudía a la cita, para mayor escarnio de los Belinor... y, por supuesto, no sólo no les habría importado quién fuera el verdadero dueño de los bienes expoliados, sino que incluso se habrían sentido satisfechos de poder ofrecer a su señora el animal favorito de Baar el Cojo, su acreedor, «legítimamente» rapiñado. Todo esto ponía en evidencia, sin dejar lugar a dudas, la dirección que estaban tomando los asuntos del reino.

—Llegó en pago de una deuda, creo —respondió el hombre—. Vuestro tío Íman, si no me equivoco.

—¿No sabe la señora que este caballo es de mi padre?

—¿Un préstamo reciente, entonces? —inquirió el otro sin la menor ironía visible—. Qué desgraciada casualidad. Veré lo que puede hacerse.

—No estaría mal —comentó Vrik—. Incluso podéis recordarle a la señora que durante todo este tiempo nadie ha venido a embargarla por su deuda con el banco.

Demasiado bien sabía Vrik que para recuperar el caballo sus palabras eran inútiles, pero necesitaba ocultarse. También el hombre disimulaba mientras estudiaba al joven que habían puesto a su cuidado.

—Ya estamos llegando —dijo entonces con amabilidad señalando el edificio largo, bajo, no muy ancho, que se extendía hacia la oscuridad de la noche pasadas las cuadras—. Estarás cómodo aquí. Es la zona que la señora de Olpán reserva para sus invitados. Ahora, aparte de ti, no los hay.

Abrió con una llave enorme el portal central, que era de madera hermosamente trabajada, y condujo a Vrik a través de un pasillo solitario y en penumbras hasta unos

vastos aposentos. Encendió los candelabros y la madera que había preparada en la chimenea, y ante los ojos de Vrik apareció una arquitectura fascinante estrangulada por una decoración tremenda.

—Este edificio —inquirió el muchacho— es más antiguo que el resto de la villa, ¿verdad?

—Dicen —respondió el hombre de las dunas sin interrumpir sus tareas de acomodar al invitado— que esta era la villa de uno de los Pares del rey Ban. En cualquier caso, es de los poquísimos edificios antiguos del Cinturón Fértil que sobrevivió a la era de Sarkón.

Abrió la puerta del baño.

—Mira, aquí tienes un aguamanil y una tina llena, que no ha habido tiempo de calentar. El edificio tuvo en otro tiempo agua corriente y calefacción, pero todo el sistema está ahora estropeado.

Vrik contemplaba incrédulo las paredes del baño, sus hermosos sillares pintados de un amarillo inmundo.

—¿Y esta pintura? —preguntó.

—No es original, por supuesto. La señora de Olpán tiene la manía de colorear los baños. En este edificio los hay violetas, rojos, verdes, negros... o amarillos, como este mismo.

El hombre se detuvo por fin, acabados sus trabajos. Había estado preparando el lecho de Vrik, agachado como un fámulo; pero ahora, al incorporarse, por un momento pareció más inmenso y más terrible, y más insolente su mirada. El contraste cogió desprevenido a Vrik, que se sintió transparente ante los ojos de aquel extraño servidor. Lo notó penetrar a través de su máscara y leer algo en su interior que escapaba a sus propias percepciones.

—Estarás bien aquí —dijo entonces con voz grave y cargando el «aquí» con un énfasis siniestro, que daba a la palabra resonancias de definitiva prisión. Y cambiando nuevamente de tono, añadió—: Encargaré enseguida tu cena.

El hombre partió y Vrik no dejó de reprocharse el descuido. Se había dejado hipnotizar por su ritmo atareado y casual, por su amabilidad servil; sin darse cuenta, sus sentidos habían respondido automáticamente a la actitud natural del desconocido, y su propia mente había bajado la guardia. Qué había descubierto el hombre en él no lo sabía; pero fuese lo que fuese era una primera derrota en la lucha, aún velada y sorda, que acababa de empezar.

Oyó la puerta del edificio y unos pasos en el corredor. Antes que el siervo con la bandeja, le alcanzó un olor de viandas tentadoras. En sus aposentos entró por fin un criado joven, silencioso, que colocó frente a él un ataífor con carne de caza, pan negro y vino de Olpán, y salió sin musitar un «buenas noches». Vrik notó entonces que el ruido de pasos en el pasillo ya no era el mismo que antes, sino más leve, más

ligero, como si dos personas hubiesen caminado hasta allí con andar perfectamente acompasado, pero sólo una hubiera retornado al exterior. Un crujido de la madera en la habitación contigua avispó sus sospechas.

Tenía una enorme necesidad de ordenar sus ideas, pero se concentró de momento en no despertar recelos. Estaba seguro de que había alguien en el cuarto de al lado, espiándole. Apagó la mayoría de los candelabros que lo rodeaban, se sentó de espaldas a la pared medianera velando la perspectiva del ataífor, y simuló entregarse en cuerpo y alma a la tarea de extinguir su apetito, que era cavernosamente real. Temió que aquella comida le arrojase a un sueño profundo, y no tocó el alimento a pesar del hambre trabajada durante todo el día. Luego se recostó en la silla, como si el cansancio le impidiese caminar siquiera hasta el lecho, e hizo ver que se dormía honda, ciegamente.

Para mantener su mente alerta, empezó a trazar su plan de huida. Sonrió en su interior al recordar las palabras con que Leb le expusiera su misión: «Tomarás el caballo más rápido de las cuadras de tu padre...» —había dicho.

Y allí estaba Salman, el corcel más veloz y resistente de la casa de Belinor. ¿Lo había sabido ya entonces su maestro o había sido la suya una expresión casual? Vrik intuía que en lo que a aquel atañía había poco lugar para las casualidades. Leb le parecía a veces un hombre fuera del tiempo y, por ello mismo, capaz de prever los meandros del destino.

A pesar de la chimenea, hacía frío en la habitación. El fuego consumía voraz su alimento y las velas de los candelabros se fundían. Pronto la obscuridad sería plena.

Vrik revivió la última tarde con Leb. Repasó cada frase dicha, cada palabra, en busca de alguna clave nueva. Algo tenía que averiguar antes de partir y, fuera lo que fuera, había ocurrido en este día. ¿Qué había aprendido de Elva, de Abdalsâr... o de sí mismo? ¿Qué, de todo lo visto y oído durante las últimas doce horas, era importante para su misión?, ¿qué, lo que Leb había querido que no ignorara? Algo le inquietaba, con apariencia aún difusa. Su mente, en su voluntad de responder, le tentaba con fragmentos heteróclitos, le proponía indicios, le ofrecía contradictorias vislumbres; pero Vrik buceaba más y más hondo, en busca de aquello que había escapado a su atención consciente y transformaba, de forma espontánea, su perspectiva de las cosas.

Recordó de pronto la intuición que sintiera brillar fugaz y poderosa como un relámpago, aquella tarde. Una palabra de Elva... ¿O acaso en el mismo instante de ver a Abdalsâr? No podía recuperar el momento, pero descubrió en su memoria algo que era como la estela de la intuición y, cuando la tradujo a pensamientos, se supo ante una realidad incuestionable: Elva y su partido de conspiradores no eran más que las herramientas de un poder mayor, quizás más oscuro y más lúgubre y más terrible. Las ambiciones de los nobles, su voracidad mezquina, sus anhelos

depredadores e insaciables, eran poco más que una broma comparados con la fuerza oculta que a través de ellos perseguía sus propios fines secretos. Pero ¿cuáles podían ser estos? Y Abdalsâr... ¿era él el puente entre el alma y la fachada de la conspiración?

Como si hubiese perdido toda su energía de pronto y el haz luminoso de su voluntad inquisitiva estallase en miles de pavesas dispersas apagándose en la nada de la noche interior, la mente de Vrik quedó prisionera de sus propios interrogantes y rindió todo camino hacia nuevas respuestas. El tiempo se colapsó en un sueño sin ensueños y, roto el vínculo entre su consciencia y el mundo, los instantes no pasaron para él. Luego Vrik resurgió sin comprender al principio que retornaba, que despertaba de su ausencia, hasta que halló vacía la hoja de sus pensamientos y hubo de remontar el pliego de su memoria. Era incapaz de saber cuánto rato había pasado, pero dentro y fuera de la habitación la noche era profunda. Se deslizó hasta el lugar de la pared donde recordaba la ventana y la palpó hasta hallar las aldabillas que cerraban los postigos. Abrió uno de ellos, que chirrió levemente, y miró al exterior a través del cristal. El amanecer estaba cerca y, si quería huir, aquella era su última oportunidad.

Trató de forzar la vieja ventana, pero el ruido de la madera al despegarse del marco era infernal y alertaría a sus vigilantes. Intentó evitarlo moviendo las hojas muy lentamente, pero esto sólo fraccionaba y prolongaba el gemido. Se detuvo. Se volvió hacia la pared contraria tratando de ver la puerta a través de las sombras.

Un perro ladró en la distancia.

Por fin vislumbró o imaginó la salida del cuarto y caminó sigilosamente hacia allí, guiándose más por la memoria y la intuición que por sus ojos, pero cada paso era un crujido en el suelo enmaderado. Se detuvo inquieto, aguardando. Ahora el ruido le llegaba de la habitación contigua, del pasillo. Permaneció inmóvil, sin saber qué hacer, mientras pasos sutiles, leves, felinos, avanzaban hacia él. Quizás fuera mejor así, se dijo. Había aprendido de Leb la lucha de los hombres de las arenas y era muy capaz de acabar con su rival de un solo golpe. Mientras nadie más lo oyera, estaría a salvo.

La puerta empezó a abrirse, lenta y silenciosamente. Vrik se mantuvo quieto, tenso y atento como un gato. Sombras se superpusieron a las sombras. Vrik no podía ver quién o qué se le acercaba; oía sólo el gemido apagado del suelo y percibía el movimiento del aire. Cuando estuvo seguro, golpeó a ciegas. Usó su brazo como una espada, los dedos prietos y estirados, sus puntas inflexibles como acero. Al otro lado de la compacta obscuridad halló carne desprevenida. Su oponente hipó y se quedó sin respiración, mazado en pleno diafragma. Se derrumbó sin más resistencia. Ahora Vrik debía confiar en esa misteriosa trinidad que forman Suerte, Providencia y Destino; en que nadie más, oculto en el edificio, hubiese oído el golpe y diese la

alarma. Ató y amordazó al hombre con jirones de sus ropas, y abandonó corriendo el lugar.

El portal no estaba cerrado con llave. Emergió a la densa noche y pegado al muro se apresuró hacia las cuadras. Dos farolillos brillaban mortecinos bajo los soportales de la sólida construcción donde se encerraba a los caballos. Vrik cruzó veloz la distancia hasta allí y, antes de que pudiese preguntarse cómo hallaría a su corcel sin excitar a toda la yeguada, Salman, presintiendo a su joven amo, asomó la cabeza por el postigo superior de su establo, que permanecía abierto. Vrik se acercó al animal, le acarició el hocico, descorrió la balda y sin soltar sus crines plateadas lo sacó de su encierro.

Ululó una lechuza a lo lejos.

Vrik, a solas con su caballo en la profundidad de la noche, fue de pronto consciente del silencio que lo rodeaba. Daba la impresión de que no hubiese nadie más en toda la villa. Saltó sobre Salman, desnudo de silla y de bridas, y una paz sólida como materia pura descendió sobre él saturándolo de confianza. Notó la presencia de su maestro, rodeándolo, arropándolo, protegiéndolo, y comprendió que era él quien había guiado sus pasos y despejado su camino. Una gratitud inefable eclosionó en su pecho. Lejos en el horizonte, una primera fibra de luz amoratada sangraba la noche. Alto sobre su corcel, solo bajo el cielo infinito, libre en el cerco de su prisión durmiente, se sintió señor de su destino. Volvió su caballo hacia el Oeste, hacia el río, y, espoleándolo ya, cruzó el espacio y las horas como un lóstrego mudo en las alas de un vértigo silencioso.

IX



El sueño la desposeyó con suavidad, dejando en su percepción emergente un rastro de dulzura. Usha abrió los ojos a un amanecer gris, frío, en el que una calina iridiscente había inundado el circo entre las siete colinas dándole el aspecto de un lago prehistórico. Usha despertó en el interior de ese lago, con el sol invisible abasteciéndolo de platas, con el rumor de las aguas como cantar de potámides sagradas... y la estela de dulzura se fue haciendo hondura en ella, calmando el tiempo, colmando sus miembros de una paz que hacía ritos de sus gestos. El rocío del mundo llamó al rocío de sus ojos y Usha vertió serenas lágrimas dulces de un gozo incomprensible en un acto de comunión suprema. Brillaba el aire rorante, olía entrañable la tierra toda convertida en patria, la fuente era el ebrio borbor de un oráculo.

Hacían temblar a Usha la humedad y el frío. No le importaba. Un hilo luminoso unía aún su vigilia a la profundidad del sueño, como el andarivel las dos orillas de un río. Se sentó con la espalda apoyada en el tronco de un árbol y se lavó la cara con el frescor de la hierba sin dejar de contemplar con su memoria la línea interior de luz hacia las dimensiones oníricas que había abandonado. Caminó por ella para recuperar las imágenes de su sueño. Se vio en una vasta sala circular, solitaria, en penumbras. Doce columnas blancas, pulidas, de una materia semejante al alabastro, se alzaban alrededor de una esfera de cristal en el centro preciso de la estancia, una transparencia de dos pies de diámetro sobre estrellas de seis puntas unidas en una base cuadrada. Entonces, dentro de este sueño, recordó que esta era la esfera ya soñada. Como en respuesta a su recuerdo, un rayo de oro penetró el aire apenumbado y transformó el cristal en luz esférica.

«Búscame en el sueño del cristal y el rayo» —le había dicho a Usha la anciana de la fuente. Y, fuera quien fuera ella, allí estaba, habitante de la Luz... y del Centro.

—Aurora... —llamó la anciana a Usha, silencio en sus labios y elocuencia en sus ojos turquesa.

Usha avanzó tres pasos, intimidada por un sentimiento de sagrada profundidad y

redimida al mismo tiempo por una sensación de intimidad profunda.

—Madre... —respondió despertando en su corazón el vínculo eterno que la unía a aquella entidad, origen de todas las cosas.

—Aurora, ¿aún hay una parte en ti que se resigna? —dijo la anciana con un tono que era a la vez interrogante y afirmación.

—Acepto, sea cual sea, la voluntad del Cielo —declaró Usha.

—¿Cómo podría ser voluntad del Cielo tu sufrir, Aurora? Lucha, Aurora, lucha como lucha el Cielo por sanar a la Tierra enferma.

—Madre, los médicos de Dyesäar...

La anciana hizo un amable y gracioso gesto de rechazo con su mano izquierda, mientras sonreía con todo el rostro.

—Dyesäar, Aurora, es el reino de la sabiduría, pero los médicos siguen siendo médicos.

—Madre, pero...

Una risa cristalina inundó la sala mostrando de qué humor y familiaridad son capaces las Alturas.

—Madre... —insistió Usha demasiado grave todavía hasta que la risa de la anciana le rozó el pecho como agua y despertó en ella un aluvión de rientes lágrimas.

—Aurora —dijo entonces la anciana— sólo existe un médico, una medicina: el Espíritu.

—Oh, Madre —repuso Usha—, muy lejano parece...

La anciana movió la cabeza y la mano de lado a lado con el gesto comprensivo y amable de la abuela que contradice al niño.

—Aurora, Él está en tus células, en tus átomos, y la Muerte es el criado que le cambia las ropas. Ohhh... —rio nuevamente la anciana—. El criado se tomó muy, muy en serio su función y..., en fin, he de decirlo aunque sea mi propio hijo, con muy poco respeto por las ropas en cuestión y por su Amo. Pero, Aurora, quizás esto te parezca una locura, en fin, el Señor de la Muerte ha recapacitado.

—Madre... —se extrañó Usha e hizo una mueca de absoluta incompreensión.

—Ya sé, ya sé... —la interrumpió otra vez la anciana—. Pero sin un humor infinito, ¿habría sido posible este universo?

Usha se sintió casi herida por estas palabras y la duda arañó la certeza de ante quién se hallaba.

—Aurora, porque no puedes conciliar la risa con el Espíritu, por eso lo crees tan lejano.

—El mundo es terrible, Madre —repuso Usha trágica.

—Terrible, sí, incluso para una princesa como tú —respondió la anciana—. Pero al dolor, ese dolor tan real que parece la esencia misma del mundo... ¿has tratado de quitarle la máscara?

—¿Cómo? —imploró Usha.

—Piensa en esto, Aurora, Él y yo estamos en todas las cosas y portamos la carga del mundo.

—Madre, pero...

—Aurora —cortó la anciana con rostro severo y profundo—, la dificultad más grave no es más que un pequeño tronco en el camino que tienes que saltar. Él y yo sostenemos cada una de tus manos.

El sueño se desvanecía aquí como un ángel a la luz del día y Usha retornó por el hilo luminoso de su recuerdo a su presente. La neblina se disipaba abriendo aquel espacio suyo a los vientos del mundo y grávida era la presencia en su pecho del secreto Habitante.

En el frío de la naciente mañana, Usha rio como un pájaro.

X



La idea de cabalgar hacia el embarcadero y tratar de conseguir transbordo para él y para su montura hasta el puerto ebénida ni siquiera pasó por la mente de Vrik, una vez estuvo fuera de los límites de las tierras de Olpán. El descuido de sus captores no duraría mucho más. El aspecto infantil de Vrik, su actitud silenciosa y aparentemente resignada, la ausencia de toda rebeldía en él, les había hecho bajar la guardia en esta primera ocasión, pero este era un error que, con seguridad, no volverían a permitirse. El embarcadero estaba cerca de Olpán, y los barqueros y pescadores que encontraría allí dependían demasiado de Elva para jugarse el favor de la señora por el joven Belinor, por mucho que la mayoría de ellos debiese al padre de Vrik. Pero aunque lograra cruzar el Deva, Vrik no podía volver a Eben sin poner en peligro su misión. Como los Olpán contaban con buenos rastreadores, el muchacho debería confiar sobre todo en la rapidez de su caballo, pero al menos tenía que intentar confundir inicialmente a sus perseguidores, aunque con toda probabilidad estos no tardarían mucho tiempo en comprender las verdaderas intenciones del fugitivo.

Vrik conocía bien el Cinturón Fértil y los muchos perfiles y paisajes que ensayaba el río en sus orillas. Así, galopó hacia una pequeña playa donde podría haberlo recogido una barca y metió a su caballo en las aguas hasta que la corriente, que descendía calma, se partió en su pecho. Avanzaron por el Deva hacia el Norte más de una hora, ignorando el frío, por una zona en la que anchos árboles y espinosos matorrales afortalaban la orilla. Más tarde, Salman y su jinete emergieron al camino por una pendiente rocosa y mezclaron sus huellas con las de otros muchos caballos que habían cruzado aquella zona recientemente, también en dirección Norte; quizás un escuadrón de las tropas reales en viaje de Eben a Naor, el bastión septentrional del Cinturón Fértil. Durante media hora Vrik pidió a Salman un galope suave y ambos, montura y jinete, ganaron calor contra la brisa fresca del Otoño. Hacia el mediodía se detuvieron, ocultos en el bosque entre el camino y el río. El animal gozó de un festín de helechos, mientras Vrik recogía algunas bayas silvestres. Era su segundo día de

ayuno, pero el muchacho soportaba bien el hambre.

De los perseguidores no había rastro y Vrik se preguntó por qué. Era dudoso que su pequeña estratagema, pensada más para lograr cierta iniciativa que para confundirlos definitivamente, los hubiese entretenido demasiado rato. Podía ser, eso sí, que hubieran calculado mal sus movimientos, sus intenciones, y en ese caso el truco habría resultado útil. Pensándolo bien, los Olpán no tenían ninguna razón para creer que el primer propósito de Vrik no fuese retornar junto a su padre. Quizás por ello, lejos de enviar rastreadores tras el jinete, habían mandado hombres a Eben a vigilar la casa de Belinor, creyendo que antes o después, de uno u otro modo, el muchacho regresaría allí. O quizás el esfuerzo de buscarlo no fuese necesario, al fin y al cabo; el verdadero deseo de Elva y de Abdalsâr era el dinero del banco, no el hijo del banquero, y a Baar podían seguir presionándolo mientras este no supiera que su retoño había huido. Podía ser... podía ser... Todo eran posibilidades y todas las posibilidades, igualmente posibles.

¿Qué hacer ahora? Vrik examinó sus opciones. Por una parte, podía marchar directo hasta los vados de Eteria, cruzar por allí el río bajo la mirada intemporal de las ruinas de la Ciudad Sacrificada y descender de nuevo hacia el Sur para penetrar en el bosque por el camino más seguro, el que bordeaba el curso del Lula-Bet. Por otra parte, podía abandonar allí mismo a Salman, intentar cruzar a nado el Deva e internarse en Koría tan pronto como estuviese a su alcance, confiando en que lo encontrasen los soldados del príncipe o, al menos, tribus amigas. En el primer caso, tardaría dos días en llegar al bosque; en el segundo, llegaría aquella misma noche, si evitaba los remolinos y... Lo cierto es que ninguna de las dos opciones le convencía, pero la segunda, aunque era la que antes lo pondría fuera del alcance de los Olpán, le resultaba la menos grata de las dos. Era verdad que ya no acostumbraban a verse caimanes en aquella parte del río con la misma frecuencia que en tiempos de Ban, algo más de medio siglo atrás, cuando los saurios descendieron unos cientos de millas para crear sus colonias en aguas de Ishkáin; pero también lo era que estos no estaban en absoluto ausentes y que más de una vez veían los pescadores cruzar las aguas a algún gran ejemplar, un impávido eremita del Deva, rugoso como un tronco y anciano como las piedras, indiferente a todo lo que no fuese su viviente y desprevenido alimento. Además a Vrik le repugnaba abandonar a Salman. Se le ocurrió entonces una tercera posibilidad: Naor.

Naor era en realidad una pequeña ciudad comercial crecida a la sombra de la fortaleza que protegía aquella región, la mitad Norte del Cinturón Fértil, de incursiones beduinas. Naor y Assúr en el Este, Ôrkan y Loth en los montes del Swar: estos eran los cuatro enclaves militares que los partidarios de Elva deberían subyugar antes de poder proclamar suyo el reino. Pero de los cuatro, sólo Naor había desarrollado una vida civil plena y se había convertido en una verdadera ciudad. En

gran parte, se lo debía al banco de Belinor, que había realizado allí sustanciosas inversiones, promocionando las caravanas que unían la ciudad con la capital del sheik de Mankan y que mantenía allí una agencia permanente, dirigida por un hábil administrador. Sin contratiempos en el camino, Vrik podría estar en Naor al caer la tarde. Encontrar la agencia, y a la vez vivienda del buen Ébenim, no supondría ningún problema. El viejo amigo de su padre le proporcionaría armas y alimentos, y se encargaría de transmitir al señor de Belinor un mensaje de Vrik. Y hasta era posible que en Naor hallase noticias del príncipe.

Sin pensarlo más, Vrik llamó a su caballo con un silbido, montó en él y marchó a través del bosque con el Deva a su izquierda, sin separarse mucho de la corriente. Dos horas después cortó hacia el Este y retornó al camino, del que había tomado distancia. Puso entonces su corcel al galope y cruzó veloz la tarde. Fue poco rato después cuando oyó cascos de caballo acercándosele. Espoleó a Salman, demasiado tarde para comprender que el ruido llegaba no desde atrás, sino de delante. En un recodo del camino, cuatro jinetes se le echaron encima. Salman pudo evitar el choque frontal con uno de los caballos, pero al pasar rozando entre dos monturas, las piernas de los caballeros golpearon las de Vrik, dejándolo primero en el aire agarrado aún de las crines y después de bruces en el suelo.

Vrik trató de incorporarse enseguida, polvoriento y dolorido. A sus espaldas, los jinetes murmuraban su sorpresa y, si eran hombres de Olpán, podía dar su intento por fracasado. El golpe en las costillas apenas le dejaba respirar y le sangraba la boca. En estas condiciones no podría luchar, y menos contra hombres armados. Pero uno de ellos había saltado ya de su cabalgadura y le ayudaba a sostenerse.

—¿Os encontráis bien, joven amigo? ¿Puedo hacer algo por vos?

Vrik le observó sin responder, concentrando todo su esfuerzo en llevar aire suficiente a sus pulmones. Tenía el rostro amable y sería poco mayor que él, esbelto, de cabellos largos y rostro hermoso. No suscitaba la menor sensación de peligro.

—¿Quién sois? —inquirió ahora uno de los jinetes sin descender del caballo.

—No lo atosigues, Elthen —exigió el más joven—. Aún no ha recobrado la respiración.

¡Elthen!, pensó Vrik. No era un nombre *ordumia*; pertenecía sin duda a las formas más antiguas de la lengua del Mar. Miró a los caballeros uno a uno. Se parecían. Nobles eran sus portes y una escalada diferencia de edad separaba a unos de otros. En un instante supo ante quiénes se hallaba, pero antes de que pudiese balbucear una palabra otro grupo de jinetes llegó hasta ellos. Eran siete. Y estos sí eran hombres de Olpán.

Las ballestas de unos y otros se alzaron con ruido de metal y madera.

—¡Ah! —exclamó uno de los recién llegados frenando jactanciosamente su animal—. Veo que el ladrón ha caído en buenas manos. Nuestra señora os lo

agradecerá, sin duda. Este bribón huyó por la mañana de sus tierras llevándose el mejor de sus caballos.

Dos de los hombres saltaron de sus monturas para detener a Vrik.

—¡Quietos! —gritó Elthen—. ¿Qué haces aquí, Qâbran? Sabes que en estas tierras no eres bienvenido.

—¿Estas... tierras? —repuso insolente el hombre de Elva mirando alrededor—. Estoy en el camino a Naor y, que yo sepa, los caminos son del rey... y del reino.

—¿Qué rey, Qâbran? ¿A qué rey sirves tú? —repuso Elthen.

—Espero poder mostrároslo pronto, señor —replicó el hombre con sonrisa maliciosa.

—Pues entre tanto lárgate de aquí, tú y tus asquerosos secuaces. Aquí no recibimos bien, ya lo sabes, nada que apeste a Olpán. ¡Fuera!

—Señor Elthen —respondió Qâbran con fingida cortesía—, ¿no habéis contado acaso el número de mis ballestas que apuntan a las vuestras?

—Y tú, Qâbran, ¿por qué no miras mejor alrededor? ¿No te has enterado aún de que estáis rodeados por mis monteros?

El hombre de Elva lanzó una mirada de soslayo a cada orilla del camino. Al menos media docena de ballesteros les apuntaban desde cada uno de sus flancos, apenas visibles en la espesura.

—De acuerdo, señor de Thúbal, nos vamos. ¿Nos entregaréis al fugitivo o preferís la guerra con Olpán y...?

—¿Sus putrefectos esbirros? —interrumpió Elthen furioso—. La guerra ya la tenemos encima, Qâbran, no trates de disimular. Y si este muchacho ha fastidiado a Elva, ¡por Dios que aquí es bienvenido! Así que fuera de una vez; tengo poca paciencia.

Elthen se llevó la mano a la espada mientras gritaba sus últimas palabras y su caballo se inquietó. Por un momento pareció que iba a arrojarse sin más preámbulos sobre los perseguidores de Vrik, pero estos ya habían oído bastante, volvieron grupas y partieron al galope. Buitres, al fin y al cabo, pero conscientes de su inferioridad.

Los cuatro hermanos Thúbal rieron de buena gana.

—Eh, muchacho —exclamó Elthen—, ¿de verdad le robaste el caballo a Elva?

—Este animal jamás ha sido de Elva —supuso el más joven, que aún atendía a Vrik—. Míralo bien, Elthen, es un príncipe de su raza. ¿No recuerdas las yeguas de Olpán?

—Vuestro hermano tiene razón, señor —dijo por fin Vrik recuperando el habla—. Este caballo es Salman, el mejor de las cuabras de mi padre. Tanto él como yo fuimos secuestrados por Elva.

—¿Puedo preguntarte quién eres, muchacho? —inquirió Elthen.

—Mi nombre es Vrik, señor. Soy hijo...

—¡Eh, te conozco! —exclamó el segundo de los hermanos—. Tú eres el hijo de Baar de Belinor, el banquero del rey.

—¡Vaya, magnífico comienzo! —explotó Elthen golpeando el arzón de su montura con rabia—. No digas más. Todo está claro para mí. Quieren el dinero de tu padre. Y todavía hay ingenuos en el Cinturón Fértil que dudan cuando les digo que la guerra ya ha empezado. Escucha, Vrik, vendrás a nuestra casa por esta noche. Estarás seguro allí. Tenemos mucho de que hablar.

—Aguarda, Elthen —dijo el más joven intentando mitigar la impaciencia del mayor—. Quizás Vrik tenga sus propios planes...

—¿Tienes tus planes? —preguntó Elthen sin dar tiempo apenas a que su hermano menor acabase de decir todo lo que pretendía—. ¡Tonterías! —añadió sin que Vrik pudiese empezar a responder, y volviéndose nuevamente hacia su hermano—. ¿Planes?, ¿qué planes con los esbirros de Elva pisándole los talones? ¿O qué crees que harán esos en cuanto nos alejemos del muchacho?

—Señor de Thúbal —intervino Vrik—, puesto que os considero amigos os lo diré. Trataba de llegar a Naor antes del anochecer.

—¿Para reunirte allí con el administrador de tu padre?

—Veo que pensáis con rapidez... —empezó a responder Vrik.

—¡Pues claro que pienso con rapidez! Es una sana manía de mi familia que por el momento te ha salvado de la bruja de Olpán. Piensa tú también con rapidez, muchacho, y dime si es mejor que te arriesgues a llegar solo allí esta noche o que compartas algo de tu tiempo con nosotros, en la seguridad de nuestro hogar. ¿O todavía no has entendido lo que se está fraguando, y que tanta necesidad de aliados tienes tú como nosotros?

—De acuerdo... —comenzó Vrik.

—¡Pues venga! —cortó Elthen—, monta y vámonos antes de que a esas alimañas se les ocurra volver y descubrir que sólo somos cinco.

Los tres hermanos de Elthen rieron con ganas.

—¿Y vuestros monteros? —quiso saber Vrik mientras subía a Salman.

—Acabarás por comprender —le respondió el más joven sin dejar de reír— que nuestro hermano Elthen... En fin, que tiene un extraño poder de convencimiento en su voz.

—¿Uno? —protestó Elthen—. Tengo varios poderes de convencimiento en mi voz. Ya te darás cuenta de ello, mi querido Vrik. Ah, y bienvenido a las tierras de Thúbal.

Los cinco jinetes siguieron el camino del Norte durante un corto trecho para dejarlo poco después. Se internaron entonces en la zona boscosa a su derecha por senderos angostos que recorrieron de uno en uno y al trote. El terreno ascendía y los árboles, macizos, milenarios, eternamente vestidos de un frondoso verde oscuro se

elevaban hacia el infinito como las columnas de una catedral. El suelo era muelle, fértil, infirme, cubierto de un humus negro como magma de vida y los pájaros volaban en lo alto sin abandonar la cúpula, pequeños incendios de color cuando los herían los rayos del crepúsculo a través de los rosetones en la verdura, o fugaces sombras portadoras de canto. Costaba imaginar que veinte millas más al Este el mundo era un desierto.

El bosque no duró mucho. De pronto la vista fue libre y los ojos volaron por la verde vastedad de un pradal. Casas de piedra de una sola planta con sus corrales y cuadras salpicaban el territorio siempre en ligero ascenso. Hatos de ovejas navegaban el verde como espuma y potros afrisonados se perseguían en las delicias de sus juegos.

—Estas son nuestras tierras, Vrik —le gritó al muchacho el más joven de los Thúbal desde el galope sostenido de su caballo.

Entonces, en un éxtasis de luz, aire, belleza y libertad, los caballeros dieron rienda a sus corceles y, fundiéndose en el gozo de una fuerza y vértigo animal, compitieron con el viento, ascendieron el verde como una escala al cielo, sintiéndose a un tiempo ángeles y centauros. Vrik, insuperable en las alas de Salman, percibió de pronto que le hacían señales. Aminoró su carrera y se dejó alcanzar por Elthen.

—Tranquilo, muchacho —le dijo este—. A partir de aquí esta velocidad es peligrosa. Mira. Elthen le guio hasta la cresta en que cesaba la ladera. No había allí meseta ni una pendiente que descendiese con suavidad semejante a la que les había llevado hasta aquella altura: una pared rocosa de casi mil quinientos pies caía vertical hasta un mar canela. Vientos tórridos levantaban tolvánicas en las profundidades y un oleaje de dunas. La noche avanzaba sobre las arenas.

—Parece imposible, ¿verdad? —comentó Elthen mientras sus tres hermanos se reunían con ellos.

—Sí —respondió Vrik—. Uno esperaría hallar aquí el azur golpeando el acantilado.

—En las tierras donde se originó nuestro linaje era así —continuó Elthen—. Por lo menos eso decían nuestros mayores y los mayores de nuestros mayores. Pero todos ellos lo decían de oídas porque hace casi mil trescientos años que ninguno de los nuestros ha vuelto allí.

—¿A dónde, Elthen? —quiso saber Vrik, y abandonó la fórmula de cortesía llevado por la emoción del momento.

Se sentía bien con aquellos cuatro hombres. Y ahora, en aquella cresta del mundo, con el bóreas refrescando sus rostros y haciendo bailar sus melenas rubias, casi rojizas, se permitió disfrutar de su hermosura. En ellos la belleza era una transparencia del alma, un eco de antigua épica en sus cuerpos, una cifra de la fuerza y de la audacia y del calor humanos...

—¿Has oído hablar de Astraya? Vrik negó con la cabeza.

—Dicen que está a más de mil leguas al Oeste del Swar. Nuestros antepasados eran allí vasallos del Señor de Vali, pero después de la guerra contra el rey de la Montaña Negra se unieron a Ban y a sus hiperbóreos en su marcha hacia Oriente. Con el Don fundaron Ordum, que brilló sobre todos los imperios de los *Raja-Rishis*. Durante un corto periodo de tiempo, nuestros ancestros vivieron en las costas del Sur, en las tierras que más tarde fueron el señorío de Aläsäär. De hecho, los Aläsäär y los Thúbal son dos ramas del mismo clan; cuando este se escindió, los primeros permanecieron en el Sur y nosotros vinimos a morar en las cercanías de la capital, pues muy grande era el amor que mis abuelos sentían por el Rey.

Elthen sonrió con cierta melancolía y por un instante todo un linaje se asomó a aquel rostro.

—Sin embargo —prosiguió el mayor de los Thúbal—, nunca se apagó en nuestra sangre la añoranza del mar. Y ahora tenemos dos añoranzas, pues también perdimos a Ban, el Don, el Rey de reyes.

—Se dice —comentó Vrik— que las gentes del mar sois muy propensas a la nostalgia. Elthen suspiró al tiempo de talonear levemente a su caballo.

—Es verdad —respondió mientras su montura empezaba a caminar—. Hemos hecho de la nostalgia un poder creativo. Ve al Sur, a Dyesäär; comprenderás lo que estoy diciendo. El arte, la música, la poesía, todo nace de esa nostalgia que no es para nosotros, en realidad, sino una de las facetas de la sed de infinito. La sed de infinito, Vrik —añadió tocando el centro del pecho del muchacho con la yema del índice de su izquierda—... La sed de infinito es ese vacío y ese fuego aquí, aquí dentro, en el centro de ti mismo, tu más descarnada mismidad. Te hace trágicamente superior a los dioses, aunque no lo sepas, aunque no lo comprendas, y es la promesa del Infinito de que sean cuales sean los esfuerzos, los trabajos y dolores y rodeos que debas pagar por la existencia, al final, Vrik, al final llegarás a Él y serás uno con Él.

En la distancia empezaba a dibujarse una casa algo más alta que las demás, con paredes más sólidas y regulares. Un blasón presidía la puerta y la chimenea liberaba espirales de un humo azul.

—Las gentes del mar —continuó Elthen— hemos visto ese camino hacia el Infinito como una peregrinación sobre el azur y una iniciación a los misterios del Leviatán. La sed del más allá nos lleva a la aventura pero, entonces, la nostalgia que sentimos de los nuestros, de nuestra tierra, es una incitación viva a retornar.

—¿No es un contrasentido, Elthen?

—No, no lo es, Vrik. Porque la plenitud no está en la posesión de uno de los dos extremos, sino en la unión de los dos: tierra patria y más allá, espíritu y materia. Mientras tanto, todo hombre es un peregrino, un hijo pródigo, ya se aferre al suelo que cubre a sus ancestros o se eleve como un arcángel a las Alturas. La nostalgia es

una mística que busca la Reconciliación.

—Pero también una fuerza que se complace en sí misma —añadió el joven Thúbal incorporándose al diálogo.

—Si no, no podría ser creativa —glosó Elthen—. Es la consciencia del caminante y, aunque este añora lo que deja y anhela el lugar adonde va, también es cierto que se complace en el camino.

Siguieron un rato en silencio, con la mansión solariega creciendo a sus ojos y la luz anegándose en el gris de la tarde. Pronto se hallaron frente al portal y unos hombres de la casa les dieron la bienvenida y se hicieron cargo de los caballos.

—Por cierto, Vrik —dijo Elthen—, aún no te hemos dicho todos nuestros nombres. El mío ya lo sabes. Este es Mírthen, el menor de los hermanos. Bâldor es el que me sigue en edad; y el tercero, el único de los nuestros con los ojos del color de la arena, se llama Álmor. Míralo bien, Vrik, porque lo oirás poco. Álmor es callado, ausente. De los cuatro es el único que cuando se halla en la cresta prefiere mirar al desierto que al mar verde a sus pies.

Los Thúbal saludaron con una sonriente inclinación de cabeza a medida que Elthen los fue nombrando. Entraron en la casa, espaciosa, ventilada, acogedora. En una gran chimenea el fuego ardía y la danza de sombras y resplandores creaba a su alrededor un espacio propio, separado del resto de la estancia. Invitaron a Vrik a sentarse en un cómodo sillón frente a las llamas hipnotizantes. Una mujer joven les trajo agua en una jofaina y allí mismo se lavaron manos y rostro. El mayor de los hermanos pidió cena para todos. Vrik pensó que su primer día de aventura no podía haber acabado mejor y comparó el Elthen arrogante que lo había librado de sus perseguidores con el Elthen entrañable que le había hablado de la nostalgia del mar y del Infinito en la cresta sobre el desierto y el Abismo. Al poco, trajeron una gran bandeja con carne de caza, hortalizas, pan y vino, y la dejaron en el suelo, junto a la chimenea. Unos y otros se sirvieron. Bâldor y Álmor comieron con el plato en sus rodillas recostados en sus asientos, pero Elthen, Mírthen y Vrik prefirieron sentarse junto a la bandeja, con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en la pared o tiesa. Vrik agradeció la informalidad de aquella cena, que era un signo de íntima aceptación en la familia.

—Entonces, ¿vas en busca del príncipe? —dijo Elthen de pronto después de un largo rato de silencio.

Vrik acabó su trago de vino. Había esperado esta pregunta y no se extrañó. La mente de Elthen era rápida, intuitiva, le bastaban escasos indicios para alcanzar conclusiones certeras.

—Sí —respondió Vrik escueto.

—Hmm.

—¿Qué piensas tú del príncipe, Elthen?

—¿Qué puedo pensar? ¿Quién conoce al príncipe? Hasta ahora, que yo sepa, no ha sido más que la sombra de su padre. Y Vântar... En fin, mejor él que los nobles de la capital, pero...

—Pero ¿qué? —insistió Vrik.

Los hermanos de Elthen se unieron en una carcajada ante la persistencia del joven Belinor.

—¡Maldita sea, Vrik! Pues que su idea de lo que es un reino no ha sido nunca la mía. ¿Qué pretende hacer el príncipe, continuar la obra de su padre? Pues si es así, te digo una cosa: no podrá. Sencillamente. Es demasiado tarde para eso. Vântar se equivocó sobre todo en una cosa, Vrik, en el compromiso. Yo aún me pregunto... aún me pregunto por qué no acabó con toda esa nobleza crecida a la sombra de Sarkón.

—¿Habría podido, Elthen? Y, sobre todo, ¿le habría servido de algo? La peor de todos ellos es Elva, y Elva llegó mucho después de la caída de Sarkón. Hay quien dice que la semilla del Abominable es inextinguible.

—Y lo será mientras se siga diciendo esta tontería —repuso Elthen—. En fin, Vrik, lo que tú quieres saber es de qué lado están los Thúbal. Pues te lo diré: contra Elva y sus secuaces, pero esto no quiere decir necesariamente junto al príncipe. Quiere decir sólo que estamos dispuestos a darle una oportunidad al príncipe.

—Me has dicho antes que tanta necesidad de aliados tengo yo como vosotros —le recordó Vrik—. ¿Qué has querido decir, Elthen, y de qué forma podemos ayudarnos unos a otros?

—¿Preguntas para oírme decir lo que ya sabes, Vrik? —respondió Elthen—. También tú piensas con rapidez y sabes que no hay muchas maneras de entender lo que dije. Vrik, la guerra civil ya es un hecho. Sospecho que, en realidad, la capital ya es de Elva y de su partido. ¿Por qué lo esconden todavía? ¿Por qué todo sigue haciéndose en nombre de la reina y con aparente fidelidad a los Tauris? Porque, si no fuera así, algunas familias del Cinturón Fértil, todos esos ingenuos que todavía hoy piensan que nada ha cambiado, se rebelarían. Elva y los suyos pueden aplastar muy bien la rebelión, siempre y cuando cuenten con las cuatro fortalezas militares y con el apoyo del gobernador de Ishkáin. Con tiempo y medios lo conseguirán, porque son lo bastante siniestros para ello. Los medios esperan conseguirlos del banco de Belinor: allí donde no puedan comprar, amputarán. Tiempo... lo tienen todo mientras no aparezca el príncipe pues, en ausencia de pruebas fundadas que los delaten sin lugar a dudas, nosotros perderíamos toda legitimidad ante el pueblo y los jefes militares en cuanto nos levantásemos contra ellos. Aliados lo somos, Vrik, de forma natural. Ahora bien, ¿qué puedes hacer por nosotros? Te lo diré claro: encontrar al príncipe. ¿Qué podemos hacer por ti? Te lo diré con la misma claridad: ayudarte a encontrarlo.

Los tres hermanos de Elthen escuchaban con atención.

—Hay quien piensa —continuó Elthen— que el príncipe ha muerto en Koría. ¿Él

y todo su ejército? Es una posibilidad, desde luego. Pero, si así fuera, ¿crees que los Olpán se limitarían a vigilar Koría desde la distancia en lugar de entrar allí y conseguir las pruebas definitivas, los reales despojos? ¿Qué mejor oportunidad de legitimarse para ellos que la muerte de Brahmo y con ella, unida a la supuesta defección de Usha, el fin de una dinastía? Han pasado cuatro meses, ya lo sé, y qué maldita cacería está haciendo el príncipe en Koría es algo que no entiendo. ¿No imagina lo que pasa aquí o es precisamente porque lo imagina que calla, se oculta y espera? Sea como sea, en él está la solución y nosotros estamos dispuestos a darle un voto de confianza.

—¿Vendréis conmigo, entonces? —inquirió Vrik.

Pero su pregunta quedó sin respuesta. En el exterior se oyó la llegada precipitada de unos jinetes. Dos hombres armados y cubiertos por el polvo de los caminos entraron en la estancia y susurraron palabras apresuradas al oído de Elthen.

—¿Cuándo? —preguntó este. Le respondió un susurro.

—¿Estáis seguros de que era él? —retornó Elthen con el rostro profundamente turbado.

—Él y al menos una docena de hombres más —contestó uno de los recién llegados con voz cavernosa.

Elthen vaciló unos instantes.

—¿No querías ir esta noche a Naor, Vrik? —dijo al fin levantándose—. Pues ahora no queda más remedio que hacerlo.

XI



El amanecer halló a Pradib corriendo en el Templo de los atletas. Cubierto por un taparrabos, descalzo, desnudo el cuerpo y húmedo de rocío y sudor, sus pasos medían la distancia con un ritmo que era un rezo. Philo lo siguió durante una hora, ingrávido, jugando con el esfuerzo; luego se cansó de la constante repetición de lo mismo, de la concentrada introversión de su amigo y dueño, y se detuvo al borde de la pista de carreras observando a Pradib muy quieto y con una mirada interrogadora en sus ojos amarillos. Cuando el sol fue una plenitud incandescente sobre la muralla oriental de Astryantar, Pradib aceleró sus movimientos, alargó sus zancadas. En un principio, sus pulmones exigieron más y más aire, pero él apartó su mente del esfuerzo, la convirtió en testigo de su cuerpo físico y por la vía de la concentrada, unitaria observación la separó del resto de su ser invaginándola en su propio núcleo esencial de vacío. Uno a uno, los distintos estratos mentales fueron abstrayéndose en sí mismos, quedó cancelado el pensamiento, desvaídas las emociones, unificadas las sensaciones en la inmediatez del presente. Entre un extremo y otro de su ser, cuerpo físico y Vacío, hubo sólo transparencia. Su materia exterior se sintió regenerada por el contacto con ese Vacío, la necesidad de oxígeno aminoró, la sed se licuó en su boca, y sus músculos se tornaron hacia el interior en un ruego espontáneo de la energía sutil que efundía el pozo innombrable de la ausencia del yo. Testigo de sí mismo, libre de un nombre y de un cuerpo, la consciencia esencial de Pradib moró en un estado de ecuanimidad absoluta, en una cumbre de observación pura. Toda la existencia orbitó en torno a un doble polo de quietud y movimiento, consciencia estática y consciencia dinámica, el Testigo impersonal trascendente y el universo creciente, individualizado y compendiado en el cuerpo del corredor. Punto de partida y objetivo se fundieron en la posesión del Centro; el tiempo se rizó sobre sí mismo y se transformó en fuente perdurable de energía; el movimiento se hizo uno con su arquetipo eterno y por encima de la ecuanimidad impersonal y observadora, como en un amanecer, emergió el primer destello de la Dicha.

Después de la experiencia de su sueño, Usha se sentía fuerte en su interior pero débil en su cuerpo. De alimentarse no tenía apenas ganas. Sin embargo, pasadas un par de horas desde el amanecer, tuvo de pronto una enorme necesidad de actividad física. Como el día anterior, se desnudó y se metió en el agua gélida. La hirió una punzada de autocompasión cuando contempló su cuerpo enflaquecido, sus costillas talladas contra su piel blanca, casi transparente, sus músculos reduciéndose, perdiendo sus contornos y volúmenes, su forma de belleza y de poder poco a poco disuelta, como resignándose a vestir el informe sudario de la muerte. Lo apartó. Lo apartó todo, imágenes, sugerencias, la lástima de sí misma, y gozó del mordiente estímulo del frío en su carne enferma. Notó que, a diferencia del día anterior, podía impedir al frío penetrar hasta sus huesos y, concentrando su voluntad, fue capaz de expulsarlo de sí, mantenerlo más allá de su piel, rozándola en el límite del temblor y el estremecimiento. Disfrutó por unos instantes de su nuevo dominio, aunque sabía que en cuanto apartase un mínimo su atención de este esfuerzo y se permitiese el primer rehilar, el frío se instalaría en ella. Salió del agua y corrió, lenta al principio, pagando el aire con el dolor de sus pulmones, comprando el esfuerzo con una sofocante opresión en su diafragma y ganando la distancia con el daño de sus pies desnudos. Pero el sol deslizaba sus muchas manos entre los árboles para abrazarla y Táumandos, bello y poderoso, suave la seguía.

Los pies de Pradib no tocaban el suelo: el corredor parecía seguir huellas de arcángeles por pistas inmateriales más allá de la mortalidad de los hombres. Era la eternidad haciéndose tiempo, un símbolo del fluir de todas las cosas, del río del Devenir, del vértigo del universo y la proteica vida y, si daba la impresión de que toda su velocidad no llegaría jamás a parte alguna, era porque no podía haber un dónde al que llegar: todo estaba contenido en el mismo acto de correr. Pradib era la flecha fulgurante de Zenón negando con su inmóvil movimiento la distancia y, a través de ella, la multiplicidad y el devenir.

Philo había percibido el cambio en Pradib y a sus ojos su amigo humano fulguraba en un aura de luz divina, roja como el oro encarninado. Corrió de nuevo a su lado. Conscientemente, compartió la burbuja luminosa de Pradib. En el gato, el borbollar de incesante y oculta energía se transformó en una exaltación inefable y en una comunión repentina con su secreta divinidad animal.

El dolor y la exhaustación que sentía fueron perdiendo importancia para Usha ante la belleza del bosque en la mañana. Platas, oros, verdes substituyeron en su percepción las punzadas de los pulmones; blanco-ave, rojo-ardilla, ciervo-castaño, índigo-flor embellecieron sus ojos y fulminaron el cansancio. La disciplina del esfuerzo se disolvió en entusiasmo y la grito del bosque se hizo el himno de su avance. Usha se perdió a sí misma en la dicha de la carrera. Ya no era Usha, era el bosque corriendo por el interior del bosque, y en su pulso palpitaba el corazón del

pájaro aleteante y la espesa savia del árbol.

El terreno ascendía ahora y aristas rocosas emergían como aletas de peces grises de la tierra muelle y oscura. Usha ignoró todos los obstáculos: se sentía correr por las pistas luminosas que en el aire trazaban los rayos del sol.

Pradib fundió ahora los dos polos de su ser y en la unión se consumó la plenitud de la amaneciente dicha. Descendió a su nombre, a su cuerpo, a su individualidad, en posesión de un gozo suprahumano. Abrió su memoria y llamó a Usha, y la visualizó a su lado; y tal como hacía cuando corrían juntos, imaginó un flujo de energía uniéndolos a los dos en la forma de un inagotable ocho. Respiró el aire de los dos con pulmones compartidos. Absorbió en sí el cansancio de su compañera sutil y lo transformó en el desafío del entusiasmo. Absorbió el dolor de Usha y lo despojó de la mentira que velaba su vacío. La pista de carreras del Templo se pobló de aves y de árboles, el sol descendió sobre la desnudez del estadio en un juego de sombras y de rayos. Los pies de Pradib avanzaron por la irregularidad del terreno invocado.

Usha se sintió flotar como un ave. Dolor y cansancio ya no dormían tras la belleza viviente que inundaba sus ojos: habían muerto. Percibía una presencia a su lado, marcando el ritmo, sosteniendo sus pasos, transformando su esfuerzo. Poco a poco, el bosque fue despejándose de árboles, el terreno se hizo regular y Usha creyó correr en la pista del Templo, con el sol incorporándose a la muralla oriental de Astryantar. Lo vivió todo sin pensar, sin dudar, sin preguntarse el origen de estas experiencias.

Táumandos notó el cambio en su amiga y dueña, y mostró con su cola y su cabeza la alegría. Jugó con el espacio. Superó a Usha y galopó abriéndole camino entre matorrales que ella ya no percibía. A ratos comulgó con ella en el gozo del movimiento; a ratos, como si la llevase sobre sí, Táumandos sintió la expansión de su consciencia hacia un más allá difuso de su individualidad animal.

Y sus grandes ojos brillaban en la mañana del bosque, veteados de oro...

XII



Naor no estaba lejos de las tierras de Thúbal, apenas veinticinco millas más al Norte en línea recta, pero el grupo encabezado por Elthen tardó cerca de tres horas en llegar. Temiendo una emboscada de los Olpán o de secuaces de su partido, evitaron los caminos principales y se hicieron acompañar por media docena de hombres armados de la mesnada familiar. El cielo estaba despejado y la noche era inmensa en el espacio, un palio de azul profundo y cintilante en el que los tres pétalos perdidos por la luna desde su plenitud se hubiesen transformado en una vaporización de plata anacarando las alturas. Los once jinetes no hablaron durante todo el camino y sus caballos fueron sombras galopantes en el silencio de las sombras. De cuando en cuando, el ladrido de un perro en la distancia contestado por ávidos aullidos lejanos, o el ruido de los cascos presurosos multiplicado en el eco de las sendas solitarias. Y finalmente Naor, como una floración de resplandores a pocos estadios del anhelo de los corceles; hogueras y antorchas iluminando descampados y calles, y la luz de las casas y las tabernas, del templo, de la fortaleza altiva sobre una mota de difícil asedio presidiendo la región.

Sólo entonces halló Elthen tiempo para explicaciones. Alzó la mano para detener la carrera del grupo y los jinetes pusieron sus monturas resollantes al paso. Atentos, avanzaron hacia la ciudad con una mano en las riendas y la otra preparada para el acero.

—Ponte a mi lado, Vrik —susurró Elthen.

Y cuando Salman marchó junto a su caballo, los primeros de una hilera en que los viajeros marchaban de dos en dos, continuó:

—Según uno de mis hombres, el jefe de nuestro linaje podría haber sido asesinado.

—¿El jefe de vuestro linaje? —se extrañó Vrik—. Pensaba que tú eras el mayor de los Thúbal.

—Soy el mayor de los hermanos —respondió Elthen—. Mi padre ya no existe y

tampoco el padre de mi padre. Pero sí vive, o vivía al menos hasta hace muy poco, el hermano mayor de mi abuelo. Un hombre de más de ochenta años al que difícilmente habrías llegado a atribuir cincuenta, un gran guerrero aún en plenitud de sus fuerzas y de su maestría. Dejó muy joven la morada familiar para vivir a los pies del Rey. En la última década del reinado del Don entró en la institución de los Pares. Ban le dio entonces el nombre de Lib-Yummum, Corazón del Mar, y a su partida lo nombró, junto con su inseparable camarada Belias, Guardián de las Llaves de la Torre del Rey. ¿Has oído hablar de los Guardianes de las Llaves, Vrik?

—¿No pertenecen a las Órdenes de los Anillos?

—En efecto, y su labor es secreta para todos excepto para unos pocos —confirmó Elthen.

—Pero un miembro de las Órdenes, una de las grandes jerarquías como sin duda lo sería tu tío abuelo, ¿puede caer en una sencilla emboscada, a manos de ladrones o de asesinos? —se asombró Vrik.

—Vrik, yo sé muy poco de las andanzas de los caballeros de las Órdenes. Lib-Yummum nos visitaba en nuestras tierras una o dos veces al año, es verdad, pero lo hacía como miembro de nuestra familia y lleno de una simpatía hacia nosotros, a quienes conocía en realidad muy poco, que nunca le agradeceré lo bastante. Pocas veces dejó entrever algo de su vida en las Órdenes. Sin embargo, Vrik, mi respuesta a tu pregunta es no: los Guardianes de las Llaves no habrían caído nunca a manos de simples salteadores o de enemigos comunes. Si lo que dicen mis hombres es cierto...

Dejó la frase inacabada, dolorida en su abrupta mutilación, y se hizo el silencio entre ellos mientras la ciudad crecía a sus ojos.

—Sí, ya sé lo que piensas —añadió Elthen al cabo de un instante—: Que esta historia puede retrasar tu encuentro con el príncipe. Pero acaso este enigma y la misión que te has impuesto no sean cosas tan diferentes como parecen.

—Puede que tengas razón —repuso Vrik—. En cualquier caso, yo partiré cuanto antes hacia Koría.

—Sí.

Había gente en las calles de Naor y una nube de inquietud agotaba la noche.

Contemplaron a los jinetes con susto y preocupación, algunos con no disimulado espanto, y se apartaron rápidamente de ellos. Sólo un hombre menudo, apenas una sombra bajo los soportales o tras las columnatas, contra los paramentos de las casas o deslizándose sobre las pilastras, los siguió a lo largo de la Avenida Principal.

Naor no era una ciudad amurallada. Había crecido a los pies de la fortaleza en una época en que las tribus beduinas ya no eran la amenaza real de otro tiempo. Se sentía segura como ancila del enclave militar, y sus relaciones con el desierto eran corteses y provechosas. Su arquitectura era bella y su población heteróclita. Varios príncipes caravaneros originarios de las arenas vivían aquí, en propiedades grandes, de un

gusto exquisito en su austeridad. La vegetación era mucho menos fértil que la de las tierras de Thúbal, pero no faltaban huertas y viñas y palmeras cargadas de racimos de oro. Y el agua del Deva llegaba a la ciudad por canales orillados de chopos, que botes pequeños podían navegar. El aire era fresco en Invierno, menos cuando soplaba el *Rakta*, el viento tórrido del Sureste que llamaban *el Rojo* y que lanzaba en ocasiones intempestivos y misteriosos Veranos sobre todo el Cinturón Fértil. Y es que para toda esta franja de vida robada mucho tiempo atrás al vasto desierto oriental, era como si el Hacedor no se hubiese decidido aún por un clima definitivo, y dejase a las estaciones y paisajes competir por el dominio, tal como el hombre disputaba la existencia a las estériles arenas.

Cuando los jinetes doblaron la Avenida Principal para tomar la Avenida de la Cuesta, que llevaba directamente a las puertas de la fortaleza en el extremo Este de la ciudad, la sombra que seguía al grupo, desde hacía rato vigilada por Elthen de soslayo, dejó su escondrijo y, arrojándose de pronto a los pies de Vrik, tomó en las suyas las manos del muchacho.

—Señor —dijo—, ¿sabéis quién soy?

Los caballeros se detuvieron rápidamente formando un círculo a su alrededor.

—¡Por los cielos, Ébenim! —respondió Vrik.

—Os reconocí en cuanto entrasteis en Naor —murmuró el hombre apresuradamente sin dar tiempo a Vrik a decir nada más—. Si seguís hacia la fortaleza, vais directos a la boca del lobo. Todos vosotros —añadió mirando en derredor—. Venid a mi casa. Estaréis seguros allí. No atacarán el banco. Por lo menos no todavía...

—Escuchad, buen hombre —interrumpió Elthen—, tengo noticias de que...

—Sí, sí, sí —cortó Ébenim—. Es cierto. Los han encontrado. Cinco hombres muertos. En el interior del desierto. Seguramente habría más, pero las arenas los sepultaron para siempre. Dicen que eran gente de las Órdenes.

—Entonces... —repuso Elthen.

—¡No, no, señor de Thúbal! No a menos que queráis poner en peligro a todos vuestros hombres y a vos mismo —volvió a interrumpir Ébenim—. Os lo repito, venid a casa. Ha habido cambios en la ciudad. Cambios que no nos benefician en absoluto.

Elthen dudó un instante.

—De acuerdo —dijo al fin—. Guiadnos.

—Sube —animó Vrik al hombre tendiéndole un brazo y ayudándole a montar en la grupa de Salman.

La sede del banco de Belinor y al mismo tiempo morada de Ébenim el-Naorí no estaba lejos de donde este había interceptado a los jinetes. Era una de las primeras y hermosas construcciones que inauguraban la Avenida Principal entrando en la ciudad

desde el Sur. Un gran portal, que durante el día permanecía siempre abierto y por la noche vigilado por guardias del banco, daba paso a un patio de naranjos y de fuentes. Una arcada de rosas rojas conducía al edificio central, donde se atendía al público en una vasta sala decorada de arabescos. El trato era siempre gentil y nunca apresurado, y el té con albahaca y miel endulzaba, alargaba y amistaba los negocios. Otra arcada, esta de rosas blancas, conducía a uno de los edificios laterales donde vivía Ébenim con sus dos mujeres, su docena de hijos y tres fámulos. Detrás, había aún cuadras y oficinas menores, y almacenes y cámaras ocultas para el grano y para el oro, y habitáculos para los guardias y una piscina; y pasillos de flores comunicaban todas las dependencias.

Un hombre armado vestido con túnica, botas y turbante blancos abrió el portal. Los jinetes dejaron los caballos en el patio y uno de los criados se hizo inmediatamente cargo de ellos. En silencio y expectantes ante las noticias de Ébenim, penetraron en su morada. Este los condujo hasta una cámara que comunicaba a su derecha con un patio interior y a su izquierda con el jardín de naranjos. Había pocos muebles allí, la mayoría austeros, pero otros ancianos y exquisitos. Rodeando una mesa baja había esparcidos algunos cojines bordados con hilos de oro. Un candil ardía sobre ella, el resto eran sombras. Un hombre se sentaba de espaldas a la puerta por la que el grupo accedió a la sala. Sorbía ruidosamente un té. Los había oído entrar, pero no se volvió.

—Os presento —dijo Ébenim señalando con su mano al personaje en sombras— a Ulán Draj el *Kavi*. Hasta esta misma mañana, comandante de las tropas reales de la fortaleza de Naor; ahora, fugitivo.

Sólo entonces el hombre se tornó hacia ellos. Un corte reciente y profundo descendía desde su sien izquierda hasta la comisura de su boca arañando el ojo. El brazo izquierdo estaba vendado, rojo, inmóvil. En la mano derecha le temblaba la taza de té. Sin embargo, su mirada era diáfana, noble, y una hermosa melena negra le caía hasta los hombros. Cubría su rostro una barba incipiente y vestía ropas blancas, iguales a las del vigilante del portal.

—Disculpad que no me levante, señores —dijo con una voz herida y amable.

—Ulán —explicó el banquero—, este es Vrik de Belinor, estos son los señores de Thúbal. Al resto de sus acompañantes no los conozco, pero supongo que serán hombres del señor Elthen.

—Así es —confirmó Elthen, y enseguida, dirigiéndose a ellos—: Dejadnos ahora, por favor. El señor Ébenim os dirá dónde podéis reponer vuestras fuerzas y descansar.

Al poco rato se hallaron sentados en torno a la mesa los Thúbal, Vrik, Ulán Draj y Ébenim compartiendo un té y unos dulces de miel, muy al gusto de los beduinos. Aun en el silencio que precedía a las palabras, daba la sensación de que todo estuviese dicho ya. La atmósfera emotiva que se formó en la confluencia de los siete hombres

era densa, ominosa, inquietante. Vrik y Elthen cambiaron una fugaz mirada de comprensión: Ébenim podría revelarles todavía los detalles y el alcance de la situación, pero lo esencial quedaba expuesto por la mera presencia en la reunión del comandante Ulán... y en aquel estado. Por ello, respetaron con paciencia la parsimonia de su anfitrión, que dejó crecer el silencio antes de rendirles las noticias prometidas. Al fin y al cabo era un hombre de las arenas, y debían agradecer que les ahorrara el laberinto de circunloquios con que aquellos acostumbraban a confundir a sus interlocutores antes de aproximarse al núcleo de la conversación y, muchas veces, sin llegar a él jamás en una forma reconocible. Como buen banquero, Ébenim era muy directo. Podía llegar a hablar mucho, y de hecho lo hacía a menudo, pero siempre sobre lo esencial. Cuando no, callaba. Si percibía en el aire que, por alguna razón misteriosa, no era el momento de decir lo que debía decirse, prefería esperar en un silencio de esfinge la ocasión. Magistralmente, Ébenim sabía acechar desde la calma y la indiferencia. Pero no era acecho lo que ahora le callaba.

—Ulán, por favor —dijo al fin—, ¿explicarás a nuestros invitados...?

—¿Los detalles de lo que ya sospechan? —repuso este—. De acuerdo. He servido al rey Vântar en esta fortaleza durante quince años y le he servido bien. Desde hace siete soy su comandante y tengo, o tenía, mejor dicho, una fuerza permanente de cuatrocientos hombres. Me gané su respeto, o al menos el de la mayoría. No había ninguna razón para esto.

Ulán acompañó sus últimas palabras con una mirada a su propio cuerpo. Bebió té con la taza temblándole nuevamente en la derecha. Vuelto hacia Elthen, a su diestra, el candil le iluminaba el perfil herido de su rostro, el largo surco cárdeno. Hablaba con orgullo militar, frases precisas y cortas. Dominaba el *ordumia*, pero no podía evitar un fuerte acento occidental. Era sin duda de origen montañés, hijo de alguno de los bárbaros que dejaron sus tribus durante las guerras ebénidas, fascinados por el reino al que atacaban, para incorporarse incondicionales a su defensa. Muchos de esos montañeses acabaron dando la vida por Eben y el rey Vântar. Otros se convirtieron con el tiempo en los mejores de sus oficiales y, aunque nunca se les concedió el mando de las tropas capitalinas ni puestos en la guardia real, llegaron a gobernar en las fronteras. La segunda generación no desmereció de la de sus padres.

—Hoy llegó la orden de mi destitución —prosiguió Ulán—, firmada por Chur, visir de los Tauris.

—¿Chur?! —interrumpió Elthen—. ¿Chur de Olpán, el marido de Elva?! ¿Ese barrigón decrepito y manipulador, visir de los Tauris, visir de nada?! ¿Esa marioneta!

—Señor de Thúbal —dijo Ulán con gravedad, molesto por la interrupción—, en la fortaleza de Naor no estamos al tanto de las disputas entre ustedes los nobles, pero...

—Mi nombre es Elthen, Ulán, puedes olvidarte de la cortesía conmigo. Y te

equivocas, ¡por el cielo que te equivocas!, si crees que todo lo que pasa aquí es una idiota disputa entre linajes.

—Los linajes disputan —exclamó Ulán dando un golpe en la mesa con su derecha—. ¡Por el cielo que disputan! Siempre lo han hecho. Y sólo una cosa les interesa, señor de Thúbal: su propia posición en el reino.

Mientras la conversación subía de tono, Vrik y Ébenim permanecieron tranquilos, cada uno a su manera. Vrik pasivamente, limitándose a la condición de mero observador y estudiante; Ébenim de forma secretamente activa, como un químico o un alquimista que hubiese mezclado dos sustancias contrarias con la mirada puesta en un objetivo oculto, quizás incluso impredecible, incalculable para el propio experimentador. Bâldor, Álmor y Mírthen, no obstante, más pasionales, rozaban sin pensarlo con sus dedos las empuñaduras de sus armas. Pero Elthen contempló con la profundidad intuitiva de sus ojos las honduras de los ojos de Ulán y vio sólo recia nobleza cubriendo un fondo de nobleza inmensa.

—Los linajes disputan, Ulán —dijo ahora suave—. A veces son todos ellos instrumentos de la misma asquerosa fuerza y el reino se parte en añicos de egoísmos. Es verdad. Pero a veces también, ideales que pueden transformar el reino buscan sus instrumentos entre las fuerzas vivas de la nación y hallan sus heraldos en individuos, grupos, clanes o... linajes. El enigma que esencia este mundo, Ulán, quiere que esos poderes transformadores abran su camino contra todo aquello que los contradice. ¿No has oído decir que la guerra es el padre de todas las cosas? Pon un hombre hoy con la espada en alto al servicio de un ideal: mañana tendrás otro frente a él dispuesto a luchar por lo contrario. No es que los dioses se burlen de nuestras aspiraciones. Es que el primero no acaba de conocer y poseer el ideal al que sirve hasta que no ha aprendido a vencer y a transformar aquello que, aparentemente, lo niega.

Ulán calló, el cuerpo temblándole.

Vrik descubrió en el Thúbal un nuevo Elthen, y mirándole ahora a los ojos le pareció que una fuerza ajena a él, una presencia superior había hablado a través de su boca. Recordó a su maestro.

—Puesto que ese ideal ha hablado con tu voz —dijo el comandante con los ojos bajos—, te creo, Elthen.

—Señor de Thúbal —comenzó Ébenim como si la situación hubiese alcanzado el punto exacto que él quería—, ayer al mediodía una patrulla de inspección de la fortaleza trajo del desierto los cadáveres de cinco hombres. Ulán decidió investigar el caso. La respuesta de la capital fue inmediata: cese del comandante por traición al reino.

—Un hombre —dijo ahora Ulán—, un hombre que merecía toda mi confianza, un buen soldado, mi lugarteniente, partió para Eben sin solicitarme licencia siquiera en cuanto supo que yo quería llegar al fondo de estas muertes. Es el nuevo comandante

de Naor. Apenas pude huir de su odio cuando arribó con la orden de mi cese y un escuadrón de soldados recién reclutados.

—¿Y el resto de tus hombres? —preguntó Mírthen.

—No tenía opción —respondió Ulán—. Yo no tenía opción. No podía arrastrarlos a un acto de rebeldía contra el reino.

—No es el reino el que te ha condenado, Ulán —dijo Bâldor.

—Empiezo a entenderlo —repuso el comandante.

—Así es como harán caer una a una las fortalezas —intervino Elthen—. Deberíamos poner en guardia de inmediato al comandante de Assur.

—Assur ha caído ya en manos de nuestros enemigos —se dejó oír Ébenim—. Señores, he dicho *nuestros* enemigos porque, aunque quizás cada uno por una razón distinta, todos somos oponentes de la fuerza que está tejiendo una tela de araña sobre el reino. He tratado de explicárselo a Ulán durante el día de hoy pero, herido en su cuerpo y en su alma, no me ha prestado oídos hasta ahora. Parece que desde las sabias palabras del señor de Thúbal nuestro comandante es más receptivo. Pensad que por el mero hecho de estar aquí, ahora, hablando de estas cosas, los siete somos conspiradores y podríamos ser detenidos y condenados por traición.

—Y si Assur está en sus manos... —comentó Bâldor.

—Todo el Cinturón Fértil está ya a su merced —concluyó Vrik.

—Cierto —confirmó Ébenim—. Y, si dependiera de los Olpán, de los Ranza, los Asor o los Ednok, ya se habría dado la orden de arrasar a sangre y fuego las tierras de todos aquellos que no se les sometan. Pero tenemos la suerte, y al mismo tiempo la desgracia, de que hay entre ellos al menos una inteligencia... y, por cierto, nada despreciable: Abdalsâr. Las cosas se harán a su ritmo porque es él quien gobierna a los nobles, y a sus propios fines les sirve mejor una apariencia de legitimidad. Abdalsâr es un depredador, pero no como pueda serlo Elva. Elva ansía pequeñeces y lo que la hace peligrosa es la violencia y la premura de su ansiedad, no sus objetivos, que en última instancia son ridículos. Abdalsâr ambiciona el mundo y sabe que para ello quizás deba esperar eones.

Había algo notable en aquel Ébenim. Vrik lo conocía poco en realidad; lo habría visto un par de veces en los últimos cuatro años. Tras la apariencia de negociante, y a diferencia de su propio padre, había en Ébenim una inteligencia capaz de abarcar situaciones globales y alcanzar las causas lejanas de las cosas. Como el sabio, Ébenim pensaba con totalidades y no le engañaban los fragmentos de la realidad, como le ocurre a la mentalidad común del comerciante. Pero, además, Ébenim sabía cosas que ellos ignoraban...

—Ningún hombre puede esperar eones, Ébenim —contradijo Mírthen.

—¿Ningún hombre? —respondió el banquero—. Quizás tengáis razón, señor... ¿Mírthen? El joven Thúbal asintió.

—Mírthen entonces —continuó Ébenim—. Pero señor, hay muchas cosas bajo la apariencia de hombre. Hay sueños, hay espectros, hay dioses, hay animales y titanes y diablos en forma de hombres... Sí, también hay hombres con figura de hombre. Los sueños, los espectros, los titanes y diablos no mueren al modo humano. Los primeros y los segundos son poco nocivos y acaban por cansarse de sus formas, pero los titanes y demonios...

—¡Ébenim, por favor! —exclamó Bâldor—. ¿Estáis diciendo que Abdalsâr...?

—Diles lo que viste —pidió Ébenim volviéndose hacia Ulán.

—Los cadáveres que trajo la patrulla eran de un hombre maduro y cuatro jóvenes —narró el comandante—. Los habían despojado de todo. Vestían sólo su piel y la malla de heridas de flecha que los había matado. El hombre tenía el rostro desfigurado. Lo habían aplastado con una roca. Según mis soldados, no había nada alrededor que pudiese dar el más leve indicio de quiénes eran... salvo esto.

Ulán sacó del bolsillo un objeto y lo mostró. Era una funda de oro con piedras azules, zafiros y aguamarinas, no muy grande, como la vaina de una daga pero de facetas rectangulares.

—Salvo esto... —añadió Ulán— para quien lo entienda.

—¿Lo reconocéis, señor Elthen? —preguntó Ébenim.

—Por supuesto —respondió Elthen sombrío—. Es la funda de la Llave Azul de la Torre del Rey, la que custodiaba el Guardián de la Derecha, mi tío abuelo Lib-Yummum.

—¿Qué tiene esto que ver con Abdalsâr? —saltó Mírthen.

—¿Qué tiene esto que ver con espectros y titanes? —exclamó Bâldor al mismo tiempo.

—¡Esperad! —interrumpió Elthen—. ¿Cómo sabíais que yo reconocería esta funda, Ébenim? Muy pocas personas ajenas a nuestra familia saben que Lib-Yummum era por derecho propio el jefe de nuestro linaje.

—Varias preguntas distintas, pero un solo eje de respuestas —dijo Ébenim—. ¿Creéis, señor Bâldor, que los hombres comunes estarían interesados en la Llave Derecha de la Torre del Rey?

—No —respondió Bâldor.

—En efecto —acompañó Ébenim—, la mayoría no saben ni que existe. Sólo hay una fuerza en el mundo interesada en la posesión de esas llaves, aparte de la que representaban los propios Guardianes.

—¿Los Electos Negros? —inquirió Vrik, y comprendió de pronto que la intuición que le alcanzara en la mansión de Elva había sido veraz, tremendamente veraz, y que por sí sola justificaba que Leb le hubiese enviado allí.

—Exacto —contestó el banquero—. Y ahora os pregunto, señor Mírthen, si esos... Electos Negros (llamémoslos pues así por el momento) creyesen que ha

llegado la hora de poseer y de usar las Llaves, ¿qué es lo primero que harían?

—Asegurarse la ciudad donde se supone que está la Torre del Rey, por supuesto —repuso Mírthen.

—Sí —confirmó Ébenim—. Y para ello necesitarían uno de sus agentes al frente de la conspiración. En cuanto a vos, Elthen, os diré que tenéis mucha razón en lo que afirmáis. Aparte de los miembros de vuestra familia, ¿quién sabía que Lib-Yummum, Guardián de la Llave Derecha de la Torre del Rey, era un Thúbal? ¿Quién... además de la propia familia espiritual de Lib-Yummum?

—Las Órdenes, sí, pero... —empezó a responder Elthen y de pronto comprendió—. ¡Vos! Ébenim lo contemplaba en silencio y con mirada aguda. Durante unos instantes nadie habló. Todos observaban sorprendidos al banquero; todos menos Ulán, que se había sumergido en la niebla de su propio abatimiento. Todos intentaban discernir la mentira, la jactancia o la traición detrás de las palabras del hombre menudo que apenas dos horas antes los había asaltado en la calle con la apariencia de una mujer asustada.

—No, no mentís —dijo por fin Elthen después de estudiarlo profundamente—, no mentís, pero...

—No os extrañéis, señores de Thúbal, mi señor Vrik —repuso Ébenim—. Las Órdenes necesitan en este momento muchos tipos de agentes. Yo no soy un caballero andante ni un héroe del Viejo Imperio, pero sé de qué lado está mi corazón. Esta es toda mi virtud.

—Algo muy poco común en estos tiempos, señor Ébenim —dijo Álmor abandonando de pronto su impávido silencio; su voz sonó con amable e inteligente suavidad—. Creo comprender que esta reunión es menos azarosa de lo que podría parecer en un principio. Diría que, en cierto modo, nos habéis convocado.

Ébenim sonrió.

—En parte tenéis razón, mi señor Álmor. Lo que os ha traído a cada uno de vosotros hasta aquí ha sido el curso de los acontecimientos, pero... puede decirse que, pasivamente, yo os he llamado. Y también es verdad que he ayudado la pasividad de mi llamada interior con algún que otro empujón externo. Si no fuese así, no os habrían llegado todavía las noticias de la muerte de Lib-Yummum. Mi función era ahora reunir... lo que el señor Elthen ha llamado antes las fuerzas vivas del reino que puedan convertirse en instrumentos de ese... ideal transformador.

—¿Tienen estas fuerzas —inquirió Álmor— alguna oportunidad contra la marea creciente de lo que estáis describiendo?

—Un momento —interrumpió Ulán emergiendo de sí mismo—. ¿Llaves, guardianes, torres, electos...? No entiendo ni palabra de lo que se está hablando aquí. Soy un bárbaro, si queréis, un montañés, ¡y por los dioses de mi clan que me siento bien orgulloso de mi origen! Pero ¿qué tiene todo esto que ver con la destrucción del

reino? Y una pregunta más: ¿hay aquí alguien que sepa qué diablos está haciendo el príncipe y dónde está?

Si había alguien capaz de responder a todas estas preguntas sin narrar la historia del mundo desde el principio, ese era Ébenim y todas las miradas se dirigieron hacia él de forma espontánea.

—Para ti, Ulán —comenzó Ébenim—, estas cosas son desconocidas, inexistentes. Para la mayoría de los hombres vivos ya no son más que una leyenda, aunque en verdad ha pasado muy poco tiempo desde la época en que eran una realidad cotidiana. Incluso estoy seguro de que nuestros amigos —dijo mirando a los Thúbal y a Vrik— no conocen todos los detalles de la tradición. Pero debo resumir la historia al máximo; primero, porque el tiempo apremia; segundo, para hacértela comprensible. Cuando el Rey Ban dejó Eben, días antes de la desintegración del Viejo Imperio, confió la custodia de las Llaves de la cripta del Ziggurat a dos de sus Pares, Belias y Lib-Yummum. Se supone que se guardaban allí muchos y extraños tesoros de los amados por el sabio y por los hombres de poder. Uno de ellos era el *Kiran*. Nadie sabe lo que es, aparte de que existía algo muy importante con ese nombre. Se ha dicho que de todos los tesoros contenidos en la cripta, sólo el *Kiran* vería la luz de la tierra por la mano de los hombres antes de que el Don volviese a reinstaurar su Imperio. Y se ha dicho también que el *Kiran* serviría al renacimiento del reino de Eben.

Ulán contemplaba a Ébenim incrédulo.

—No me mires así, Ulán. ¿No te llaman el *Kavi*? Tú eres poeta y los poetas creen en el misterio.

—¿Qué Ziggurat es ese del que hablas, Ébenim? —preguntó el comandante.

—Ya no existe —respondió el banquero—. Ban inundó de arena todos los corredores de los subterráneos y Sarkón el Abominable destruyó hasta la última de las piedras de la gran torre escalonada del Rey. Sin embargo, la cripta está ahí, en alguna parte del interior de la colina sobre la que se yergue la ciudadela. Vântar conoció el emplazamiento exacto de la torre porque en tiempos de Sarkón eran visibles sus últimas ruinas. Pero a estas las borró, trastocó el paisaje y edificó encima, obedeciendo las sugerencias de las Órdenes en los primeros años de su reinado.

—¿Quieres decir que ahora...?

—Quiero decir, Ulán, que ahora las mismas fuerzas que quebrantaron el Viejo Imperio han encontrado el modo de llegar hasta la cripta. Elva y su partido son la máscara, pero Abdalsâr es la misma encarnación de esas fuerzas. Si nadie les detiene, tendrán la capital, tendrán el reino y tendrán la cripta con todos sus tesoros.

—Cuarenta años después de la Segunda Conflagración. Tantos y tantos sacrificios para tener que volver a empezar... —murmuró Elthen.

—Esas fuerzas —respondió Ébenim— no mueren nunca y viven para poseer,

subyugar, dominar. Da las gracias por estos cuarenta años de paz... relativa.

—¿Y el príncipe? —retornó Ulán.

—En Koría, por supuesto —dijo Ébenim—. También él debía encontrar una llave allí: la clave del reino que ha de edificar.

—¿Y el *Kiran*? —preguntó Vrik—. ¿En qué le ayudará el *Kiran*?

—Ya os lo he dicho, mi joven amo: nadie conoce lo que es el *Kiran*. Y si hay alguien en el mundo para quien este no sea un secreto, os juro que nunca se lo ha dicho a este servidor vuestro. Como bien sabréis, *Kiran* es «rayo» en *dévico*, como *keren* en la lengua del Desierto. Pero un rayo ¿de qué?, ¿qué esconde este símbolo? Hay quien lo ha llamado *La Esperanza*. Esto es todo lo que puedo deciros acerca del *Kiran*.

—Es bien poco —repuso Vrik.

—Es nada, mi joven señor —glosó Ébenim.

Todos callaron, cada uno con una idea borbollante y difusa de la situación que sentían crearse alrededor. La hora de las preguntas debía acabar y empezar la de los planes. Era tarde ya, estaba muy avanzada la noche y el sueño se anudaba como una serpiente fría a los cuerpos cansados. Sin embargo, una duda informe flotaba aún en el aire y, cuando Elthen trató de corporizarla, comprendió de pronto que a todos ellos se les había olvidado preguntar a Ébenim lo más elemental.

—Pero... ¿dónde están ahora esos cinco cuerpos y cómo podemos estar seguros de que el hombre del rostro desfigurado realmente es Lib-Yummun?

—Los cuerpos... los habrán quemado ya, sin duda —respondió Ulán sombrío.

—Era Lib-Yummun —afirmó Ébenim convencido—, podéis estar seguros. Él, Belias y un grupo de jóvenes guerreros de las Órdenes viajaban por el desierto cumpliendo una misión de la que no debo hablar aquí. Formaban parte de una compañía mayor que se había dividido poco antes. El resto de los cadáveres ya ha sido rescatado por las Órdenes.

—¿Qué sugieres entonces, Ébenim? —preguntó Vrik.

—No hay muchas opciones, mi joven señor. Dos cosas son importantes ahora: hallar al príncipe y preparar la defensa del Cinturón Fértil. Lo primero es lo que vos mismo teníais intención de hacer, si no me equivoco —dijo el banquero con una misteriosa sonrisa de complicidad—. Lo segundo le corresponde al señor Elthen, aunque obtendrá de mí toda la ayuda que desee.

Vrik miró a Elthen con tristeza, pensando que inevitablemente sus destinos se separarían allí, en Naor, aquella noche o, en el mejor de los casos, por la mañana.

—Sin embargo —intervino Elthen mirando a sus hermanos—, prometí ayuda a Vrik y, aunque Koría no está lejos, es grande, peligroso, y no sabemos dónde podrá hallar al príncipe.

—Yo iré con él —se ofreció Álmor.

—También yo —añadió Ulán—. El príncipe deberá tomar las fortalezas del Swar y yo podría resultarle de utilidad allí. Conozco las montañas y la mentalidad de sus comandantes. Incluso soy algo pariente del de Ôrkan, aunque no le conozco.

—Muy bien —concluyó Ébenim—, así se hará. Hay tiempo todavía para un descanso, aunque no muy largo. Vrik, Ulán y Álmor saldréis antes del amanecer. Una barcaza os llevará al otro lado del río... a vosotros y a vuestras cabalgaduras. Oh, por supuesto estamos vigilados, pero el banco tiene subterráneos por los que llegaréis casi hasta el Deva. Siento no poder daros más de una hora de reposo. Hay también un pasadizo secreto hacia el Sur que os servirá bien a vos, señor Elthen, aunque vuestra partida será conocida sin duda muy pronto. Ahora venid, os mostraré las habitaciones donde podréis descansar.

Ébenim se puso en pie y todos lo imitaron. Vrik y los Thúbal fueron conscientes de pronto de que el banquero no era tan bajo y tan menudo como les había parecido al principio. Era delgado, sí, flexible y elegante como un junco. Caminaba con la espalda muy tiesa, pero sin arrogancia, y con una belleza en sus movimientos tan espontánea que tendía a pasar desapercibida. Vestía sayo, cinturón y pantalones blancos, contra los que resaltaba su piel morena, y una melena gris le cubría la nuca. No llevaba anillos, ni collares; en ningún momento le habían visto portar armas, aunque sus miembros, que antes se les antojaran frágiles, se les mostraban ahora deletéreos.

Ébenim se detuvo antes de un recodo del pasillo y abrió una puerta a su izquierda y otra poco después.

—Hay tres camas en cada habitación —dijo—. Buen descanso, amigos míos. Todos menos Vrik desaparecieron en el interior de las alcobas.

—Ébenim —preguntó este todavía—, tienes noticias de mi padre.

El hombre lo miró con unos ojos envolventes de profundo afecto.

—Por supuesto, mi joven señor...

—Oh, por favor —le interrumpió el muchacho—, deja de llamarme así. ¿Cómo puedo usar un tono tan familiar con un miembro de las Órdenes mientras él se dirige a mí con tal cortesía?

Ébenim sonrió.

—Sigo siendo un empleado de vuestro padre —respondió—, como ayer mismo. Pero está bien, Vrik, ahora somos también compañeros de armas. Ven conmigo.

Caminaron varios minutos por un laberinto de pasillos que Vrik jamás habría imaginado tan grande. Se detuvieron por último ante una hermosa puerta de madera labrada. Ébenim la abrió ligeramente después de apagar su candil. El resplandor de la luna entraba por una ventana e iluminaba los rostros de Baar de Belinor y de su mujer, dormidos en un ancho lecho.

Vrik los contempló como un misterio.

—¿Sabes quién eres? —susurró—. ¿Sabes dónde estoy o a dónde voy?

—No —respondió Ébenim—. Y te aseguro que es mucho mejor respetar su ignorancia, al menos por ahora.

No, no podían saberlo de ningún modo. Aquellos dos seres durmientes pertenecían a otro mundo. Vrik los miraba y tuvo que repetirse dos, tres veces: «Estos son mis padres». La frase no le decía nada. Su cuerpo había surgido de aquel doble manantial de carne, sangre y huesos, pero esta imagen no hallaba la menor resonancia en sus células. Entre el mundo de sus padres y el suyo se había creado un abismo, y el abismo estaba lleno de indiferencia.

Vrik cerró la puerta sin ruido y, antes de buscar su alcoba, agradeció a Ébenim sin palabras esta revelación.

XIII



quella tarde, la segunda lejos de Astryantar, fue sin duda la peor desde el comienzo de la enfermedad de Usha. Por la mañana había corrido por el bosque, ligera como si pequeñas alas talares la hiciesen deslizarse por las venas radiantes de los brazos del sol. Un éxtasis de divina energía había sido su esfuerzo, una comunión con los poderes elementales del bosque y con las luces superbas del cielo... ¿Debía pagarlo ahora con dolor?

Se encontraba bien al mediodía, mejor que nunca desde que empezara el proceso mórbido. Por primera vez desde entonces, el cuerpo le pedía verdaderamente alimento con su lenguaje primordial de sensaciones internas y nebulosas sugerencias, que desoye el hombre hasta que no rasga el tapiz de sus deseos. Usha comió tres galletas de pan de viaje, uvas pasas y queso de Dyesäär, y se preparó un caldo de hierbas en un improvisado fuego. Mientras consumía el alimento, su mente y su corazón habitaban en el recuerdo de la mañana. Había experimentado la salud de un cuerpo resistente, inagotable, invulnerable al dolor. Pero había vivido algo más: la cercanía de Pradib, la transparencia del espacio físico.

Cuando acabó de comer se sentía curada. Su cuerpo percibía esa grata expansión de sí que acompaña a la asimilación del esfuerzo y alimento en el reposo. Mirase adonde mirase en su consciencia corporal, no había rastro de debilidad alguna ni de ninguno de los síntomas asociados a su enfermedad. Usha quería creer que era así. Quería creer que había sido tan fácil ganar la batalla, que el mal sueño había acabado y que ahora retornaría a Pradib, crecida por la conquista. Se tumbó en la hierba mirando la cúpula del cielo, llena de gratitud por aquel instante, y permitió que su ser se deslizara hacia un sueño que coronase aquella consciencia de reposo. La imagen de un pájaro le cerró los ojos. En el pozo de sus ensueños, el ave se transformó en un gran cuervo que volando la llevaba sobre un mar de niebla hacia un horizonte denso y negro. No recordaría nada más de las horas que pasó dormida, salvo que unos seres semejantes a minotauros la estaban empalando en una lanza de ardiente acero antes de despertar. Usha renació con un aullido. Fuego y hierro le atravesaban las entrañas;

náuseas le estrangulaban la garganta, tan intensas como si quisiese vomitar la Tierra. La realidad toda se había hecho pura repugnancia. Como si nadase en un océano de excrementos, para no ensuciar la tierra en la que había dado gracias al cielo, Usha trastabilló hasta el pie de un árbol y apoyada en su tronco arrojó sangre, flema y alimento retorciéndose con arcadas monstruosas. Jadeó y gimió, con ojos húmedos de rabia líquida.

No le quedaron fuerzas más que para yacer, y pronto perdió la noción de dónde. Osciló de la vigilia a la duermevela y de esta a la pesadilla en el carro de fuego de su fiebre fiera. El dolor era un torrente brutal en el centro de su cuerpo derrubiendo las orillas aún inmunes de su carne. El tiempo fue un aluvión de incoherencias y su memoria dejó de ordenarlo en secuencias comprensibles. Frío y calor volaron sobre ella como vientos y picotearon sus entrañas como aves carroñeras. Dos veces más logró incorporarse para arrojar su flema y la tercera creyó morir en las arcadas punzantes de una náusea vacía de todo, hasta de sangre.

Cayó la noche. Una noche. Usha no sabía si habían pasado minutos o milenios de dolor. Ante ella vio una figura oscura llamarla, un ser atroz... pero un ser amable. Usha sabía que aquella forma corporizando el Vacío no venía a imponerle nada, sino sólo en busca de su consentimiento. Sus gestos eran suaves, convincentes, y Usha la obedeció. Se levantó con facilidad y se sintió bien fuera de su cuerpo sufriente. Miró al suelo donde yacía y vio una gavilla de dolor casi consumida por el fuego de la fiebre. Caminó hasta la forma. Un largo capuz negro vestía a la Nada y el rostro era el del cuervo de su sueño. Sonrió terriblemente, pero Usha no vio más que la promesa de la paz en la mueca aniquiladora. La forma quería mostrarle algo: cuando Usha miró, se creó la imagen. Era un sarcófago, acogedor como el hogar. La forma lo abrió y Usha vio dentro una forma durmiente, su forma, su forma era la muerte, de pie junto a ella y al mismo tiempo yaciente... tan deseable. Usha puso un pie dentro de la caja y se dispuso a dejarse caer... Un abismo sin fin, sin fondo, sin límite, hecho de la misma alma y substancia del caer... y del no ser.

De pronto, un resplandor diamante rompió la escena y un imperativo tronó sin voz en alguna parte: «¡Lucha!».

Usha se precipitó a su cuerpo, un tragal de lanzas erectas, y durante un tiempo incalculable la imagen de unas garras ígneas y de unos ojos azules lucharon por su consciencia. Fundidas por último, las garras se convirtieron en un águila dorada a través del azul celeste de los ojos que la miraban. Y la visión era una fuente de sobrehumano sosiego. Contemplada por aquellos ojos y contemplándolos, Usha durmió por fin en un horizonte de bienaventuranza. Y, cuando la mañana la despertó, comprendió que el olvido había trabajado rápido y bien durante sus horas de ausencia, dando un pátina a sus experiencias pasadas para mitigar el miedo a recaer en ellas. Débilmente, volvía a sentirse capaz de combatir.

Permaneció durante mucho rato echada, alimentando con el recuerdo de los ojos azules y el resplandor diamante su espíritu luchador. Era fácil, pensó, creer en sí misma y en su propia capacidad y voluntad batalladoras ahora que no arreciaba el dolor. Y este pensamiento cayó sobre ella como una losa. Pero de repente fulguró sobre él una intuición, el cometa de una verdad, tan fugaz, que Usha apenas tuvo tiempo de agarrarlo por la cola. Y, cuando lo hubo logrado, trató con desespero de darle un cuerpo pensable. La intuición dejó por fin de ser para Usha inaprensible luz cegadora y se encarnó en diáfano noema, en íntima vivencia. Comprendió entonces que el pensamiento que pesaba sobre ella como una losa no era un hijo de su mente, ni siquiera un residuo o una escoria de su mente, era la voz de la misma enfermedad.

De momento no supo qué hacer con esta revelación, pero no dejó de percibir que liberó una potente dosis de energía. Antes de que pudiese decidirlo siquiera, estaba de pie, lavándose en la fuente el rostro y limpiándose las manchas de sangre seca. *Liberó*, esta era la palabra cierta, pensaba Usha mientras gozaba del agua, porque la energía estaba en ella, viva en alguna parte de su consciencia física.

La temperatura había bajado y el agua le helaba las manos, las mejillas. Se desnudó y por tercera vez en aquellos días volvió a meterse en el remanso gélido de la corriente. Expulsó de su cuerpo al ingrato huésped del frío y este permaneció a las puertas de su casa carnal, como un mendigo. Pero en este acto de maestría y autodominio, cristalizaron las consecuencias de su descubrimiento y ante Usha la enfermedad se mostró de pronto con un rostro muy distinto. ¿Qué era la enfermedad, al fin y al cabo?

«Dyesäär es el reino de la sabiduría, pero los médicos siguen siendo médicos» — volvieron a ella las palabras de la Madre.

¿Qué era la enfermedad?, se repetía viendo ahora con suprema claridad que su derrota se debía a un error de comprensión. ¿Era realmente un proceso degenerativo de su cuerpo, de sus órganos, una impredecible disfunción con efectos deletéreos? No, todo esto eran consecuencias secundarias de algo más sutil, más elemental. ¿Era un castigo de Dios o de los dioses, como sugerían los sacerdotes? No, esta idea era sólo fuente de tremendas consecuencias prácticas. No. Lo que estaba *viendo* ahora era que la enfermedad es un estado de ser, una forma y vibración de consciencia que intentaba imbricarse en la urdimbre de su propia consciencia corporal. Estas palabras, con las que trató de formular sus nuevos pensamientos, no le habrían dicho nada días atrás; por lo menos, nada distinto de lo que ya afirmaban los médicos que la atendían. Pero ahora Usha vivía las cosas desde una dimensión a la vez superior y más interna, y en ella todo esto cobraba un luminoso sentido. Además, percibía la enfermedad como un enemigo hábil y despierto, experto como las termitas en minar silenciosa y subrepticamente los cimientos de su ser. Minaba primero su mente con sugerencias a veces cariciosas, a veces definitivas, tan convincentes como toda la experiencia

pasada humana y como las leyes físicas aceptadas por todos: la enfermedad era sabia como un médico y hablaba con su misma voz. Minaba después su vitalidad, cuando había encontrado un aliado fiel en la mente sumisa, y sólo en última instancia se deslizaba en la consciencia corporal imbricando su desdicha en el estado natural de la materia física.

La enfermedad es la forma física de la mentira.

Esta frase resplandeció como una nova en el horizonte de su pensar y Usha permaneció muy quieta observándola, gozando la explosión reveladora de aquel sol lejano.

«Pero... ¿por qué acepta el cuerpo la mentira?» —se preguntó entonces.

Y comprendió que esta era la última llave de la revelación. El enigma se alzó ante ella como un inmenso portal de bronce, colosal y cerrado.

Usha salió por fin del agua, insensible a la baja temperatura de la mañana y arrebujada en un sari de niebla. Le era fácil entender ahora por qué el frío y el esfuerzo, insospechadamente, tenían efectos tan salutíferos sobre su carne condenada: con ellos, o mejor contra ellos, en el acto mismo de superarlos, de rechazar el límite que suponían para el cuerpo, la consciencia física se expandía y recobraba su estado natural. También esta era sed de infinito, voluntad de trascender todo límite impuesto... y para ella, al igual que la enfermedad, también el cansancio, el frío, el dolor, constituían otras tantas formas de la mentira.

«Pero... ¿por qué acepta el cuerpo la mentira?» —volvió a Usha la pregunta.

Pero ya la niebla desaparecía y se sintió desnuda bajo el cataclismo de luz emergente. Miró su cuerpo. Le pareció delgado pero bello. Ajeno, e increíblemente bello; una manifestación de algo que la trascendía, un vehículo del Infinito.

Fuesen los que fuesen sus dolores, se dijo, valía la pena luchar por su inmortalidad.

XIV



A pesar de la intensa lluvia, tres hombres venían a su casa cruzando el barrio de pescadores desde el puerto. Los esperaba. Los esperaba desde hacía tiempo; en realidad, llegaban dos días tarde, según sus cálculos. Los esperaba y no los temía. Venían a pesar de la lluvia y cómo había zozobrado su pequeño barco en el río. El Deva era hoy una encarnación del ímpetu, un hervor de leviatanes, y a los tres hombres, al atravesarlo, se les veía tan minúsculos, tan impotentes ante la fuerza del agua y del viento... polillas de alas mojadas en medio del turbión. Si uno se sintiera motivado a amar lo efímero, les amaría, ¿por qué no?, les amaría entonces porque eran la imagen de lo que pasa sin dejar huella. ¿Temían ellos? Oh, estaban muy asustados, pero a pesar de todo también convencidos de que el mismo destino que les había elegido para una función de importancia, preservaría sus vidas de las ferocidades del río. No sabían o no querían saber que su miedo era mucho más hondo: temían al poder que servían sin reconocerlo y temían además a aquel que iban a visitar.

«Una visita ingrata, para ellos nefanda. Sin duda» —pensaba el hombre que los observaba. Y los tres hombres, ahora por las calles estrechas, calados hasta el tuétano y sin la escolta acostumbrada, le habrían dado la razón. Ingrata, nefanda, pero ¿llegarían a creerla útil? Si de ellos mismos hubiese dependido, no tres de las cuatro cabezas del partido nobiliario habrían visitado al maestro aquella mañana, sino tres sicarios. Allí mismo habrían destruido aquella pieza tan molesta como inservible a su juego. Pero ellos eran en realidad servidores; cada día, cada hora que pasaba estaban descubriéndolo... Servidores seducidos por la idea de tener por debajo otros a quienes dominar, sangrar, dañar, olvidando así la evidencia de su propia condición de fámulos. Por eso no había razón para temerles... todavía: esta visita era el ferrete con el que su amo imprimía en su cuerpos el fuego de su esclavitud.

La puerta se abrió de golpe, los tres hombres queriendo aparentar firmeza.

—Pasad —dijo Leb escueto—. La puerta está abierta.

Por un instante el señor de Ranza, el de Asor y el de Ednok se apretujaron en el

vano de la entrada, ridículos y maliciosos. Pareció que quisieran hallar calor en la apretura de sus cuerpos; la verdad era que cada uno de ellos había querido ser el primero en cruzar el umbral. Ranza, bajo y menudo, el pelo y el corto bigote negros, con sus ojillos de topo brillando de insinceridad y un hocico que se encogía como el de una rata cuando reía royendo desprecio y odio, logró zafarse de los otros dos y alcanzar primero el interior. Asor lo siguió, más alto, incomparablemente más gordo, la avidez convertida en insaciable obesidad, la cobardía hecha fuerza en el holocausto de toda forma de escrúpulo. Finalmente entró Ednok, alto, esbelto, elegante, aparentando distancia e indiferencia. Permanecieron de pie, junto a la puerta, vestidos de negro y de agua.

Leb los contempló desde su silla de trabajo, en silencio, sin invitarles a sentarse o desanimarles a hacerlo. Si no lo habían sospechado antes, en aquel momento los tres nobles supieron que su visita sería inútil; pero Ranza supo también que en cuanto humease en el calor de su discurso, acaso no convenciera al hombre del desierto, pero con toda seguridad se convencería a sí mismo de los argumentos que había venido a exponer y que ahora, en aquella situación, le parecían de pronto tan ridículos como él mismo. Simuló una confianza en sí que no tenía y se sentó en una silla de tijera frente a Leb.

—Los Tauris han traicionado el reino —siseó arrugando el hocico en una mueca extraña que quizás también era risa; lo dijo como confiando un monstruoso secreto.

—¿Por eso, entonces...? —susurró Leb en respuesta, con una expresión magistralmente boba.

—Sí —respondió Ranza definitivo.

Asor y Ednok se animaron entonces a acercarse, tomaron cada uno una silla y se sentaron flanqueando a su portavoz.

—Esto va a cambiar —continuó Ranza sintiéndose ahora más apoyado y cayendo por unos instantes en la ilusión de que su discurso convencería a alguien más aparte de sí mismo—. Es necesario un cambio. Basta de robos, los Tauris nos han vendido. Basta de engaños, los Tauris nos han espiado. Basta de errores, los Tauris nos han debilitado. Basta de trampas, los Tauris nos han hecho creer que Brahma era el legítimo heredero, ¡ese bastardo! El pueblo nos quiere, nos busca; los jefes militares están todos de nuestra parte; el clero, los escolarcas, nos adulan; el banco nos abre sus puertas... y la reina ha reconocido lo inevitable.

—¿Lo inevitable? —preguntó fláccidamente Leb.

—¡El cambio! —exclamó Ranza concluyente.

—¿Quién será rey, entonces? —repuso el maestro.

—¡¿Rey?! —jipió Ranza y arrugó el hocico en una sonrisa de asco, desprecio y odio, en minuciosa sucesión de todos los matices del espectro—. ¡Se ha acabado la realeza! Habrá un consejo de nobles presidido por un triunvirato de grandes figuras.

Mucho más justo. Y más democrático.

—A juzgar por el tamaño de las otras tres figuras, debéis de ser vos entonces el que se queda fuera de la presidencia —hirió Leb con una expresión algo menos boba.

Los tres hombres se miraron sin comprender. Por fin Ranza llegó a un asomo de percepción de lo que había pretendido insinuar aquel bárbaro frente a ellos con semejante sarcasmo estúpido.

—En efecto, Elva, Asor y Ednok serán los triunviros —respondió condescendiente—. Los demás aconsejamos... y acatamos.

—¿Y vos, señor... os sacrificaréis de este modo?

—Sólo me importa el bien de la nación.

—Comprendo. ¿Y el señor de Olpán, ayer mismo proclamado visir del reino?

Ranza arrugó su mueca roedora y acompañó el final de las palabras de Leb con risa atiplada y venenosa. Destilaban sus ojillos vivaces una repugnancia infinita.

—Nuestro ilustre amigo Chur es imprescindible en este momento de transición.

—¿Y que queréis de mí? —preguntó entonces Leb incorporándose, caminando hasta la ventana; mirando la lluvia, mirando el río, observándolos con superior indiferencia.

Ranza se volvió hacia él, una rata, pero también una serpiente. Todo en Ranza era animal, hasta la inteligencia. De intelecto real carecía, pero la voz de sus ambiciones había generado, en el calor de su ansiedad, una habilidad peligrosa, y había mimetizado bien el discurso de la razón.

—Dejad de disimular —exigió—. Sois una autoridad, y además... sois el hermano de Elva. Esta frase le dolió al hombre del desierto como la picadura de un escorpión, pero disimuló su aturdimiento volviéndose de nuevo hacia la ventana, contemplando el Deva gris. Así que era verdad...;y debía hallar la confirmación a su viejo presentimiento en las palabras de un extraño!

Leb había perdido todo contacto con su familia a los diez años; llegó a Eben en el treinta y, poco después, arribó del desierto en una cuerda de esclavos aquella que, comprada por un noble de la capital, estaba destinada a convertirse en su señora absoluta. Cuando la estrella de Olpán, deslucida desde el final del nuevo imperio, empezó a refulgir, no hubo en la ciudad quien dudase que era Elva la artífice del cambio: aunque poco sagaz para los negocios, la señora de Olpán era una implacable usurera. Fue entonces cuando Leb creyó reconocer, por diversos indicios internos y externos, a la hermana de la que el destino lo había separado cuarenta y cinco años atrás. No había ninguna razón para revelarse a ella o tratar de confirmar sus sospechas: el pasado, aquel pasado odioso y tremendo, estaba muerto para él y nada despertaba en su ser ese absurdo apego a la familia carnal. Pero Abdalsâr... también él era un heraldo del pasado, un heraldo ineludible. Desde que llegara a Eben, hacía de ello pocos meses, Leb sintió sobre su vida el aleteo de la tempestad y, cuando lo

reconoció, supo llegada la guerra: su propia guerra contra la garra extendida del pasado negro que no se resigna a perder su presa; esa garra que uno podrá acaso destruir, pero de la que ya no puede seguir huyendo porque ha llegado esa hora de su vida en que la aniquilación de lo pretérito es la puerta del porvenir. Comenzado el juego de su enemigo, Leb no podía cobijar muchas esperanzas de que el pasado que había intentado ocultar a los ojos de sus conciudadanos siguiese siendo, por mucho tiempo, aquella página traviesamente en blanco que cada cual colmaba con las imágenes de un cuento, una leyenda o un mito, según los vuelos de su imaginación. El pasado iría destilando ahora hacia la luz a medida que a su rival le conviniera, y la página se llenaría de noticias interesadas y sombrías: ¿quién sería capaz de ver a través de ellas su oculta verdad, la lucha de un alma a la que Dios le ha dado, en el instante de nacer, heces, tiniebla y cieno por materiales de trabajo? El pasado, sí, no *su pasado*... Porque él había pagado por su renacer, y a través del dolor había llegado a merecer un nombre redimido, que era a la vez una persona y un destino nuevos.

—Gracias a Dios —repuso Leb al fin, tornando a mirar a sus interlocutores con fría dignidad—, es un hecho muy poco conocido.

—Podría llegar a serlo más, maestro Leb —graznó Asor.

—Podría, cierto... —condescendió el hombre de las arenas—. También por la gracia de Dios.

—¡Basta de juegos, señor de Merkhubâl! —exclamó Ranza inapelable—. ¿Qué sería del prestigio del que gozáis en vuestro círculo, si se supiese cuál es vuestro origen, cuál vuestro parentesco? Sois nuestro aliado natural. Escuchad, hay acreedores de vuestro padre en el desierto que aún buscan a algún descendiente del viejo sheik al que exprimir. Como bien sabéis, los príncipes beduinos no perdonan las deudas ni hasta la décima generación.

—Me parece excelente, señor Ranza —respondió Leb—, pero esos memoriosos individuos sacarán más leche si ordeñan a Elva que a un hombre pobre. Tened esto también en cuenta. Pero... mirad, soy una persona torpe y lenta de reflejos, y todavía no he entendido qué es lo que queréis de mí, con qué me amenazáis o qué me ofrecéis a cambio de mi ayuda. Señor Ednok, vos tenéis fama de ser más claro y directo, y de no perderos en los circunloquios y discursos incendiarios de Ranza. Os lo ruego, ¿podrías explicármelo vos?

Ednok miró a Ranza de reojo y se puso en pie como un muñeco hinchado de pronto por la adulación. Ranza sonrió con aceptación asesina.

—Es sencillo —dijo el hombre con voz grave y distante—. Vos tenéis una indudable influencia sobre muchos de los jóvenes de la capital. Se dice que los más válidos. Como sabéis, los jóvenes son especialmente receptivos a las palabras malintencionadas. Vos...

—¡Oh! Se trata sólo de eso —interrumpió Leb jovial—. Podéis estar tranquilos,

señores, puedo aseguraros que la mala intención no forma parte en absoluto de mi vida anímica.

Ednok sonrió complacido. Hizo el gesto de volver a sentarse, pero Ranza y Asor lo contemplaban de tal forma que lo habrían abrasado si sus ojos hubiesen sido soles y rayos sus miradas, de lo que estaban muy, muy lejos.

—Pero entonces —añadió Leb paseando sus ojos de unos a otros como sorprendido—, ¿me ocultáis algo todavía, señor Ednok? Parece que vuestros amigos no acaban de estar satisfechos con nuestro diálogo. ¿Queréis probar vos, señor Asor?

—Hay algo más —urajeó Asor—. Un apoyo decidido. Eso es. Un apoyo decidido nos libraría de muchos problemas, de muchos desórdenes.

Leb contempló a Ranza con una fingida hipérbole del pasmo.

—Así pues, no es cierto que el pueblo os busca, que el reino entero os espera con los brazos abiertos.

Ranza contempló a Asor con la hoz de una sonrisa fulgurando maligna en su rostro ratesco.

—El señor de Asor —repuso— se refiere sin duda a los jóvenes. Ya os ha dicho Ednok que son tumultuosos.

—Si se trata de eso —respondió Leb—, ya os lo he dicho yo también: podéis estar tranquilos. No incitaré a mis jóvenes a ninguna revuelta aventurera, aunque creo sinceramente que exageráis mi influencia y sus capacidades.

Los tres se miraban sin saber cómo continuar. Pero ahora era el momento de atacar para Leb. Había sido fácil dominarlos hasta este momento porque ellos venían con la orden de convertirlo en un aliado, objetivo que sólo su propia estupidez podría haberse representado como posible y con cuyo cumplimiento, ciertamente, no contaba el poder que los usaba como delegados. En una misión semejante en la que no podían hacer uso ni de la humillación ni de una amenaza demasiado descarnada, sus armas de convicción predilectas y con las que sí habían desarrollado una indiscutible habilidad, se sentían titubeantes, perdidos y no era difícil hacerlos trastabillar. Además, el hombre que habían venido a ganar para su causa pertenecía a un tipo humano que no comprendían: para ellos comprender a un hombre significaba conocer sus debilidades y manejarlo a través de ellas, y las debilidades eran siempre las mismas en todos los individuos, aunque variaran los matices y las proporciones en la constitución de las diferencias personales. Para ellos, la individualidad era una configuración particular de las comunes debilidades humanas; eran de los que piensan que el hombre será siempre igual y que al mundo nunca lo cambiará nada. Cuando esas debilidades no eran evidentes en la superficie de una persona, pensaban de inmediato en su hipocresía, en la que eran maestros probados; pero cuando no resultaban capaces de desenmascarar al hipócrita, y con Leb lo habían intentado en diversas ocasiones a lo largo de muchos años, se sentían amenazados en su propia

concepción del mundo y de la humanidad. Y esto les enfurecía.

Ahora estaban al borde de la ira y, aunque Leb pensaba que esta podía ser un espectáculo inocuo y hasta entretenido, no quería perder el tiempo: por el contrario, le era imprescindible ganarlo. Conociendo a Elva y a Abdalsâr, y a ambos los conocía bien, sabía que su estrategia seguiría las tres etapas clásicas: seducción, amenaza y aniquilación, haciendo el triunfo de cualquiera de las dos primeras innecesarias las siguientes. Si permitía que aquellos artificieros de la primera alcanzasen el punto de furente ebullición, entrarían espontánea e inevitablemente en la segunda, la de los espumarajos y amenazas, y él vería acortado el tiempo del que disponía para su acción.

Se volvió hacia la ventana, ignorándolos. Había sido un gesto espontáneo, pero vio de pronto una barcaza atracando algo más al Sur del puerto, bajo la intensa lluvia y a pesar de las dificultades en que la ponía la corriente. Soltó una recua de extraños obreros bajo la muralla de la ciudad, más allá de la cual se alzaba la ciudadela.

«Así, que ha empezado también esto» —se dijo.

Pero sería más tarde cuando atendiese a esta cuestión. Ahora proyectó una sensación de incomodidad sobre sus huéspedes con una sugerencia molesta como un tábano: «¡Vámonos!».

No era difícil hacerlo, porque en aquellos hombres lo único verdaderamente individual era la composición de sus elementos y el nombre, todo lo demás pertenecía a las diferentes dimensiones de la materia universal, de la que no eran más que fragmentos heteróclitos precipitados en una carcasa humanoide. Para que una circunferencia reconozca su espacio interior del exterior debe estar cerrada. Ellos no lo estaban y por ello mismo considerarían propia cualquier inducción que les llegase a través del magma invisible de las cosas, ese espacio sutil y esas fuerzas ocultas que vinculan secretamente todo lo existente, y de las que ellos, por supuesto, descreían con toda su insabida y pretenciosa vulnerabilidad.

Como tocados de pronto por una sana intuición, los tres se levantaron y se despidieron con un trío de palabras definitivas:

—¡Nos vamos. Volveremos!

Leb los vio marchar desde su ventana, cruzando de nuevo el barrio de pescadores hacia el puerto, bajo el temporal. En el muelle les esperaba su barco zozobrante y en la otra orilla aguardaban sus informes. Mirándolos, a Leb no le cupo ninguna duda de que el mundo estaría un día gobernado por semejantes figuras. Con alguno de sus arcanos propósitos, la Naturaleza estaba trabajando en serio, ardua y minuciosamente, en estos tipos humanos; un día pondría en sus manos el gobierno de las naciones, heraldos de la decrepitud, portadores de la mediocridad y demiurgos del absurdo. Con ellos la humanidad descendería hasta sus escalones más bajos, más bajos aun y más míseros que con Sarkón el Abominable. Y con ello le llegaría también la

oportunidad, minúscula y casi invisible entonces, de transformarse desde su propio pedestal de divinidad de barro, de conjurar las peores posibilidades de su destino y vencerlas... o fracasar para siempre y de modo insalvable. Todo ello arribaría, y lo que hasta ahora había sido un mero indicio en cada época daría color a toda una era.

Lejos de desanimarlo, este presentimiento le resultaba estimulante: había que preparar al hombre (a unos pocos hombres) para descender a los abismos sabiendo cómo retornar a la luz del día.

PARTE SEGUNDA

Lo fascinante del lenguaje poético (y entiendo aquí «poético» como un grado intenso de «literario») es que es a un mismo tiempo tremendamente preciso y tremendamente evocador. Causas o consecuencias, o causas y consecuencias, de estas dos dimensiones fundamentales de la Lengua Poética son los tres grandes aspectos que, en un grado u otro, se manifiestan siempre en ella: Conocimiento, Fuerza y Belleza. En efecto, la Palabra Poética es a la vez iluminadora, transformadora y recreadora, y estos tres poderes de iluminación, transformación y recreación derivados respectivamente del Conocimiento, Fuerza y Belleza que ensalman la Palabra Poética, a un mismo tiempo corren por esa savia del Verbo Poético que es su música, fulguran en ese cuerpo del Verbo Poético que es la imagen por él evocada e irradian desde esa alma profunda del Verbo Poético que es la Verdad en él encarnada. Es evidente, por tanto, que en el uso del Lenguaje Poético nos hallamos en otro nivel de comunicación y de percepción, es decir, en otro nivel de Consciencia, un nivel de Consciencia más alto, más intuitivo, más comprensivo, más luminoso y enriquecedor. En comparación con su resplandor solar, el habla coloquial es un crepúsculo caliginoso; en comparación con su frescura, el habla coloquial es pegajosa humedad; en comparación con su ritmo exaltado, el habla coloquial es opaca somnolencia cegando con sus pardos cortinajes la mente del mortal. El habla coloquial depende de los instrumentos expresivos de los que espontáneamente puede servirse el hombre; el lenguaje poético sólo se alcanza por la Gracia o el esfuerzo. Sin embargo, no quiere ello decir que el natural sea el primero; por el contrario, el lenguaje coloquial es un artificio pergeñado por la consciencia obscurecida del mortal para fines prácticos e inmediatos. Cuando uno se eleva al estado de consciencia que despierta nuestros instrumentos expresivos esenciales y el Verbo Poético fluye con la espontaneidad y feracidad de los siete ríos místicos, comprende entonces que el Verbo Poético es la lengua materna de nuestra Naturaleza Divina. Mediante ella, el vate o bardo o kavi inspirado no sólo es capaz de embellecer el mundo e iluminarlo, sino también de recrearlo como un dios.

Leb Imôl-Merkhu, Tratado de Alquimiología



abía pasado la tarde trabajando en su poema y, milagrosamente, nadie había venido a molestarlo. Una tarde concentrado en su tarea y solitario era un don del que hacía tiempo que no disfrutaba, y la aprovechó al máximo, alargando las horas más allá del crepúsculo. Los versos fluyeron con gracia y sin interrupción desde el primer momento dejando al poeta satisfecho y turbado. La inspiración, que tantas veces había sido para él un tormento, era en su alma esta tarde una tormenta y el escritor sentía la dicha misteriosa del paso de su obra a través de él en una irrupción de luz sonora. El ritmo brotaba espontáneamente de las frases e imágenes que iba hilando, como si estas fuesen agua de lluvia musicándose al contacto con la tierra o cayesen sin otra mediación en un molde matemático de perfectas cadencias. Leb se sentía no taumaturgo, no hacedor, sino testigo de una manifestación mística y, mientras los versos descendían como arcángeles al momento creador, destinos de hombres y grupos y naciones se entrelazaban en la urdimbre de una historia épica. Acciones seguían a acciones en estallidos de imprevistas consecuencias; personajes sorprendían al poeta con una sabiduría impredecible en sus labios, con actos incalculables, con una insospechada belleza; nuevos paisajes brotaban cuando el ojo de su imaginación caía en los ya conocidos con voluntad de organizar el espacio. Y el poeta contemplaba con dicha y con espanto aquel vórtex definitivo hacia el que todos los hilos de la historia iban, fatalmente, convergiendo.

Cayó de pronto en la cuenta de que la luz era insuficiente para seguir escribiendo. Hacía rato que debía acercar mucho sus ojos a la tablilla para ver, pero ya no hacía en ella más que furiosos garabatos. Mañana, cuando la intensidad de la Visión hubiese pasado, ¿quién entendería aquellas líneas, siendo él el primero al que le costaba descifrar su propia letra una vez escarabajada? Cesó, no cansado sino exaltado. Con la ventana abierta de par en par y una brisa fresca jugando con la llama de la vela sobre su mesa, respiró hondo, respiró el Deva y el Cinturón Fértil y el desierto, respiró el mundo. El barrio de pescadores estaba oscuro y sólo un fanal resplandecía

en el puerto. No llegaba más ruido que el de las aguas del río y una cantinela lejana de algún barquero que atravesaba la corriente. La luna seguía deshojándose, pero aún efundía una intensidad de plata.

Era el momento de ocuparse del grupo de obreros que había desembarcado al Sur de la ciudad en los últimos momentos de su conversación con las tres nobles marionetas, acuciados por la lluvia o acaso protegidos por ella. No le cabía duda de que a estas horas estarían trabajando, de que trabajarían ya sin cesar, un grupo tras otro, un grupo tras otro, hasta que hallasen a través de la tierra su senda de gusanos hacia las puertas de la cripta del Rey. No intentarían un descenso directo a la cámara a través del techo de la bóveda, pues demasiado bien sabía Abdalsâr que los picos no vencerían la magia de las piedras y que sólo mediante las Llaves podrían acceder a los tesoros ocultos del Don, pero estas se hallaban ya en su poder y los trabajos avanzarían rápidamente en ausencia de todo otro impedimento terrenal. Era necesario, pues, artistar un impedimento supraterráneo.

Leb se sentó en su silla predilecta, relajó sus miembros, se concentró en su pecho. Notó enseguida una especial densidad alrededor del cuerpo y su consciencia emergió de la inercia de su carne a esta nueva densidad luminosa y vibrante del aire. Contempló su carcasa vacía con una mezcla de cariño y desapego, como un ave la jaula que la cobija y apresa, y la protegió con un aura de balsámica luz diamante. Veía el interior de su morada prácticamente igual a como era en la realidad de su vigilia, y ello significaba que desde sus últimas experiencias había empezado a dominar los estratos más densos de su cuerpo sutil. No imaginaba dónde habría empezado a cavar aquel escuadrón de obreros, pero había algo que podía llevarlo hasta allí: el recuerdo de una vibración que le era terriblemente conocida. Era peligroso, muy peligroso en realidad, pero era la forma más rápida de actuar. Evocó el recuerdo. Su memoria se colmó de obscuridad y fuego. Dio un paso hacia la pared, que se transformó en una espesa cortina de niebla; la obscuridad se conformó entonces en unos ojos, un rostro, una imagen que había sido entrenado a temer, y el fuego la rodeó en un nimbo de horror pasado. Atravesó la cortina de niebla. Ruido de picos golpeó su consciencia y el sonido desgarrador de palabras en *mâurya*. Allí estaba el hombre; no, el titán. Y Leb pasó junto a él como una brisa fría. Abdalsâr la percibió y se volvió afilando su mirada oculta, pero en aquel mismo momento una roca se desprendió del techo, quebrantó una de las vigas de la improvisada mina y aplastó a dos obreros; uno murió al instante bajo la masa pétreo, el otro quedó atrapado por sus piernas y estas fundidas con la tierra. Gritos en *mâurya* arreciaron, maldiciones y palabras terríficas. Abdalsâr debió concentrar toda su energía en dominar una situación que podía escapársele de las manos. No había reclutado esclavos para esta tarea, sino iniciados en los misterios que él mismo había instituido en las profundidades del desierto, poco después de la Segunda Conflagración. No

eran esclavos y, aunque los trataba con la dureza de un jefe militar, les debía la protección de un maestro. Bramó palabras de disciplina que ahogaron todo otro ruido. Se acercó al hombre inmobilizado por la roca, que sudaba copiosamente y temblaba en medio de un círculo de antorchas. Se agachó sobre él hasta que sus labios rozaron el lóbulo de la oreja del mutilado. En susurros le preguntó si quería vivir como una bestia. El hombre movió violentamente la cabeza y gimió. Abdalsâr se incorporó apartando la vista de él con indiferencia altiva. Sólo cuando volvió a rugir sus órdenes, los obreros descubrieron la daga ensangrentada en su mano derecha y al hombre sin piernas abrazar la roca en un gesto de entrega mortal, mientras su cabeza desprendida rodaba por el suelo con su mueca de espanto y liberación. La piedra fue apartada entonces, se cavó para los muertos una fosa y se les cubrió con tierra. Después, los diez picos volvieron a su primer trabajo.

Abdalsâr odió haber perdido dos hombres de aquella manera, no sólo porque esto haría más lento el trabajo, sino porque había elegido aquel grupo entre los mejores de sus iniciados. Las profundidades del desierto siempre habían sido receptivas al mensaje de Maurehed, a los misterios de la Cabeza Negra. Allí los hombres eran feroces como tormentas de arena y el infierno no era un vano temor de ultratumba sino una experiencia constante, innegable: la tierra misma les ofrecía el signo de que si Dios existía, era una odiosa burla. Allí, el alma no vacilaba entre dos poderes extremos: se sentía abandonada por el Cielo, ajena a las Alturas, una hija y una sierva de la Obscuridad, el Dolor, la Escasez. Sabía que su prisión no la abandonaría nunca, y que cualquiera de los dones del universo que quisiera disfrutar debería tomarlo por rapiña, con ayuda de sus propios Dueños oscuros y contra los amos divinos del mundo, que con desdén la contemplaban desde sus celestes moradas cristalinas. Durante cientos de años tribus de aquellas latitudes se reconocieron vasallas de uno u otro de los Señores Negros. Krissa, la reina-maga, fundó allí su monarquía, que fue devastada durante la Segunda Conflagración. Abdalsâr no hizo sino cultivar un terreno que ya había sido preparado minuciosamente, y abonado con el estiércol y la ira de los siglos. A su gesto acudieron los moradores de las arenas inflamadas, restos de tribus fieras devastadas por guerras, plagas y hambrunas, dueños sólo de su desesperación y engañando su sed con la angostura del odio. Abdalsâr reunió unos miles, seleccionó a unos cientos para sus misterios, sólo a unos pocos inició en los grados superiores de su conocimiento. En un volcán apagado creó su fortaleza. Sus hombres trabajaron como termitas cavando túneles, construyendo cámaras, cisternas, trazando caminos en la montaña y provocando sifones para el ascenso del agua de la poderosa corriente subterránea que circundaba las raíces del coloso de fuego. En el calor de aquel trabajo incalculable nació un férreo espíritu de grupo y la vida de aquellos hombres, poco antes meros despojos humanos, conquistó una dirección y un sentido: el precio pagado fue la sumisión a la mano tremenda de Abdalsâr, que

aquellos conocieron como Belguresh, el Señor de la Montaña de Fuego. El fuego no brotó ya más; las hondas meditaciones de Belguresh en la base del monte le hicieron dueño del espíritu del volcán y este no volvería a desatar su ira sin la voluntad del amo de su ira.

Ahora como entonces, casi cuarenta años después, los picos volvían a violar la noche telúrica. Trabajaban rápidos y eficaces, con un ritmo incansable y poderoso, abriendo un camino en la densa materia para la ignívora ambición del titán. En aquel entonces, Abdalsâr había gobernado no hombres, sino gusanos; ahora estaba diabólicamente orgulloso de sus creaciones y contemplaba en todos ellos, mientras veía expandirse y contraerse las espaldas como grandes alas carnosas de saurios voladores, la marca de su iniciación brillantada por el sudor acre.

Había, en aquella región profunda del desierto, un escorpión gigante al que llamaban *nurtan*. Los ejemplares más pequeños medían entre uno y dos pies de largo, pero las hembras más viejas llegaban hasta cinco sin contar el aguijón, que se rizaba sobre ellas acorazado por impenetrables placas de color naranja, rápido como un látigo y acabado en una punta fuerte y deletérea como la moharra de una lanza emponzoñada. Para un hombre, la picadura del *nurtan* era la muerte instantánea, pero Abdalsâr descubrió el modo de vencer el veneno y servirse de él. Una vez inoculado, este no desaparecía nunca, como tampoco llegaba jamás a desvanecerse del todo el dolor de la picadura. Pero uno y otro podían ser sometidos por medio de una ascesis infinita, de una voluntad inconquistable. El veneno se transformaba entonces en una presencia constante de la muerte en el cuerpo, pero la muerte era un aliado y otorgaba a su huésped visiones reveladoras en unos casos o incendiaba ciertos estados de la ira con una fuerza sobrehumana. También podía matarlo si, perdiendo el dominio de sí mismo, traicionaba el pacto sagrado con aquella presencia definitiva. Pero el iniciado aceptaba sin miedo la compañía de la muerte, ¿no era mejor verle el rostro, percibir su hálito, merecer sus dones, responder con invencible autodomínio a sus exigencias inexorables que temerla y soportarla oculta tras las máscaras falaces de la vida? El signo de la iniciación era la picadura del *nurtan*, un volcán de carne dolorida en el cuerpo del adepto, a veces del tamaño del puño de un niño pequeño. Durante los primeros días, el dolor era un infierno; pasaban luego meses en que la carne se resentía como herida por un dardo reciente; luego quedaba una estela de dolor, más o menos intenso según la víctima o según su momento, recuerdo permanente de la impiedad de la vida. Los iniciados tomaban el nombre del escorpión y de su dolor estaban fieramente orgullosos.

No solamente Abdalsâr observaba las espaldas y antebrazos marcados por el *nurtan*, y el avance trepidante del trabajo. También Leb, invisible para los ojos mortales pero situado a espaldas de Abdalsâr, contemplaba los hombres y el esfuerzo concentrado de su activa mística oscura. Se daba cuenta ahora de su error de

cálculo. Este pequeño grupo le revelaba muchas cosas; en primer lugar, que Abdalsâr actuaba en secreto y que nada sabían los nobles de estas excavaciones. Sin duda, estos carecían ya del poder para impedir las o para aprovecharse de ellas, pero no era esta la cuestión: tanto mejor manejaría Abdalsâr a sus marionetas cuanto mejor pudiesen estas ocultarse a sí mismas que lo eran. En segundo lugar, Leb comprendía que Abdalsâr tenía prisa por hallar los tesoros del Don. Podía haber esperado a que el reino estuviese en manos de los nobles, los nobles en manos de Elva y Elva, declaradamente, en sus propias manos; las excavaciones habrían sido entonces seguras, abiertas y habría podido emplear recuas de esclavos en ellas. Esta premura indicaba que Abdalsâr no estaba dispuesto a confiar totalmente en el éxito de la conspiración para satisfacer su mayor anhelo: violar los secretos de Ban. Y esta grieta en la confianza la había producido, con toda seguridad, la huida de los Belinor y la imposibilidad, por lo menos momentánea, de obtener el dinero de su banco. A Leb no le cabía duda de que a Vrik, hasta cierto punto, le habían permitido escapar; Abdalsâr querría conocer las capacidades y los límites del muchacho, quizás para llevárselo a su santuario y hacer de él un *nurtan*, pero habría esperado recuperarlo pronto, más manso o más desesperado por su frustrada huida. Sin embargo, la desaparición del viejo Baar ante los ojos de sus secretos vigilantes había sido una operación maestra de las Órdenes. El oro, la plata y las joyas que había en las arcas del banco, algo menos de los dos mil talentos exigidos por Abdalsâr, se desvanecieron con él, y la falta del dinero haría ahora a los nobles más pusilánimes o, por lo menos, más lentos y cautelosos sus actos. Habían ganado las guarniciones del desierto, Assur y Naor, era verdad, pero aún faltaban Ôrkan y Loth en el Swar, e Ishkâin en el Sur; haría falta llevar tropas allí, pagar sobornos, y dadas las limitaciones del tesoro real así como la poca disposición de los nobles a arriesgar sus fortunas, todo ello sería difícil sin la plata inmediata de Belinor.

Pero aún algo más le revelaba a Leb la presencia de aquel pequeño grupo en las entrañas de la ciudadela: la envergadura de la acción que Abdalsâr, y a través de él los Electos Negros, estaban emprendiendo. Abdalsâr ansiaba los tesoros de la cripta hasta el punto de arriesgar en la aventura los elementos más preciados de su ejército. Aquellos diez hombres valían cien de la guardia real ebénida. Con cincuenta, Abdalsâr podía someter la capital y con quinientos todo el reino. Pero hacerlos combatir a la luz del día sería despertar el contrataque furioso de las Órdenes antes de que el arma más valiosa y definitiva de los Electos Negros, cultivada en el mayor de los secretos, estuviese completa y perfeccionada, preparada para la conquista de todo el antiguo imperio. En realidad, la existencia del volcán perdido en el desierto no era desconocida por las Órdenes, pero los únicos que habían logrado violar sus misterios, Belias y Lib-Yummum, pagaron su hazaña con la vida. Y de los esbirros de Abdalsâr, los hombres-escorpión iniciados por él, sólo uno le había traicionado, sólo uno había

huido del volcán y vivido para ocultarlo. Hacía de ello un poco más de treinta años.

Ahora estaba a sus espaldas, inmóvil, invisible, observándolo.

A Leb la presencia de Abdalsâr en el túnel le impedía actuar. Esto era, al fin y al cabo, lo que justificaba que el Electo Negro estuviese allí, vigilando la labor de sus obreros. Se decía que las piedras de la cripta se protegían a sí mismas con sortilegios antiguos: Abdalsâr era la fuerza que podía destejerlos. Y el poder de Abdalsâr había crecido en las últimas décadas, esto le resultaba a Leb indudable. Su aura era oscura, pero compacta, coherente, sensible, absorbente; un imán irradiando las ondas seductoras de un fatal magnetismo, capaz de atrapar hombres o pensamientos, o de cazar los negros eventos que flotan en los dominios sutiles del Tiempo y coagularlos en sucesos terribles. No, Abdalsâr no era un ser despreciable, sino un enemigo admirable, magnífico, un hombre alzado a la magnitud del titán por su entrega absoluta al Poder primordial de la Sombra. Abdalsâr, Belguresh, Wárkatar Tamúshankú, eran algunos de los nombres que sus secuaces habían aprendido a temer tanto como sus enemigos; pero pocos sabían que Dhanda, *Castigo*, era su nombre iniciático, el título que Maurehed Cabeza Negra le diera cuando penetró con sus ojos sombríos el porvenir aún enmadejado de su discípulo en un éxtasis de torva visión oculta.

Leb no podía seguir allí más tiempo. Debía retornar a la protección de su cuerpo o ascender a una dimensión a la que Abdalsâr no tuviese acceso para actuar desde allí, arriesgándose así a un resultado lejano e incierto. Demasiado bien sabía que sin el accidente que mató a dos de los *nurtan*, habría sido una presa fácil para el Electo Negro. Leb había aprovechado esta circunstancia para deslizar una incitación al olvido en la mente de Abdalsâr y este, aunque había percibido la llegada de una entidad extraña al túnel, no había dado muestras después de querer ocuparse de ella. Pero el ingenuo truco de Leb no podía tener efectos muy duraderos en el gran Iniciado. Ahora debía actuar con rapidez y hacer lo único que todavía estaba a su alcance: localizar la entrada del túnel en la superficie de la ciudadela.

Pero apenas quiso moverse, Leb descubrió que no podía hacerlo. Miró al suelo y vio una serpiente de oscuros tornasoles anudarse a sus pies, sus tobillos, sus rodillas, sus muslos, en la danza de su ascenso espiral. Alzó la cabeza y otra serpiente cayó sobre él, roja y triste como el carbunco; enlazó su cuello, ató sus brazos, estrujó su cintura, tapó su boca con la flexible viscosidad de su ancho cuerpo. Abdalsâr se volvió lentamente hacia él, con una mueca fiera en sus labios. Ahora podía matarlo con los ojos, fustigándolo con un rayo de su cólera. Pero se contentó con mirarlo y, mientras lo contemplaba, nuevas serpientes, materializaciones de la propia energía vital del Electo, fueron llegando a él, sujetándolo, envolviéndolo, oprimiéndolo en una cárcel viva de adujas innumerables.

El ruido de los picos era lejano. El túnel estaba a punto de desvanecerse y Leb

recordó el terror que lo había educado en el volcán con esa viveza que trae a veces de su tumba el pasado. Un poco más y el vínculo que lo unía a su cuerpo físico quedaría destrozado, la carne muerta en su morada y Leb exiliado en la orilla gélida de las ingravidas formas espectrales. Dominó el terror y se impuso calma. No podía hacer otra cosa más que morir dignamente, bellamente, y buscó una palabra, una frase, un verso que lo acompañara en el tránsito. En su memoria resonaron las últimas líneas de su poema épico, y con la voz solitaria del otro mundo cantó:

Diamante es el rayo que salva y que mata llegando de Ti, oh Madre de Fuerza, Verdad y Espanto.

Y su música le colmó de una última y salvaje alegría.

XVI



l Portal de Aurobántur. Recordaba aquella tarde lejana en que Dión reveló a los miembros del Consejo de Dyesäär el secreto del Portal: el Deva podía remontarse hasta su fuente, y las cataratas de Ishkáin, inmensas, soberbias, brutales, eran en realidad una puerta al alma oculta del río, subterránea y misteriosa. Eso dijo el príncipe eterio sorprendiendo la memoria y la experiencia milenarias de los Señores del Mar. Mándos no era rey entonces ni alimentaba sueños de serlo. İlahur, su padre, era el monarca, el primer Señor del Mar que portó corona, y después de él la soportó İleh el Grande, hermano mayor de Mándos. Esos primeros reyes habían partido ya, y ahora él seguía su estela desvanecida al otro mundo.

La nave se movía por la fuerza de los remos y el agua era atronadora. Se acercaban al hervor del río y una espuma de violento blanco los cercaba. Un orvallo finísimo adiamantaba el aire y los rayos del sol estallaban en él sus colores. El barco se deslizaba bajo una arquitectura de arcos iris como por una profunda bóveda luminosa. Algo más allá, el río se arrojaba de la altura precipitándose como un tigre.

Al contemplar a Dión en la proa de la nave, Mándos halló en su memoria una de esas posesiones intrascendentes que de modo incomprensible se hurtan al olvido: el príncipe eterio vestía hoy como aquella tarde remota frente al Consejo: la diadema de gemas azules y verdes con el leviatán de platino y rubíes empinado en su frente, una túnica azul celeste hasta las rodillas y pantalones del mismo color, un cinturón dorado, y la piel blanca y fina de sus pies por calzado. Su larga cabellera rubia era otra cascada sobre sus hombros. Dión alzó los brazos y habló en el *eterio* desconocido; el río le respondió con furor. La nave avanzó hacia la corriente desmontañada, hacia el centro preciso en que el martillo de agua golpeaba el yunque de las aguas; y Mándos pensó, como aquella otra tarde en que los navíos de Dyesäär atravesaron el Portal en su viaje a la batalla, hacía cuarenta años ya, que el golpe monstruoso del Deva los sepultaría. Su corazón aleteó y la emoción le saturó el pecho. El barco avanzaba ya a través de los chorros ensordecedores de diamante y ni

una gota lo castigaba. Elevó la mirada y vio las aguas partirse en la bóveda de arcos iris que los techaba, como las guedejas de una melena cristalina a los lados de una cabeza gigante. Miró atrás: el mundo era agua. Miró adelante: el mundo era silencio y sombras y plenitud. La llave del Portal se había materializado en las palabras de Dión y el río los aceptaba a sus arcanos.

Grandes fanales fueron prendidos en la proa y los costados del barco. El Deva avanzaba mudo y con tanta lentitud hacia Dyesäär que se diría quieto como un lago. Sólo los remos, su ritmo en el agua, y el eco reverberando en la profundidad. Mándos y Dión callaban, sobrecogidos por el momento, inmóviles bajo un cielo de piedra; y el barco se movía como sobre una alhombra de resplandores que despertaba las aguas a un azul turquesa, sereno y sin mácula.

—Cruzamos veloces el Portal hace cuarenta años —susurró Dión junto a Mándos—, perdiéndonos muchos misterios.

—Nos esperaba la batalla, impostergable —respondió Mándos—. Pero abandonar estas profundidades fue desgarrador. Como el nacer. Hay aquí... —titubeó.

—Un silencio vivo, una belleza sensible pero informe.

La voz de Dión era íntima y distante, parecía oída pero no pronunciada.

—Sí —agradeció Mándos—. Uno podría pasar aquí la vida, explorando, conociendo, y no la agotaría.

—No, no agotarías los arcanos del Portal, Mándos, hermano, ni con una vida tan larga como la de los *Rishis*.

Mándos suspiró, apartado un instante de la contemplación exterior para sentir el peso de sus sentimientos.

—No la quisiera para mí —respondió luego—. Estoy cansado de Mándos. Dión, calladamente, sonrió.

—Por eso necesitas morir, hermano.

—¿Qué es morir, hermano? —preguntó Mándos.

—Un cambio de ropas —contestó el príncipe eterio—. A menos que quieras que sea otra cosa.

—¿Qué?

—Oh, el mundo está lleno de seres efímeros para los que la muerte es en verdad morir.

—Pero sus almas... —repuso Mándos.

—Sus almas... Hay almas que aspiran a disolverse en la Nada Suprema aniquiladora. Y hay otras que no conservan todas sus máscaras. Pero la muerte está lejos todavía, Mándos, y tú entrarás en ella despierto como un Rey.

Mándos tornó a la contemplación de la gruta, hondo y sereno.

—No tenemos toda una vida —añadió el príncipe eterio—, pero te mostraré algunos de los arcanos del Portal.

A medida que el barco fue penetrando en la caverna, el tiempo humano dejó de tener sentido. Como si el hábito quedase cancelado en aquella atmósfera fabulosa, los hombres olvidaban su necesidad de comer y de reposo, el sueño no venía y el acto animal de la ingestión se les antojaba una profanación del lugar. Dión condescendió los dos primeros días pero, demasiado consciente de que la belleza y la fascinación también pueden matar al hombre, sugirió a su amigo y a su tripulación que permitiesen a la clepsidra de abordaje ordenar lo que en sus vidas ya no organizaba el hábito. Reluctantes, unos y otros aceptaron las razones del príncipe y desde entonces comieron, aunque poco y como con pudor solitario; durmieron, aunque doliéndoles perderse en el sueño o la inconsciencia.

Mándos revivió momentos pretéritos bajo cielos inconcebibles ofrecidos por la roca y pasaba las horas con la mirada fija en las alturas de la gruta. A veces daba la impresión de que la piedra se había hecho transparente y que raras estrellas brillaban más allá de un techo de cristal; otras, que el cielorraso había sido pintado como una capilla con los misterios de la Creación, o que era un redil de turgentes nubes petrificadas, o una inmensa losa de mármol con vetas largas, sinuosas como serpientes azules, o un jardín de cuarzo de muchos colores... o el espinazo de un leviatán que los hubiese devorado.

Cuando Mándos, en un éxtasis de contemplación, susurró esta última imagen al príncipe eterio, este sólo respondió:

—Ah, el leviatán.

Y durante un día entero no volvió a pronunciar palabra. Pero al cabo de ese tiempo, Mándos percibió que la nave derivaba a estribor y que dejaba el curso central del Deva para seguir algo semejante a un afluyente o una calle lateral. No preguntó la razón y permaneció expectante. No tardaron en alcanzar su otro extremo, que se abría a un circo magnífico de aguas inmóviles bajo una cúpula solemne.

—Mira —dijo únicamente Dión señalando más allá de la proa.

Mándos descubrió que las paredes y el techo reverberaban con luz propia, visos de oro y fulgores de color naranja. Pero vio algo más. Formas inmensas paseaban las aguas como vivas fortalezas de carne animal. Contó doce, tremebundas, atroces... tan calmas como el aire de la caverna.

—Leviatanes —murmuró aún incrédulo.

Bestias.

—Leviatanes —confirmó Dión mientras los remos seguían empujando la nave hacia las Mándos percibió que otros muchos dormitaban en el fondo del agua dorada, grandes como praderas. El barco rozó la piel acero de uno de los monstruos, que flotaba a estribor, y este, como un monje apenas distraído de su meditación, se apartó levemente y continuó su soñar despierto.

—Leviatanes —continuó Dión—. Este es su nido, acaso el último que les quede

en el mundo. Jamás atacarían a alguien que llegase hasta aquí, pues demasiado bien saben que no sería un enemigo. Desde aquí cruzan en uno u otro sentido el Deva, invisibles para los ojos mortales de este tiempo; descienden al mar, surcan océanos, y siempre retornan. Esperan, Mándos. Y esperarán todavía un milenio más, pues a su estirpe le corresponde cumplir la profecía de la redención.

—¿Y qué profecía es esa, hermano?

—Se dice que un leviatán preludió la caída del Don y que un leviatán anunciará su despertar.

—Símbolo y cuerpo de la Iniciación —murmuró Mándos—. Una figura atroz para la era de la Fuerza, para este ciclo de obscuridad que exige del hombre, más que cualquier otra cosa, coraje.

Minúsculo y desvalido, el barco se deslizaba entre las moles inmensas. El golpe casual de una cola, un movimiento brusco contra el casco, podían destrozarlo, pero los hombres no temían y los monstruos se apartaban abriéndoles paso mientras el leviatán de platino y rubí resplandecía en la diadema del príncipe como un talismán místico.

—Parecen —tornó Mándos— los vehículos carnales de almas soberbias que no hubiesen manifestado en este mundo sino sólo una parte de sí, su poder incalculable... y en una forma de inconsciente y brutal hermosura.

—Mira —le respondió Dión señalando el extremo opuesto del circo de agua y piedra, que se les mostraba a medida que los leviatanes despejaban la derrota de la nave.

Mándos pensó que sin duda aquel era el más grande. Los miraba de frente, despierto, inteligente, con ojos como incendios de gemas, y su piel era como la plata bruñida.

—Este es Og —anunció el eterio—, el primero de los leviatanes, el Guardián de la Profecía. Y alzando una mano en señal de respeto, asombro y veneración, Dión saludó al fenómeno y Mándos lo imitó. Y Og, levántandose sobre su cola en un equilibrio imposible y silencioso, idéntico al del leviatán de la diadema del príncipe, respondió a la admiración de los hombres.

Retornaron al curso principal del Deva por otros canales laterales, que atravesaban la caverna desprovistos de orillas, bajo bóvedas no tan altas y magníficas como las que ya conocían, aunque la mayoría de ellas, trabajadas por los antiguos Sumânoï, brillaban con luz propia. Entraban en una región en la que poco a poco se imponía el misterio de la tercera de las razas, la piedra hecha luz, lo que los alquimistas llamaban *abnur*. Pasó un día más y Dión ordenó entonces fondear el barco lo más cerca posible de la margen izquierda del río. Hicieron descender un esquife al agua y el príncipe, Mándos y dos miembros de la tripulación eteria se deslizaron sobre un fondo de arenilla dorada hasta la playa que formaba el río. Allí la

luz era escasa, azul oscura, y el grupo caminó con teas. La gigantesca pared de la gruta descendía, cóncava, a unas cincuenta yardas del agua, pero había en ella una abertura alta, en forma de uve, tan angosta por su parte inferior que sólo permitía de uno en uno el paso de los hombres. Dión encabezó la hilera y Mándos lo siguió. Marcharon por un pasillo largo y recto que discurría bajo un techo de estalactitas portentosas como lanzas, iluminado por una luz azul mortecina. Al cabo de una milla el camino se ensanchó y emergieron a una cámara circular de luz levemente rosácea, casi blanca. Allí apagaron las antorchas. El perímetro de la sala no era grande, pero sí su altura, y había en el centro, sobre un pedestal de intenso cuarzo rosa, una figura de la que el grupo vio al llegar sólo su parte posterior. Reverentes, la rodearon. Se hallaron por fin frente a un muchacho de tamaño natural en oro puro, con una gema tornasolada en la frente, que meditaba con sus ojos serenos cerrados; se sentaba sobre sus talones, las rodillas juntas, las manos sobre sus muslos con las palmas hacia arriba en un doble gesto de entrega y aceptación; dos manos gigantes, tiesas, del mismo cuarzo del pedestal, flanqueaban la estatua protegiéndola como las valvas de una concha y ofreciéndola a las alturas en un rito de exaltada aspiración.

—He soñado con esta figura —murmuró Mándos—. Más de una vez.

—Eso significa —respondió Dión— que en tus sueños has visitado Eteria la antigua. Más de una vez.

Los hombres del príncipe apenas podían contener la emoción y en sus ojos brillaban lágrimas nuevas de una nostalgia anciana.

—Esta figura presidía los jardines del Mandír en nuestra vieja capital —continuó Dión—. Aparte del templo, sólo dos de los grandes tesoros eterios se salvaron de la destrucción. Este es uno de ellos, el otro no tardaré en mostrártelo.

—¿Y preferisteis ocultarlos en este lugar que transportarlos a Éndor, con el Mandír?

—Fueron sacados de la ciudad mucho antes que el Mandír —respondió Dión—, cuando aún no sabíamos si podríamos salvar el templo, si habría realmente alguien capaz de la atroz aventura o si el Portal Invisible de Aurobántur se abriría para nosotros. Traerlos aquí, por el contrario, no nos resultó difícil, conocedores como éramos del secreto del Deva. Bastaba embarcarlos en el puerto de Eteria y descender el río hasta la entrada de la gruta, evitando las patrullas de Sarkón. Más tarde, cuando la guerra hubo terminado, podríamos haberlos recuperado para el Mandír, para Éndor, pero... ¿Quién sabe?, quizás algún día; de momento son nuestro tributo a este lugar de belleza, poder y misterio.

Mándos contemplaba al muchacho de oro con admiración. Parecía vivo; parecía dotado de esos mínimos movimientos con los que la vida se revela aun a través de la inmovilidad de los seres, una leve contracción de la comisura del ojo o de la aleta de la nariz, el vaivén suave de la respiración, el pulso imperceptible, una oscilación casi

invisible del eje del cuerpo a través de la espalda erecta, o esa presencia ingrávida que cabalga la vida como un algo-más inefable.

—Esta figura no es sólo materia —dijo Mándos—. Aquí hay otra cosa.

—No, no es sólo materia —confirmó Dión—, es sobre todo Arte. Arte como lo entendemos los eterios. Quien la hizo había visto en su corazón el alma bajo este aspecto de paz, hermosura y ofrenda de sí, y conocía profundamente la emoción que la estatua transmite. Cuando la creó, era uno con ella; y su espíritu, despierto, vibrante, transmitía a sus manos el poder de su Visión. Ni un color, ni un material, ni un gesto es caprichoso: la imagen es una encarnación fiel de su arquetipo.

—Dan ganas de imitarla, de arrodillarse, de sumirse en su mismo gesto.

—El Arte es expresión —respondió el príncipe—, pero la expresión es contagio. Sin embargo, espera aún un poco, hermano, te llevaré al lugar que te dará tu meditación y al que darás tu contemplación como una semilla para el porvenir.

Continuaron por un pasillo muy similar al anterior, angosto pero con altas paredes de un azul apagado. No tardaron en desembocar en otra sala también circular, pero de perímetro regular y más grande. Estaba a oscuras salvo por una enorme esfera de cuarzo transparente que irradiaba una luz solar en el centro de la cámara. Doce columnas se alzaban rodeándola y, como ellas, el suelo era de un alabastro liso y purísimo.

—El Mandír —susurró Mándos rendido al asombro al hallar en aquel submundo de piedra y luz una sala idéntica a la del templo eterio de Éndor.

—Existen otras salas como esta en las tierras de Ordum —respondió Dión—. Los eterios sólo tenemos el Mandír, pero los Sumânoï, que la tomaron de nosotros junto con el culto a Kali, la construyeron en cada uno de sus principales asentamientos. Llegaron a Eteria del holocausto y vieron en esto una promesa del porvenir. ¿Ves la esfera? Todas las esferas sumânoï tienen su guardián, una presencia oculta que es como la puerta a la memoria atesorada por el cuarzo; pero la del Mandír posee algo más: en ella mora el alma de la Tierra.

Mándos contempló al príncipe con los ojos muy abiertos.

—Dión, hermano —dijo—, si no te conociese, creería que no la sabiduría sino la superstición habla por tu boca.

—Ya ves, Mándos, como algunos secretos no basta con revelarlos para que dejen de serlo. Tú mismo has meditado muchas veces en el Mandír y aún no has comprendido esta verdad. Pero te diré que pocos, muy pocos en realidad, han alcanzado la raíz de este secreto. Escucha, te contaré algo que nunca ha trascendido mi raza. Horo-Dianón, mi antepasado, discípulo de Aurobántur y constructor del Templo, fue incapaz de hacer descender sobre el Mandír la presencia espiritual con la que habitaba sus grandes monumentos; no había acabado de entender las palabras de Aurobántur, nuestro Avatar y primer rey: «Volveré a vosotros con un alma para el

Templo». Quizás las creyó poesía; en todo caso no llegó a comprender que no cualquier presencia espiritual inflamaría las piedras de la gran obra dedicada a la Madre del Universo. Cuando Ban llegó a Ordum con sus hiperbóreos, su primera morada fue Kamalám, el Oasis de las Nieves, adonde ahora nos encaminamos. Allí tuvieron lugar sus últimas ascesis y revelaciones, allí culminó el proceso interior comenzado en la Montaña Negra años atrás... y cuyo fruto fue el descenso del alma del Mandír, que es el alma del Don como el Don es el alma de la Tierra. Esto ocurrió entre el día once y el doce del duodécimo mes del año noventa del Segundo Día, a las doce de la noche, y las fuerzas oscuras del mundo respondieron al Descenso con guerras, volcanes y terremotos. Ban llegó a Eteria no mucho tiempo después; allí fue saludado por otro Horo-Dianón, también antepasado mío y descendiente del primero, que lo reconoció como Avatar de Aurobántur y alma del Templo; allí recibió Ban el título de Adhvaram, Sacrificio Peregrino, y los secretos del *âur*, de los Cinco Pilares y del Imperio. Allí consignó, a petición de mi antepasado, la experiencia interior que preludió el Descenso. Ban repitió palabra por palabra lo que ya había consignado en Kamalám, libro que permaneció para siempre en la cámara de sus austeridades. El nuevo relato, escrito por su mano con tinta de oro en pergamino, fue guardado en el colmillo labrado de un elefante blanco. Se le llamó el *Kiran*, el *Rayo...* de Esperanza, y durante mucho tiempo se conservó en Eteria. Más tarde fue devuelto al Rey.

—Con estas palabras, hermano, concluyes una narración iniciada mucho tiempo atrás, ¿recuerdas? Hace cuarenta años, ante el Consejo... Vuelven a mí ahora aquellos días en los que, porque yo era joven, creía que el mundo también lo era. Lo que entonces callaste lo revelas ahora y se cierra un ciclo. Entonces yo tenía treinta y seis años y, para mí, también los tenía el mundo. Tus enseñanzas lo antiguaron y, por primera vez, experimenté al hombre como un abismo, un abismo insondable por el que ascendía, estrecha y peligrosa, la tortuosa escalera de la raza... Una escalera de cráneos, Díon, muertos y fracasos, la misma Muerte petrificada en forma de peldaños riéndose del ascenso esforzado, de cada paso efímero, de la Vida. Y, sin embargo, contra toda lógica humana, vi también que algo justificaba seguir subiendo: un hilo de luz tan débil que a veces se pierde su rastro, esa esperanza de un algo-más, más allá del hombre que cure y renueve, que reconcilie y transforme... y gracias a lo cual el alma de la Tierra llegue a manifestarse plenamente. Ahora comprendo que esa tenue estela de luz, como un cometa que voló dejando un surco de polvo de estrellas difuminado, es el trazo del *Kiran*. Lo que un hombre erige en sí lo erige para el Hombre. Y, cuando un hombre hace descender sobre sí una cualidad divina, acerca la humanidad a su destino sublime.

Dión sólo sonrió y el eco de la voz de Mándos voló hondo en la caverna.

—Ven —dijo luego el eterio, y el grupo rodeó por la izquierda el círculo de columnas. Había en el otro extremo de la cámara un ábside de excavación mucho más

reciente.

Apenas se lo veía desde fuera pero, cruzado el umbral, una explosión de luz diamante incendiaba el aire. La estancia era pequeña, irregular, de techo muy elevado y en forma de cúpula. Dión resistió con ojos de águila el brillo deslumbrador, pero Mándos hubo de luchar contra él con ojos vulnerables. Cuando por fin pudo ver a través de la luz las formas, descubrió una imagen tallada en un único, portentoso diamante. No comprendió al principio qué estaba viendo, pero poco a poco la figura aceptó a sus ojos. Era una mujer anciana, de tamaño natural, sentada sobre un trono. Vestía una túnica larga y un velo, y su expresión era divinamente materna, pero divinamente irónica. Tenía las manos calmas sobre el regazo y contemplaba, con la cabeza ligeramente ladeada, el mundo y la eternidad.

No le hizo falta a Mándos preguntar a quién representaba el éidolon. Lo tocó, fervoroso, consciente de que aquel diamante no lo había engendrado la tierra en el trabajo de un parto milenar: era Luz, la luz suprema de la Madre del Universo cristalizada. Pero qué poder en el mundo material podía atraerla y darle morada en una forma... eso no lo sabía ni lo imaginaba: era el secreto de ese Arte eterio que es Alquimia Suprema.

Mándos no pudo sostenerse de pie ni un instante más. Sus piernas flaquearon y se derrumbó como aplastado por la Luz. Lejanamente, percibió que le ayudaban a sentarse dándole respaldo contra la pared del ábside. Una presión intensa pero agradable en el vértice de la cabeza lo atrajo a los mundos interiores y sintió que se expandía, que se elevaba, que se encendía en una implosión de Fuego y Dicha. Como un buceador de aguas densas y oscuras que retorna a la superficie veloz, sacó la cabeza del mar de las formas, más allá del limo flotante del mundo, y sus ojos vieron lejana la orla del manto diamantino de Dios hecho Madre. Su mente cesó entonces incapaz de mayores cimas y su espíritu continuó su singladura hacia su Ítaca inefable, sin nave, sin bitácora, sin compañía, dejando en la memoria por todo signo de su viaje un relámpago indescifrable y mudo. Pero en la ruta de descenso, Mándos siendo otra vez Mándos, vio los filamentos del devenir de Dyesaar, futurizándose. Vio el Sur como un fulgor bajo el imperio de cuatro coronas soberbias y vio luego una lenta degradación. Vio un pueblo joven expulsado de su tierra y su éxodo a través del mar. Y lo vio llegar a las costas meridionales de Ordum con fuerza de redención. Y en medio del pueblo la vio. Vio una nube diamante, pero la nube era un símbolo y el símbolo era un nombre y la mujer se llamaba Nube y la nube presidía el avance del pueblo... y la mujer era la Madre. Y vio a los eterios poner Éndor a los pies de la Madre y darle por morada el Mandír. Y allí habitaría con su ejército de amazonas, que el mundo llamaría *herederas*, engastando las semillas del pasado en la juventud de su pueblo. Dios-Nube, Dios-Madre hecho mujer de carne, y su nombre era Anán, que era Nube. Y Anán era la encarnación de la Promesa y la Esperanza, madre y

hermana y amante y reina del Don, y oficiante de la inconcebible hierogamia. Y vio la Tiniebla, poderosa a través de los siglos, devastadora del esfuerzo de los hombres, asesina de promesas y esperanzas, quebrarse a sus pies y a la Tierra vestir su cuerpo de Luz.

No sabía cuanto tiempo había pasado cuando despertó en la nave que surcaba el silencio del Deva subterráneo. Junto a él estaba Dión. Intentó hablar, pero el éxtasis que aún le inflamaba el pecho no le dejaba. La mirada del príncipe le convenció de la vanidad de todo decir.

Pasaron al menos dos días más de un viaje voluntaria y gozosamente lento, y Mándos cumplió con sus obligaciones de comer y reposar, pero sobre todo siguió inmerso en su fascinación de la caverna. Apenas habló durante ese tiempo, pero de pronto percibió que Dión estaba a punto de mostrarle otro de los tesoros del Portal. No se equivocaba. El barco atracó junto a la orilla derecha del río, donde el agua era profunda y el aire estaba saturado de una luz gris que irradiaba la roca, como una neblina transparente y fúlgida.

—Vamos, nos esperan —dijo sólo el príncipe invitando a Mándos a desembarcar con un gesto elegante y cálido.

Y Mándos obedeció, simplemente, sin preguntar, lleno de una inmortal expectativa. Pensó lo magnífico que era no ser más que un discípulo ignorante en las manos de un guía y un sabio; dejarse llevar, sólo eso, dejarse mostrar una a una las cámaras secretas de la sabiduría por el anfitrión iluminado. Toda su vida había debido conducir, ordenar, organizar, disponer, liderar, responder a las preguntas del ignorante, a las demandas de sus súbditos, a las sugerencias de sus ministros, a las necesidades de la historia, mayores que las de un desposeído; toda su vida había estado obligado a saber algo que no sabía porque ningún hombre puede saber... y ahora sí, ahora podía abandonarse al gozo restaurador de no decidir, no hacer, no saber, ingrátido.

Allí un bosque de piedra emergía de la piedra del suelo. Como si fuera roca viviente aspirando a encarnar el alma, las formas y la savia del mundo vegetal, los Sumânoï habían hecho del sólido silencio de la piedra flores y arbustos y árboles. Una ausente presencia del color se extendía en dirección contraria al río, hectárea tras hectárea, y una pátina de animación de Vida resonaba por todas partes como un eco impronunciado, como un rumor de brisa lejana. Compacto a veces, ralo otras, el bosque parecía no tener fin y la caverna rendir todo límite al bosque. Las plantas de piedra daban la impresión de ser más verdaderas que las plantas conocidas y su quietud era la eternidad del arquetipo. Mándos y Dión caminaron solos a través de los árboles, y Mándos rozó ramas y hojas y troncos, y pétalos y estambres con las yemas de sus dedos, dejando que también su tacto se viese sorprendido. Una hora después, vieron un lago y sobre él el peso de inmóviles lotos abiertos. Había allí un hombre y,

en cuanto los percibió, se volvió hacia ellos y bramó como un toro, con la alegría de un niño y la despreocupación de un dios.

—¡Kadír! —saludó Dión y ambos se abrazaron con un estremecimiento de inmortal amistad. Luego Kadír abrazó a Mándos a quien quería íntimamente, e invitó a los recién llegados a sentarse con él a la orilla de la laguna. Tomó agua en una copa de plata que guardaba en su petate y se la ofreció a sus amigos; y esta era fresca, estimulante y mágica como la ambrosía. Después de beberla, los ojos del *Rishi* se le antojaron a Mándos aun más estremecedores que como los veía en su recuerdo. Evocaron épocas pasadas y otras por venir, pero hablar con Kadír del futuro y el pretérito era como hacerlo con el Tiempo: Kadír había visto el Primer Día del hombre y, probablemente, vería el último; su memoria tenía la dimensión de los milenios, en ella los días eran minutos y los años días; el recuerdo de los detalles de la vida era caprichoso, pero las líneas de la historia eran claras y definitivas como el paso del fuego.

—El mundo es siempre esperable —dijo el *Rishi* en respuesta a los pensamientos de Mándos—... y, sin embargo, siempre nuevo.

Dejó a su mente vagar unos instantes por éteres silenciosos.

—No, no estoy cansado de la inmortalidad —continuó como si fuese necesario contestar a sentimientos de Mándos no expresados—. Lo que hace envejecer a los seres es la rigidez, la permanente afirmación del personaje que interpretan en la vida: la máscara se vuelve intransigente y hay que partirla en pedazos para poder seguir este viaje de autodescubrimiento que es el mundo. Pero a nosotros los *Rishis*, los Reyes Antiguos nos hicieron inconcebiblemente flexibles, flexibles como niños, libres en nuestra relación con la máscara que la vida impone siempre al alma. Sólo nuestro cuerpo está como congelado en el Tiempo, porque el secreto de perduración que los Vedas nos legaron no consistía en un poder espontáneo y transformador, que sólo puede venir del Supremo, sino conservador y mecánico. Por eso Ban hubo de renunciar a él y por eso Alayr debió hallar un camino distinto para su Yoga de regeneración. Y por eso algunas almas grandes, Mándos —dijo mirando al peregrino fijamente a los ojos con su luz turbadora—, se sienten de pronto llamadas a cambiarse de ropa, a rasgar su máscara. Sería un error confundir esta llamada con una pérdida del entusiasmo por la vida, como les ocurre a los seres efímeros. Esos quieren morir por cansancio, disfrazan su falta de imaginación y su pereza de un inteligente y grandioso rechazo de la vida; y está bien que mueran y que se lleven con ellos toda la inercia de la Tierra, yo no los echaré de menos.

Dejó que el silencio aquilatase sus últimas palabras.

—¿Sabes? —concluyó—. Hay una tradición vieja y extraña según la cual, cuando el Don retorne, deberá sacrificar a todos los *Rishis* vivos para darles la libertad de nacer a un cuerpo nuevo. Quizás entonces debamos morir en una todas las muertes

que no hemos muerto. O quizás el hábito de la vida sea tan poderoso entonces que, como Alayr, salgamos de la crisálida de este cuerpo con otro cuerpo despierto.

Hablaron después de hechos pasados, de tareas inacabadas, sintiéndose obreros los tres de una misma arquitectura magnífica: el universo se elevaba por sus manos, cada sillar colocado una aventura. Y había aquí la raíz de un entusiasmo inextinguible.

—Mi última misión —les dijo Kadír entonces— fue acompañar a Brahma a Koría —y les narró todas las peripecias vividas con el príncipe mayúrida bajo la apariencia de Melk, alférez de la guardia real de Eben—. Desde entonces he recorrido Ordum y vigilado. Brahma aún no ha dejado el bosque. Ha guerreado a las tribus más sanguinarias y ha creado una alianza de las más nobles, que podría transformar la jungla para siempre. Pero sobre todo ha librado su propia batalla interior y se ha alzado a la altura de su espíritu. Ahora debe recuperar su reino y será arduo. Mucho más que lo que yo mismo imaginé en un principio.

—¿Por qué? —inquirió Mándos—. El partido de los nobles no puede ser una dificultad real para Brahma. Y menos después de su iniciación con las fieras de Koría.

—Dhanda está en Eben —repuso Kadír sombrío—. Llegó allí hace unos pocos meses con la intención de aprovechar los conflictos del reino para sus propios fines. Además tuvo una suerte inesperada, si puede decirse así, una suerte llena de tristeza para nosotros.

—Veo muerte a través de tus ojos —intervino Dión—, la oigo llegar con tus palabras.

—Así es —confirmó Kadír—. La estancia del *Rishi Negro* en Eben, como capataz de Elva de Olpán, coincidió con la misión de Belias y Lib-Yumum en el volcán-fortaleza de Dhanda. Hacía años ya que las Órdenes, y nosotros mismos los *Rishis*, habíamos sido informados de la existencia de ese lugar en la profundidad del desierto y del culto que Dhanda ha instaurado allí. Un hombre logró escapar del volcán después de haber sido secuestrado e iniciado por él, y ahora es uno de los agentes de las Órdenes en Eben. Gracias a él se pudo encontrar el lugar, aunque se tardó para ello mucho tiempo, indagar los secretos de Dhanda y la estrategia que los Electos Negros preparan para el futuro. Belias y Lib-Yumum retornaban después de grandes trabajos con el éxito de su misión coronándoles, cuando el *Rishi Negro* los interceptó en pleno desierto y los exterminó.

—¿Cómo supo que...? —comenzó Mándos con el rostro gris mientras recordaba a los Guardianes de las Llaves.

Dión susurró sus nombres como en una invocación.

—¿Cómo? —repuso Kadír—. Quién sabe... La mente de un *Rishi Negro* es tan impenetrable como la noche. Pudo percibir la presencia de Belias y Lib-Yumum en

su guarida, aun desde tan lejos. Un fulgor fuera de lo habitual, cualquier vibración extraña reflejada en el espejo oscuro de su ser interior... Ahora Dhanda tiene las Llaves; acaso contaba con ellas desde el principio, quizás no. Difícil sería comprender su estrategia. Además, ha descubierto a su antiguo discípulo. Tratará primero de recuperarlo pero, cuando comprenda que no puede hacerlo, acabará con él... si no lo ha hecho ya. Y, mientras, ha empezado a mover las piezas de su juego.

—Y Brahma, ¿qué puede hacer él entonces? —preguntó Mándos.

—Contra Dhanda nada, sencillamente. A menos que... —respondió Kadír.

—¿Qué harán las Órdenes? ¿Qué harán los *Rishis*? —quiso saber Dión.

Kadír recuperó su cáliz de plata, lo llenó otra vez de agua y volvió a ofrecérselo a sus amigos. Mándos intuyó que en este gesto había una respuesta y bebió un largo sorbo gozando el frescor del líquido.

—Las Órdenes ya están actuando. La mejor forma que tienen de hacerlo es vigilar y despertar las propias fuerzas del reino para contrarrestar la estrategia del enemigo. En cuanto a los *Rishis*... yo soy el único en Ordum y mi labor no puede ir, de momento, mucho más allá de lo que ya he dicho. Debemos actuar muy cautamente porque, por cada nueva pieza que pongamos en el tablero, los Electos Negros añadirán una de las suyas. Hay que evitar que esto se convierta en una nueva Conflagración, que ahora dejaría el mundo en ruinas. La guerra civil en Eben es un mal menor; pero no podemos permitir que nos arrastre a una nueva confrontación de los dos Poderes.

Mientras Kadír hablaba, una idea se formó en la mente de Mándos: si hubiese sido Brahma quien hallase Ida en lugar de Mayúr, allá en la ciénaga cuatro meses atrás, ahora podría enfrentar a Dhanda con una mínima posibilidad de victoria.

«Sólo una *Señora* puede llevarse la vida de un Electo Negro —se dijo a sí mismo—, pero ¿basta una *Señora* para vencerlo?».

Notó que Kadír lo contemplaba viendo sus pensamientos eclosionar, apagados al principio, lentos con la cojera de la desconfianza en sí mismos.

«Una *Señora*, sin embargo —pensó en la mente de Mándos Kadír—, daría a Brahma todo lo que necesita: una oportunidad».

«Lejana, pero real» —añadió el príncipe aceptando que el diálogo se desplazase al interior y prosiguiese en el seno del silencio.

«Pero Brahma es joven, un guerrero novel —desconfió Mándos—, y Dhanda cuenta sus años por centenares, sus batallas por millares y su violencia es poderosa como el sol».

«Sí —respondió el *Rishi*—, pero Brahma merece el arma y merece la lid. Vivir o morir es bien poco; crecer lo es todo».

«Y cuanto mayor el obstáculo...» —concluyó Dión.

«Pero ¿tendría Brahma derecho a usar la *Señora* hallada por alguien que no fuera él?» —preguntó Mándos consciente de pronto de que él sabía dónde estaba el arma

requerida.

«Brahmo la merece y la necesita, esta es toda la ley que cuenta ahora. Y, si no fuese así, la *Señora* no tendría ningún poder en sus manos» —respondió Kadír.

Mándos comprendía perfectamente de dónde había surgido el primer pensamiento que le arrastró a esta conversación sin palabras. La idea de la *Señora* se había formado en su mente al contacto, aunque difuso al principio, con la presencia oculta del arma. Y este lo había tenido a través del agua. A medida que progresó el diálogo, la presencia se hizo más evidente y cercana, viva y casi exigente. Ahora Mándos no dudó más y se arrojó a la laguna. El agua era mucho más profunda y oscura que lo que podía imaginarse desde la orilla, pero Mándos era un magnífico nadador y buceó atraído por la silente llamada. De pronto sintió como si se le fuese la cabeza y perdió toda orientación. Se confundieron el arriba y el abajo, Kadír y Dión se hicieron lejanos, impensable el Portal, el mundo un sueño. Luchó por encontrar su centro, por hallar una dirección que le llevase al aire o al tesoro en las profundidades. Se movía desesperadamente, hacia ninguna parte, en un magma de densa oscuridad. Con el latir exaltado de su corazón retumbó en sus sienes el curso sincopado de sus pensamientos.

«Peregrinaba a las montañas para morir allí voluntariamente. No pierdo nada con morir aquí. No cambia nada».

Pero el mero pensamiento le enfureció. *Ichha Mrityu*, la voluntaria autodisolución, era la muerte del místico, del vencedor; ahogarse aquí era la muerte del caído. Como guerrero que era, respondió a su furia con distensión en un intento espontáneo de acumular la fuerza que la ira le proporcionaba. Al instante, sus pies tocaron un fondo pétreo y plano, y al abrir los ojos vio el resplandor dorado de la moharra de una lanza. Estaba erecta, como plantada en el fondo. Mándos la tomó y siguió la dirección que esta señalaba hacia el aire, hacia la vida infinita.

XVII

—**C**vitaremos la Puerta de los Sabios —dijo Ulán, y habló con un tono tan definitivo que ninguno de sus compañeros se atrevió a contradecirle.

Sin embargo, Vrik, especialmente, lo lamentó. A diferencia de otros muchos, que cerraban los ojos o apartaban la mirada salmodiando fórmulas supersticiosas de protección en cuanto tenían la Puerta a la vista, Vrik se había deleitado en verla desde lejos, en alguna de sus travesías por el río. Se había prometido a sí mismo que algún día llegaría hasta ella, tocaría el coloso bifronte, cruzaría el umbral, y descubriría si el temor de las gentes tenía una causa verdadera. No sería en esta ocasión y Vrik comprendía las razones pues, aunque se tenía la certeza de que el príncipe había entrado al bosque por allí, la Puerta quedaba mucho más al Norte, al final de un largo camino que probablemente les resultase inútil hacer. Álmor y él habían aceptado tácitamente la guía de Ulán que, aunque no había penetrado nunca en la selva, conocía algunos de los mapas elaborados por los cazadores del rey. El Thúbal y Vrik no podían aportar siquiera este indirecto saber. Además, Ulán era gentil y su carisma irradiante, palpable. Durante el viaje a través de los subterráneos, desde el banco de Naor hasta las proximidades del Deva, y aun después, mientras una barcaza los transportaba a la orilla occidental del río, Ulán se había acorazado con un silencio huraño. Pero más tarde, jinete ya de un hermoso animal negro con largas crines rizadas, dio la impresión de que la figura sombría y herida del comandante crecía y se expandía. El caballo caracoleó de gozo en cuanto sintió sobre sí el peso del hombre y su relincho fue un himno de plenitud y de poder.

Penetraron en Koría unas treinta millas al Sur de la Puerta de los Sabios, por un sendero estrecho y poco sinuoso que se adentraba hacia el corazón del bosque entre árboles gigantescos y matorrales del tamaño de los caballos. El propósito de Ulán era marchar tan directo como fuese posible hacia los Picos Gemelos: allí había tenido la Orden del Tercer Anillo su cuartel general durante las guerras contra el imperio y allí debería establecer sus cuarteles un ejército de mil hombres como el que el príncipe se había llevado al bosque. Pero Ulán quería evitar a toda costa el territorio *kuria* y, en

general, las tierras de las tribus menos conocidas y fiables de la mitad oriental de Koría; por ello, en lugar de marchar hacia el Norte hasta encontrar el Lula-bet y seguir luego su curso hacia el Oeste, decidió cortar directamente hacia el Noroeste para encontrar el río pasadas las Húrindra, las Colinas del Sol; un camino menos largo y peligroso, pero más tortuoso e incierto para los desconocedores de la región.

Durante casi todo el primer día cabalgaron en silencio. Ulán abría la marcha, escuchaba atento los ruidos del bosque y realizaba en el suelo, el aire y la vegetación esa experta lectura de la que sólo son capaces los buenos guías. Álmor seguía al comandante, concentrado en sí mismo como una esfinge, y Vrik cerraba el grupo, inquieto, incapaz de controlar los torbellinos que en su mente levantaban sus recuerdos. Sabía que había renunciado a un mundo, pero dudaba de que el futuro tuviese un nuevo mundo para él. En la figura de sus padres dormidos, salvados como por milagro de las fauces de la humillación y de la destrucción, exhaustos en el sueño de su indefensa vejez, había visto un símbolo definitivo de la fragilidad humana y, aunque en cierta medida se reprochó su desamor, se sintió incluso incapaz de verdadera lástima por ellos. Pero, sobre todo, le preocupaba su maestro, le preocupaba la insistencia con que le martillaban sugerencias ominosas, que llegaban vestidas de oscuros presentimientos y hablándole de Leb con tono de plañideras.

Cuando cayó la tarde hallaron un abrigo en la ladera de una colina y decidieron detenerse allí. Libraron los caballos del peso de las monturas a su ágape de hojas y helechos. Y sentados en un suelo de dura tierra, con la entraña del monte por cóncavo respaldo, consumieron rápidos sus provisiones y escucharon la noche animal del bosque, el mensaje evocador de su música hermética. Las palabras eran innecesarias, imposibles hasta cierto punto porque ninguno de ellos estaba completamente en Koría: para cada uno de ellos un pasado se cerraba a sus espaldas y aún lo observaban con asombro e incomprensión.

Ulán se ofreció a hacer la primera guardia, y Vrik y Álmor se acostaron cubiertos por las capas que les había proporcionado Ébenim con todo lo necesario para aquel viaje: provisiones, arneses para los caballos, armas, y unas ropas de color verde y canela muy parecidas a los de los cazadores del rey, con chalecos laminados ligeros de placas de metal cubiertas de cuero de antílope. Pero Vrik no pretendía entregarse al sueño. Leb había empezado poco tiempo atrás a enseñarle los secretos del cuerpo sutil y él quería poner en práctica sus conocimientos, aún incompletos e inseguros. Quizás hallase un indicio del príncipe, aunque pensaba que Ulán los estaba conduciendo bien; pero antes que nada, quería visitar a su maestro. Vrik se estiró sobre su espalda, destensó sus miembros, concentró su atención en el pecho y, uno a uno, fue tratando de responder a todos los obstáculos que a su voluntad le interponía la gravedad de su carne. Flotó en una incómoda y confusa duermevela, y al cabo de una hora se levantó derrotado, con sensación de frío y mareo. Ulán había encendido

un fuego y lo observó acercarse. Tenía las manos extendidas hacia el embrujo de las llamas sobre la madera crepitante y la cicatriz, acalorada por los resplandores, afeaba y ennoblecía su rostro. Vrik se sentó a su lado y él sonrió silencioso, pero al poco rato, sin apartar la vista del fuego, recitó:

Un ave es el sueño que a veces suave reposa
blanda es entonces la noche
y la luz de la luna resbala hasta el lecho
y calla la mente y bucea en el río de plata
y despierta a paisajes extraños,
a soles profundos que el alma conoce
aunque ignoran los ojos carnales.
Mas otras inquieta palpita en sus plumas
Y salta y perturba las ramas
Del árbol de vida y las horas.
Espera un soñar que la evita
Y que acaso dormido en su luz y distancia
Olvidó descender y colmar la Noche mortal.

El poema fue un bálsamo para Vrik y recuperó la serenidad. Apartando recuerdos y presentimientos, dejó los tremedales del pasado y las curvas del porvenir para centrarse en el único tiempo que le pertenecía ahora: la ilimitada noche de Koría.

—Creía que querías evitar el fuego —le dijo a Ulán.

Ulán lanzó una mirada a la profundidad de las sombras.

—Sí —respondió—. Pero cambiará poco las cosas. Nos tienen rodeados. Vrik se sobresaltó.

—Tranquilo, camarada —lo sosegó Ulán dándole una palmada de ánimo en el hombro—. Si hubieran querido acabar con nosotros, ya lo habrían hecho. Han estado vigilándonos todo el día.

—¿Tienes una idea de quiénes son? —inquirió Vrik.

—*Kurias* no, desde luego, no es su modo de hacer las cosas y, además, estamos lejos de sus tierras... aunque...

—¿Qué? —insistió el muchacho.

—No sé, Vrik, hay algo raro en el bosque. Es la primera vez que me adentro en Koría, sí, pero... Es como si algo no estuviera en su lugar, como si algo hubiese sido trastocado.

—¿Qué quieres decir?

—No acabo de entenderlo yo mismo. No conozco la selva, pero soy montañés, Vrik, y durante generaciones y generaciones mis ancestros han vivido en contacto con

las piedras, los árboles y los ríos; nunca pisaron una ciudad más que para saquearla y arrasarla. Tengo un sentido para esto, créeme. El bosque está confuso, su viejo orden... ha dejado de ser.

—Bienvenido al grupo entonces —sonrió Vrik—. Nos entenderemos bien con Koría.

—Una época de cambios, ¿eh? Pero ¿cuándo no es una época de cambios?

—La cuestión es que a veces, durante temporadas enteras, no los percibes —respondió Vrik—. Uno se siente entonces demasiado... idéntico a sí mismo. Has hablado de la ciudad, Ulán: para mí la ciudad es justamente eso, un permanecer idéntico a sí mismo, la vida protegiéndose a sí misma de su rabiosa voluntad de cambio, la vida matándose a base de intentar huir de la muerte. No, no digo que tenga que ser así necesariamente... quizás no lo fue en tiempos del Don; lo es para mí y para la mayoría de los hombres y mujeres de mi tiempo. Hay una inercia profunda, Ulán, que no se percibe porque se disfraza de actividad trepidante. Observa Eben desde las primeras horas del día hasta las últimas de la noche: miles de seres se han movido, miles de trabajos se han realizado, miles de decisiones se han tomado... todo ello para evitar que algo cambie esencialmente.

—¿De qué cambios me estás hablando, Vrik?

Vrik buceó con sus ojos en la densa noche, sintió Koría penetrar en sus pulmones con el aire, sintió la vida dormida alrededor y también el pulso de la vida noctívaga, sintió el cerco vigilante y, de pronto, perdió todo el interés en filosofar. Se limitó a responder con la ciencia compacta y cruda de una intuición.

—Crecer justifica el cambio.

—Crecer necesita la rutina tanto como el cambio —repuso Ulán.

—Hablas como un militar —sonrió Vrik.

—Soy un militar, muchacho, y por eso sé que tienes y que no tienes razón. La aventura abre camino y conquista, pero sólo la rutina fija y organiza. La aventura es la punta de lanza del hombre en el tiempo, pero la repetición es, pienso a veces, lo más cerca que esta materia física puede estar de la eternidad.

—Eso no quita que nuestro tiempo haya hecho de ella no algo para consolidar el cambio, sino para protegerse de él —concluyó Vrik.

—No, es cierto —aceptó Ulán—. ¿Me dejas ver tu mano?

Vrik le miró sorprendido y, tras vacilar un instante, le tendió su mano izquierda.

—No, la otra —pidió Ulán.

El comandante retuvo entre las suyas la mano pequeña y recia de Vrik. Sus superficialidades le revelaban muchas cosas: cómo sostenía las riendas del caballo, con qué armas estaba entrenado a combatir, cómo aferraba la espada y la daga y cuáles eran sus debilidades en la lucha, cómo cargaba la flecha en el arco, cómo escribía y cuántas horas dedicaba a hacerlo... Pero Ulán pasó a través de todo esto

prestándole poca atención. Su mirada oracular transformó su rostro y en las líneas de la mano buscó la hermenéutica del tiempo. Allí, junto al fuego rojo, inclinado sobre el viviente palimpsesto y con los ojos entrecerrados, musitando un cántico en la lengua salvaje de los montañeses, el *kavi* parecía un brujo de Koría.

Sonó el grito de uno de los grandes simios del bosque. Alto y oscuro como un oso, igual de fiero, el *gôrgon* se alzaría en la cima de cualquier árbol desafiando las estrellas. Pero Ulán no hizo caso, estaba ausente, recorría trazos diminutos que le llevaban muy, muy lejos. De pronto cerró la mano de Vrik en un puño y la sostuvo aún murmurando algo con los ojos prietos. Al abrirlos la liberó de golpe y miró a su compañero. Ambos se estudiaron en silencio hasta que el más joven fue incapaz de seguir soportando la calma perforadora de aquellos ojos de mago.

—¿Y bien? —preguntó Vrik.

Pero Ulán apartó su vista y no respondió. Callaron durante largo rato. Luego el montañés despertó a Álmor para que los substituyese en la guardia. Cuando estuvieron acostados, cerca uno del otro, boca arriba pero no viendo más que la cúpula inmediata de sus párpados, Vrik le oyó susurrar como en el trance de una invocación:

Crece invisible la corona
En la cabeza de secretos reyes,
Flor cuya causa y arcano es el Rayo.
No la aprecian los mortales,
Mas los devas conocen su oro fino
Como el aire
Y sus gemas transparentes, gotas del éter.
Y la corona de los reyes
Tiene la forma del loto
Y es de la materia inflamada de los soles.

XVIII



or qué acepta el cuerpo la mentira?».

La mera contemplación de este enigma le resultaba salutífera. Usha podía comprender la relación de la mente o de la vida con la mentira: ambas habían aprendido a servirse de ella, o a esclavizarse a ella, en interés propio. Pero la mentira del cuerpo actuaba de forma inmediata en detrimento de él. Mente, vida, emociones... todas ellas conocían el modo de afirmarse por medio de la mentira; pero la mentira del cuerpo era la negación misma del cuerpo: cansancio, vejez, fealdad, enfermedad, muerte. Si pudiera resolver este enigma, no de un modo teórico, sino con ese conocimiento que es capacidad triunfante de obrar, estaría en el camino de la salud.

Usha había pasado cinco días ya junto a la fuente de Ir, pero le parecía un milenio. Su vida en Astryantar quedaba lejos, teñida por el sufrimiento y la debilidad de las últimas semanas allí, y Pradib habitaba en esa distante proximidad dolorosa de las añoranzas del mortal. En estos cinco días Usha se había fortalecido y recobrado la esperanza. Había perdido todo su miedo a morir y podía luchar ahora de un modo ecuánime, impersonal, ya no por su vida o por su muerte sino por la verdad oculta tras estas máscaras. Los dolores proseguían y también la dificultad de digerir; la fiebre la asaltaba por las noches como un tigre y, a veces, no podía evitar el arrojar negros coágulos de sangre, que en la hierba parecían desventrados fetos. Pero Usha combatía todos estos zarpazos de la muerte reafirmando su vida con frío, esfuerzo físico y un cambio profundo y constante de su actitud interior. Ahora comprendía todo lo que había callado Pradib y por qué. El príncipe conocía este camino, pero ¿cómo aconsejárselo a alguien sin la seguridad absoluta de que será capaz de la imprescindible transformación interna? Lo que a Usha le estaba dando esperanza y la curaba mataría a cualquiera que se apegase a las viejas ideas; lo mataría más rápido aun que la enfermedad... Lo que quizás fuese un don incluso, pensaba Usha.

Por fin se sentía lo bastante entera para abandonar este paraje. Lo contempló con agradecimiento, como un lugar de resurrección, y llamó a Táumandos con un silbido.

Ambos bebieron por última vez el agua de la fuente, helada, mineral y alimentante; y luego, ajenos a todo deber, todo lazo, se arrojaron a la libertad y fascinación del camino. Pero el animal notó laxa la rienda del amo y cabeceó con un relincho de duda.

—Tú que recorriste con Inca los caminos de su aventura, Táumandos, y que volviste a mí sabio y solo de la distancia, llévame por sendas que desconozca, llévame a un destino que ignore.

Y el caballo, orgulloso de su humana comprensión, volvió su pecho musculoso al Septentrión y galopó inflamando el viento con sus ollares.

Ahora que marchaba hacia el Norte, por primera vez en muchas semanas, Usha pensó en su familia. La noticia de la muerte de su padre le había llegado largo tiempo atrás, junto con la carta que Brahma le escribiera al pie de la Puerta de los Sabios. De su madre había recibido varias misivas desde entonces, notas no muy extensas hablándole de los problemas más acuciantes del reino, las fuertes tensiones con algunos de los nobles, pero acabando siempre con frases reflexivas, esperanzadoras y estimulantes. Un mes atrás dejaron de llegar bruscamente. Usha le agradecía a la reina que jamás la hubiese censurado por su decisión de permanecer junto a Pradib, a pesar de hacerlo en contra de la voluntad de su padre, y que sus palabras para el príncipe del Sur hubiesen sido siempre de alabanza y bendición. ¿Sería capaz también Dama Esha de respetar las andanzas solitarias de la princesa, de comprender sus razones, de confiar en ella hasta el punto de permitirle esta lucha a muerte contra la muerte y con las armas de la muerte? Dama Esha era, en realidad, impredecible. Y Brahma... ¿qué sería de Brahma?, ¿qué sería de Eben y de Esha sin el príncipe Brahma? Aquella mañana que galopaba hacia el mediodía con el ímpetu de Táumandos, Usha fue suficientemente cauta y sabiamente egoísta para apartar su pensamiento de estas dudas y centrar su atención en la única tarea que reclamaba todas sus fuerzas.

Un par de horas después, Usha alcanzó la última aldea de Dyesaar en la frontera noroccidental, a orillas del Ímir. Compró provisiones allí, pero no se detuvo. Cruzó el puente de piedra sobre el río y cabalgó hacia el Norte a lo largo del curso del Omón, que se encontraba con el Ímir un par de millas al Oeste de la aldea que había abandonado. Era aquel un paisaje de salvaje hermosura, densa vegetación susurrante y un río estrecho y tormentoso. Tranquilos remansos aplayados, como medias lunas en las márgenes, se formaban desafiando la violencia de la corriente y allí moraban patos y cisnes todo el año. Al crepúsculo, el tintineo de las hojas al paso del viento se unía al grave parpar de las aves en una sinfonía de melancolía infinita.

Usha quería alcanzar las fuentes del Omón antes del anochecer, pero el dolor la retuvo, colapsando la euforia despertada en su corazón por la belleza que la circundaba. Desmontó y descansó. En cuanto consiguiese hacer remitir el dolor,

correría por aquellos bosques reafirmando con su esfuerzo y voluntad su derecho a la vida. El dolor le apretó las entrañas y ella, reprimiendo un primer impulso al gemido y la contracción, distendió su cuerpo. Yació sobre su espalda, bajo la cúpula vegetal que orillaba el río y, para apartar su mente de sus sensaciones, la condujo a su propia dimensión preguntándose qué era el dolor.

Usha flotó un rato en la perplejidad de esta pregunta y ello, al menos, la alejaba y la consolaba de las sensaciones calcinantes en sus órganos. Entró en un estado semejante a la duermevela, pero más consciente; y sus pensamientos planos, como escritos en una página y sometidos a la limitación de secuencias lineales, adquirieron el volumen y la libertad de las imágenes. Comprendió la ventaja estupenda que era su falta de conocimientos médicos porque ello le permitía actuar con el arte de la espontaneidad frente a cada una de las variables situaciones; si hubiera podido dar un nombre a su enfermedad, se habría visto casi obligada a aceptar una constelación de síntomas y una cadena de inevitables resultados: su propia ciencia médica la habría matado con la inexorabilidad de su convencimiento. Ahora sabía que las enfermedades no existen; existe sólo la enfermedad, pura y desnuda, una forma de manifestación de la mentira. Las enfermedades, sus nombres y personalidades, no eran más que el truco de los médicos para enfrentar ese enemigo informe, sin rostro y escurridizo, de un modo comprensible. Las enfermedades eran la mentira de la Enfermedad, como la Enfermedad era la mentira del cuerpo físico.

Pero ahora, Usha notó una extraordinaria densidad alrededor de sí misma; un aura roja-dorada, visible para ella con los ojos cerrados, la envolvía en una cálida frescura. Se concentró en ella; a través de ella vio una figura en sombras, del tamaño y la forma de un hombre anciano, que vertía sobre el cuerpo yacente el contenido de una copa. Y el fluido era la luz envolvente. Mientras su aura absorbía la luz roja y dorada, su atención fue llamada nuevamente al dolor de sus órganos. Se sorprendió al percibir que este cambiaba a medida que aumentaba su plenitud de luz. En parte, el dolor era dolor todavía, pero en parte también se había transformado en un intenso cosquilleo punzante, esa forma de extravagante gozo que el cuerpo no puede asimilar sin espasmo y estremecimiento.

Su consciencia planeaba en la frontera entre la vigilia y el éter sutil. De pronto, su proceso interior se escenificó en la forma de una curiosa simbología: vio un pequeño grupo de guerreros con la rodilla derecha en tierra, la mano aferrando la punta de un estandarte sostenido por una entidad demasiado excelsa para que una figura la representase, y los labios besando el paño rojo y áureo. La interpretación efundía de la propia escena: un puñado de sus células, esas mínimas unidades de la vida de las que hablaban los sabios del Sur, renunciaba a la mentira y rendía vasallaje a la Verdad. Por eso el dolor se estaba transformando en una especie de rabiosa dicha. Entonces, una intuición fulguró sobre ella como un ángel: el ser humano estaba

compuesto por millones de pequeñas consciencias individuales como aquellas, autónomas a cierto nivel, y cada una era como el delegado o el símbolo de otro miembro de la humanidad; en el propio cuerpo se reconciliaban el Uno y el Múltiple, y curarse a sí mismo era curar al Hombre.

Durmió durante una hora y, cuando despertó, no halló la luz, pero tampoco halló dolor. Tenía ganas de correr, de comulgar con el bosque, a pesar de que ya no llegaría aquella tarde a las fuentes del Omón. No importaba, nada le exigía hacerlo puesto que ahora no vivía más que para afirmar la vida. Se quitó las botas y las sujetó a la montura, tomó el sendero que discurría paralelo al río, escindido por un lomo de tierra empenachado de hierbas y flores tímidas, y corrió; corrió como si con cada zancada pudiese hacer huir el cansancio. Corrió seguida de Táumandos, penetrando y abandonando el bosque; corrió mientras corría la tarde hacia un inquietante anochecer. Nubes acumulaban grisura en los cielos y una niebla avanzaba hacia ella a través de los árboles.

De pronto se detuvo, consciente de que el sentimiento que la perturbaba no carecía de razón. Había una tensión en la atmósfera, palpable como el cuerpo. Táumandos piafaba y befaba. Usha, sin dejar de vigilar los alrededores con su mirada intranquila, se calzó las botas y desnudó la espada, que portaba en una vaina sujeta al costado de la montura. Falsos animales se llamaron con miméticos gorjeos de un lado a otro, y Usha contó cinco al menos. Poco a poco, las figuras fueron emergiendo desde detrás de los árboles, rodeándola. Eran siete hombres, dos de ellos la apuntaban con sus arcos de cazador, el resto avanzaba con largas dagas en una mano y macizas espadas en la otra. Una sensación de absurdo estranguló a Usha: había actuado hasta este momento como si no existiese otro enemigo que el que cada uno amadriga en sí mismo, y ahora el mundo le recordaba su violenta verdad arrojándole sus perros de la guerra.

Usha dejó caer la mano de la espada, calma y relajada, a un lado, en señal de rendición.

—Habría sido una lástima desgarrar las ropas del joven señor —carraspeó uno de los arqueros sin dejar de apuntarle.

—O tener que matar tan espléndido caballo —añadió el otro con voz igualmente rauca.

—No temáis —retornó el primero— os dejaremos vivir. Libre al fin de todas vuestras pertenencias, pero con vuestra camisa al menos para engañar al frío.

Toscas risas del resto corearon sus palabras.

—¡Eh! —exclamó de repente otro de los ladrones—. No es un hombre, es una mujer.

—Entonces sobra hasta la camisa —gritó el arquero con ansia salvaje y, arrojando el arma al suelo, saltó sobre Usha.

Pero Usha calculó con rapidez la dirección en la que debía defenderse para quedar protegida del otro arco por el cuerpo del atacante. Se desplazó imperceptiblemente hacia su izquierda y, cuando el hombre cayó sobre ella, vomitaba sangre. Desentrañó su espada del muerto y, con fuerza inesperada, empujó su cuerpo contra el que intentaba fijar la presa de su flecha. La saeta partió hacia el cielo vacío, se sostuvo un instante en el aire inmóvil y cayó para despuntar su pico de halcón contra los guijarros de la orilla de la corriente. Usha ya había girado sobre sí misma y golpeado de revés el cuello del segundo arquero; mientras, vio a Táumandos aplastar con sus cascos la cabeza de otro de los hombres. Los cuatro restantes la cercaron. Lanzaron estocadas rápidas, uno a uno, incesantes, pero sin dejar de vigilar sus espaldas amenazadas por Táumandos, que galopaba alrededor del grupo buscando el modo de ayudar a su dueña. Usha se defendía bien, pero no podía evitar la avenida del cansancio. La habían atacado tras casi dos horas de carrera y, al interrumpir bruscamente su concentración, el peso del esfuerzo cayó sobre ella de golpe. Ahora, contemplado su maestría con la espada, lograda durante los meses en Dyesäär, los asaltantes se limitaban a exprimir sus últimas fuerzas. Que lo lograsen era ya sólo cuestión de instantes.

Por fin uno de ellos creyó llegado el momento. Cargó con un grito y la espada en alto. Los otros tres lo siguieron, también con bramidos animales. Usha eligió al primero para el filo de su espada. Táumandos, como una avalancha, se arrojó con sus dos manos por delante sobre el espinazo de otro, que crujió al romperse como el tronco de un árbol joven. Pero quedarían dos y la princesa no dudó que sufriría y moriría en sus manos.

Como si la realidad adquiriese de repente la textura de los sueños, dos flechas cruzaron el aire, seguidas, siseantes, certeras. Alrededor de Usha los cuatro hombres caían como los pétalos marchitos de una rosa sangrienta. Apoyada en su espada como en una muleta, alzó su rostro exhausto. Al principio no lo reconoció sobre el corcel blanco del rey, cubierta la cabeza con un yelmo para la guerra y en sus manos un arco de poderosa hechura. El caballero permanecía inmóvil. No tardó en formarse en su lengua un nombre, demasiado amado para callarlo.

—¡Pradib!

XIX

Álmor despertó a sus compañeros con las primeras luces del día. El cielo era gris sobre el verde alfarje del bosque y una neblina plateada serpenteaba entre los árboles como los jirones del velo de un hada. El canto de los pájaros era frío como el aire, y el aire filoso como una espada, extraño.

—¿Os ha dejado dormir esa bestia? —preguntó Álmor cuando Ulán y Vrik se hubieron incorporado.

—¿Qué bestia? —inquirió Vrik con sincera extrañeza.

—¿De verdad no la habéis oído? —retornó Álmor, y estalló en una carcajada cuando sus amigos se miraron con ingenua incomprensión—. Pero ¿sois humanos o piedras? Un *gôrgon* ha estado bramando toda la noche.

—Ah, el *gôrgon* —repuso Ulán—. Lo oímos durante la guardia, pero cuando duermo el mundo puede caerse pieza a pieza sin que me entere. Como decimos los montañeses, un hombre bien dormido es un hombre mineralizado.

—Pues espero que hayas recuperado tu móvil y flexible humanidad con el despertar —dijo el Thúbal—, porque no creo que ese animal esté lejos y nos ibas a hacer un parco favor mineralizado.

—No, no lo está —respondió Ulán—. Y, si queréis saber más, es un macho, maduro y está intrigado, casi tanto como nosotros. Es raro encontrar *gôrgons* en Koría en estas fechas, en general no descienden del Swar hasta mediados de Diciembre, bien entrado el frío, pero... En cualquier caso, esa no es nuestra mayor preocupación ahora. Esa bestia... ¿es lo único que has percibido, Álmor?

—Aparte de los treinta o cuarenta silvanos que nos tienen rodeados, sí.

—¡Bien por el Thúbal! —cantó Ulán—. Pero no son tantos. ¿Desayunamos?

Pero apenas hubo insinuado su deseo, oyeron unos gritos henchidos de rabiosa desesperación. Su origen no estaba lejos y era humano, demasiado humano. Mientras Álmor y Ulán saltaban veloces sobre sus caballos, Vrik escuchaba, primero con asombro, luego con incredulidad, finalmente con sombría premonición.

—¿Vienes? —le azuzó Ulán.

—¡Oh, no, no! No puede ser lo que me imagino —decía Vrik como para sí mismo.

—Pero ¿tienes miedo o qué te ocurre, muchacho? —le increpó el comandante con irritación marcial.

Los alaridos eran cada vez más desgarradores.

—Vamos, déjalo —le gritó Álmor a Ulán, y ambos partieron al galope.

Sólo entonces Vrik surgió de su anonadamiento, corrió hacia Salman, montó en él de un salto y se apresuró tras sus amigos. Al cabo de unos instantes comprobó que lo que se imaginaba sí podía ser cierto, *era* terriblemente cierto. Sus primas estaban allí, Yrna de pie, con los brazos en alto, el cabello desmelenado y vociferando como una bacante; Arolán, tratando afanosamente de capturar y exterminar unos pequeños, graciosos e inofensivos insectos que le corrían a su hermana por la espalda, caídos sobre ella desde su nido en la rama baja de un árbol; y, mientras, sus dos caballos contemplándolas con arrogancia animal e indiferente. El cuadro era grotesco. Ulán y Álmor las observaron con una mezcla de sorna y lástima, pero Vrik las miraba con indecible horror.

Al descubrir a los dos hombres, los tomaron por bandidos y ambas a una exclamaron:

—¡No, por Dios!

Pero, en cuanto vieron que Vrik se les incorporaba, sin que mediara fórmula de saludo o cortesía, Yrna, con ojos irradiando un furor agrio, empezó a gritarles que las ayudaran y a increparles por no haberlo hecho ya.

—¿Las conoces? —le preguntó Álmor a Vrik.

—Eso me temo —respondió el Belinor con un suspiro.

—¿Quiénes son? —retornó el Thúbal divertido ante el rostro descompuesto de su compañero.

—La prueba que nos envía Dios —contestó Vrik con tono oracular.

—Te equivocas —exclamó Ulán repentinamente alarmado—. ¡Esa es la prueba!

El denso follaje junto a las primas de Vrik empezó a temblar, ramas partidas saltaron por los aires, un ave voló temerosa y frente a ellos apareció el cuerpo velludo y musculoso de un gran mono pardo de las montañas. Yrna y Arolán se quedaron paralizadas, incapaces de moverse y con el grito congelado en sus muecas de espanto. Álmor y Ulán prepararon sus arcos.

—¡Esperad! —les gritó Vrik—. No vamos a matar al *gôrgon* por las muchachas.

Espoleó a Salman y se arrojó sobre el simio golpeándolo con el pecho del caballo. El *gôrgon* cayó hacia atrás con un bramido, saltó nuevamente sobre sus pies y, loco de ira, corrió detrás de jinete y corcel, que ya galopaban penetrando en la espesura. Vrik esperaba poder confundirlo pronto en el laberinto del bosque, pero no tardó en comprender que había subestimado la inteligencia del simio. Este se cansó enseguida

de la senda terrena, trepó a un árbol y voló de rama en rama con un vertiginoso balanceo, apenas rozándolas. Avanzó así veloz como un ángel, empujando a Vrik hacia donde él quería. Vrik descubrió que el camino se estrechaba, las ramas eran cada vez más bajas y lo cruzaban de un lado a otro. Salman navegaba entre ellas quebrándolas con su fuerza, pero su jinete hubo de contenerlo porque estaban llegando a un muro de vegetación impenetrable. Al cabo de un instante el *gôrgon* los tuvo exactamente donde había calculado, tan indefensos e inmóviles como en el centro de una tela de araña. Desde la altura de su plataforma arbórea, los contempló con una mueca de inteligente satisfacción y rio mostrando las piezas de su fiera boca carnívora. Salman relinchó y caracoleó nervioso, y Vrik le acarició el cuello tratando de calmarlo. El corcel sabía lo que podían esperar del gran mono.

Vrik desmontó y desenvainó la espada. Había dejado su arco en el campamento nocturno, con las sillas de los caballos y otros enseres, y ahora lo echaba ansiosamente de menos.

—Hijo, si pudieras comprender que no he hecho más que salvarte la vida —murmuró contemplando en lo alto aquella masa oscura que podía destrozarlo de un solo golpe.

Por toda respuesta, el *gôrgon* se dejó caer de su árbol y la tierra retumbó como atabal bajo sus pies. Salman se engrifó y relinchó furente, el mono se golpeó el pecho y rugió inmune al desafío del caballo. Cuatro pasos lo separaban de Vrik y este, observando la monstruosa belleza del mono, su ingenua pero aniquiladora arrogancia, pensó que daría cualquier cosa para poder salir del trance sin necesidad de herirlo.

Cesaron las bravatas del simio y quieto, silencioso de pronto, se dispuso al último ataque. Pero entonces sonó un silbido, tres veces, y el *gôrgon* se relajó al instante. Apareció a través del follaje un silvano alto, de tez oscura, cabeza grande y rostro cuadrangular; medía cerca de seis pies y vestía pantalón y sayo de piel de ciervo, ajustados con un gran cinturón de serpiente. Portaba una lanza en su derecha y una maza le pendía del cinto.

—Tú Eben amigos tras ¿no? Diciendo buscando príncipe ¿no? Koría peligro grande tribus guerreando pero ya no ¿no? —dijo el recién llegado con una voz gutural que patinaba graciosamente en las vocales, mientras acariciaba la nuca del mono.

Habló con una mueca extrañamente amable en su rostro feroz, con aire gentil, profundo, vacilante, esperando un esfuerzo de Vrik por comprenderle.

—Sí —respondió este sin saber qué otra cosa podría decir.

Miraba al hombre como una aparición y al mono sin poder creer que la misma bestia que había estado a punto de aniquilarlo se entregase ahora a las caricias de su dueño con infantil sumisión y un rostro inefable de gozo voluptuoso.

—¡Ven! —ordenó entonces definitivo el hombre, satisfecho de haberse sabido

hacer entender y, como vio que Vrik observaba aún incrédulo al *gôrgon*, añadió—: Amigo hombres gustas ¿no?

—Gracias —balbuceó Vrik.

Tomó a Salman de las riendas y siguió al gigante a través del bosque. Este lo condujo a donde estaban sus compañeros y las recién halladas Yrna y Arolán. Un grupo de guerreros del bosque los rodeaba; pero Ulán hablaba con un viejo conocido suyo, un cazador del rey que fue presentado a Vrik como Bárak, el responsable de la compañía que los había tenido cercados y vigilados toda la noche.

—Sí, ya sé que tendréis un millar de preguntas —le decía este al comandante—, pero la mayoría deberá respondéros las el príncipe mismo y el resto tendrá que esperar hasta que acampemos esta noche. Ahora tenemos que seguir sin más demoras. Brahma nos espera mañana por la noche.

—¿En los Picos Gemelos? —inquirió Álmor—. ¿No están demasiado lejos para llegar allí mañana?

—Cerca de ochenta millas —respondió Bárak—, no demasiado si nos apresuramos. Nosotros abriremos camino, vosotros seguidnos a caballo.

—Tenemos que recoger antes las sillas y algunas armas y enseres que dejamos no lejos de aquí —intervino Ulán.

—Entonces no perdamos más tiempo —concluyó Bárak—. Id vosotros tres y después seguidnos, dejaremos un rastro claro hasta que nos encontréis.

El cazador dio órdenes a sus doce guerreros en una lengua selvática y pidió cortésmente a las muchachas que marcharan montadas detrás del grupo. Vrik estuvo contento de separarse de ellas y de que todo hubiese ocurrido tan rápido, sin tiempo para sufrirlas. Esperaba poder mantenerse a distancia de sus primas y se prometió que, si para ello era necesario, se haría incluso amigo íntimo del mono.

El día pasó rápido. No hubo tiempo sino para marchar y, aparte de un brevísimo descanso para comer al nacer la tarde, no hicieron otra cosa que seguir el rápido e incansable avance de la compañía formada por aquellos hombres del bosque que Bárak había llamado *tholos*, el *gôrgon* y el cazador del rey. Vrik logró evitar a Yrna y Arolán toda la primera jornada. Durante la pausa, se ocultó para comer; durante la marcha, se escurrió hasta el último lugar del grupo dejando a Álmor y Ulán como sufridos muros de contención entre él y las muchachas. Lo que no pudo evitar fue oír las, un dúo de quejas y lamentaciones con la potencia polifónica de una coral entera. El frío, el calor, el dolor de las ingles, de las piernas, de la cabeza, el hambre, el sueño, el cansancio, la irritación, la injusticia cometida con su familia y con ellas, su triste presente, su desesperanzado futuro, su pasado irrecuperable... todo ello eran demonios que debían ser exorcizados y cada uno tomaba cuerpo en una larga y quejicosa jeremiada. Los hombres del príncipe no daban señales de oír las, el *gôrgon* las encontraba profundamente divertidas y respondía muchas veces a sus lamentos

con aullidos de un sorprendente mimetismo; si de ironía o condolor, no llegó a saberse nunca. En cambio, Álmor y Ulán tuvieron mil momentos a lo largo de aquel primer día para arrepentirse de haber acudido a los gritos. Por fin, en cuanto hubieron alcanzado el lugar de reposo nocturno, ambas se sentaron rendidas en el suelo sin esperar siquiera que alguien les proporcionase una manta o alimento.

—Tengo frío —dijo Yrna.

—Me duele la cabeza —añadió Arolán.

Y ambas cayeron en un hondo letargo o, como habría dicho Ulán, en pleno estado de *mineralización*. Nadie entendió por qué ninguna de las dos había dicho «tengo sueño», pero agradecieron el silencio y durante un buen rato nadie habló.

De los fragmentos inconexos oídos, Vrik pudo colegir que sus primas habían huido de la casa familiar cuando esta fue asaltada por los hombres de Elva. El embargo se había convertido en un auténtico y despiadado ataque, pero el padre de las muchachas había tenido tiempo de montar a cada una en una yegua joven y hacerlas huir. Quizás, se decía Vrik ironizando consigo mismo, este había sido el error de Íman, pues ¿quién habría sido capaz de tomar la casa con las niñas por airada defensa? Del destino de sus padres Yrna y Arolán no sabían nada, e ignoraban también cómo habían llegado al bosque, qué bosque era aquel o qué debían hacer de sí mismas a partir de ahora.

—¿He creído entender que son parientes tuyas? —preguntó Álmor a Vrik acercándose a él e interrumpiendo su ensimismamiento.

Se hallaban en el interior de las Húrindra, en una primera sala de piedra iluminada en la que habían desembocado por un pasadizo no muy largo que nacía en la ladera de la colina más oriental. Todos habían consumido su pábulo nocturno y se habían reunido en grupos para conversar. Ulán hablaba animadamente con Bárak, y Vrik suponía que el cazador del rey estaría respondiendo a algunas de las inexcusables preguntas del comandante, pero él no se sentía con ánimos para participar de la charla. Estaba cansado, no física sino mentalmente, tan cansado como para no interesarse siquiera por aquel misterio de la luz efundida por la roca. Pero sobre todo estaba preocupado por Leb; el gris presentimiento que envolvía a su maestro como un aura maldita seguía acosándolo.

Vrik alzó la vista sin acabar de entender lo que le había dicho Álmor.

—¿Hmm?

—Primas tuyas ¿eh? —retornó Álmor.

—Sí —respondió Vrik con un suspiro—, hijas del hermano de mi padre.

—¿Sabes?, parece como si las temieses.

—¿Tú no? —repuso Vrik—. Ya aprenderás. Álmor rio con franqueza.

—¿Y por qué habría de hacerlo? —dijo a continuación.

—Tú no has vivido en la ciudad ¿verdad, Álmor?

—¿En Eben? No, nunca, y no lo echo de menos.

—Ni tienes por qué, te lo aseguro —afirmó Vrik rotundo—. Esas niñas son el aspecto más miserable de Eben.

—¿No exageras? Creía que nuestro enemigo era Abdalsâr —repuso el Thúbal.

—Abdalsâr es cuando menos un enemigo valioso. Fuerza al servicio de la Sombra, pero fuerza al fin y al cabo. Sin embargo, yo creo que ningún Abdalsâr tendría su oportunidad en el mundo si no se la dieran todas las Yrnas y Arolanes esparcidas por ahí.

—Eres inteligente Belinor, pero no creo que estés hablando con la cabeza.

—¡Bah!, qué más da —concluyó Vrik molesto incluso con sus propias palabras.

—¿Vienes? —le ofreció Álmor dando el tema por zanjado y señalando con la mirada a Ulán—. Parece que nos estamos perdiendo una información interesante de Bárak.

—Ve tú, Álmor. Voy a intentar dormir.

Vrik buscó un rincón apartado del resto del grupo. Se arropó en su manta, se tumbó y se calmó. Estaba decidido a servirse de su cuerpo sutil para acceder a su maestro y saber por fin qué le había ocurrido o qué podía ocurrirle. Distendió sus miembros y relajó cada fibra de su carne hasta que dejó de percibirla. Entonces recreó en su mente la imagen del cuarto de estudio de Leb en el que tantas horas había pasado con el hombre del desierto. Lo imaginó sentado en una silla, en el centro de la habitación, en su postura habitual, muy recostado en el respaldo, con la pierna derecha estirada, la izquierda algo recogida y los antebrazos sobre los brazos del asiento. Evocó los detalles de la estancia, del rostro de Leb, de la atmósfera que lo envolvía, y se proyectó a sí mismo andando en círculos a su alrededor. Uno tras otro. Como si con cada círculo cuajase un poco más la realidad conjurada, Vrik empezó a percibir la presencia de Leb a su lado, al principio lejana y difusa. Insistió. Cada vez era más patente, pero algo le impedía llegar totalmente hasta él... la sensación de un poderoso peligro o de una terrible verdad tras el velo del presentimiento. La imagen del estudio frente al Deva desapareció y Vrik nadó en un coágulo de sombras tumultuoso. Consciente apenas, luchó y no supo contra qué, ciego y desvalido como en el interior de una tormenta, azotando el torbellino y los rayos.

Temió caer derrotado en la grieta de una pesadilla.

Pero de pronto una fuerza superior a cualquier cosa experimentada por él hasta entonces lo sacó de la obscuridad, lo llevó más allá de los límites de la penumbra y le permitió flotar en un mar de infinita serenidad sobre el mar turbulento de tiniebla. Había una presencia a su lado, pero no podía verla, como si fuese de la textura y transparencia del diamante.

«¿Leb?».

Pero el poder que irradiaba aquel ser inalcanzable era mucho mayor. No recibió de él palabras pero sí la certeza de una misión. Vrik se sumergió en la tiniebla envuelto en el aura de serenidad recién conquistada. Buceó hasta el centro, como si cada uno de sus gestos allí estuviese dirigido y protegido. Halló a Leb, atado por docenas de serpientes y a punto de exhalar la vida estrangulada por sus lazos. Vrik alzó su mano y sólo entonces descubrió que portaba una espada de diamante. Tajó con ella y las serpientes se disolvieron en la nada.

En alguna parte del universo alguien gritó y el espacio vibró con maldición y odio desbocado. Pero Leb abrió los ojos y le vio, y en su rostro había una sonrisa cálida.

XX



uego diamante, fuego de liberación. Este fue el Verbo que estalló como un cántico en el cristal de la mente de Leb cuando vio desgarrarse las adujas animales que lo sujetaban y las serpientes cayeron a sus pies, exhaustas de la energía mortal que las sustanciaba, antes de desintegrarse. El estridor de una protesta titánica le golpeó el oído, hiriente como hierro al blanco, pero él no se detuvo a escucharlo: una escala se había formado ante sus ojos, de la materia sutil del símbolo y con dimensiones del ser por peldaños. Se vio ascender por ella con la parte de sí mismo que no portó, reducido a mero sentir y al dibujo vidente de unos ojos; se vio ascender veloz como los pájaros, hinchiéndose de un aire más y más sutil, dejando en cada escalón una nueva imagen de sí, crisálida despierta del Leb siguiente y cifra externa del íntimo Habitante. Se vio ascender y se vio ascendiendo, y más allá de la meseta tras el último peldaño, columbró luces de Aurora y recordó las Puertas del Sol abriéndose a la Senda de los Dioses. Más y más le atrajeron las alturas con la gravedad del Espíritu, y casi le cegó la Luz cuando dejó atrás el último escalón, la última crisálida. Pero miró de frente al Sol de oro, manantial del Tiempo, con ojos de azor y lo saturó una plenitud sobrehumana. Un entusiasmo de gratitud rompió en su pecho con la fuerza de las olas, alzó hacia el Infinito el recuerdo de sus brazos y exultó en las rimas fulgurantes de un cántico silencioso. Entonces la vio, la figura diamante sobre la hidra del mundo, y se arrojó a su inmensidad de océano. Calma, Dicha, Luz descendieron la escala de los mundos como un suave reguero de agua que hubiese rezumado del mar del Pleroma con los chapaloteos del Niño Supremo, refrescando y remozando las crisálidas, goteando con la precisión de un alambique sobre un cuerpo material lejano, muy lejano, en el otro extremo del Tiempo vertical. Una vigilia serena como la noche e incandescente como el mediodía creció poco a poco en la carne distante hasta rezumar también por cada poro del cuerpo. Lágrimas felices de confianza y consagración ascendieron a sus ojos mientras las crisálidas sutiles, encajaban una en otra y volvían a su morada terrestre pobladas de nuevo por su Fuego secreto, su íntimo Habitante.

Pasó mucho rato antes de que Leb pudiera moverse. Sus miembros no tenían la mínima intención o necesidad de hacerlo. Había experimentado la muerte, una vieja compañera de camino, y había vivido la Vida verdadera. La luz que su aura irradiaba transformaba el mundo alrededor dándole el barniz de las cosas divinas; daba la impresión de que ya no quedase otra cosa por hacer en él más que gozar del restaurado paraíso. Pero bien sabía Leb que las partes dolientes, deformes, hambrientas, de sí mismo y de la Tierra, dormidas ahora, no habían sido extinguidas; pronto repondrían su oclocracia llamando con daño, muerte y sangre al Único que con su ser infinito podía colmar su infinito vacío. En aquella tregua de inmovilidad divina, Leb acumulaba fuerzas para la prosecución de esa aventura en la que el hombre teje a Dios con los hilos de la historia.

Estaba entrada la noche cuando golpes ansiosos en la puerta de su morada obligaron a Leb a abandonar el gozo de su trance pasivo. Una intuición alcanzó su mente iluminada y el hombre del desierto se apresuró tanto como pudo a abrir.

—Maestro Lébari, por favor —la mujer susurró el nombre con el que sólo ella le llamaba, Corazón de León, y cayó exhausta en sus brazos.

Leb la alzó, era un cuerpo menudo y castigado, y la portó al único jergón de la casa. Tenía fiebre y balbuceaba palabras de delirio. La dejó un instante, se asomó al exterior para asegurarse de que nadie la seguía y atrancó la puerta con la aldaba. Luego hizo lo que habría deseado no volver a hacer jamás: abrió un gran arcón y sacó de él dos espadas, una de hoja recta y resplandeciente con empuñadura de marfil y plata, y un alfanje negro y curvo como el primer pétalo ausente de la luna. Las puso a su alcance y retornó a la mujer.

—Majestad —susurró muy quedo junto a su oído como si pudiese penetrar a través del delirio y el sueño—, estáis a salvo. Estáis con amigos. Tranquilizaos. Prepararé una infusión que os repondrá. Comeréis algo y dormiréis. Mañana habrán cesado las pesadillas y la fiebre huirá de vos. Reposad.

La mujer se sosegó enseguida, aquietada por el flujo hipnótico de la voz de Leb. Este puso rápidamente agua a hervir en el fogón de su pequeña cocina y, en cuanto empezó el borbor, arrojó en la olla de bronce raíces, hojas, ramitas y una cucharada de miel de espliego. La tapó y esperó mientras un aroma a bosque húmedo se difundía por la casa. Con todas las luces apagadas y la mano cerca de las armas vigiló desde su ventana la noche; a nadie se veía ascender por el solitario barrio de pescadores, aunque media luna en el cielo y dos o tres fanales del puerto la hacían menos opaca. Luego preparó una bandeja y se acercó al lecho, untó con miel unos trozos de pan, los mojó en la infusión, se los hizo comer a la reina y le sostuvo la cabeza hasta que apuró el resto del líquido humeante. Entonces la dejó dormir.

Pero él permaneció despierto. Había recibido ya más sosiego del que cualquier sueño podría darle, y se dispuso a velar el resto de la noche. Admiró el valor de Dama

Esha, que había escapado a sus secuestradores, y pensó cómo sacarla de la ciudad antes de que estos sospechasen su escondite y viniesen a buscarla. De que lo harían no le cabía duda, era sólo cuestión de tiempo; y si Leb tenía alguna ventaja, era ahora la posibilidad de una rápida iniciativa.

Era patente que la reina había sufrido en las manos de los conspiradores. En la serenidad de la estancia y a oscuras, Leb podía ver con sus ojos sutiles el daño que las drogas habían causado en el aura de Dama Esha. Sus pensamientos eran tolvánicas y sus ideas, que habían soportado los potentes martillazos de cada intento infructuoso de tergiversación, estaban inertes y confusas. Sus emociones se veían castigadas por un ritmo demasiado trepidante de esperanza, desesperanza, dolor e inercia en ciclos renovados una y otra vez. Y su cuerpo estaba demacrado. Pero el núcleo de su voluntad y fortaleza, que la había sacado de su encierro contra toda posibilidad, que le había hecho huir a través de calles oscuras, enemigas, hasta este único refugio, estaba intacto y había empezado ya a restaurar el orden interior con la minuciosidad y paciencia de un cirujano divino.

La noche avanzó silenciosa, sin nadie que perturbase su misterio. Leb vigiló, observó y calculó las posibilidades de los diferentes planes que se le ocurrieron; ninguno le convencía. Alguien debía sacar a la reina de Eben y llevársela a un lugar seguro, quizás Dyesaar, pero él no podía hacerlo y no había nadie a quien pudiese encomendar esta misión. Los agentes que las Órdenes habían introducido en la ciudad para rescatar a Baar de Belinor estaban ahora lejos y el único de sus jóvenes a quien Leb se habría atrevido a confiar la reina cabalgaba a través de Koría.

Un gallo cantó con el primer romper del alba. Dama Esha se movió en la cama, y abrió los ojos, y en su rostro se dibujó una sonrisa sosegada pletórica de triunfo y majestad.

—Lébari, bendito seas, estás todavía ahí...

—Sí, mi señora.

—Lébari, son estúpidos, son terribles, van a destruirlo todo... ¿Es verdad que la gente les sigue?

—Señora, la gente sólo sabe lo que ellos les dicen y ellos hablan en vuestro nombre.

—Pero... ¿nadie ha sospechado nada, nadie se ha extrañado de que la reina no...? Es doloroso, Lébari.

—Majestad, en esta era no abunda el discernimiento, pero sería injusto decir que nadie está con vos. A este y al otro lado del Deva hay hombres y mujeres organizándose para luchar por los Tauris. El príncipe no tardará en llegar. Por eso es importante que los conspiradores no vuelvan a aprehenderos.

—Son terribles, Lébari —repitió la reina con un suspiro y su rostro se torció recordando las vejaciones a que había sido sometida—. Esa Elva de Olpán, mi

guardiana, qué... capacidad para el mal. Qué imaginación para la tortura moral y la lenta, inexorable aniquilación física. ¡Ah, Lébari...! Pero me temo que esto es sólo un respiro. No pueden tardar en encontrarme.

—Por eso debéis salir de Eben cuanto antes, majestad.

—¿Para ir a dónde, fiel amigo, a dónde?

Leb titubeó un instante antes de responder. No le satisfacía la idea, pero había llegado el momento de tomar una decisión y de todas las que habían desfilado por su mente aquella noche esta era la menos mala:

—Lo más fácil, señora, sería llevaros a tierras de los Thúbal. No están lejos de aquí y yo podría retornar pronto adonde hago falta. Sé que los Thúbal son los puntales de la resistencia en el Cinturón Fértil y, aunque este peligra, una vez allí, si las cosas fueran mal, vuestros seguidores siempre podrían evacuaros hacia el desierto en espera de la llegada del príncipe. Lo mejor sería Dyesäar, sin duda, pero...

—No, Lébari, no. No quiero estar tan lejos de aquí en los momentos difíciles.

—Ishkáin es otra posibilidad, pero temo que su destino sea todavía muy incierto.

—Los Thúbal... Es lo mejor —respondió la reina—. Sean cuales sean las dificultades, sólo necesito recobrar un poco las fuerzas.

Dama Esha tenía una voz dulce y tranquila. Hablaba perfectamente el *ordumia*, pero con Leb utilizaba siempre la lengua materna que ambos compartían, la de los pueblos de las arenas, aunque sus dialectos diferían. No era muy alta; había sido corpulenta, pero ahora se la veía muy demacrada y el rostro había transformado el sufrimiento en nuevas y fieras arrugas. Sus grandes ojos azules estaban hundidos, cadavéricos, sus labios resecos, y su largo pelo lacio y negro era ahora una hispida cascada de blancura.

—Os prepararé algo de comer y una infusión. Creo que un poco de vino os sentaría bien, majestad. Luego... estaríais más segura oculta en el depósito subterráneo que tiene esta casa. No es muy grande y, desde luego, nada luminoso; además, huele algo a pescado porque los antiguos propietarios guardaban ahí el fruto de sus sudores en el Deva, es húmedo y frío...

Dama Esha no pudo contenerse y rio con ganas. Leb se unió a ella en las carcajadas y juntos conjuraron el buen humor.

—Quisiera poder ofreceros cualquier otra solución, pero...

—Si te comprendo, Lébari, fiel amigo, te comprendo. Después de cebarme, ¡a la heladera del pescado! —sonrió.

—Os la haré lo más agradable posible, majestad, esa heladera, os lo prometo. Y esta noche os sacaré de Eben. Ahora, si queréis, reposad un rato más mientras dispongo las cosas; todavía es muy temprano.

Pero Leb se quedó un instante observando a la reina, la dulzura con la que tornó a cerrar sus ojos y la sonrisa imborrable con la que descendió rápidamente al sueño.

Silencio y placidez la envolvían y, antes de que pudiera darse cuenta, también él se había dormido. Le despertó más tarde el barullo del exterior y no supo qué hora era. La reina emergió abruptamente del sueño y lo miró con inquietud. Leb se levantó, corrió la cortina que separaba el rincón donde dormía del resto de la estancia y se acercó a la ventana. Había movimiento en el puerto; Ranza estaba allí con algunos hombres de su guardia personal dando órdenes a los centinelas de los barcos reales. No les diría que la reina se había escapado, de ello estaba Leb seguro, pero los prevendría contra cualquiera que se acercase a los barcos sin el permiso escrito del visir. La mayor parte del ejército seguía siendo fiel a la Casa de Tauris aunque, engañada y con jefes nuevos, afectos a la conspiración, poco podía hacer. Sin embargo, si Leb estaba en lo cierto y aquello no llegaba más lejos, aún tendrían una oportunidad por la noche. Pero no, vio que Ranza reforzaba la guardia real con parte de sus hombres; después montó en una biga que imitaba las del nuevo imperio y se alejó de la orilla del Deva.

—¿Ocurre algo, Lébari? —preguntó la reina.

—Nada que deba preocuparos ahora, majestad. Ranza estaba en el puerto organizando la custodia de vuestros barcos. Ha tenido la generosidad de aumentar vuestra guardia con la suya, lo que dice mucho en favor de la lealtad de la primera. Pero ya resolveremos esta cuestión cuando le llegue el momento. Ahora voy a preparaos sin más tardanza el desayuno.

Leb se afanó en la cocina tostando pan, hirviendo huevos y preparando sajaduras de queso de cabra con miel. La infusión esparció por la casa el olor del tomillo y el hombre añadió a la bandeja vino, frutos secos, fruta fresca y yogur de oveja.

—Aquí tenéis, mi señora, un desayuno para una reina.

Dama Esha sonrió y se incorporó en el lecho. Se sentía mucho mejor.

—Es más que regio, Lébari, es el cariño y la lealtad de un amigo.

—Sabéis que son vuestros, majestad.

Dama Esha comió con apetito y Leb la observó calladamente. La reina era fuerte y estaba recuperándose con insospechada rapidez. La esperanza de libertad, pero sobre todo la esperanza de poder actuar por el reino y de aguardar al príncipe luchando, le daban toda la energía y el estímulo necesarios para sanar. Si no ocurría ningún contratiempo, Leb podía contar con la fuerza, la inteligencia y la habilidad de Dama Esha para el éxito de su misión nocturna.

Estaba ya retirando la bandeja del desayuno y se disponía a acondicionar el sótano cuando tres golpes en la puerta lo alarmaron. La reina y Leb cruzaron una rápida, inquieta mirada, pero el hombre mutó enseguida su rostro en un intento de tranquilizarla y corrió la cortina ocultando el rincón que hacía las veces de dormitorio. No imaginaba quién podía ser a aquellas horas de la mañana y su intuición no le ayudó, pero tenía al menos la certeza de que no había un peligro

inmediato; los golpes habían sido casi tímidos, con una nota de indecisión y un matiz de desagrado. Quien llamaba venía obligado por alguien o por alguna circunstancia.

—Traigo un mensaje, ¿puedo pasar? —Ergon, el escolarca de la Universidad Nobiliaria no esperó la respuesta de Leb y, con el hombro por delante, forzó su camino hacia el interior.

Leb lo contempló con las cejas alzadas en una muda expresión de asombro.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Ergon sin mostrar ninguna necesidad del permiso del anfitrión para ocupar el más cómodo de los asientos—. Hmm, huele a hierbas. ¿Una infusión de tomillo, quizás? La aceptaría muy a gusto.

Leb se sentó frente a él.

—Lo siento, a mí me falta el gusto para ofrecértela. ¿Qué se te ofrece, Ergon? ¿Cómo tú en mi humilde morada?

Ergon era algo más joven que Leb. Tenía un rostro hermoso de nariz recta, pómulos salientes, mirada suspicaz, y labios finos y rápidos de sofista experimentado. Era alto, de piel blanca como los ebénidas de viejo cuño, pelo negro y cortado a la moda de Zuria, hombros anchos pero caídos hacia delante. Vestía la toga de su jerarquía, orlada con grecas de púrpura y oro, y se cubría con una capa corta de color azul. No sólo no se quitó la capa al sentarse sino que se arrebujó en ella, mostrando al anfitrión que aquella casa le resultaba tan inhóspita como un descampado.

—No te falta franqueza —rió Ergon en respuesta a las palabras de Leb.

—Al contrario que a ti. Acabemos rápido, tengo cosas que hacer. ¿Decías que traes un mensaje?

—La franqueza, maestro Leb, es patrimonio de los puros. Tú lo eres, o al menos eso crees, yo no. Tú tienes tu convencimiento; yo, por todo patrimonio intelectual, tengo mi duda. Tú tienes tu eternidad; yo, por todo capital espiritual, tengo el valor de reconocirme efímero. Por eso, maestro, entre uno y otro hay la misma diferencia que entre una roca y el viento.

A Leb le bastó esta última frase para comprender adónde apuntaba el escolarca sus argumentos. Si le dejase seguir por esta línea, antes o después, con circunloquios más o menos largos, más o menos abstrusos, le oiría decir: «La piedra es inmutable, sean cuales sean los tiempos; en cambio, el viento viene y va, trayendo y llevándose las estaciones. Trasladado al terreno político, amigo Leb, todo esto significa que...». Era evidente, pues, cuál era el mensaje que portaba y a quién servía de heraldo. Estaba a punto de cortar en seco el diálogo cuando Ergon se interrumpió.

—¡Ah! Espadas —dijo observando las armas de Leb, tiesas junto a una pared cercana.

—Te equivocas escolarca —respondió Leb tratando de despistar su atención, aunque fuese devolviéndola a la dialéctica de los argumentos—. Lo que llamas el valor de reconocerte efímero es la pereza en la que te refugias para no tener que

luchar por ser eterno. El que sí lo hace no podría prosperar sin tanta medida de duda como de convencimiento. Su convencimiento es el de su experiencia, no el de una vana especulación; su duda es la herramienta con la que mide, pesa, calcula cada nueva experiencia, cada nueva certidumbre, desvelando con total impudor sus límites y, por tanto, la necesidad de ir más allá, aun más allá de cada cómoda certeza.

Ergon, espoleado en su amor propio, volvió rápidamente la mirada hacia Leb; pero cuando iba a abrir la boca para contestar, su interlocutor ya le interrumpía enardeciendo aún más su fingido furor.

—Lo que llamas eternidad, escolarca, no es sólo una estática posesión; es además un ideal y una esperanza... y es también un compromiso.

—¡Ja! —estalló Ergon—. ¡Religión! Los nobles acabarán con eso.

Saltó de su asiento y caminó alrededor como para disertar. Se reprochó su última frase, que le había hecho adelantarse al discurso que traía pergeñado.

—¿Acabarán? —repuso Leb poniéndose también en pie, pero en actitud de despedirlo—. Si lo hicieran se ganarían mis simpatías, pero no lo harán. Son aliados naturales del templo. Yo no te hablo de religión, escolarca, sino de misterio. Mira, asómate ahí —dijo abriendo la puerta—, lo que ves no es más que una isla. Un día llegamos a ella tú y yo, desnudos de cuerpo y de recuerdos. Ahora dime, ¿dónde está esta isla y en qué barco cruzamos el mar hasta la proximidad de sus costas, quiénes éramos antes de perder la memoria y qué haremos para recuperarla? Dime, ¿por qué uno se lo pregunta y el otro no? Dime, ¿quién duda más profundamente, y qué convencimiento es más ciego y más mísero? Tergiversas las cosas, escolarca, soy yo quien duda porque soy yo quien no quiere olvidar que la isla está en el mar del Misterio. Religión es un modo de poner un rostro santo al misterio; y tu duda intelectual, una forma de colgarle un espejo y mirarte permanentemente en él.

Ergon había salido de la casa impulsado más por la premura en las palabras de Leb que por propia voluntad; pero una vez allí había mirado alrededor, aquel mundo tan perfectamente conocido y tan minuciosamente pensado que el hombre del desierto llamaba isla. ¡Un naufrago él, que se consideraba dueño potencial de todo lo que no poseía en acto! Pero, de pronto, algo de las palabras de aquel bárbaro rozó una fibra suya desconocida y miró el exterior, por primera vez, sin verse a sí mismo. Le pareció que este poder transparente de sus ojos podía desmallar la poderosa urdimbre de la realidad conocida; y por un instante fue así, y Ergon contempló el guiño del misterio a través del desgarrón en la costura de las cosas. Necesitó un esfuerzo de voluntad supremo para dominar su vértigo. Luego se volvió para contemplar la figura de Leb en el vano de la puerta. Leb percibió el cambio y esperó a oírle hablar, fijos en sus pupilas los ojos.

Pasó un instante. Ergon no encontraba palabras. Al final bajó la cabeza y dijo lo que había venido a decir:

—Te han condenado, Leb.

Y partió a través de las calles solitarias, confundido, herido y transformado.

Leb cerró la puerta. Seducción, advertencia, muerte: con la visita de Ergon había culminado la segunda etapa y sólo quedaba esperar la tercera, que Abdalsâr no delegaría en nadie. Pero al contemplar sus espadas tímidamente apoyadas en la pared, inofensivas tras años de sueño en el arcón, el hombre de las arenas pensó que, al fin y al cabo, la muerte se había adelantado a la secuencia esperable y ya había tenido su oportunidad. Si quedaba alguna etapa, era la de la esperanza y el triunfo.

XXI



na sensación de fuego frío ascendía en espirales alrededor del eje de su espalda. La cúpula del cráneo se quebró, y brotó un loto en llamas. Alzó la vista y, a través de la grieta de la bóveda, descubrió una luna simbólica contra un cielo suprahumano. Luego, la luna se partió con un trueno y Brahma se sintió en la cima del mundo, viendo desfilar ante él todas las cosas que podía presentarle la memoria. Una por una, cada cosa le rindió el tributo de su propia, fugaz irrealidad; lo acumuló a sus pies, disolviéndose en una totalidad aún difusa... Vacío sobre vacío... Cada fenómeno se invaginó en lo indiferenciado hasta que sólo el universo, uno, homogéneo, informe, estuvo entre sus dedos: una onda, un verbo... para luego repicar su nombre hueco, como una campana. Él lo introoyó... letras reverberando sin significado en los intersticios de su cuerpo, mostrándole la Desnudez de su propia nada antes de precipitarse al vórtex de la Nada entre remolinos de jirones de las sombras de su carne...

—El universo cabe en la palma de la mano —susurró—... y se escurre como arena entre los dedos.

—Así es —repuso una voz—. Has hablado como un poeta. Háblame ahora como un filósofo.

—Existe un estado de consciencia para el que el universo no es una suma de elementos sino una única, completa realidad. Sin embargo, en el mismo momento en que objetivándola nos situamos fuera de ella, la consciencia, fragmentada antes en una pluralidad de percepciones, se unifica precipitándose al vacío de la Subjetividad Absoluta. Y más allá de este primer vacío del Testigo mudo que sólo ES, hay otro aún mayor.

—Háblame ahora como un místico —insistió la Voz.

—En el torbellino de la mente —musitó Brahma con un tono profundo surgido de su propia meditación—, trazo el origen de cada pensamiento; cuestiono la espontánea centralidad de la consciencia sobre la que se precipitan los pensamientos en raudas espirales; pieza a pieza, desmonto la rígida estructura invisible que iguala mente y

mundo. Libre, la mente es fuego, luz, gema... es gema y Nada. Desnudo, contemplo el Misterio y dejo que lo que se extiende antes y después de mí, el Cero rodeándome, me invada y me aniquile.

Brahmo abrió los ojos, robado al trance por el peso de su voz. Nuevamente le asombró el misterio de aquel interlocutor secreto que incitaba a su mente externa a registrar lo que su espíritu habría callado. Se puso en pie y caminó hasta una terraza del monte sobre el lago Kuwsh, entre pinos rojos korianos. En la profundidad, el lago era una acuamarina mal desenterrada bebiendo los últimos rayos del sol y él la contempló con la calma y la plenitud que lo saturaban. Algo más allá empezaba el verdemar de los árboles, con su grito animal y el viento citareando en la cúpula. En aquel crepúsculo otoñal, una eran la paz del príncipe y la de su bosque. Brahmo había llegado a amarlos profundamente en aquellos meses. Esta región salvaje en la que enfrentara cientos de veces la muerte se le había revelado como la fuente de la Vida, y él había hecho todo lo posible para preservarla de las amenazas del porvenir. No quería un Koría civilizado, si por civilización debía entenderse la del resto de los reinos de Ordum. Quería un Koría vivo, un Koría Koría; un Koría siguiendo las líneas de su propia evolución, que poco tenían que ver con las del mundo *civilizado* pero que eran tan fascinantes o incluso más que las de aquel. Para ello había sido necesario escoger las fuerzas y semillas del futuro, aquellas tribus que, aun siendo primitivas, fieras, crudas, eran una manifestación más pura de la vida primordial tocada por el Espíritu, aquellas que poseían una intuición mayor de su destino y expresaban de un modo más diáfano el alma secreta del bosque; había sido necesario aliarlas, mostrarles su parentesco espiritual más allá de los vínculos y odios entre sus tótems respectivos. Había sido necesario discernir, acosar y exterminar los elementos oscuros y destructivos, tribus que, siendo acaso tan elementales, crudas y feroces como las primeras, encarnaban el aspecto degradado y perverso de la vida, ese que se riza sobre sí mismo como un gusano ante el toque de lo Alto y se solaza en la inmovilidad del tiempo, barrea en el fango del tiempo, y vive a la sombra del horror del tiempo. Este había sido el sentido de las Guerras Korianas. Y cuando en el futuro la Pentápolis se sintiese lo bastante fuerte como para reclamar la mitad septentrional del bosque, o incluso su totalidad, los reyes de Eben podrían acudir a la llamada de las tribus con justicia, no para defender un territorio robado y sometido en otro tiempo, sino la obra peculiar y exótica del Espíritu en la selva. Este compromiso espiritual simbolizaba la Corona del Carnero, que las tribus aliadas habían plantado en la cabeza del príncipe ebénida proclamando con ello la inquebrantable solidez de su unidad recién constituida.

Pero para Brahmo el tiempo de Koría terminaba y, aunque él lo contemplaba ahora desde la cumbre del Ish, alto en el corazón del bosque, lo veía ya lejos. Era la hora del retorno. El fruto estaba maduro. El cuerpo enfermo del reino había tenido

tiempo para supurar todos sus malos humores por las heridas abiertas. Tiempo era de cauterizarlas.

—Adiós, Koría —susurró Brahma—. Hoy vendrá Eben a buscarme.

Alzó la espada con su mano derecha y la hoja resplandeció encarnada por el último sol. Permaneció unos instantes en esta postura, consciente del bosque a sus pies, del cielo sobre su cabeza, y de la espada y su brazo como el vínculo entre la Tierra y las Alturas. Una inmensa gratitud le desbordó el pecho por aquel momento de hermosura y por el Acto Creador, que le había conducido hasta él a través de impredecibles laberintos de tiempo. Luego la espada descendió lentamente hasta su costado y la intensidad del sentimiento se aplayó.

Brahma flotó un rato aún en sus pensamientos, con la tranquilidad de una nube, viendo las sendas futuras avanzar y cruzarse en la profundidad. Percibió luego una figura que ascendía el escarpado breñal por el que se alcanzaba la cima del Ish. La figura levantó la mano en un gesto de devoto saludo y el viento de la cumbre agitó su blanca melena como las plumas de un cisne estremecido. La figura se acercó.

—Ha llegado Bárák con su grupo, Brahma —dijo—. Te esperan. Tenías razón. No vienen solos. El reino acude a buscarte. Pero... aún me pregunto si era necesario.

—¿Necesario? Los símbolos son un lenguaje, Ébion. Útil sólo para quien lo entiende, necesario para quien se guía por él, imprescindible para quien se deja conducir por Aquel que lo habla.

Brahma contempló al hombre con profundo afecto. Cuatro meses de intensa camaradería con sus soldados le habían llevado a amarlos más que a hermanos de sangre. El príncipe había eliminado tiempo atrás todo protocolo, toda cortesía y respeto especiales hacia su persona. Fue un acto innecesario: en realidad, toda fórmula tradicional había sido anegada en el sentimiento de creciente admiración que despertaba su carisma, su coraje, el halo de calma y de misterio que poco a poco iba envolviéndolo; y todo ello había generado nuevas formas de trato, flexibles, espontáneas, proteicas.

—Vamos —dijo Brahma palmeando con cariño el hombro de Ébion.

Los dos hombres caminaron hacia la ladera, descendieron por el breñal, y algo más abajo, después de otra terraza que formaba el Ish afrontando el Poniente, tomaron un camino estrecho que, bajo verdes arcadas y la vigilancia de monstruosas peñas, viboreaba hasta la entrada de las cavernas en la base del monte. Estaban cerca ya de su destino cuando una cobra cornuda koriana les salió al encuentro. Ébion la contempló con cierta aprensión.

—¿Aquí estabas? —le dijo Brahma acercando su brazo al hermoso reptil.

La serpiente trepó por él, rodeó sus hombros y se asentó en la base de su cuello. Sus anchas espirales fueron un viviente collar sobre el pecho del príncipe y su cabeza se elevó sobre la del hombre como un pináculo. Era un ejemplar grande y

majestuoso, de cerca de seis pies de largo, cuernos áureos y afilados, ojos hipnóticos de grandes pupilas caoba, y cuerpo negro, recorrido por una franja que doraba su dorso y que, cuando dilataba el cuello por asombro o irritación, se transformaba en un sol bajo el ángulo de su cabeza. Se había deslizado hasta los pies de Brahma un día que este meditaba en la cumbre del Ish, había rodeado su cintura, trepado por su espalda, anillado su cuello, reposado en su cabeza. Brahma no la percibió físicamente, pero en su trance un pavo real cruzó el éter volando y le arrojó el tesoro que aferraban sus patas: una serpiente de oro. Su memoria sutil evocó los recuerdos de su padre, y su intuición, en el vórtex del rapto, interpretó la visión como un símbolo de triunfo. Cuando emergió a la superficie del mundo, halló el símbolo hecho carne. No temió, aunque conocía el peligro que la cobra significaba. Palpaba, entre él y el reptil, un vínculo que los unía y trascendía: ambos compartían una misma forma de realeza, surgida espontáneamente de la fuente secreta de las cosas.

Tocado con esta corona viva y mortífera, Brahma apareció en la cámara de la gruta donde le esperaban Bárák y los ebénidas. Los tres hombres que habían cruzado Koría en su busca hincaron la rodilla, pero el príncipe les obligó rápidamente a incorporarse.

—Olvidaos de ceremonias, amigos míos —les dijo—. Aquí no son necesarias.

—Mi señor —empezó Ulán sin poder contenerse un instante—, vuestro reino sufre.

Brahma miraba en derredor, como si hubiese esperado encontrar allí a alguien más. Sus ojos se cruzaron con los de Bárák. Bastó la expresión interrogadora del rostro del príncipe para que el explorador lo comprendiera.

—Venían con nosotros dos muchachas también. Las están tranquilizando un poco, Brahma, se sentían... algo desorientadas e inquietas.

—Invítalas a unirse a esta asamblea, Bárák, por favor.

El cazador se alejó y Vrik temió perder la solemnidad del instante. Estaba seguro de que el príncipe no sabía lo que hacía y que no tardaría en arrepentirse; esta era su esperanza.

—Ulán Draj —dijo entonces Brahma—, legítimo comandante de la fortaleza de Naor, sé lo que vosotros no sabéis: sé por qué estáis aquí. Los sufrimientos del reino son mis sufrimientos, pero lo que ha ocurrido hasta ahora no se podía evitar. Habéis venido, y en este mismo momento empieza nuestro retorno.

El discurso del príncipe sorprendió a Vrik, hirió a Álmor, crispó a Ulán. El comandante se disponía a contestar tascando el freno de su ira, pero con franqueza, cuando un alarido a dúo se lo impidió. En el umbral donde desembocaba uno de los pasadizos interiores de la montaña, Yrna y Arolán, inmóviles, lívidas, con los ojos muy abiertos y clavados en la serpiente, gritaban. La cobra les respondió expandiendo su cuello como las alas de una gran mariposa. Brahma rio con ganas y

la tensión del momento desmayó.

—Acercaos sin miedo. Esta es Sarpa, mi amiga. No os hará daño mientras no queráis hacérmelo a mí.

Las muchachas eran incapaces de articular palabra, de dar un paso. Vrik admiró su aspecto ridículo. El cabello había empezado a brotarles obscuro, tras varios días sin sus tintes solares. Después de haber tenido que desprenderse de sus ropas ebénidas, inadecuadas y ya desgarradas, vestían sendos uniformes de cazadores del rey, que les resultaban demasiado holgados y en los que perdían todo asomo de femenina gracia. Una manifiesta torpeza para habitar los pantalones o gobernarse con ellos rezumaba aun de sus rostros, que se helaban en una mueca de estupefacción en cuanto empezaban a caminar. Por ello Vrik llegó a pensar incluso que el alarido y la momentánea parálisis se debían más a la vergüenza de encontrarse en tal estado frente al príncipe que al terror del reptil. Internamente, sonrió.

Pero Brahma intentó tranquilizarlas. Se acercó a ellas, las aduló, las regaló con una risa sincera y hermosa, les mostró la secreta belleza de Sarpa, su pronta disposición al juego, su inofensiva fiereza. Ulán, Álmor y Vrik cruzaban miradas extrañadas, decepcionadas casi. Pero Yrna y Arolán se transformaron. Se olvidaron de sí mismas y al mismo tiempo se sintieron alguien. Aceptaron acariciar el cuerpo frío de aquella rara compañera, y se vieron complacidas cuando esta se estremeció como un gato. Al cabo de unos instantes reían con el príncipe, lo trataban con espontánea familiaridad y hasta sus palabras parecían menos estúpidas.

—Sarpa es serpiente en *dévico* ¿verdad? —preguntó Yrna—. ¿No es triste llamarla así, Brahma? ¿Te gustaría que a ti te llamasen sencillamente «hombre»?

Brahma recibió divertido las palabras de la muchacha.

—Tendría algún inconveniente, desde luego, pero no carecería de ventajas —sonrió—. La cuestión es que Sarpa es un nombre ligado a su destino y también al mío. Pero acompañadme, nos esperan cosas que no pueden demorarse más.

Yrna y Arolán obedecieron satisfechas. Brahma hizo un gesto a los tres ebénidas para que lo siguieran también y, a través de un corredor de bóveda tabicada, guio el grupo a una nueva cámara de la gruta, más entrañada en el cuerpo monumental del Ish. Los viajeros habían tenido tiempo ya de acostumbrarse a las luces inhumanas de aquellas cuevas; habían recorrido decenas de millas de sus pasadizos desde las Húrindra, donde llegaron la noche anterior, pero su misterio seguía fascinándolos a pesar de las explicaciones de Bákak... o quizás a causa de ellas. En la nueva cripta flotaba una luz celadón. La planta era cuadrangular; las paredes, altas, recorridas por frescos, habitadas por cariátides y telamones sobrenaturales. Trabajados por mano hábil hasta cierta altura, los paramentos eran seguidos luego por la obra milenaria del monte, una cúpula irregular y bárbara sobre aquellas imágenes finamente esculpidas. Del centro del techo goteaban puntuales, gruesas lágrimas, que caían como

esmeraldas a través del aire verdemar; en una pila natural de roca se transformaban en música y espejo, y alimentaban el musgo que manaba ondulante hasta el suelo como las barbas de la piedra anciana.

—Estáis en el corazón de lo que fue el cuartel general de Ilüel, el Caballero del Tercer Anillo, durante las guerras imperiales —les anunció Brahmo, y el eco de su voz reverberó.

Les condujo hasta el otro extremo de la cámara. Había allí un trono de piedra gris que podía haber emergido del suelo como las estalagmitas. En sus brazos, la roca tomaba la forma de garras de dragón y el alto escabel era la cabeza de un *Naga*; el espaldar era el cuello dilatado de una inmensa cobra de Koría, de cabeza engallada y cuernos como los de un toro. El trono era ancho, alto, poderoso, y sobre él, con la muda expectación de las cosas, reposaban tres signos de realeza: la Corona del Carnero, la espada Mrīyantar y una maza.

—Soy rey de Koría —les dijo Brahmo palpando el trono—, pero ¿tengo derecho al trono de Eben? Vosotros cinco habéis venido a responderme.

Ulán había dejado desvanecerse su última duda: el príncipe estaba loco. Esta y no otra era la razón de su ocultamiento en Koría, bañado en la sangre de los salvajes que había exterminado y envanecido entre aquellos otros que habían sido lo bastante astutos como para adularle; sintiéndose señor de las cavernas sumânoï, plantando su trono en las estancias de Ilüel, y luciendo los cuernos de una sierpe y un carnero como símbolos de su brutal majestad. Todas las piezas encajaban matemáticamente en esta verdad desesperada; y la certeza era un rayo acristalando su mente. Ante aquel payaso que tenía delante, el silencio era la actitud más sabia; escupirle al rostro, la más sincera. Se odió a sí mismo por las palabras con que le había saludado y consideró al reino perdido para siempre. La honda paz que llega con todo destino inevitable le hizo relajarse y esperar, indiferente.

—¿Veis este trono? —prosiguió Brahmo—. Por las imágenes que lo conforman, se diría que es reciente, que ha sido esculpido para dar cuerpo a los símbolos de nuestro triunfo en Koría. No es así. Este trono precede a los tiempos de Ilüel y también a los Sumânoï. Es un trono eterio y fue dedicado al Don... hace doce siglos. Sobre él he puesto los símbolos de mi realeza como ofrenda a Aquel que esperamos.

Observó en los rostros que tenía delante el efecto de sus palabras: la honda decepción de Ulán, la tensa irritación de Álmor, la extrañeza pero también la confianza en Vrik, la inconsciente pero inextinguible admiración de Yrna y Arolán. Frente a él estaba todo el reino, resumido en un pequeño ramo de actitudes y emociones.

—Os he traído aquí —continuó— para mostraros que un vínculo secreto une momentos distantes de la historia. Una Voluntad que ignoramos los hila formando con ellos la trama invisible del Tiempo. Esa es la voluntad que os ha guiado hasta

Koria, no la vuestra. Habéis venido a responderme, en nombre del reino.

—Señor —dijo entonces Arolán con una solemnidad de la que Vrik la creía incapaz—, el derecho al trono de Eben os lo da vuestro nacimiento.

—Porque no es así —respondió Brahma— estáis aquí ahora, para otorgármelo o negármelo. Oídme bien, no soy hijo de Vântar, no soy hijo de Dama Esha. Si habéis oído estas murmuraciones en boca de algunos de los nobles, ahora sabéis que tienen razón.

—¿Quién sois entonces? —preguntó Yrna llevada nuevamente a la fórmula de cortesía por la magnitud del momento.

—Eso Yrna, importa poco ahora...

—¿Qué haríais con el reino? —intervino el Thúbal.

—Eso importa ahora aun menos, Álmor, porque no es en mis razones donde debéis hallar una respuesta, sino en lo más hondo de vuestras aspiraciones.

Entonces Vrik comprendió por fin las palabras del príncipe. Fue capaz de contemplar su viaje hasta este momento, hasta este lugar, desde una altura insospechada. Aquella tarde con Leb, que parecía ya lejana en el tiempo pero de la que sólo le separaban cinco días, había abierto el camino a muchos acontecimientos, a las más diversas e inesperadas circunstancias; en la profundidad del camino había creído ir de una a otra llevado por la necesidad del momento: responder a la confianza de Leb, obedecer a Baar, huir de Elva, afianzar la amistad con los Thúbal, aceptar el consejo de Ébenim, seguir a Ulán, salvar la vida del *gôrgon*, salvar del *gôrgon* su propia vida... Pero esa visión de las cosas desaparecía por completo aquí, en la plataforma intuitiva desde la que las contemplaba ahora: aquí se sentía la mano de una sola Voluntad tejiendo un tapiz inconsútil. Y el centro donde convergían todos los hilos era Brahma. Y Brahma les mostraba que incluso la intención primera de su viaje, traer al príncipe las nuevas de los conflictos del reino, era sólo una excusa: de esas heridas abiertas él sabía acaso mucho más que ellos. Miró a Ulán. Vio la duda todavía en sus ojos, pero la duda era mejor que aquel convencimiento gris que momentos atrás le había asomado al rostro.

Ulán no se perdió en las razones de Vrik; de pronto vio en aquel loco a un jefe... precisamente porque carecía de razones, de derechos de nacimiento, del temor a revelarlo. Tenía ante él a un líder natural, se lo decía la sangre de sus ancestros... Y las musas inmortales de su clan se lo confirmaban destilando hasta sus venas unos versos. La certeza cristalina de su mente se hizo añicos; la certeza de su carne resplandeció como un fuego blanco. Sintió su misma certidumbre en Vrik, pero percibió también una última sombra de vacilación en Álmor.

Pero Álmor miró a Yrna y Arolán a su derecha y vio que, sin saber por qué lo sabían, ellas sabían que Brahma era rey. La duda no las había rozado en ningún momento. Las sugerencias con las que esa maga de la negación construye el laberinto

de la mente no las habían alcanzado, quizás porque no oían con sus intelectos y porque sus corazones, tras el cataclismo de su pequeño mundo personal, habían empezado a girar sobre sí mismos para afrontar la vida con el rostro oculto. Sí, Álmor vacilaba todavía, pero también se sabía demasiado suspicaz... y sabía que toda su suspicacia jamás lo acercaría a la verdad un solo paso.

—Sois rey, señor —dijo entonces adelantándose al sentimiento y las palabras de sus compañeros.

Y Ulán bajó la cabeza en asentimiento silencioso, dominando con la calma honda de su gesto el estallido exultante de unos versos en su interior:

Fecunda el Rayo el Loto.

En la cima de su cabeza un volcán de majestad; Río de lava, savia de oro.

XXII



Con la llegada de Pradib, Usha sintió restablecido el puente entre ella y el mundo. Había pasado casi una semana en la magia muda de la soledad, en el centro de ese silencio que nos oye, de ese mirar que nos contempla, de ese sentir que nos vigila, cuando aceptamos ser la única presencia atenta en el círculo de nosotros mismos. La realidad creció otra vez, se multiplicó por ese entero que a la vez divide, fragmenta, aun sin romper más que en apariencia la esfera de lo uno; insinuó todos esos rincones inaccesibles, esos pliegues ocultos, esos horizontes intocables, esa pluralidad desconocida que anonada al mero individuo y se ríe de los trucos que este ha pergeñado para manipular su pequeño cosmos circundante. Pradib traía no sólo el mundo, nebuloso, abstracto, sino un mundo habitado por rostros precisos y eventos, leyes y vínculos, necesidades distintas, muchas veces contradictorias, surgidas de la maraña confusa de los hilos del tiempo. Y todo ello fue un alud sobre Usha en el mismo instante en que el abrazo del reencuentro los unió en un anillo de esperanzas cumplidas. Ni la alegría, ni la plenitud de amor, ni el corazón abriéndose nuevamente al calor humano, pudieron mitigar el poder de la avalancha y Usha temió la llegada de Pradib con la misma fuerza con que secretamente la había deseado. Le costó encontrar su voz y, cuando lo hizo, faltaban los tonos de ternura. Tuvo miedo de las preguntas de Pradib; tuvo miedo de descubrir que los triunfos de su lucha, con los que había creído avanzar paso a paso hacia la Vida, fueran en realidad demasiado pequeños, incluso falsos, o reales sólo en el ámbito de su estricta y muda subjetividad.

—Vámonos de aquí —fue todo lo que alcanzó a decir Usha entonces, contemplando alrededor la muerte impersonal de los caídos.

Usha y Pradib montaron sus animales y cabalgaron en silencio a través del filo del crepúsculo y el primer hálito de la noche, hacia las fuentes del Omón, siguiendo el curso del río. Pradib respetó la reserva de la mujer y, apartando de su mente todas las sugerencias que acudieron a explicarla en un primer instante, dejó el camino libre a su intuición. Comprendió entonces los sentimientos de Usha y supo que su

presencia allí sólo tenía sentido si era capaz de aceptar hasta sus últimas consecuencias las armas y las formas de combate que la princesa había escogido, y los términos pactados con la Muerte para el duelo. En un instante, olvidó Dyesäär, la partida de Mándos, la coronación de Arabínder, su despedida del nuevo rey, las noticias de Eben que traía, el peligro de la reina en manos de los nobles, la amenaza de guerra civil si prosperaban los planes de los conspiradores, la conmoción que sacudía nuevamente Ordum... Con un solo gesto fundió el mundo más allá de los árboles y el río, y se dispuso a reforzar con su palabra o su silencio la realidad creada por Usha con la substancia de su soledad. Porque, aunque fuese esta minúscula como una semilla, también de semilla crece firme el roble.

Sin saber qué había pasado, y sorprendida por este hecho, la princesa sintió cerrarse nuevamente el círculo de su individualidad. Pradib ya no lo anulaba; tampoco quedaba fuera. Uno con ella en su propia alma, lo aumentaba y afianzaba.

Un pequeño animal se arrojó de pronto, desde la rama de un árbol sobre el camino, a la montura de su caballo y la sobresaltó. Más negro que la ausencia de luz en la que estaban penetrando, Usha no lo vio hasta que estuvo junto a ella, bajo su mirada, ingrávido y sosteniéndose sobre Táumandos con habilidad de funambulero.

—¡Philo! —exclamó Usha por fin al reconocer aquellos ojos como el ámbar.

Philo mayó y aceptó estremecido las caricias de la amazona. El silencio se deshizo en los labios del gato y los príncipes ya no sintieron necesidad de él.

—Gracias —murmuró la princesa contemplando a Pradib con sus ojos grandes y hundidos, e incluyó en esta palabra todos los momentos pasados juntos en Astryantar, y la separación, y la confianza, y el reencuentro, y la incertidumbre del camino aún por recorrer.

Pradib la recibió con una sonrisa de aceptación que apenas desdibujó la solemnidad introvertida de su rostro.

Cabalgaron durante un tiempo que nada podía contar como nada podía dividir: había adquirido la consistencia unánime de la noche, la niebla, el trance, el sueño. La distancia que recorrieron fue abstracta; si Usha quería llegar a las fuentes del Omón, era porque estas, en aquella región ignorada, eran el único lugar que para ella tenía un nombre y que ofrecía a su imaginación un paisaje representable, haciendo así del tránsito una función de su voluntad... aunque sólo fuera en apariencia. Durmieron arropados en niebla, en un paisaje feérico de piedras grises donde el agua manaba con el canto inmortal del eterno nacimiento, circundados por dólmenes que elevaban la teúrgia de sus piedras en el invisible seno de la noche... Noche informe, fría, recorrida por ecos salvajes. Cuando el sueño los empujó a los arrecifes del despertar, se descubrieron abrazados y se sintieron náufragos en un mundo solitario. La luz malva de la aurora les mostraba el contorno de la posada en que los había cobijado la Naturaleza durante aquellas horas de obscuridad telúrica: un círculo de

monumentales ruinas prehistóricas parecía, que los empequeñeciese con su altura y con su edad incalculable. Pero Usha recordó el Abnè-Dúath, a poca distancia de Eben, donde titanes grises semejantes a estos dormían acunados en la plenitud e ilusión de su magia ancestral, arrobados, olvidados incluso de desear el fin del letargo. El primer sol apareció en el vano de uno de los dólmenes, flechando sus rayos a través de su umbral y dando a piedra, hierba, tierra y flor una pátina tibar y tibia. Usha se incorporó; murmurios alrededor, como voces de otro mundo, formaban imbricándose un carrusel de silencio. Cuando quiso aprehender el sonido con sus oídos mortales, el místico ulular cesó.

Pradib temblaba bañado en rocío.

La lucha debía recomenzar, pensó Usha, y, si Pradib había venido como compañero de armas a esta guerra sin aceros, tenía que hacerse capaz de asumir sus ritos con tanta naturalidad como ella los ejecutaba en solitario. Por ello, simplemente le besó con la mirada y lo dejó en su frío, camino de las fuentes. Donde el agua caía de la altura con mayor violencia y con golpe de hielo, allí bañó la mujer su cuerpo demacrado, allí lo mantuvo inmóvil bajo el chorro gélido mientras notaba prenderse el calor interior tras una resistencia ecuánime y neutra de sus miembros. Vio entonces que Pradib la había seguido y penetraba en el agua; su cuerpo moreno, corpulento y velludo no vaciló y la princesa comprendió que estaba disolviendo su anímico temblor en frío físico, que él sabía ya lo que ella había descubierto en la fuente de Ir pocos días atrás. Philo los miraba desde una peña con mezcla de humana extrañeza e intuitiva comprensión animal.

Usha entonces dejó el agua y corrió. Se sentía atraída por el amplio terreno contenido en el anillo de los dólmenes y lo convirtió en su pista de carreras bajo el cielo. Avanzó con el centro a su izquierda, en sentido contrario a los círculos del sol, invirtiendo el tiempo. Pradib también la siguió ahora, uniéndose a su ritmo, situándose a su lado, entre el centro y ella, y dejando que ambas respiraciones se fundiesen en un solo fuelle de energía interna. Táumandos los observó un instante de lejos; renunció tranquilo a su custodia y pació la hierba húmeda junto al caballo blanco del príncipe. Philo partió en busca de su desayuno, ágil como una pantera y tan hermoso que amenazaba con enamorar a su presa.

No tardó en renovarse el murmurio en los oídos de Usha, como delirio balbuciente de gigantes alucinados. Esta vez, ella no se concentró en escucharlo, en hacerlo penetrar por sus tímpanos, sino que se dejó fluir hacia él, absorber por él. Poco a poco, tuvo a sus pies una pista de puro cántico y corrió por ella elevándose en espirales hacia el cielo. Parecía que a cada paso se incorporasen más voces al sonido, que las voces se hiciesen más precisas, el sonido más diáfano.

Om Namó Bhagavaté, Om Namó Bhagavaté, Om Namó Bhagavaté...

El cántico surgía del abismo sobre el que ella se elevaba, pero también del abismo

al que caía en un hermanecer del arriba y el abajo; el cántico la perseguía, la precedía, ritmaba sus movimientos, y cada *Om* era un sol explotando en novas de euforia. Cuando la experiencia fue tan definitiva que su humana observación no podía dañarla, Usha soltó las bridas de su mente y esta ejerció su duda espontánea: se preguntó por el origen del mantra y, apenas había despuntado esta muda interrogación, Usha percibió que el cántico surgía de su propia carne. Una era su carne arriba y abajo, uno su cuerpo, una su materia, y sus células estallaban en himnos de gozo a medida que prendía en ellas esta tremenda verdad. Creyó que su cuerpo se disgregaría en billones de partículas si continuaba escalando y cayendo por aquellas espirales de dicha.

Resplandecía. Todo su ser resplandecía cuando se detuvo, o algo la detuvo, en el centro del anillo de grandes piedras. No sabía cuánto rato había transcurrido, pero el sol, cerca ya del mediodía, le indicaba que la carrera había durado no menos de cuatro horas. No estaba cansada; no tenía sed ni hambre ni agitados los pulmones. Luz le colmaba los bronquios, el estómago, la sangre y los músculos; luz efundida por sus propios átomos. Pradib la observaba desde la periferia del círculo, inmóvil y atento, comprendiendo demasiado bien que ella se encontraba en una dimensión de experiencia de la que a él le estaba vedado participar. También Usha entendía que la distancia entre ellos no era ahora la del radio del círculo: estaba sola ante la potencia infinita de lo Desconocido, sin más posesión que su inservible pasado ni más herramienta que la pureza de su aspiración. Sin saber qué hacer de sí misma o dónde concentrar tanta energía, se acostó en la tierra y ofreció su tesoro de luz al cielo. Cruzó el día por un arco iris de visiones simbólicas; algunas tan magníficas que no podía cobijarlas ni el maestril de la memoria, y para las que los escritos del recuerdo carecían de encausto y de alfabeto. Cuando llegó el crepúsculo estaba pletórica y exhausta. Su luz fue apagándose con la del día y Usha regresó a Usha, apenas capaz de reconocerse. La partida de la luz dejó su cuerpo habitado por el hambre. Pradib estaba sentado junto a ella, con las piernas cruzadas, acariciándole con ternura el pelo.

—Pradib —musitó forzando su voz desde unas cuerdas vocales satisfechas con su inercia—, no puedo ofrecerte más que esta espera silenciosa. Quizás un príncipe de Dyesäär, el gobernador de su capital, debería consagrarse a tareas más provechosas para el reino.

Sus propias palabras le sonaron a Usha demasiado humanas, demasiado vulgares y esperables, y las juzgó con esa parte de su ser adherida aún a la lógica del infinito que había experimentado. Pradib tardó en responder, como si dejara que su voz llegase de muy lejos.

—No estoy en el centro de la batalla, Usha, es cierto. Esa posición te corresponde a ti ahora, pero, de un modo que aún no comprendemos ninguno de los dos, también

yo participo. Luchar en la batalla que el Hombre libra en el individuo en vez de lidiar la que libra en los pueblos no me causa remordimiento. Sólo una concepción muy errónea del egoísmo me lo haría ver de otra forma. No, Usha, creo que estoy donde tengo que estar.

Usha aceptó las palabras del príncipe mientras veía el cielo colmarse de estrellas. Luego se incorporó para permanecer sentada al lado de Pradib.

—Pradib, tú has recorrido ya este camino antes que yo —le dijo trasluciendo en la voz cierta ansiedad.

El príncipe le tomó la mano.

—No. Me sobrestimas. Tu aventura es mayor. Yo sólo he dado unos pocos pasos, y por un camino paralelo. He estudiado el cansancio, el frío y el calor, y hasta cierto punto he experimentado con el dolor inducido por mí mismo... Pero no he avanzado tanto como tú en estos pocos días.

—Sin embargo, sí lo suficiente como para saber que nada de ello es esencialmente real, sino deformaciones de otra cosa.

—Sí —confirmó Pradib—. Como la enfermedad. Como la muerte. Este principio es la clave de la transformación. Si no hubiese esa «otra cosa», una Realidad última, una Verdad física original en la que reconvertir todos esos estados deformados, el Yoga de la Materia no sería más que un sueño.

—Entonces, ¿por qué acepta el cuerpo la mentira?

—¿Por qué la acepta? —repitió Pradib—. ¿Por qué se refracta la luz en el agua y la intensidad del sol no toca el fondo de la fosa marina? La acepta porque está construido con la materia de un mundo cuyo mismo principio es la Mentira.

—Pero ¿por qué? —insistió Usha.

—¿Por qué? No lo sé, Usha. Es tanto como preguntar el origen del universo y yo no podría más que responderte con mitos... mitos de mi pueblo, mitos eterios, mitos de Ordum; mitos religiosos, intelectuales, artísticos o científicos... pero mitos. La única verdad que tengo es, si quieres, una verdad muy pequeña, pero para mí tiene el sello inapelable de la experiencia: hay una forma de identidad aquí abajo, en el cuerpo, en la tierra, limitada y doliente; hay una identidad allí arriba, perfecta, divina y luminosa; y entre ambas no sólo existe un puente por el que huir al cielo o traer aquí algo de las luces superiores, sino la posibilidad, casi te diría la necesidad y la Promesa, de fundirlas en una sola, una única forma divina, material y personal.

Las respuestas de Pradib le parecieron lejanas, raras aves de los cielos de la teoría. No podía hacer nada con ellas más que aceptarlas o discutir las, y no con dialécticas ganaría esta guerra. El príncipe marchaba en efecto por un camino paralelo al suyo. Había creído en todo momento que algo fundamental se escondía tras el enigma, pero en la contestación de Pradib su importancia se desvanecía dejando una estela de mutilada esperanza.

—Tengo mucha hambre —dijo Usha con una media sonrisa.

—He cazado un conejo, unas aves...

—Gracias, no podría soportar la carne ahora. Compré algunas provisiones en...

—No te preocupes. Te daré de las mías. Tengo queso, fruta y pan de Astryantar... unas hogazas del pan negro que te gusta.

Caminaron hasta uno de los dólmenes y Pradib encendió un fuego. No se hallaban más protegidos bajo la piedra, pero por mero atavismo humano les daba la sensación de estarlo. Philo no tardó en aparecer; compartió con ellos el queso y el calor de las llamas, y no se hurtó a ninguna caricia. La madera crepitaba agradablemente y una brisa fría pero suave descendía del Norte llevándose el humo hacia la profundidad de la noche. Del bosque, apenas a dos tiros de arco del círculo de piedras, surgía la voz animal de la vida noctívaga, a ratos cantiga de bardo, a ratos monólogo de orate.

—Tiene que haber alguien que haya recorrido esta senda —comentó Usha.

—Ban, hasta cierto punto. Dama Alayr también. Quizá Dión.

—Ban... —suspiró Usha—. El Rey desapareció hace casi sesenta años, de Dama Alayr no se sabe nada desde hace cuarenta. Pero Dión... ¿Crees, Pradib, que aceptaría recibirme en su retiro de Éndor?

—Ya no está allí.

Usha temía preguntar demasiado, temía verse arrastrada de nuevo al mundo del que había partido, pero ahora temía aún más lo que la respuesta de Pradib le insinuaba.

—¿Ha muerto?

—No.

—Puedes hablarme con claridad, Pradib.

Pradib la miró a los ojos, buscando sus profundidades; no quería perturbarla con las cosas de la vida común y estaba haciéndolo a pesar de todo.

—Dión y Mándos dejaron Dyesäar un día después que tú. Nadie sabe hacia dónde. Un nombre flota en los labios de las gentes, semejante a un sueño: el Oasis de las Nieves. Fue una decisión impremeditada del rey, casi se diría una imposición de lo Alto.

Usha sintió de pronto el peso de la comida en su estómago, una resistencia de su cuerpo a aceptarlo como si fuese veneno.

—Disculpa, Pradib.

Se levantó y se alejó del fuego hacia el centro del círculo. Sabía que estaba lívida y notaba un derrame en el ojo derecho. Pero sobre todo se hallaba confusa; el mundo exterior estaba penetrando en su refugio al fin y al cabo, y el contacto permanente y directo con la fuente de la experiencia se debilitaba a cada palabra pronunciada, a cada pensamiento que volaba hacia lo lejos. ¿Tan frágil era el vínculo con esa Fuerza que presionaba para descender a ella, para cambiarla desde dentro y poseerla,

utilizando como excusa y aguijón la enfermedad? ¿O era ella... e interpretaba mal los signos?

Una arcada la dobló y cayó sobre sus manos. Respiró hondo, intentando calmar las contracciones de sus vísceras y esperando que Pradib no se fijase en ella. Tenía fuego en el estómago. Los pocos bocados tragados eran una masa viviente, pataleante y revuelta que quisiera perforarla. Se impuso calma, se levantó con supremo esfuerzo y se mantuvo sobre dos piernas temblequeantes de cigüeña mientras el mundo giraba a su alrededor. Al cabo de un instante estaba otra vez arrodillada, como un perro, y afirmando las manos trataba de contener los remolinos del suelo. Vio unos pies bajo sus ojos y alzó la mirada, que quiso no fuera implorante. Pero no era Pradib quien estaba ante ella, sino una vieja conocida, una figura vacía bajo un capuz negro y con rostro absurdo de cuervo viejo; riente, amable, atroz.

—¿Recuerdas, hermana? —le decía a Usha la figura con la propia voz de la princesa—, cuanto más sube la Piedra, más feroz es la caída. ¿No es esta la regla de nuestro duelo?

Y Usha veía caer la Piedra... cayó con ella, transfija, a perdidas intierras de dolor.

XXIII



¿Qué harás con el reino, Brahmo? —la pregunta le pareció por fin pertinente al joven Thúbal.

Él había aceptado ya al príncipe desde el fondo más profundo de su ser que fue capaz de alcanzar; no había razón pues, sometida su mente suspicaz, para que su esperanza no recibiese también satisfacción.

—¿Qué *haremos*, Álmor? —corrigió el príncipe—. Di mejor *qué haremos*.

Formaban un amplio círculo en torno al fuego, junto al lago Kuwsh al pie del monte. Allí se habían reunido, después de las maniobras de la tarde, los once *compañeros del rey*, Yrna y Arolán, Ulán y Vrik y Álmor, el príncipe, algunos jefes *tholos*, y el *gôrgon*, que reposaba hierático como un dios junto a su dueño. Todos habían participado en aquellos ejercicios militares, incluso las muchachas, y el comandante de la fortaleza de Naor no había podido evitar sorprenderse de las capacidades estratégicas de Brahmo, del provecho que había logrado de las fuerzas tribales y de lo mucho que había transformado las artes bélicas ebénidas. En los doscientos hombres del ejército capitalino con los que Brahmo contaba todavía, la rigidez táctica y la falta de iniciativa individual, que él mismo tanto criticara siempre, habían desaparecido por completo. Los soldados se habían hecho flexibles como árboles jóvenes, intuitivos como pájaros, escurridizos como reptiles; había en ellos algo del bosque, que los hacía impenetrables; había en ellos algo de la ciénaga, que los convertía en peligros ocultos y esperantes. Aquel batallón inapreciable había absorbido un soplo del alma, ánimo y habilidades de los hombres de Koría, embelleciéndose con un aura asilvestrada; a su vez, *tholos*, *ishá*, *mûja*, *ándam* y *búrbulah* se habían contagiado del carácter de los «portaespadas», mitigando su prístina crudeza con aires de salvaje nobleza. Brahmo los había cruzado como a dos especies comunes, pero con la esperanza de camadas excepcionales; y había triunfado ya en aquella primera generación en que los hijos eran la refundición de los padres. Si cada especie por separado era ya algo nuevo y fascinante para el militar, lo más asombroso era ver actuar el conjunto de las fuerzas, elementos tan diversos, tan ricos,

tan complejos... y a la vez tan bien orquestados como música de las esferas en los tambores de guerra de Marte. El arma más poderosa era sin duda la guardia de trescientos *tholos*. Estos, que combinaban una altura, fuerza, resistencia y velocidad de movimientos inequívocos, reunían en sí mismos las posibilidades de la infantería ligera y la pesada. Brahmó había transformado sus lanzas haciéndolas más consistentes y sustituyendo su antiguo regatón de hueso tallado por una cabeza de dragón de hierro, del tamaño de un puño, que sin desequilibrar el arma la hacía útil como maza por el otro de sus extremos. Les había dotado de grandes hachas templadas en la vieja forja de la Orden del Tercer Anillo, en las faldas del Ishá, y de cuchillos curvos que se sujetaban con bandas de cuero a los muslos; chalecos laminados de corteza, cuero y hierro les cubrían en batalla; y cascos les protegían la cabeza, aún un poco toscos, cuyos dibujos, máscaras o cimbras evocaban las formas tantálicas de los demonios del bosque. Del resto de las tribus aliadas, Brahmó había sabido aprovechar su facilidad para el ataque y la huida en golpes de látigo, inesperados y mortíferos, su insuperable habilidad con la cerbatana y el arco, su astucia para el ocultamiento, su conocimiento de plantas y venenos, y sus pactos secretos con el mundo animal. Además de sus ebénidas, Brahmó tenía ahora a sus órdenes un auténtico ejército de casi mil quinientos hombres tribales. De estos sólo doscientos lo seguirían más allá de Koria, era cierto, y casi todos ellos nómadas *tholos*; pero el mero hecho de haber creado y comandado semejante fuerza era a la vez un triunfo y un privilegio para cualquier jefe.

—¿Qué haremos, Álmor, con el reino? —repitió el príncipe viendo en los ojos del Thúbál una sombra de extrañeza—. ¿Qué harías tú?

Álmor vaciló un instante, previendo la trampa a la que estaba siendo conducido y sin poder evitarla.

—Acabaría con la nobleza sarkónida —respondió.

—Por supuesto —dijo Brahmó—, esa es la tarea que tenemos ahora por delante y que los mismos Olpán, Ranza y compañía nos han facilitado al quitarse por fin las máscaras. Pero... ¿y después? Acabar con ellos ¿terminará con los males del reino? —y repitió—. ¿Qué haremos con el reino, Álmor?

Álmor no respondió. Volviendo la mirada hacia el comandante, Brahmó renovó su pregunta:

—¿Qué haremos con el reino, Ulán?

—Enseñar poesía a las gentes —respondió el militar con una sonrisa relajada—. Brahmó, no lo sé. Allá lejos, en la fortaleza de Naor, pensaba que lo sabía, que todo aquello que se hiciera para resolver mis pequeños problemas personales y los de mi grupo, mis compañeros de armas y subordinados, todo lo que curase nuestras insatisfacciones, abriese el camino a nuestros proyectos y apagara nuestros deseos, acabaría por hacer el reino grande y perfecto. Te he censurado mucho, Brahmó,

durante estos meses, tanto en el silencio de mi corazón como con la palabra. Ahora me preguntas y, porque estoy lejos de aquellas carencias, no sé qué responderte... y por eso sé que tampoco entonces sabía lo que es bueno para el reino. Puedo ofrecerte mi espada, su lealtad, mi poesía, pero no el consejo que me pides.

—Gracias por tu franqueza, Ulán. Acepto tus tres dones y no desespero de recibir también el cuarto... algún día.

Se tornó hacia las muchachas entonces.

—¿Yrna?

Yrna enrojció y ocultó el rostro entre sus manos.

—¿Arolán? ¿Qué harías tú con el reino?

Arolán se ruborizó también, pero le daba más vergüenza reconocerlo que hablar de cosas graves entre tantos hombres graves. Y, sobre todo, quería agrandar al príncipe.

—Haría lo que ha dicho Ulán antes de reírse de sus propias palabras. Dicen que la poesía no salva las almas, pero las hace más dignas de ser salvadas.

—Ulán tenía mucha más razón de la que él pensaba, si enseñar poesía a la gente consistiese en transformar su sensibilidad desde dentro —repuso Brahma—. Pero ¿hasta qué punto es eso posible? ¿Y tú, Vrik, que harías tú con el reino?

Vrik no trató de ocultar el destello de picardía que asomó a su rostro.

—¿De verdad puedo hacerte unas cuantas sugerencias, Brahma? He pensado mucho sobre este asunto.

—Habla —respondió el príncipe.

—Acabaría con eso que desde tiempos de Vântar se llama religión. Transformaría las Universidades desde los cimientos. Eliminaría la Academia. Devolvería los militares a su condición original de guerreros. Haría responsables a los hombres de la organización del reino y a las mujeres sus auténticos iguales. Si el retorno al Imperio es imposible, daría los pasos necesarios para una federación de reinos *ordumias*. Invocaría la ayuda y la presencia constante de las Órdenes. Suprimiría casi todas las leyes y haría muy pocas nuevas... Pero procuraría transformar al pueblo desde dentro...

—Lo que estás haciendo, Vrik —le interrumpió Brahma—, es describir el reino de Dyesäar, el *dharmaraja*, el reino de la sabiduría. Por supuesto, hay que hacer todo esto y más, pero ¿cómo hacerlo? ¿Por decreto? ¿Suprimiendo por decreto cosas que, muy lejos de desaparecer, buscarán un pliegue de la naturaleza humana que las oculte, que les permita subsistir, inconfesadas, esperando la oportunidad de volver a emerger y restaurar su tiranía; o peor aun, se disfrazarán con las pompas de los nuevos tiempos y en las oquedades del lenguaje cobijaran los viejos significados? A esos que desde hace cuarenta años hallan consuelo en el templo, que no han aprendido a adorar más que al ídolo de su imaginación y sus deseos, ¿qué les darás a

cambio de desnudar su Mentira? A esos para los cuales el saber es un instrumento, una técnica, una forma de vanidad, y no conocen más lógica que la del sofisma ni más protección que la duda ante al enigma de este mundo, ¿cómo les abrirás el camino a la Sabiduría sin destruir sus cimientos intelectuales y abocarlos a la locura? Y en cuanto a la igualdad de los seres humanos... ¿cómo la impondrás sin destruir su diversidad, o incluso sin negar la inapelable verdad de su profunda desigualdad evolutiva?

Brahmo se puso en pie, echó al fuego un pedazo de rama seca que había estado entreteniéndolo en sus manos mientras hablaba, y caminó alrededor del círculo que esperaba sus palabras.

—No. Los seres humanos no son iguales, Vrik. Hay unos pocos en Eben preparados para el reino que has descrito y hay una inmensa mayoría que no lo está.

—No hay mucha distancia entre este argumento y la idea cultivada por los Electos Negros de un tipo humano superior, Brahmo —dijo el Thúbal.

—La idea es poderosa porque es verdad, Álmor —respondió grave el príncipe—. La superioridad es un hecho... y en una escala infinita: no hay nadie que no sea al mismo tiempo superior e inferior a otros muchos. Su inferioridad es una esperanza de crecimiento y su superioridad, una responsabilidad ante el resto de los hombres. ¿Ves la diferencia? La superioridad no puede convertirse en excusa para el dominio y la destrucción, como hacen ellos. La única superioridad legítima es espiritual, integral. Tan peligroso es negar esta como afirmar la falsa.

Dejó pasar un instante, concentrado en la danza mística del fuego, en los murmurios y gritos de la noche, en el silencio alrededor.

—No. El error ya está cometido. Lo que Vântar edificó no puede demolerse por decreto. Ha absorbido demasiadas energías sinceras y, por otra parte, ha ocupado en muchos lugares el pedestal que dioses verdaderos habían dejado vacante.

—No sé muy bien qué significa lo que estás diciendo, Brahmo —intervino Vrik con la sensación de que el príncipe estaba cayendo en cruciales contradicciones—. ¿Cómo se transforma todo esto en la práctica?

Brahmo lo contempló con la mayor intensidad de su mirada. Era una mirada de amor, casi de compasión, de una piedad universal que ninguno de los que lo rodeaban podía entender en aquel momento. Sus ojos negros rebosaban de hermosura, calma y fuego, y su rostro moreno brillaba como el cielo nocturno dibujando con su astrología los abismos del porvenir.

—Tú lo has dicho —respondió—: Transformar. Transformar en lugar de destruir.

—¡Pero eso es aliarse al error! —exclamó Álmor.

—No —contradijo Brahmo—. Aliarse al error fue lo que hizo Vântar. Yo te hablo de comprender lo que en el error existe de muda, de oculta verdad. No hay nada esencialmente falso; no hay nada esencialmente malo; no hay nada esencialmente

pecaminoso. Todo lo que hay son verdades deformadas o pervertidas. Toca el núcleo del error y descubrirás una luz de gloria.

—Qué difícil discernir entre una cosa y otra —dijo Vrik—. Saber dónde empieza la alianza y dónde la comprensión, dónde la transformación y dónde la destrucción. Y, por otra parte, Brahma, y disculpa si soy impertinente, ¿es eso lo que has hecho en Koría, transformar?

—¿Lo dices por las tribus que ha sido necesario destruir? —repuso el príncipe—. Sí, Vrik, transformar, eso es lo que he hecho... en la medida de lo posible. Cuando digo transformar, hablo de salvar las energías sinceras que hay cautivas en la telaraña del error, no de seguir eternamente a merced de las fuerzas que tejen la trampa. Como tú dices, la diferencia entre una y otra cosa es muy sutil, y la acción tan difícil como puedas imaginarla. Como podáis imaginarla todos vosotros.

Dio unos pasos alrededor del fuego, rezumando fuerza y decisión.

—¡Difícil, sí! —repitió—. Y por eso estamos aquí ahora, juntos, sentados alrededor de este dios. Por eso formamos este círculo... este Círculo de Koría. Porque el único modo de llevar a cabo esa tarea de transformación, *compañeros*, es irradiar. Crear en sí... e irradiar. No os hablo de ejemplo vanidoso, sino de contagiar... Contagiar. Contagiar voluntad, contagiar aspiración, contagiar paz, contagiar fuerza, sabiduría, hermosura. No imponer: ¡contagiar! Y la única forma posible de contagiar es realizar en sí mismo mientras se comprende, se percibe y se vive la unidad sutil de todos. Si hay un medio de transformar el reino de Eben, es crear para él un corazón... un corazón capaz de hacer vibrar a todo el resto de los órganos de ese cuerpo enfermo con el mismo ritmo de su pulso.

Los ojos de Ulán refulgieron. Yrna y Arolán miraban hipnotizadas al príncipe. Vrik y Álmor temblaron.

—Lo que esta noche os pido —continuó Brahma— es un compromiso. Con vosotros mismos, con este Círculo, con el reino, con Ordum, con la Tierra. Si queréis lo que yo quiero para Eben, creced hasta la más alta de vuestras cimas, hasta la más audaz de vuestras posibilidades. Compañeros de armas, nos une una gran batalla en el exterior, pero otra, interna y mucho más grande, nos funde en un único corazón. ¿Quién palpitará con su pulso?, ¿quién abandonará el Círculo?

Todos permanecieron inmóviles y con los rostros encendidos. Los *compañeros* habían sellado tiempo atrás el compromiso. Vrik, Álmor y Ulán lo habían incubado siempre en sus profundidades, aunque sin decírselo con las palabras inflamadas del príncipe. Yrna y Arolán creían en las palabras de Brahma y, a través de ellas, empezaban a creer en sí mismas. Los *tholos*, por el contrario, no habían entendido nada de lo hablado; sólo sabían que estaban con Brahma y que lo estarían hasta el fin de sus vidas.

El silencio se impuso, absoluto, como si nada pudiese seguir al apocalipsis de

aquel discurso. La noche callada los fue empujando poco a poco al interior y, navegando por lagos de contemplación desconocidos, buscaron la luz secreta de caminos futuros. Ningún ruido daba la selva, ninguno el Ish ni las aguas del Kuwsh; todo se sumergía en la calma meditación de un arcano magma esplendoroso. Luego, uno a uno, retornaron de unánimes honduras a sus nombres, a sus rostros, y abandonaron el fuego nocturno, el dios flamígero, dueños de un sueño ígneo.

XXIV



La música que la acompañaba, que la vestía, era un edificio de notas calmas, seráficas, cristalinas, lentas y armoniosas como movimientos estelares. En aquel mundo de horrores, la música era la túnica, la piel que la protegía. Usha, su cuerpo inmóvil bajo los astros, entre los dólmenes, sobre la tierra húmeda, junto a Pradib amante, junto al silente y quieto Philo, la faz blancor, nieve las manos, escarcha el pelo... Usha era consciente sólo de tres cosas: tiempo, espanto y misericordia. Para su visión sumergida en los abismos del ser, el tiempo tomaba la forma de un camino; el espanto era proteico, era un museo, era un catálogo de todas las figuras y cuerpos lacerados por sus encarnaciones; misericordia era la música, su piel de sentimiento, su luz, su guía a través del hondo túnel silencioso. Porque Usha no marchaba sola: algo, alguien, un no-se-qué nebuloso caminaba a su lado, desdibujada presencia de luz-música-misericordia que hacía visibles a su paso las estancias del museo de los abismos.

Tiempo, espanto y misericordia, con estas tres hebras se había hilado un mundo. Acaso su arquitectura, sus formas, la tétrica apariencia de su vida siempre al filo de un exterminio que no concluye, podrían haber sido distintas de las que poblaban la visión de Usha, pero el alma, los demiurgos, habrían sido los mismos: tiempo, espanto, misericordia. Si el tiempo era lineal, si el espanto proteico, la misericordia era tan compleja como la música en la que se expresaba: no sólo una transfixión del Amor; había en la cúspide una llama de esperanza, había en el centro una dicha pacífica en que se transfiguraba el extremo dolor, había en la base un conocimiento cuya plenitud omnisciente mutaba en silente sumisión divina: en aquellos abismos del ser se comprendían mejor las intenciones universales del Altísimo.

Formas semejantes a escorpiones, pulpos, serpientes, gusanos, vampiros, insectos, que habían perdido la huella de su extraña y provocadora belleza terrestre, se retorcían gimientes a los lados del camino y, viéndolos, Usha sabía que contemplaba su propia enfermedad desde dentro... O acaso no su enfermedad, sino *la enfermedad*, esa entidad sin nombre, ese precipicio de estados declinantes, esa procesión de

crepúsculos sin intervalos de luz. A ratos, se habría detenido para estudiar una u otra de aquellas formas tortuosas con la inmediatez cristalina de percepción que dejara en ella la ausencia de su intelecto, dormido o muerto en la lejana superficie; pero cuando su mirada hacía algo más que rozar las imágenes y los colores en sombras de las cosas, aquellas lianas espinosas suspendidas del vacío, aquellos sargazos flotando en la nada, o arañas esponjosas deshaciéndose en gelatinas de negrura, o lagartos siameses de muchos miembros inútiles, o mandíbulas de tiburón de vida independiente o incrustadas en cabezas de tritones o en simbiosis surrealista con alas y patas y ojos de libélula... cuando su mirar ahondaba en alguna de las piezas de aquella teratología, la música se distorsionaba, parecía que la piel se rasgaría y que la forma del horror alargaría un tentáculo invisible hasta su carne para dejar en ella el sello de su picadura. Entonces, la presencia que la acompañaba la urgía, sin palabras, sin gestos, y Usha, como cerrando los ojos un instante para disolver las viejas impresiones, tornaba a concentrarse en el recto sendero declinante por la ladera de la tarde.

Tiempo, espanto y misericordia. El tiempo era sólo movimiento; el espanto, sólo forma; la misericordia sólo consciencia. Espanto era todo lo exterior, impreso en la pantalla del ojo; misericordia era todo lo interior, la luz del ojo; tiempo era la armonización del espanto y la misericordia mutantes, de la sinfonía visual de las formas y de la antífona de sentimientos. En el ritmo acompasado de sus transformaciones, el espanto y la misericordia se encontraban y pintaban un paisaje híbrido: en sombras temblorosas alteaban colinas, en grises húmedos rehilaban tremedales, entre nieblas fluctuantes crecía la sospecha de algabas rumorosas. Y el camino descendía.

Usha llegó entonces a un punto en que el Abismo se estremecía. Era extraño, porque el suelo que pisaba era más firme que nunca, pero acaso... acaso era precisamente la firmeza la que hacía estremecerse al Abismo. Había allí un hálito de eternidad, un toque de la piedra impresionando los sentidos de Usha, que de pronto percibía un alto en la rueda de mutaciones interiores y exteriores. El paisaje tembloroso, las terríficas imágenes, quedaban ahora sobrepujados por la nueva percepción, que, como en un sueño, veló el viejo escenario y creó otro a partir de sí misma: la firmeza se expandió en un abanico de espacio, rizándose en volúmenes, elevándose en colores, acuminándose en los tonos himnicos de nuevos pináculos musicales. Usha se halló en la sala de un antiguo palacio, firme, pétreo, sólido, bien cimentado... pero olvidado. Sus ojos crearon las formas viéndolas, como rayos de consciencia corporizando emanaciones del Ser indiferenciado: altas paredes de piedra gris con la pátina de lo abandonado, columnas como patas de grandes saurios, figuras bronceas de dioses dormidos y, en el centro, adonde ningún resplandor diurno podía llegar, un anciano reloj de sol con el gnomon de oro, sucio.

¿Cómo había llegado allí? Usha debió prolongarse en el acto de recuperación del recuerdo para poder contestarse. Memoria era hasta ahora algo ajeno a la experiencia de este mundo de inmediateces sucesivas, en que las nuevas anulaban las anteriores. Y le sorprendió. Le sorprendió la facilidad con que lo informe creaba las formas, los cuerpos, o diseñaba coreografías a partir del mero pulso de su presencia insensible, apenas presentida, inesperada hasta el momento de su aparición. Buscó el núcleo informe de aquel escenario, su corazón de firmeza, su firmeza secreta palpitante, y, con una misteriosa habilidad para ver a través de sus ojos y del mundo efundido por sus ojos, para penetrar de una en otra dimensión como a través de finas gasas transparentes, para invenir la secuencia multidimensional de cada sombra-imagen, descubrió que el centro de firmeza era efecto de una realidad mayor: el eje tendido de polo a polo del Ser, desde el Norte de cegadora Luz supraconsciente hasta el Sur de inconsciente Noche y Muerte, estaba allí, tocaba aquel punto, pasaba más allá de él, del reloj destemporado por la ausencia de Sol. Por eso no le extrañó, desvelado este misterio, que el Eje cobrase forma humana: en aquel mundo espectral, la belleza y esplendor de una mujer la contemplaron, una conflagración contenida por su propio exceso de amor... sin este todo habría ardido. Usha supo que era aquella mujer quien la había acompañado a lo largo de toda la senda por las escarpaduras del Abismo; suya había sido la sombra, la emanación, el efluvio nebuloso junto a Usha; ella había sido la guía. Viéndola, Usha declinaba todo otro deseo, como si tiempo, mundo, vida, no hubieran tenido más sentido que llegar a este momento, a esta visión del Infinito en una forma de ilimitada finitud.

Había algo de la nieve y el diamante en la piel de la mujer, pero la impresión dominante era la de un oro encarninado. Imposible juventud no rozada por el tiempo, ojos de azur-ángel, miembros de sol omnímodo, labios de un rojo todo-amante... aquella figura no habrían podido efundirla los ojos de Usha al contacto de su sentir con el núcleo informe de la presencia, era algo impuesto, cegador en su exceso de hermosura, aniquilador en su sobreabundancia de ser. Tan atrayente era, que la distinción entre sujeto y objeto peligraba, endeble, al filo del colapso.

Palabras no habría; la comunión era plena. Fotones de consciencia pasaban de una a otra en elegantes remolinos, como karfis en llamas, como nautas de luz.

«Alayr, Señora, tú eres la guía en el camino por el que yo voy. Tú lo has recorrido, tuyo es el secreto del dolor y la enfermedad, de la salud y de la vida».

«Este es el centro, Usha, el pedestal de roca-luz en el abismo-mentira. Contempla como el gnomon de oro proyecta ahora una línea de luz en el reloj. Una hora sin sombra. La hora de la perduración».

«Alayr, Señora y Madre... ¿Cómo? ¿Por qué esto todo? ¿Quién yo? ¿Qué...?».

«Usha, has tocado el fondo, has llegado al centro, has recorrido el camino de las mil máscaras dolorosas, has visto las contorsiones de las carátulas de la mentira.

Ahora da, da... instruye, enseña... da. Aquí acaba esta etapa de tu viaje. Aquí cesa el caer de la Piedra y la tiñe el oro. Ahora peregrina con los demás. Da, Usha, da... a manos llenas da».

«Alayr, Madre, hazme saber».

«Usha, enfermar no es, no existe. Lo que llamas así es la oculta voluntad de tu Ser de ser más. Usha, no se puede recuperar la armonía sin ser más... enfermedad es distonía. Enfermedad es instrucción; sanar es expansión. La enfermedad sirve a la Vida, la muerte sirve a la Vida; Vida es divinización».

«Alayr...».

«Ahora, Usha, de la expansión haz dar, dar, tu senda es dar...». «Alayr, Alayr, hazme saber más».

«Vendrá, Usha, vendrá. Lo que necesitas saber vendrá». «Más, Alayr, más...».

«Usha, una cosa más, el saber-madre: eres una servidora del Divino, del Don. A Él sólo se le sirve creciendo, creciendo, siendo más, más luminosa tu consciencia, siendo más, más...».

Usha aceptó que la forma se desvaneciera cuando comprendió que era su exceso de ser lo que hacía temblar, a cada instante con mayor fuerza, la substancia y los cimientos del abismo. Así, este palacio o castillo en que se hallaba, este símbolo de poder, señorío y hermosura, ¿debería seguir obscuro y olvidado en las profundidades de su ser? El techo partió, el suelo partió, la bruma de un sueño se llevó las paredes y columnas y los dioses dormidos. Quedó el reloj de Piedra, de Sol, con toda la firmeza antes expandida concentrada ahora en sí, con su hora eterna rayada en oro... Quedó el reloj y Usha envuelta en un mantón de niebla.

«Da, da...» era ahora lo único que llenaba el limbo entre dos sueños, apenas una idea, apenas un ritmo todavía, pero la boira gris-informe empezó a moverse a su son. Las figuras de su danza se sucedieron sin anularse y nuevas imágenes aparecieron cuyos contornos eran las líneas del tiempo. Un nuevo mundo surgió de la idea; un nuevo camino corrió desde los pies de Usha como alfombra desplegada y ella marchó, otra vez acompañada por el ente numinoso. Cuerpos humanos orillaban ahora la senda, dormidos y castigados. Y el camino ascendía.

Tiempo, espanto y misericordia trababan nuevamente la malla de las cosas. Pero el camino ascendía y la misericordia era expansiva, y el espanto la invadía sin dañarla como ponzoña que en sus venas se convirtiese en icor inmortal. Misericordia era *dar* por el camino que ascendía entre orillas de cuerpos arruinados, lacerados, leprosos, torturados, mutilados, ulcerados; misericordia era extender hasta las manos extendidas, despiertas a su paso, la música que la arrojaba, anudar con ella llantos y gemidos y elevarlos a los tonos más sublimes de la melodía y el canto. «Da», había dicho Alayr, y Usha comprendía ahora que lo que ella podía dar era la piel que rechaza la mentira, y la piel era música, y la música colmaba las manos del eterno

mendigo doliente que gime sin cesar en la carne muda del hombre.

Pradib vio una lágrima surgir por la comisura del ojo de Usha y resbalar por su mejilla. Un día atrás había temido perder toda esperanza y se había refugiado en un limbo atemporal de pura aceptación. Hora tras hora había velado el cuerpo inerme de su amada, limpiándole los borbotones de sangre que emergían a su boca o el aljófar de su sudor enfebrecido, o calmando sus inconscientes, inhumanos gemidos con palabras de sosiego que Usha no podía oír. Cuando con la primera alborada sopló un cierzo cortante y el cuerpo de Usha tiritó bajo las dos mantas que pudo rendirle Pradib, este dejó a Táumandos velar la moribunda y partió en busca de leña con Philo y con su caballo Áimar. Volvió una hora después, y al apilar en aquel terreno desolado tanta madera muerta, se dio cuenta de pronto de que había traído combustible bastante para una pira. Rabioso en su pena titánica, golpeó la madera con los puños sin arrancarle otro fuego que el de la desesperación. Fue entonces cuando temió que su pérdida de esperanza pesase sobre Usha como una condena y buscó en sí el corazón de una ecuanimidad absoluta. Pasó el nuevo día velando, limpiando, sosegando el cuerpo. A veces posaba la palma de su mano sobre la frente, el cuello, la clavícula de Usha, pero la carne seguía gélida, la sangre casi inmóvil, el pulso débil, distante, irregular, lento, extraño, roto. Apenas podía creerse que aquel cuerpo consumido viviese todavía. Philo se acostaba sobre él en un intento imposible de darle calor, trataba con sus patas muelles de masajear las piernas, el vientre, los brazos de Usha, y maullaba con tristeza más que humana cuando acababa por comprender que no habría respuesta. De hora en hora Philo desaparecía. Retornaba más tarde surgiendo del bosque, hermoheando el campo con su lento paso elegante y apenado de pantera contemplativa. Junto a Pradib depositaba entonces unas bayas, o una nuez, o unas frutas extrañas del bosque que él consideraba humanamente comestibles, o un modesto conejo, o el pequeño cuerpo frío de un ave hermosa que parecía sólo dormida en la nube encantadora de sus plumas. A cambio de esta muestra de amor, Philo no pedía nada; dejaba su don al alcance de la mano de Pradib y pasaba, como el benefactor incógnito que no se detiene a mirar a su mendigo. Tampoco daba muestras de que le doliese la acumulación ignorada de sus tributos; Pradib no los percibía y Philo lo aceptaba, consciente de que en la puerta al mundo introvertido de su dueño no había una gatera para él.

Pero antes de aquella segunda alborada, una lágrima había amanecido en el ojo de Usha, y al arbol de las nubes orientales precedió un rubor en el rostro moribundo. Y sólo entonces recordó Pradib las palabras de Dión en la hora de su despedida: «... pues tú verás la Aurora antes del amanecer».

El calor retornó al cuerpo yacente con la lentitud de los veranos y a los masajes de Philo respondió una mueca lejana de agradecimiento. Táumandos y Áimar estaban contentos aquel amanecer y corrían fastuosos en el circo de los dólmenes, o del

bosque hasta la fuente, un rayo blanco y un rayo negro sobre cascos de juego y de tormenta. Philo parecía sonreír, parecía creer que con la presión terapéutica de sus patas hacía revivir el corazón exhausto.

Usha abrió los ojos y contempló largamente a su amado. Su voz estaba tan, tan lejos... Pero el puente de silencio entre los dos era firme y evocador como la palabra. Gratitud le rebosaba del pecho, gratitud no por la vida recobrada sino por cada instante doliente vivido. Ahora el sueño la llamaba, un sueño plácido y opaco, un retiro a la nada recuperadora. Pero halló un feble hilo de voz lejana y lo ensayó antes de apagarse.

—Ya ha acabado. He vuelto —creyó oír Pradib en los tenues labios dormidos.

Esperanza... No: certidumbre le colmó las venas. Volvió entonces su mirada hacia la fuente y descubrió, encaramándose por las húmedas peñas grises, una mata de hibiscus anaranjados. Se abrían con la mañana y fulguraban como llamas hechas flor.

XXV



La Puerta de los Sabios. Es curioso, no había vuelto a pensar en ella desde que entramos en Koría. Y ahora ha surgido con tanta fuerza... Una visión tan clara como si hubiese estado allí, a sus pies, atormentado por su belleza y su misterio.

Vrik dijo estas palabras lenta, honda, suavemente, sin abrir todavía unos ojos que no se resignaban a dejar partir la imagen vista en meditación, cautivados todavía por el resplandor místico de los fenómenos interiores. Estaba en la cima del Ish con Brahma, el lugar favorito del príncipe para el silencio y la contemplación. Allí, grandes moles rojizas se espigaban hacia el cielo, se prodigaban en un anfiteatro de rocas desnudas que enseñaba una terraza cubierta de césped donde pacían vientos bramantes como toros. En los altos picos de aquellas rocas, águilas anidaban. A veces anclaban allí nubes que expandían su abrazo de amante por toda la cabeza y los hombros del Ish como la gasa de un sueño. Y, por las noches, si uno contemplaba aquellas almenas del mundo con la espalda recostada sobre la tierra encespada de la cima, parecía que todo el dosel del cielo se sostuviese sólo sobre las sombras de las misteriosas espigas. Pero Brahma el Mayúrida y Vrik de Belinor habían llegado allí con la luz del amanecer, hurtados por un breve rato a los urgentes quehaceres de las tropas, que pronto estarían en marcha.

—¿Y sabes tú lo que es la Puerta de los Sabios, Vrik? —preguntó el príncipe emergiendo del mundo introvertido de su silencio.

Vrik tardó un instante en contestar. La pregunta de Brahma no pedía evidencias, que cualquier persona culta podría responder; interrogaba al conocimiento interior del muchacho, a su experiencia espiritual del monumento, y él sólo podía contestar una cosa:

—No.

Brahma sonrió.

—Pero hay en ti el anhelo, Belinor, como lo había en mí. Algún día iremos juntos. Cuando acabe todo esto. Te enseñaré lo que he aprendido, porque...

—¿Por qué? —inquirió Vrik, el viento azotándole el rostro y sus ojos encogidos por el cristal del frío.

—Porque quizás Ulán tenga razón.

—¿Ulán? ¿En qué?

Brahmo lo contempló pensativo.

—*Crece invisible la corona en la cabeza de secretos reyes, flor cuya causa y arcano es el Rayo...* —citó al fin—. ¿Recuerdas?

—Versos de Ulán —respondió Vrik—. Creo que con ellos esquivó revelarme el destino leído en la palma de mi mano... si es que realmente lo leyó.

—O acaso fue la forma de decírtelo.

—¿El destino? No te entiendo, ¿qué...?

—Vamos —dijo Brahmo incorporándose— es tarde y nos esperan.

Se detuvieron un instante a contemplar el gris amanecer, el sol pujando todavía con nubes avaras de lluvia acero y estallando en fulguraciones de ópalo y rosicler, rabioso en su imposibilidad de ganar el soberbio campo azur. Abajo el lago, reflejando el celaje, la batalla gris; y alrededor el mar esmeralda, la catedral del bosquealzada no con sillares, sino con arpegios de un himno de vida.

En el epílogo de esta visión, Brahmo dejó a Sarpa en el suelo verde afelpado y pasó su mano por el dorso dorado del cuerpo frío.

—Allá donde voy ahora, no puedes acompañarme, Sarpa. Eres un monarca y un dios en esta cima, pero no siempre los reyes son aceptados en las tierras bajas. Guarda aquí mi memoria y un pequeño rincón donde pueda volver a sentarme en silencio... algún día.

Y la cobra cornuda de Koría se alzó y se dilató, no irritada sino en ofrenda generosa de toda su hermosura. El príncipe partía pero tornaría, su instinto presciente se lo aseguraba y, por otra parte, ¿no es el tiempo una serpiente que se muerde la cola?

Brahmo y Vrik corrieron por el camino del descenso como dos niños, inflamados por la visión que se extendía a sus pies y colmados de la euforia del futuro. Alcanzaron el pie del monte con el rubor del vértigo en sus rostros y hallaron ya el campamento desmontado, las cavernas desalojadas y las tropas preparadas en grupos desiguales: Bárak, Álmor, Ulán, Arolán, Yrna, doce guerreros *tholos* y el *gôrgon* partirían con Vrik y con el príncipe hacia Ôrkan para asegurarse las fortalezas occidentales de las montañas; el resto de los *compañeros*, los cerca de doscientos soldados ebénidas y otros tantos *tholos*, tomarían el camino del Este, harían lanchas simples y rápidas en el linde de Koría con las que descender el Deva, y se unirían a las huestes de Thúbál y a los agentes de las Órdenes en el Cinturón Fértil, llevándoles la noticia de la pronta llegada del príncipe.

Contemplando ahora a Yrna y Arolán sobre sus caballos, Vrik apenas podía creer

lo que veía, apenas quería creer la transformación que le mostraban sus ojos. Los uniformes de cazadores del rey, que al principio parecieran en ellas meros disfraces histriónicos, laxos sobre aquellos cuerpos blandos, les ayudaban ahora a efundir un halo de extrañas heroínas. Largas dagas pendían de sus cintos anchos y Vrik sabía que no eran mero adorno: las había visto usarlas en las maniobras militares durante los cinco días que había durado la estancia en los Picos Gemelos. ¿Era la antigua sangre guerrera ebénida despierta por fin, sobrepujando incluso la artificiosa delicadeza de las muchachas? ¿O Vrik imaginaba sólo?

Luminosamente sincero consigo mismo en aquel instante, Vrik percibió insinuarse, detrás de su asombro, una punzada de desconfianza; se mostraba apenas, como el perfil de un rostro en sombras, y sonreía con una irónica suspicacia que no ocultaba un fondo erizado de celos. Se reprendió de inmediato.

«Desconfiar de ellas ahora —se dijo— sería negar lo que siempre he pedido para mí mismo: fe... la única fe que puede despejar la senda ilimitada».

Se sintió curado entonces, ligero como un ave. Comprendió lo que nunca había entendido hasta ese momento: lo que Leb podía hallar en el tipo humano que representaban sus primas y la generosidad innata que se requería para ello. Su pecho se dilató con una voluntad espontánea de amar y saludó a las muchachas con palabras preñadas de luz. Salman piafó gozoso cuando su amo afianzó las riendas y puso su pie en el hondón del estribo.

Los jefes de todas las tribus aliadas estaban allí y Brahmo los abrazó como a hermanos. Bajo su custodia puso el bosque y la corona del carnero, y les habló en la lengua de los árboles antes de partir, ingenua y musical como el grillar del grillo. Luego, los dos grupos se despidieron deseándose triunfo y vida. El príncipe ocupó con Báarak la cabeza de su pequeña hueste y gritó «Adelante»; y partió trotando, a través de Koria, sobre la montura ligera de sus piernas, resistente como un centauro.

XXVI



Las dos sombras se deslizaron por la calleja estrecha, bajo la lluvia fina, muy juntas, pegadas a las paredes, disueltas en la noche sin luna, evitando el resplandor difuso de algún fanal aislado. Aun así, el oficial responsable de la vigilancia nocturna en aquel sector de la ciudad las vio, impartió órdenes a los cuatro hombres de su patrulla y corrió tras ellas. Los guardias se dispersaron. Las sombras comprendieron que enseguida estarían cercadas y que no podían escapar; si aún tenían una posibilidad de salvación, esta era otra. Se dejaron alcanzar por el joven oficial y este se extrañó. No les gritó que se entregaran ni que arrojaran sus espadas, evidentes bajo las capas de los desconocidos, pero se acercó a ellos con cuidado sumo y con su acero desnudo en la mano.

Pero aquellos ojos, los ojos azules de la figura embozada que le miraron... a la vez implorantes y serenos, delicados y regios, maternos y profundos. El extraño mostró de pronto su rostro.

—¡Señor de los cielos! —exclamó el oficial.

La otra figura, más alta y corpulenta que la primera, también dejó caer el embozo.

—¿Nos ayudaréis entonces, oficial? —interrogó con premura. El oficial miró inquieto alrededor, sin saber qué hacer.

—Estarán aquí en un instante —dijo temblándole el labio.

Oyeron las carreras de los guardias, ruido de metales y botas sobre la tierra mojada de la calle llegando desde cuatro puntos distintos. Pronto estuvieron allí, las dos figuras rodeadas por cinco hombres diestros y bien armados.

—¿Es ella? —preguntó desde detrás de los detenidos alguien que llevaba la ofensa en el tono de su voz.

Se adelantó para comprobarlo por él mismo. Pero el oficial, como en un arranque de locura, alzó su espada rabiosa amenazando traspasar con ella a la más débil de las dos figuras en sombras.

—¡No! —gritó el que acababa de preguntar y se arrojó al loco para detenerlo.

La espada le atravesó el cuello de parte a parte. Ahogado en acero y sangre,

recibió mudo la muerte, con los ojos muy abiertos pero ciegos, sorprendido más que solemne. El oficial le ayudó a caer al suelo sin ruido. El resto de sus hombres contempló el acto sin demasiada extrañeza, como si se tratase del sacrificio de un carnero largo tiempo esperado.

—Majestad —dijo entonces el oficial—, hemos tenido mucha suerte de que en esta patrulla hubiese sólo uno de los hombres de Ranza. No es lo más común. Están por todas partes. Yo... Apenas puedo creer...

—Gracias, Bâlmár —respondió Dama Esha—. Sí, puedes creer y debes creer. Es a mí a quien buscan. Yo soy esa espía peligrosa del desierto que ha llegado en las alas de sus rumores... Y necesito tu ayuda, oficial; necesito vuestra ayuda, soldados.

—¿Qué debemos hacer, Señora?

—Tengo que salir de Eben —dijo la reina—, hallar refugio con gente amiga y dirigir la recuperación del reino. Nuestra esperanza era llegar al puerto y apoderarnos de uno de los bajeles reales.

—Tenéis más amigos de los que imagináis aquí en Eben, mi Señora —repuso el oficial—. La mayor parte de las tropas ignora que estéis oculta, que os quieran secuestrar. Si...

—Ya he estado secuestrada, Bâlmár, y casi dejo en ello la vida. No todos los oficiales me conocen como tú ni yo los conozco. Muchos piensan que soy la responsable de los cambios y eso les duele... y empiezan a odiarme. Levantar a los fieles en la ciudad no sería tan fácil como imaginas. Pero es necesario que la tropa sepa, que todo el ejército capitalino lo sepa y que cada uno se sitúe en el lado que le dicte su egoísmo o su conciencia. Tú puedes hacer esa labor, Bâlmár. Pero ahora, ayúdanos a salir de aquí.

El oficial contempló el muerto a sus pies. Limpió en las ropas del caído la hoja de su espada. Desprendió del cinturón del hombre el frasco de *batl*, la fuerte bebida fermentada y enebriante en una pequeña redoma de vidrio recubierta de cuero, y derramó todo el contenido por su boca abierta en un grito mudo, por su rostro yerto. Buscó su bolsa entre los pliegues del ropaje, la vació de monedas y arrojó lejos la funda de vitela. Se miró por fin las manos y las halló libres de sangre, habitadas por una muerte callada e invisible.

—Vamos.

El grupo descendió la calle con la reina y Leb en el centro, como si los llevaran presos. El orvallo continuaba, pero Dama Esha gozaba de él, del aire de la noche, de la proximidad del río y la música calma de sus aguas. Desde que huyó de la ciudadela habían pasado siete días; siete días de reclusión absoluta, de ocultamiento en el depósito subterráneo de la casa de Leb, cuya humedad y cuyo olor, a pesar de los esfuerzos inefables de su amigo, nadie podría describir porque no existían en *ordumia* adjetivos adecuados para ello. Cada uno de esos siete días había ahogado en lluvias

desbocadas la esperanza de partir; el Deva había descendido crecido y turbulento y tramposo; y la vigilancia de las calles se había hecho más descarada y rigurosa. La ciudad cambiaba rápidamente, le había dicho Leb, que dejó en tres o cuatro ocasiones su morada por breve rato y caminó y observó. Las calles habían perdido su vida natural; aumentaban en ellas los mendigos, vagos y arrimones. Los ebénidas estaban confundidos; se hablaba de desapariciones, muertes, registros, destituciones en la guardia real y el ejército, cambios en la cúpula del reino. Se temía por la reina o se la odiaba, según se la creyese o no responsable de lo que estaba ocurriendo. Hablara de lo que hablara, la gente bajaba la voz cuando veía acercarse a alguno de los innumerables grupos de soldados o de hombres armados que transitaban las calles. La Academia de la Lengua había extremado la censura, aunque cada vez mostraba mayor lenidad con la contaminación *mâurya* del *ordumia* vulgar y literario; su intransigencia y su política de castigos pecuniarios y corporales crecían, es cierto, pero dirigidas ahora contra el contenido del lenguaje y no contra sus formas; en las últimas semanas, su mayor logro lingüístico había sido incorporar al dialecto ebénida el concepto *subversivo*. El templo ganaba fuerza cada día; la jerarquía eclesiástica también había sufrido cambios, pero pocos e intrascendentes, lo que demostraba su versatilidad para adecuarse a casi todo tipo de política, mientras no lesionase sus intereses inmediatos; a la nueva la bendecía con loas jamás oídas aún en boca de los clérigos, y el nuevo visir del reino respondía a los cumplidos asistiendo cada día al culto rodeado de su familia grande y santa, y de los nobles de su partido. Algunos ancianos, al ver pasar al visir por la Avenida Principal, con su tripa pesada sobre piernas enclenques de flamenco y su rostro de mono viejo bajo la calva, murmuraban que habían vuelto los tiempos de Sarkón. Chur de Olpán era repugnante y tiránico, pero en su carroza y rodeado de su guardia se sentía sobrehumano. Si no hubiera nacido en una familia rica y no se hubiese casado con una mujer implacable, habría sido bufón. Elva lo sabía y lo trataba como si en realidad se hubiese cumplido en él ese destino; él lo sabía y trataba al mundo con desprecio arrogante, y un corazón alacranado por las vivencias de un destino azarosamente esquivado. Sólo con sus niños el endriago se volvía hombre y entrañable; verlo entonces era creer en los milagros, con su sonrisa plácida en su boca enorme humanizando su faz de simio. Su nombre verdadero era Eukón, que en dialecto de Zuria, por una de esas paradojas de la vida, significaba «bien formado»; pero Elva lo llamaba Chur, que en *dévico* es «ladrón» y en *ordumia* «pizca». Nadie sabía de qué era la «pizca», aunque ciertamente de nada bueno. A pesar de ello, el grotesco nombre había trascendido.

Llegaron al puerto. La lluvia arreció un instante para volver a perder fuerza y en el Oriente viborearon esplendorosos fucilazos seguidos de truenos inmensos. Leb y Dama Esha cambiaron miradas evocadoras: fueran las que fueran las protestas de los cielos, había que dejar Eben aquella misma noche. Apenas alcanzaron los muelles y

empezaron a caminar por ellos, vestidos con la luz mortecina de fanales en los que aún ardía un corazón de luz tras la frágil coraza de cristal, golpeada por el viento y por la lluvia, un grupo de hombres fue emergiendo de diferentes barcas amarradas al sólido cai de piedra que penetraba en el río. Aburrimento, hosquedad y arrogancia pintaban sus rostros.

—Son los nuevos centinelas —susurró Bâlmár—. No habrá truco que nos valga. Me temo, Señora, que sólo hay una forma de que consigáis ese bajel: acabando con ellos y yéndonos todos juntos. Preparaos —dijo a continuación a sus hombres.

—¿Dónde están la guardia del puerto y los bateleros de la reina? —murmuró Leb.

Pero los hombres estaban cerca ya y Bâlmár no respondió. Eran ocho, con largos cuchillos al cinto, en la mano espadas y aspecto ceñudo de bandidos.

—¿Qué traéis ahí? —preguntó con sorna el que lideraba el grupo.

—Un regalo para Ranza —respondió el oficial clavando sus ojos en los ojos de tigre que le traía la noche y acelerando el paso hacia el hombre que iba a matar.

—Señor Ranza —corrigió el centinela.

—Sí, señor... ¡del muladar! —gruñó Bâlmár, y desenvainando rápidamente la espada tendió la punta del acero hacia el cuello enemigo.

Pero el mercenario fue más veloz. Había percibido la actitud anormal del militar y, aun antes de eso, había olisqueado rareza en la compañía que venía a su encuentro. Manejó con prontitud y destreza su cuchillo para bloquear el ataque del arma rival al tiempo que desnudaba su espada para romper el vientre desprotegido de Bâlmár. Sólo el alfanje negro de Leb salvó al oficial. Dejó su funda con un grito de pájaro y cruzó invisible el aire de la noche; cortó el ataque enemigo, desarmó la mano derecha del hombre y abrió una puerta para que la hoja de Bâlmár entrase en la carne tensa.

—¡Aquí los leales de la reina! —gritó este entonces.

Las espadas chirriaron bajo los truenos. Un grupo de guardias reales y remeros surgieron de los barcos amarrados en el extremo del cai; al principio no comprendían qué ocurría ni quién luchaba contra quién.

—¡Por la reina! —volvió a gritar Bâlmár.

—¡Eh! Ese es Bâlmár —exclamó uno de los remeros.

—Pero ¿qué hace? —musitó otro.

—¿No lo ves? —repuso uno de los guardias reales—. ¡Darles fuerte a los perros de Ranza! —y corrió hacia el lugar del combate.

Los mercenarios no tardaron en verse rodeados por una fuerza que los doblaba. Una y otra vez trataron de alcanzar con sus estocadas a la desconocida que tan bien protegían la guardia y el misterioso guerrero de la espada curva, pero no lo lograron: los ataques del alfanje negro eran mortíferos, e impenetrable su defensa. Fueron cayendo uno tras otro, salvo uno, que luchaba con rara maestría. Pronto fue evidente que el ruido de la contienda en el puerto había alcanzado la ciudad. Una fila de

antorchas descendía desde la puerta oriental, visible a través de la neblina aún rala que ascendía del Deva. Al ver las luces aproximarse, el hombre de Ranza cobró ánimos, abatió a uno de los guardias de Bâlmár, rompió el cerco y huyó hacia las calles por las que se apresuraba la nueva compañía. Bâlmár se volvió hacia él. Soltó de su cinto una pequeña daga y entrecerró los ojos. El hombre alcanzaba ya el límite del puerto, un tiro de arco lo separaba del cuchillo del oficial, apenas un contorno humano en las sombras más allá del espasmo lumínico de los fanales, envuelto en serpentinas de niebla y orvallo. Durante unos instantes, Bâlmár pareció ausente, como pesando en su mano derecha la muerte que habitaba la hoja del puñal. De pronto lo lanzó. El arma voló, cruzó la obscuridad con remolinos de hélice, portadora del hado. El otro extremo de la noche devolvió un chasquido, la caída atropellada de un cuerpo, su silencio. Pero más allá de él avanzaba temible la algazara enemiga.

Bâlmár contempló fijamente a los hombres de la reina y el río. No había tiempo que perder.

—Dama Esha os necesita —les dijo mostrando a la mujer que había permanecido hasta ese momento arrebozada tras las espadas protectoras de su guardia.

Las sombras y el aspecto de la reina, tan distinto de como lo recordaban algunos de ellos, no les facilitó el reconocerla. Pero querían hacerlo. La reina era su esperanza.

—Dama Esha nos tiene a sus órdenes —dijo enseguida uno de los oficiales del puerto.

—Entonces al río. ¡Vamos! —gritó Dama Esha viendo que las luces llegaban ya al muelle. Todos corrieron hacia uno de los barcos reales, una nave afilada de quince remos por lado y un palo, que acostumbraba a hacer de correo entre Naor, Eben e Ishkáin. Las espadas cortaron las amarras, los remeros saltaron a sus bancadas y batieron las aguas, el bajel hizo una rápida maniobra y aprobó el centro del Deva, pujando con una corriente intranquila. Saetas lo buscaron, ciegas en la calina creciente y arrojadas por ballestas nerviosas; algunas picaron el casco, agotando en él su letal gemido cimbreado.

—¡Al Norte, bogad al Norte! —gritó Leb.

Y la nave se deslizó trazando un arco hacia las lejanas fuentes del río, ágil y hermosa como un salmón salvaje. Los remeros batallaron, eran ocho por lado, pero no tardaron en unírseles el resto de los hombres, salvo el piloto. Los soldados de la guardia, los oficiales y Leb no dudaron en participar en la lucha contra el agua fiera y crecida. Era imposible saber si les seguía otro barco, la niebla se cerraba tras ellos y no había más sonido que el del agua batida y la turbulencia. Pero el piloto los guiaba bien, conocía todas las voces, las astucias, los peligros, los humores, las mañas del río, y aun ciego habría podido gobernar el timón. Durante media hora lo demostró sin lugar a dudas; después la niebla raleó, la espesura del cielo escampó y emergieron a

una noche más clara, con estrellas límpidas y un rastro de luna en el finísimo retajo blanco de la uña de un dios, caído en el humeral del cielo.

Aliviados, los fugitivos comprobaron que no les perseguían y hubo un instante entonces para que Leb explicase la situación a los hombres de la reina. Amargamente, aquellos comprendieron todas sus implicaciones: la inevitabilidad de la guerra civil, el peligro de represalias que corrían ahora sus familias en Eben y la dureza de los tiempos por venir. Pero en sus corazones se sentían dichosos por el privilegio de servir a su Señora en esta aventura.

—Tenéis toda nuestra lealtad, majestad, hasta el último momento, hasta la última gota de nuestra vida —dijo Bâlmor en nombre de toda la tripulación, tendiendo hacia la reina la empuñadura de su espada.

—¡Y yo la tomo! —respondió la reina con una voz potente sobrepujando la fragilidad de su figura—. ¡De vosotros la tomo hasta el final, los mejores y más fieles de mis gentes!

Pero de pronto uno de los nautas interrumpió la solemnidad del instante.

—¿Qué es eso? —exclamó, y a sus palabras siguió un silencio quieto de expectación, molestado sólo por la voz del río y el ruido cortante de naves sobre las aguas.

—¡Lanchas! —gritó otro de los navegantes—. ¡Una desde cada orilla del río!

Sigilosas como caimanes y veloces, apenas perfiles extraños en la noche azul, avanzaban hacia el centro del Deva. El bajel real retomó toda la velocidad que podían darle sus remos contrincando con las aguas, y las lanchas, entonces, viraron ligeramente, formando una cuña para interceptar la derrota enemiga. Una flecha prendida voló desde una de las naves rapaces, aún muy lejana para dañar a su presa pero inquietándola con el paseo jactancioso de las llamas por la opacidad del aire. Cuando el ave de fuego y hierro se perdió en el agua, la reina sintió un estremecimiento de temor, no por sí misma sino por sus hombres; pero el voto de lealtad que acababa de recibir implicaba este y otros peligros: habían puesto la vida a sus pies y... por primera vez ella se preguntaba si era digna.

Otras dos flechas volaron. Esta vez, el fuego cayó más cerca y se apagó quejicoso en el río. Mientras, la cuña se cerraba y se hacía evidente que el bajel real quedaría atrapado en ella. Era necesaria una estrapada más intensa, poderosa, veloz, constante... pero Leb, que a pesar de su edad había bogado hasta ese instante con una fuerza ejemplar, despertando el amor propio y la sana competencia del resto de los hombres, parecía exhausto más allá de sus fuerzas, cabeceando en su banco, con el tronco encorvado sobre su flácido remo. La reina lo contempló desde su lugar en la popa con preocupación y también con extrañeza.

Gritos de triunfo se alzaron en las lanchas, cuando ya nadie dudaba de la inminente captura; gritos que multiplicaban el poder y la cifra de las voces, y que

arrastraban los leales al desánimo. Otras flechas en llamas llovieron, esta vez junto al casco, alardeando de poder alcanzarlo. Sin embargo, la consigna no era destruir sino amedrentar; querían viva la presa.

De pronto, en la lancha de babor se oyó un crujido, un hombre gritó de dolor, una de las flechas encendidas se clavó en la proa misma de la nave y el fuego se expandió con rapidez. El piloto del bajel real no comprendió al instante lo que ocurría, pero sintió como si una voz le susurrara directamente a su oído interior, en pocas palabras claras, todo lo que necesitaba saber. Movi6 rápidamente el tim6n y grit6 la maniobra, vir6 a babor y, pasando a medio tiro de arco por delante de la nave herida, atraves6 la l6nea libre de la cu6a a6n abierta. La otra lancha qued6 pronto a popa. Las flechas volaron de nuevo, sin vanos alardes ahora, vengativas; pero, mientras el bajel sigui6 a tiro de la segunda lancha, dio la impresi6n de que una mano invisible las apartaba. Leb se movi6 como borracho sobre su remo, poco a poco enderez6 el tronco, abri6 los ojos y se puso a bregar como los dem6s... con m6s fuerza incluso. La distancia entre la nave real y la lancha creci6, y la noche la encortinaba. Luego, cuando los hombres de la reina se sintieron seguros, retornaron a un ritmo m6s calmo. Aunque el aire era fr6o, sudaban profusamente. Poco a poco fueron calmando sus resuellos.

La reina camin6 entre las bancadas de los remeros y se sent6 junto a Leb.

—¿Me dir6s c6mo lo has hecho, L6bari?

—¿Qu6, mi Se6ora? —respondi6 aquel como surgiendo de un sue6o.

—No disimules conmigo, L6bari. No hab6a forma humana de salir de la trampa, pero t6 hallaste el medio. Me fij6 en ti. Parec6as exhausto, pero no era eso... ¿Me equivoco?

—No os equivoc6is —le confirm6 Leb en un murmullo—. Pero en el fondo esos medios son tambi6n muy humanos. No hay ninguna magia en ellos cuando se conocen. El aspecto exterior de las cosas no es el 6nico, sino el m6s vulnerable, el que acostumbra a sufrir las consecuencias de los cambios en las dimensiones interiores de la realidad. Es lo que he hecho, mi Se6ora, observar interioridades, descubrir posibilidades, atar hechos y crear resultados. Una madera d6bil en el fondo de una lancha y el mal paso de un hombre pueden convertirse en un accidente grave, cuando el hombre es un arquero y tiene una flecha prendida tensa en el arco. No hay misterio en ello, mi reina; la intuici6n halla las posibilidades ocultas y el camino hacia ellas, la voluntad las mueve, las concatena, igual que en cualquier tarea humana... s6lo que en este caso es necesario ser consciente tambi6n de las formas y vidas secretas de las cosas.

La reina no comprendi6 a Leb, pero le crey6 y agradeci6 aquellas palabras, que aumentaban la confianza en su salvador y en su propio destino.

No descansaron los hombres aquella noche, pero su navegaci6n se hizo m6s tranquila a medida que avanzaban las horas. El Deva se seren6 y de sus perseguidores

no hubo más señales. Al amanecer, con una aurora rosa y gris extendiéndose sobre el desierto lejano, se acercaron a una pequeña playa en la margen oriental del río. Un muro de vegetación alta y tupida la separaba de los caminos del Cinturón Fértil y a unas pocas millas hacia el interior comenzaba el señorío de Thúbal. La nave ancoró a distancia prudente de la orilla y, cuando reposó balanceándose suavemente en el agua undosa, entre jirones de tenue bruma matinal, la reina, Bâlmár, Leb, dos oficiales y el piloto, se reunieron en la popa.

—Deberíamos enviar un grupo al interior, avisar al señor de Thúbal, pedirle escolta para la reina —dijo uno de los oficiales—. No sabemos cuál es la situación aquí.

—Cuatro hombres —respondió Bâlmár—. No hacen falta más. Yo conduciré el grupo.

—Eso exigirá todo un día en el mejor de los casos —repuso Leb—. No me gusta la idea de permanecer un día entero en este lugar. Podéis estar seguros de que hoy habrá por lo menos media docena de barcos registrando todas las calas, fondeaderos y embarcaderos del Deva.

—Quizás no lleve tanto tiempo conseguir transporte y hombres del Thúbal —volvió Bâlmár—. Las primeras aldeas del señorío están a diez o quince millas de aquí. Tendrán caballos y tendrán noticias de su señor. A media tarde podríamos estar de vuelta con refuerzos. El barco se ocultaría allí, ¿veis?, un poco más al Norte. Allí el agua es profunda junto a la orilla y los árboles descuelgan su ramaje hasta el río. La compañía podría refugiarse ahí al lado, en aquella loma arbolada. Somos veintitrés hombres, me llevaré uno solo, quedáis veintiuno para proteger a la reina.

Durante un instante, los seis valoraron el plan de Bâlmár en silencio. No hubo voces en contra. El oficial halló en las miradas de sus compañeros el consentimiento tácito y llamó a su hombre.

—Bâlmár —le detuvo Dama Esha—, llévate al menos dos soldados contigo... Al menos dos.

Los tres hombres saltaron al agua de inmediato y bracearon hasta la orilla, se ataron el cinturón en bandolera y fijaron sus espadas a la espalda para poder correr sin estorbos. Rápidamente se perdieron más allá de la espesura. El ancla fue alzada y el barco se deslizó hacia su refugio. Cerca de una milla más adelante empezó a aproximarse a la margen del Deva, con lentitud y cuidado; introdujo su proa entre la cortina vegetal y el lomo de tierra desde el que se inclinaban los árboles sobre el río, y los remeros lo palmearon hasta que quedó cubierto por el verde sudario.

—Si yo fuera uno de los mercenarios de Ranza y pasase por ahí delante buscando este barco —dijo el piloto—, no descuidaría este lugar.

—Tienes razón —admitió Leb—, pero piensa que hay muchos sitios como este a lo largo del Deva. No pueden registrarlos todos. Y por otra parte, un mercenario es un

mercenario; sólo pone todo su espíritu en el trabajo cuando espera una buena recompensa.

—Recemos pues para que Ranza sea un poco tacaño —intervino Dama Esha.

Los hombres se repartieron entonces las armas que había a bordo. Cuchillos largos tenían todos, a los oficiales no les faltaban sus espadas y Dama Esha contaba con la que Leb le sujetara al cinto al dejar su casa, la compañera del negro alfanje. El piloto no se desprendía nunca de su hacha de combate, que colgaba junto al timón, y había además dos largas picas en el barco, una ballesta con media docena de dardos, algunas adargas y dos o tres rodelas. De lo que carecían totalmente era de alimentos y no podían conseguirlos sin moverse por aquellos parajes, que era lo que querían evitar. Pero Dama Esha, que constituía la principal preocupación de los hombres tanto en este como en los demás aspectos, pidió que no se inquietasen por ella; un día entero de ayuno, incluso dos si fuera necesario, no la perturbarían en absoluto. El barco fue abandonado y el grupo ocupó una loma desde la que podían atalayarse el río y el camino de Naor sin dejar la protección de los árboles. Se establecieron turnos de vigilancia y la mayoría de los hombres aprovechó para dormir las horas de sueño nocturno perdidas.

Pasó en calma el rato. El turno de guardia cambió. El frío del día anterior remitió y el sol paseó sus triunfos por el cielo azur de la mañana. Dama Esha reposó tendida en tierra, sobre el humus muelle del suelo y cubierta por su capa y la de Leb, con la que este la arropó en cuanto estuvo dormida.

—¡Jinetes a galope! —llamó de pronto uno de los atalayas desde la copa de un árbol cuando se acercaba el mediodía.

Todo la compañía se incorporó como un solo hombre, prepararon sus armas, se ocultaron tras peñas, matas y árboles. Enseguida oyeron el tronar de los cascos por el camino de Naor, que pasaba algo más al Este de la loma. Marchaban hacia el Norte; el ruido del galope y el polvo que alzaban sugerían, cuando menos, medio centenar de caballos. No se detuvieron. El huracán fue decreciendo a medida que se alejaban.

—Eran mercenarios —dijo el vigía descendiendo ágilmente de su puesto de observación—. Probablemente de los Olpán. Iban muy bien armados.

—Temo por Bâlmár y los suyos —intervino la reina—. Es posible que ya haya lucha en todo el Cinturón Fértil.

—¡Humo en el Este —exclamó otro de los vigías como confirmando los temores de la reina—, una gran columna a unas veinte millas de aquí, en pleno señorío de Thúbal!

Dama Esha dirigió a Leb una mirada de preocupación, un intenso palor pintándole el rostro.

—Quizá no ha sido la mejor de las ideas, Señora, traeros aquí —dijo Leb—. Mejor Ishkáin, acaso... Aún estamos a tiempo.

—No —lo tranquilizó Dama Esha posando su mano en el hombro del amigo—. Has hecho todo lo que has podido, mi guerrero fiel. Este es el lugar, sean los que sean los obstáculos.

—¡Barco al Sur, remontando el río! —llamó ahora el atalaya.

—No parece que vayan a ser pocos, mi Señora, esos obstáculos —sonrió Leb.

Se soltó el cinturón del que pendía el alfanje y trepó a uno de los árboles con inesperada soltura. Desde una rama alta, aconchado por el verde de la copa, Leb amaitinó la corriente. La nave estaba lejos aún y tardaría no menos de una hora en alcanzar esta altura del río. Portaba peligro, de eso estaba seguro el hombre del desierto: no era un correo ni un transporte ordinario de los que hacían la travesía Zuria-Ishkáin, caleteando en todos los puertos y embarcaderos; pero quizás tuviesen suerte y la nave encontrase otros recovecos del Deva que explorar antes de llegar allí.

—No lo pierdas de vista —le dijo al centinela en la copa de un árbol cercano, y descendió nuevamente por el tronco con elegancia felina.

Los soldados que rodeaban a la reina lo miraban con tácita interrogación en sus ojos.

—Tenemos tiempo... —comentó Leb, y dejó colgada la última palabra como si él mismo se preguntase para qué tenían tiempo—. Pero hay que estar preparados.

—Aun si encuentran el barco —intervino el piloto—, podríamos emboscarlos.

—Sí —respondió Leb—, pero sería mejor no tener que luchar, al menos por ahora, mientras la reina corra peligro.

—¿Podrás hacer algo? —le preguntó Dama Esha fijando en él unos ojos azulhondura que penetraban hasta el alma.

Y, aunque los hombres que les acompañaban no comprendieron la trascendencia de este «algo», Leb supo lo que la reina le pedía.

—Podré intentarlo, majestad, eso es todo. Si las posibilidades están y la voluntad es lo bastante fuerte, la cosa se hará —miró al cielo—. Pasa del mediodía. Si Bâlmár no se equivocaba, los refuerzos no pueden tardar. Todo el mundo a sus puestos.

Al decir la última frase, Leb percibió con cierta incomodidad que, sin proponérselo, había tomado el mando de aquella compañía. Los hombres que le rodeaban tenían allí a sus superiores; estaba con ellos uno de los oficiales de mando de los bajeles reales a quien obedecían los soldados remeros, había un oficial del puerto a quien debía obediencia el anterior, estaban Bâlmár y el piloto, cada uno con su cátedra en la jerarquía... Y, sin embargo, desde el principio todos habían esperado las órdenes de Leb, sus iniciativas. Sentían que la reina había puesto su confianza en él, pero sentían aun más la intensidad callada de su carisma. Contempló su alfanje al pie del árbol que le había servido de minarete, su curva cercado el tronco como guadaña que amenaza una vida, y atropellados invadieron su memoria recuerdos de batalla, mando y muerte.

¿Durante cuánto tiempo había servido al bando que ahora combatía? Se miró el antebrazo derecho, la cicatriz que jamás desaparecería, el beso avelenado del *nurtan*... Forzó la calma a descender a sus miembros, un bloque blanco y denso de pesada ligereza. Arrutó las negras aves de sus recuerdos y trepó de nuevo a la rama de su árbol, envuelto en verde y con el cielo aturquesado sobre la cabeza.

La paz le vestía, poderosa como una armadura, pero ¿por qué seguían volando a su alrededor aquella melancolía, aquella inhóspita desconfianza, aquella rara inseguridad, buitres acechantes trazando en torno a él anillos de inquietud? El barco distante seguía su ruta por el centro del río, determinado a devorar distancia. Leb halló una postura entre dos ramas ahorquilladas en la que podía relajarse sin peligro inmediato de que su cuerpo cayese del árbol; entrecerró los ojos, intentó proyectarse a lo lejos como había hecho en el barco la noche anterior, realizando por primera vez en medio de furibunda actividad lo que exigía tanta tranquilidad alrededor para llevarse a cabo sin riesgos. Pero ahora nada le permitía cruzar ese puente sutil entre las muchas dimensiones de las cosas, estirar su brazo interior, volitar con su ojo oculto como halcón por cielos inmortales. Estaba atado a su cárcel de carne por nudos intrincados, minúsculos, innumerables; su corazón era una puerta cerrada y el aire externo pesaba sobre sus hombros. Inexorable, la nave avanzaba, rápida, segura de su objetivo.

Leb bajó del árbol, evitó mirar a la reina para no quebrar su confianza y descendió por la ladera de la loma hacia el barco para estudiar la estrategia de una emboscada, si llegaba el caso. Saltó al interior de la nave y contempló desde cubierta la orilla. Era cierto que cuanto más se acercaba el bajel enemigo más grande resultaba. Sin duda traería en su vientre cóncavo cuarenta o cincuenta hombres, pero no era el número lo que le preocupaba; había algo más y no sabía qué era... o no quería saber aún lo que era. Para consolarse, pensó que, si parte de aquella tripulación eran soldados del ejército capitalino o de la guardia, acaso encontrasen en ellos aliados más que enemigos cuando les contasen la verdad de lo que ocurría, tal como sucediera con los que ahora formaban la escolta de Dama Esha. De pronto, Leb se sintió profundamente cansado y soñoliento, se apoyó en el mástil y, como si un sueño se lo bebiese de un solo trago, se vio proyectado de golpe al barco enemigo y descubrió allí lo que tanto temía: Abdalsâr, armipotente en la popa de la nave cazadora y su verdadera fuerza, oculta.

Retornó con lentitud y pesadez a la vigilia, como en un dolorido despertar. Supo que Abdalsâr lo había llamado, que Abdalsâr sabía quién conducía a Dama Esha, que Abdalsâr había querido mostrarle la trailla de tiburones sujeta a su muñeca, signo de imposible salvación, de inútil huida. Abdalsâr no jugaría ahora, la reina era una posesión demasiado valiosa para dejarla partir. Leb contempló la cima de la loma. Y aquellos hombres valían su peso en oro, pero no sabían quién era el enemigo.

Dejó el barco y volvió a ascender por la ladera. ¿Lo sabía él mismo, sabía él verdaderamente quién era Abdalsâr? ¿Hasta dónde podía conocerse a un *Rishi Negro*? Y aquel aura de invencibilidad... No era invencible, se dijo; no podía ser invencible, iba contra la lógica de este mundo y del Espíritu, contra la realidad de la historia, pero... ¿Dónde estaba la falla en aquella estructura imponente, inmortal, dónde el agujero en la armadura?

—¿Ocurre algo malo, Lébari? —le preguntó la reina al verlo pasar.

Parecía que aquella mole de calma que lo entunicara poco antes estuviese deshaciéndose en jirones de bruma, arremolinados en torno a él aún, pero ya sólo un esbozo de quietud entre anillos de angustia.

—No, majestad, no ocurre nada malo... o, por lo menos, nada peor —sonrió sin poder evitar un leve rictus de amargura.

—¿El barco...?

—Sigue acercándose, Señora. Es muy posible que haya que luchar, pero acaso...

—¿No has podido hacer nada, Lébari?

—No, majestad. Pero acaso... acaso sería mejor que no os encontraran aquí al llegar. Una parte de la compañía podría batirse aquí, emboscarlos, defender vuestra huida hacia el interior.

—¿Tan seguro estás de que nos descubrirán, Lébari? ¿Tan peligrosos son? Dime lo que has visto.

Leb se sentó junto a la reina, apoyando su espalda en el tronco de un árbol.

—No os ocultaré nada, mi Señora. Ese Abdalsâr... Viene hacia aquí con cerca de cincuenta mercenarios de los nobles. Han comprendido muy bien que esta tarea no podía dejarse en manos de vuestros soldados. Que, si lo hacían así, la mentira no duraría mucho tiempo. Pero no es esto lo grave. Abdalsâr... Ese Abdalsâr es lo peligroso. No es lo que simula, es un titán, un *Rishi Negro*. No sé cómo enfrentarlo.

Los ojos de la reina eran sumamente dulces y graves cuando miró a Leb después de sus palabras. Había en ellos una perfecta comprensión de las implicaciones de la amenaza, pero también una brava aceptación de las mismas. ¿No era el peligro la propia substancia de la vida? Permaneció en silencio, pero apretó cariciosamente el brazo de su amigo.

—Si estáis de acuerdo, Señora, no hay tiempo que perder. Reuniré a los hombres...

—No, Lébari, no estoy de acuerdo. Dejar aquí una partida de hombres, con la que tú mismo querrías quedarte, de eso no me cabe ninguna duda, sería sencillamente sacrificarla...

—Pero ganaríais tiempo, mi reina —interrumpió Leb sin poder ocultar cierta ansiedad.

—¿Tiempo a cambio de hombres, Lébari? ¿Soy yo digna siquiera de aceptar este

canje?

—Tiempo a cambio de vida, Dama Esha. Vuestra vida. La vida que el reino necesita ahora para no perder su esperanza de salvación y precipitarse en la inercia, en la indiferente sumisión a esa bandada de aves de rapiña.

—Pero si lo que dices de Abdalsâr es cierto, ¿qué esperanza queda?

—La esperanza está en todos los que deben incorporarse aún a esta aventura. Y entre ellos el príncipe.

—El príncipe, Lébari...

—¡La nave a media hora! —llamó el vigía.

—Vamos, mi reina, decidíos.

—Está bien, Lébari, está bien —condescendió Dama Esha aunque todavía vacilante.

Pero cuando Leb se ponía en pie para convocar a aquel improvisado consejo de oficiales, se dejó oír otra vez la voz de uno de los centinelas:

—¡Jinetes desde el Sur por el camino de Naor, a todo galope! ¡Vienen directos hacia aquí!

—¿Los ves bien? ¿Sabes quiénes son? —preguntó Leb.

—¡Enemigos!

—¡La nave ha doblado su velocidad! —clamó el otro vigía—. ¡Si logra mantener este ritmo diabólico estará aquí en quince minutos!

—¡Demonios, saben que estamos aquí! —protestó Leb—. ¡Abdalsâr sabe que estamos aquí! —y pensó—: «Por eso me ha llamado».

Durante unos instantes la confusión de Leb fue completa: sabía que todas las opciones eran malas, pero desconocía cuál era la peor. Todos le miraban esperando órdenes. Sin embargo, sólo había una posible ahora, sólo una inevitable.

—¡Preparaos para combatir!

Ocultó a la reina en una espesura de la vegetación cerca del barco, cerca del agua. Mientras no llegase Abdalsâr estaría más segura aquí que en la cima de la loma. Aquella improvisada madriguera distaba mucho de ser el lugar ideal, pero no había tiempo para nada mejor. Cuando Leb llegó corriendo adonde había dejado apostados sus hombres, ya se luchaba. Los jinetes habían subido al galope la pendiente opuesta del alto, esquivando los árboles, arrasando las ramas más débiles, pisoteando matas y arbustos. Eran cerca de una treintena y portaban sus espadas, mazas y hachas de combate palpitando de odio en sus manos. El primer choque, sin embargo, les resultó desfavorable. Ascendieron con tanta precipitación que, cuando quisieron darse cuenta, ya estaban rodeados por los leales de la reina, que surgían de sus escondites para hostigarlos. La ballesta silbó tres, cuatro, cinco veces, rápida y eficaz, buscando las partes desprotegidas de los cuerpos de los jinetes; las picas emergieron inesperadas desmontando a dos hombres e hiriéndolos gravemente; Altán, el piloto,

armado de rodela y hacha, tajó de un solo golpe la pierna de un caballero.

Pero no eran inexpertos aquellos hombres de guerra ni sería fácil amedrentarlos. Se rehicieron rápidamente, cerraron filas, comprendieron enseguida el tipo de fuerza que enfrentaban y las posibilidades que les ofrecía el lugar. Tenían además la ventaja del tiempo, les bastaba con obligar a luchar a aquellos soldados fogosos pero mal armados hasta que arribase la nave que veloz remontaba el Deva.

Leb descubrió de pronto, en lo más denso del combate, a un guerrero *nurtan*; el rostro muy moreno emergiendo del almete, los ojos pequeños bajo finas cejas negras, alfanjadas, grandes arcos en su frente, un bigote espeso, oscuro, una perilla azabachada, triangular, y, en su aura fiera, el fulgor del que goza portando en su brazo la muerte. El *nurtan* volvió hacia Leb sus ojos en cuanto percibió la mirada de aquel hombre ardiéndole en la mejilla. Vio en Leb lo que Leb veía en él, pero traicionado. Y con un alarido de odio desgarrado que por un instante ahogó todo el fragor de la batalla, blandiendo su hacha herventada en sangre, espoleó su caballo gris y se lanzó contra el desconocido. Todo desapareció para Leb, menos el jinete. Cruzaba la densidad material de la luz del día como la figura de un sueño, con la vertiginosidad de un meteorito, pero también con la lentitud que infunde en las cosas la percepción acrecentada. El galope del animal era tremendo, su pecho un alud de músculos violentos, pero la distancia parecía invencible, como la que separa del rostro su imagen en el espejo. Eso era, pensó Leb, el guerrero que se le venía encima, su propia imagen en el espejo invertido del destino. El brazo enemigo se alzó para descargar el golpe del hacha y, a través de la malla deshecha, de las mangas desgarradas, fue visible la cicatriz brutal de su iniciación. Leb se limitó a esquivar el ataque. Hipnotizado, sentía como si el caballero *nurtan* fuese una encarnación de su memoria y el hacha tajase con el filo de los recuerdos. Le hizo falta toda su disciplina para retornar a aquella región angosta de la realidad en la que él era la esperanza de la reina y el líder de los diecinueve hombres que se batían.

Esperó el nuevo ataque del *nurtan*. Otra vez el hacha se alzó, alta como un pájaro sobre su cabeza. Cayó con todo el poder de su odio. Pero el alfanje trepaba ligero y sabio la escalera del aire, dibujó una espiral cariciosa en la muñeca enemiga, una pulsera de sangre... y el hacha de guerra se desprendió del brazo arrastrando la mano brava aferrada al mango. Luego, con un gesto casi acrobático, Leb giró sobre sí mismo para evitar que lo atropellase el caracoleo del caballo; movió su arma con habilidad y la hizo penetrar por la ingle del caballero hacia las ocultas entrañas, desgarrando al *nurtan* por dentro. Cuando extrajo de la carne el arma, el enemigo cayó exangüe de su montura y Leb tomó el animal. Vio que algunos de sus hombres habían hecho lo mismo y arremetió contra los mercenarios que aún no habían sido desmontados. Pronto los hubieron empujado hasta la cuesta oriental de la loma y los tuvieron en desventaja, pero la decena que quedaba se obstinaba en combatirles, en

recuperar terreno, sabiendo que la llegada de refuerzos era ya sólo cuestión de minutos. Este pensamiento enfureció a Leb, que atacó con más brío, arrasando con la hoja negra de su alfanje. Yaël, el oficial del puerto, que disparara la ballesta al principio del combate, había recuperado ahora las pocas saetas lanzadas y volvía a dispararlas con la misma destreza puntual de entonces. La lucha estaba ganada; si todavía quedase tiempo para sacar de allí a la reina ahora que disponían de caballos...

Leb dejó a sus jinetes justando con los restos de la partida enemiga y galopó hasta la cima del alto. Pasó sobre el horror de la carnaje, entre cuerpos de leales caídos. Media docena yacía allí, inertes, y entre ellos Altán, el piloto, con la cabeza hendida por el hacha del *nurtan*. No se detuvo a mirarlos, pero al alzar los ojos vio de pronto a Abdalsâr en el otro extremo de la cima. Alto y portentoso, el pelo largo y negro y gris, los ojos grandes y hundidos, afilado el rostro, irrepetible, obscura la tez, titánico el gesto. Las ropas eran del tejido de la noche; las armas y armadura, del metal de los abismos. Atacarlo sería inútil; no hacerlo, cobarde. Leb espoleó su corcel y se arrojó sobre el *Rishi Negro* con un grito que le recordó el alarido del *nurtan*. Así pues ¿él mismo era ahora el retruécano de su enemigo? Abdalsâr no se movió. El alfanje negro pasó al través, tajando sólo la materia de un sueño; y Leb comprendió, avergonzado casi, que lo había engañado una visión, un espejismo de su miedo.

Buscó rápidamente ahora el árbol que ofrecía mejor vista sobre el río, saltó directamente de su caballo al tronco y trepó como un gato hasta la rama más elevada. En un primer momento no halló la nave. Luego comprendió que estaba tan cerca ya de aquella orilla que la habían tapado los altos árboles inclinados sobre la corriente, entre la playa a poco más de una milla y el escondrijo del bajel real. No quiso perder más tiempo. Se dejó caer sobre su montura, bajó la loma al galope hacia el Deva, llamó a la reina y la ayudó a subir a la grupa de su bruto. Volvió en busca de sus hombres. Ahora que no quedaba ni uno solo de los atacantes había caballos para todos ellos, incluso para Dama Esha. Ni un instante les sobraba para los muertos, pero Leb se agachó junto a Altán, le cerró los ojos ciegos y tomó de su mano crispada el hacha de guerra. Usarla sería el mejor homenaje que podía rendir a aquel guerrero.

Siete, no, ocho caídos contó la reina mientras la compañía atravesaba presurosa el lugar de la batalla. Los llevaría en el alma. Llevaría en el alma estas ocho muertes y viviría para ser digna de esta terrible ofrenda.

Los doce jinetes descendieron al camino de Naor, galoparon hacia el Norte, ganando espacio, llenando con distancia el vacío que en ellos dejara la pérdida de los ocho compañeros. Pero apenas llevaban diez minutos de carrera cuando vieron un centenar de hombres fieros a caballo descender por las verdes laderas que se extendían a su derecha, clamando. Yaël gritó al resto del grupo para que avisparan sus monturas y extremasen el galope, pero no había escapatoria posible. Aquellos hombres, fuesen quienes fuesen, arribaban desplegados en un inmenso abanico que

sólo les permitía la huida directa al río. Leb frenó su caballo al tiempo que alzaba la mano para detener al grupo. Con el alfanje enhiesto volvió su animal hacia el clamor del ataque y en un gesto de imposible bravura esperó su destino. Divisó entonces a uno de los que cabalgaban a la cabeza de la hueste y que venía enarbolando la espada. No, comprendió que sus ojos no le engañaban, aquel era Bâlmár. Buscó enseguida el estandarte de la tropa y encontró allí, en el centro de la marea humana sobre el verde esmeralda de los prados, el verdemar de los Thúbal tremolando al viento. La reina estaba salvada.

Él se dispuso a saludar con una palabra de despedida, a volver de inmediato a su otra batalla, a su propia batalla solitaria.

PARTE TERCERA

Dios existe. Si no existiese, podríamos permitirnos ser mansos, pues el Azar excusaría el dolor de la Tierra.

Anónimo del siglo I, Pregón del Abismo

XXVII



ero aquella palabra de despedida no pudo abandonar el cerco de sus labios: la espada de Leb era por el momento muy necesaria en el Cinturón Fértil y su retorno a Eben, demasiado peligroso. Elthen de Thúbal le pidió que se quedase cuando uno y otro grupo hubieron intercambiado noticias, el que llegaba de librar una batalla por la reina y el que descendía del señorío tras expulsar a la primera oleada de atacantes, mercenarios todos ellos de los nobles sarkónidas. Elthen conocía a Leb sólo de oídas, había leído algunos de sus trabajos y admiraba su intelecto; pero le sorprendió hallarlo a caballo y armado, protector de la reina, guía de aquella veintena de hombres y, según afirmaban estos, hábil y bravo guerrero. Unidos los dos grupos, sintiéndose fuertes en número y espíritu, galoparon hasta la cima donde habían quedado tantos muertos, pensando en destruir o en capturar la nave enemiga que bregara en pos de Dama Esha; pero aquella retornaba ya hacia Eben, rápida con la ayuda del aire y el río, cortando las aguas frustrada y enfurecida. Hubo entonces tiempo para alzar una pira, y los caídos de uno y otro bando ardieron. Leb rindió un homenaje silencioso a Altán, el piloto, pero también al *nurtan* que su propia mano venciera. Y el lugar fue llamado Monte de la Esperanza.

Ahora, sentado junto al fuego en el campamento alzado alrededor de la mansión de los Thúbal, frente al livor del crepúsculo, ahora que lo habían dejado solo un instante con sus pensamientos, Leb se sentía como un personaje de su propio poema épico perdido en el río turbulento de la acción. Sí, eso era en realidad: el creador había sido absorbido por su obra; el poeta había caído en la materialidad de su poema por la brecha entre dos versos, por ese abismo de silencio que se abre a veces entre dos líneas, dos momentos creativos, dos eclosiones narrativas, y desde cuya hondura misteriosa nos llama con susurro irresistible la voz de lo inesperado... A ella respondemos entonces con hálito contenido, con latido de expectación; pero en ocasiones también, creadores o espectadores del mundo que se desenvuelve ante nuestros ojos, somos succionados por la belleza y el elán de su torbellino revelador

hasta no ser ya sino una mera partícula de nuestra propia imaginación seducida. Así se sentía Leb ahora. Y porque añoró dulcemente el trabajo en su estudio frente al Deva, la serena preparación intelectual y espiritual que precedía al descenso de la inspiración, la Visión reveladora, el minucioso tallar y cincelar sus estrofas, tomó del suelo una ramita seca, delgada como un estilo, y escarbajeó en la tierra unas palabras potentes como embriones de verso. Sonrió para sí mismo, y sólo entonces volvió a recordar dónde estaba; sólo entonces comprendió que los ojos azules que lo observaban fijamente ahora estaban en el mismo mundo que él respiraba.

—Majestad, perdón —balbuceó.

Dama Esha le regaló con una sonrisa.

—Parecías en otro universo, Lébari —le dijo—. Sólo la mirada de un niño perdido en sus sueños podría compararse con la que tenías hace un instante.

—Vos lo habéis dicho, Señora, un niño...

—Estamos distribuyendo este caldo de carne, Lébari, y me hacía dichosa traerte este cuenco.

—Oh majestad, no...

—Por favor, por favor, Lébari... No digas nada. Tómalo de mis manos. ¿Puedo sentarme aquí y compartir este momento contigo?

—Me colmaría de gozo.

Dama Esha se acomodó frente al fuego y sorbió el caldo de su propio bol. Se tornó hacia la puerta de la noche e inspiró profundamente el aire que llegaba del desierto, su antigua, vasta patria.

—Un niño, sí —repitió—. Todos los inspirados tenéis algo de niño. Al igual que ellos, sois como unos recién llegados a este mundo, lo contempláis con el mismo pasmo y os desenvolvéis en muchos casos con igual torpeza, siempre a caballo de la realidad palpable y de la realidad soñada. Por eso, Lébari, amigo, lo que no esperaba encontrar en ti era un guerrero... y un estratega.

—Tengo cincuenta y cinco años, majestad, y he vivido muchas vidas.

—Pero qué poco se sabe de ellas —repuso la reina.

—¿Acaso es necesario saber más, mi señora? Lo que justifica a un estudioso es el conocimiento que alcanza y que plasma en su obra; en cuanto a su biografía...

—Eso no es del todo cierto, Lébari. Y, además, tú no eres sólo un intelectual.

—Tenéis razón, mi Señora. Pero en ese caso debo deciros que ya es bastante que uno mismo deba cargar el peso de sus recuerdos: este es un fardo que se transporta mejor en soledad, más llevadero es cuanto mayor el silencio que lo acompaña.

Los ojos verdes de Leb y los ojos azules de Dama Esha se entrelazaron en una mirada de profunda amistad, envueltos por el aura entrañable del ocaso. Y al penetrar en ellos, al revelársele espontáneamente los secretos de aquellas gemas vivas, Leb comprendió el motivo inexpresado de las palabras de la reina.

—Veo en vos, majestad, como el rastro lejano de un veneno. La de Olpán... os habló de mí, ¿no es cierto?

—Oh sí, Lébari, trataron de envenenarme de muchos modos, y uno de ellos fue instigarme al odio contra las personas que estimo y amo y admiro. Mis oídos los llenaron de rumores y mentiras; tanto ciego vertieron en ellos que no tardaron en hacerlos sordos.

Leb miró al cielo, la última luz desjugada, la noche naciente, los astros repujando el sereno horizonte.

—Y sin embargo, mi reina, muchas de las cosas que os habrán dicho sobre mí son verdad. No les hace falta mentir para que ante los ojos de la multitud Leb Imôl-Merkhu aparezca como un traidor a sí mismo, a los ideales que tan calurosamente ha defendido en sus libros, al reino. Les basta con callar una pequeña parte de la historia.

—Como tú mismo has dicho, Lébari, en medio centenar de años hay tiempo para vivir muchas vidas. Cada vida nueva puede redimir la anterior, cada minuto puede ser el origen de un pleno renacimiento. Nada de lo que me dijese sobre ti lograría ensombrecer la admiración que te profeso. Huí de la ciudadela para ir a ti, llena de una confianza espontánea, de una instintiva esperanza, en que tras la puerta de tu morada estaba mi salvación. Los hechos me demuestran que no me equivocaba. No necesito que destejas la trama de murmuraciones que urdieron en mis oídos contra ti, pues todas ellas fueron en su momento reducidas a la impotencia, el silencio, incluso el olvido. Pero creo sinceramente, en contra de lo que tú has dicho antes, que los recuerdos compartidos ayudan a hacer más ligero el fardo del pasado.

—Nada semejante podría hacer más ligero ese fardo, majestad. Al fin y al cabo, ¿no es un símbolo de otro mayor, el propio destino del hombre, que arrastra el carro viejo de los frutos de su ignorancia? Pero, pensándolo mejor y teniendo en cuenta las cosas que están aún por llegar, sí creo que la historia de Leb debería abandonar la protección de las sombras que la han envuelto hasta ahora y quedar al alcance de aquellos que han sido sus compatriotas durante todos estos años. Y no porque él merezca de ningún modo que se cuente su vida, ni para bien ni para mal, sino porque no dejo de pensar que quizás haya en ella alguna enseñanza útil para los días futuros.

Leb había hablado con los ojos entrecerrados, mirando muy atrás, al horizonte del tiempo. Cuando tornó a abrirlos y a aceptar en ellos las formas inmediatas de este mundo, vio que la reina y él se habían convertido en el centro de atención de un círculo silencioso cuyo centro físico era la hoguera: hombres y mujeres enhechizados por sus palabras se sentaban alrededor de las altas llamas, escuchándolos, atraídos a su historia como al fuego las volvoretas. Más allá, en otra parte del campamento, un pequeño grupo se había reunido a rasguear instrumentos melancólicos semejantes a laúdes y, sin saberlo, a vestir con música la historia del hombre de las dunas.

Leb paseó sus ojos por el círculo que atendía sus palabras; distinguió a Elthen,

hermoso entre sus hombres, inconfundible aun en su deseo de pasar desapercibido, fuente de la que Mírthen y Bâldor bebían su inspiración; vio a Bâlmár, de rostro franco y corazón rebosante de lealtad; vio los ojos hondos, los rostros bellos, los brazos fuertes de los hombres y mujeres del señorío...

—Sí, ¿por qué no...? —dijo.

Y apenas realizado el gesto interior de consentimiento que desellaba su memoria, sintió como si la noche fuese una puerta abierta, y una dulce brisa soprase a su través, sobre todos ellos, aunándolos en las ondas de una emoción entrañable. Como si les hablase de cosas que no le atañesen directamente, cosas de personajes muy lejanos, Leb les contó la historia de la ciudad perdida de Merkhubâl, que muy pocos conocían; les habló del sheik que la alzó como un desafío a los vivos y a los muertos, su padre, de quien Leb era el primogénito; les habló de la locura de aquel hombre extraño, de cómo puede construirse una vida de mentira en mentira, destinada desde el principio a su inevitable, miserable final...

—Prudente y sabio se soñaba el sheik, fuerte y libre —comentó Leb mientras unos albogones se unían a la música de los laúdes—. Pero toda su prudencia consistía en su temor a hablar en presencia de inteligencias superiores a la suya; su pretendida sabiduría, en no seguir más consejo que el de su apetito; su fuerza era en realidad los aspavientos escandalosos de una debilidad temerosa u ofendida; su supuesta libertad tenía como alcahueta a la mentira. Y, sin embargo, ejercía una rara fascinación sobre las gentes: los hombres resaltaban en él su porte marcial; los siervos veían en él un dueño temible; las mujeres, un infante siempre perdido y de cariño hambriento.

Hablaba con la calma de un maestro, con la distancia de un físico que disecciona un cadáver desconocido. Describió los caracteres principales de esta primera parte de su historia, demostró cómo las últimas consecuencias, la guerra y la ruina y la esclavitud de los hombres y mujeres sobrevivientes de la tribu, devenían forzosamente de aquellas configuraciones primeras. Hizo notar cómo, mientras recorrían la larga cadena de causas y efectos, los trágicos resultados últimos habían avanzado dando señales inconfundibles de su arribar. Puso en evidencia los pequeños y los grandes engaños con los que un corazón débil se hurta al pequeño dolor inmediato para caer inexorablemente en un dolor mucho mayor y más desastroso, aunque al principio parezca lejano.

—Hay en esto, creo —dijo con distancia y neutralidad—, una interesante enseñanza: si la Verdad no fuese más que una noción ética, no habría gran dificultad en huir de ella: costaría el mismo esfuerzo que escapar de los alcuaciles del rey. Pero es más, la Verdad es lo que ES, la realidad esencial de las cosas, el alma del mundo, lo que este mundo se esfuerza en manifestar, sin saberlo y errando mientras intenta emerger del torpor de su inconsciencia. Pero ha de llegar a ella como el niño llega a su madurez. Y cada una de sus aproximaciones es como el soplar de los vientos del

Espíritu arrasando las edificaciones de la mentira, consentidas temporalmente como refugio contra los rayos irresistibles del Sol Supremo, pero abocadas a su inevitable derrota final.

Leb evocó las columnas de humo y de fuego que se alzaron en la ciudad del sheik, sitiada por las tropas de sus acreedores; pintó con rasgos vivos, descarnados, las lluvias de ceniza y los torbellinos de arena que la recorrieron, las cimitarras que surgían de pronto de la tormenta para descabezar, apenas destellos en el aire gris y canela, denso e irrespirable, despertando las alfaguaras de la sangre; o los rostros endiablados que con un rugido se arrojaban de un caballo oído mas no visto en la roja niebla, en la niebla ocre, para caer sobre hembra, adolescente o niño y descargar en ellos la lava sucia de su deseo bestial... Y tan vivos, tan descarnados eran estos rasgos, que su audiencia comprendía a Leb aun cuando este, sin percatarse siquiera, se deslizaba hacia su lengua madre como si sólo con esta herramienta pudiese dar cuerpo a aquel viejo horror; y las imágenes conjuradas eran tan poderosas que trascendían las palabras.

—Y, de pronto —dijo—, aquel muchacho de once años que era Leb dejó de ver todas estas figuras fragmentadas del espanto, toda la multiplicidad de estos fenómenos brutales, para contemplar la unidad original que los hacía emerger, su fuente monstruosa y fascinante. Y vio danzar a la Muerte, bella en su brutal desnudez, una novia negra del Espíritu. No hubo ya más que el movimiento musical de sus innumerables brazos, la armonía cintilante de sus sables girando en círculos de aniquilación, su canto único y revelador que en el prisma del oído humano se partía en haces sonoros de estruendo y de clangor y de alaridos horrisonos; sus labios encarninados mosteando sangre sobre su larga lengua golosa; el baile de sus pies veloces, feroces, sobre alcatifas de cuerpos eviscerados; sus ojos grandes de ineluctable seducción, su melena de hispido fuego, sus altos pechos firmes que amamantan leviatanes...

Entre este instante teofánico y su marcha a través de las sedientas arenas con el cuello borneado por la cadena de la esclavitud, había una grieta de obscuridad insalvable para su memoria. De su padre no supo nada más, ni del resto de su familia; sólo a su hermana reencontraría años más tarde convertida, de antigua esclava de un general de Sarkón, en la ennoblecida y adinerada Elva de Olpán.

Incomprensiblemente, el niño llegó vivo al otro extremo del desierto, paso a paso con las plantas de sus pies quemadas tras las patas perezosas de un dromedario. Allí fue vendido a Krissa, la reina-maga, que entre humeantes dunas tenía su negra pirámide y fortaleza, bastión de un reino domado con cetro terrible. Allí vivió un año, instruido por el látigo. Y pasado este formó parte del cortejo que Krissa se llevó a Mâurwanna, y vio a la reina-maga morir por la espada de Alayr y contempló con mudo asombro incrédulo la revuelta de las gentes de la capital. Si entonces hubiera

comprendido quién luchaba contra quién y por qué se luchaba, acaso habría podido huir de sus negros amos, pero la confusión lo atenazaba. Acabada la rebelión fue devuelto a las profundidades del desierto, y sirvió a un nuevo dueño que en dureza y crueldad no se dejaba superar por la anterior. Con quince años, lo acompañó como escudero en las guerras imperiales, que vieron la caída de tantos pueblos. Y después, tras él, formando parte de una columna de titanes derrotados, llegó al volcán que sería su morada durante nueve años, hasta que huyó y fue maldecido.

Leb describió la vida en el volcán, pero ahorró muchos terrores, y de los misterios iniciáticos habló sólo superficialmente. Mostró su cicatriz *nurtan* y explicó el matrimonio con la Muerte que esta significaba, y que culminaba el largo noviazgo inaugurado con la visión reveladora en el día de la caída de Merkhubâl. Reveló la identidad del amo de la montaña de fuego, el maestro de los Misterios del Escorpión, y su aparición en Eben como Abdalsâr, pero calló los objetivos últimos del *Rishi Negro*.

—Quizás os preguntéis —concluyó el hombre del desierto— qué incitó a aquel Leb de veinticuatro años, ya un caballero *nurtan*, a huir del volcán y nacer a ideales nuevos. Sólo puedo responderos y responderme esto: aun sin saberlo yo mismo, en mi interior fui siempre libre de los vínculos que me habían sido impuestos. Y poco a poco, despertó en mí la consciencia de que mi tránsito por la obscuridad había sido un camino deliberadamente escogido por mi alma para servir mejor a su tarea divina: la niebla cayó entonces de mis ojos de golpe, y mi honda noche miserable fue barrida por el viento de una aurora boreal.

Y Leb cesó, y un profundo silencio recibió sus últimas palabras.

Dos horas de la noche habían pasado. Hacía rato ya que callaran los laúdes. De la tierra ascendía un olor de frescura, como el lento cuajar del rocío, y los dioses movían las bielas del tiempo haciendo rotar las esferas, alhajando los cielos. Poco a poco todas aquellas almas que habían escuchado al narrador migraron de la historia de un solo hombre para retornar a cada historia individual. Y cuando cada corazón se halló nuevamente en sí mismo, comprendió que algo, aún indefinido, había cambiado en su interior: a través de las palabras y las escenas evocadas, algo inmaterial les había alcanzado y afectado a todos, a cada uno de distinto modo, pero siempre transmutándolos.

La alborada llegó suavemente después de sueños preñados de misterio.

Pero la armonía con la que habían transcurrido las últimas horas no podía durar mucho tiempo. Apenas fue visible el disco anaranjado del sol sobre la línea lejana del desierto, llegaron los exploradores y mensajeros que Elthen había enviado a distintos rincones del Cinturón Fértil.

—La agencia del banco en Naor ha sido atacada y destruida —comunicó uno de ellos al consejo de guerra formado por los Thúbal, la reina, Bâlmar y Leb.

—¿Se sabe algo de Ébenim el-Naorí? —preguntó Elthen.

—Nada —respondió su explorador—. Pero algo es seguro: no fue hallado ni un solo hombre en el edificio cuando las tropas de la fortaleza lo asaltaron.

—Y tú, ¿qué puedes decirme? —interrogó Elthen a otro de sus hombres, llegado de la mitad Sur del Cinturón.

—Los Samir y los Shweta no se nos unirán. Dicen que todo esto pasará, que la violencia puede ser evitada, que no se trata más que de intrigas palaciegas, que si aguardamos lo suficiente nada de esto llegará a afectarnos.

—Ya —respondió el Thúbál con cierto despecho—. ¿Y el resto?

—Ahora que el desastre está encima —contestó el hombre—, reina la indecisión.

—Está bien, amigos —concluyó Elthen—, podéis retiraros. Pedid de comer en la mansión. Las cocinas están abiertas para todo el que lo necesite.

Se tornó entonces hacia sus compañeros y los contempló uno a uno en silencio.

—Bien, ¿cuál es el siguiente paso? —pregunto Mírthen. Elthen tardó unos instantes en contestar.

—Os diré lo que pienso —comentó al fin—, doscientos hombres no son una fuerza que pueda enfrentarse en campo abierto a las tropas de Naor. Nos doblan en número y están mucho mejor armados. Lo mismo ocurre con las de Assur. Si las sumamos, nuestra situación no parece muy airosa... a menos que unas cuantas familias comprendan a tiempo lo grave de la situación. No podemos atacar el grueso de sus tropas, pero tampoco podemos esperar inactivos a que se cierre sobre nosotros la tenaza. Propongo por ahora asaltos puntuales y muy bien calculados. Y más tarde, quizás, cuando el ejército se cierna sobre nuestras tierras, una defensa desesperada del señorío.

—Desesperada no —repuso Leb—. Por el contrario, llena de esperanza.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarán en atacar nuestras tierras? —inquirió Bâldor—. Al fin y al cabo, las tropas de Naor no necesitan más de medio día para llegar hasta aquí.

—Es cierto —respondió Elthen—. Debemos confiar en la suerte... o en la Gracia. Pero yo creo que después de lo de ayer cuidarán mucho sus pasos y, si pueden atacarnos con mil hombres, no lo harán con cuatrocientos. Estas tierras no son inexpugnables, desde luego, pero para ellos suponen una desventaja. Los Olpán perdieron aquí doscientos mercenarios ayer por la mañana; quizás deberíamos aprovechar esta debilidad suya momentánea y correr sus dominios.

—Una victoria en tierras de Olpán animaría a los indecisos —añadió Mírthen. La reina, Bâlmar y Leb asintieron.

—Entonces no esperemos más —terminó Elthen.

Elthen tomó setenta hombres y dejó el resto en sus tierras, a las órdenes de Bâldor. También la reina habría de permanecer en el señorío de Thúbál, protegida por

la veintena de soldados leales que se habían convertido en su guardia personal. Pero Leb se unió a la partida guerrera y su presencia colmó de alegría a los bravos que marchaban hacia el Sur.

La mesnada del Thúbal no tomó el camino real que cruzaba de extremo a extremo el Cinturón Fértil, sino que avanzó campo a través, desplegada en un abanico de varios grupos pequeños. Unos cuantos exploradores los precedían estudiando el terreno y averiguando hasta qué punto hallarían resistencia al cruzar tierras ajenas. Pero la marcha fue discreta, nadie les salió al encuentro y, si sus movimientos fueron observados desde lejos, no supieron que se diera ninguna alarma. Caía la tarde cuando los hombres de Elthen alcanzaron el ancho canal que marcaba el límite Norte de las tierras de Olpán. El abanico se cerró, los grupos fueron convergiendo y la mesnada recuperó su forma original. El flujo de las aguas no era demasiado alto y pudieron cruzarlo a caballo, sin necesidad de buscar uno de los puentes que lo salvaban en aquella parte del territorio. Una vez al otro lado del canal, pudieron lanzar la vista por la amplia planicie desnuda, por los dominios que tan vulnerables parecían al anhelante palpitar de sus espadas. El sol flechaba la tierra pajiza con sus últimos rayos cárdenos y, más allá de unos cerros lejanos, ascendían los humos lareros de una aldea en cimbreantes columnas; aun algo más al Sur, estaba la mansión de Olpán, sus cuadras bien abastecidas, su armería y los poblados barracones de sus mercenarios.

—¡Mirad! —exclamó el menor de los Thúbal—. ¡Allá en los cerros! Nos han visto; vienen hacia aquí.

Sendas partidas de hombres a caballo descendían por las laderas septentrionales de dos cerros separados para galopar al encuentro de la tropa invasora. Sumados, serían cerca de cien jinetes. Pero algo en su actitud llamó la atención de Elthen.

—Quietos —ordenó a sus guerreros cortando todo movimiento—. No os mováis. Creo que nos han confundido.

—Quizás esperan a otro contingente de mercenarios —supuso Mírthen.

—¿Desde el Norte? —dudó Leb—. ¡Extraño! Estas gentes tienen su cantera en el desierto y en Eben, no en el Norte.

—Una familia, quizás —tornó Mírthen—. Deben de estar esperando aliados.

—¿Familia? ¿Qué familia? —repuso Leb con un presentimiento repentinamente sombrío—. ¿Qué familia del Cinturón se aliaría a los Olpán?

—¡Esa! —respondió un hombre de la mesnada señalando atrás, por encima de la grupa de su caballo.

Todos se volvieron hacia el Norte, hacia los caminos por los que ellos mismos habían avanzado. A unas dos millas del canal avistaron una partida de jinetes semejante en número a la suya. Comprendían ahora que aquellos habían marchado pisándoles los talones, silenciosos, inesperados, aguardando este momento en que los

Thúbal se hallarían atrapados entre las dos huestes. Aquellos hicieron sonar entonces estridentes caracolas y un himno fatal inflamó el aire doloroso.

—¡Es el toque de los Shweta! —protestó Mírthen.

—Traidores —dijo Elthen casi en un susurro y con una media sonrisa pintándole de maliciosa ironía el rostro.

Los mercenarios de Olpán se detuvieron en seco, ominosos. Por fin, entrechocaron bloca y aceros en señal de que habían comprendido.

Más allá del Cinturón Fértil, del ancho Deva, de la capital doliente, el sol se desjugaba sobre las cumbres heladas del Swar. Y el crepúsculo era ferozmente hermoso.

XXVIII



El hombre se quedó atónito cuando vio descender los dos jinetes por la senda del valle, hacia la aldea maldita. Renqueó por el breñal que separaba su angosta vereda del camino algo más ancho de los viajeros, nadando a ratos entre altos arbustos, apresurándose tanto como se lo permitía su pierna enferma. Lloviznaba, todavía suavemente, gotas finas, frías, lancinantes como agujas; pero algo más al Norte restallaban en lo alto latigazos de fuego y los truenos eran el rodar tremendo de aludes de granito, invisibles, presagiosos, longevos en el eco doloroso de su quebranto titánico.

—¡Eh, eh! —gritó el hombre cuando estuvo a poco menos de un tiro de piedra de los jinetes—. ¡Eh!

Pero el ruido de los cielos ahogaba su voz y las dos figuras a caballo proseguían en calma su descenso. El hombre se esforzó aún tras ellos, alcanzó el camino del valle, vio las grupas de los animales a medio centenar de pasos y despreció tanto como pudo su cojera. De pronto se detuvo en seco; sintió miedo de los desconocidos. Había querido avisarles a todo trance de que evitasen el lugar, que huyesen cuanto antes de aquel territorio maldito por el infierno, por los dioses abandonado, por nigromantes poblado con los espectros de la enfermedad y la muerte. Y ahora tenía miedo... Porque ¿quiénes eran al fin y al cabo aquellos, que se atrevían a visitar el valle del dolor humano? Aquellas formas envueltas en capas pardas, las cabezas cubiertas por los capuces, los ollares de sus brutos resoplando un aliento azul como la niebla de un sueño, su avance sereno e imperturbable como el del hado... aquellas formas, ¿serían humanas? ¿O serían, más bien, heraldos de las Sombras que llegaban a proclamar el valle definitivamente suyo? Si no fuera así, ¿habrían podido superar el cordón de hombres armados que cerraba el valle?

«Desvarío —se dijo el hombre—. Hace tanto tiempo...».

Y el tiempo no era mucho, no, pero lo hacía largo el dolor; dos meses que se antojaban dos siglos. Dos meses que a nadie se le permitía salir o entrar al lugar, dos meses de encierro y condena, de lucha impotente contra lo inevitable: la *muerte roja*

azotaba el valle.

No pertenecía al reino del Mar aquella región, que se extendía algo más al Norte y al Este del Jardín de los Lagos, algo más al Oeste y el Sur de las tierras de Ishkáin, pero aceptaba su influencia con preferencia a la del reino de Eben. Independiente y rica era, aunque no sabia; orgullosa de sus bosques y animales, de sus aguas hermosas y salutíferas, que brotaban de fuentes feraces y colmaban la tierra de vida y de un murmurio de cristal. Carpinteros y canteros y también herboristas daba esta región a los reinos de Ordum, y sus tallas en madera, aunque rústicas, eran muy apreciadas. Los cinco o seis valles sucesivos que la constituían vivían vidas próximas pero separadas, en gran parte ajenas unas a otras, y ajenas en parte también a la evolución de los dos reinos que limitaban con la región. En esta distancia de los asuntos comunes de Ordum habían hallado una cierta forma de felicidad, aunque también de estancamiento; y durante mucho tiempo pareció que nada en el mundo podría perturbar su pequeña dicha rutinaria, en la que destellaba un guiño de egoísmo, hasta que la enfermedad descendió como un gran pájaro oscuro sobre uno de los valles y se instaló en él como un ángel exterminador.

El hombre seguía quieto, observando las figuras alejarse por la senda del descenso mientras la tormenta en las alturas cobraba bríos apocalípticos. Sus contornos se disolvían ya en el aire oscuro del portal de la noche cuando uno de los jinetes se tornó hacia él y lo contempló con unos ojos brillantes como astros. Un escalofrío le recorrió la espalda y el temor lo paralizó. Ambos caballeros habían dado la vuelta y avanzaban hacia el hombre convertido en una imagen congelada del pavor, insensibles a la lluvia que ahora caía con mayor fuerza.

«Son ellos —se dijo—, los diablos, los nigromantes, los espectros...».

Pero a medida que se acercaban, su terror, extrañamente, se mitigó y recuperó el dominio de sí mismo. Una calma penetró en él haciendo más pausados sus latidos y espaciada su respiración y, tan incomprensible como esta, en el horizonte de su sensibilidad cintiló un átomo de esperanza.

—Buen hombre —comenzó uno de los jinetes—, se habla de un valle en esta región donde sufre una aldea maldita.

—Ulán hu-Sart era el nombre por el que se le conocía —respondió el lugareño en *ordumia* pero con fuerte acento extranjero—, el Valle de los Manatiales. Estáis en él, pisando el camino del dolor.

Los caballos se habían detenido a unos diez pasos de él. La obscuridad del aire no le permitía ver sino siluetas imprecisas, que resplandecían con mística fosforescencia cada vez que un relámpago asustaba la tierra. Liberado de su temor y atraído por el enigma que envolvía a los viajeros, el hombre se decidió a caminar hacia donde estos, quietos, lo aguardaban. Aquellos ojos fulgurantes lo enfocaron de nuevo y él se sintió andar por la vereda inmaterial de su mirada, ligero, cada vez más libre del peso

entorpecedor de su pierna enferma. ¿Qué le estaba ocurriendo?

¿Soñaba, imaginaba? Lo cierto es que marchaba más tieso, con la confianza en su pierna doliente restablecida después de tantos años de humillante renquear, etéreo a través de las cortinas frías de lluvia.

—Amigo —le dijo la figura de los ojos de fuego con una voz dulce de ángel o de mujer—, ¿no nos acompañarías tú a esa aldea sufriente?

—Mirad —respondió el hombre— que en ella sólo os aguarda muerte y desolación.

—Así sea —repuso la figura y, tendiéndole un brazo, le ayudó a subir a la grupa de su corcel negro.

Los caballos caminaron uno junto a otro y los jinetes guardaron silencio. El hombre podía ver ahora que los desconocidos estaban bien armados y, por un instante, su aprensión hizo amago de retornar. Una larga vaina pendía sujeta de la silla del caballo que él montaba y en ella dormía una espada. El otro caballero portaba el acero al cinto y una daga visible en la bota y, en la ancha funda de la montura, se cimbreaba un arco de esbeltas curvas.

—Si estáis seguros de lo que queréis —dijo el hombre al llegar a un recodo del sendero—, seguid aquella trocha a la izquierda. Debemos atajar el camino, pronto dejaremos de ver hasta las orejas de los caballos.

El terreno se hizo abrupto, la senda angosta, los animales marcharon de uno en uno, calados como sus amos pero fieles a la rienda. La lluvia perdía intensidad y la tormenta, cruzado el valle, desplegabá hacia el Sur toda su parafernalia. Uno de los caballos relinchó de pronto como con temor.

—Debéis estar atentos —advirtió el hombre—, últimamente han descendido lobos al valle, y perros salvajes, y no hay quien los cace.

El viento era frío ahora, pero arrastraba las nubes y despejaba el cielo, un cielo de gemas esparcidas con un rastro blafardo de luna. Luces empezaron a dejarse ver en la distancia, en la profundidad del valle, no muchas, ni muy intensas, pero dando un color de vida humana al triste lugar. Y el hombre se estremecía.

—Debéis de estar helados también —comentó—. Si queréis, podéis ser mis huéspedes por esta noche. La chimenea es grande, la madera no falta y no falta la comida, aunque pronto tampoco sobrará. Tengo una enferma, eso sí. Pero en todas las casas hay enfermos, y lloran muertos, o no los lloran ya. Vosotros... ¿no tenéis miedo de la *muerte roja*?

El hombre había hallado en las palabras el modo de despistar el sentimiento que crecía en él a medida que se aproximaban a la aldea; ya no sentía temor ni desconfianza de los extraños, por el contrario, se encontraba bien con ellos, incluido en el aura de imperturbabilidad que los arropaba; pero lo hería un pudor repentino, le avergonzaba ser el anfitrión en aquella tierra desolada y baldía, y a pesar del frío

habría querido seguir cabalgando toda la noche con aquel paso rítmico, seguro, tranquilizador. Dejó errar su memoria hacia tiempos más felices. ¡Oh, cómo habría deseado recibir a estos peregrinos cuando era dueño aún de aquellos tiempos! Las cascabeladas en la plaza de la aldea celebrando la vendimia, la música y el baile dando ritmo y forma a una alegría espontánea surgida de la tierra, el jugo de la uva exprimido por pies veloces, el sol cobreando los montes, el viento carmenando las nubes, caramilleando entre los juncos del riachuelo, el mosto enebriando y redimiendo la tierra... Redimiendo la tierra. Redimiéndola porque, al fin y al cabo, un hálito de tristeza la bañó siempre. Y el arado lo sabía, que cuando la abría y la recorría fecundante dejaba en ella como surcos de sangrantes recuerdos, y la oía exhalar ancianos suspiros.

Sufrió esta región más que ninguna otra parte de Ordum durante las guerras imperiales. Fue zona de confrontación entre un Sur leal y el Centro, corrompido. El fuego la corrió de Norte a Sur, de Sur a Norte, y el hierro beligeró por años su infértil gobernante. La paz del dieciséis la halló exhausta, arrasada, poblada de cenizas, de cuerpos deshabitados y de bestias carroñeras que aceleraron la desaparición de la carne. Poblada de un mudo gemido. Un erial de fantasmales chamiceras humeantes, hileras de troncos asurados como horcas negras. Durante diez años nadie vino a ocuparla. Los viajeros que ocasionalmente se acercaban a ella o la atravesaban la hallaban introvertida, sumida en una meditación profunda y autista, doliente, mientras su faz y su pecho se asalvajaban. Más tarde, Vântar de Eben e Ìleh I de Dyesäär, entre cuyos reinos esta región se extendía, la ofrecieron siete mil montañeses sin patria, surgidos nadie sabía de dónde. La tristeza de la tierra y la de los refugiados se fundió entonces en una forma peculiar de dicha, asentada sobre un olvido voluntario y sin más exigencias a la vida que la suave monotonía cotidiana, aliñada, de cuando en cuando, por las fiestas y los ritos de la tradición.

No tardaron en emerger de nuevo al camino, que discurría recto ya hasta el umbral del pueblo. Sólo entonces se dio cuenta el hombre de que su pregunta había quedado sin contestación, acaso porque no había otra respuesta posible que aquella marcha sin vacilaciones hacia el vórtex del abismo.

Los recibió una alameda amiga que cruzaba un riachuelo que saltaba el arco de un puente de piedra. Los árboles, de un tronco grueso y desnudo hasta la altura de una lanza, se inclinaban ligeramente desde las orillas hacia el centro del camino y entrelazaban sus ramas formando una bóveda verde de la que pendían racimos de hojas desvaídas como lámparas apagadas.

—Es allí —indicó el hombre una vez cruzado el puente, señalando una casa espaciosa de mampuestos, paredes bajas y techo apizarrado a dos aguas.

Llegaron hasta ella a través de un terreno chapoteante cubierto de yerba baja, fina y rala. Desmontaron junto a la puerta y sólo entonces vio el hombre el gato negro que

acompañaba a uno de los jinetes sobre su montura, cubierto hasta ese instante por la capa parda del viajero. El animal saltó a tierra y se desperezó arqueando su cuerpo flexible con un gemido de inefable gozo; parecía sentirse como en su propia casa. El hombre había descendido del caballo por el lado de su pierna sana e, instintivamente, apenas tocó el suelo, recayó en su hábito de cojear. Comprobó de pronto que ya no tenía ninguna necesidad de hacerlo y, casi sin acabar de creérselo, ensayó la compostura de un hombre entero.

—Seguidme, por favor —pidió a los desconocidos.

Les condujo a los establos tras la casa, frente a un pequeño huerto. Dejaron allí los caballos, libres de sus arreos, junto a montones de heno humeante, y en silencio rehicieron el camino hasta las puertas durmientes de la morada. Una atmósfera triste pesaba sobre el lugar y, antes de abrir, el hombre buscó confianza en los ojos de sus huéspedes. Parecía preguntarles con su mirada callada, implorante:

«¿Estáis seguros de lo que hacéis?».

Pero la respuesta era la luz destelleante de aquellas pupilas como gemas y el flujo envolvente de una calma suprema.

El ruido de la puerta sobresaltó a la mujer que dormitaba con parte del cuerpo recostado sobre la mesa. Ardían unas pocas velas de cera de abeja aromando la estancia y unas brasas rojas centelleaban como carbunclos en la chimenea. Alguien jadeaba en la parte trasera de la vivienda y el sonido áspero de su respiración forzada colmaba de angustia y de muerte las horas; pero como el paso del tiempo, se había hecho inaudible para los habitantes de la casa.

—Estaba preocupada por ti... —dijo aquella emergiendo de su duermevela con una voz preñada de cansancio, pero al descubrir a los desconocidos cesó desconcertada.

—Está bien, está bien —la tranquilizó el hombre acariciando a la perra lanuda que se había acercado a lambiscarle las manos, pasando del hondo sopor a una alegre agitación repentina—. Son amigos. Nos encontramos en el extremo del valle y me han traído hasta aquí.

—Pero... —comenzó la mujer, y descubrió entonces que el hombre caminaba sin cojear—. ¡Rêlio! —exclamó asombrada, casi temerosa, como si la supresión de aquel rasgo distintivo del amo del hogar, tan arraigado en su persona, hiciese peligrar la realidad toda, regida por el invencible hábito.

El hombre comprendió enseguida la turbación de la mujer. En sus labios prematuramente mustios, en su rostro exhausto, en sus ojos abiertos a la vigilia pero no cerrados aún al sueño del que acababa de emerger, la vio vacilar entre el equilibrio y la locura. Caminó hasta ella y le puso las manos sobre los hombros, tratando de incluirla en la atmósfera calmífera que traían los viajeros. Y ambos anfitriones entonces, él con sosiego confiado y con temor reprimido ella, miraron

interrogativamente a los desconocidos.

—Soy Aurora —dijo el jinete en cuyo caballo había montado Rêlio respondiendo a la pregunta silenciosa— y este es mi compañero Pradib. Tengo algo que podría ayudaros. Por eso he venido. Pero quiero una discreción absoluta.

—¿Eres médico? —preguntó la mujer, más tranquila ahora por la caricia pacífica de Rêlio en sus hombros.

—En cierto modo, sí —respondió Usha.

—Médicos de las tierras bajas han venido al Sart y han sufrido derrota. Nada han podido contra la *muerte roja* —repuso la lugareña.

—Mi medicina es otra, buena mujer.

—Y ¿qué pides por ella? —receló la anfitriona.

—Ya os lo he dicho: silencio.

—¿Eres tú quien ha sanado la pierna de mi hermano?

—El médico no sana nada: se limita a recordarle al cuerpo la forma de la salud.

—Hay una enferma ahí —dijo la mujer con una amargura que entenebraba el tono de su voz—, ahí, en la parte de atrás, en un cuarto que es ya como una tumba...

—¡Thâre! —exclamó el hombre.

—Sí, Rêlio, ¿para qué ocultarlo ya? ¿Para qué ocultárnoslo ya? ¡Âsdre va a morir! A pesar de la resina de *ilirco*, a pesar de las friegas con los pétalos de *olár*, a pesar de todos los remedios inventados con la miel y la jalea y la cera de tus colmenas... ¡Âsdre va a morir! ¡Ve a verla! —gritó Thâre casi como enloquecida—. ¡Hoy se le han podrido los ojos!

Rêlio sintió su cuerpo frío, vacío, irreal, sin sangre, carne o alma que lo substanciase. Sintió el pavor y el absurdo de la nada; él era nada, una sombra entre tres sombras en un mundo soñado al que por una falta estaba sujeto, un pecado, el mayor pecado que pueda el hombre cometer: haberse creído, siquiera por un instante de espontánea dicha, la realidad del sueño. Incapaz de la pasión de Thâre, su hermana, de llanto o grito o desesperación, carecía de todo medio para escapar de aquella nada. Se dejó tragar por ella como por un tremedal. La urdimbre del mundo estaba rota, separadas las causas de los efectos, la identidad de su destino, la palabra de su sentido, el evento de la verdad. Y en esta ruptura del tiempo catenular, Rêlio descubrió que su pavor y su absurdo se transmutaban en una paz maciza.

Y la paz le devolvió a la realidad de las cosas, pero más profunda ahora, como si detrás de la máscara tenebrosa de la vida cintilasen las revelaciones más altas con luz secreta y única, y el infierno que llega con los días no fuese azar del Tiempo, castigo de Dios o de la Naturaleza capricho.

Alzó sus ojos grandes para mirar a Usha.

—Empieza por unos vértigos extraños —dijo—, sin otro aviso. Dos días después el cuerpo no puede sostenerse, no puede valerse, y las manos pierden la fuerza hasta

para elevar un vaso de agua. Poco después llegan las fiebres, atroces. La piel enrojece, el rostro envejece, las pesadillas viven y el enfermo vive preso en ellas, muerto ya casi para nuestro mundo. Dura así entre tres y cinco días más. Al cabo, a veces, muy pocas veces, la fiebre remite y el apestado revive, pero casi nunca retorna de su delirio ni a sus primeras fuerzas: queda enteco y loco. Otras veces, se le pudren los ojos; el enfermo se calma entonces como si ese extremo de dolor dejase a sus nervios rezagados para sentir, y muere poco después, silenciosamente. La mayor parte de las veces, sin embargo, las fiebres dejan en la espalda como un gran verdugón viboreante que, cuando alcanza la nuca y rodea el cuello, trae la muerte. Cuatro mil habitantes tenía el Sart hace dos meses y queda menos de la mitad. Las lágrimas no apagan las piras: las encienden una y otra vez... en el campo, en los ojos.

—¡Y vosotros nos venís con remedios! —les increpó agriamente la mujer—. ¡Nadie puede curar este horror!

Usha y Pradib permanecieron silenciosos.

—Los médicos de Dyesäär —retornó el hombre—, llenos de bravura y misericordia, vinieron y nos hablaron de las causas físicas de la enfermedad, pero su ciencia se mostró estéril. Lucharon, fracasaron y los hombres que cierran el lugar, habitantes de los valles circundantes, los dejaron salir después de una cuarentena en un extremo solitario del Sart. Sacerdotes de Eben, llenos de inconsciencia y celo, vinieron y nos hablaron de las causas morales de la enfermedad, pero su palabra fue infecunda, sus obras tortuosas, y sucumbieron. Debéis perdonar que la gente del Sart no se fíe ya de remedios.

—No pido confianza, buen hombre —respondió Usha—, sino silencio. Nadie en el valle debe saber que me ocupó en esta cuestión. Cuando todo termine abandonaré el Sart.

La mujer iba a hablar, pero Rêlio apagó su voz con una mirada.

—Disculpádnos ahora, por favor —dijo—. Mi hermana y yo atenderemos a mi mujer enferma y os traeremos después algo que cenar. Sentaos ahí, junto a la chimenea, avivad el fuego y servíos de las mantas secas que hay en aquel rincón. Enseguida estaremos con vosotros.

Ambos hermanos dejaron la habitación mientras Usha y Pradib obedecían las instrucciones de Rêlio. Philo examinaba el espacio rincón a rincón, deslizándose queda, suave, imperceptiblemente, parándose a ratos con la mirada fija en la transparencia del aire como si descubriese en las sombras otras sombras, invisibles para el ojo humano mortal.

—¿Esperabas esto? —le preguntó a Usha Pradib cuando estuvieron frente al fuego resucitado del hogar dejando que el calor de las llamas les secase las ropas y encendiese los rostros.

—No esperaba nada, amor. Sólo sé que el poder que me curó tiene ahora la fuerza

de las experiencias recientes, de las floraciones jóvenes, y acaso tarde mucho, mucho tiempo en volverla a tener. De dónde vino la sugerencia de descender al Sart en nuestro viaje hacia Eben es algo que no sé, pero había cuando lo decidí y hay ahora una urgencia para compartir, irradiar, esta fuerza salvadora.

Hacia cuatro días ya que Usha y Pradib dejaran atrás las fuentes del Omón. No lo hicieron sin cierta nostalgia, pues el lugar, el círculo de altas piedras en la explanada sobre la cabeza del río, se había convertido en símbolo de su reencuentro y en sello de la unidad de sus vidas. Usha se repuso rápidamente y su cuerpo se fortalecía de nuevo de un modo asombroso. Su piel morena resplandecía, sus grandes ojos de un azul casi negro miraban desde más allá de la vida y la muerte. Una calma la envolvía que invitaba al silencio y que durante los primeros tres días desde el final de su enfermedad la precipitaba una y otra vez en largas, hondas meditaciones que empezaban como el sueño visionario de un águila y acababan como el sueño intemporal de los montes. En ellas revivía momentos olvidados de su experiencia en el abismo y Pradib la veía a veces sonreír, mover quedamente los labios como si dialogase con alguien en otra dimensión de la realidad, mientras su rostro fulguraba y por sus párpados cerrados transparecía el poder inconcebible de sus ojos. Pradib se sentía ahora pequeño a su lado, apenas un niño, y veía a Usha entrar a pasos agigantados en el mundo de Mándos y Arabínder y Dión. ¿Se quedaría sólo al fin en este mundo denso y opaco? Pero a instantes se permitía a sí mismo comprender que Usha le abría la puerta, le llevaba sin esfuerzo consigo hacia ese mundo al que no pensó llegar en esta vida; le llevaba sin dejar este, sin renunciar a las emociones que le eran tan caras, a las cosas amadas (pequeñas, humildes, efímeras pero entrañables cosas) de la vida mortal, cuya ausencia en aquellos hombres que admiraba nunca había podido dejar de interpretar como una forma extraña de frialdad. Usha se le había hecho más cercana, más cálida, y el amor que los unía era ahora infinitamente más intenso, como un fuego, pero como el fuego sereno, apenas parpadeante, de los distantes y hieráticos astros. La pasión había dejado de ser una fuerza magnética de atracción para convertirse en un manantial inagotable de energía transformadora. Y por las noches, abrazados con el calor y la ingenuidad de dos hermanos, insensibles a la excitación de los meses pasados, Usha y Pradib navegaban hasta un sueño consciente y luminoso y, en el altar de lo inmanifestado, adoraban esa caricia y ese beso sublimes que el cuerpo humano ignora todavía.

Durante esos tres días de viaje lento, Usha quiso saber del mundo que abandonara, de Dyesäär y de Eben y de las intrigas que en el centro de Ordum se cuajaban cuando ella enfermó, de las que llegaban continuos informes al reino del Mar. Aprendió de Pradib la partida de Mándos y de Dión, la incursión de los piratas en el Bajo Sur; supo de las dificultades de Dama Esha, su madre, de su probable secuestro y de la imposibilidad de hallar noticias o huellas del desaparecido príncipe

Brahmo. Su camino, comprendió, la llevaba ahora al reino patrio: en la senda de las dificultades probaría y afianzaría su nueva fuerza, que era para la vida. Dama Alayr la guiaba; su voz la alcanzaba tan clara a veces, tan definitiva, tan precisas eran sus palabras, que con ella podía conversar en el medio interior como con cualquier otro lo haría en el mundo de las cosas externas. Otras, la voz se hurtaba, pero la comunión no cesaba y Usha sentía que, de algún modo y por alguna razón que ni comprendía ni merecía, Dama Alayr la había reclutado para llevar a cabo en el mundo temporal la obra que aquella preparaba en su morada secreta.

La puerta de la habitación se abrió y entró Rêlio con expresión torturada, vacilaba al andar y su pierna parecía a punto de recaer en el hábito de la cojera.

—Mi hermana os traerá enseguida... —balbuceó—. Tenía la duda... ¡Âsdre, Dios mío! —exclamó por fin, y se derrumbó en una silla baja ocultando entre sus manos el rostro.

No lloraba, trataba desesperadamente de recuperar la serenidad que había sentido momentos antes de entrar a ver a la mujer que había sido su amiga, su amada, su compañera, durante quince sosegados años; la paz que quedaba al otro lado del rostro deshecho de Âsdre, de sus rotos ojos sangrantes, terribles, como si las pesadillas de su delirio, reventándolos, se hubiesen abierto camino al fin hacia el exterior. Esa imagen era un muro contra el que Rêlio se descabezaba; quería alcanzar el sentido profundo de su dolor, secreto tras la máscara, el sentido que presintiera antes de enfrentar el terror descarnado, nido de la paz del alma que ahora le burlaba, insobornable, inasequible. Bramaba la voz de sus entrañas, negaba, maldecía, mientras la imagen de los ojos deshechos de Âsdre se entrañaba en los ojos prietos de Rêlio, inundándolos. Dentro, Rêlio era la tumba de un grito. Dentro, Rêlio era un barranco de ilusiones y esperanzas despeñadas. Externamente, permanecía inmóvil, mudo, seco; sólo un ligero temblor de sus manos traducía la feroz convulsión interior y, contagiándose de él, el aire neutro se hacía sentimiento.

Una mano le acariciaba ahora su pelo castaño, mojado por la lluvia y el sudor. Por un instante la creyó la mano de Âsdre, tanto se parecía al suyo aquel roce suave y cálido. Había olvidado dónde estaba, con quién estaba, a qué pozo de dolor y sinsentido lo había empujado la corriente del Tiempo. Alzó los ojos para hallar los de la desconocida, los de Aurora, mirándole a través de los ojos rotos de Âsdre que anegaban los suyos.

—Ven —le dijo Usha tendiéndole la mano—, muéstrame a tu mujer. Y Rêlio obedeció como un autómata, mudo, seco, rígido.

En la alcoba de la enferma ardían varillas de incienso de *ilirco* y el aire olía como el claustro de un bosque. En una cama baja y ancha yacía el cuerpo inmóvil cubierto por mantas, visible sólo la faz demacrada, el cerco del cabello enmarañado y sucio, los labios oscuros, los pómulos encendidos aun contra la luz nácar de la luna, que a

través de la ventana mitigaba y azulaba las sombras. La atmósfera era un temblor febril. Los párpados, bien abiertos, no ocultaban los globos estallados, vacíos de la luz del presente, de las imágenes atesoradas del pasado, llenos de aquella nada royente incrustada. Âsdre respiraba serena ahora, más allá del delirio y de todo.

Se insinuó nuevamente la paz sobre Rêlio y en un descuido de su desgarramiento interior penetró rauda en él. Rêlio veía ahora la escena con los ojos de Usha, la ritmaba con su corazón y volvía a ser capaz de separar la máscara de la verdad oculta. ¿Verdad? No le ofrecía su mente la clave, de ningún modo podía darle un cuerpo de palabras, pero la sentía como una gema ignorada, de un brillo hermético, entre las heces de la vida. La Verdad era la existencia de un sentido, que él no alcanzaba. Y este sentido, celoso de sí como la noche, nacía del poder transformante que el Divino infundió en las cosas y que de mutación en mutación, rompiendo formas, añicando estructuras, desjarretando la vida, las obliga hacia su ser perfecto y último. ¿El Divino...?

—Déjanos ahora, Rêlio —pidió Usha—. La noche será larga, pero mañana todo habrá acabado. Rêlio vaciló. ¿Qué habrá acabado, qué, mañana por la mañana? ¿El sufrimiento de Âsdre, su vida, todo...? Pero aquella paz instalada en él, para permanecer, para salvarle del abismo, exigía aceptación, y Rêlio abandonó la alcoba. Cuando alcanzó la estancia principal, donde le aguardaban Pradib y Thâre, quebrada, el olor del incienso y el rostro de su mujer eran un solo recuerdo consolador.

Usha tomó el paño húmedo y la palangana que había junto a la enferma y le lavó el rostro de la sangre sucia que destilaban las comisuras de los ojos. Lo hizo con movimientos serenos, calmíferos, haciendo más y más profunda la quietud de Âsdre. Luego, inmóvil a un lado de la cama, dirigió hacia Alayr su pensamiento y en la imagen evocada se fundieron la Dama Adamante y la Madre de los Mundos. Suavemente, con la ternura y humildad que el devoto imprime en el imperativo que dirige a Dios o a un ángel, Usha ordenó a la fuerza regeneradora viva en ella, con un susurro:

—Da.

Creyó dormir por un instante, pero era ese lapso extraño en que uno pasa del mundo externo circundante a ese mundo interno circunferente, ese lapso en que la consciencia, al refractarse, parece flexionarse, entrar a gatas en el dominio de las cosas ocultas; sólo que ahora el instante fue largo y oscuro como el túnel por el que se llega al sueño. La alcoba era vasta y sombría como un campo agostado, y la colmaba una multitud dolorosa. Hombres y mujeres y niños abrían la boca a una llamada silenciosa, en rostros roídos sin ojos, tristes como girasoles asolados, cimbreadose con un murmullo de cañas al viento. A cada instante, brotaban de la tierra más y más figuras dolientes, como emergiendo de la tumba de sus cuerpos. Usha caminó entre ellas, nadando en la luz gris espectral. Todo límite de espacio se

desvanecía; quedaba sólo la consistencia térrea del suelo; el lugar era un campo absurdo en el vacío. Más allá de la multitud ciega, Usha vio una infinidad de surcos que convergían en la distancia y, en el ángulo lejano de la cuña, una figura negra marchaba tras un percherón atezado, gobernando la reja del arado. La Descarnada era, la Cierta. Y el Miedo la envolvía.

«La estela de la aniquilación» —oyó o se dijo Usha.

Y descubrió ahora otra figura. Caminaba esta por uno de los surcos tras la lejana forma negra y no era gris como las demás, sino roja; y en su rostro no había aún dos vacíos sino dos cerezas maduras despulpándose, desjugándose...

—¡Âsdre, Âsdre! —la llamó Usha—. ¡Mira!

Mira, le dijo, mira no esto, no aquello, sino ¡mira! ¡Mira!, no ve; sino mira con tu voluntad a través de tus ojos. Por un instante, Âsdre permaneció inmóvil, sensible a la llamada de Usha, pero incapaz de abandonar el surco inexorable. Por él han marchado mis padres, parecía decir su quieta indecisión, y los padres de mis padres, y es el camino inevitable de la raza; lo que ha sido debe siempre ser; lo que ha sido será hasta el fin de los tiempos: la ley de la muerte está escrita en tablas de piedra.

Y dio un paso más, por el surco inmemorial avanzando.

—¡Âsdre, Madre! —llamó Usha ahora con voz que era un dardo al centro inmortal de la figura caminante.

En la distancia, la tierra se quejó con un crujido cuando la reja del arado tropezó con una piedra y la partió como a una de las tablas del pasado. El cielo respondió tronando y el gris crepuscular fue hendido por un rayo. Âsdre alzó el rostro a una lluvia zafiro que le limpió las cuencas de los ojos y de su espalda cayó al suelo una serpiente roja.

«Será porque nunca ha sido» —oyó o clamó Usha.

Y como si la cola de un cometa, no visto mas sentido, pasase veloz barriendo la tierra, los surcos desaparecieron y el campo doliente fue de pronto un espejo del cielo. Más allá, la multitud de formas cimbreantes se movía en silencio buscando como tallos inconscientes su luz.

Una quietud de fondo marino pesaba en la alcoba y una luz mística había entrañada en las sombras que se revelaba sólo con fugaces y doradas cintilaciones. En la cama, el despojo recuperaba poco a poco forma humana mientras Usha velaba, la casa dormía, la aurora déipara llegaba al linde de la noche larga y un viento de curación se extendía salvífico por todo el Sart, silencioso y secreto, potente como un incendio.

XXIX



enía la sensación de haberlo vivido ya otras veces, cientos, miles, millones de veces..., una escena obsesiva fija en la memoria de la Tierra, clavada en el corazón de la Tierra, clavada con abismales de dolor. Sabía al detalle lo que vendría ahora y nada podía hacer para evitar el golpe que lo acabaría. La gran hacha de Wunda, el capitán de los guardianes del castillo de Maurehed, el primero de los guardias gigantes, golpeó de costado a su cabalgadura y Mándos y el corcel rodaron. Al jinete caído lo atrapó entonces un lazo diestro, que cruzó el aire con vuelo veloz, elegante y certero para cerrarse sobre él con encono de cadena, sujetando inflexible los brazos al tronco. El caballero negro que lanzara el lazo espoleó a su montura y arrastró a Mándos por el vasto campo de batalla, con galope ostentoso, una fiera orgullosa del grito de horror que despierta a su paso. Y los gigantes cubrían su retaguardia. A un extremo del campo se llevó el jinete su presa, mientras soldados de a pie a sus órdenes alanceaban, adardeaban y lapidaban el cuerpo arrastrado. Allí se detuvo, en el triángulo que formaban un árbol, una piedra y la curva de un río; desenvainó su hoja negra, fijó sus ojos en los de su víctima, maldijo, escupió y tajó la cabeza. Una última mirada de Mándos a aquel mundo doliente y sublime del crepúsculo del Primer Día, mientras rueda la cabeza por el aire azul-zafiro y la verde-hollada tierra, libre y lúcida en su último instante como un cometa, con su triste cola de sangre... Rodó la cabeza. Cientos, miles, millones de veces rodó la cabeza de ¿Mándos? Mándos soñándose Ari, el Rishi, soñó el rodar de la cabeza de Mándos...

Mándos despertó en la cubierta del barco eterio aferrando la lanza.

—Esta es Márut, la Señora —le había dicho Kadír, al borde del lago en el que Mándos luchó por su vida—. Márut, la lanza de Ari, Electo de Sabathio y compañero de armas de Ban, que sirvió al mismo Gran Señor. Ari cayó en la Batalla de las Espadas de Hielo, por la hoja de Dhanda, mientras Ban, Kundalón y yo contemplábamos impotentes al verdugo tras un muro de músculos descomunales y un turbiÓN de golpes salvajes: Wunda y sus hijos nos acosaban.

Mándos despertó no agitado, sino invadido por una extraña dulzura. Por un instante, al abrir los ojos, captó una luz más honda y veraz, y las Formas que habitan las formas. Miró en derredor; aún navegaban la vida oculta del Deva, bajo cielos de roca y cuarcíferos. Aún navegaban el Secreto del Deva, portando en la memoria y los ojos lo sublime y lo profundo.

Mándos se alzó y sopesó en sus manos la lanza que deslizara en los sueños de su nuevo amo las vivencias y recuerdos y sueños del primero. Era ligera, aunque larga y maciza; la punta brillaba como el platino y visos rojos la encendían con fulgor de crepúsculo. El cuerpo era de una madera rara y antigua, acaso de un árbol extinguido ya para el mundo, como caoba rojiza, irisada a ratos, y un regatón de oro rojo mostraba el sello del Señor Sabathio: el halcón místico. Una espontánea alegría manó del corazón de Mándos mientras contemplaba la *Señora*, una alegría sin objeto, sin motivo, creciendo por momentos en oleadas de delirio. Siete soles se formaron entonces en el tronco de la lanza, como girándulas de luz y color, en respuesta a la intensidad del sentimiento del hombre. No había nadie más en aquel instante en la cubierta del bajel, en el radio de la vista de Mándos, y por un segundo, por un segundo solamente, el Señor del Mar habría querido cantar y bailar, romper con fragor de dicha el embrujo de silencio de la ingrátida derrota de la nave solitaria. Pero no era para derrocharlo aquel gozo en el eco de la gruta. Mándos se arrodilló ante la lanza, ante sí mismo, y, desdando los remolinos de la dicha, los concentró en su núcleo íntimo, más y más, más y más, una masa compacta y vibrante de Ananda que dejó estallar hacia dentro, alcanzar con sus ondas ígneas por los espacios sutiles del sentimiento a los seres que amaba y a los seres que ignoraba y todos los rincones del orbe.

Un rayo de sol ungió la lanza dándole un resplandor de llama. ¿Sol?

«¡El Portal...!» —tuvo tiempo de decirse Mándos mientras levantaba la cabeza.

Habían salido a la luz del día. Un arco iris los cubría como una cúpula. Más allá de la popa de la nave no había sino niebla... difuminándose.

La primera etapa de su viaje estaba acabando. Pronto atracarían en un pueblo al Sur de Ishkáin; allí los esperaban caballos y un escuadrón no muy numeroso de eterios. Desde allí marcharían hasta el Swar por caminos silenciosos. Otros lugares como altares de Misterio y Hermosura quería mostrarle Dión en las montañas, fascinación secreta de la tierra de Ordum, que aunque caída guardaba los gérmenes de la Promesa y la eternidad.

«Qué extraño —se decía Mándos— que este viaje hacia la Muerte sea una nueva iniciación en la Vida. Pero no, no hay paradoja. La Muerte a la que marchó es Vida verdadera».

—Huele a batalla. ¿No lo notas?

Mándos se volvió. Dión junto a él, mirando hacia el Norte, le hablaba. Escuchó:

un fragor lejano y confuso alcanzaba su oído; no a través del aire, comprendió, sino del éter secreto. Si concentraba en él su sentido interior, podía distinguir voces y aullidos y relinchos y truenos y chacoloteos.

—¡Ishkáin! —dijo entonces dando voz a una intuición.

—Ishkáin —respondió Dión.

E hizo una señal a sus hombres, que apresuraron el avance de la nave cortando las aguas hacia la aldea que los esperaba. No tardaron una hora en llegar y faltaban entonces aún dos para el mediodía. El bajel se acercó al embarcadero y un guerrero eterio agitó el brazo en señal de bienvenida. La gente menuda se agolpaba junto a la orilla para ver al rey del Sur y al príncipe legendario, bajo los altos chopos vestidos del último amarillor del Otoño.

—Salve, padre de mi raza; salve, mi Señor Mándos —saludó el guerrero cuando ambos príncipes saltaron a tierra.

—Salud a ti, Ámal —respondió Dión—. ¿Todo dispuesto para la partida?

—Todo, mi Señor.

—Ámal, hay un eco doliente en el aire. ¿Ishkáin?

—Ishkáin, príncipe. Siguiendo tus instrucciones hemos evitado las partidas armadas de la región. Sólo la gente de la aldea sabe que estamos aquí y se han mostrado fieles al silencio. Hasta hoy hemos vestido como sencillos labriegos del lugar, confundidos con ellos. La noticia de nuestra llegada no ha trascendido, ni tampoco la de la vuestra; sin embargo, nosotros sí hemos recibido informes de todo lo que ocurre alrededor.

—Has obrado bien. ¿Conoces entonces la situación en Ishkáin?

—El gobernador de la ciudad no se ha unido al partido sarkónida. Proclama su fidelidad sin condiciones a la casa de Tauris. Se niega a aceptar las órdenes del visir y de sus cubicularios, y dice que no abrirá las puertas de Ishkáin más que a la reina o el príncipe, cuando vengan a pedírselo en persona. Los sarkónidas han enviado contra él a sus mercenarios; se lucha en los campos y a los pies de los muros. El gobernador ha debido, además, sofocar una conspiración dentro de la ciudad; no eran pocos los partidarios de los nobles y ahora se defiende con escasas fuerzas.

—¿Cuándo empezó el ataque? —quiso saber Mándos.

—Ayer al alba —respondió el eterio.

Un soplo de agitación voló sobre el rostro de Mándos, una llamada de la vida, un anhelo repentino de acción. Y Dión lo observaba.

—Está en tus manos —dijo—. Yo sólo soy ahora el amigo que acompaña al peregrino.

—Vamos entonces —decidió el Señor del Sur con la lanza fuerte y antigua prieta en su mano. No habían pasado dos horas cuando el escuadrón de quince caballeros eterios a las órdenes de Dión y de Mándos tuvo su primera visión de la batalla de

Ishkáin. Dos catapultas situadas al Oeste de la ciudad trataban de descortinar la muralla y torres de asalto avanzaban quejumbrosas hacia las almenas. Una partida de caballeros del gobernador había salido a batirse en el campo y el ariete negro de los enemigos estaba quebrado a los pies de las puertas, rodeado de los hombres exangües que dieran piernas y brazos al cuerpo tenaz del carnero. El choque con la caballería enemiga fue grande y sangriento. Los jinetes de Ishkáin luchaban bravos y diestros, pero los otros eran tres veces su número y la contienda se inclinaba a su favor.

Mándos conoció entonces su primer objetivo y, hallando en la mirada del príncipe su aprobación, lanzó su caballo al galope con alarido de triunfo, reviviendo aquellas batallas de antaño en las que luchó junto a la indomable caballería eteria. Por un instante, los combatientes de uno y otro lado pausaron, admirando el galope de la cuña que atravesaba el campo y preguntándose por quién lidiarían los guerreros que avanzaban sin insignias visibles ni estandarte. Los gritos de «¡por Ishkáin!», «¡por los Tauris!», «¡Brahmo rey!», alarmaron a unos y exaltaron a otros, y el campo se recompuso para recibir en su seno al cuerpo extraño. La caballería enemiga sufrió el embate más poderoso y la cuña eteria penetró hondo en ella tras dos nubes de flechas arrojadas por los arcos cortos de los hombres del príncipe. Las espadas mordieron, mientras Márut en el vértice de la formación desarzonaba un caballero tras otro.

Fueron momentos de excitación grande para las gentes de Ishkáin, que lucharan por lealtad pero casi sin esperanza. El dinasta Kichu III Dárdan, gobernador hereditario de la ciudad desde hacía quince años, observó la cabalgada desde el flanco de muralla que defendía con su gente y con su acero. Percibió la confusión momentánea del enemigo y su instinto militar le aconsejó aprovechar el evento.

—Sólo son diecisiete hombres, mi señor —le dijo Archo, capitán de la guardia e íntimo consejero del gobernador al ver el rostro concentrado del dinasta y adivinar en sus ojos de fuego, fijos en las catapultas, las intenciones del líder.

—Diecisiete sí, Archo, pero ¿hombres? Combaten como diecisiete ejércitos.

—Combaten como eterios, señor, si recordáis las crónicas de las guerras imperiales.

—Sí, como eterios, pero ¿qué harían eterios aquí? Vamos, Archo, no perdamos un segundo más. Reúne al resto. Esas catapultas han de arder.

Los hombres de la muralla corrieron hacia la poterna que les daría paso al exterior de la ciudad mientras la caballería eteria seguía haciendo estragos. Sin embargo, observó Mándos, los jinetes enemigos que enfrentaban ahora no eran en absoluto inexpertos, mercenarios reclutados a última hora en el desierto y entrenados a combatir juntos según los usos de las tierras cultas. Estos habían caído ya; ahora quedaba el hueso del fruto y este era ciertamente duro. No eran ordumios, eso podía Mándos asegurarlo, y en sus rostros adustos y miradas tremendas, en su fuerza y evoluciones tácticas, veía el caballero del Sur la sombra de los Electos de Maurehed.

Uno de ellos había perdido la lanza en el duelo con Mándos y ahora huía, vueltas las espaldas, perseguido por Márut. Remolinos de polvo dorado se alzaban arrojándolo en velos de niebla y su montura finteaba esquivando infantes rivales, mientras la espada caía hiriéndolos y rompiéndolos. Mándos lo persiguió hasta un extremo del campo. Empezaba su caballo a acusar cansancio cuando el jinete enemigo se detuvo y se volvió, relinchando su animal con insólito brío. Mándos contuvo el suyo, resollante, apoyó el cuento de la lanza en la cuna del estribo, desenvainó y se dispuso a digladiar el asalto final. La nube de polvo que envolvía al contrario fue sumergiéndose en el aire, dejando una atmósfera transparente, y tras la espada en alto del guerrero que lo amenazaba vio Mándos emerger a cinco caballeros sobre monturas frescas, poderosas, atramento. Dos de ellos se arrojaron sobre él como rayos y en un instante estuvo en el suelo, sin espada pero aferrando a Márut todavía. Ahora un lazo voló eslabonando el aire con sus rizos y apresándolo, y el caballero enemigo lo arrastró como en el sueño de Mándos soñándose Ari. ¿También en esta ocasión rodaría su cabeza? O acaso no había dejado de rodar nunca la cabeza y, en esta nueva órbita fatal, Ari se soñaba Mándos.

Guerreros de todas partes acudieron en ayuda de Mándos, pero como entonces los gigantes, en aquel crepúsculo del Primer Día del Hombre cuando el clangor de las Espadas de Hielo se elevó como un himno espantoso para despedir una era, los caballeros de negra armadura contenían ahora a los héroes dando espacio al verdugo.

De pronto, una flecha anidó en la garganta del que tiraba del lazo. Al grito de «¡por Dyesäär!», y «¡por el Señor Mándos!», un grupo de jinetes cayó desde un flanco inesperado sobre el matador del caballero del Sur. Prono como estaba en el suelo, Mándos no podía ver cuántos eran ni quiénes, pero sintió allí junto a él una atmósfera entrañable, una vibración profundamente conocida que en aquel instante era incapaz de definir. Intentó darse la vuelta, ponerse en pie, pero los caballos batallantes caracoleaban y se arbolaban próximos a su cuerpo caído y temió, si se movía, un golpe fatal.

El fragor no tardó en cesar. Lo siguió un extraño silencio. La lucha había acabado y ni un indicio revelaba al caído el resultado del lance. Su intuición enmudecía. Mándos esperó con corazón ecuánime la muerte o la vida.

La hoja de un puñal cortó el lazo. Unos brazos suaves y generosos le ayudaron a levantarse. Una amazona pelirroja que no conocía le devolvió espada y lanza. Un guerrero cubierto con el yelmo le ofrecía las riendas de su corcel blanco. Y este relinchaba de gozo al reconocer a su antiguo dueño.

—¡Pradib, Usha! —exclamó de pronto como si por fin su mente fuese capaz de hilar y dar sentido a todos aquellos fragmentos caóticos de la realidad.

Pradib se quitó el yelmo, lo dejó caer al suelo y se arrojó al abrazo de su señor. Lágrimas corrían las mejillas del gobernador de Astryantar. Mándos besó luego a

Usha y vio la victoria en sus ojos y su nuevo poder. Y saludó a la amazona desconocida que le fue presentada como Thâre del Sart. Mas la batalla seguía.

—Tomad vuestro corcel, Señor —rogó Pradib—. ¿No lo veis ansioso de esta última algará con vos?

Mándos aceptó agradecido y cuando se halló sobre el alto caballo blanco y este curvó la cabeza agitando el oro de sus crines y resollando fuego, cuando alzó la lanza por encima de sí y dio voz a su grito de guerra, todos los Mándos que Mándos había sido, el joven guerrero bravo y el astuto guerrero maduro, el capitán y el sabio y el rey y el místico, se fundieron en una sola estampa épica y toda la hueste enemiga tremoló. Y el caballero corrió el campo una vez más.

Las catapultas ardían ahora rodeadas de artilleros muertos. La caballería sarkónida estaba destrozada y los infantes huían despavoridos hacia el cerro tras el que la retaguardia esperaba la orden de atacar. Los ejércitos se separaban. Los de Ishkáin estaban agotados, pero formaron ante el lado Oeste de la muralla dispuestos a frenar también el avance de los nuevos contingentes, un número de tropas semejante al que el jefe enemigo había gastado ya. Cielo y Tierra contuvieron la respiración, y en el silencio expectante de la Naturaleza se oía sólo el runflar estrepitoso de los hombres.

Avanzaba la tarde. El sol alhajaba un cielo desnudo, navegándolo, y sus rayos rusementaban las armas de los guerreros esperantes. Durante mucho rato, las tropas enemigas no se movieron. Sólo se divisaban tres o cuatro figuras fieras en la cabeza del cerro, avizorando la arrogante Ishkáin y discutiendo, probablemente, la estrategia. Después desaparecieron y pasó otra larga hora. Los leales aguardaron en el campo, próximos a los muros pero reacios a afortalarse en ellos una vez más. Dión y sus eterios vibraban en el flanco izquierdo; Mándos, Pradib, Usha, Thâre y la caballería de Ishkáin flameaban en el flanco opuesto; y el centro lo ocupaba Kǐchu III Dárdan y su gente y su guardia. Apoyado en su gran hacha de guerra, el gobernador contemplaba fijamente la colina lejana, concentrado como si en cualquier instante fuese a partirla con golpe de hierro.

Pero ataque no lo hubo. Al cabo se hizo evidente que aquellos miles se movían sólo para marcharse. En perfecta formación y dispuesta a repeler cualquier golpe furtivo, la columna reptó hacia el Oeste y luego el Norte, como una gran serpiente. Sin duda alguna Eben era su meta.

Y era triste dejar que estos contingentes aumentasen los de la capital, pero Ishkáin no podía derramar impunemente una gota más de sangre.

XXX



El *gôrgon* estaba inquieto, terriblemente; venteaba el aire gélido como si llegase este cargado de ominosos indicios para su olfato y mugía como un toro. Los guerreros se esforzaban en ver, en oír algo distinto del eco del bramido del simio rebotando salvaje en los desgalgaderos, pero la ventisca que los azotaba era densa, ensordecedor su silbido entre los fieros montes. Ulán guiaba la partida por los riscos, forzando su paso contra el empuje de los elementos.

—¡Ulán, Ulán...! —gritó tras él Brahma luchando a voces con el viento—. ¡No podemos seguir así! ¡Las muchachas no pueden más, el *gôrgon* está frenético, hay que encontrar refugio como sea!

—¡Es el peor sitio para quedarse, Brahma! —forzó Ulán sus palabras, costándole mover los músculos del rostro aterido—. ¡Y, además, la fortaleza no puede estar lejos de aquí!

—¿Estamos ya en Ôrkan?!

—¡En los arrabales, príncipe!

—¿Y por qué dices que es el peor sitio?!

—¡Si no te importa, te lo explicaré cuando estemos en la fortaleza!

En realidad, no había habido ninguna razón particular para que Ulán ocultase a sus camaradas los peligros del camino. En todo momento había creído poder evitar la senda que ahora recorrían, más arriscada y tortuosa pero más corta. Sin embargo, la incesante nevasca de los dos últimos días y el ritmo agotador del viaje lo habían despistado. No comprendió que marchaban de bruces hacia las Raposeras de Ôrkan hasta que fue imposible evitarlas y, entonces, prefirió no alarmar al grupo. Si tenían suerte y la nieve, la niebla y las sombras seguían ocultándolos, antes de dos horas habrían atravesado aquel dominio inadvertidos. Ulán cometió el error de no recordar que esta no era una compañía como las que él estaba acostumbrado a mandar.

«¡Agáchate!» —impuso la Voz interior que Brahma no había escuchado desde una de sus últimas meditaciones en el Ish, y ahora hablaba con un imperativo

insoslayable.

Brahmo obedeció como un muñeco, al instante, con la palabra enzarzada en sus nervios y ejecutando por él la orden. Una flecha voló sobre él surgida del viento y perdiéndose en la niebla, con un silbido igual al de todas aquellas agujas níveas.

«¡Cerraos en círculo, espalda contra espalda, las muchachas en medio!» —oyó ahora, y repitió:

—¡Cerraos en círculo, espalda contra espalda, las muchachas en medio!

Nadie, ni el mismo Brahmo, comprendía todavía lo que pasaba, pero todos obedecieron el grito del príncipe, desnudaron las armas, se prepararon para combatir. El *gôrgon* aullaba. Durante unos instantes nada ocurrió, permanecieron quietos, despestañándose contra la niebla ciega.

«¡Ahora!».

—¡Ahora! —clamó Brahmo alzando su espada contra el espacio vacío.

Pero el espacio se llenó de pronto. Un alarido unánime, circular, se abatía sobre el grupo y rostros salvajes de montañeses como fieras lo proseguían. Chocaron corazones y metales, y por un rato la lucha fue una danza extraña, envuelta en la magia espectral de las montañas. Sudaron los combatientes en medio del coraje. Ni para la partida del príncipe ni para los atacantes era la lucha fácil. Apenas se veían propios y ajenos, apenas se oían, se sentían; el instinto y la intuición señoreaban. Sólo el *gôrgon* estaba en su elemento, golpeaba con brazo tumultuoso y resultaba invulnerable. Sin embargo, más y más bárbaros surgían de la nada tras la niebla y parecía que la misma torva de nieve crease uno tras otro aquellos torvos rostros de ojos de fuego, rasgos desorbitados, barbas como zarzales, cicatrices indiferentes, largas colas negras o rojizas y bocas gesticulantes malignas. Era imposible saber cuántos habían caído de cada bando, pero Brahmo pisaba fríos cuerpos.

De pronto, un nuevo alarido se impuso al primero, rodeándolo y ofendiéndolo. La escena se hizo aun más incomprensible. Ahora, la matriz de la niebla ciega reabsorbía sus diablos y los hombres del príncipe los oían quejarse y caer. El frenesí de la lucha amainaba, como una tormenta, dejando en el grupo atacado el sabor de una alucinación brujesca o de un sueño. Hubo otro lapso de espera e indecisión. Entonces el viento cambió de sentido y, como si el soplo de un dios dispersase de golpe todos los velos blancos del aire, la ventisca pasó y un mundo de roca, albura y cielo quedó desnudo ante los ojos de los hombres de las tierras bajas.

A los pies del príncipe, desvencijados, yacían los bárbaros muertos. Su gente había recibido, todo lo más, alguna herida leve; estaban exhaustos y sanos. Pero en la otra orilla del río circular de palor y sangre se alzaba arrogante una treintena de guerreros. El que los mandaba, con la espada roja aún en la mano, se acercó al príncipe.

—Soy Arjun —dijo—, comandante de la fortaleza de Ôrkan. Si sois hombres de

bien, ¿qué hacíais en medio de las Raposeras?

—¿Las... Raposeras...? —preguntó el príncipe mirando de reojo a Ulán.

—No es esta una región para recorrerla sin guías —retornó Arjun—. ¿Quiénes sois?

—Mi nombre es Melk —improvisó Brahma—. Ebénida. Somos cazadores. Koría ha sido nuestra casa por muchos meses y ahora queríamos probar suerte en las montañas.

—¿Buscáis acaso *gôrgons* hembras que emparejar a la fiera que os acompaña, señor Melk? —le tentó Arjun.

—No comandante —respondió Brahma con un brillo sagaz en la mirada—. Esta es la época en que los *gôrgons* descienden al bosque... como bien sabréis. Es más fácil atraparlos allí. Y aunque no habéis podido verlo, con paciencia se puede llegar a convertirlos en una ayuda inapreciable. No... Vamos en busca... —añadió el príncipe sin otra intención que la de provocar la incertidumbre de Arjun—. En fin, hemos oído hablar de una especie interesante.

El comandante torció el gesto y cambió de conversación bruscamente.

—Pues bien, mi señor Melk, os habéis metido de cabeza en las Raposeras de Ôrkan. Morada de bandidos desde hace décadas. Hijos de montañeses que atacaron las tierras bajas hace cuarenta años. Acechan en los pasos del Swar y atacan las aldeas de los valles fértiles. A veces llegan hasta las puertas de Loth, que preside, como debéis de saber, una región mucho más rica que este mundo agreste.

—Os debemos la vida, comandante —repuso Brahma—. Os estamos muy reconocidos.

—Pues si queréis seguir conservándola, acompañadnos a la fortaleza. Curaréis allí las heridas y me explicaréis con calma el propósito de vuestra expedición y lo que habéis oído de esa nueva especie. No creáis, sin embargo, que vuestra historia goza de todo mi crédito.

Brahma inclinó la cabeza con gracia en señal de asentimiento y un grupo siguió al otro, sin mezclarse, atentos por los caminos viboreantes de aquellos montes que cimeaban cerca del cielo. Al príncipe le había gustado el comandante. No había querido engañarlo ni pretendía hacer durar mucho la farsa, sólo ganar un pequeño espacio de tiempo para tantear a aquel montañés desconocido y a su tropa. Durante lustros enteros la fortaleza de Ôrkan había sido la hija olvidada del rey Vântar, que no la visitó en todos los años de su gobierno. Su origen fue un fuerte ebénida erigido en el año dieciocho, durante las invasiones de las tribus bárbaras del Oeste, para vigilar los puertos de las montañas. Lo dotaron voluntarios audaces y bravos, cuyas hazañas aún se recuerdan en las crónicas del reino. Sin embargo, ni uno solo de aquel millar habría podido volver a Eben como héroe, si no hubiera sido por Krato, jefe de uno de los clanes montañeses que asediaban el fuerte con hierro, fuego y sangre bajo la caída

alucinante de la nieve. Krato, que había masacrado cientos de ebénidas en una garganta difícil próxima al fuerte dando lugar a la mayor derrota de la historia del reino, tuvo un sueño que jamás confesó y que siempre recordó con miedo sagrado; despertó dispuesto a luchar por Eben y trabó irrompible alianza con el reino cuya lengua nunca sería capaz de aprender. La garganta, donde himpaba el viento con la voz atroz y lastimera de los muertos, fue llamada el Quejigal de Ôrkan.

Acabada la guerra, Vântar le hizo dueño del fuerte, le otorgó rango noble y dio permiso al Señor de Ôrkan para hacer de aquel nido de águilas vulnerable una guarida de leones. Krato, caudillo capaz, hizo de su feudo morada de dragones. El fuerte de madera fue demolido, y su gente durmió en las fieras peñas bajo los astros fríos, asordados por los lamentos del Quejigal, hasta que en la cabeza del monte portentoso se alzó la fortaleza de piedra. No había sabios ingenieros ni arquitectos elegantes entre los hombres del clan de Krato, montañeses nómadas de la vertiente occidental del Swar, pero el espíritu de su raza les inspiró en aquella hora trascendente. Un monumento monstruoso de hermosura hermética se convirtió en el bastión de Eben en el Oeste, vigilante de sus lejanas puertas. Durante años, nuevas tribus bárbaras chocaron contra el baluarte rompiéndose en él con furor de olas bravas. Krato jamás pidió ayuda, ni a la capital ni a su rey; le bastaron sus dragones y los no escasos enemigos que besando la punta de su espada se sometieron al líder converso. Eben pudo olvidarse de la amenaza del Oeste. Y la fortaleza de Loth, algo más al Sur y al Este, vigilante de valles fértiles y de los tramos bajos de los pasos de los mercaderes, gozó de una vida fácil que no había conocido jamás, desde que la erigiera Sarkón contra los rebeldes de las Órdenes.

Y de Krato, Arjun, que contaba ahora cuarenta y dos fornidos años y que seis atrás encendió silencioso la pira de su padre. Arjun fue el único varón de los siete vástagos de Krato. Muy joven, el Señor de Ôrkan lo envió a educarse en las tierras bajas y Arjun pasó una década allí, repartida entre Eben e Ishkáin, donde selló firme amistad con Kïchu Dárdan, algo más joven que el montañés. Retornó a Ôrkan con veintidós años y no añoró la vida fácil del llano. En la fragosidad de los montes, en la lucha contra los bárbaros que, rotos sus primitivos clanes, habían permanecido en el Swar creando germanías de ladrones y ocupando las cuevas que la fama llamaría Raposeras de Ôrkan, en el mordiente frío, Arjun forjó aquel cuerpo y persona duros que eran suyos. Cargado de trapecios, fuerte de espaldas, rápido de brazos, de resistentes piernas y nariz grande y cuello ancho, Arjun era el arquetipo del rudo montañés bárbaro. Sin embargo, sus ojos claros eran de una inteligencia sorprendente, sus manos pequeñas de una ternura inigualable, y las largas líneas de su mandíbula, la barba como el brezo y su leonina guedeja castaña daban a su figura la belleza intemporal de un dolmen. Su risa era cálida y franca, y Arjun no la cicataba aunque tampoco la derrochaba. Y su corazón grande llenaba a veces su rostro de

lágrimas ante un abrazo de amistad, o el vuelo solitario de un águila en el crepúsculo, o una palabra casual que de pronto y sin saber por qué dejaba en su alma sabor de verso. Decían algunos que Anandi la Roja había humanado al Lobo de Ôrkan.

Anandi era hija de un noble de Ishkáin pariente del Dárdan; dejó su casa para siempre y siguió a Arjun, inmune a las protestas y vaticinios del padre. Tenía trece años entonces; era precoz, más que rebelde indómita, intuitiva y con una voluntad de hierro. Su melena roja era una llama en su cuerpo delgado de garza y, una vez en los montes, vistió como los héroes de Ôrkan y manejó el arco mejor que cualquiera de ellos. Tal como Madhya había sido compañera única de Krato, hecho insólito en aquel pueblo promiscuo, Anandi fue siempre la mitad de Arjun y Arjun se habría sentido sin ella partido en dos. Burlonamente, hablaban algunos de la «Diarquía de Ôrkan», desde que Krato siguió el camino de los ancestros. Era un error, Anandi y Arjun estaban fundidos en lo más hondo: eran un solo rey.

Brahmo tenía sólo una idea ligera de todas estas cosas porque Ôrkan no había constituido nunca una preocupación del Estado. Lo que sí le sorprendió en su momento fue que Arjun no pidiera al rey la revalidación en el hijo del título del padre muerto. El deceso del Señor de Ôrkan fue notificado a Vântar de forma oficial, pero no en epístola extraordinaria medio endecha, medio panegírico del fallecido, invitando ritual e inútilmente al monarca a las exequias, sino con mes y medio de retraso en uno de los informes militares rutinarios que Ôrkan enviaba trimestralmente a la capital. La noticia era breve y fría, y su última frase anunciaba con carácter definitivo la asunción por Arjun del puesto de comandante en jefe de la fortaleza. Nada más opuesto a las normas del reino; sin embargo, Vântar, conciliador, transigió y respondió personal y ceremoniosamente confirmando a Arjun en su cargo y lamentando la desaparición del líder que tan bien había servido al reino y a la dinastía. Sí, Vântar hizo incapié en lo de la dinastía, aunque esta no era más que un sueño futuro que no llegaría a cumplirse jamás, para recordar al nuevo dueño de Ôrkan que el viejo no había sido, al fin y al cabo, sino feudatario suyo. Sutileza que Arjun ignoró olímpicamente. Los informes militares se hicieron cuatrimestrales desde entonces, semestrales después e irregulares por último. En la corte, alguien sugirió que lo que el Lobo de Ôrkan quería era crear un Estado independiente, que haría crecer con nuevos contingentes bárbaros. Vântar, que jamás dudó de su vasallo, envió por fin un legado a Ôrkan, cuya misión nadie llegaría a conocer, ni siquiera el príncipe.

—Vengo... —comenzó el legado cuando estuvo finalmente ante el comandante.

Habría querido decir que llegaba con el mandato de hacer una inspección general de la región y volver con una idea clara y precisa de cuál era la situación en el Swar, pero Arjun le interrumpió:

—Ya, a conocer mis intenciones.

—Yo... —balbuceó el legado.

—Pues decidle al rey esto, señor legado, y no os comáis una sola palabra: decidle que le soy leal y lo seré mientras viva y mande; pero que con el camino que lleva el reino, antes de tres años lo tenemos en manos de los nobles. Que no sueñe entonces que Ôrkan siga siendo el escudo de Eben. No somos sólo una guarnición; somos una familia, un clan, un pueblo, y decidiremos nuestro destino según nos lo aconseje el fuego del alma. ¿Repetiréis fielmente estas palabras?

—Por supuesto que lo haré, comandante —respondió el legado—. Decidme sólo una cosa más: ¿seguiréis en su momento al príncipe?

Arjun dudó un instante.

—Señor legado —respondió al fin—, ¿y el príncipe, seguirá el Ideal al que se sometió mi padre?

Cuando todo esto fue transmitido a Vântar, el rey sólo sonrió y selló la boca del legado. Era ya de noche. Y la luna, delgada, se paseaba nefelibata tras el velo tenue del celaje, cuando la fortaleza de Ôrkan apareció ante los guerreros, como una inmensa sombra. Habrían descendido más de trescientos pies desde la lucha en el ventisquero por caminos escabrosos entre reventaderos, pasando de monte a monte, dejando la nieve atrás. Ahora, mientras ascendían el sendero ondulante hacia las puertas inmensas, el gigante de piedra los contemplaba con una arrogancia sobrenatural. Al Oeste, a sus pies, había un hondo valle verde con aldeas fortificadas donde gentes de Ôrkan criaban y cuidaban caballos de montaña; al Sur, el paso más importante del Swar del que Loth era la última puerta, el único por el que carros y ganado podían atravesar de Poniente a Levante y de Levante a Poniente la cordillera, quedaba a tiro de sus catapultas; al Este, una visión del infinito; y al Norte, la amenaza y el estímulo permanente de las Raposeras. Los portales se abrieron por la llamada del cuerno de Arjun, al que imitó el bramido gozoso del *gôrgon*. Dos murallas cruzaron los caminantes y, cuando hubieron pasado la segunda de las puertas, algo más al Sur que la primera, se hallaron en una gran plaza de armas, pavimentada con losas enormes, regulares, grises. Docenas de antorchas y fogariles la iluminaban a aquella hora y figuras colosales, de dioses bárbaros, la estatuaban circunferiéndola. La presidía la torre escalonada que servía de mansión al comandante y, alrededor, en apartamentos de piedra de diverso tamaño, vivían doscientos guerreros con sus familias. Había algunos caballos allí, bajos, fuertes y peludos, y Vrik añoró a Salman, que hubo de dejar con el resto de los caballos en un asentamiento *tholo* del linde sudoccidental de Koría.

—¡Surya, loco! —saludó Arjun al perro color del sol que llegó corriendo desde el otro extremo de la plaza, moviendo el rabo, para tumbarse de espaldas a sus pies, ofreciéndole un pecho mimoso.

Tras el perro, llegó aquilatando sus pasos Anandi la Roja.

—Has tardado hoy, compañero —le dijo a Arjun—. Estaba preocupada de verdad.

—¿Por qué?

—No sé, un presentimiento.

—Hubo lucha.

—Lo sabía, Lobo. ¿En las Raposeras?

—Sí.

—Te odio —dijo Anandi besándolo con calor en la mejilla y mordiéndole los labios—. No tendría celos de otra mujer, pero los tengo de que peeles sin mí.

Arjun rio con ganas y sus hombres fueron dispersándose con la misma risa distendida y relajante del jefe.

—Mira, leona, estos son los culpables de que nos batiéramos en las Raposeras. Pero antes que nosotros se batieron ellos y a fe que lo hicieron bien.

—¿Quiénes son? —preguntó Anandi acercándose al grupo extraño.

—Cazadores de las tierras bajas, dicen —respondió Arjun—. Este es el señor Melk, de Eben, que dirige la partida; ¿no es así, señor?

El príncipe inclinó respetuoso la cabeza, en señal de saludo y asentimiento. Anandi los contempló uno a uno, curiosa, suspicaz.

—Dicen —añadió Arjun— que andan tras una especie rara.

—¿Qué especie? —inquirió Anandi.

—Eso nos lo explicará durante la cena el señor Melk. La Roja continuaba observándolos.

—Ese es montañés —dijo de pronto señalando a Ulán.

—Lo soy, señora —respondió Ulán con voz grave—. He servido durante mucho tiempo en la fortaleza de Naor. Ahora me dedico a la caza... con mi patrono, el señor Melk.

—¿Cuál es tu nombre, cuál es tu clan? —preguntó Arjun.

—Mi nombre es... Vrik —improvisó Ulán temiendo que el nombre del comandante de Naor no fuera desconocido para el comandante de Ôrkan—. Soy del clan de Draj...

—Entonces somos parientes —repuso Arjun—. ¿No había un Draj al mando de Naor? En fin, dejemos esta cháchara al frío de la noche. Sed bienvenidos a Ôrkan, sed bienvenidos a mi morada.

La cena les fue servida en la gran sala del tercer piso de la torre. Era el piso cimero. Sobre él había sólo un mirador de estrellas, que era como el puente de una inmensa nave perdida en el cielo; y lo rodeaba una amplia terraza poblada de hermosas flores de altura, parecidas a hibiscus pero blancas. La mesa fue puesta de una forma sencilla pero cálida, y en el centro del hambre de los comensales hubo carne de cabra abundante, patatas hervidas en tomillo, yogur agrio, pan negro, vino y

manzanas asadas. Todos los miembros de la partida del príncipe, incluso el *gôrgon*, se sentaron a cenar con la pareja.

La conversación fue un poco confusa al principio. Como Ulán había dicho llamarse Vrik, Vrik dijo llamarse Álmor al presentarse, Álmor fue entonces Báarak y Báarak se quedó con Ulán. Yrna y Arolán, las sobrinas huérfanas del señor Melk, para no ser menos, intercambiaron también sus nombres. Con los *tholos*, cierto, no hubo problemas, sus nombres eran del todo impronunciables; y el *gôrgon*, por otra parte, se llamaba simplemente el *gôrgon*. Así que, durante un rato y hasta que el nuevo hábito prendió en ellos, o dos personas respondían a un solo nombre o lo hacía el individuo equivocado. Pero la charla se hizo más y más amistosa, y el príncipe, lejos de preocuparse, sonreía interiormente. Le gustaban, y mucho, aquella Anandi y aquel Arjun. Lo que sí le aturdió era que Arjun volviese una y otra vez sobre el tema de la especie rara en cuya búsqueda había dicho marchar el cazador Melk y para evitarla, y para sondear al comandante, dio un giro brusco a la conversación y sin más rodeos exploró el ánimo de los anfitriones directamente.

—Hemos hablado mucho ya de la triste vida de los cazadores, Arjun; pero ahora dime, dime tú, siento curiosidad: ¿qué harás... que hará el comandante de la fortaleza de Ôrkan ahora que no existe el rey Vântar?

La pregunta fue tan inesperada que a Ulán (el verdadero Ulán) se le atragantó el vino. Arjun permaneció impasible.

—Mira, Melk —respondió después de un instante de contemplar fijamente los ojos del príncipe—, hace tres años vino aquí un legado del rey con una pregunta semejante a la que tú me has hecho ahora, y que no le hizo falta pronunciar porque se la adiviné pintada en el rostro. Le dije que, si las cosas seguían como hasta entonces, en tres años no teníamos reino. Yo serví a Vântar pero no serviré a los nobles. Serví a Vântar porque, al fin y al cabo, era la sombra del Ideal que mi padre había entrevisto en el sueño que le cambió... Un ideal que él, que miró al rey de Eben con ojos de salvaje ingenuo, imaginó en Vântar, pero que no estaba en Vântar: sólo empezaba en él... o pasaba a través de él.

—¿Y el príncipe? —preguntó Vrik (el verdadero Vrik).

—Eso os pregunto yo a vosotros, Álmor. Decís venir de Koría, ¿no se afirma que Brahma se perdió allí?

—Koría es grande —repuso Álmor (el verdadero Álmor).

—Así... no habéis tenido noticias de él —inquirió Anandi.

—No —aseguró el príncipe—. Pero decidme, ambos, ¿qué debería hacer Brahma para ganarse vuestra amistad?

Hubo unos instantes de silencio tan profundo que hasta el *gôrgon*, ocupado ahora en una patata cocida, se sintió sobrecogido. Por fin, Arjun habló:

—Me llamo Arjun. Y mi padre Krato. Y mi madre se llamó Madhya —dijo con

una seriedad nueva que ungió su voz de majestuosa gravedad—. Cualquiera podría pensar que cambiamos nuestros nombres primeros por estas formas *dévicas*. Nada sería más falso. Estos nombres son originarios de nuestro pueblo. ¿Cómo puede ser que en una tribu montañesa que desconoce la lengua de los dioses haya habido una línea ininterrumpida de nombres *dévicos*? Yo no puedo contestar a esto, Melk, pero creo que algo de la sangre de los días dorados del hombre ha corrido por nuestro pueblo; y que fue eso mismo, convertido en sueño, lo que despertó el alma de Krato y le hizo ponerse del lado de Eben contra sus antiguos aliados. ¿Qué quiero decirte con todo esto, cazador? ¡Muy fácil! Que si el príncipe quiere mi amistad y la lealtad de mi espada, debe hacer de Eben el reino que aquellos príncipes de los días dorados harían, si retornasen. Y si tienes una lejana idea de dónde está Brahma —le dijo mirándolo extrañamente—, harías muy bien en ir a decírselo.

Después de este momento de intensidad y del callar sagrado que lo coronó, en el que las palabras de Arjun resonaron con el eco persistente de las llamadas del alma, prosiguió la charla por vericuetos casuales... o aparentemente casuales. Anandi habló de su infancia y adolescencia en Ishkáin, Bárak de su amor a Koría; Ulán, cautelosamente, compartió con el Lobo episodios de su vida militar. Los *tholos*, en corro aparte y sentados ya en el suelo, hablaban en su lengua como murmurio de agua, y el *gôrgon* comía con gusto insaciable y reía como un niño perdido en la nube de su imaginación. Brahma, silencioso, introvertido ahora, buscaba la mejor ocasión para revelar la verdad al comandante.

—El cielo es un milagro a esta hora —dijo de pronto Arjun—. ¿Quieres acompañarme, Melk? Hay algo que quiero que veas.

Brahma emergió aturdido de su introversión. Había estado vagando por las márgenes de las corrientes de su razón, ajeno a todo lo que no fuese la prisa fluida de sus pensamientos, y no sabía qué motivara las palabras del comandante. Alzó los ojos para ver un brillo raro en los del anfitrión, que tenía el rostro serio.

—Por supuesto, Arjun —respondió el príncipe levantándose.

Ambos salieron a la terraza y una nube de preocupación quedó flotando sobre los amigos de Brahma, transfija por las palabras alegres de Anandi la Roja.

Una pequeña escalera de doce peldaños de piedra ascendía al mirador. La noche era fría, el frío cortante y purificador; el viento volaba suave, sabedor de que portaba cuchillos en las alas. La luna sumergía en los montes su albeante soflama y en los cielos astrologaban, inerrantes, las estrellas.

—Esta es la magia de Ôrkan —dijo Arjun a sovoz, como si las palabras pudiesen romper el embrujo de la noche.

—Ordum es un milagro —respondió Brahma—. He visto el día y la noche de Koría desde la cima del Ish; he dormido en el desierto aullante; he oído el arrullo del mar del Sur; he galopado enloquecido a través de Amhor; he batido las aguas del

Deva y las he bebido en éxtasis bajo un chorro de sol, como icor de dioses. Ordum, aun caído y roto, es un milagro, Arjun.

—Sí —respondió el Lobo volviéndose hacia su colocutor y mirándolo fijamente—. ¿Qué quieres de mí, príncipe?

Brahmo no esperaba la pregunta, pero extrañarse por ella habría sido de necios.

—He prolongado esta farsa... —empezó.

—Comprendo tus razones y no me importan —le cortó Arjun—. ¿Qué quieres de mí?

—¿Sabes quién soy y he de decirte lo que quiero?

—No porque no lo sepa ya, Brahmo de Tauris. Pero quiero que lo digas, ¿oyes?, quiero que lo digas. Mira a tus pies. Todo Ordum presta ahora oídos, insomne en la noche. Koría y Amhor y Eben y el Deva, Ishkáin a lo lejos y, mirándote, Ôrkan y Loth. Di lo que quieres, príncipe, que ellos, no yo, serán tus jueces más tarde.

—Pues bien, Lobo de Ôrkan —respondió Brahmo sin arredrarse, con la voz profunda y esplendorosa de un trueno—, quiero tu ayuda y tu lealtad y tu espada y tus huestes, quiero hacer con ellos un reino en el que la Belleza de Koría y Amhor y Eben y el Deva, de Ishkáin a lo lejos, y de Ôrkan y Loth que nos miran, sean adoradas y cantadas por una sociedad fraterna de poetas y guerreros; quiero que emerja su alma de las honduras en las que duerme aletargada; quiero para mis gentes la intuición del águila, una mente como un sol, un corazón como el océano y un cuerpo igual a un templo. Quiero para mi reino coraje, igualdad, hermandad y diversidad; quiero Sabiduría, Arte, Dicha y Espíritu; quiero Crecimiento y Libertad.

—El sueño de Ban.

—Sí, el sueño de Ban que fue realidad durante un milenio. Yo quiero preparar el camino al Don.

—¿Saben los de tu partida quién eres? Pero, por supuesto que lo saben, todos han mentido con sus nombres. Diré mejor: ¿Saben lo que costará ese sueño? ¿Saben, príncipe, que está condenado al fracaso?

—No se conoce impunemente —respondió Brahmo en un murmurio, mirando la profundidad lejana de los montes.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que ahora hay que luchar. Más tarde llegará el tiempo de comprender que este sueño no nos sobrevivirá muchos años.

—¿No queda otra vía, príncipe?

—¿Qué otra vía, Arjun? Dímelo tú. Dyesäar y el reino renacido de Eben se hundirán en el abismo del tiempo. Vendrán edades bárbaras y las Órdenes serán barridas por fuerzas que ni siquiera imaginamos. Pero a nosotros se nos ha dado este tiempo, Lobo, no otro. ¿Qué vamos a hacer, cruzarnos de brazos? ¿Es que la semilla que plantemos no habrá de resistir enquistada el Invierno y florecer dentro de mil

años, cuando una Primavera infigurable traiga al Don? Es hora de luchar convencidos del triunfo, Lobo; tiempo de mamar de las ubres del fracaso ya llegará. Y quién sabe, acaso tú y yo no veamos siquiera cómo se desgarran nuestro sueño.

—Es más que un sueño, al fin y al cabo.

—Sí —añadió Brahma alzando los ojos al cielo próximo e inmenso—, es una Promesa que llega en forma de Visión.

Pasó un instante, pasó un hálito del silencio, pasó un soplo del viento frío moviendo sus alas cortantes.

—Tienes la amistad del comandante de Ôrkan —dijo entonces Arjun tendiendo una mano al príncipe.

—Señor de Ôrkan —corrigió el príncipe aferrando su antebrazo.

—Siempre he odiado esos títulos, Brahma.

—La tuya es nobleza de alma, Lobo. Yo no reconozco otra.

—Pero escucha aún una cosa.

—Dime, Arjun.

—Yo tengo también un sueño dentro de ese sueño que tú tienes.

—Dímelo.

—Eben y Dyesaar y la Pentápolis, aun siendo grandes y complejos, son un intento a escala de lo que fue Ordum. Ordum cayó. Y en los tres reinos, el Ideal que soñamos aparecerá y desaparecerá de la superficie de las cosas durante un milenio, como las aguas de un río por sus ojos. Yo pienso en una ciudad, una ciudad alzada desde, por y para el Ideal; donde todas las complejidades de la vida humana estén representadas, pero a una escala lo bastante pequeña como para que el Ideal y su Vivencia puedan ser participados por todos, y por ello mismo permanentes. He pensado incluso en un nombre: Úshpuri, la ciudad de la Aurora. Y en un lugar: la meseta junto al Deva en que reposa el recuerdo de Eteria. Úshpuri sería la llama en la noche.

—Si el príncipe de los eterios nos da su permiso, Úshpuri existirá, Arjun, libre y reverenciada en el seno de Eben. Y ahora aconséjame, comandante: ¿qué paso darías tu ahora?

—No sé cuáles has dado ya.

—Reino en Koría —dijo Brahma con una sonrisa hermosa—; he enviado la mayor parte de mis hombres al Cinturón Fértil, donde se batieron algunas familias por mí contra los soldados de Asur y de Naor. Eben es de ellos. No sé de quién es Ishkain, o Loth. Ôrkan es tuya y mía.

—Mientras el Dárdan sea gobernador de Ishkain, Ishkain será del príncipe. Enviaremos mensajeros cuanto antes allí. El siguiente paso es Loth, Brahma. Si tomas Loth, el reino es tuyo. Pero Ruther está con ellos; es fuerte, astuto, tiene más guerreros de los que imaginas y muchos de ellos desertores de las Raposeras,

bárbaros que ni conocen el *ordumia* ni quieren conocerlo. Loth es muy poderosa... y disuelvo en mi boca el adjetivo «inexpugnable», que es el que me sugiere mi razón. Ruther ya nos ha amenazado.

—¿Sabía, pues, que no estás con los nobles? Arjun calló un instante.

—Dime antes una cosa, príncipe. Hablaste de una especie desconocida...

—¿Todavía estás con eso? —respondió Brahma asombrado—. ¿Qué tiene que ver con Loth y con Ruther? ¿Por qué te preocupa?

El Lobo lo miraba a los ojos y le temblaba la mandíbula.

—Acompáñame, Brahma.



Leb no sintió placer alguno cuando su alfanje yuguló al primero de los mercenarios de Olpán que se arrojó sobre él como un ángel negro. Elthen había dado la orden de atacar al frente, al grupo más numeroso y potente, pensando que, si los Shweta habían traicionado una vez, podían volver a hacerlo al sentirse débiles. De hecho, los Shweta no les atacaron las espaldas; cubrieron una ancha franja del canal sin llegar a cruzarlo y aguardaron el desenlace de la batalla.

Las dos mesnadas galoparon enloquecidas una contra otra y chocaron brutalmente. El crepúsculo se llenó de un clangor unánime y de gritos y relinchos. Ni una ni otra caballería portaban armas de ofensa o defensa pesadas y las heridas eran tan fáciles como rápidos los aceros. Pronto se separaron, al gritar de los jefes. Tomaron distancia y aliento, y volvieron a la carga, y cada una era como un rastrillo para la otra, que dejaba surcos de ausencia. Leb, después de aquel día, no recordaría jamás un combate tan violento, ni justas tan encarnizadas. Una tormenta de pasión azuzaba a los batalladores y, ciegos, golpeaban con corazones en llamas, olvidados de toda estrategia. Más tarde, cuando en el acto creativo de su poema épico quisiera pintar un lance parejo, hallaría que a la expresión más descarnada siempre le faltaba ardor: exigirían sus versos pluma de hierro y agrias rimas de sangre.

La tercera espolonada acabó con los mercenarios de Olpán. Los hombres de Thúbal estaban mermados y exhaustos. Las heridas eran muchas y los caídos para no volver a montar sumaban casi dos docenas. Los Shweta seguían observándolos desde el otro lado del canal. Y la noche sin luna de aquel veintinueve de Noviembre se cerró entre las dos filas de jinetes.

—No les entiendo —exclamó Mírthen casi airado, colocando su caballo entre el de Elthen y el de Leb.

—Es sencillo, hermano —respondió el mayor—. Los Thúbal hemos acabado entre ayer y hoy con trescientos hombres de los Olpán. Los Shweta están pensando que en la balanza del poder cuenta no sólo el oro, sino también el número de fuerzas

armadas que uno pueda arrojar a la arena en el momento oportuno. Creen que, permaneciendo intactos, nos han dejado inclinar los platillos de su lado.

—¿Y ahora?

—Ahora no se puede luchar, Mírthen. Todo lo más, enterrar o hacer arder a los muertos.

—¿Por qué no parlamentamos con ellos?

—¿Serviría de algo? —repuso Elthen—. ¿Qué opinas tú, Leb?

—Serviría sólo para perder el tiempo, que es exactamente lo que quieren los Shweta.

—Explícate, por favor —pidió Elthen.

—Tienes toda la razón en lo que has dicho, Elthen: los Shweta combaten por sí mismos solamente. Hemos debilitado a los Olpán y su intención es que sigamos haciéndolo, penetrando hacia el Sur como sus lobos carnívoros, mientras otros arrasaron el señorío de Thúbál. Una jugada doble. Están ahí y ahí se quedarán, cerrándonos el paso con todas sus fuerzas.

Como en respuesta a las palabras de Leb, al otro lado del canal se elevaron de pronto veinte altas hogueras y el tañido de una caracola llegó del Norte, anunciando la incorporación a las filas enemigas de nuevos contingentes.

—Hay que salir de aquí, Elthen —continuó Leb—. Olvídate de los muertos. La noche es nuestra aliada y nuestro manto.

—Pero sin el agua del canal... —repuso Elthen—. Los caballos están exhaustos, los hombres sedientos y heridos.

—Señor Elthen —intervino uno de los exploradores del Thúbál—, hay manantiales en aquellos cerros.

—¿Los conoces tú? ¿Puedes guiarnos? ¿Aun con esta obscuridad?

—Puedo.

—¿Y después?

—La franja del desierto, Señor.

—Eso nos dejaría a mil quinientos pies por debajo del señorío —repuso Elthen.

—Entraríamos por los campos de Naor —prosiguió el hombre—. Apuesto a que la fortaleza está vacía y las tropas esperando la orden de entrar en nuestras tierras. Daríamos un rodeo de cincuenta millas, es cierto, pero nos situaríamos a espaldas de nuestros enemigos. No se puede perder un instante.

Los ojos de Elthen brillaban, ígneos en las sombras.

‡ ‡ ‡

Se habían movido con tanta eficacia y sigilo que apenas podía creerse. Bâldor no pudo sino admirar al jefe que había llevado una fuerza de cuatrocientos hombres, de los que cien eran jinetes, hasta el pie de sus tierras sin que ninguno de los

exploradores de Thúbal, repartidos en los caminos entre el señorío y Naor, llegase a informarle hasta el último momento. La mayoría habían sido eliminados, sin duda. Y ahora, lejos sus hermanos, lejos Elthen, que siempre tenía la palabra, el gesto, el acto, que rendía toda dificultad, a él solo le correspondía la defensa de las tierras ancestrales y de la reina. Recibió la noticia en las cocinas de la casa señorial, donde estaba organizando la intendencia, y durante unos instantes permaneció como estacado, abrumado por la responsabilidad, sujeto por presentimientos de muerte y desastre.

—¿Qué os pasa, Bâldor? —preguntó Dama Esha entrando en la cocina con Bâlmar y otros dos hombres de su guardia.

—Señora, quedáis a cargo de esta casa y Bâlmar queda a cargo vuestro. Las tropas de Naor están en el umbral del señorío. Intentaré detenerlos en los bosques.

—¿Estaba entonces Elthen equivocado? —inquirió la reina—. ¿No esperarán a los de Assur para atacarnos?

Bâldor se encogió de hombros y sólo fue capaz de responder:

—Sigue su avance.

Llegó en aquel momento un jinete a todo galope, traía el caballo bañado en sucio espumaje, resollante, cruzados los músculos por venas azules y tensas; saltó en el prado que rodeaba la casa y corrió preguntando por el señor Elthen. Bâldor lo llamó.

—Movimiento de tropas... señor —jadeó—. Los de Assur llegan rodeando las tierras de los Shweta... Más de trescientos. Vienen dispuestos a aplastarnos.

—¡Dios mío! —exclamó la reina—. Y aún no ha pasado medio día desde la partida de Elthen y Lébari. Ni siquiera habrán llegado todavía al dominio de Olpán.

—Quién sabe —repuso Bâlmar—, quizás se hayan dado cuenta a tiempo y vuelvan hacia aquí ya.

—Pero a nosotros nos toca pararlos —concluyó Bâldor—. No puedo hacer otra cosa que hostigarles en el paso entre los bosques. Me llevo cien hombres, Bâlmar, y te dejo cincuenta por si la lucha llegase hasta aquí. Escucha —dijo apartándolo del resto un instante—, en el peor de los casos... hay un camino oculto que desciende hasta el desierto. Bien sólo lo conoce mi hermano Álmor, pero la entrada no es un secreto para mis hombres y no ha de ser imposible orientarse en el laberinto de enfoscaderos. Si llega el caso... llévate la reina al desierto. Allí os encontrarán Leb y Elthen, y, más tarde, siempre podría hallarse un refugio para ella entre las tribus de las dunas... Hasta que todo esto pase.

Bâldor se despidió de la reina, y la reina le besó la frente fiera y turbada. Lo vio montar un caballo alto, castaño, de cabos como el ébano y ojos que vomitaban luz; ensanchando mucho los ollares, el corcel encapotó la cabeza con una hermosa curva del cuello y agitación de crines negras, lacias. Bâldor hizo una señal y partió al frente de una tropa heterogénea. El sol del mediodía crucificaba la brisa otoñal y el aire olía

a Sol, desierto, verde, arena, bosque, río y muerte.

‡ ‡ ‡

El alba los halló galopando por la arena, exhaustos de dos combates y de una noche sin dormir a través de un desierto sin luna, aullador e inconstante como un espejismo. En las fuentes de los cerros de Olpán, aún debieron pelear para ganarse el agua; lo que la Naturaleza, derrochante, regalaba entre las piedras, ellos lo pagaron con sangre sacrificial. Reposaron menos de media hora en las fuentes, entre cadáveres de mercenarios que formaban la retaguardia de los vencidos en el campo: una treintena de parias del desierto. Partieron con más heridos y con heridas más graves, pues aquellos los habían sorprendido en la obscuridad y ya arrebuados en cansancio y torpeza y sueño. Por el camino murió uno de los tullidos pidiendo que dejaran a su cuerpo insepulto en la arena, en el camino de las dunas. El sol se alzó por fin, naranja en la profundidad canela, trayéndoles la sed y la desesperación. Cuando faltaba poco para alcanzar los campos de Naor, reventaron una tras otra tres monturas, y los jinetes descaballados subieron a la grupa de los corceles más resistentes. Y siguieron, aunque ya era imposible avanzar airosos.

—Mira, Elthen, el canal de Naor —exclamó Mírthen con labios secos desde la orilla de la arena.

—Sí. Pero ¿qué es aquella nube que viene por la margen izquierda? ¿Una patrulla?

La tolvanera se detuvo en cuanto avistó las formas que emergían espectrales del desierto.

Tras el polvo dorado se hizo visible una veintena de jinetes de Naor, patrullando los dominios de la lejana fortaleza. Al ver la fuerza que los doblaba y no percibir las grietas de su cansancio, los soldados volvieron grupas.

Ocurrió entonces algo raro y triste. Como si todo el abatimiento y agitación y furor y desespero de aquellos hombres tomase cuerpo y procrease voluntad independiente, y buscase luego alguien en quien entrar y poseer y lanzar a remolinos de locura, Mírthen descabalgó al compañero que portaba en la grupa de su corcel, espoleó con ira al animal y partió en persecución de los que huían. Sus ojos azules eran rojos. Voló con frenesí demoníaco, poseído el caballo por la misma insania de su jinete, gritando como el que teme llegar a la orilla de un espejismo para verlo desvanecerse en vacío y sarcasmo.

—¡Mírthennnn! —bramó con todas sus fuerzas Elthen, como si pudiera enlazarlo con la prolongación de su voz, conociendo con exactitud el instante siguiente como si él mismo llegase ahora de las brumas del futuro.

Leb y el Thúbal despegaron tras Mírthen.

Uno de los jinetes enemigos había contenido su montura al ver al loco. Flechó su

arco, apuntó a la figura que llegaba nimbada de la inmensa esfera naranja del sol renaciente, y dejó partir la saeta, rehilando a través del aire dulce y plata.

—¡Mírthennnn! —gritó otra vez el hermano y líder.

La flecha voló a través de un tiempo quieto, venciendo implacable, una a una, las infinitas divisiones del espacio de Zenón, precisa como un ave.

‡ ‡ ‡

A aquella misma hora de gallos en quebranto, expiraba Bâldor. Durante toda la tarde del día anterior había contenido con su centenar de bravos el avance de las tropas, oculto en el bosque y saliendo una y otra vez de la protección de los árboles para herir las rígidas y confusas formaciones de soldados, que vacilaban a la hora de entrar a sangre y fuego en un señorío como el de Thúbal, al que respetaban. Los de Naor luchaban al principio sin mucho entusiasmo y recibieron gozosos la noche sin luna y el plazo que les traía. Al final de aquella jornada las pérdidas eran importantes por los dos lados. Pero Bâldor sabía que el día siguiente entrarían en liza los hombres de Assur y dedicó cada uno de los minutos de las horas oscuras, artistando mil mañas, corriendo mil peligros, agotándose en mil trabajos, a hostigar a sus enemigos. Causó daño e impidió dormir a las dos columnas. Con menos de un centenar, obligó a seiscientos a mantenerse a la defensiva y esperar la luz. Lo que no habían conseguido los jefes y oficiales de Naor, lo consiguió Bâldor: prender en el pecho de los soldados el ardor del odio.

Amaneció un día hostil al Thúbal que le negó la neblina matutina protectora. El ejército avanzó arrasante, quemando el bosque, con voluntad de piedra. Bâldor supo entonces que sólo podía hacer una cosa. Envió un mensajero a Bâlmar y veinte hombres de a pie, y con cuarenta jinetes se arrojó espada en alto sobre los seiscientos. Cuando poco después, y gracias al esfuerzo de dos valientes, pusieron a Bâldor moribundo a los pies de la reina, el pecho abierto y desgarrado el rostro, aún pudo balbucir entre borbotones de sangre:

*—Siento con el fuego de mi pecho,
Ardiente en un brasero a los pies de mi Dios*

Versos que en una noche no lejana había oído de los labios azules de Ulán.

‡ ‡ ‡

Elthen se inclinaba sobre el cuerpo caído de su hermano y una lágrima le arrasaba la mejilla. Lo que había sido Mírthen estaba en el suelo, encorujado en un dolor ya

acabado, cubierto de sangre y polvo. Era absurdo. Era la muerte más absurda de aquella guerra que se torcía, aojada de repente por los astros. Era consciente de que, a sus espaldas, sus hombres le miraban con un daño que hasta ahora no había podido causar la suma de todas sus heridas y desvelos. Elthen se bebió su frustración y ahogó el temblor de sus párpados, y se alzó dispuesto a dejar a su hermano en el camino como había hecho con los otros.

Vio entonces que dos de sus jinetes llegaban al galope trayéndole entre ambos al arquero, cogido por los brazos y pataleando en una montura de viento entre ambos caballos. Lo dejaron caer ante el Thúbal y lo miraban furiosos.

Era un muchacho. En su rostro como la cera había una mezcla imposible de arrogancia, tristeza y miedo. Se levantó del suelo raudo, apretando los dientes para no mostrar el dolor del golpe en las posaderas y clavó sus ojos de niño en Elthen, que le pasaba una cabeza... sus ojos verdes. Elthen pensó que se parecía mucho a Mírthen. El muchacho vio la huella arrasante de la lágrima en la mejilla encendida del guerrero. En un instante comprendió todo lo absurdo de aquel ataque, de aquel disparo, de aquella muerte, un absurdo que los había poseído de pronto a Mírthen y a él mismo, que era, en el espejo de la guerra, la misma imagen dorada de Mírthen. Se mordió el labio, su costra de polvo... y lloró. Elthen apretó entonces la cabeza del niño contra su propio pecho, con ternura infinita, y pasado un momento lo soltó con gesto acariciante.

—Cava ahí mismo una tumba para este hermano tuyo y mío —le pidió. Y sin mirar atrás montó y volvió a las necesidades de la guerra.

‡ ‡ ‡

—Señora, por el reino, por el príncipe, escuchadme... —insistió Bâlmár.

—No, Bâlmár —respondió la reina—, no. Esta es mi última palabra. No huiré al desierto mientras otros se baten por mí, después de todos los que han muerto ya.

—No queda más remedio que batirse, Señora, pero la diferencia es que, si entre tanto vos os salváis al menos, nuestras muertes tendrán un sentido.

—¿Cuántos son, Bâlmár?

—Dicen que cerca de seiscientos. Seiscientos contra setenta, majestad. La resistencia no durará mucho. Si al menos...

—Ya me has oído, Bâlmár. Cumple con tu deber.

Bâlmár se alejó, obediente y enfurecido, doliéndole no su muerte cierta sino el sacrificio inútil de la Dama. El Cinturón Fértil estaba perdido, pero si al menos se hubiese salvado la reina...

En el portal de la mansión montó un caballo gris y se puso al frente de los últimos guerreros leales del Cinturón. Pensó en Leb y en Elthen, caídos seguramente en tierra hostil de Olpán. Preparó a sus decenas. En el inmenso prado le aguardaban torvos

centenares.

‡ ‡ ‡

Dos hombres se acercaban ahora al grupo de Elthen galopando, cuando sólo debían vencer cinco millas ya y unos cerros para alcanzar el señorío.

—Los astros cambian, señor Elthen —gritó uno de ellos.

—¿Qué dices?

—La guerra se endereza —y una sonrisa enlucernaba su rostro exhausto—. Los Samir acuden por fin a ayudaros. Están tras aquellas colinas y dicen que os comuniquen que las tropas del príncipe desembarcan ahora mismo en esta orilla del Deva, frente a vuestras tierras.

Elthen llevaba la muerte de Mírthen clavada en el pecho para poder alegrarse. Miró a Leb, golpeó la vaina con el puño y lanzó su corcel a una última carrera. Su corazón era en aquella hora un himno de triunfo y tristeza.

‡ ‡ ‡

Las densas filas y la fila gris de condenados se contemplaron de extremo a extremo del campo de la muerte, que brillaba esmeraldino a la luz del sol sesgada. Eran las primeras horas del día; y eran las últimas horas. Extrañamente, ni unos ni otros tenían ganas de combatir, ni los que carecían de esperanza ni los que creían en su mano el triunfo, como si el conocimiento anticipado de las cosas por venir colmase a unos y a otros de un hastío paralizador. La magia de un tiempo quieto los emperezaba. Y estuvieron estudiándose un rato tontamente largo. De pronto, inesperadas, dos huestes más se sumaron a aquel cuadro de batalla y los de Assur y Naor quedaron entre dos frentes. Aun así, su número era algo superior al de todos sus enemigos juntos; la victoria no era ya tan segura; una vez estallase en gritos y golpes y carreras y pasión la fuerza contenida ahora, el carnaje sería incalculable. Y faltaba poco ya. Era como si el vuelo repentino de un ave disolviendo en el aire su sombra o el gesto silencioso de un rayo de sol cambiando la luz del paisaje pudiesen despertar de pronto aquellas estatuas armipotentes que ajedrezaban los prados.

Sin embargo, un jinete entró galopando en aquel escenario sin romper el embrujo de quietud. Llegó hasta el centro de las filas rivales derrochando en la elegancia misteriosa de su carrera la estampa de un corcel castaño y nostálgico, de crines negras, lacias, agitadas. La reina montaba el caballo de Bâldor y portaba en la mano prieta la espada brillante de Leb.

—¡Basta! —gritó en el seno de una batalla aún no empezada—. ¡Basta!

Y toda la arenga que había estado hilando momentos antes, en el ardor inconcebible de una inspiración repentina y solitaria, se condensó en aquella sola

palabra preñada de fuego y vida. A su alrededor se levantó el cortinaje de las formas y quedó al desnudo un carrusel de emociones, pasiones, fuerzas, pensamientos: el miedo de Bâlmâr y sus hombres a perderla, ominoso y tórpido como un cuervo; la intención pasajera de un soldado de disparar contra ella su ballesta y el deseo luego, más firme aunque aún avergonzado, de arrojar el arma y correr a sus pies, a pedir la bendición y el perdón de Dama Esha; la incredulidad de un oficial, vacilando, irradiándose, difundiéndose, retrocediendo y muriendo; la cresta de un odio rompiendo contra el espigón del grito de reconciliación; la desesperanza unánime y el heroísmo, también común; la incertidumbre... Y más allá, fuerte, pulsante, creciente, la admiración de Elthen y de Leb, el amor de sus hombres, la veneración sagrada de unos gigantes extranjeros que no la conocen pero han visto en ella la sombra del poder de la Madre de todas las cosas, y una marea de lealtad, desbordándose... desbordándose...

Ahora también este cendal sutil se alzó y ante Dama Esha quedó sólo la Presencia firme de un algo inexpresable, efundiendo calma y certidumbre.

Era su figura leve como la de un pájaro sobre el caballo grande y triste. Tan frágil como la quietud que peligraba en el campo. Aquilatada sólo por el peso de la mano de Dios sobre ella en la hora maldita.

De pronto, de las filas espesas de Naor surgió un grito solitario, carente siquiera de la fuerza de la voz:

—¡Viva la reina!

Y bastó para encender un clamor infinito de vítores entusiasmados.

XXXII



el mirador de estrellas descendía una escalera larga y antigua hasta muy por debajo del nivel del suelo, donde se comunicaba con varios estratos de túneles y pasadizos, útiles para el ocultamiento y la huida, que a través de la roca y la masa del monte llegaban hasta el profundo valle. Se accedía a ella por una trampilla en el mirador y se podía llegar lejos de la fortaleza sin ser visto por los ocupantes de la torre, la muralla, la plaza o cualquiera de las casas y dependencias del recinto de Ôrkan: miles de peldaños caracoleaban enfondándose en la noche oscura de la piedra. No tenía aquel laberinto secreto la virtud luminosa de las grutas sumânoï; pero repartidas a tramos regulares, en fogariles sujetos a la pared, altos sobre el suelo, había piedras *abnur* encendidas de un permanente azul irradiante, o dorado, o plata, o rojas como el místico carbunclo, talladas en forma de herméticas cabezas inhumanas. Había cientos de ellas aluzando la escalera y los túneles, y su origen era un secreto muy bien guardado. El destello y el color de cada una era cambiante con las horas, un lenguaje del Tiempo; y en aquel mundo subterráneo y silencioso, las cabezas en constante mutación cromática mantenían indescifrables faramallas de luz.

Brahmo se dejó guiar sin pronunciar palabra, bebiendo el misterio tal como se le ofrecía, sin preguntas ni conjeturas, con la sensación de andar envuelto en el humo inebriante de un sueño.

Alcanzaron el segundo nivel de pasadizos bajo el suelo y el príncipe descubrió allí todo un universo de cámaras y celdas y despensas y depósitos y armerías ocultas. Arjun, callado también desde que penetraron en aquellas catacumbas, abrió el paso hasta una estancia recóndita. Empujó entonces la puerta vieja de madera labrada. Olía a incienso. Había en el aire una luz de cielo, como flotando en volutas de azul. Un jergón, dos o tres taburetes esparcidos, un desorden de figuras antiguas, armas, redomas, minerales, pergaminos, trastos... Sentado en una silla de tijera, acodado a una mesa baja, un mono leía un libro.

Al ver entrar a los dos hombres, el simio levantó la cabeza con cansancio erudito,

se frotó los ojos, se desperezó con familiar gruñido y se levantó de la mesa para saludar a los recién llegados.

—¿Habéis decidido ya qué vais a hacer conmigo, comandante Arjun? —dijo con toda cortesía y en perfecto *ordumia*, aunque con la voz algo pastosa del borracho o soñoliento.

Arjun, sin contestar al mono, se volvió hacia el príncipe.

—¿Es esta la especie que buscabas, cazador?

Una sombra de miedo cruzó el rostro del mono al oír al comandante y hundió sus ojos en los del desconocido, oscuros como pozos e incrédulos, fijos en él. Brahma callaba, aturdido, incapaz todavía de abrir su sentido de la realidad a aquella criatura. Era mucho más bajo que el *gôrgon* aquel simio; erecto, llegaría a la altura del pecho del príncipe, pero se sentía más cómodo en una postura ligeramente corcovada. Estaba todo él cubierto de un pelaje negro, con visos azulados y rojizos; y era de hermosa figura, estilizada y fuerte, con una cabeza grande y triste, más humana que la del chimpancé, y unos ojos cintilantes, sorprendentemente intuitivos.

En el baño de sus ojos en la luz de los ojos de Brahma, el mono había perdido todo temor.

—No —dijo el príncipe al fin—. Hablé por hablar. Ni imaginaba...

El mono sonreía ahora con condescendencia, y con un gesto cálido de su mano peluda acarició el brazo del príncipe.

—Comprendo que me tengáis aquí encerrado, comandante —dijo de pronto—, si he de causar este efecto a los hombres de estas tierras.

—Peor, amigo mío, te matarían —se espontaneó Arjun; y dirigiéndose de nuevo al príncipe—: He aquí lo que ha encendido la disputa con Ruther y con Loth.

—Explícate —pidió Brahma.

—Amigo —se volvió Arjun a su vez al mono—, cuenta tu historia.

—Por favor, por favor —respondió la criatura indicando a los dos hombres con gesto cortés que se sentasen.

No cedió en sus ruegos hasta que los tuvo lo mejor acomodados que era posible en aquella estancia y actuó en todo momento como un sabio que, aun habiendo sido perturbado en lo más profundo de sus meditaciones, acoge amable y hasta cálidamente a los intrusos para compartir con ellos el mosto de su saber, instilado en las palabras hondas, graves, densas, luminosas, del que ha antiguado su vida con poderosa experiencia.

—Encontrar la primera palabra para devanar mi testimonio me resulta siempre muy difícil —dijo al fin cuando Brahma y Arjun estuvieron sentados en sendas sillas bajas, y él frente a los dos guerreros, con las piernas cruzadas sobre una alfombra pequeña y raída de crines de caballo—. ¿Recordáis, comandante, cómo empecé la otra vez?

—Dijiste: *allá en lo alto de las montañas, donde la Tierra se hace Cielo...*

—Sí... —repuso el mono pensativo y con gesto melancólico—. Son palabras que oí en boca de Libna la Blanca...

—¿La Dama del Arco —interrumpió Brahmo—, jefe supremo de las Órdenes?

—Sí, así la llaman también —contestó el simio—. Para nosotros era la Dama de las Nieves. Llegó con la luz. Ambas tan inesperadas... cuando nuestros sueños empezaron a cambiar y, tras una puerta en la bruma de nuestras dormiciones, encontramos el sol de medianoche. Hay en los techos del Swar —prosiguió—, lugares que os parecerían misteriosos. Allí, entre espesas murallas de niebla, existen valles amables, benditos como vergeles, nacidos del calor interno de la tierra. Hay ríos y lagos calientes, y cascadas de humeante agua espumosa. Y el cielo es allí un domo de oro y azul. Nosotros vivíamos en uno de esos valles, a los que más tarde llamamos oasis del frío. Vivíamos no lejos de Kamalám.

El mono les hablaba con los ojos cerrados y como en un ensueño, cruzados sobre el pecho los brazos peludos y endrinos, erecto el tronco, y los dedos de los pies moviéndose de cuando en cuando, como si marcasen el compás de un ritmo interno sólo perceptible para el narrador.

—Vivíamos la vida simple y divina del animal: comer, jugar, copular festivamente, nomadear de oasis a oasis a través del desierto de blancura y repetir en sueños los actos de la vigilia; bañarnos a veces en las aguas calientes, maternas, donde un goce casi místico nos invadía, aquietándonos y silenciándonos... Y, a veces también, como penetrados de pronto por una especial densidad de ser, horas y horas de vida y de sentir se condesaban en una imagen enardecida que gritábamos y era como un embrión de palabra. Esto eran las cimas, extraordinarias cimas, de nuestro *pensar*.

»Una noche, en el sueño de uno que era el sueño de todos, descubrimos unos altos portales de la materia del sol. Nunca habían estado allí, nunca... y ahora nos llamaban con un poder de atracción invencible. Acercarse a ellos era ya trascenderse, y nos daba miedo... miedo. Alguien los cruzó al fin y nos requirió desde el ámbito invisible con voz nueva, ahíta de palabras, vacía de gritos. Acabamos por seguirle y hallamos, más allá de las doradas puertas, un valle semejante al de nuestros sueños, que a su vez reproducía con otros tintes y otras luces y otras leyes el valle de nuestra vigilia. Pero había algo más aquí: mirábamos a nuestro alrededor y para cada cosa que veíamos teníamos en la boca una palabra dulce que nos gustaba paladear. Veíamos correr el agua humeante por el prado y uno vertía una lágrima y decía a continuación: *Río*. Y paladeaba: *río, río, río...*, y los demás paladeábamos la palabra con él moviendo la cabeza con gulusmera aprobación, como si esta y no otra fuese el sonido inevitable en el que se corporizaba el agua corredora y murmurante. Seguíamos, y topábamos con un cuerpo gris de quietud, sumido en la contemplación

del Tiempo, tornado hacia su propio, lento corazón el resplandor de su eónico pensar; y alguien decía: *Piedra*. Y paladeaba: *pedra, pedra, pedra...* Y los demás paladeábamos con él. Y el camino era ascendente y luminoso.

»El despertar nos traía siempre una sensación de limitación, de pérdida, echábamos de menos algo y no sabíamos qué: una luz, un sonido, un modo de ser... ¿o era un juego que nos había enseñado nuevas dimensiones de entrañable gozo y que acabábamos de olvidar: el juego de nombrar la realidad? Aprendimos a esperar el retorno de aquellos sueños más despiertos que el mismo estar despiertos calcando en la vigilia los actos oníricos que nuestra memoria guardaba. Aprendimos a cruzar el portal más y más conscientes, a rehacer cada vez más ligeros el camino luminoso... hasta que comprendimos que ascendíamos hacia un mundo que descendía hacia nosotros. Entonces la vimos.

»*Mirad*, nos dijo. Y de pronto era de noche en el sueño con el que navegábamos la noche. Y había un lago oscuro. Y vimos un caballo blanco emerger de sus profundidades, como si galopase por una escalera invisible apezuñando primero peldaños de agua y luego escalones de aire. Y lo montaba un mono de oro. *Venid*, nos dijo. Y nos llevó a una cima de nieve cálida y flores de nieve, y, cubierta la cabeza con un velo blanco que la consagraba, la Dama de las Nieves, Libna la Blanca, se sentó en medio de nuestra fascinación y nos habló de la Mente de Luz. Era el descenso de la Mente de Luz, de su mundo esplendoroso, lejano y vibrante como una cometa enamorada de las sendas del viento, pero obligada por la mano que sostiene el cabo a descender a nuestro suelo y arraigar en él. Y este descenso rozaba los techos del Swar y era inesperadamente transformador. Era este descenso lo que aplastaba nuestra animalidad y nos transformaba. Hace de ello ahora veinte años.

»Dejamos nuestro valle y fuimos a Kamalám, el lugar que llaman Oasis de las Nieves. El mundo oía ya nuestra palabra fluida y nuestra intuición corría más que el Tiempo; y aunque entrábamos y salíamos libremente por el portal más allá de nuestros sueños, Libna nos había llamado ahora a su mansión terrestre y nosotros la buscamos. Nos recibieron allí seres que nos parecieron ángeles, y nos dieron morada en pradales inefables. Nos llamaron *manu* y Libna venía a menudo a sentarse entre nosotros como había hecho en la cima de nieve cálida, y nos contaba la historia y la razón del mundo. Y cuando nos habló de los Reyes Antiguos y de la tribu de hombres que llegó hasta ellos para vivir a su sombra fascinada, pensé en nosotros, los *manu*, a los pies de la Dama, reencarnando la magia del mito de los Días Primeros.

»¿Qué más puedo decir? Allí nos instruyeron en muchas habilidades y nuestra pequeña colonia era amada por los hombres, aunque nuestras vidas discurrían en lo esencial separadas. Un día, un grupo de jóvenes pedimos permiso para partir; nos azuzaba el deseo de conocer la Tierra más allá de las alturas del Swar. La Dama de las Nieves nos previno y nos bendijo, y una veintena iniciamos nuestra peregrinación.

Llegamos a esta región en poco más de un mes, vestidos con pieles y armados. Un amanecer me aparté yo del grupo durmiente para descender a bañarme en el golpeadero de un río. Me alejé mucho, jugando inocente con el agua fría borbollante. Me descubrió entonces un hombre y quiso darme caza de bestia. Después del tiro fallido de su arco, se arrojó sobre mí con una cuerda y una daga; hubo lucha y el hombre, tristemente, murió en mis brazos...

—Era un hombre de Loth —intervino Arjun—. Otros llegaron enseguida con redes para atraparlo. Yo lo había visto todo y, movido por una intuición, lo rescaté poniéndolo fuera del alcance de sus captores con mi caballo. No fue hasta mucho más tarde, cuando casi alcanzábamos las puertas de Ôrkan, que el *manu* habló. Se había dejado traer hasta aquí flácido y tembloroso, y ahora me hablaba como un sabio y como un campeón arrepentido de la muerte que aún lleva en sus manos.

—No había matado nunca —glosó el simio—, aunque nosotros los *manu* recibimos instrucción bélica en Kamalám de los guerreros de las Órdenes, y el mismo Hurel, Caballero del Primer Anillo, supervisaba nuestro progreso. Somos aliados formales de las Órdenes y, como tales, aceptamos en su momento libremente los peligros y trabajos que el pacto lleva consigo. Pero... Yo no había sentido nunca ese apagón de la vida en mis brazos. Pensad —dijo mirando a cada uno de los dos hombres— que los *manu* estamos mucho más cerca de la Vida que vosotros, sus fuerzas, corrientes, flujos, movimientos nos tocan directamente y como parte de nosotros mismos, no a través de una mente observadora y sancionadora. Y no podéis ni imaginar lo que es sentir ese colapso de la pujanza tormentosa de la vida en la quietud fría del morir. Desde hacía veinte años no me había sentido tan odiosamente animal y quise gritar, gritar... gritar como lo hacía entonces... para llenar de trueno el silencio de mi enemigo.

Calló el *manu* dejando en Arjun y el príncipe una rara sensación, mezcla de admiración y amargura, como la del que ve hundirse el rojo sol en el monte del crepúsculo. ¿Era posible lo que estaban oyendo? Arjun había tenido tres días para aceptarlo y Brahmo, pasado el primer impacto de la sorpresa, ¿qué derecho tenía a dudar de lo maravilloso después de las fieras de humanas madres, después de las brujas *kuria*, después de Mayúr, de Melk, del Naga, de la revelación de su propio e inconcebible nacimiento? Durante meses, lo maravilloso había golpeado la dura roca de sus concepciones con el poder de la marejada, irresistible marejada, reduciéndola a fina arena esparcida. Era el signo indudable de un progreso, comprendía ahora, frente al mono parlante y pensador; eran las leyes caídas que sirvieron para construir y cercar provisionalmente un mundo, cerrándolo al circundante Infinito. Pero el mundo interior crecía, crecía, crecía descubriendo que la realidad era mucho más vasta y desconocida de lo que su mente y sus sentidos pudieron nunca imaginar. Y Brahmo comprendía también ahora que ese gesto interior de desapego respecto del mundo

empequeñecido y de aceptación del riesgo y la locura de lo ignoto era el mismo que había abierto a los *manu* la puerta áurea de la transformación.

—¿Qué debemos hacer de ti, *manu*? —preguntó al fin, confuso, el príncipe.

—Yo también tengo un nombre, cazador —respondió el simio con una sonrisa fina de ironía audaz y sutil.

—¿Cómo, pues, hemos de llamarte?

—Libna la Blanca me dio un nombre.

—Dínoslo para que nos honremos con él.

—En sus labios yo era Brahma —dijo el mono por fin abriendo mucho los ojos y agravando la voz como si la palabra fuese una invocación teúrgica.

—Así lo serás pues en los nuestros, amigo Brahma —confirmó Brahma—. Pero cuida de que no te confundan con el príncipe de los ebénidas.

Y Arjun y el príncipe estallaron en una gozosa carcajada que el *manu* no podía entender aún.

XXXIII



Reichu Dárdan era definitivamente un hombre extraño y esa extrañeza se manifestaba de un modo muy especial en su cuerpo físico. Medía poco más de cinco pies y tenía una constitución sólida, de músculos largos, como toscamente labrados en piedra y creando una figura bella no por lo armónica sino por lo hermética. Tenía la piel muy blanca, la cabeza ancha, cubierta por una larga cabellera, ardaleante a los lados y espesa hacia el centro como crin de corcel dorada. Las orejas eran las de un gnomo, suavemente puntiagudas y ávidas; los ojos, claros, de un azul-franqueza irresistible; los labios, finos e incoloros. Lucía además el rostro hermoso una perilla rala y lacia, como de filamentos de sol, y pestañas largas del brillo del ámbar. Las manos eran grandes, conscientes, de artesano, y su voz trémula y cálida. No era propenso a razonamientos intrincados; carecía de ideas fijas, pero también de dudas; las visiones globales de la realidad no le interesaban y, por ello mismo, tampoco la ciencia o la filosofía. Su contacto con las cosas era directo y mutante; un corazón sensible y espontáneamente sabio le acercaba de forma natural a todo aquello que lo hacía mejorar y lo apartaba de errores innecesarios. Por herencia de un linaje, por respeto a un padre y por lealtad a un reino era gobernador de Ishkáin y cumplía bien sus funciones, pero su amor era el arte. Y únicamente a solas en su estudio, en lo más alto de su palacio, entregado a colores y a volúmenes, sentía la plenitud del contacto con su Habitante Oculto. En pintura, evitaba las figuras conocidas, naturales, y plasmaba sólo fuerzas y movimientos: torbellinos de azules arrastrando los fragmentos de un rayo de sol o turbiones cárdenos heridos por la blancura flechante de los ástiles de las plumas de un ave, géisers negros en una noche verde de astros como frutos o esferas albinas que en mares rojos luciferales trataban de ocultar su semejanza con la luna. Llamaba escultura a algo incomprensible para todos, incluso para él mismo, pero no exento de magia y de una monstruosa hermosura. Hierro, madera, mármol, cerámica, arcilla, eran sus materiales clásicos y rara vez alguna de sus obras no se incorporaba a partir de todos ellos. Volúmenes geométricos de una regularidad fría se superponían

unos a otros o se unían por medio de cimbreadas varillas de hierro en la búsqueda de un equilibrio imposible, creando inquietantes y deshumanizadas entidades dendroides; en otros casos, como anhelante de romper el fatal sortilegio de ángulos y aristas regulares, tallaba su materia en figuras amorfas, ebrias, bulbosas, desvaídas, como las montañas derretidas de un sueño.

Sólo con Yôland, su mujer, y con Archo Sárkkoç, primer capitán de Ishkáin, compartía el Dárdan las inquietudes de su arte. Yôland era sostén y estímulo; Archo, llamado también el Negro por el color de su piel, era un compañero en aquella alquimia de la forma y el color a la vez dichosa y doliente.

—¿Qué buscamos en realidad con todo esto, Kïchu? —le había preguntado una vez al dinasta aquel hijo del gran Bindu Sárkkoç, héroe de las guerras imperiales que se distinguió en los Campos de Amhor al frente de la caballería azul de Krôm—. ¿Qué buscamos? ¿Belleza? ¿Misterio?

¿Qué...?

Y Kïchu Dárdan, poco afecto a especulaciones, y menos sobre algo que para él era tan inevitable, irreprimible y necesario como respirar o comer, respondió con una sola palabra brotada del ansia de su corazón, presuroso en el pecho:

—¡Transformación!

—Sí —respondió Archo pensativo, dando cuerda a una mente que para él, al contrario que para su amigo, era un entramado de paseos gratos, disipados, entrañables—. Transformación es la clave, nuestra clave artística... Pero ¿tenemos siquiera derecho a llamar arte a lo que hacemos? Explorar nuevos horizontes del Dios hecho forma, luz, color, sombra, ahí es adonde nos lleva nuestra voluntad transformadora. No somos artistas, Kïchu, somos a la vez pioneros y colonos de lo inconceptuable.

El gobernador se encogió de hombros.

En una de las grandes salas del palacio del dinasta cenaban ahora Kïchu, Yôland y Archo con sus invitados del Sur: Mándos y Usha, Pradib, Thâre y Dión, que saludó a la pelirroja del Sart con una mezcla de familiaridad y reverencia para todos asombrosa. Antes de sentarse a la mesa, el grupo había pasado por la alcoba donde mamaba, gemiqueaba, dormía y soñaba Kïchu IV Ízan, llegado al mundo apenas dos lunas atrás; y uno tras otro habían pronunciado esas palabras que inevitablemente todo padre y toda madre espera oír, aunque dichas en esta ocasión con calor y sinceridad y llenas de una voluntad benefactora.

Había pasado un día entero desde el fin de la batalla de Ishkáin y era el segundo del último mes del año. En estas veinticuatro horas apenas había habido tiempo para hablar. Kïchu y el Sárkkoç estaban exhaustos después del combate, y el cansancio alcanzaba también a Mándos, Pradib y Thâre. Dión y Usha, en cambio, dedicaron inmediatamente sus energías a la curación de los heridos, que fue rápida y admirable,

aunque el poder regenerador de la princesa ebénida daba ya muestras de refluir cuanto más se alejaba en el tiempo de la intensidad de su pasada experiencia. Al día siguiente, el gobernador debió resolver diversas exigencias administrativas y, al mediodía, en compañía de Dión y de Mándos, asistió en el campo de batalla y de la muerte al adiós de los caídos, que ascendieron en el carro de fuego de las piras a mundos menos violentos. La tarde fue febril también para casi todos, excepto para el Señor de Dyesäär, que paseó por la ancha y encespada plataforma de la muralla. Usha y Dión, ayudados por Thâre, prosiguieron su labor de médicos; y Kïchu, que soñó con unas horas de soledad y arte, fue requerido por su primer capitán para supervisar la reorganización de las tropas y de la defensa de la plaza. Sólo al crepúsculo llegó la calma, y unos y otros pudieron compartir tiempo y palabra en el curso de una cena amistosa, que, por necesidad de solaz y reposo, empezó ignorando los acontecimientos más inmediatos y las decisiones más apremiantes.

Habló Yôland de lo único que podía hablar una madre reciente, y los demás la escucharon con condescendencia, reforzando con la sinceridad de sus deseos las esperanzas maternas. Habló el Sárkkoç de su arte y el gobernador atendió con tanta delectación a la música de las palabras de su capitán como interés pusieron los demás en escuchar sus conceptos. Philo, quieto a los pies del amo o caricioso entre las piernas de los comensales, reclamaba de tanto en tanto la atención con un maído, resuelto a que su presencia allí no se olvidase. Mándos y Dión contaron poco de su viaje, aparte del encuentro con Kadír y el hallazgo de Márut, de la que todos habían visto hazañas y esperaban oír relatos. Usha, por el contrario, que sentía la oportunidad de su narración sancionada por la presencia del maestro eterio, expuso hasta pormenores de su experiencia cuya importancia descubría entonces, al desovillar su historia frente a aquel asombrado y mudo auditorio.

—Âsdre sanó —dijo al fin—, incluso los ojos fue recuperándolos. Y como si ella misma hubiese sido el cuerpo-símbolo de todas las gentes del Sart, a partir de su curación los enfermos empezaron a restablecerse y la *muerte roja* cesó. Seguimos enseguida nuestro viaje hacia Eben y Thâre quiso unirse a nosotros, conquistada por mi idea de crear allí una escuela de sanadores cuando acabe la guerra. El hambre de noticias nos arrastró hacia aquí... y el resto no se os oculta.

—¿Una escuela de sanadores? —preguntó Yôland—. ¿Puede, pues, enseñarse tu experiencia? Disculpa, Usha, pero yo diría que ha sido una gracia de la Madre, de Dama Alayr... un milagro. Y un milagro no puede enseñarse, no puede aprenderse. Desafortunadamente.

Usha permaneció un instante callada, introvertida, como buscando no la palabra adecuada, sino en el interior de su cuerpo una voz. A la luz de los candelabros, que regaban la estancia con luz de alámbar y olor de miel, Usha era una divinidad dorada en lenta emersión a través de un cuerpo de carne; los ojos, más grandes y linceos,

brillaban con azul negreante desde una hondura de calma sabia; la crencha, sedeña y azabache, tenía el resplandor difuso del astro en la negrura del cielo; su piel, morena, mostraba un barniz de místico oro, y su rostro se había afilado, reflejando una voluntad inflexible maridada a un corazón vasto y suave.

—¿Un milagro, dices? —respondió finalmente—. No, y esto es lo extraordinario. Lo que os he contado no es la imposición caprichosa de un más allá inefable que atropella y cancela, por un instante fugaz, las leyes de hierro de nuestro mundo. No. Al contrario. Es la misma esencia de las Leyes del mundo, las verdaderas, que trascienden las normas rígidas y fatales impuestas por el hábito.

—Aun así —intervino Archo—, hace falta una capacidad innata para evocar, para imponer... para percibir siquiera esas Leyes. Hay que ser una Alayr, un Dión... una Usha.

La princesa sonrió, inscritos sus labios en una curva de benévola belleza y timidez.

—¿Hay que ser entonces un Kichu, un Archo, para rozar siquiera el arte?

—¿Puede el arte enseñarse? —repuso el Sárkkoç.

—Puede enseñarse la técnica, capitán, y puede enseñarse la forma de mirar al mundo para hallar en él la hermosura oculta, la emoción reveladora...

—Sí —interrumpió Archo—, pero aún no hemos llegado al arte.

—Cierto, pero puede enseñarse algo más: la actitud interior que exige la creatividad, el estado de consciencia que nos hace receptivos a la inspiración, el modo de evocarla o hallarla. Puedes decirme que todavía no tenemos arte. Quizás. Pero tenemos al artista y el artista precede inevitablemente a la obra.

—O la obra hace al artista.

—Estupideces, Archo —sancionó el dinasta, terciando con una voz llena de calma y convencimiento—. La princesa tiene toda la razón. Déjala que continúe.

Archo alzó las cejas y se encogió de hombros.

—Es lo mismo con *mi arte* —prosiguió Usha—. Hay actitudes que pueden enseñarse, estados de apertura y receptividad que pueden enseñarse y hasta cierto punto transmitirse... Pero, sobre todo, puede enseñarse a desaprender todo lo que justifica y sostiene las leyes del hábito... las leyes inconscientes... las tablas del pasado. ¿Cuál es el resultado de todo esto? Terapeutas para los cuales la salud no es un mero concepto con el que comercian, mientras ellos mismos atentan contra su propio cuerpo, sino una experiencia divina y una religión de vida.

—Salud —intervino Dión—, salud suprema... No es un estado casual entre dos momentos de desequilibrio: es la forma que toma en el cuerpo la plena posesión de sí. No es un estado inmutable sino, por el contrario, cambiante, creciente, dinámico.

—Sí —confirmó Usha—. El estancamiento es la enfermedad. Lo que hoy sostiene y estimula la salud se convierte en veneno mañana, cuando el cuerpo debe

remontarse a un nivel de organización más complejo, a una experiencia más vasta, a una plenitud de vida mayor. La Ley suprema del cuerpo es crecer, madurar, mejorar... sin edad, sin cesar. La vejez es una superstición sancionada por la inercia para proseguir el cambio. La muerte es un accidente transformado en hábito.

—¡Transformación! —exclamó el Dárdan—. Transformación, Archo, ya te lo he dicho.

Y Archo el Negro comprendió entonces en un instante, no tanto por la clave que le ofrecía el gobernador como por la certeza diamantina que galopaba en sus palabras, que, como él mismo a través de la luz y el color y la forma y la sombra, Usha no hacía sino buscar en su cuerpo la materia, inconceptuable aún, de Dios hecho hombre. Y que esa salud suprema, pujante, de la que hablaba Dión, era el primer hálito de la presencia del Divino en el cuerpo.

En silencio contempló largamente a Usha y a Pradib, sentados uno al lado del otro, distintos pero iguales, compartiendo el fondo oculto de una misma identidad, siameses en el alma, dos facetas terrestres de un único ser trascendente.

—No es pues casual esta confluencia —dijo pensativo—, la Dama de la Regeneración y el Comendador de la Orden de los Atletas. Si lo he acabado de entender, la enfermedad, más que un mal, sería... una maestra del cuerpo, el enemigo capaz de mostrarle sus debilidades, las grietas de la armadura, y de enseñarle formas más y más plenas de salud. Pero algo semejante hace el atleta lanzando al cuerpo contra los límites de su fuerza y resistencia. Sí, hay un símbolo en vuestra unión. Y el germen de un logro grande.

Sólo silencio siguió a las palabras del Sárkkoç. Su última frase sonó como con ictus final y flotó entre las volutas de una conversación apagada, derivando con lentitud hacia el horizonte de la memoria. Ni intencionada ni premeditadamente, el mundo del evento llegaba a sobrepajar al de la emoción y el de la idea. Y antes de que entrase un soldado de la guardia en busca del dinasta y del primer capitán, el grupo de amigos se sentía de nuevo reclamado por la historia.

—Señor —dijo con voz de apremio y de disculpa un oficial al irrumpir en la sala—, acaban de arribar los espías que enviasteis al desierto. Ha llegado también una barca del Cinturón Fértil con dos hombres que dicen ser soldados de la reina y traer un mensaje para vos.

—Hazlos venir aquí —respondió el Dárdan—. Lo que tengan que decir será de interés para todos.

—Sí, gobernador.

—Y, soldado...

—¿Sí?

—Que sirvan comida y bebida para ellos también.

Los hombres que el dinasta había enviado al desierto apenas acabada la batalla de

Ishkáin eran tres. Kíchu Dárdan quería saber de dónde habían venido aquellas tropas sombrías que, en su mayor parte, se mantuvieron frescas y en la retaguardia hasta el final y que, evitando el último lance, partieron casi indemnes hacia Eben. Se las había visto cruzar el Deva en barcazas y lanchas ligeras a unas millas al Norte de la ciudad, y conocer su origen podía dar cierta idea de las dimensiones que iba adquiriendo la guerra. Los tres espías, cubiertos aún por el polvo del camino, llegaron seguidos de dos hombres agotados por la larga travesía en las aguas y por días de lucha fiera. Uno de ellos, que no reconoció a la princesa Usha hasta que esta lo saludó por su nombre, se presentó como Bâlmar.

—¿Qué noticias nos traes entonces, Bâlmar, del Cinturón Fértil? —preguntó el gobernador después de que los recién llegados se hubiesen repuesto de su hambre y de su sed durante unos minutos ávidos que le parecieron eternos.

—Las traigo, señor, y vengo en su busca.

—Las tendrás, guerrero. Empieza.

Bâlmar habló con todo detalle del secuestro de la reina y de su liberación, de la guerra en la orilla oriental del río, de la muerte de los Thúbal y de tantos otros, de la rendición final de todas las tropas regulares al coraje de Dama Esha y de la llegada de las huestes del príncipe.

—¿Sin el príncipe? —se extrañó el Sárkkoç.

—El príncipe está en el Swar, capitán —respondió Bâlmar.

—Por supuesto —sentenció el dinasta—. Necesita Ôrkan y Loth. ¿Entonces, el Cinturón Fértil está en manos de la reina?

—Sí, señor. El ejército se ha puesto en sus manos, los mercenarios han huido, los Shweta han implorado su perdón y las tierras de Olpán han sido ocupadas y confiscadas. Con Ishkáin en vuestras manos, si el príncipe tiene éxito, la capital está cercada.

—Sin embargo, no cantes victoria todavía, Bâlmar —repuso el Dárdan con rostro grave—. También nosotros hemos sido atacados y, aunque rechazamos la incursión, la mitad de las tropas enemigas, entre dos y tres mil buenos soldados extranjeros, siguieron intactas su camino al Norte. Escucha las nuevas que mis espías traen del desierto.

—No nos ha hecho falta penetrar mucho en las arenas para encontrar noticias, señor —comenzó el hombre que capitaneaba el grupo.

Era el más joven, pero el que mejor conocía a las tribus nómadas, hablaba su lengua y se desenvolvía en las sendas del laberinto de viento y dunas. Su mirada era inquieta y franca, aguileño su rostro y noble. Las tribus lo llamaban Maátí, el Portador de Verdad, y este nombre había prevalecido hasta tal punto sobre el original *ordumia* que tras la muerte de su madre nadie recordaba ya cuál era.

—Habla.

—Un temor precede a esas huestes y una estela de sangre ofende el camino pisado por ellas. Los nómadas aseguran que son servidores de Sôlon, que desde hace poco más de dos meses gobierna en Akis... tras usurpar el trono del gran Kundalón.

Pradib y Mándos cruzaron una mirada silenciosa y doliente. El espía, al percibirlo, interrumpió su relato.

—Continúa, por favor —pidió Kïchu.

—Se dice que han entrado en Ordum por el Sur, violando las defensas de Dyesäar. Su avance ha sido rápido y fulminante. Según los nómadas, Bran de Dyesäar, virrey del Bajo Sur, cayó hace doce días en una emboscada tendida por ellos.

—¿Bran?! —exclamó Mándos—. ¿Estás seguro de lo que dices, soldado?

—Señor, sólo estoy seguro de lo que he oído. Nuestros nómadas no mienten, pero no siempre han visto con sus propios ojos lo que cuentan. A veces, ellos mismos no son más que el eco de rumores que propaga el desierto.

—Bran... Doce días... ¿Cómo es posible? —murmuró Mándos.

—Sin embargo, es posible, Señor —intervino Pradib—. La misma noche de vuestra partida, mi padre se despidió de nosotros y aprobó su nave hacia Cabo Azul. Arabínder debía reunirse con él una semana y media más tarde.

—Bran... —retornó Mándos—. Bien dijiste, Dión, que los misterios que suenan en la hora del adiós acompañan todo el viaje.

—Y sin embargo, hermano, lo nuestro es el Viaje.

—Entiendo ahora el ataque corsario al Bajo Sur, que les sirvió de diversión —dijo Pradib—. Pero ¿cómo pudieron desviar tantos barcos hacia Cabo Azul sin que nuestros guardacostas los percibiesen?

La pregunta quedó sin responder. La caída de Kundalón y la muerte del virrey dejaban en la sala una atmósfera densa y dolorida; costaba respirar aquel aire acre y sombrío colmado de tristes augurios.

—¿Qué más puedes decirnos, Maáti? —preguntó Kïchu.

—Son cerca de cinco mil hombres entre infantes y caballeros. A su paso por el desierto, han aniquilado a cualquiera que se les haya enfrentado y han esclavizado a los que simplemente hallaban a su paso. Avanzan ahora divididos en dos columnas, una a cada lado del Deva.

—Una tenaza sobre la capital —concluyó Bâlmar.

Durante unos instantes nadie habló. El mundo era otro de pronto. Akis, el único imperio sobreviviente a los cuarenta años de la Segunda Conflagración, en manos de un Electo de Maurehed; Ordum, invadido; el reino de Eben reducido a fragmentos. Bajo la presión de esta atmósfera oscura, nada parecía lo mismo: el arte de Kïchu y el Sarkkoç era una vanidad; la ciencia de Usha, una herramienta brillante e inútil; el viaje de Mándos y Dión, una huida egoísta; el nacimiento del Ízan, una burla y una

condena. Y el semblante ominoso de Maáti hacía presentir que este aún no había dicho todo.

—¡Las Órdenes no permitirán esta invasión! —exclamó Yôland.

—Señora, las Órdenes no se han preocupado nunca por el reino —se lamentó Bâlmár.

—Mucho más de lo que podrías imaginar, Bâlmár —contradijo Dión. Bâlmár alzó los ojos con sorpresa.

—Esperad —rogó Kïchu—. Aún queda algo, ¿verdad, Maáti?

—Sí, mi Señor. Corre el rumor de otro avance de tropas. Este desde las profundidades del desierto. Se habla de unos mil jinetes que son como demonios y que adoran el escorpión inscrito en sus estandartes naranja.

—¿Son estas todas las piezas en el tablero, mi buen amigo?

—Todas las que conocemos sí, Señor.

—Está bien, podéis retiraros. Bâlmár, a ti te pido que permanezcas unos instantes más con nosotros. Tú deberás transmitir a la reina lo que se hable aquí.

Maáti y sus hombres se despidieron, y el compañero de Bâlmár, agotado por el viaje y por la hora, pidió permiso para retirarse también. El cenáculo quedó convertido en consejo de guerra.

—¿Quién ha llamado a esas tropas? ¿Abdalsâr? —empezó Archo—. Y ¿qué interés tiene ese Sôlon en los asuntos de Ordum, si es verdad que acaba de arrebatarse el trono a Kundalón? Pero ¿cómo ha podido hacerlo, cómo ha podido desposeer al *Rishi*? ¿No es Kundalón el custodio de Yug, la espada del Don? ¿Y no era Sôlon uno de sus consejeros?

—Abdalsâr, sí —respondió Dión—. Se cumplen los temores de Kadír y la guerra civil de Eben crece hacia nuevas proporciones. Ahora empieza a verse con claridad que todos sus actos responden a un plan bien calculado: Sôlon en Akis, el robo de las Llaves de la Torre del Rey... me atrevería incluso a decir que Sôlon y Abdalsâr esperaban a Sarpa, y que las fieras de Koría eran una trampa tendida por ellos a Mayúr. Sin duda creen llegado su tiempo.

—¿Puedes explicarte, príncipe? —pidió el Sárkkoç.

—Al hablaros de nuestro encuentro con Kadír, ya os dijimos quién se oculta tras el nombre de Abdalsâr y qué aventuras corrieron Brahma y Mayúr en Koría. Sabéis que Dhanda y Sarpa son dos de los tres *Rishis Negros*, pero quizás ignoréis que Sôlon es otro de los nombres de Khripán y que Khripán es el tercero. ¿Consejero de Kundalón, dices? No, Archo. Sôlon era mentor de Puna, una de las dos princesas imperiales de Akis, de las dos hermanas casadas con Kundalón. Y ¿cómo ha podido desposeer al *Rishi*? Pregúntate más bien, capitán, qué ha incitado al *Rishi* a dejar el trono en manos de Khripán o admitirlo en la corte, simulando no reconocerlo, estos últimos tiempos. Pregúntate esto mejor y estarás más cerca de la verdad.

—¿No dio Kundalón la independencia a la marca Kouran hace escasamente un año? —intervino Pradib—. Quizás anticipaba este momento.

—¿Qué duda cabe? —meditó Mándos—. Kundalón quiso sustraer el feudo de los Señores del Mar a las garras de Puna y Sôlon, al tiempo que creaba un refugio en el Sur del imperio para los mejores de Akis.

—Esperad —pidió Yôland—. Tampoco yo comprendo el plan de que hablas, Dión.

—Si Mayúr hubiese fracasado en Koría, Ordum estaría acosado ahora por los tres *Rishis Negros* y sus fuerzas: Sarpa en Koría, con el *naga* y sus fieras; Dhanda en Eben, con las Llaves de la Torre en sus manos y la amenaza lejana de sus *nurtan*; y en Akis, Khripán. Con Akis y Ordum en sus manos, y sin otro gran imperio que oponérseles, la Guerra Delegada daría la vuelta y el color del día sería el del ocaso.

—Pero, aunque cayese Eben... —se inquietó el Sarkkoç—. ¿Qué de Dyesäar, qué de la Pentápolis?

—De una cosa puedes estar seguro, capitán —respondió el eterio—: creen que ha llegado el momento de volver a golpear y, si lo hacen aun en ausencia de Sarpa, es porque están convencidos de que hallarán en las cámaras ocultas de la Torre del Rey un poder mayor que el que les daría su antiguo camarada y Koría a sus pies.

—¿Qué?! —casi gritó el Sárkkoç.

—Sí —acudió Yôland—, ¿qué hay en esa cripta que pudiese darles la fuerza para vencer?

¿Qué tesoro de Ban les serviría a ellos?

—Algo que si fuese destruido, significaría el fin de la Esperanza.

Todos los ojos se volvieron ahora hacia Thâre, aturridos por aquellas palabras grises dichas con lentitud y certeza, asombrados porque hasta ahora la mujer de la crencha de fuego había permanecido callada, sellada la lengua y los labios, tímida e invisible entre aquellos príncipes y dinastas y princesas. Sólo Dión recibió la voz de Thâre como si hubiera estado rato y rato esperándola.

—El *Kiran* —concluyó la mujer con los ojos bajos, velados por sus largas pestañas de bronce, y las mejillas arbolándose a la luz de ámbar al sentir sobre ella el peso de todas las miradas.

La palabra propagó un aroma de misterio y el lapso que la siguió se cerró sobre sí en un anillo macizo de silencio. Sólo Dión y Mándos conocían el secreto del *Kiran*, pero la palabra repicaba en todos ellos como el nombre de algo familiar, aun esencial, algo poseído en un pliegue íntimo del propio ser, pero olvidado durante largo tiempo. No se apartaban las miradas de Thâre, ardorosas e interrogantes, pero la joven mujer del Sart estaba muda por el temblor de sus labios y la voz que la huía como un ave. Dión podría haber hablado entonces, pero respetó el tiempo de Thâre.

—Nosotros las gentes de los valles —dijo al fin la mujer— descendemos de

antiguas tribus montaÑesas, pero durante muchas generaciones vivimos en Eteria, metecos y discÍpulos. De allí trajimos viejas tradiciones cuando los eterios nos hicieron partir, asegurÁndonos que los años de la Ciudad Sagrada estaban contados y pidiéndonos silencio. Volvimos entonces a las montaÑas y sólo acabadas las guerras imperiales nos aventuramos a descender al Sart y a los valles que lo flanquean. Por miedo a todos los males que cayeron sobre los eterios, callamos nuestra historia y nos mantuvimos apartados del resto de Ordum, satisfechos de nuestra vida independiente y de sus raíces hondas. Como otros secretos eterios, la historia del *Kiran* se ha transmitido entre nosotros de generación en generación.

Y Thâre, con voz trémula y vacilante a la que le costaba desellar aquel secreto ancestral de su pueblo, con la mirada baja y el rubor del que, transfijo por ojos ávidos, quisiera ser invisible, con el corazón anhelante por la magnitud de las cosas que mentaba, habló del pergamino de Ban en el que la aurora de la transformación humana se corporaba en palabras como truenos poderosas.

Cuando calló, los circunstantes absorbieron mudos el eco sutil de sus palabras. Muchas velas se habían apagado ya y las sombras danzaban con la luz de miel, arracimándose a ella y elevándose como incienso, musicando el aire con ritmo de claroscuros. El relato de Thâre había sido como un licor que espiritase corazones y cuerpos, y nadie podía sustraerse a la sensación de hacerse más y más liviano, etérico, de estirarse como imantado por el cielo, una sombra danzante, o un resplandor más.

—El *Kiran*... —dijo al fin Archo el Negro—. Bien, pero no deja de ser un pergamino. Aunque lo robaran, aunque lo destruyesen, ¿qué fuerza les daría eso?

Thâre alzó por primera vez sus ojos para buscar seguridad en los del príncipe eterio; luego miró hita e intensamente al Sárkkoç.

—No lo habéis entendido, capitán. Las palabras del Don son fuerza viva, experiencia encarnada en lengua, ancla del Rey en nuestro mundo, puente entre sus días y el futuro que anhelamos. Se dice que el *Kiran* amanecerá preludiando el renacimiento de Eben... el único entre todos los tesoros de Ban ocultos en la cripta de la Torre que verá la luz antes del retorno del Don. Destruirlo sería acabar con todo eso.

XXXIV



rompía el alba de un día helado cuando los atalayas de la fortaleza de Loth divisaron una compañía extraña faldeando el monte inmenso a cuyos pies corría el Gran Paso y se extendía el valle fértil que llamaban la Puerta del Swar. Antes de dar aviso aguardaron; tan inesperada les resultaba aquella visión que era como si el sueño no atendido por la noche se vengase de ellos arrojando a la vigilia por sus ojos las imágenes engañosas de sus encantamientos. Pronto desaparecieron, sumergidas en la niebla que cubría el valle dándole la apariencia de un gran lago prehistórico a los pies de Loth, lamiendo el vaho frío sus herméticos portales. Pasó una hora, quizás más, y los vigías habían ya olvidado los espejismos de su sueño en el monte, cuando alguien gritó frente a las puertas, con la boira a sus pies reptante.

—¡Abrid los portales de Loth, en nombre del príncipe Brahma!

Los guardias miraron hacia abajo desde la muralla coronada de almenas. Cinco hombres y dos mujeres jóvenes vestidos todos con vulgares ropas de viaje se atrevían a perturbar el titánico amanecer de la fortaleza.

Ulán repitió su llamada con grito más grande y urgente.

¡Príncipe...! La palabra, aun sin llegar a darle crédito, les amedrentaba y confundía. Uno de los centinelas corrió a avisar al comandante; el otro clamó:

—¡Esperad!

Y era extraño: parecía que el valle estuviese inmóvil bajo el lagunar undoso de niebla, inmóvil aún la vida madrugadora de las aldeas.

No tardó en aparecer una cabeza blanca y calveante, un rostro de obscura barba rala y ojos pequeños pero pícaros y hermosos. Ruther de Loth se arrebujaba en una capa de invierno color sangre. Brahma reconoció enseguida al oficial; lo había visto decenas de veces en Eben: aquel hombre originario del Cinturón Fértil, hijo de una de las familias terratenientes, asistía siempre que podía a las grandes fiestas de los nobles y, con la excusa de escoltar caravanas de mercancías, descendía cuatro o cinco veces al año a la capital.

—¡Abre la fortaleza, Ruther! —gritó Ulán, que conocía también al comandante—. ¡El príncipe Brahma viene a tomar posesión de Loth!

Silencio frío recibió las palabras de Ulán. Las tres cabezas desaparecieron por unos momentos; después retornó la de Ruther.

—¿Príncipe, decís? No os reconozco, señor. No ofrecemos posada aquí a los viajeros, buscad en las aldeas del valle y despejad cuanto antes las puertas.

Desapareció el comandante de la muralla pero se oyeron marchas apresuradas de soldados por el adarve y, tras las puertas, en el patio de armas. Ulán miró interrogativamente a Brahma, que en silencio asintió.

—¡Ruther! —llamó Ulán una vez más—. ¡El príncipe te ordena abrir, por última vez! Hubo ahora ruido de metal y madera en las aspilleras de los bastiones.

—Está situando a sus arqueros —dijo Brahma—. Vámonos.

Las siete figuras se sumergieron en la niebla. Pasó el tiempo y la fortaleza de Loth sobre la mota que dominaba el valle permaneció vigilante y en armas en el centro del mar de plata silencioso. Fue levantándose el sol, flechando los rotundos montes y las cimas nevadas. Fue la niebla ajironándose. De pronto, en el mismo instante en que acababa de escampar el gris cendal y se hacía visible toda la extensión del valle, un grito turbulento ascendió hasta las puertas de la muralla portando un puño potente: los doce *tholos* herían con el bronce y fresno del ariete el bronce antiguo y la madera de los portales. Nubes de dardos acosaron a los soldados en las almenas impidiéndoles asomarse, mientras zapadores de Ôrkan construían un escudo protector para los portadores del carnero. Sonaba el bronce contra el bronce como un gong inmenso que convocase las moles de piedra y nieve a titánica asamblea.

Desde su aspillera en uno de los bastiones veía ahora Ruther las tropas de Ôrkan desplegadas alrededor de la fortaleza. Con una maniobra nocturna que no podía dejar de admirar, se habían asegurado todas las aldeas y habían tomado el paso. Loth estaba cercada. Calculó cuatrocientos hombres con sus caballos de montaña, máquinas e impedimenta: Arjun había desguarnecido su feudo, no sólo el baluarte sino también su valle... Si al menos pudiera dar aviso a las Raposeras. Mientras proseguía el castigo retumbante del ariete y el temblor y confianza de las puertas, Ruther estudió la situación, que le pareció cada vez menos desesperada. Loth era inexpugnable. Tenían abundancia de provisiones y, aunque la cisterna estaba a medias, un túnel secreto llevaba hasta una fuente en la gruta al pie de una montaña. El número de sitiados igualaba al de los sitiadores, y los atacarían en cuanto estos hubiesen agotado sus fuerzas contra la muralla indeclinable. Podría enviar de noche aviso a los bandidos, que apuñalarían Ôrkan por la espalda. Podía enviar mensajes a las tropas de Akis, que andarían no lejos de las estribaciones del Swar, corriendo los campos y saqueando las aldeas desprotegidas de Amhor. En el peor de los casos, podía incluso enviar recado al ejército capitalino a través de uno de los criados del señor Ednok,

que llegara al baluarte aquella misma mañana. Había tiempo. Había tiempo para cualquier cosa, para cualquier decisión. Ruther se permitió bostezar; lo habían sacado de la cama tan temprano... Cerró durante un rato los ojos y gozó del tambor de bronce que venía a romper la inercia de los días opacos de Loth.

‡ ‡ ‡

Encontrar a Brahma y poner en sus manos la lanza del *Rishi*, esta era toda la misión que le quedaba por cumplir en Ordum. Era una certeza viva en la profundidad de su corazón, incontestable y diamantina. Sin embargo, una inquietud abejoneaba alrededor de él, nimbándole de tristeza. Dejaba la patria, dejaba la tierra y dejaba la vida, cuando más necesidad tenían todas estas de la fuerza y la sabiduría a las que se había consagrado en cuerpo y alma durante toda su existencia, durante los setenta y siete años que estaba a punto de cumplir. Bran muerto, Dyesäar violado, Eben resquebrajado. Y él partía, sin volver la vista atrás por un momento y con los picos del Swar creciendo paso a paso por encima de las orejas de su corcel. Bran muerto; Kundalón derrocado; la Guerra Delegada acercándose a un meandro peligroso. Y él partía. Podía imaginar la frustración y el dolor de Arabínder en estos momentos, en el mismo comienzo de su reinado... ese gran muchacho y germen de un inconmensurable rey. Pero él partía. Dejaba una historia inacabada. ¿Dejaba una historia inacabada? Este momento ya no le pertenecía: un único Actor tiene la Historia, que escoge a sus instrumentos: a Mándos, héroe de las guerras imperiales, Señor del Mar, tercer rey de Dyesäar, lo apartaba ahora del escenario reservándolo para un tiempo desconocido. En la plenitud de sus fuerzas, Mándos rendiría su cuerpo para irrumpir en una plenitud mayor por la puerta de una muerte generosa. ¿Cómo sería el morir y cómo sería el jardín de la muerte? Este solo pensamiento hizo en su mente la noche, sin luna, sin estrellas, y su imaginación ciega se vio presa en el dédalo de un cielo oscuro. Como buceador que emerge oprimido por su demora bajo del agua, Mándos jadeó a punto de ahogarse. Fijó la mirada en la cima blanca y afilada de un monte y retornó a él la paz. Lentos, lentamente destilados, acudieron los recuerdos de la gruta del Portal, su elevación en la cámara de la Madre frente al diamante hecho Madre, el suspenso de sus contemplaciones o, mucho más atrás en el tiempo, en el último año de la guerra contra Sarkón, su experiencia del Ser Puro en plena batalla de los Campos de Dyesäar. Herventó la noche de su mente con resplandores de aurora boreal y el pensamiento de la muerte le colmó de aire y de luz. En cada una de esas experiencias inefables, que hacían parecer sombras los acontecimientos de la vida común, había visto los portales del morir y morado por instantes en los jardines de la muerte... y siempre con sensación de patria vera. El Más Allá del cuerpo era el Más Acá del alma. Del mar a la montaña Mándos peregrinaba, en realidad, de la carne al espíritu. No partía: retornaba... Al igual que

un día aún ignorado retornaría de la patria mística, dueño de una luz más poderosa, con la que saciar el ansia divina de un cuerpo-materia.

Deportando en la esfera iridiscente de sus pensamientos, Mándos se había quedado unos pasos rezagado. Veía ahora las espaldas de Dión y de Pradib, de Usha y de la tímida Thâre, y la guardia eteria alrededor. Una ola de amor le invadía, una ola de amor reflúa abrazando a sus compañeros, a la tierra que pisaba, a los montes grises y blancos y arrogantes que veía, a los soldados de Akis que asolaban Ordum y habían sellado el destino de Bran...; una ola de amor alcanzaba Ishkáin, bendecía al Dárdan, entunicaba al Sárkkoç, se arracimaba en torno a Yôland que contra su pecho hinchado sostenía al Ízan, ebrio de leche y llanto...; una ola saltaba el Deva y lo remontaba y descendía con él, aplayándose en el reino del que Mándos fue rey, alagando el desierto, sembrando de porvenir el Norte de Ordum...; una ola llegaba a los confines del mundo declarando su amor a todos los enemigos de Mándos, a los *Rishis Negros* y al resto de los Electos de Maurehed, agradeciéndoles la cruz de tiniebla que arrastraban para que la Luz del fin del mundo pudiese brillar con fuerza reveladora de Apocalipsis Absoluto. Y de pronto supo que, cuando dejase el cuerpo, él estaría inmerso más que nunca en los montes y en el río y en la tierra hollada y redimida, en amigos y enemigos y en todos los fragmentos del hombre que el hombre llama hombres y pueblos: su morir sería su acto de Amor y de fusión supremos.

El caballo blanco se había detenido, testa alzada y orejas tiesas. Mándos, con su capa azul de invierno y la melena castaña derramada sobre los hombros, con sus ojos grandes fijos en las montañas y Márut enhiesta sobre la cuja del estribo, parecía la estatua ecuestre de un dios o la eternidad de su arquetipo. Sintió la Vida descender del Swar hacia él en la forma de un mar azur rielado y la respiró hondamente con el puño esponjoso del centro de su corazón. Purpuraba el crepúsculo las cimas nivosas. La noche se levantaba del suelo obscuro. Levantaban los eterios un campamento bajo el palio de noche negra. A poca distancia, meditaban los montes la intemporalidad del Misterio. Empezaría mañana el ascenso, última etapa de un viaje. Mañana llamarían a las puertas de Loth... y más tarde el camino a las cumbres últimas.

‡ ‡ ‡

El primer día de ataque acababa sin que la fortaleza altiva se resintiese: bien habían aguantado las piedras y las puertas de Loth. Y a medida que se extendía la obscuridad desde el Este y que los montes acostaban sus sombras en el valle, más sólido y poderoso parecía el baluarte, como si la penumbra lo alimentase. Un águila volaba sobre él, ligadas sus alas inmensas al último rayo de sol y coronando al edificio de grandeza. Los hombres del príncipe dejaron morir sus últimos gritos de batalla y fueron retirándose como hormigas de los pies del gigante.

Aullaba el *gôrgon* aún, no lejos de la tienda del príncipe. Allí lo había sujetado su

dueño *tholo* con cadena, para librarlo de los peligros del combate. Y ahora, al oír al gran mono fiero, Brahmo recordó con cariño al pequeño mono sabio, el *manu*, cuya historia inconcebible escuchara seis días atrás.

—Ve en busca de los tuyos, Brahmo —le había dicho el príncipe al dejarlo partir—. Y cuando haya paz y yo sea rey, ven a mi tierra y déjame gozar de tu amistad.

Dio al *manu* una espada curva de Ôrkan y un escudo y un yelmo, ropas de viaje y botas. Arjun y él lo despidieron en la entrada del pasadizo que lo llevaría lejos y lo vieron partir ligero hacia las entrañas del monte, un genio de híbridos gestos inhumanos afantasmado por el resplandor de las cabezas luminiscentes de los subterráneos. ¿Qué sería ahora de aquel pequeño dios?

Desde distintos ángulos del campo de batalla llegaban los compañeros del príncipe.

—Loth no caerá de esta forma, Brahmo, puedes estar seguro —comentó Arjun pasándose el antebrazo por la frente sudada a pesar del frío.

—Tampoco lo esperábamos —respondió Brahmo—. ¿Verdad, Anandi?

Todos habían confluído alrededor del príncipe y lo rodeaban en espera de rendirle informes, recibir órdenes. Anandi no contestó; abstraída, fijaba su mirada en las próximas horas.

—¿Verdad, Leona? —repitió Brahmo.

—¡Verdad! —decretó Anandi retornando abruptamente de las estradas solitarias de su pensar. Brahmo la contempló con una sonrisa apenas emergida a su rostro. Admiraba a aquella hembra. No podía recordar sin cierto humor la disputa que le había decidido a poner bajo el mando de la mujer el asalto a Loth en el que más confiaban, el más peligroso. Estaban ya de camino hacia la Puerta del Swar; hablaban todos ellos una noche de las reformas que se harían en Eben, del alto papel que debía jugar la mujer al lado del hombre como compañera de armas y de camino, su gran función transformante y transformadora.

—Bellas palabras, príncipe —saltó Anandi—. Dime ahora, ¿pondrías tú una de tus fortalezas en manos de una mujer?

Arjun y Ulán desgranaron una risa honda al pensar qué habría sido de ellos, si mujeres hubiesen sido, en manos de sus soldados. Brahmo, sin embargo, permaneció serio y meditó.

—Hemos armado a las mujeres de Ôrkan y las hemos dejado como custodias de la fortaleza —respondió al fin.

—¡Bah! Necesidades de la guerra. ¿Me harías tú a mí comandante de Loth?

Se hizo el silencio en la tienda en penumbras, donde humeaban los tazones de un caldo que les hacía más soportable el frío. Yrna y Arolán, Vrik y Bârak, Álmor y Arjun y Ulán, cada uno por un motivo, esperaban ansiosos la respuesta del príncipe. La cuestión, aparentemente banal, aquilatada en el silencio su trascendencia.

—¿La Leona de Loth y el Lobo de Ôrkan? ¿Cómo podría separaros de este modo?

—Olvídate de eso ahora —cortó Anandi—. ¿Lo harías?

—¿Cómo puedo probártelo?

—Sabes que treinta días o treinta años de asedio, con los hombres y las máquinas que llevamos, no abrirían ni una rendija en los portales de Loth. Sólo hay un modo de entrar, por el túnel que une fuente y fortaleza. Dame el mando de esa misión, Toro, y sabré que tus palabras son sinceras.

Sí, admiraba a aquella hembra. No arredraba el rango de su interlocutor a sus palabras claras, secas, decididas como hachas, no apocaba a su voluntad la magnitud de ningún obstáculo, y su pasión era una llama. Su pasión... Brahmo no se rendiría a la pasión de aquellas palabras ni aunque su sinceridad estuviese a prueba. Creía en un principio más alto de acción. Volvió su corazón profundo hacia lo Inefable, planeó sobre un mar de calma ilimitado, incubó una aspiración ardiente y silenciosa... hasta que la Voz llegó, desde un horizonte que para la mente era humo y enmudecimiento:

«Suyo».

—Tuyo, Anandi —concluyó Brahmo.

‡ ‡ ‡

—¿Estáis seguro de lo que decís, Ruther? ¿Completamente?

—Más seguro que el comandante lo están las murallas de Loth... como habéis podido comprobar, señora.

La voz de la mujer era un cachón de deseo en los oídos de Ruther, más inebriante que el vino que esponjaba su boca sin cesar. Era un honor tener en su mesa a aquellos dos nobles invitados, Ednok y la concubina con la que este acostumbraba a viajar. Y ambos lo agasajaban. Haciéndole objeto de un privilegio que los nobles y ricos hombres de Eben sólo otorgaban a sus parientes y amigos íntimos, Ednok compartía con él la compañía de la hembra, le había permitido alhajarse, mostrar el cabello suelto y descubierto, desnudos los brazos, maquillado el rostro, agrandados los ojos por diestras líneas negras y exageradas las curvas abéñulas, doradas como estambres al sol. Ruther era lo bastante inteligente como para comprender que los cumplidos de Ednok y la dama, cuyo nombre le había sonado a carillón para deshacerse después en olvido, eran meras zalamas y lagoterías. Pero era también lo bastante vanidoso para dejarse querer, aunque fuera por interés. El partido nobiliario lo necesitaba, necesitaba Loth, necesitaba a Ruther, necesitaba las montañas; necesitaban las caravanas y los mercaderes y el caravasar del Gran Paso. Y él tenía la llave. Y el vino lo hacía héroe aquella noche, aunque le aterraban los ojos de la mujer que lo exaltaban. Y para colmo de fortuna, allí a sus pies, ávido a los pies de piedras inexpugnables, esclavo de su avidez como de la carroña las moscas, estaba Brahmo, a

quien no tardaría en apresar y vender a los nobles por el precio infinito del beso de aquella mujer. Pero algo en el fondo de su inteligencia grande y perezosa le repetía con abejoneo insobornable que esta última parte de sus imaginaciones jamás se cumpliría: Brahmo podría caer en sus manos o por ellas, pero el deseo de aquella forma de mujer era el infierno con el que los dioses le habían condenado en esta vida a mirar un fantasma que siempre se desvanecería antes de que pudiesen rozarlo sus besos o sus brazos.

—¿Cuándo? —preguntó Ednok llevándose la copa de plata a sus labios finos y acariciando con su otra mano el hombro de la mujer.

«¿Cuándo qué?» —pensó Ruther notando ya en la boca la amargura futura del vino—. «¿Cuándo partirán los mensajeros?, ¿cuándo le entregaré a Brahmo?, ¿cuándo Ôrkan?, ¿cuándo el Paso...?».

Y sin poder responder otra cosa más que aquello que siempre se decía a sí mismo ante cualquier deber, por trivial o importante, dilatable o urgente que fuese, Ruther contestó con la lengua cargada de vino y de pereza:

—Mañana.

Ednok rio satisfecho.

‡ ‡ ‡

Mándos no dormía aquella noche. En el umbral de la tienda que compartía con sus compañeros de viaje, junto a otra algo mayor de la guardia eteria, contemplaba el mundo, nuevo a sus ojos. Rescoldos como carbunclos quedaban aún de la hoguera, excitados por el viento frío. La tierra estaba húmeda y gélida; en silencio los picos azules del fondo montuoso, que la luz marmórea de la luna transfiguraba en monumentos.

De pronto oye combatir aceros. Gritos en la lengua bruta de las montañas. Los cinco centinelas eterios, que rodean a cierta distancia el pequeño campamento, son empujados hacia las tiendas por cincuenta figuras vestidas de sombra bárbara. Dión y Pradib, Usha y Thâre, se arman y salen. No hay lucha ya ni posibilidad de combatir sin sufrir daños graves. Treinta arqueros les apuntan al menos desde sus caballos bajos y peludos de montaña.

En lengua *ordumia* ahora, un hombre bravo y joven les grita desde el círculo de asaltantes:

—¡En nombre del príncipe Brahmo, vuestros nombres!

—Vrik de Belinor —dice la mujer morena de ojos como astros.

Y el joven guerrero que dirige la partida de exploradores de su príncipe tarda un instante en comprender que el nombre pronunciado ha sido el suyo y que la mujer en el centro del círculo de sus prisioneros es la hermana de su amigo y Señor.

Con sus doce *tholos*, el príncipe Brahma aguarda, pegado el cuerpo a la tierra fría, al pie de la poterna de la cortina Este de la muralla, ocultos en el bosquecillo de pinos blancos del Swar. Cuando Anandi haya penetrado en la fortaleza con su medio centenar de hombres, el escuadrón se dividirá en dos grupos: uno abrirá la poterna, el otro los grandes portales que miran al Oeste y al Paso, a cuyos pies aguarda Arjun con el grueso de las tropas de Ôrkan. En ese mismo instante, Álmor cubre el arco Norte del cerco para impedir que mensajeros de Loth burlen las filas; Bárak vigila con sus hombres el arco Sur; y Vrik dirige una partida de exploradores con la misión de averiguar si, como han revelado dos secuaces de Ruther capturados al comienzo de la noche, hay un ejército enemigo de tres mil hombres no lejos de las estribaciones del Swar. En ese mismo instante, Yrna y Arolán organizan en la aldea más cercana el avituallamiento de las tropas, que se hará necesario en cuanto rompa el alba; el *gôrgon* aúlla, insomne y desesperado en su cadena; Ulán prepara las tres balistas y sus artilleros para descabezar con piedras cuidadosamente escogidas la torre maestra cuando se invada la fortaleza. Y allí, en la torre maestra, en su aislada alcoba, en su lecho solitario, en un sueño que es como un pozo de vino y de deseo, Ruther aúlla también y llora como un niño.

—¿Lo oyes, tú? —pregunta un centinela a otro en uno de los bastiones de la muralla.

—¿A quién, al de la torre o a la bestia?

—¡Tal para cual! No sé cómo lo aguantamos.

—¿Y si ese de ahí fuese de verdad el príncipe?

—¡Bah! Maniobra de Arjun.

—¿Y con Arjun nos iría peor?

En ese mismo instante, Anandi encuentra el túnel cuyo secreto guardan bien los comandantes de Loth; pero el túnel por el que un día huyó Krato de su prisión, cuando Krato, padre de Arjun, era aún un salvaje y odiaba a Eben. Y Arjun, silencioso en su puesto de combate, transforma en rabia un mal presentimiento que le llena de temor.

—Deben de estar llegando ya al interior —le susurra al más próximo de sus hombres en esa lengua montañesa poco dócil a la tenuidad del bisbiseo—. No pueden tardar ya en abrir las puertas.

Pero lo cierto es que el grupo de Anandi está a medio camino del túnel oscuro. Hombres de Loth que iban por él en busca de agua han descubierto la incursión, la alarma ha sonado, decenas de hombres armados han acudido al subterráneo, el pasadizo es tan estrecho que apenas pueden combatirse cinco de cada bando a un tiempo. Anandi lo hace desde el comienzo, con el hacha de guerra que años atrás le enseñó a manejar Krato.

—No entiendo que tarden tanto —dice Arjun en voz algo más fuerte.

—¿Oyes, comandante? —responde su guerrero.

—¡Hay movimiento ahí dentro! ¡Hay hombres armados que...!

—Corren, comandante.

—Oye, tú dirigirás el asalto a las puertas. Voy a ayudar en el túnel.

La lucha es fiera en el túnel, una lucha de resistencia y desesperación. Más y más hombres han bajado a defender la entrada de la fortaleza. Sangre pinta las paredes como abstractos frescos prehistóricos. Los combatientes pisan un colchón de cuerpos caídos vindicando su existencia en un campo de batalla angosto como un sepulcro. Los gritos y el clangor de filos y bloca conmueven las entrañas de la tierra. Arjun llega en el mismo momento en que acceden al subterráneo los ballesteros, que harán inútil por un rato todo esfuerzo de los de Ôrkan.

—¡Anandi! —grita, y atraviesa a empujones las filas de sus hombres para ocupar el centro del combate junto a su amada, Lobo y Leona.

Descarga su espada dos, tres veces certeras; entonces un dardo picotea su cota de malla, otro se despunta en la protección nasal del caso... y un tercero penetra en su costado cuando Arjun gira el cuerpo y, en un equilibrio extraño, inicia el gesto sacrificial de un mandoble. Arjun cae, luchando por sorber aire.

Las puertas se abren con la primera raya de amatista en el horizonte. Se combate en la muralla, en el patio de armas. Un grito se eleva de la ladera Oeste de la mota y dos centenares de guerreros emergen de la niebla matutina que cubre el valle para irrumpir en Loth. Ulán oye el aullido del *gôrgon* y se da cuenta, de pronto, de que había durado mucho tiempo el silencio del animal. Pero ¿es posible?: le parece ahora que el baladro truena en lo alto de la muralla de Loth. Olvida el enigma y se concentra en su tarea. Durante la noche de luna ha calculado el tiro necesario para herir la torre maestra, ahora hace disparar a ciegas, en medio de la bruma, una tras otra sus balistas. A los pocos instantes, suena a lo lejos el golpe de piedra contra la piedra.

Brahmo no entiende que nadie acuda aún a franquearle el paso, cuando hace rato ya que se combate en el interior del baluarte. Inesperado, llega de pronto uno de los soldados de Arjun con el rostro descompuesto.

—El comandante está en tu tienda —le dice con su acento bárbaro.

No le hace falta preguntar nada porque le alcanza el dolor del hombre. Sabe enseguida que Arjun yace allí, roto mientras le huye la vida; si hubiera muerto, piensa, no habrían enviado este guerrero a enterarle. Hace una señal a sus *tholos* y abandonan a toda prisa el puesto. Dios, cuánto ha llegado a amar a Arjun, ¡cuánto! Sólo Arjun conoce la magnitud de gloria y de tragedia de la empresa que han comenzado; sólo con él puede compartir los últimos recovecos de su corazón, donde moran sus aspiraciones más audaces e inconfesables. Y sólo Arjun le gana en la

audacia de sus proyectos. En un instante de debilidad, Brahmo llega a sentir que, si faltara Arjun, todo o casi todo perdería su sentido y su sabor. Inmediatamente se repone.

—¿Y Anandi?

—Aún lucha bajo tierra —le responde el guerrero mientras corren hacia la tienda del príncipe.

—¿Cómo? ¿Y quién ha abierto las puertas?

—No lo sabemos todavía.

Brahmo gira por un segundo su cabeza hacia la cima de la muralla y, entre almena y almena, le parece ver el rastro fugaz de la figura de un mono batallando... pero sigue su carrera desesperada.

Sin embargo, una sorpresa le aguarda en el umbral de su tienda. Hay allí, al menos, tres decenas de guerreros y a la mayoría no los ha visto nunca. De pronto, entre todos ellos, se destaca un rostro venerable y conocido. Por momentos, es incapaz de atribuirle un nombre, un filamento de memoria... tan inconcebible es hallarlo aquí y ahora, en la hora triste del asedio de Loth. Luego, abruptamente:

—¡Rey Mándos!

Hace meses, en Dyesäar, habría querido abrazarlo como un muchacho a su padre; ahora chocan pecho mallado contra pecho mallado con ardor y fuerza de héroes.

—Brahmo... —murmura Mándos prolongando una cálida última sílaba—. He venido a traerte a Márut.

Y pone en manos del príncipe la lanza de larga sombra fría.

—Ve ya. No te demores. Es tuya la batalla.

—Arjun... —musita Brahmo.

—Confía. Tu hermana está con él. No hallarías en toda la tierra mejor médico. ¡Ve!

Y le tiende las riendas de su propio corcel blanco. Brahmo monta en él. Descubre de pronto a Pradib al frente de quince jinetes armados de espadas y arcos cortos. Y príncipe y príncipe cruzan una sonrisa que en una curva apenas trazada dice todo lo que no hay tiempo de decir.

Al cabo de unos instantes, irrumpe la caballería en la fortaleza de Loth seguida a distancia por la docena de fieros *tholos*. Anandi, enardecida por la caída de Arjun, ha logrado forzar al fin su camino hasta allí y arrasa con la rabia de su hacha roja. La torre maestra está descabezada y rodeada; los defensores de Loth lidian acorralados con la fuerza de la desesperación; no se combate ya en la muralla; y por paredes de edificios, hacia puestos de defensa inaccesibles, tras abrir las puertas y derrotar los muros, trepan *manus* desnudos con cimitarras mordidas entre las prietas mandíbulas. Libre en la cima de una torre albarrana, el *gôrgon* brama victoria.

Sólo un gesto queda por hacer para rendir a hombres y a piedras. Y cuando

Brahmo alza por encima de su cabeza a Márut, los defensores del baluarte rebelde reconocen por fin a su Señor.

‡ ‡ ‡

A Ruther lo bajaron entre dos de sus hombres para arrojarlo a los pies del príncipe. Lo habían hallado aún dormido, entre las ruinas de su cámara, pero más golpeado por el vino de la velada anterior que por las piedras del chapitel de la torre. Barboteaba sonidos absurdos, como si su lengua cabriolase al desafiar palabras impronunciables. Brahmo se limitó con él a un gesto simbólico y, ante las filas de sus propios guerreros y de los hombres de Loth, le arrancó la insignia de comandante, un broche de plata con la figura de un águila prendido del tahalí negro. A Ednok y a su dama, bajados también a empujones de la torre por los mismos que les sirvieran anteriormente, los saludó con cortesía y distancia, y les dio entera libertad para quedarse o partir, o para aprovechar la escolta que el ejército del príncipe podía proporcionarles en su descenso a la capital. Uno y otra quedaron cautivados por la generosidad de Brahmo.

Hasta el mediodía no tuvieron tiempo los viejos amigos para reunirse, y entonces lo hicieron en una de las grandes salas de Loth, donde fue servido el ágape triunfal. Brahmo, en cuanto supo que Arjun estaba recuperándose, dichoso bajo los cuidados de Usha, Thâre, Anandi y Dión, se reunió con los oficiales y soldados de Loth y los ganó definitivamente para su causa. A pesar de la violencia de la lucha, las bajas no habían sido enormes, más que en el combate del subterráneo. Brahmo contaba ahora con setecientos hombres de las montañas, los doce *tholos*, la guardia eteria, mandada por Pradib, que ya no habría de seguir el viaje con Dión y Mándos, y los *manu*, que habían pedido permiso para incorporarse a las fuerzas del príncipe. Vrik, que había enviado cinco guías con los peregrinos del Sur, regresó con el resto de sus jinetes al término de la mañana, gozoso al saber que el baluarte era ya de Brahmo e informando que no había señales de la columna enemiga.

Se sentaron por fin a la mesa el grupo de Dión, el grupo del príncipe ebénida y Brahmo el *manu*, que impresionó a todos con la repetición de su historia. No recordaba Mándos una ocasión como esta desde el día aquel ya lejano, después de la batalla de los Campos de Amhor y antes del asedio a Mâurwanna, en que para el convite de victoria y esperanza se reunieron los héroes en la cima del Abnè-Dúath. Allí estaban los *Rishis* y los siete Caballeros de los Anillos, y los Guardianes de las Llaves de la Torre del Rey y la Dama del Arco, generalísima de las tropas rebeldes; allí estaba Dama Alayr y Yâra, y Mayúr, el Hijo Pródigo; allí Bran e Ìleh, sus hermanos, y su padre Ìlahur, y el príncipe Dión y el mismo Mándos. Ahora como entonces, él se sentía en el alba de un mundo; y ahora como entonces, aquellos que lo rodeaban eran las fuerzas vivas que estaban transformando la Historia. Por eso las palabras que aquel día distante se dijeron y que se decían ahora mismo estaban

inscritas con encausto en el alma de la Tierra. Y precedían al Tiempo.

Mándos fue mucho más extrovertido este mediodía que el día de la cena con el gobernador de Ishkáin. En la asamblea lejana en el Hur Abnè-Dúath, había hablado con apasionamiento del Portal y ahora volvió a hacerlo, habló de Márut y del porqué y para qué la había encontrado, habló de los sueños en los que se soñaba Ari muriendo y habló de la muerte a la que su ser peregrinaba soñándose Mándos. Y su hablar elevó los espíritus. Arjun, asombrosamente restablecido, escuchó y calló toda la velada, como quien guarda entre dientes un secreto demasiado valioso y teme que huya al separar los labios. Miraba a los demás con profundidad, pero con el brillo en los ojos de quien acaba de adueñarse de una verdad nueva y poderosa. Ulán, Vrik, Álmor y Bárak fueron los más locuaces y entusiastas a la hora de explicar los planes de conquista y de reforma, y Dión les respondía a veces con intuiciones como rayos o verdades como auroras. Yrna y Arolán sintieron enseguida simpatía por Thâre y contemplaban a Usha como la meta lejana hacia la que ellas mismas habían empezado a caminar. También Brahma observaba a Usha, y a pesar de saber ahora que no era su hermana de sangre sino su prima, la sentía más hermana y próxima que nunca. Y la amaba con amor grande. Con Pradib habló de los días de Dyesaar y de la peregrinación por la ciénaga, en un momento en que la conversación del grupo se fragmentó; le contó su aventura en Koría y la transformación de Inca en Mayúr. Y con Anandi, sentada a su derecha, entre él y Arjun, compartió las inquietudes del futuro inmediato.

—Os necesito demasiado en Eben ahora —le dijo a la Leona el príncipe— para dejaros aquí como jefes de fortalezas de montaña.

—¿Úshpuri? —preguntó Anandi en un susurro.

Brahma hizo un gesto con la cabeza dándole a entender que esta cuestión le correspondía exponerla a Arjun. Él era quién debía obtener el permiso de Dión para alzar sobre las ruinas de Eteria la nueva Ciudad de la Aurora. Y Brahma, hasta cierto punto, temía ese momento, temía verse obligado a explicar las razones, las únicas razones posibles, que justificaban la fundación de Úshpuri como reserva espiritual última del reino. Estaba seguro de que la comprensión de los límites de la empresa a la que se habían lanzado, de su derrota final y largo obscurecimiento, debía llegarles a sus camaradas de forma gradual, a medida que el madurar y el camino fuesen abriéndoles los ojos a una realidad más honda.

Pero Arjun no habló aquel mediodía, y dejaría que Mándos y Dión partiesen sin retornar a esta cuestión.

—¿Qué ocurre, Lobo? —le preguntó Brahma cuando pudieron compartir un rato a solas—. ¿Qué ha sido del sueño de Úshpuri?

—Es una nave que trae la corriente del Tiempo, no hay duda, pero ni a ti ni a mí nos corresponde gobernar el timón. Algún día te hablaré de lo que viví en el umbral

de la muerte, ahora es muy pronto. Pero comprendí esto. Comprendí que hay una verdad en la punta de mi intuición, pero una verdad buscada acaso con demasiado apasionamiento. No es tiempo de Úshpuri, hermano, sino de aunar todo nuestro esfuerzo en la capital, sin temor de que el tiempo deshilache y humille nuestras obras, convencidos de que las acciones realizadas hoy en el calor de nuestra entrega absoluta reverberarán dentro de mil años.

Con la aurora reverberando en las cimas el décimo día del último mes del año, Mándos y Dión se despidieron de sus amigos y dejaron atrás un mundo. Brahma alzó la lanza al verlos partir y el corcel blanco de Mándos, de nuevo ahora sumiso a la rienda de Pradib, piafó y relinchó durante mucho rato. Por la estrecha senda que ascendía a la Miranda del Deva, la última aldea habitada que hallarían por mucho tiempo, avanzaron los dos peregrinos con sus caballos y sus mulas. No volvieron la vista atrás hasta que pisaron la primera capa de gélida blancura; entonces alzaron la mano y contemplaron las tierras bajas por última vez.

XXXV



l centinela de la puerta Norte de la ciudad observaba pensativamente la llegada de los beduinos por el llano, su larga caravana serpenteando bajo el sol de aquel día casi invernal.

Principescos mercaderes la abrían sobre caballos tordos enjaezados, con sus curvas cimitarras adamsadas al cinto, sus flotantes ropajes azules y cubierta la cabeza por el humo turquesa de velos que ceñían cintas de oro; los camellos detrás, cargados de bienes y vanidades, de arena y de sol lejanos; después los carros chirriantes y, a pie, rodeándolos, sirvientes y pequeños comerciantes y perros sueltos y algunas cabras y ovejas, y caballos para la venta y, al fondo, soberbios, jactanciosos, los trescientos guerreros que el sheik de Mankan enviaba al visir de Eben, legítimo representante de la monarquía ebénida, para la defensa de la capital contra los revoltosos. Habían logrado evitar el ataque de las tropas levantadas del Cinturón Fértil, habrían cruzado el río más al Norte, por los vados de Eteria, bajo las ruinas de la Ciudad Sacrificada, y ahora, tras orillar el bosque de Koría y cruzar los llanos de Sus, se preparaban para coronar su marcha con una entrada gloriosa en la ciudad. Oficiales los esperaban a caballo tras las puertas; delegados del visir los aguardaban en la plaza que Chur de Olpán asignara a los príncipes caravaneros para su posada y sus mercaderías; y en la ciudadela, nuevos jefes del ejército capitalino se alegraban del refuerzo y se disputaban el mando de los trescientos centauros de Mankan.

El centinela, un hombre joven y hermoso de la guardia real destinado a la custodia de las Puertas, los observó cruzar el gran arco del portalón septentrional con prescindible fanfarria. Tenía órdenes de celar el paso y, si hallaba hombre o mujer sospechosos en la abigarrada tropa, no detenerlos, sino asignarles espías de la guardia de la ciudadela que los siguiesen y vigilasen. Sin embargo, se encontraba ahora más propenso a sentir y a cavilar que a inspeccionar, y el mundo de las formas fluía ante él como un río distante y fantasma. Tenía flácido el cuerpo, torpe la mente, confuso el sentido, y la idea de la guerra era en él como la fiebre; no porque temiese el dolor o la muerte, sino porque percibía en toda su crudeza la desproporción ilimitada entre

las Fuerzas que determinan los eventos y la voluntad o inteligencia del individuo arrastrado por los vendavales de la historia. Allí delante, al otro lado del río, una mujer se había hecho con el Cinturón Fértil, arrasado tierras, usurpado posesiones, expulsado a familias y decía ser la reina. Aquí en Eben, el visir lo negaba, la reina, aun enferma y quebrantada, se asomaba por uno o dos segundos al balcón de palacio para mostrar con su presencia allí que en la orilla oriental del Deva reinaba una impostora. Unos y otros reclamaban la legitimidad. Ejércitos extranjeros rodeaban la ciudad y el Cinturón Fértil: la primera y segunda columnas de Akis asentadas en Amhor, pesando sobre las aldeas de los llanos como plaga de langostas; en las fronteras orientales del Cinturón, hueste frente a hueste en hostilidad quieta y creciente, los beduinos aliados de la capital y las tribus amigas de los rebeldes; en la orilla de Koría, hombres salvajes que se nombraban amigos del príncipe; y para colmo, bajando los montes, las tropas de las fortalezas occidentales, a las que cada uno de los dos bandos llamaba aliadas. En algo estaban todos de acuerdo: no había quien no declarase servir a los Tauris. Pero para unos la reina estaba allí, en palacio, enferma, y muerto el príncipe; para los otros, la reina era la incendiaria del Cinturón Fértil y el príncipe quien descendía del Swar al frente de los montañeses como mito renacido del pasado o alucinación rescatada a la muerte.

Una mano se apoyó de pronto en el hombro del centinela.

—¿Aún dudas?

Estuvo a punto de abofetear a aquel hombre emergido del río irreal de formas fluyentes, individualizado de pronto, recortado contra la masa informe y para el cual sus pensamientos eran transparentes. Pero aquellos ojos verdemar bajo el arco de la puerta, aquel rostro profundo y sabio... le eran conocidos, le eran familiares y queridos, a pesar de las ropas bastas de siervo y el aspecto mendicante del peregrino.

—¡Maestro! Pero ¿qué hacéis aquí? Vuestra cabeza tiene precio.

—No será mucho.

El centinela miró alrededor: la entrada Norte bullía con militares y espías.

—Empújame —le dijo Leb.

—¿Qué?

—Trátame como a un esclavo. Van a sospechar.

El joven soldado dio tal empellón al hombre que lo hizo trastabillar y caer. Al tocarlo notó la jacerina bajo las ropas anchas y, sujeta a la espalda, la vaina curva de un acero. Fue hacia él, lo alzó violentamente y tornó a empujarlo.

—¡Apártate perro, pordiosero! —gritó, y en voz más baja, junto al oído maltratado—: Por Dios, maestro, ¿qué está pasando aquí?, ¿dónde está la reina?

Leb miraba ahora a su antiguo discípulo como un mendigo aperrado, asustados los ojos pero ecuanímenes, con esa sabia resignación del adiestrado a ofrecer su espalda infinita al látigo; pero bajo esta pátina enmascarante, el centinela veía aquellos ojos

rientes, rebosantes de antigua y ambigua ironía.

—¿Dónde está la reina? —repitió mientras lo empujaba una última vez—. ¿Quién está diciendo aquí la verdad?

—¿No sabes tú, Manzúr, cuánto tarda en arder una varilla de incienso?

El joven se detuvo, dejó que Leb se arrastrase de nuevo hasta el flujo de hombres y bestias y se perdiese en él. Una emoción nueva lo paralizaba y lo iluminaba por dentro. La frase de incienso decía simplemente: busca en ti. Busca en ti. Mientras se consume a tu alrededor el humo azul fragante, pídele la respuesta a tus honduras. Y Manzúr se sentía ahora preñado de la respuesta justa. Buscó a Leb con los ojos entre la turba para sugerirle con un guiño que comprendía sus palabras, pero el viejo maestro se había fundido ya con el tumulto impersonal de la caravana serpenteante.

Dirigida por oficiales montados de la guardia del visir, la caravana viboreó por calles anchas y angostas hacia una plaza no lejos de la ciudadela. Pasaban junto a antiguas casas blasonadas de una calle amplia paralela a la Avenida Principal, cuando Leb se apartó del barullo e, invisible para todos, penetró en un portal oscuro. La cancela se cerró tras él.

—Por aquí, maestro —le guio una muchacha.

Cruzaron un patio interior, descendieron por una escalera estrecha hasta un subterráneo y corrieron por un pasadizo hasta un lugar que, calculó Leb, debía de estar al otro lado de la gran avenida.

—Subid ahora esta escalera —le dijo la muchacha—. Os hallaréis en un patio similar al anterior. Veréis cuatro puertas, pero sólo una tiene forma de arco. Entrad por ella. Allí os espera Ébenim. Si por alguna razón no lo encontraseis, partid enseguida sin aguardarle: él sabrá dónde buscaros después.

Leb estrechó con la mano el hombro de la muchacha y se alejó veloz y en silencio. Alcanzó el patio, evitó que lo percibiesen las mujeres que lavaban ropa en una fontana central y se deslizó hasta la puerta en forma de arco. No estaba cerrada y le bastó empujarla para entrar; se halló de pronto en una habitación que carecía de luz natural e inundaba la penumbra. Sentado al otro lado de una mesa redonda sobre la que ardían dos velas, escribía un hombre que alzó hacia él el rostro.

—¡Leb, por fin!

—¡Ébenim!

Ébenim se apresuró a correr el cerrojo de la puerta y a abrazar al recién llegado. Bajo las anchas ropas burdas palpó la cota de malla.

—¿El banco de Belinor? —preguntó Leb.

—Antiguas dependencias. Clausuradas de momento, como puedes imaginar. ¿Por qué te has obstinado en venir?

—No me gusta dejar cosas a medias, Ébenim.

—¿Por ejemplo?

—Un poema —respondió Leb con sonrisa traviesa.

—No me hagas reír. ¿No podía esperar el fin de esta historia?

—Ah, Ébenim, hay poemas que deben marchar al paso de la historia e historias que no avanzan sin el poema secreto que las mueve.

—Bien —repuso Ébenim aceptando las palabras de su amigo como una forma lírica de sugerirle que no fuese inoportuno—, tus motivos tendrás y los respeto. Siéntate. Puedo ofrecerte pocas cosas. ¿Cerveza? ¿Carne de cordero seca? ¿Hogazas de pan?

—Serán bien venidas.

Ébenim obró con destreza y rapidez para servir al recién llegado.

—¿Registros? —inquirió mientras colocaba las viandas en la mesa.

—¿En la caravana? No. Sólo una vigilante cortesía.

—Ha habido rumores —dijo Ébenim sentándose por fin a la mesa e invitando a Leb a empezar—. Se aconsejó a Chur que no permitiese entrar a los beduinos, que los hiciese acampar extramuros de Eben.

—Habría sido una descortesía imperdonable hacia un supuesto aliado como el sheik.

—Desde luego habría decenas de soldados y de espías en la puerta Norte.

—A eso mismo me refería antes.

—Supongo que la vigilancia continuará. Habrá un cerco permanente de centinelas alrededor de la plaza, pero también espías repartidos por toda la ciudad. Ten cuidado, Leb.

—¿Qué actitud tiene el ejército?

—Confusa.

—¿No les extraña la defección de las tropas del Cinturón Fértil?

—Por eso están confusos —respondió Ébenim—. Pero todos los jefes son nuevos. Chur y Abdalsâr son maestros de la mentira y la tergiversación, y se considera traición el mínimo asomo de duda respecto de sus palabras. Las mazmorras están llenas de civiles y militares, y una reina improvisada se asoma cada tarde unos segundos al balcón para agradecer al pueblo su fidelidad a la corona.

—¿Elva?

Ébenim sonrió.

—Elva está demasiado gorda para representar ese papel. No, no me imagino quién es.

—Del príncipe... ¿hay noticias?

—El ejército del Swar está a un día de camino de Amhor. Suponemos que es él quien lo manda, pero confirmación no la tenemos.

—¿Qué otras noticias puedes darme, Ébenim? ¿Las excavaciones en la cripta de la Torre...?

—La ciudadela es infranqueable, pero por todos los indicios prosiguen. Abdalsâr está continuamente allí. Es imposible saber hasta qué punto tiene esclavizados al visir y al nuevo gobierno o sigue haciéndose pasar por un adelantado de los Olpán y permitiendo que la farsa del partido oligárquico continúe. Pero los cambios se precipitan, Leb, como si alguien quisiera transformar esta ciudad antes de que llegue Brahma a reclamarla. El gobierno es muy activo, no queda más remedio que reconocérselo. La última semana, tres decretos: nuevos términos para el concordato con la iglesia, publicación de una carta de privilegios de los nobles y una ley cultural que, prácticamente, obliga a la Academia a reconocer el *mâurya* como una de las sagradas raíces del *ordumia*... dicho con menos descaro, por supuesto.

—¿La iglesia...?

—Intumesciente. Está por todas partes. El nuevo concordato declara obligatoria la fe para todos los súbditos del reino y da derecho a los esbirros del pontífice para actuar contra los incrédulos. La iglesia acaba de declarar dogma de fe la separación absoluta del Espíritu.

Leb meditó un instante.

—Pero eso es tanto como...

—Sí. Los Reyes Antiguos bajan de los altares. Ya no fuentes de sabiduría y divinidades, sino impostores.

—Entonces los *Rishis*, el Don...

—He ahí el linaje de la mentira.

—Y Maurehed...

—El mártir. El único que se opuso en cuerpo y alma a la impostura. Y al fin y al cabo, ¿cuál era el axioma sagrado de Maurehed sino que el Altísimo no alcanza las profundidades de la Materia? Ahí tienes, maestro, otra forma de expresar el mismo dogma: la existencia de un Espíritu demasiado puro para mezclarse con los procesos del Mundo y de la Vida.

—No pierden el tiempo —comentó Leb acariciándose la barba.

—Por supuesto, todo esto no son más que consecuencias aún lejanas de su doctrina. El pueblo todavía no está preparado para aceptarlas en toda su crudeza, a pesar de que los quince años de reinado de Sarkón le ofrecen buenos precedentes históricos de estas ideas; pero su revolución metafísica apunta sin duda hacia ahí.

—Apunta más lejos aún, Ébenim. En última instancia, significa extirpar de la vida la raíz metafísica: si el Espíritu abandona la Materia, la Materia abandonará al Espíritu y la raza humana aprenderá a vivir sin él. Los sacerdotes no lo entienden, quizás son incapaces de ver más allá de un horizonte de cien o doscientos años, pero con ese dogma no hacen sino decretar su desaparición final.

—La metafísica no tiene ya arraigo en la vida, Leb. El dogma no hace más que responder a este hecho.

—Te equivocas. Aún hoy, es precisamente en la vida de las masas donde tiene arraigo la metafísica. No filosofan sobre el Qué del Universo, es cierto, no filosofan en absoluto... pero porque sienten en su propio ser, de forma nebulosa e instintiva, las verdades quintaesenciales que nuestros iniciados hallan en la deificación de sus espíritus. Se sigue viviendo con la esperanza puesta en el Don, en la transformación final de la Tierra, y eso supone, se quiera o no se quiera admitirlo, aceptar los principios metafísicos de los que brota esa magnífica posibilidad futura. Elimina esto y habrás destruido la idea de crecimiento, de evolución; haz esto y habrás condenado la vida humana a la más brillantemente trivial de las existencias sobre el planeta.

—Quizás por eso les baste con cien o doscientos años. Puede que esta tarea no exija más.

—Quizás —concluyó Leb, y apuró el vaso de cerveza—. ¿Qué piensan hacer las Órdenes?

—Evitar la confrontación militar mientras sea posible. Por supuesto, si Abdalsâr lanza a sus *nurtan* (y, como sin duda sabrás, hay casi mil de ellos bien camuflados frente al cuerno Sur del Cinturón Fértil), la Segunda Orden atacará. Pero eso sería casi el inicio de una nueva Conflagración. Todos tenemos interés en evitarla.

Siguieron a las palabras de Ébenim instantes de denso silencio.

Una de las velas se había apagado. Las penumbras eran mayores. En el patio, la calma completa. Daba la impresión de que fuese ya de noche, aunque apenas podía ser más tarde del mediodía.

—Es tiempo de separarnos, Leb. Una última advertencia. Pesan sobre ti tres sentencias. Podrás comprender que, con tus ideas, la iglesia considere sacrílegos la mayor parte de tus libros; la Academia ha condenado tu *Tratado de Alquimiología*; y el Estado no perdona tu participación en el rescate de Dama Esha y en la rebelión del Cinturón Fértil.

—Mi casa... ¿está vigilada?

—¿Piensas volver allí?

—Aunque sólo sea para recoger mi poema —sonrió Leb.

—Ten mucho cuidado, compañero, te lo repito. Tal y como están las cosas, si te cogieran, sería muy difícil hacer algo por ti.

—Nunca te reprocharía que no lo hicieras, amigo mío —respondió Leb abrazando a Ébenim y encaminándose a la puerta.

—No, pero las Órdenes te necesitan.

—Es a ellas a quienes trato de servir. Adiós por ahora, Ébenim.

—Adiós, amigo.

Leb vagó por las calles evitando las patrullas y con la cabeza cubierta por el manto. En dos o tres ocasiones se acercó a la plaza ocupada por los caravaneros y espío a los espiones, que mezclados entre el gentío de curiosos y compradores,

impersonales en el barullo multitudinario del mercanceo, ambulaban de puesto a puesto fingiéndose distraídos, más pendientes de personas y actitudes que de los codiciables géneros. A media tarde dejó las zonas más transitadas y se encaminó al barrio de pescadores. Un guardia lo detuvo en la puerta Este, pero Leb le chilló en un dialecto del desierto que aquel no podía comprender, agitando los brazos y señalando sucesiva y reiteradamente el río, el cielo y la dirección en que se hallaba la plaza de los mercaderes, como si estas tres realidades estuviesen conectadas de un modo hartamente evidente para el beduino, inasequible para el guardia, y al hombre gesticulante le fuese del todo imprescindible cruzar el umbral... por alguna inescrutable razón. El centinela no tardó en rendirse al vocinglero y lo dejó partir con un gesto de cansado desprecio. Leb recorrió su barrio. Pasó varias veces por delante de su casa como si fuera la de otro; observó y no descubrió nada fuera de lo común. Descendió al río, paseó por la orilla, contempló desde allí los numerosos vigías sobre la muralla, precavidos frente a una incursión desde la otra margen del Deva, y evitó mezclarse con los pescadores que lo conocían. Al crepúsculo, se deslizó al interior de su morada, cerró los postigos de la ventana, encendió una vela y halló todo tal como lo había dejado antes de partir... más frío el aire y más húmedo.

Escribir no era un capricho, era una necesidad del momento. Prescindió de la tablilla de cera, en la que garabateaba sus borradores, y acudió al papel definitivo: el poema estaba completo y descendía ya hacia él con majestad de nube arrebolada. Su interior hervía de Presencia y de pasión; se abría y alzaba como un loto para recibir el agua poética y su cauda de luz inspirada. Cerró un instante los ojos y, en el vértice de su cabeza, notó el primer roce de su materia épica: un rayo pulsátil llenando la copa núbil de un lirio blanco. Resudó y rezumó la copa en torrentes de inspiración, se despeñaron versos por su brazo, se aplayaron en su mano danzante y en la punta de su péñola formaron estuarios de emoción destilados en surcos negros de lúcidas letras. El raro misterio de la palabra se materializaba. Ritmo y verbo descerraban para el vate un mundo más intenso y ardoroso que el físico; y ambos, mundo externo y mundo anímico, compitieron al principio en el ojo de Leb como las imágenes intrapuestas de un diorama. Pero luz fulgurante caía sobre el poeta en cubos de oro fundido, inundándolo de consciencia y enardeciéndolo. Vio abrirse los poros del mundo circundante, con guiños de bronce cintilar el Enigma que ocultan las cortinas de los átomos, y por ríos estelares persiguió los versos con los que Dios labra la Historia en el titánico monolito del Tiempo...

Pasó mucho rato con la pluma fija en el punto final de su obra, temblorosa como un estambre; la mano quieta, el brazo inmóvil, el ojo de la imaginación deleitándose aún en los detalles mínimos, lúcidamente percibidos, del mundo concebido. Un sutil desplegarse de velos recorridos aproximó el horizonte a la mirada del hombre, y ocultos quedaron los campos etéreos del arte que saqueara el almogávar de las musas.

Y, sin embargo, la intensidad de Visión no había menguado; la luz era en Leb una nube preñada y pulsante, y desbordándose por los ojos hacía divino el mundo inmediato. Sillas, mesa, suelo, papel y tintero, las paredes austeras y el frío sueño del lecho, el brasero ahíto de ceniza vieja, polvo, borra, penumbra, desparramados objetos... todo palpitaba con entidad infinita y amable, todo era signo esplendoroso de una presencia trascendente. Sintió Leb deseos de postrarse ante la Mesa Divina, la Silla Santa, adorar el Suelo Sustentante que el misterio guarda de la huella material del Supremo. Y, cuando fue a levantarse presa de arrobos y exaltación... se halló de pronto muy lejos.

Aquella gloria de percepción quedó interrumpida abruptamente y Leb se descubrió fuera del cuerpo, inmerso en penumbras violentas, transfijo por gritos flechantes. Tardó unos momentos en organizar sus sentidos, como quien lucha contra el caos de un sueño que acaba en aluviones, y se halló entonces en el vientre ocupado de la tierra: tenía ante él el pasadizo que moría en la cripta de la Torre, y los *nurtan* de Abdalsâr arrojaban a sus profundidades las últimas paladas de arena que impedía abrir la anciana puerta. En el extremo del túnel, junto a las jambas doradas, el titán vibraba de negra emoción.

Cuando quedó limpio el mármol del suelo, Abdalsâr alzó una mano sólida y trémula, y despidió a sus esbirros con recia orden gutural. Como un presagio, pasaron los *nurtan* a través del fantasma de Leb.

El *Rishi Negro* permaneció un rato inmóvil ante la puerta grandiosa de bronce, que brillaba con luz propia en el extremo del túnel de sombras. Una mística escritura aparecía y desaparecía en los visos de la superficie pulida como trazos iridiscentes de un sortilegio. Figuras en movimiento creaban las ondas de los reflejos: cuando quería fijarlas el ojo se rompía el espejismo. La puerta era alta, cuadrada, con jambas de oro nielado; parecía de una sola hoja, pero podían ser dos, fundidas en la mirada; la puerta era lisa como la faz de un lago, luminosa como ámbar preñado de sol, regular y perfecta: no había en toda ella aldaba o cerradura, no había boca donde encajar una llave.

Abdalsâr observaba concentrado la magnitud del misterio. Era como si el viejo mundo se hubiese diluido a sus espaldas y un mundo nuevo le aguardase tras la puerta, ahíto de tesoros profanables: sentía frente a ella, frente a su arrogante impenetrabilidad, su lisura enigmática, su desafío hermético, el placer y el terror de lo Inefable.

Desnudó su mano derecha del guante negro y acarició la superficie brillante con gesto de admiración y dolor. Movía la palma por ella a momentos con suavidad, como por la tersura del vientre de una doncella; pero a momentos también, crispaba los dedos, contraía el brazo, lo embrutecía una gesticulación estentórea, como si quisiera atrapar las figuras evanescentes o la escritura espectral de la superficie

espejeante. Otras veces, acercaba la mejilla a la puerta y, oyendo el silencio arcano de la cripta, torcía el rostro en un rictus de odio que recordaba el lejano prelude del llanto rabioso de un niño.

De una bolsa sujeta al cinto tomó Abdalsâr las Llaves de la Torre. Las paseó, una tras otra, cercanas a la faz uniforme de la puerta, como si ellas mismas pudiesen revelar el secreto de la cerradura... Pero nada cambiaba en los visos del bronce más que la sucesión visionaria de frases y figuras, mesmerizante y hechicera. Una y otra vez lo intentó con paciencia de ladrón artesano; una y otra vez la puerta se mantuvo inviolable. Finalmente, con un gesto vasto y el manteo de su capa negra, se apartó unos pasos, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, dejó frente a él las Llaves inútiles, y se sumió en los abismos de sus opacas meditaciones.

Inmóvil pasó Abdalsâr un tiempo incalculable, largo y fugaz como un sueño. De pronto, inesperadamente, ahogó su contemplación en un grito, se levantó huracanado y antuvo con una pala la puerta, descargando en el Misterio su furia titánica. Dos, tres, seis, diez golpes soberbios, como los de un dios forjando las montañas... y el grito del metal entorchado a su propio grito se propagó en el eco retumbante de los foscos corredores.

Entonces, la pala escapó de sus manos, rebotó en el bronce impasible y se estrelló en la pared del túnel. Una brecha se abrió allí donde hirió la herramienta revelando una oquedad, oculta tras un tabique fino y vulnerable. Como si hubiera esperado esto precisamente de su ataque a la puerta, y fuera esto y sólo esto la respuesta del Azar a su meditación nigromante, Abdalsâr permaneció un momento inmóvil mientras cesaba el eco en las profundidades; luego caminó hasta la brecha abierta y, con un golpe del puño, dejó al desnudo una hornacina secreta.

Leb alcanzó a ver todavía un destello de marfil allí donde la mano negra del titán apuntaba. Pero si el eco de los golpes había muerto ya en lo hondo del túnel, repicaba aún en él con acento de esquilón grave. Por el hilo del sonido, Leb se vio arrastrado nuevamente a su cuerpo de carne, y halló en su oído externo el mismo proseo de golpes que reverberase en su oído de ensueño.

Tardó unos instantes aún en comprender que alguien llamaba, urgente, a su puerta.

XXXVI



na treintena de jinetes alcanzaron la cima del otero desde el que se divisaban diecisiete millas de campo llano de las tierras de Amhor. Eben coruscaba a lo lejos, blanca junto al vasto río; y al Norte, el tapiz verde de Koría, grande como el mar. Era el tiempo de la alborada; una fina escarcha acristalaba la superficie de las cosas y el sol se presentía, pujante, bajo el rojor enardecido que avivaba el Oriente. Apenas habían llegado a la cumbre del cerro y se habían desplegado en un arco amplio, cuando oyeron el galope bravo de un caballo que ascendía por la ladera opuesta, apezuñando con fuerza los empinados caminos. Con gesto unánime, los quince eterios flecharon sus arcos y aguardaron precavidos al desconocido jinete.

—¡Príncipe! —gritó el caballero en cuanto emergió a la cabeza del altozano.

—¡Aquí, Vrik! —llamó Brahma surgiendo desde detrás de los arqueros eterios—. No te esperábamos tan pronto.

Vrik no montaba ya su caballo alpino, sino un corcel alto y tordo, de crines como flecos de plata y musculatura fuerte.

—Salman... —dijo, y el nombre era en sus labios tañido de gozo de una antigua amistad—. Me encontró no lejos de aquí. En sus alas son más veloces los caminos del mundo.

—Y parece que los hayas recorrido todos, Vrik, ángel de barro, de polvo y sudor. Temí por ti cuando tu caballo volvió solo al campamento.

Vrik y el príncipe se apartaron del resto de los jinetes y se asomaron a la terraza del cerro sobre Amhor.

—Tenías razón, Brahma, hay centenares de silvanos en el Sur de Koría dispuestos a combatir en cuanto se lo ordenes. Nadie los ha avisado, nadie los ha convocado, pero saben que los necesitas.

Vrik dejó su frase colgada en el aire, pendiente del hilo de un interrogante mudo.

—Poseen una sutil percepción de las cosas, no te extrañes —respondió Brahma restando importancia a la cuestión—. ¿El Cinturón Fértil...?

—Por ahora es tuyo. Ednok ha dicho la verdad. Hay un ejército enemigo amenazándolo por el Sur y tribus aliadas reclutadas por Leb Imôl-Merkhu preparadas para defenderlo. Dama Esha te envía sus bendiciones; dice que con sólo oír tu nombre recobra la vida, y es verdad. He hablado con Elthen de Thúbal; ha perdido a sus dos hermanos.

—Honrarán las legiones de los dioses; eran hombres espléndidos. Álmor y Elthen, que honran las mías, los añorarán.

—Otro de los logros de Leb: ha introducido en la capital trescientos guerreros de Mankan, supuestamente aliados de tus enemigos. En cuanto reciban la orden, atacarán la ciudadela.

El rostro de Brahma era sombrío.

—¿Qué más? —inquirió.

—Mira allí, aquel grupo de aldeas... Ahí está el grueso de las tropas de Akis. No verás tiendas ni nada que las delate. Ocupan las casas y los graneros e intentarán atenazarnos entre sus filas y la capital en cuanto nos acerquemos a los muros de Eben. Pero más al Sur... mira, a unas veinte millas de allí, está el Dárdan con más de un millar de hombres.

—El tablero está dispuesto —sonrió Brahma con amargura—. Basta alzar la mano para llamar a la Muerte y arrojar a la pira el reino.

—¿Hay otra vía, príncipe? —repuso Vrik con franca exaltación—. ¿Quién, en el camino de perfección, puede evitar la llama purificadora?

—Ni hombre, ni pueblo, ni imperio, Vrik. Pero ¿puede decirse aún que Eben no se haya bañado en el fuego? Sólo me pregunto si este tramo final del camino sería posible sin el holocausto de tantas vidas.

—¿Cómo?

—Aún no lo sé, Vrik, pero pesa sobre mí un presentimiento.

El sol llenaba poco a poco la mañana turquesa del nuevo día, lanzando el oro de su luz hasta los curvos confines del orbe. El aire parecía ausente en la transparencia prístina del aire y las aves, lentas, calmas, etéreas, libres, sublimes, volitaban con majestad de ángeles, como si al separarse de la tierra hubieran dejado el instinto muerto en ella y extinguidas sus ansias animales.

—Vamos —ordenó Brahma haciendo dar media vuelta a su caballo de montaña.

El grupo descendió del otero por la ladera Oeste, avanzó por caminos que dos días de fuertes lluvias habían embarrado, borrado casi, y tras dos horas de marcha hacia el Sur y el Poniente alcanzó la herradura de colinas donde el príncipe había fijado su campamento. Allí la Naturaleza los afortalaba, los vigías dominaban el territorio desde las cimas más altas y arroyos bajaban de las coronas de los tesos tributándose a una pequeña laguna azul, orillada por esbeltos cedros blancos. Había allí verde para los animales, y era lugar de pastoreo, y Brahma hizo llamar a los

cabreros de la cabaña real.

Brahmo pasó el día apartado de sus compañeros. Mientras Arjun, Ulán y Pradib dirigían ejercicios bélicos haciendo esfuerzos por integrar en un único organismo, lúcido y fulminante, cuerpos tan diversos como los *tholos* de los bosques, los jinetes eternos, las tropas de montaña y los impredecibles *manus*; mientras Vrik y Bárák dirigían partidas de exploradores; mientras Álmor diluía su dolor en recios deberes militares, y Usha y Thâre cabalgaban en busca de los hatos caprinos, Brahmo permaneció retirado, intentando penetrar con sus luces la niebla pesante de su amorfo presentir. Ni dentro ni fuera de sí hallaba respuesta, pero la batalla que podía devolverle Eben, sin comprender por qué él mismo, se le antojaba el camino erróneo. Miraba hacia el futuro que contenía esta posibilidad y lo veía en sombras, hueco, sin alma, un callejón sin salida del Tiempo. Y un viento de irrealidad soplaba entonces desde ese posible futuro por la rendija de su contemplación trayéndole la inercia y el helor de los espacios del Vacío.

Aferraba entonces el asta de Márut como si fuera el eje del mundo y cesaba la distancia que lo separaba de la realidad ahuecando los cuerpos de las cosas.

Al crepúsculo llegaron Usha y Thâre con el rabadán y sus cabreros y los hatos reales, y Brahmo vio la tropa animal desde la cima solitaria de sus meditaciones. Cesaban en ese instante los ejercicios bélicos y se dispersaban los guerreros entre hogueras nacientes. También las partidas de exploradores retornaron y Brahmo las vio cruzar aunadas por un collado entre dos suaves colinas meridionales. Se resistía aún a bajar al campamento; nunca como ahora había dudado.

—No es miedo, no es compasión, no es amor ni desamor. ¿Qué es, pastor de hombres?

—Brahmo el manu se llegó al príncipe Brahmo.

—Si lo supiera, héroe y amigo, conocería la legitimidad de mis vacilaciones.

El *manu* se sentó junto al príncipe con sus híbridos movimientos de ancestro humano y se arrebujó en su capa azul. Una inmensa luna llena emergía de la vastedad del desierto; el simio la contempló con admiración sagrada y los ojos grandes, brillantes de un niño.

—Chasquea los dedos —dijo— y millares arderán como hojas secas de Otoño tocadas por el viento del infierno. No, tampoco yo siento que sea este el camino.

—No. La historia no puede ser tan idéntica a sí misma. Hace cuarenta años, aunque con otros extremos de luz y de sombra, y con otras magnitudes humanas, la situación en torno a la capital era pareja. Las gestas del pasado quieren ser emuladas, pero quieren también ser trascendidas.

El *manu* fijó sus grandes ojos en Brahmo. El intenso lunor daba a su rostro un relumbre plata y sabio, y su estampa era la de una divinidad zoomorfa.

—No lo pienses más, príncipe. La solución está justo en tu mano.

Y con sus dedos largos, rugosos, diestros, acarició de arriba abajo el cuerpo tieso de Márut, cuerpo de árbol y rayo, hasta que rozó los dedos del otro Brahma. Entonces su mano se cerró sobre la del príncipe, repentina y fuerte como un estertor del Destino.

XXXVII

—**M**aestro, he venido a ponerme a vuestras órdenes.
Leb acabó de franquear la puerta entreabierta hasta que el joven pudo deslizarse dentro.

—Manzúr... —susurró.

—He comprendido vuestras palabras, maestro —exclamó el soldado interrumpiendo la suave reconvención del mayor—. Quería decíroslo.

Todavía vestía Manzúr el uniforme de guardia real. Leb, con todos sus miembros temblándole aún por la brusca interrupción de su experiencia y el retorno vertiginoso a su cuerpo, comprendió enseguida lo providencial que podía resultar la llegada de su antiguo discípulo. Pausó un instante apoyándose en su escritorio, cerró los ojos y reconstruyó su memoria con los últimos fragmentos de su visión. Como un pájaro que al alzar el vuelo conquista una perspectiva más y más amplia del territorio bajo sus alas sin perder de vista el lugar donde estuvo posado, Leb, al ser arrancado del pasadizo de la cripta, había descubierto el acceso a los túneles excavados y su emplazamiento en la ciudadela.

—¿Qué os ocurre? ¿Os encontráis mal, maestro?

Aún permaneció Leb un instante inmóvil y en silencio mientras los pedazos de su recuerdo se recomponían y fijaban en su consciencia. Después:

—Sea, Manzúr. Acepto tu ayuda. Mi tarea es urgente y peligrosa, ¿puedes introducirme en la ciudadela?

—Haré lo que sea por vos.

—Entonces no perdamos tiempo.

Leb se desprendió de la túnica de peregrino, se ciñó el talabarte del que pendía su alfanje negro y echó sobre sus hombros una capa oscura con la que solapó su jacerina. Tomó el montoncillo de papeles que sujeto por un balduque aguardaba sobre su mesa, acarició su casa con una última mirada vasta y cálida, y empujó a Manzúr amistosamente más allá del umbral. Sabía, al partir de allí, que no retornaría nunca.

Corrieron por las calles solitarias del barrio de pescadores, iluminados por el

resplandor nacarino de aquel amanecer de luna. Ni Leb ni Manzúr habían abocetado siquiera un plan para llegar al interior de la ciudadela, pero mientras se apresuraban hacia la puerta Este de la urbe, que a aquellas horas estaría cerrada y con un nuevo cuerpo de guardia, fue forjándose en ellos la única estrategia posible: confiar en la Providencia. Cuando por fin alcanzaron los altos portales, Leb tenía ya un cordel en sus manos, aparentemente atadas, y Manzúr tiraba del cabo como si arrastrase a un prisionero mientras sostenía en la otra mano el violento acero desnudo.

—¡Abrid! —llamó—. ¡Manzúr de la guardia real trae un preso!

Dos centinelas los observaron desde la muralla, descendieron veloces de sus puestos, abrieron un portillo y los dejaron pasar.

—¿Solo, Manzúr? —le preguntó el más viejo mirándolo con suspicacia.

—Solo. Y me basto.

—¿Y a dónde lo llevas?

—A las mazmorras de la ciudadela. Lo quieren allí.

—¿Y quién es? —insistió el centinela aproximando su mano al prisionero para quitarle el capuz cuya sombra le oscurecía el rostro.

Tenía la voz aplayada de un borracho, pero Leb notaba algo artificial en su actitud.

—¡Eso a ti no te incumbe! —respondió Manzúr apartándole la mano de un golpe.

Leb percibió la repentina crispación del otro centinela. Lo miró de soslayo y creyó reconocerlo, pero este se sustrajo a su campo de visión para situarse a sus espaldas y Leb tornó a humillar la mirada.

—Oye —retornó el viejo con su voz temulenta—, ¿no estás tú destinado a la puerta Norte?

¿Qué haces jugando a espías fuera de la ciudad?

En el instante en que Manzúr se disponía a responderle airado, el otro centinela arrancó por sorpresa el capuz a Leb. El lunor se derramó como óleo sobre la cabeza de melena blanca y gris, y ungió de plata el rostro mayestático de un personaje demasiado conocido en la capital.

—¡Hombre! —exclamó el viejo con un hipido—. ¡Ahora sí! ¡Esto se entiende! ¿El amigo Manzúr apetece recompensas? ¿Por eso no ha dudado...? —a pesar de sus años y de su aparente humera, el soldado obró con una rapidez impredecible a la que ni Leb ni Manzúr tuvieron tiempo de responder— ¡...en cometer esta asquerosa traición! —concluyó saltando sobre Manzúr, inmovilizando con una fuerte presa sus dos brazos y tapándole al mismo tiempo la boca.

Hizo una seña al guardia más joven.

—¡Suéltale, rápido!

Todo asomo de embriaguez había desaparecido. Desenfundó una daga y mientras la acercaba a la garganta de Manzúr:

—Maestro, me reconocéis ¿verdad?

—Padre, ¡está suelto! —exclamó el otro centinela cuando se disponía a cortar las ligaduras del prisionero.

—¡No lo mates! —ordenó Leb adelantándose y aferrando la mano decidida a ultimar a Manzúr.

Durante unos instantes la situación se hizo confusa. El viejo mantenía agarrado a Manzúr mientras la punta de su daga le rozaba el cuello; Leb impedía el último impulso sacrificial de la mano y sus ojos contendían con los ojos violentos pero aturridos del soldado; el otro, el más joven, había desenvainado también su acero y amenazaba la espalda de Leb. Lejos aún pero aproximándose, sonaban los pasos marciales de una patrulla nocturna.

—Sí, Rei, te reconozco —respondió por fin Leb al que en otro tiempo fuera ayo de Yrna y Arolán—. Reconoce tú también a los amigos. A pesar de las apariencias, Manzúr estaba ayudándome.

Rei soltó bruscamente al joven guardia con una fuerte palmada en el hombro en señal de disculpa, camaradería y ánimo.

—Pero, maestro, ¿es verdad que vais a la ciudadela? —preguntó entonces.

—Sí, y cuanto antes.

—Mejor entrar allí fingiendo estar muerto que preso, maestro.

—¡La patrulla no tardará en aparecer en la plaza! —advirtió el hijo de Rei—. ¡Escondeos ahí, en el cuarto de armas, bajo las escaleras de la muralla!

—No hay tiempo para eso —respondió Leb con urgencia—. ¿Qué sugieres, Rei?

—Los subterráneos.

—¿No están inundados desde el ataque de las fieras? —le increpó Manzúr.

—El nivel del agua ha descendido mucho —respondió Rei—. Lo sé porque hay una entrada aquí mismo, en los depósitos de la muralla.

A Leb se le iluminó el rostro.

—¿Sabes a dónde llevan? —preguntó.

—A distintos puestos de guardia en el muro de la ciudadela.

—¿Nada más?

Rei se encogió de hombros.

—¡La patrulla! —retornó el joven centinela pendiente de los pasos que estaban a punto de doblar la esquina.

—¡Guíalos, rápido! —ordenó Rei.

—¡Por aquí! —llamó el muchacho abriendo la portezuela que daba paso al cuarto de armas bajo las escaleras de piedra de la muralla.

Leb y Manzúr se sumergieron en la obscuridad de la pequeña estancia. La puerta se cerró. El hijo de Rei les impuso silencio con un bisbiseo y oyeron lejanamente cómo el viejo cambiaba palabras vanas y pasteleaba con los vigilantes nocherniegos.

—Por aquí —volvió a llamar el muchacho, ahora en un susurro, y atravesó la opacidad del cuarto hasta otra puerta, más baja y estrecha, que chirrió al moverla—. Hay tres escalones, cuidado.

Palpando las paredes, Leb y Manzúr siguieron a su guía.

—No estaríamos aquí si no hubiesen hecho esas malditas levas —se quejó el muchacho en un gruñido ahogado.

—Vuestro mal ha sido nuestra suerte —repuso con un murmurio Leb.

—Sí, y también que no estuviese todo el cuerpo de guardia en la puerta; no habríamos podido hacer nada por vosotros.

La portezuela volvió a cerrarse gimiendo y la queja reverberó en el aire tenebroso. La obscuridad era penetrante, tajante el frío, sofocante la humedad como una niebla. El centinela intentó una y otra vez encender un candil; por fin una triste llama pálida acudió a las invocaciones del ansioso pirofante. Un cuarto vacío, cuadrado y amplio apareció entre los jirones de las sombras.

—Es uno de los depósitos de la muralla —explicó el hijo de Rei—, pensado para las provisiones de los defensores en tiempos de asedio. Pero con esta humedad...

—¡Rápido ahora, ben-Rei, por lo que más quieras! —apremió Leb.

—Sí, sí. Ayudadme aquí.

Levantaron entre los tres una pesada trampilla en el centro de la estancia y oyeron el correr del agua en las profundidades. Unas barras de metal fijadas en la piedra del foso formaban la peligrosa escalerilla hasta la red de subterráneos que comunicaban todos los puestos defensivos de la ciudad. Durante quince años la red había sido un secreto del rey y de sus primeros oficiales. Había sido creada por un desconocido que llegó a Eben como arqueólogo, para excavar la vieja ciudad subterránea de los *golem* y estudiar los misterios de los hombres-bestia criados por Sarkón. Cuál fue el conocimiento que desenterró con sus excavaciones nadie lo sabría nunca, porque ningún trabajo llegó a publicarse en la capital sobre esta materia; pero el arqueólogo, que más tarde se revelaría como ingeniero y cuya identidad sólo el rey Vântar llegaría a conocer, comprendió las inmensas posibilidades defensivas de aquel vasto imperio subterráneo y propuso su idea al monarca. Vântar aceptó. El ingeniero se negó a contratar obreros ebénidas y los trajo de algún lugar perdido; nadie, ni siquiera el rey, sabría de dónde, y Vântar habría sufrido en verdad la llama de los celos si hubiera presentido siquiera que aquellos trabajadores, hábiles y resistentes como enanos, fieles como sepulcros al secreto, pertenecían al viejo Gremio de Constructores, el Primer Pilar, refugiado en el oculto seno de las Órdenes. La ciudad de los *golem* fue limpiada entonces, se aprovechó su estructura de cinco anillos concéntricos y de corredores irradiantes y zigzagueantes; algunos túneles fueron cegados, se abrieron nuevos y fue creado un complejo sistema de canales para llevar y sacar del laberinto las aguas del Deva. Todo lo que se rumoreó en la ciudad por aquel tiempo fue que las

excavaciones científicas proseguían... y el secreto de la red defensiva subterránea perduró. Pero la invasión de Eben por las fieras de Koría obligó a abrirla para intentar salvar al pueblo a través de ella y el secreto murió así en la vida de centenares. Acabado el ataque, la red fue inundada por si alguna de las bestias pululaba por allí todavía. Cuando las aguas descendieran, pensarían los jefes militares, una estrecha vigilancia y lo intrincado de los subterráneos mantendrían protegido el dédalo.

—¿Puedes guiarnos? —preguntó Leb al soldado.

—No, maestro. Debo volver a mi puesto cuanto antes. Y tampoco yo conozco el laberinto.

—Yo guiaré, maestro —dijo Manzúr tomando el candil—. Yo lo recorrí cuando el ataque de las fieras.

Leb le permitió descender primero. Pronto estuvieron con un agua gélida por encima de las rodillas y envueltos en aire denso como bruma. El candil vaciló. El agua se movía, lenta y poderosa, en sentido contrario al que ellos forzaban.

—No comprendo que haya corriente aquí abajo —dijo Manzúr con voz titubeante que se resistía a tremolar, y sus palabras reverberaron en la bóveda oscura perdiéndose en la nada.

Leb calló y observó al soldado mientras este avanzaba cespitante, inseguro, tratando inútilmente de hallar en aquella curvatura del laberinto el pasadizo hacia las entrañas de la ciudadela. Manzúr palpaba la pared, la iluminaba con el candil buscando la abertura del corredor, camuflada en el muro por su propio arco de negrura. Leb no tardó en impacientarse.

—Manzúr, sígueme —ordenó de pronto.

—Maestro...

—Déjalo. Sígueme, no perdamos más tiempo.

Leb le adelantó sin requerir el candil. Abrió camino con determinación, moviéndose por el laberinto como un rey por los pasillos de su palacio, penetrando el vientre opaco del aire con ojos de gato.

—¡Esperad! —hubo de decir Manzúr en dos ocasiones, con la voz ya tremolante de frío, acaso también con un quebranto temeroso, cuando se descubría incapaz de seguir el paso del maestro.

Por fin Leb se detuvo al final de un tramo del angosto corredor que, aunque parecía descender por el efecto óptico de las paredes y el techo abovedado, subía suave y constantemente durante centenares de pasos. Algo más adelante, una luz muy débil alcanzaba el túnel por una abertura en el paramento izquierdo. El helor del agua ahora les acuchillaba sólo los pies.

—Manzúr —pidió entonces Leb—, tú aguárdame aquí. Y por lo que más quieras, oigas lo que oigas... escucha bien: oigas lo que oigas, no se te ocurra intervenir.

—Maestro...

—Óyeme: ha sido una decisión de las Alturas, no mía, el que ahora estés aquí. Yo la agradezco, Manzúr, te lo aseguro. Pero repito, oigas lo que oigas no intervengas; y pase lo que pase, guárdame siempre el secreto de lo que veas y de lo que has visto ya esta noche.

Leb desenvainó el negro alfanje con chasquido doliente y presagioso e hizo gesto de partir.

—Maestro... —insistió Manzúr todavía.

Habría querido pedirle que no lo dejase allí solo, que si debía combatir le permitiese contar también en el lance..., pero al ver el rostro del hombre vuelto hacia él como el de un rey, sólo acertó a decir, como por un instinto:

—Este laberinto... es obra vuestra, ¿verdad?

Leb no respondió y corrió por el túnel hacia peligros mayores.

El pálido resplandor llegaba al bovedizo por la brecha que los *nurtan* de Absalsâr abrieran en él. Allí habían empezado a cavar, forzando un camino de topas a través de estratos de tierra y de piedra. Había sido necesario primero acertar la senda hasta el corto pasillo que unía las antiguas escaleras de la Torre con la puerta de la cripta, y extraer después la arena que lo inundaba. La primera tarea sólo se logró al cabo de muchos intentos, que llenaron de estériles desgarrones las entrañas de la tierra; la segunda dejó por todas partes una estela blanquecina y deslizante como de polvo reluciente de estrellas.

Leb siguió el camino que la luz trazaba en aquellas catacumbas arratonadas. Corrió ligero, saltando sobre bloques derribados y vigas, que prevenía su intuición más que sus ojos. Por fin, emergió a la galería donde brillaban cuatro antorchas y la puerta arcana. El fulgor, durante un instante, lo cegó.

—Te esperaba, Tamôr.

Abdalsâr estaba sentado de espaldas a la puerta iridiscente, las piernas cruzadas, el torso tieso como tronco joven; a sus pies el colmillo blanco que enfundaba el *Kiran* y las Llaves insobornables de la cripta, odiados y codiciados despojos.

—Tamôr... —repitió el *Rishi Negro*.

Leb no respondió, alzó su arma y se inmovilizó en una postura defensiva. Había previsto aquel primer ataque de su antiguo amo y maestro: el nombre iniciático *nurtan* era un sortilegio, una cadena que ataba el adepto a la sombra y abismo de su propio ser.

—¿Sabes por qué te llamé *Fuego Negro*, Tamôr?

El titán hablaba el *mâurya* con voz lenta, resonante, cavernosa; cuando tradujo al *ordumia* el nombre *nurtan* de Leb, fue como si escupiendo sus palabras con veneno quisiese profanar el alma y la savia de la lengua imperial.

—¿No contestas? —y su cadencia era hechizante, en la mente tejía nieblas y delirantes hilvanes de araña.

Se puso en pie trabajosamente, como si le costase alzar su estatura de coloso; y a medida que fue erigiendo y tensando el cuerpo, su sombra cayó sobre Leb como un monte, con voluntad de aplastarlo. Frente al *Rishi Negro*, Leb era un niño y tuvo que apelar a todo su espíritu guerrero, aun a su entrenamiento *nurtan*, para contener el alud de miedo que sabia y sutilmente descargaba sobre él Abdalsâr en andanadas invisibles e intoxicantes.

—Haces bien. Me decepcionarías si respondieses.

Leb continuaba inmóvil. El coloso clavó en él sus ojos hondos, cambiantes, tornasolados, como celaje en movimiento y mutante por el que quisiesen transparecer los rayos de un sol negado y sólo a traducirse llegase un reverbero de luz crucificada.

—Tamôr... —y prolongando mucho la vocal oscura del nombre, como en una burla de su propia nigromancia, estalló en una risa hueca de envolventes, abismales carcajadas.

Recuerdos de su vida esclava en la pirámide negra de Krissa y, más tarde, en el nido de escorpiones del volcán, recuerdos de todas las vejaciones y atrocidades a las que había sido sometido e inducido, gusanearon en las entrañas de Leb lanzando a la superficie viejas imágenes, viejos quebrantos, como flotantes cadáveres. Y la cicatriz *nurtan* de su antebrazo pulsó y ardió.

—Los veo, Tamôr, los veo levantarse del sepulcro del pasado, cruzar los arrabales de la memoria, zombis que vuelven a ti... células de tu cuerpo de sombra.

Lentamente Abdalsâr desenvainó su espada larga, gélida, tenebrante, de punta corva, filo ígneo, golpe negro como el que guillotina la tarde. Era la empuñadura una garza transfija por la cola de un alacrán gigante, la hoja oscura y recorrida por fieras inscripciones, el gabilán semejante a la garra crispada de un grifo: cuando la tuvo alzada, negra y deletérea, ante su rostro bárbaro, el arma pareció forjada no de acero sino de ocultas fuerzas brutales.

Uno frente a otro, permanecieron inmóviles, en la calma violenta de un arco tenso. Fijos los ojos en los ojos adversarios, los cuerpos y sus armas eran los últimos espejos de una lucha que avanzaba en otras dimensiones. Leb afrontaba internamente la amenaza del pasado transformando los suspiros del plasma tenebroso, la profunda insatisfacción humana, el sedimento de dolor dejado por errores y derrotas y límites no trascendidos, en anhelo de una luz más y más alta. Abdalsâr, entonces, invaginaba el anhelo de luz en soberbia titánica y suscitaba demonios de orgullo. Leb convertía la soberbia en exaltada y divina consciencia de sí, y en una efusión de resplandores diluía los demonios en agua de amor rorante. Abdalsâr traducía el agua de amor en pócima esclavizante, e instigaba fantasmas de lujuria y alucinado placer. Leb trasvasaba la pócima en cáliz de licor transformante, y en jaulas de sueño arrojaba los fantasmas al abismo...

Abdalsâr había querido recuperar al traidor resucitando su sombra antigua; ahora

sabía que debía matarlo. Leb lo comprendió en el mismo instante en que desfalleció la contraalquimia del *Rishi Negro*. Aprovechó el momento y permitió que transpareciese un asomo de vacilación, disfrazando el señuelo. El coloso atacó; tan rápido, que apenas tuvo tiempo Leb de romper quietud en movimiento. Las dos estatuas eran ahora dos rayos y las hojas negras chocaban lostregantes. Mientras se defendía de golpes que acabarían por aniquilarlo, del empuje de un rival que no podía caer ni por su acero ni por su brazo, ni un segundo olvidaba Leb su objetivo, oculto a los ojos penetrantes de Abdalsâr.

Danzó alrededor de la figura del titán, marcado el ritmo por el diapasón de los golpes. De pronto, tropezó o fingió hacerlo, se dejó caer, rodó por el suelo huyendo del filo carnívoro y se alzó cuando la espada de Abdalsâr arrancó chispas al mármol. Leb se había colocado ahora a sus espaldas y golpeó con todo el poder de sus miembros; en la tensa musculatura dorsal del coloso se hizo pedazos el alfanje negro de Leb.

El *Rishi Negro* se revolvió como huracán, tajando...

No había nadie allí. Sólo un eco quedaba en los túneles como de pisadas de gato. Fija su mirada furente en las ciegas profundidades, aún no veía el titán que las Llaves y el *Kiran* no estaban ya a sus pies.

XXXVIII



n hombre y a la vez una Puerta... Un hombre que es una Puerta...». Este fue el primer pensamiento de Brahma cuando la Voz que lo había guiado en Koría, que lo había inspirado en la cumbre del Ish, que lo había salvado en las cimas violentas de Ôrkan, estuvo ante él en forma humana. Y divina.

Nuevamente solo tras la visita del *manu*, Brahma había dejado gotear las palabras de Brahma en su alma silenciosa. Clavó la lanza en tierra y se sentó junto al asta recia, hierática y definitiva como el eje del mundo. Miró a lo alto: el cielo era una criptografía celando la solución a su dilema. Este sentimiento le arrojó a sí mismo y Brahma descendió con el goteo de las palabras del *manu* a sus honduras dejando en otra atmósfera, como puntos de luz menguante, las luceras de sus sentidos. Sólo entonces percibió los anillos de fuerza en torno al tronco de la lanza, y la lanza arrodriando su propia espalda.

Brahma notó entonces movimiento en sus brazos y hombros inmóviles, y descubrió en ellos o sobre ellos o a través de ellos agitación de alas. Un cuerpo de estatua, petrificado en la intensidad de la contemplación, no negaba un cuerpo de ave... y su consciencia los abrazaba a los dos: el pedestal fijo de carne y el cisne del alma, libre al fin de los hielos interiores.

Brahma voló por el azur de un aire raro elevándose en espirales de suspenso y, en la cima de su vuelo, el cisne era otra vez Brahma pero en la cima de un monte inmenso. Y era día, un alba rutilante. Y el Don estaba ante él.

«La Puerta a todas las cosas» —profetizó entonces su intuición.

Una cabellera de negro milenario le caía al Don frondosa hasta los hombros y la piel de su rostro era una fáfara de luz dorada. Los ojos eran grandes, oscuros, dos pozos insondables llenos del agua del Tiempo, embriagados de sol desde la primera aurora del mundo. Era el suyo un rostro anguloso de azor; y su frente, ancha, alimentada no de ilusiones humanas sino de Visiones divinas. Ban no era un coloso, pero era fuerza fundida en belleza y armonía: bajo ropas de seda mística, se percibía

un pecho recio, brazos y hombros de bronce, espalda triangular y robusta, cintura estrecha y piernas de roble cinceladas hasta la última fibra. Un aura de oro y azur lo envolvía como en hojas de acanto.

Ban se volvió hacia el Este con un gesto que era danza y rito, y dejaba en la mirada una estela de emoción encendida, ante el misterio de lo Inmutable en movimiento. Brahma se colocó a su izquierda y ambos contemplaron Eben, la Piedra Blanca, a los pies del monte blanco en que se erguían. Y la ciudad era a un tiempo cercana y distante, y los rayos de la aurora rudentaban su flanco. Y habló el Don, y sus palabras eran música de estrellas fugaces rozando las esferas:

—He ahí mi capital. Hay en ella un trono para el pavo real en la copa de mi baniano rojo. Tú aún no lo has visto porque está tras una de las siete puertas cerradas del Tiempo. Y esa puerta que lo esconde se abre con la *Señora* y con brazo fuerte.

Los ojos del Don caían sobre el príncipe ahora como cataratas de luz y Brahma sentía su corazón desbordarse. Habría querido abrazar al Don, besar sus pies, fundirse en él... Y ahora el Don se tornaba hacia el Sur, su figura cintilaba y se volvía transparente, y Brahma lo veía, todavía perfilado en el aire inmóvil, como un puente y una puerta entre los mundos. Pero otra figura llegaba ahora de aquel místico Norte que el contorno de Ban enarcaba. De lejos se parecía al Don, la proximidad lo cambiaba: era más alto y de musculatura más grande y tosca, como escultura no del todo arrancada al mármol; la cabellera era oscura con visos rojizos, y la barba corta y bermeja; y los ojos eran grises, grandiosos y tristes. Pasó a través del Don como por un arco del Tiempo, dejando en el éter una estela de centelleos. No miraba a Brahma, sino a través de él. Caminaba hacia el príncipe, y de pronto entró en él y allí permaneció, doblándolo, como si en Brahma hallase nueva morada.

—No has recibido sólo una *Señora*, sino también al amo de la *Señora* —oyó todavía decir al Don.

Y todo hubo cesado.

Estaba en la colina sobre el campamento, de pie junto a Márut, y era de noche, y la luna consagraba a lo lejos las moles del Swar con su mirra blanca. Y bajo la cascada láctea, Brahma se sentía inmenso, rebotante de fuerza y amor.

Había ahora una figura frente a él dibujada en las sombras, ocupando el mismo lugar donde se alzara el Don. Con la huella de otra luz aún en sus ojos, Brahma tardó en comprender que era Usha. La princesa le sonreía tenuemente y su mirada coruscaba. Un silencio ultramundano los envolvía y la comunión era plena. Pasaron unos instantes hablándose con los ojos y negándose a encerrar en palabras sentimientos. Por fin Brahma se arrodilló y tocó con su frente los pies de la princesa, erguida ante él como una divinidad que entunicada por la noche ocultase su luz cegadora. Luego se levantó, la acarició con la mirada, posó en sus labios un beso sutil como el aire, la tomó de la mano y así unidos descendieron al campamento.

Los recibió el resplandor de las hogueras amigas, el olor de la carne asada, la aljamía de las conversaciones entreveradas, la melancolía primitiva de una nabra de pastores, cantos aquí y allá. Al pasar entre los fuegos, los lamieron los destellos naranjas de las llamas y los guerreros pausaban un instante para contemplar a sus príncipes hermanados, ajenos a todo como místicas apariciones.

Sólo el grupo de los *compañeros* del príncipe estaba en silencio. Al acercarse a ellos, únicamente Pradib alzó el rostro y los saludó con una sonrisa de ternura y admiración: verlos uno al lado del otro, unidos por aquel sencillo gesto que encarnaba un mundo de inmenso amor, tan iguales y distintos, hermanos y no hermanos en aquella llama serena de incesto místico, aquilataba su amor por Usha haciéndolo más libre y poderoso y verdadero. Brahma entonces soltó la mano de Usha, ambas palmas tardaron en separarse y los dedos se deslizaron unos sobre otros rozándose suaves hasta el beso último de las yemas. Fue entonces cuando el mundo de la cima se sumergió en el del valle y el Don, presente aún como un eco en el aura de amor que abovedaba el paso de los príncipes, penetró en las estancias del recuerdo.

Descubrieron entonces Usha y Brahma por qué callaban sus compañeros. Todos ellos observaban la hoguera con misteriosa atención. Junto al fuego había un hombre rústico que acariciaba las llamas. Arrodillado, contemplaba la hoguera como si fuese un pozo de revelación y con lengua elemental salmodiaba inefables balbuceos. Vestía gruesa zamarra y en el suelo, al lado de su fiero cayado, un ristrón balaba tímidamente acompañando la mántica de su dueño.

—Piromántico... —susurró Usha en el oído de Brahma—. Los pastores de estas tierras dicen hallar los secretos del Tiempo en las llamas.

De pronto cesó el piromante. Miró alrededor angustiado de tener que dar su profecía y al mismo tiempo orgulloso de su ciencia, y con voz de rite auguró:

—¡No habrá batalla!

Todos se tornaron hacia el príncipe, sus *compañeros* y los curiosos que entre tanto se habían incorporado al círculo.

—Me miráis como si en mi mano estuviese contradecir al Destino —sonrió Brahma.

—Perdonad, príncipe —repuso Korindán, la concubina de Ednok, con el tono grave y suave de una voz extrañamente sabia—, pero en vuestra mano debe de estar el confirmar o negar si es ese el Destino que habéis vislumbrado para vos... y para todos nosotros.

Brahma permaneció un instante callado. Luego:

—Lo que nuestro mántico ha visto en este fuego, lo he visto yo también en el fuego de mi alma. No habrá batalla. Mi heraldo llevará mi desafío a Abdalsâr. Que los dioses, que traducen la armonía del Supremo en el juego de lo adverso, se contenten por esta vez con el sacrificio de dos hombres y concentren sus opuestas

voluntades en dar la victoria a uno de los dos. ¿Quién querrá ser mi heraldo?

—Hermosas palabras, príncipe —le espetó Arjun de pronto—, pero ¿qué ocurrirá si caes? No eres sólo tú quien vuelve a Eben con el anhelo de un nuevo reino. Tus hombres te seguimos por amistad y con devoción, pero sólo porque tú posees la visión más luminosa de la meta a la que nos dirigimos, no porque tú seas la meta.

Un tremoso silencio ocupó el espacio. El príncipe entonces:

—Yo te juro, Arjun, que esas palabras han de ser grabadas en oro y que, si Dios me da la victoria, adornarán el frontispicio de mi palacio. Sólo por ellas mereces sucederme al frente de todos estos guerreros... los mejores.

—¡Pero responde! —insistió fiero el Lobo de Ôrkan.

—Ya lo he hecho, Arjun, si caigo, la decisión, la batalla, la guerra, el reino, todo, estará en tus manos. Y quien me sea fiel te seguirá.

—¡Piomante, lee el fuego otra vez! —bramó el Lobo sin apartar su mirada atroz de Brahmo. Pero el pastor, temblando, tomó al ristrón en sus brazos, aferró contra el pecho el cayado y huyó.

—Hay cosas, Arjun —dijo entonces Brahmo con infinita calma y amor—, que Dios no escribe en la página de ningún fuego humano. Y en cuanto a su Fuego Eterno, ¿quién tiene ojos para soportar su fulgor?

El Lobo de Ôrkan, entonces, con lágrimas en los ojos se apartó del círculo y un silencio grave los envolvió a todos. De tal forma vibraba el aire con el eco del vuelo de las palabras, que parecía que tremolasen los cuerpos. El cielo se cubrió y la luna orgullosa desapareció tras la mortaja de lluvia que descendía del Norte. Por primera vez aquella noche, fueron conscientes del frío.

—Señor, yo seré vuestro heraldo —rompió Korindán el silencio con palabras de afirmación y ruego.

—Señor, yo la acompañaré —anunció y solicitó a un tiempo Ednok.

Brahmo los contempló a uno y a otro. Ella era sincera y aquel viaje desde Loth hasta las estribaciones de Amhor la había cambiado y conmovido, ¿pero él? Acostumbrado a una vida entera de mentira, carecía de gestos, lenguaje, tonos para expresarse con sinceridad... aunque quizás estuviese intentando empezar a cultivarla.

—Sea —respondió Brahmo—. Partid en cuanto rompa el alba y traed cuanto antes la respuesta. El príncipe se alejó entonces hacia su tienda. Vio, al llegar a ella, una figura en las sombras. Arjun le salió al encuentro.

—Gracias —dijo, el rostro ya sereno—. Había miedo porque me faltaba la confianza. Yo, príncipe, lo he hecho todo con estas manos —y mostró sus palmas recias—, sin pedir a nadie nada, desde siempre, y orgulloso... Veo ahora que también había ahí un temor a dejar las cosas en manos de lo indeterminado, lo Incalculable... la Voluntad que Ve las razones primeras y las consecuencias últimas de lo que determina pero que a nuestros ojos tanto se parece al injusto Azar. Ahora comprendo

que no habrías tomado la decisión de batirte, si no hubieses visto en el Fuego profético de la Voluntad que ese es el mejor camino. Príncipe, tú eres nuestro símbolo y, cuando fuerces tu combate solitario hacia la victoria inevitable, todos nosotros lucharemos en ti y desde ti, con las manos invisibles cuya metáfora de carne son estas burdas manos.

Brahmo permaneció mudo un instante, contemplando al amigo a través del silencio y la noche, gozándose en el reverbero de sus palabras como un cántico. Luego, de pronto, el príncipe y el Lobo rompieron al unísono aquella quietud con el abrazo viril de un terremoto de amor.

XXXIX



uevamente el ruido hondo y épico de un cuerno en aquella inmensidad blanca, galopando sobre el océano de nieve y remontándose hasta el azur del cielo... un azur tan próximo.

Los dos caballos braceaban en la albura helada, bajo un sol que doraba el aire sin herir la impiedad del frío y tiranizaba el mundo desde el zenit de su grandeza. Las mulas trotaban ahora muy atrás, temerosas de quedar abandonadas en aquellos páramos de majestad. Unas aves blancas cruzaban como arcángeles la gloria de la luz. Otro cuerno se dejó oír algo más adelante.

—¿Es un saludo, Dión, o una advertencia?

—Nos guían, Mándos. Este es el dominio de las *shaktis*. No habríamos dado un paso en él sin su consentimiento, pero tampoco llegaríamos a nuestro destino sin su conducción.

—¿Por qué se ocultan todavía? —Mándos se sentía un muchacho en aquella tierra nueva y extraña para el Señor del Mar, un muchacho que todo lo quisiera aprender y absorber... por eso se permitía preguntas cuya respuesta era obvia y hallaba un placer ingenuo en el mero hecho de conversar, de oír el sonido de simples palabras en aquel mundo que parecía creado sólo para el silencio, o para las voces titánicas de las Fuerzas Elementales.

—Eso... —empezó a responder Dión, y de pronto la vio—. ¡Mira allí!

Mándos se protegió los ojos con la mano y lanzó la mirada a través de la luz, en la misma dirección que volaba la pequeña mancha de aves.

—¿Aquel montículo?

Parecía azul en la distancia aquel pequeño promontorio, como una isla en un mar de nieve.

—Sí, allí es —respondió Dión con la voz pletórica de una serena y honda ilusión—. Esa es nuestra meta más inmediata. Esta noche reposaremos, Mándos, a los pies del Misterio.

—¿Uno mayor?

—No has visto otro igual en todo nuestro viaje.

—¿Conoces el lugar, Dión?

—Nunca lo han visto mis ojos mortales; pero he estado aquí, con otros ojos, con otro cuerpo, adorando y respirando el Misterio que quiero mostrarte.

Durante un rato ninguno de los dos hombres habló, sobrecogidos por la solemnidad del instante. En el silencio blanco de las alturas, estallaba de pronto el proseo de las cumbres, su charla de crujidos hondos, imperativos, tajantes; luego callaban, como si las protomentes de las moles perdiesen de golpe su humor parlero y se sumergiesen de nuevo en las penumbrosas imaginaciones del lento sueño terrestre. Dos águilas blancas del Swar volitaban sobre el promontorio santo, signos vivos de los dioses. La llamada de las *shaktis* había enmudecido. Y los caballos pecheaban en la nieve dejando una profunda estela de esfuerzo en el mar de albura.

Alcanzaron por fin la peña aislada. El sol rodaba ya hacia el crepúsculo y rusementaba la abertura de la gruta que se entrañaba en el promontorio. Mándos admiró el arco en piedra labrada que la decoraba y los milenarios relieves sumânoï de sus arquivoltas, que con épica y hermética simbología narraban la historia de la tercera de las razas en el lenguaje secreto de los elegidos. Desde su montura acarició la piedra antigua, que le pareció fina como la piel de un cetáceo. Dión desmontó y empujó la gran puerta de bronce. Entraron caminando, llevando a los caballos de la brida y del ronزال a las mulas. La gruta era un viejo enclave sumânoï y la roca, tocada por la alquimia de la raza extinta, irradiaba una luz viva, una luz como de oro. El pequeño lago azul de agua alambicada por el monte, los hondos corredores de luz mutante, los ídolos, los paisajes dendroides florecidos en la piedra inmóvil... ninguno de los típicos elementos sumânoï faltaba en aquel lugar, a un mismo tiempo templo y refugio. Pero Mándos tuvo ojos para una sola cosa, e ignoró todo lo demás. Se acercó allí reverente, olvidado de Dión, olvidado de sí... y cayó de rodillas a los pies de la imagen. La plegaria brotó espontánea de su corazón, exaltadora como un himno guerrero y con atabaleo portentoso de mantra. Fijó sus ojos en el rostro que tanto, tanto, tanto amara y el cuerpo le vibró con una dicha y un dolor antiguos.

Ante él estaba Alayr, la Alayr que él conoció en los años de las guerras imperiales. Bella, joven, fuerte, con aquella mística profundidad de su rostro y aquella determinación en su mirar que apocaba los obstáculos más grandes. Alayr estaba sentada en un escalón del pedestal del gran ídolo de Kali, que presidía la sala; tenía los brazos extendidos hacia sus rodillas, ligeramente doblados, con las palmas hacia arriba, inmóviles en el aire... como si hubiese sostenido algo con las manos, perdido mucho tiempo atrás; el pecho izquierdo emergía entre sus ropas, como con una huella de leche inmortal en el pezón hinchado y oscuro; y los ojos estaban fijos en su regazo, con mirada de amor y aceptación y angustia. Parecía viva... y no era sino la helada, incorruptible perduración de su último instante.

Aladas, asomaron a los labios de Mándos las palabras con las que Yâra, la eterna compañera de Alayr, describiera esta imagen en aquel relato que a tan pocos y tan escogidos llegó allá en las tierras bajas... y Mándos las pronunció:

—El viejo y el nuevo cuerpo de Alayr se miraron a los ojos y la niña sonrió, poseedora de una consciencia despierta y luminosa. El viejo rostro la contempló con asombro, adoración y melancolía, y la niña extendió hacia él su manita con un gesto a la vez infantil y divino, diciéndole a su madre y crisálida que pronto toda la consciencia que ella era y había sido se habría infundido en la hija. Todavía las viejas manos de Alayr abrieron su túnica y ofrecieron a sus nuevos labios un pecho antiguo. Alayr niña sorbió leche reciente que era del color de la miel, ligera como el aire. En ella el corazón exprimido rendía sus últimas energías... y cesaba.

Allí, a los pies de la mujer a la que amó con el silencio de las tumbas, con distancia idolátrica y el culto reservado sólo a los dioses, el Señor del Mar, templado en las batallas más fieras de su tiempo y en el yunque agotador de la realeza, pastor de hombres y padre de la historia, se sintió otra vez niño... y como niño, todo y nada, ante el Misterio abrumador que lo enfrentaba. Allí, de rodillas ante la crisálida en que se forjó el renacimiento de Alayr, con aquel rastro de nieve en su frondosa barba castaña, las pestañas acristaladas, transverberado el corazón, el rostro transfigurado, Mándos, Señor del Mar, balbució palabras que flotaron en un vaho confuso... y no supo si eran de gozo o de dolor.

Pasó así mucho, mucho rato, aquellado a los pies del Misterio.

Luego, de pronto, sintió una enorme necesidad de hablar con Dión, con aquel maestro eterio del espíritu, y de compartir con él todo lo que había aprendido allí, en aquella cesación del tiempo, en aquella cancelación del mundo externo, penetrado por el Misterio del viejo cuerpo-crisálida de Alayr mientras sus propias células vibraban con el poder del mantra. En el seno de aquella carne ahora helada y ajena, que contemplaba la nada entre sus brazos como si lo fuera todo, había cuajado en embrión una consciencia humana y más que humana: la mujer se había engendrado y dado a luz a sí misma, lo mejor de sí misma... había dado a luz la Luz de sí misma exaltando a una dimensión de misterio supraconsciente y divino el dolor y el absurdo de la maternidad animal que humilla al hombre. Ahí, al alcance de su mano, estaba la razón y el sentido de la existencia humana, el Camino Divino abierto por el Don pero culminado en las entrañas de la hembra; ahí estaba, no en idea, sino en imagen terrestre y palpable, en escultura de carne que fue vida y era ahora el pedestal de una gloria inefable.

A través del vientre de Alayr, la Tierra había parido su propia forma divina.

Mándos se alzó por fin. Le dolían las rodillas hincadas durante tanto tiempo en la frialdad y la dureza del suelo. Le costó enfocar los ojos, ver la apariencia formal de las cosas más allá de la nube incandescente de su exaltación. Quería hablar... pero se

sentía tan, tan lejos de las palabras. Como en el despertar de un sueño, percibió los ramos de rosas rojas a los pies de Alayr y cubriendo las gradas del pedestal de Kali, un incendio floral que especiaba el aire con efluvios suaves como de lejano olíbano. Un presentimiento lo rozó entonces y se volvió hacia la puerta de la gruta.

Allí, junto al príncipe eterio, rodeada de sus *shaktis*, próxima a la eterna Yâra, estaba la diosa parida por la mujer que amó.

XL



n arco iris colmaba el cielo aquella mañana, grande, perfecto y luminoso como arco de triunfo o como un arco toral del mundo. Se alzaba en la mitad de su camino a Eben y Brahmo lo interpretó como un signo.

Brahmo no había dormido en toda la noche. Cuando las nubes rompieron contra los diques invisibles del aire y descargaron, el príncipe sintió deseos de ungir su cuerpo en aquella lluvia fría y salvaje. Dejó su tienda desnudo, en mitad de la noche, y recibió gozoso el bautismo fiero, mientras en lo alto viboreaban los rayos ofendiendo el trance del negro cielo impenetrable. Toda la ira del agua golpeó su cuerpo y en él pareció agotarse. Y cuando un alba tranquila sucedió a una noche épica de tempestades, y la tormenta se alejó exhausta y quejumbrosa, débiles ya sus bramidos y audibles sus truenos sólo como vanos lamentos vagabundos, la paz y el Arco surgieron como del pecho remozado de Brahmo.

Extraños recuerdos lo visitaron entonces: una pradera en la aurora del mundo bendecida por las lluvias primordiales; el olor de la hierba húmeda en aquel tiempo en que las nuevas generaciones de los hombres no sumaban sus años a los de las anteriores y el mundo, huérfano de historia, vivía siempre joven la repetición de un mismo escueto ciclo; el olor de una pira que consume la carne adolescente de un hijo y el llanto del aire apagando las llamas lúgubres; un viaje a través de monzones... hacia un Norte en que no llueve y donde aguardan los dioses. Fragmentos eran de la memoria de Ari, el amo de la *Señora* en manos del príncipe ahora.

Philo maullaba quietamente a los pies de Brahmo.

—¿No es extraño que no hayan vuelto aún? —decía Vrik mientras Brahmo retornaba al presente.

—Les bastaba con la mitad de un día para llevar y traer el mensaje —añadía Anandi—. Ha pasado uno entero ya con su noche.

—El mensaje llegará —reponía Usha—. Estad seguros.

—¡Mirad allí! —exclamó de pronto Arjun.

Dos jinetes sobre poderosos caballos endrinos, tocados con turbantes naranjas y embrazando escudos redondos con un escorpión en el centro de leyendas cuneiformes, se acercaban a galope hacia el campamento portando enseña blanca. Desde la colina en la que estaban Brahma y sus compañeros, se les veía ahora cruzar el vano del arco iris, arrogantes y fieros sobre monturas que ritmaban elegantes su carrera contenida... Y el triunfo de los colores del arco se disolvía en la neutra inmensidad del aire.

—¿No son esos los *nurtan* de los que hablaron Mándos y Dión? —preguntó Pradib.

—Así los describieron al menos —respondió Álmor.

—¿El mensaje que esperamos? —terció Ulán.

—Podría ser —concluyó Brahma.

Guerreros del príncipe llegaron entonces corriendo y pidiendo órdenes.

—Los recibiré en el campamento, en medio de las huestes —anunció el príncipe—. ¡Vamos! Brahma abandonó el promontorio hacia el centro de la alfomalla mientras una comitiva de sus caballeros capitaneada por Vrik partía para interceptar y conducir a los *nurtan*. La noticia se difundió rápidamente entre las tropas y los guerreros formaron potentes filas para aureolar de fuerza la majestad del príncipe. Ulán, que temía una traición, situó los *tholos* muy cerca de Brahma y les advirtió contra cualquier gesto inesperado de los peligrosos heraldos. Pero estos, aún con la enseña blanca en alto, rodeados por seis jinetes de Loth y precedidos por Vrik, descendieron al trote el paso entre las colinas orientales, cruzaron el campamento bajo la silente solemnidad de la mañana y se detuvieron, bravos, en medio de las huestes, observándolas como a un ejército de hormigas, y con ostentosa repugnancia a los *manus*. Brahma se destacó, escoltado por Ulán y Arjun, y protegidas espaldas y flancos por la media luna de sus *tholos*.

—¿A qué habéis venido?

—¿Eres tú el príncipe? —preguntó uno de los jinetes con áspero acento del desierto, escupiendo casi con asco las palabras entre los relinchos feroces y los gestos nerviosos de su piafante corcel.

—Yo soy. Di tu mensaje.

Vestían los jinetes túnica naranja y ajustado pantalón azul, un grueso chaleco azul laminado y capa de piel; calzaban negras botas de cuero, y del grueso cinto dorado pendían daga y cimitarra en bellas vainas damasquinadas. El que había hablado tenía las mangas alzadas y en su brazo derecho, con el que sostenía la lanza de la enseña blanca, era visible la cicatriz *nurtan*.

—El señor Abdalsâr acepta tu desafío. Os batiréis en el patio de la ciudadela. Hoy. Al mediodía. Puedes llevar a la ciudad una escolta. Pequeña. Tres hombres nada más. Si caes, vivo o muerto serás esclavo de mi señor y tu gente se rendirá. Si

vences... ¡Pero no vencerás!

—¡Estas condiciones son inaceptables! —gritó Ulán—. ¡Olvidad la ciudadela; el príncipe no será tan ingenuo como para meterse a ciegas en la boca del lobo!

El *nurtan* oyó impasible las palabras de Ulán, como si no las entendiera, y Brahma silenció con un gesto a su comandante.

—Si venzo, el reino es mío. Los *nurtan* abandonarán mis tierras y yo haré justicia a mi gente. No habrá piedad con tu señor y me reservo el derecho a atacaros cuando me juzgue fuerte. Transmite este mensaje a quien corresponda, heraldo, con tanta ausencia de recato como la que me has traído a mí.

El heraldo siguió inmovible, sus ojos grises fijos en Brahma y sin comprender su discurso. Bárák, que se dio cuenta enseguida de que el jinete no conocía más *ordumia* del que había agotado en las lacónicas frases de su parlamento, tradujo a la lengua del Desierto las palabras del príncipe.

—Ya he dicho todo lo que tenía que decir —repuso el *nurtan* farfullando apenas la lengua que usara Bárák y dio vuelta a su caballo para partir.

—¡Un momento —exclamó Brahma—, no os he dado permiso aún!

El grupo de jinetes que había escoltado a los mensajeros se cerró sobre ellos con las espadas desenvainadas, los eterios flecharon sus arcos, los *tholos* aferraron sus hachas de combate, los *manus* se crisparon. Pero los *nurtan* pasaron sobre todos ellos una torva mirada de aniquilación, filosa como hoz que en arco de media luna planease un instante sobre las cabezas de las espigas que se dispone a tajar.

—¿Dónde están Ednok y Korindán? —les espetó el príncipe, y el dragomán tradujo su pregunta a un dialecto del desierto aun más lejano, aun más opaco y seco.

Sin volverse, y preparados ambos para abrirse paso con odio y acero, el heraldo respondió con palabras en las que vibró un áspero eco de sitibundas arenas:

—Están donde debían.

Durante unos instantes la tensión creció hasta exacerbarse, y en el silencio perfecto del aire inmóvil sólo se oía el rodar incierto y salvaje de los dados del Destino. Por fin Brahma alzó la mano y dio orden de dejarlos partir.

—No irás a aceptar estas condiciones... —decían ya a su lado los comandantes Arjun y Ulán.

—Confiad en mí —les respondió Brahma sin mirarlos y, marchando con determinación hacia su tienda, llamó—: ¡Brahma, Vrik, Pradib!

—Príncipe —lo contuvo Arjun con la palma de su mano en el pecho del líder.

Brahma entonces alzó los ojos hasta hallar los del Lobo. Ambos se miraron en silencio mientras Vrik y el *manu* acudían a la llamada de su capitán y el resto de los *compañeros* se reunía alrededor de los dos hombres.

—De acuerdo, Arjun, no confiéis en mí entonces, pero tened fe en la Fuerza que está guiando los acontecimientos.

Arjun habría querido entonces preguntar *hacia dónde, hacia dónde los está guiando*, pero recordó las palabras que él mismo había dirigido a Brahma dos noches atrás y calló. Sólo en ese instante fue capaz de verla, de percibirla: un aura intensa, palpable casi, envolvía a su amigo, una malla sutil hecha de fuerzas extraordinarias y de acontecimientos futuros. Movi6 los ojos paseando su vista alrededor de la cabeza del príncipe y los *compañeros*, notando también aquella intensidad irradiante, lo imitaron. Arjun levantó la mano y lentamente, como con temor o incertidumbre, la acercó a la mejilla de Brahma hasta rozarla con tres dedos. Al penetrar el aura, le dio la impresión de introducir la mano en otro medio, más ligero que el aire pero más sensible que el agua, y le pareció que en su príncipe había anclado una realidad sobrenatural: Brahma era el estuario en el que un río sutil pugnaba por desembocar para traer al mundo frutos escogidos del árbol del Tiempo en las corrientes seminales de su savia mística.

—¡Príncipe!

Dos centinelas llegaban de las colinas a galope tendido rompiendo con su llamada aquel cuadro de inmovilidad. Mientras este se deshacía por completo, Arjun creyó ver todavía un rostro extraño superpuesto al de Brahma... pero enseguida la visión cesó.

—Hay movimiento de tropas —exclamó uno de los jinetes frenando la montura cerca de su Señor.

—¿Dónde?

—En las aldeas al Sudeste de las colinas. El ejército de Akis. Están formando un amplio frente entre la capital y nosotros.

—¿Para avanzar hacia aquí?

—No, mi Señor: de costado a nosotros, cara al Norte, como una gran parada militar al borde del camino entre nuestro campamento y Eben. El gobernador de Ishkain ha empezado a tomar posiciones también.

—Gracias, centinela. Ulán, que se preparen todas las tropas: responderemos a la intimidación con intimidación...

—¿Y si se trata de mera estrategia estética? —interrumpió Ulán.

—Lo celebraremos aportando nuestra propia estética a la coreografía general.

—A tus órdenes —sonrió Ulán, y partió para organizar el ejército.

—Pradib, Vrik, Brahma, vosotros seréis mi escolta hasta la ciudadela, preparaos. Señor de los *manus*, ¿me harás el honor de ser el portador de mi estandarte?

—Que yo sepa, Señor, no existe un Señor de los *manus*, pero te serviré gustoso como c6nsul de mi raza.

Y cuando cada uno hubo partido a su tarea:

—Habría querido que formases parte de mi escolta, Arjun, pero te dejo a ti al frente de todo. Si cayese...

—¡No caerás!

—Si cayese piensa sólo en esto: los vivos no deben dejarse sujetar por los pactos de los muertos.

No habían pasado dos horas cuando las tropas del príncipe emergieron sobre las tres colinas que cerraban por el Este la herradura de la cordillera. Alcanzaron unánimes las cimas, silenciosos, crestándolas de grandeza. El sol, desnudo en un aire fulgente y frío, derramó sobre ellos los cuernos de su mirra luminosa, encendiendo como antorchas peregrinas cotas, escudos, yelmos y una épica astral de puntas de lanzas fieras. Ocupaban el flanco derecho los de Ôrkan, capitaneados por Arjun; el izquierdo lo formaban los guerreros de Loth, bajo el mando de Anandi la Roja; y el centro, de diestra a siniestra, los eterios, los *compañeros* y los *manus*, presididos todos ellos por Álmor; al frente de las filas, el príncipe con su escolta trinitaria y flanqueado por los *tholos*, únicos que marchaban a pie. Brahma vestía una cota de malla argentina sobre su túnica azul-aire, un escudo de Ôrkan sujeto a la espalda, redondo, recio y sin motivo que lo decorase, y un casco cónico con un sol en la frente y el alpartaz del almete cubriéndole la nuca como crencha de acero; portaba al cinto su espada Mriyantar y en la diestra a Márut, *Señora* de las lanzas, vibrante de vida y poder.

Un instante se detuvieron el príncipe y sus huestes en las coronas de los promontorios, oteando los Campos de Amhor. A su derecha, a unas tres millas de las colinas, comenzaba la larga hilera de soldados de Akis, uno cada dos pasos, cubriendo casi diez millas en línea recta hacia la capital. Detrás, unas cinco millas al sudeste de las aldeas que los de Akis habían abandonado, en formación de combate, el ejército de Ishkáin. Al fondo, Eben, silenciosa junto al río, compacta en su quietud, sin ningún signo de vida.

—¿Qué sentido tiene eso? —preguntó Vrik señalando con la mirada el frente enemigo.

—Van a rendirnos honores —respondió el príncipe.

—Puedo imaginarme cuáles.

—Quién sabe —concluyó Brahma con una mirada vaga—. Quizás te llesves una sorpresa.

—¡Álmor! —llamó volviéndose.

—Sí, Brahma.

—Hay que enviar mensajeros al Dárdan para explicarle la situación.

—Enseguida.

—Una cosa todavía, Brahma —lo detuvo Vrik antes de que el príncipe diese la orden de avanzar.

—Dime.

—Cambia tu montura por la mía. Puede que el primer choque con Abdalsâr sea a

caballo. Salman te servirá mejor que tu alazán de montaña. Es más alto y mucho más rápido.

—Así sea, Vrik de Belinor, y te doy las gracias.

Arrendado por su nuevo jinete, Salman encapotó la cabeza y piafó, semejantes caballero y corcel a figuras divinas.

Alzó por fin su mano el príncipe y el ejército avanzó, haciendo sonar atabales y cítaras mientras descendía las pinas laderas de las peñas y elevaba las notas de un antiguo himno montañés. Luego, en el llano, a poco más de una milla del pie de los montes, Arjun, Anandi y Álmor dieron el alto a las huestes. Brahma se volvió y saludó con una inclinación de cabeza. El *manu* levantó entonces la lanza con la enseña blanca y el estandarte del príncipe. Las tropas golpearon tres veces los escudos con la hoja de sus armas... y, abruptamente, el rito cesó.

Los cuatro jinetes tomaron sus caballos y con galope corto, recio, elegante, marcharon a través de los Campos de Amhor. El sol venía a su encuentro. La música montañesa los seguía aún a través de la distancia pero, a medida que el espacio la ensordecía, un cántico sutil, como surgido del ritmo del paso de sus monturas y perceptible sólo para sus corazones, se alzaba para sustituirla despertando una gesta de heroicos sentimientos. Y el nuevo estandarte de Brahma, el híbrido de serpiente y pavo real inscrito en un aro de oro sobre fondo azur, flameaba confiando su presagio al viento.

Apenas habían alcanzado el frente de Akis cuando los soldados extranjeros empezaron a proferir insultos. Algunos de ellos tomaban tierra o excrementos animales del suelo y los arrojaban a los jinetes, lo que obligó a estos últimos a guardar cierta distancia de la hilera de ofensores. No entendían Vrik ni Pradib, sin embargo, por qué debían mantenerse a poco menos de un tiro de piedra del frente enemigo cuando tenían toda la amplitud de los Campos para alcanzar la capital sin necesidad de soportar aquella violencia de improperios. Miraba Vrik de soslayo a su derecha y veía hombres desgañitarse como bestias, las bocas desencajadas, amenazantes los dientes, desorbitados los ojos, tosigantes los réspedes. Los más injuriaban en *akisgrán*, y sus gritos restallaban peligrosos; otros lo hacían en *mâurya*, y parecían capaces de manchar y emponzoñar el aire con su odio; unos pocos, todavía, profanaban el *ordumia* con abortos de palabras concebidos no para significar sino para aplebeyar y embrutecer lo que nombraban. Pero Brahma marchaba impasible, envuelto en su aura intocable y como si los miles de Akis lo recibieran con estallido de vítores. Y Brahma el *manu*, tan hábil y extraño sobre su cabalgadura, tremolaba soberbio el estandarte e hinchaba contento su pecho desnudo con el aire frío de la mañana, saturado de gloria.

Contemplando al príncipe y a su portaestandarte, que galopaban delante de él y de Pradib, Vrik empezó a olvidar aquel concierto de berridos; un murmullo golpeaba

desde la diestra, sí, pero no más molesto que el rosmar de las olas al acercarse a la playa cuando a caballo se avanza por la arena compacta con el agua besando los cascos. Pero al cabo de un rato, aquel murmujo como de mar enhadado comenzó a engarzarse al compás del galope creando un fondo musical, como de coro dionisiaco, para el cuarteto de percusionistas corceles. Entonces se operó el milagro y Vrik se preguntó si Brahma había sabido exactamente esto cuando le dijo que acaso se llevaría con estas tropas una sorpresa... pues la hilera de Akis empezaba a deshilacharse. Los soldados abandonaban de pronto la formación, solos o en grupos, para pasarse a las huestes del príncipe, lejanas ya en el Oeste, o para alcanzar los caballos que pacían en los ejidos de las aldeas y galopar hasta las fuerzas del Dárdan. Sorprendió esto de tal forma a sus jefes que nada pudieron hacer hasta que fue demasiado tarde y el férreo espíritu de grupo se hubo deshecho. Sus órdenes, entonces, restallaron en el vacío, pues los hombres que aún no habían huido ya no eran las células de un solo cuerpo dispuestas a responder ciegamente a la inducción del cerebro sino individuos, desconectados de pronto de la voluntad central del organismo y solitarios en su terrible libertad de elección. En aquella hora y a la vista del príncipe, un velo había caído de sus ojos, y los soldados del imperio lejano revivieron la gloria de los días de Kadír y de Kundalón el Grande, tiempos todavía demasiado cercanos y demasiado brillantes para enfriarse, mudos, en el sepulcro del olvido. Cuando Brahma alcanzó las puertas de su capital, el ejército invasor ya no existía.

Brahma y su escolta entraron en Eben por la puerta de Poniente. Hileras paralelas de soldados orillaban las calles y la Avenida Principal, que ascendía hacia la ciudadela, pero aquí reinaba el silencio. Sólo de los mercenarios surgía un murmurio, como lejano borbollar de aguas inquietas. El resto de las tropas en formación, regulares del regimiento capitalino y beduinos de Mankan, o temían a los *nurtan* introducidos en la ciudad, o dudaban aún de que aquel caballero escoltado por un prófugo, un simio y un príncipe de Dyesäar fuese Brahma de Tauris, o ponían en duda sus derechos al trono de Vântar, o estaban secretamente a favor del príncipe ebénida. Por eso una tensa y muda expectación reinaba en la ciudad mientras los cuatro jinetes la recorrían, erguidos sobre sus monturas y al paso, con el atabaleo de los cascos despertando un compás de incerteza en el empedrado de las calles. Se sentía girar el decreto del Destino en la ruleta aún indecisa del Zodíaco.

Estaban a medio tiro de arco de la ciudadela cuando las enormes puertas de hierro y madera se abrieron de par en par. Brahma divisó entonces a Abdalsâr, erecto y fiero sobre su potente bridón, en el centro de la plaza entre la muralla y las escalas que ascendían a la explanada del palacio. Vestía compacta armadura negra y su cabalgadura era gris, con cabos de ébano, danza nerviosa y resuello flamígero. En lo alto de la escala, vio Brahma un cadalso donde, en regios sillones adoselados, se

sentaba toda aquella nueva corte pretendidamente mesiánica y, bordeando la plaza, la guardia más fiel al gerifalte enemigo: *nurtan* y mercenarios.

—¡Ha llegado el rey de los monos! —ofendió Abdalsâr con voz grave. Y sus comparsas lo celebraron con una risa áspera.

La escolta del príncipe se detuvo cerca del umbral, pero Brahma condujo su corcel al paso hasta que sólo un tiro de piedra lo separó de su enemigo. Lo miró en silencio a los ojos, tratando de penetrar el secreto de aquel ser inmortal. Oscuros eran y brujescos; pozos foscos que seducían con hechizo de sirenas y, una vez se penetraba en ellos, se iluminaban con carnaval de espejismos.

«¡Aparta de ahí la mirada!» —exigió la Voz.

Y Brahma tuvo apenas tiempo de arrancar sus ojos de la ciénaga a la que caían con vortiginoso hipnotismo. Por un instante, el vulto hermético y milenarico del coloso colmó todo el espacio de su mirar; pero de pronto comprendió que aquel rostro se acercaba, que Abdalsâr atacaba, que el bridón galopaba y que él había derrochado momentos preciosos encaliginado en el sueño de una falsa contemplación. Espoleó a Salman, enristró a Márut, apartó todo pensamiento ocioso, y embistió.

No portaba lanza Abdalsâr. Embrazaba con la izquierda el escudo y volteaba en la diestra su espada negra. Había reconocido el arma enemiga. En el mismo momento en que recibiera el desafío de Brahma, cuando aún buscaba rabiosamente a su antiguo discípulo en el laberinto subterráneo y fuera de él, y sus esbirros no dejaban piedra sobre piedra tras las huellas del ladrón, el *Rishi Negro* había explorado esos espacios interiores donde todo se aúna en la pulsión de una misma vida universal tratando de hallar el sentido del reto que al rostro le arrojaban. Un velo lo envolvía, un velo demasiado luminoso para aquel ojo suyo que, en los espacios ocultos, zahoriaba mejor la obscuridad. Pero la mera presencia de aquel velo místico era ya bastante reveladora: el desafío del príncipe no era un acto arrogante e ingenuo: un Poder guiaba e inspiraba a Brahma, y Brahma con seguridad conocía la magnitud del poder que enfrentaba. Nuevamente, la Ley impersonal que rige la economía cósmica había equilibrado a su modo y con su humor peculiar los platillos de la balanza. Por eso el inmortal vistió armadura aquel día y esperó ver entrar, por la puerta de su predio, a una *Señora*. El Destino no le había decepcionado y Márut, a cuyo amo él quebrantó, retornaba tras los milenios a su encuentro... en la mano de un aprendiz de rey.

Había reconocido el arma enemiga y su primera preocupación era desraizarla de las manos de aquel héroe novato. Volteó la espada, abrió la guardia, dejó que la punta de Márut se acercase mortal al escudo... Entonces golpeó de fuera adentro con la hoja de su arma y la *Señora*, vibrante, voló. Abdalsâr obligó a un quiebro a su montura y galopó tras la lanza que aún rodaba por las losas de la plaza. Brahma frenó en seco a Salman, volvió grupas y arrancó tras el arma. El *Rishi Negro* estaba ya

sobre ella, inclinaba el cuerpo sobre el cuello del caballo, estiraba el brazo, rozaba la moharra con sus dedos, cuando el bridón pisó el asta y resbaló, arrojando a Abdalsâr lejos de Márut. Brahmo saltó de su bruto, corrió hasta la lanza; cuando puso sus manos en ella, el Electo de Maurehed estaba ya sobre él con la espada negra en alto. No había tiempo de incorporarse y parar el acero: agachado como estaba, Brahmo golpeó en círculo con la lanza, barriendo con el asta el suelo. Abdalsâr, desequilibrado por el estacazo y la sorpresa, cayó; pero se alejó rodando vertiginosamente de la punta que ahora lo perseguía arrancando chispas y chirridos de las losas que soportaran su cuerpo.

Pudo al fin levantarse y los dos rivales se contemplaron con furor y con respeto.

Aves negras voznaban en lo alto, volitando en espirales de ascenso sobre la plaza blanca. El sol la transverberaba con sus dagas de luz.

Una fiera alegría le corría por las venas al inmortal. Su oscura mística hallaba expresión en esta pelea y se sentía más cerca que nunca de su Señor... En muchos, muchos años, se sentía más cerca que nunca de su Señor. La Cabeza Negra, Maurehed, el viejo Maurehed, Maurehed el único, el mártir, Maurehed el Ojo escrutador de la Noche, el Guardián del Secreto del Abismo, se arremolinaba en torno a él como viento de agujas negras, invisibles en el aire límpido, al que minaban con su tremenda inspiración. El propósito para el que los *Rishis Negros* habían sido creados e instruidos estaba ante él en forma de prueba: aquí desembocaban todos los pasos, acciones, indirectos aproches con los que había hilado su estrategia. Aquí estaban, palpables, vibrantes, desnudos casi tras el fino velo de las formas, los dos Poderes primordiales: el Espasmo viril del Abismo y el soplo impotente del Empíreo.

«Dios existe —reverberó en la memoria del coloso el eco de la voz de su Señor—. Si no existiese, podríamos permitirnos ser mansos, pues el Azar excusaría el dolor de la Tierra. Lo que no perdonamos, lo que nos rebela, es la vergonzosa impotencia de Dios. Dios no alcanza la profundidad de nuestra madre la Tierra: con su dolor ingénito la Materia se ríe de Dios. Sufrid y dañad para que podáis reír con nuestra Oscura Madre; reíros de Dios para ser libres; sed libres en la yema de la Noche: quien por las sendas de la Noche transita desgranando obscura risa en remolinos de dolor escapa al ojo del Altísimo y con su mano destructora toca aquello que no alcanza la Mano creadora de Dios. Sed creadores: vuestra destrucción es creación verdadera: en las entrañas dolientes de la Tierra, hallad la musa de una negra inspiración: haced el mundo odioso a los ojos del Supremo pues Él, abandonando la Materia, os abandonó. Orgullosos de vuestra horfandad, mostrad a Dios su imagen en el espejo cóncavo del mundo: quien de Dios hace esperpento derecho tiene a llamarse Titán. Hijos, yo os muestro el triple camino del dolor, la risa y la libertad: esta es nuestra nobleza: quien lo recorre es Señor por derecho y a él se deben, esclavas, todas las razas del universo. Y, sin embargo, amad a Dios: si Él no estuviese en las alturas,

y no intentase palpar a ciegas, de cuando en cuando, la superficie del mundo, ¿qué justificaría nuestra senda? Y, sin embargo, cuidaos de Dios, pues cuando palpa la superficie del mundo, a veces, torpe y ciego como es, nos aplasta sin querer».

Fijos los ojos en su rival, estremaba ahora el coloso la visura de la dimensión oculta de Brahma; en los tornasoles de su aura hallaba las líneas del rostro de Ari y la huella de la mano del Don... aquellos dos viejos ingenuos que de los Reyes Antiguos creyeron la patraña de un mundo divino. *¡Príncipe, eres la herramienta de dos fatuos, como ellos lo son del Gran Embaucador!*, le habría gustado gritar.

Pues él, Abdalsâr, Belguresh, Dhanda el *Rishi Negro*, aspiraba más a convertir y transformar que a torturar y destruir. Del craso dolor de las criaturas se había alimentado Krissa, la hija de Maurehed, y el grito del quebranto de sus víctimas había sido para ella manantial de inefable dicha; Sarpa amó la aniquilación, y sentado sobre las cenizas de los reinos el titán río; Khripán se había gozado en la mentira y la seducción, tejiendo irresolubles marañas para la enemistad de los pueblos y sembrando de cizaña el corazón de los hombres. Para Dhanda en cambio, para él, que cerraba la tetrada de los grandes iniciados de Maurehed, nada podía compararse a la conversión del enemigo en discípulo: él era un Apostol de la Noche y a las criaturas portaba el Evangelio y la Iluminación del Abismo. ¿Dolor?: sí, porque abrir los ojos a la profunda soledad del hombre, perdido en la inmensidad de un cosmos vacío, errante entre las simas dolientes de la Tierra y los ríos desbordados de su sangre ígnea, lava irrestañable con sus penachos de fumarolas, era desgarrador. ¿Aniquilación?: sí, porque despertar exigía destruir todos los fantasmas de sueños celestes y bienaventuranza que en torno al hombre voraginan con su simulacro de esperanza y compañía. ¿Mentira?: sí, para responder a las falacias de Dios y descender, peldaño tras amargo peldaño, hasta la Verdad última y tenebrosa. Pero, sobre todo, transformación: ¿no era esta la clave definitiva de Maurehed? Pues ¿qué mundo podría resultarle más odioso al Divino que aquel en el que todas las criaturas que Él concibió y engatusó con espejismos místicos le arrancasen por fin el velo y se riesen de sus vetustas, impotentes vergüenzas?

Movió contra Brahma las fuerzas primordiales del instinto tal como hiciera con Leb, pero en el aura impecable del príncipe se rompieron inútiles las olas turbidas.

Salman relinchó y golpeó con las manos el aire, rozado por un eco de la ira de las fuerzas que Abdalsâr conjurase.

Ahora el coloso atacó apelando a su memoria y poder milenarios. Avanzó rápido y aniquilador, con pasos de vendaval, con golpes de avalancha. Fintó, avanzó, fintó, empujó, desplegó su abanico de mañas guerreras, evitó, avanzó, golpeó, extenuó. Brahma se vio obligado a retroceder casi hasta un extremo de la plaza. Paró, evitó, retrocedió, evitó, se zafó, retrocedió, fintó, reculó, retrocedió, retrocedió...

En el cadalso, la corte devanaba el sincopado graznido de una risa satisfecha.

Permitiéndose un gesto de nobleza, con andar arrogante, Abdalsâr volvió al centro de la plaza dando a su rival espacio y un respiro. Apenas había recuperado Brahma su posición de combate, cuando una lluvia de tajos dejaron desesperados gemidos en el aire mientras el príncipe se agotaba esquivándolos. Sólo el último lo contuvo con el cuerpo de su lanza; y un clangor sumió la plaza en una nota grave y presagiosa, como la muerte que pregonaba una campana.

El rostro del titán estuvo entonces más cerca que nunca del rostro de Brahma, un rostro sin edad, más allá de la fealdad o la hermosura, un rostro de atlante que soportase una carga antigua e inmensa y cuyas células estuviesen unidas por secretas costuras de dolor. Su aliento rozó el sentido del príncipe, un aliento extraño, mareante a ratos como alcanfor, a ratos envolviendo en efluvios de dulzura el agror de una esencia mefítica.

Abdalsâr presionaba con la hoja de la espada aplastando la resistencia que el príncipe oponía con el asta de Márut. Brahma cedió entonces de golpe, el titán se precipitó hacia delante, el príncipe se sustrajo al tiempo que guiaba con la lanza la caída de Abdalsâr y golpeaba con la moharra su cabeza.

El coloso estuvo de pronto a los pies de Brahma, aturdido, con un rayo de sol cegándole los ojos. Levantó para tajar el brazo de su acero, pero el príncipe alejó de una patada la espada negra. El Poder que lo colmaba estaba en el clímax de su fuerza y concentraba ahora, en este instante, su efusión. Brahma alzó la lanza aferrando el asta con dos manos, apuntó el aguijón al corazón de su enemigo y con un grito...

En el aire quedó clavada la lanza. Un visaje de trágica grandeza pintó un instante el rostro del caído, vuelto mortal bajo la amenaza de la *Señora*... y Brahma no pudo culminar el sacrificio. Quería matar, y no lograba hacerlo. Apeló a su interior, apeló al amo de la *Señora*, apeló al Don... y un silencio imponente, brutal, gélido, injusto acaso, le respondía. El *Rishi Negro* a sus pies era un diablo, ¿qué podía esperar de él más que nuevas y traidoras estrategias? Y sin embargo, no podía culminar aquel sencillo gesto de transfixión. Le miró a los ojos y allí, en lo insondable de aquellos pozos negros, le pareció ver brillar, lejanas, muy lejanas y minúsculas, dos luciérnagas, doradas e ignorantes de sí mismas.

Apartó la lanza y con un gesto de su cabeza que no pudo reconocer como propio le exigió que se marchara.

Un chasquido unánime rompió el silencio tenso de la plaza. La guardia de Abdalsâr había flechado sus arcos y esperaba sólo un guiño de su señor para acabar con los cuatro intrusos. El titán se incorporó, dueño de la situación otra vez. Contempló a Brahma desde su estatura gigantesca con un resplandor indefinible en sus ojos que el príncipe tardaría muchos, muchos años en poder comprender. Hizo un gesto de odio infinito, dando con él a sus esbirros la orden de partir. Montó su caballo y sin mirar atrás, sin ser capaz de entender él tampoco la fuerza que lo impulsaba en

aquella hora, cruzó para siempre la puerta de la ciudadela.

XLI



Mándos habría querido caer de rodillas a los pies de Alayr, pero la Dama le tomó de las manos y se lo impidió. Habría querido hablar, pero ¿podía haber algo más fútil, más absurdo, más impropio que las palabras en aquella hora? Porque ¿qué palabra podría haber sido digna de aquel momento, de aquel encuentro, de aquel oleaje de sentimientos que exaltaba el corazón del Señor del Mar hasta cimas de experiencia inefable? ¿Qué palabra habría poseído la fuerza épica, la lírica evocadora, el poder revelador, para cristalizar aquel instante en cadencias de Verbo humano?

A un lado, la crisálida de Alayr, que fue Alayr; al otro, Alayr, nacida de sí cuarenta años atrás, con el cuerpo de una adolescente, el porte de una diosa y la mirada de un ser sin edad. Nunca se sintió Mándos más cerca de su propio centro y, a la vez, más fuera de sí... nunca. Al contacto de aquellas manos, a la luz envolvente de aquellos ojos turquesa, Mándos sentía que la vieja piel de Mándos caía, y Mándos respiraba un aire ligero como el éter en una expansión ilimitada de su pecho. Su pasado resplandeció con nueva luz y vio ante sí, en un solo retablo, todos los aconteceres de su vida, las horas que colmaban los días y los días ahilados en años, vio el mapa de los surcos de sus años, llenos de dicha y pesadumbre y gloria... Y descubrió con gozo y asombro que era la memoria de otro. Era la memoria de aquel Mándos inefable que Mándos abandonaba ahora, peregrino entre una vida acabada y una vida que le aguardaba, reservándole un destino y un nombre en un porvenir aún no surgido del útero de la eternidad. Peregrino era ahora Mándos, libre de las vestiduras de sus hábitos, libre de su piel de querencias, libre de su carne de ideas, libre de su médula de recuerdos, libre de la substancia de sus metas... libre, luminosamente libre, en el colapso de todo lo que define y limita a un hombre. Libre y niño era el peregrino; doblemente peregrino era ahora que en la Tierra terminaba su peregrinar.

Soltó su mano derecha de la mano de Alayr y con un gesto de amor humano y divino rozó los cabellos dorados de la Dama, espuma de mar hilada con rayos de sol.

Comprendió de pronto, sin que nadie se lo insinuase, que casi todo un día con su noche había pasado allí, a los pies del Misterio y se dejó conducir, a través de hondas millas de nieve, hasta el último umbral de su viaje. Antes de partir volvió la vista atrás; no para mirar una vez más el cuerpo-crisálida de la Dama, sino para contemplar por última vez la crisálida de Mándos, flotando solitaria y espectral en el aire límpido del alba. Cabalgó entre Alayr y Yâra, precedido por el príncipe Dión. Una docena de *shaktis* los escoltaban, y las rojas vestiduras de las guerreras del Mahat ensangrentaban la nieve inmortal de las cumbres. En aquel silencio blanco se acendrabá la comunión de los viajeros, y el lenguaje era un intercambio mudo y consciente de experiencias y sentimientos. La altura, el aire, la nieve, el azur del cielo y la crencha áurea del sol destilaban en el oído de Mándos el hilo de una sinfonía suprahumana.

En esta última etapa de su camino, Mándos no sintió pasar el tiempo: hubo primero un mar blanco sobre el que vibraba la gloria de un aire frío y fulgente; hubo luego una densa niebla helada paseada por los vientos; hubo por fin tierra seca y templada cuando el Portal del Arco Iris Permanente se alzó ante el grupo, que emergía de la ciega bruma, inaugurando con su grandeza y magia el Oasis de las Nieves.

Cientos de caracolas sonaron entonces celebrando la llegada de los peregrinos y fue como si el espacio ilimitado clamase el *Om* del Génesis.

El Señor del Mar, que creía haber conocido todos los extremos de belleza y de misterio en aquel último viaje suyo, se sorprendió aún al hallarse a los pies del macizo que afortalaba Kamalám, el cuartel general de las Órdenes. Azul-acero era la inmensa muralla natural bajo la luz del zenit; una hendidura en forma de uve la dividía, grande y evocadora como la matriz del mundo, y cubierta por un arco iris inextinguible. A través de sus hondas sinuosidades marcharon, hechizados, los jinetes, bañados por la lluvia de los siete colores del arco luminoso. Y de pronto, tras la última curva del paso angosto, la gran llanura de Kamalám se abrió ante ellos inscrita en el circo del macizo azul-acero, en cuyas paredes rocosas, rodeando el inmenso espacio abierto de la fértil vega, habían sido labradas las siete antiguas ciudades sumânoï que ahora ocupaban las siete Órdenes de los Anillos.

Una campana sonó a lo lejos fundiendo en un solo tañido cosmogónico el clamor de las caracolas. Aves blancas volaron desde las altas terrazas de las siete ciudades. En el centro de la llanura, resplandeció el mármol blanco de un palacete enjardinado y la compañía galopó hacia él a través de prados de perennes floraciones.

En el umbral exterior de este palacio silencioso, concluido poco tiempo atrás para acoger los restos mortales del Don rescatados de la pirámide de Krissa, recibieron a los viajeros los Señores de Kamalám. Allí encontró Mándos, después de cuatro décadas, a sus grandes camaradas de las guerras imperiales: Libna la Blanca, Dama

del Arco, y los siete Caballeros de los Anillos, para quienes el tiempo había pasado casi sin dejar la huella de la edad. Allí conoció a los nuevos Maestros de los Cinco Pilares, pues los que vieron el fin del Viejo Imperio y la Segunda Conflagración ya habían muerto. Allí añoró a los Guardianes de las Llaves. Allí recibió a Mándos Mayúr, y en el Cáliz del Conocimiento le ofreció el vino de la bienvenida. Larga y profundamente, mientras el icor de la uva le llenaba la boca y le alegraba su pecho cristóforo, contempló el Señor del Mar a aquel joven que pocos meses atrás conociera en Dyesäar como Inca, escudero de Brahma el príncipe ebénida. Y era Mayúr aquel al que ahora llamaban Jiva, Señor de la Vida, y comprendió Mándos por qué era Jiva, precisamente, quien le daba a beber del mosto de la vida a las puertas de su muerte. Aún Ida le pendía del cinto a Mayúr; era su rostro lejano y sus ojos, ventanas al universo.

Y cuando descabalgaron, una de las *shaktis* pidió la venia de su capitana y se apresuró a besar la mano de Abnüel, el Caballero del Segundo Anillo. Era una muchacha de piel blanca y ojos profundos, con una huella del abismo; un sortilegio de negrura le caía, rizándose, hasta los hombros y en su semblante había como un trazo permanente de lustral tristeza. Se llamaba Yâra, igual que la compañera de Alayr, y a Mándos le fue narrada poco después su historia.

Visitó entonces Mándos el sepulcro del Don en medio de los jardines. Un túmulo de alabastro aposentado sobre tierra rojiza, cubierto siempre de flores, se alzaba modestamente bajo un toldo con los colores de las Órdenes. Junto a él crecía un árbol grande, frondoso y colmado de vida; sobre el toldo se inclinaba, aparrando sus vastas ramas, dando sombra a todo el contorno del sepulcro y descargando lluvias de aromosas flores amarillas. Aduendaban su copa pequeños esquirols que jugaban a dejarse caer sobre el toldo, a columpiarse en él, a perseguirse alrededor del túmulo rayando de ingenua alegría la trascendencia y el silencio sepulcrales. Y el guardián de la tumba, alto y delgado y sereno en sus blancas vestiduras, lejano y hierático como alguien entre dos mundos, los contemplaba indulgente como a niños. Numa se llamaba, y también su historia brava alimentó las horas de Mándos.

Durante días y días, Mándos recorrió Kamalám. El tiempo había dejado de significar algo para él: delante, metas ya no había; detrás, su memoria no era más que una nimia sala peculiar del gran museo humano colectivo; y Mándos avanzaba suavemente como nave a la deriva llena de confianza en el viento que la empuja, agotando de hora en hora el impulso original de su vida. Pasó así un tiempo en la colonia de los *manus*, que tenían su asentamiento en la llanura, no lejos del Mahasamadhi del Don. Pasó un tiempo también con un grupo de Sumânoï llegados al Oasis de las Nieves pocos meses atrás. Eran estos hijos de los hijos de los hijos de los escribas de los Reyes Antiguos, y hasta que llegaron de tierras sin nombre a Kamalám no supieron los hombres que todavía quedaban en el mundo miembros

esparcidos de la Tercera Raza. Con ellos y con los Señores del Oasis meditó Mándos en el Kalimandir, penetró en la memoria de Kamalám y experimentó en su propio ser el *Dolor de los Recuerdos*... Así llaman los iniciados a la llaga viva que el Sacrificio del Don dejó en la memoria de la Tierra; y quien la siente vive y conoce los últimos días del Rey.

Vivió Mándos en cada una de las siete ciudades labradas en la roca del macizo y elevadas muchos pies sobre la vega. Conoció la obra de las Órdenes y de los Cinco Pilares, visitó y escudriñó las bibliotecas, y le fue abierto el paso al Arca de Libur donde se guarda *El Libro de las Efemérides* y la vasta literatura del Don, de la que ya casi no existen copias en toda la Tierra. Conversó con los Maestres y las Damas y los Caballeros como quien, por carecer de nombre, de meta, memoria y límite, está a la vez saciado y sediento de todas las cosas. Comprendió que Kamalám no sólo era el refugio de la vieja cultura, sino que allí, elevada sobre el mundo pero no alejada de él, proseguía la creación de las obras más sutiles del espíritu. Y comprendió también, a la vista de todo lo que le rodeaba, por qué el primer objetivo de Sarkón el Exiliado, antes incluso que detectar, subyugar, esclavizar y aniquilar a sus enemigos, había sido arrasar la cultura imperial incitada durante mil años por el Rey... pues tal destrucción era la garantía del embrutecimiento humano; y la brutalidad, el sello de su victoria.

Sin embargo, con los Maestres de los Cinco Pilares y Libna la Blanca, con los Caballeros de los Anillos y los Guardianes de las Llaves, en quienes se había esenciado el mundo antiguo, la cultura milenaria de Ordum había refluído hacia las cumbres para ver pasar la historia a sus pies y retornar, a su tiempo, al mundo. Como alma que, hilando en la rueca divina, lanza de vez en vez su mirada a la vida a través del cuerpo al que está vinculada, y poco a poco su influjo instila en el devenir humano, Kamalám brillaba secretamente en la cima del Mahat como un astro de luz lejana.

Y llegó por fin el día. Mándos y Dión fueron conducidos a aquella pequeña cámara en la que el Don, más de mil años atrás, realizara sus últimas austeridades antes de descender a las tierras bajas y fundar su imperio. Era una sala abovedada, el techo y las paredes de amatista, el suelo de roca desnuda, y no había allí más que una piel de tigre y una mesa en la que reposaban un libro, una espada y el cáliz de oro arcoíris, en el que el Rey Ban bebió el veneno de su sacrificio. Jiva ofreció entonces a Dión y a Mándos el vino del adiós y en el umbral los abrazaron los Señores de Kamalám con un gesto que tenía más de saludo que de despedida.

Mándos y Dión se parecían en aquella hora: un mismo mirar, infantil y eterno, les brillaba en los ojos; en sus rostros acampaban serenas alegrías, pero lejanas e incomprensibles como las de los locos; y sus cuerpos parecían ya carentes de molde o estructura, humo cuajado un instante para configurar al filo del crepúsculo una forma sugerente y efímera. Tras ellos se cerró la puerta de la cámara y la luz amatista de la

roca bañó sus últimos momentos terrenos. Intuitivamente, eligió cada uno su lugar en la sala. Se sentaron en la búdica postura de los meditantes, las piernas cruzadas, bien erguida la espalda y la respiración calma, regular, equilibrando el paso del aire y el ritmo del alma. Percibieron entonces que la luz exterior cambiaba espontáneamente y que la atmósfera se doraba con cintilaciones que portaban como ecos musicales de parvas esquilas. Inspiración y espiración se fundieron en una inmóvil posesión del aire; sístole y diástole se colapsaron en una vibración plena, mántrica, perenne, y el péndulo del tiempo cesó... cesó el vaivén de dualidades. Como un rayo pulsante notaron el eje de la espalda entonces; templado, cálido, ardiente, les colmó de una luz inhumana y melódica, y reclamó después todo lo que ellos eran, succionándolo. La materia de sus cuerpos se estremeció, tremoló, vibró más y más rápido, hasta que una mística ignición vulcanizó la base física y transformó los átomos en raudales de energía consciente.

Ni una leve inquietud o temor asoló a los príncipes del espíritu en aquella hora; una calma y una dicha suprahumanas los rociaban mitigando los ardores de la interna pira mística. La luz de la Tierra se apagaba, pero al mismo tiempo y en la misma medida se abrían sus ojos a una luz mayor; la mente individual se rendía, pero al mismo tiempo y en la misma medida se sentían vivir en millares de seres; la materia de sus cuerpos se fundía, pero al mismo tiempo y en la misma medida se incorporaba su energía a la suprema Panergia. Y en las espirales ascendentes de la energía consciente de Mándos cintiló todavía, lúcido, un pensamiento: que la Muerte caminaba detrás borrando las huellas, soplando el humo de las imágenes terrestres que fueron Mándos y Dión, pero que nunca alcanzaría a los dos peregrinos del Más Allá y que por más lejos que los siguiese en el camino inefable que ellos abrían ahora, la Muerte siempre llegaría tarde.

Y este último pensar dejó en la atmósfera del mundo una estela de dichosa trascendencia.

XLII



Dhanda partió como un vendaval que arrastrase consigo los despojos de muchas cosas. Todos los que veían abandonar la ciudad al que habían conocido como Abdalsâr, capataz de los Olpán, pero del que nadie dudaba ya que fuera el alma de la conspiración, todos los que se sentían en una u otra medida conspiradores con él, temieron en aquella hora el cambio de los tiempos y sufrieron dudas para las que no había un lapso de reflexión. ¿Qué haría el príncipe ahora? ¿Qué justicia aplicaría o qué venganza? ¿Qué reino traía Brahma a este mundo, si en verdad era Brahma de Tauris quien había vencido y expulsado a Abdalsâr? No sólo los mercenarios del partido de los nobles se unieron apresuradamente al cortejo derrotado del *Rishi Negro*, sino también muchos ebénidas. Estos, a pie o a caballo, marcharían unas pocas millas tras el vencido, como si no pudiese haber ya para ellos, en los vastos espacios del mundo, otra senda que la encabezada por aquel que tratara de violar, en las intrincadas rutas del tiempo, el porvenir del reino. Mas cuando Dhanda se encontró con el grueso de sus tropas *nurtan* al otro lado del Deva y, sin una mínima mirada de consideración a los desarraigados que por inercia le seguían, sin siquiera percibirlos acaso, se lanzó endemoniado a las temerarias distancias del mar arena, comprendieron aquellos que los caminos del exiliado no eran los suyos. Y pasado el tiempo, enfriadas las ascuas del miedo, sedimentada la inquietud, en lentísimo goteo, retornaron.

Sólo a los responsables directos de la conspiración se les impidió partir y la corte fue detenida allí donde había creído ver sellado su triunfo. Los hombres de Mankan, capitaneados por un joven y desconocido oficial ebénida, Manzúr Imôl-Leb, se hicieron dueños de la situación en cuanto el clamor de los partidarios del príncipe publicó su victoria. Se movieron rápida y eficazmente, ocupando los puestos de control de la ciudad, las moradas de los conspiradores y los edificios de las principales instituciones del Estado. La operación fue tan inmediata, eficiente y minuciosa que apenas podía creerse que hubiese sido dirigida por un oficial menor y sin experiencia. Sólo cuando Manzúr reveló al príncipe y al nuevo Consejo del Reino

que hasta la última de sus acciones había sido inspirada por Leb Imôl-Merkhu, se hizo luz en el misterio. Pero esto no ocurrió sino algunas semanas después de la coronación.

Durante todo aquel día estuvieron llegando tropas y delegados a Eben. Entraban por la puerta Norte de la ciudad, recorrían la Avenida Principal hasta la ciudadela bajo lluvias de pétalos de rosa, vitoreados por los ebénidas, y en lo alto de la escalera que ascendía a la meseta del palacio eran recibidos por el príncipe Brahmo. Llegaron primero las huestes que condujera el mismo príncipe: los hombres de Ôrkan y Loth, con el aire rudo, grande y frío de los montes; los eternos, humildes y sublimes como ángeles; los *manus*, que parecían surgidos de brumas ancestrales y en cuyos ojos brillaban fuegos de lúcida, serena intuición; y los *compañeros* que con Brahmo habían marchado desde Koría y el Swar. Los recibió la capital lanzando al aire centenares de palomas blancas, que aletearon tumultuosas en el azur del aire.

Arribaron después los leales del Cinturón Fértil. La reina y su guardia abrían el desfile. Montaba aún Dama Esha el caballo de Bâldor, castaño, alto y triste; y cuando las gentes vieron aparecer sana, salva y triunfante a su Señora, elevaron sus vítores a la gloria de un cántico. Elthen de Thúbál la seguía, con sus hombres y con delegados de Assur y Naor, que, después de haber depuesto y apresado a sus jefes, querían pedir el perdón para sus tropas a los pies del príncipe. Cerraban el cortejo los *compañeros* que guiaban las mixtas legiones del bosque.

—Señor... —saludó Dama Esha a Brahmo.

Pero Brahmo se arrodilló y le besó la mano ante todo el pueblo.

—Para vos seré siempre sólo *hijo*, Señora.

—No se me esconde que conocéis ya el secreto de vuestro nacimiento, hijo de mi hermana Yâra y del héroe Mayúr.

—¿Vuestros sueños, madre?

—Mis sueños, hijo, siempre han sido lúcidos y me han insinuado cosas que la distancia y el tiempo, ingenuamente, velaban.

—Lo sé. Por ello y por otras muchas cosas seréis la más valiosa de mis consejeros.

—Hijo mío y rey, ¿cómo podría yo aconsejar todavía a quien tiene en su propio oído la Voz del Don?

—¿También esto, madre, os lo han revelado vuestros sueños?

—Además de sueños, Brahmo, tengo ojos —respondió Dama Esha con media sonrisa y, silenciosa, se colocó a la derecha del príncipe para no estorbar la pleitesía de los que llegaban con ella.

Saludó Elthen de Thúbál con marcial respeto, hincando honda en el suelo una rodilla viril. Pero Brahmo lo alzó y lo abrazó con sentimiento. Luego, como notara los ojos de aquel gran capitán buscando a su hermano entre los héroes que lo

rodeaban, le señaló a Álmor. Allí, a la vista del pueblo, ambos hermanos entrechocaron sus pechos mallados y se besaron, y en su abrazo recio y triste quedó manifiesto todo lo que habían ganado y perdido en la guerra.

Caía, amatista, el crepúsculo cuando las tropas de Ishkáin entraron en la ciudad con Kichu Dárdan y Archo el Negro al frente. Venían con ellos delegados del ejército de Akis que, sinceros y humildes, se arrojaron a los pies del príncipe.

Pero la impaciencia de Vrik no supo esperar hasta el final de la ceremonia. En cuanto consideró llegado su instante, dejó aquella tribuna de vencedores y corrió por las calles abarrotadas hacia el barrio de pescadores. Por nada del mundo quería escuchar el presentimiento que lo acosaba y que lanzaba su corazón a un desesperado aleteo. Abriéndose camino como podía en una ciudad en que las gentes desfogaban por todas partes su alegría, alcanzó la puerta de Levante, descendió por la cuesta del río, se apremuró por las angostas callejas del suburbio hasta su extremo oriental e irrumpió en la vieja casucha de Leb.

Cristalizó entonces en certeza su premonición. La casa estaba a obscuras, los postigos de las ventanas cerrados, y, aunque nada faltaba allí, todo respiraba un aire de triste abandono.

Vrik cerró la puerta tras él, abrió las ventanas, dejó que entrase el aire, se sentó en la silla de Leb y durante rato y rato, mientras el corazón se aserenaba, se hizo la ilusión de estar esperando al maestro. Sabía, sin embargo, que no vendría. Sabía incluso por qué no vendría, aunque era demasiado pronto para decírselo a sí mismo con la diafanidad de las palabras. Allí sentado y solo, con el aire de Diciembre cerceando desde el Deva y añadiendo un soplo frío a la frialdad de la ausencia, Vrik rememoró las horas pasadas con Leb en aquel estudio pequeño, pero tan vasto para él como los océanos del pensamiento y de la vida interior. Todavía la fragancia peculiar del lugar aromaba la estancia; esencias de té, tomillo e incienso refrescaban siempre la atmósfera de la casa y sorprendían agradablemente al que llegaba del exterior, tras sufrir el tufo habitual de la barriada. Y aquella fragancia punteaba ahora su memoria excitando recuerdos y emociones lejanos, transmudados tiempo atrás a los desvanes del olvido.

Paseó la vista por todas las cosas, suelo, paredes, objetos: nada faltaba allí... nada, bajo la ausencia pesante del maestro y el amigo; nada, salvo la huella cotidiana de su presencia, el rastro del pensador y el escritor, sus obras y herramientas esparcidas desordenadamente sobre la mesa de trabajo... tan solitaria ahora.

Y entonces lo vio. Allí, en una esquina de la mesa, aquel elemento extraño, nuevo en la casa, disimulado bajo un barniz de naturalidad que lo hacía aparecer como algo perteneciente desde siempre al lugar, consubstancial a él, a Leb. No era más que la punta de un colmillo de elefante blanco, curva y labrada, con figuras incomprensibles y antiguas, irradiando un extraño poder. Vrik había conocido la existencia del *Kiran*

por Ébenim primero, cuando aquella noche ya lejana de Naor en que apenas empezaba su aventura, el agente de las Órdenes le llenó los oídos de misterio con aquel nombre exótico. Supo del *Kiran* después, a lo largo de noches prodigiosas que dejaban más y más atrás el Swar, más y más atrás el embrujo de los montes rotundos y azules. Thâre, misionada para ello por Mándos y Dión, a la luz de una hoguera campestre, en esas horas al filo de los sueños que habita un sacramento informe, reveló al príncipe y sus *compañeros* el secreto eterio que ya en Ishkáin confidenciara. Ahora, el objeto minuciosamente descrito por la mujer de los valles, aquello que tantos y tan inútiles trabajos había costado al *Rishi Negro*, estaba ante Vrik, al alcance de su incrédula mano. Cuando la alargó para tomarlo, tropezaron sus dedos con algo que, bañado por las sombras crecientes de la tarde, no había percibido aún. Más adelante confirmaría lo que ya en ese instante sospechara: aquellas eran las Llaves de la Torre del Rey.

Los tesoros en la mano y azuzado por la urgencia de presentarse con ellos ante su príncipe, Vrik abandonó la casa de Leb. Y tardaría en retornar a ella.

Una sombra oculta lo vio salir entonces. Se cercioró de que el joven portaba el colmillo y las llaves, espió su camino y lo siguió escondidamente hasta la seguridad de la ciudadela. Después, Manzúr volvió a su puesto satisfecho y nunca nadie supo que había cumplido también esta encomienda del maestro.

Era ya de noche cuando Vrik alcanzó el palacio. La ceremonia de recepción había terminado cerca de dos horas atrás. Las grandes puertas palaciegas estaban abiertas de par en par y los guardias indicaron al Belinor dónde podría hallar al príncipe y al recién constituido Consejo Real, del que él, como miembro del Círculo de Koría, formaba parte y era esperado desde hacía rato. Como el joven consejero no conocía el edificio, enviaron a uno de los centinelas con él. Brahmo no había perdido el tiempo y en una de las grandes salas de la Regia Mansión había reunido a sus íntimos, a sus leales, y empezado a tomar las disposiciones más inmediatas para la restauración del reino.

Subía Vrik la majestuosa escalera hacia el salón del Consejo, cuando un grupo de cuatro sacerdotes se cruzó con él. Marchaban violentos, aplastando más que pisando los peldaños, nervioso el manteo de sus negras capas talaes y la boca llena de denuestos. Al *compañero* del príncipe ni lo miraron y pasaron junto a él con altivez de gerontócratas.

—¡Dios mío! —murmuró Vrik haciéndose a un lado de la ancha escalera para que no lo atropellaran los sombríos hierofantes.

—Pues ellos creen que es enteramente suyo, señor —le susurró el soldado—. No lo tendrá fácil con la iglesia el príncipe.

—¿Qué buscaban aquí?

—Desde las puertas se han oído sus berridos. Querían officiar la coronación del

príncipe.

—Parece que se van sin conseguirlo —sonrió Vrik.

—Peor, señor: el príncipe les ha devuelto rotos el viejo y el nuevo concordatos.

—Y todavía no ha empezado a reinar...

—El Señor Brahma viene con otros bríos que el rey Vântar.

Llegaban al final de la escalera y las voces del Consejo emergían clarividentes y prometedoras del gran salón.

—¿Qué pensarías tú, soldado, si el príncipe proscribiese la iglesia?

—¿Yo, señor? Echaría las campanas al vuelo, pero no todo el mundo piensa en Eben como yo.

Y señalando el arco de una puerta luminosa al final del amplio corredor:

—Es ahí, señor consejero.

Vrik recorrió el pasillo pensando el efecto que causaría en sus amigos el tesoro que portaba en sus manos, envuelto en su capa. La conversación de los reunidos alrededor de la gran mesa del Consejo era tan absorbente en aquel momento que nadie se fijó en él cuando se detuvo en el umbral contemplando la sala, iluminada por altos y hermosos lampadarios, y paseando su mirada por todos aquellos seres que encarnaban la esperanza de los nuevos tiempos. Diez veteranos del primer núcleo de *compañeros* estaban allí; a este se había incorporado Bárak tras la partida de Melk y la muerte de Lôhn, ya en los primeros tiempos de Koría. También los cinco que la historia llamaría los *Mensajeros* formaban parte del recién creado Consejo Real: Ulán Draj, Álmor de Thúbal, Yrna, Arolán y el mismo Vrik. Arjun, Anandi y Brahma el *manu* traían la voz de las montañas; Kichu Dárdan y Archo el Negro, la de Ishkáin; Pradib, la de Dyesäar; Thâre, la de los valles; y Elthen de Thúbal, la del Cinturón Fértil. Dama Esha, la princesa Usha y el príncipe Brahma completaban lo que llegaría a conocerse como *Segundo Círculo de Koría* o *Círculo de Koría Ampliado*, siendo el original el que constituyeran *Compañeros* y *Mensajeros*. Pero pronto las designaciones de *Consejo*, *Círculo de Koría* y *Compañeros del Rey* acabarían por confundirse, pues en la práctica significaban lo mismo.

Vrik se deslizó al único asiento vacante, en el extremo de la mesa ovalada opuesto al príncipe. Hablaba Brahma en aquel momento. Los apremiantes temas organizativos y las cuestiones prácticas de gobierno habían quedado atrás por ahora y todos escuchaban, arrobados, evocar aquellos acontecimientos que nadie había entendido plenamente aún.

—No, no había ningún motivo para que no acabase al *Rishi Negro* en el campo del honor. Era un duelo. Los dos habíamos luchado limpiamente. Márut vibraba en mis manos y aquella negra inmortalidad que sólo podía cesar por la *Señora* estaba a mis pies, presta para el golpe de aniquilación. Muerto Abdalsâr... o Dhanda, o como quiera que se llame, los *nurtan* habrían terminado por desaparecer. Vivo, los

Escorpiones del Desierto siguen siendo una de las principales amenazas que pesan sobre Ordum... y turbarán por siempre nuestros sueños.

Un eco sutil de sus palabras se prolongó en el silencio, hiriéndolo.

—Pedí una señal —añadió todavía Brahma—. Dios sabe que con la lanza alzada para culminar el sacrificio pedí una señal. Si la hubo, fue Su silencio. Señal más terrible aún que el trueno.

—Y sin embargo —intervino el *manu*—, Abdalsâr también se portó noblemente contigo al final.

—Me fijé en él cuando partía —dijo Pradib—. Tenía el gesto ausente, un raptó en la mirada, parecía sonámbulo... Me dio la impresión de que ni él mismo sabía por qué respetaba los términos del duelo.

Las palabras del príncipe sureño adensaron el enigma. Por momentos, nadie habló. Las llamas de las velas de los lampadarios se mimbreadaban y sostenían las sombras una danza arrítmica y muda. Entonces Thâre, como en aquellas noches sacramentales entre el Swar y los Campos de Amhor junto al calor de una hoguera amistante, dejó oír su voz tímida:

—No es a vos, Señor, a quien debería resultarle incomprensible vuestra actitud y la del *Rishi Negro* —se sentía demasiado insignificante entre todos aquellos héroes para usar con el príncipe el trato familiar al que él la incitaba y al que ella se atrevía en contadas ocasiones.

—Explícate.

—Señor... —le temblaban ligeramente los labios, como siempre le ocurría, en los primeros momentos, cuando tomaba la palabra en medio de una reunión, por más reducido que fuera el grupo al que se dirigiese—. ¿Qué hizo Dama Alayr con Sarpa? ¿Lo sacrificó acaso?

—Lo cambió. Lo devolvió a Mayúr, su ser primero.

—¿Y no es Mayúr vuestro padre? Vos, Señor, deberíais entender mejor que nadie estas cosas.

—Pero yo no he cambiado a Dhanda, Thâre. Sólo he dejado que el titán siga su camino y que con él campee el peligro.

—¿Y quién conoce las consecuencias lejanas de vuestra acción? Los *Rishis Negros* no son como el resto de los Electos de Maurehed. Son Poderes caídos. La perfección última de nuestro mundo exige verlos levantados otra vez. Una única y misma Fuerza detuvo vuestra lanza y se llevó al coloso en las alas de un impulso inconsciente.

Brahma recibió las últimas palabras de Thâre moviendo la cabeza con gesto de aceptación y sometimiento.

—Me inclino ante ti, mujer de los valles. Thâre le devolvió tímidamente el gesto.

Fue entonces cuando Brahma descubrió a Vrik, y cambiando repentinamente su

tono de voz y su humor:

—¿Dónde estabas, Lobežno? Lamenté de verdad empezar la primera reunión del Consejo sin ti. Pero te brilla el rostro, amigo mío. Te brilla con una expresión tan pícaro que me recuerdas a Inca, mi viejo escudero. ¿Qué traes ahí? Parece que quisieras sorprendernos a todos... pero mira que no te sorprenda yo más con lo que voy a mostrarte.

—Agradezco el mote, Brahmo. Desde que el Lobo de Ôrkan se incorporó a nuestras filas, ya nadie recuerda que mi nombre es Lobo también.

Se levantó y con el burujo de la capa en sus manos caminó hasta el otro extremo de la mesa. Lo depositó ante el príncipe y lenta, ceremoniosamente, empezó a desenvolver lo que los pliegues de ropa ocultaban. Ante los ojos incrédulos de los presentes se hicieron visibles las Llaves y el *Kiran*.

—¿Dónde...? —musitó Brahmo.

—En casa del maestro.

—Entonces ya no cabe duda de que fue él quien detuvo a Abdalsâr a las puertas de la cripta.

Mira.

Brahmo le hizo notar a Vrik un montoncillo de papeles sujeto por un balduque, que había a su lado sobre la mesa. Vrik se había fijado en él apenas llegar; le llamó entonces la atención con raro apremio, con fuerza inusitada, y ello le extrañó tanto más cuanto que no pasó de creerlo un fajo de regios documentos oficiales. Ahora, atónito, más sorprendido aun que cuando sus ojos descubrieron el colmillo del elefante blanco en la unánime familiaridad del estudio de Leb, leía en la primera de aquellas caligrafiadas cuartillas lo que parecía el título de una obra... o una profecía:

El Círculo de Koría

—Es la letra del maestro —balbució Vrik.

Y al desatar la cinta y examinar las páginas, comprendió que tenía en sus manos, acabado, el poema épico de Leb.

—Ahora soy yo quien ha de preguntarte dónde.

—En la hornacina que debía contener el *Kiran*, a las puertas de la cripta de la Torre del Rey. ¿Una broma del maestro? —respondió el príncipe.

—¿Habéis encontrado entonces eso también?

—Esa hazaña se la debemos a los *manus*.

Pero Vrik paseó sus ojos por versos rotundos que ecoaban el clangor de los aceros, el épico aleteo de corazones batalleros, la muda meditación de los montes soñándose erguidos sobre destinos humanos, el oleaje del océano de las arenas arrojando escorpiones a las tierras fértiles, el hechizo animal del bosque, las heridas

de Dyesäär, los dolores de parto de Eben al dar a luz su porvenir, los pioneros de ese porvenir quebrando los círculos rutinarios de la historia y forzando nuevos e imprevisibles senderos en las penumbras del Tiempo...

—Todo, todo está en estos versos —murmuró Vrik.

Brahmo, mientras, sopesaba el *Kiran*, retiraba el pie de oro que tapaba el hueco interior, hallaba el relato de Ban, escrito con tinta dorada en pergamino unos mil dociientos años atrás. Lo habían respetado los siglos como si la mano del Don hubiese grabado sus palabras en la materia de la eternidad. Recorrió Brahmo con su mirada los austeros trazos *dévicos*, sintiendo estremecerse todo su ser aun allí donde no entendía el sentido del texto. Era el *dévico* de los orígenes, lengua de dioses, frases con la música de místicos ríos de luz... pero, aunque la música era la misma en la desembocadura del mar y en la fuente, difícilmente podían entender los hombres costeños lo que significaban las voces peregrinas del manantial.

—Todo, todo está aquí —musitó Brahmo a su vez.

Y como al levantar sus ojos viera una ardiente expectación en los *compañeros*:

—Que la lectura del *Kiran* sea mañana, después de la coronación, el signo del Renacimiento. ¿Quién lo traducirá? ¿Quién abrasará las horas de su noche con la luz del legado del Don?

Y se ofrecieron Pradib y Thâre.

La coronación fue una ceremonia improvisada y sencilla. No se realizó en la Sala del Trono porque esta mira al Sur, al templo, sino al pie del baniano rojo, contemplando el ungido el Norte brumoso de la mañana. El pueblo llenó la ciudadela, inundó la meseta del palacio, y se reunió al pie de la elevación donde crecía el baniano rojo de los Tauris, al que se quería creer vástago del árbol milenario de Ban, arrancado y destruido por Sarkón. La reina entonces, con voz alta y orgullosa, reveló a los ebénidas el verdadero origen de Brahmo y manifestó su voluntad de que sucediera en el trono al rey extinto. Los *Mensajeros* portaron la corona desde el palacio, se la entregaron a la reina, y Dama Esha, alzándola, honró la cabeza del príncipe. Arjun, Anandi y Ulán, nuevo triunvirato supremo del ejército, aceptaron al rey en nombre de las tropas. Y el nuevo monarca habló de los retos de la historia con la prosa más sencilla y más sentida que el Espíritu le inspiró en aquella hora.

No se invitó a representantes de las principales instituciones del reino; no se esperó a que otros pueblos pudiesen mandar sus legaciones oficiales. Si miembros de la Academia, de las dos Universidades, de la iglesia, asistieron a la ceremonia, lo hicieron en su condición de meros ciudadanos y no los delataron sus togas ni sus negras túnicas y capas talaes. Brahmo el *manu*, Pradib de Dyesäär, Thâre del Sart y los *tholos* de Koría fueron los únicos embajadores de Ordum a los que el Destino otorgó para este acto cartas credenciales.

La ausencia de pompas y fastos, de hinchadas retóricas y bombásticos

parlamentos, definió el rito y preluvió la era que Brahma acaudillaba. Apenas había pasado una hora cuando el pueblo se retiró, a la vez esperanzado y turbado, y el Círculo de Koría permaneció silencioso a los pies del árbol emblemático. Soplaban un viento frío del Norte; llegaba arrastrando fantasmales jirones de borra, que por el aire gris avanzaban en hordas de lúgubres heraldos. Ellos, con los corazones vueltos al futuro, se sentían cabalgar el Tiempo, a la vez potro arisco y camino, y sabían que las más esforzadas de las luchas, las más prosaicas, las menos esplendorosas, esas que siguen a las grandes revoluciones y que son la anónima construcción, minuto a minuto, del edificio del porvenir, estaban aún por empezar.

Antes de que cuajase en gris celaje este sentimiento, pidió Brahma a los traductores que leyeran su versión del *Kiran*, trabajada y cincelada durante una noche sin sueño. Thâre declinó el honor en el príncipe del Sur y Pradib, con el acento grandioso de los hombres del Mar y voz de oleaje, dio comienzo al relato del Don.

Sorprendía en *ordumia* lo prístino de su contenido; los múltiples sentidos y contrasentidos connaturales a la lengua *dévica* se perdían necesariamente en la traducción y quedaba al desnudo el corazón de la vivencia que informaba el texto. El Don no había pretendido hacer en él poesía ni lanzar su pluma a cimas literarias de hermosura; todo su propósito era narrar el ciclo de experiencias que llegó a confirmarle las más altas esperanzas concebidas por él para la Tierra y la estirpe humana. Y sus palabras se aquilataban con el peso de la Verdad.

Empezaba de un modo casi casual...

—Nunca, en toda mi vida, había estado mi alma tan despierta como durante el primero de los tres meses que culminaron en el descenso del Alma del Matrimandír. Mis visiones se poblaban de flores y mi pecho era un manantial de armonía. Ver, oír, percibir, era experimentar la trama secreta que une todas las cosas en un mismo movimiento divino creador, esa épica cosmogénica cuyas pulsaciones continuarán hasta llenar el molde del Tiempo con la Luz de los Orígenes y hacer del universo el cuerpo perfecto de Dios. Esa armonía supratemporal, que hila las desdichas y dolores y carencias del momento a la vasta urdimbre del proceso cósmico, es la que yo sentía ahora: en la grandeza del lienzo universal, aun las sombras hallan su belleza y su sentido. En una ocasión, mientras meditaba en mi cámara, me vi, como un niño, en los jardines exteriores. El Espíritu me dijo entonces que la Madre de los Mundos lo había dispuesto todo para que yo culminase mi tarea. La Madre estaba ante mí, diamantina... Y yo entre los rosales. Un arrobamiento me asaltaba de instante en instante y quedaba yo suspendido, el cuerpo frío y pálido, inmóvil, lejano el espíritu. En el vértice de mi cabeza sentía germinar la semilla de un árbol. Y el árbol crecía hacia sutiles alturas como escala hacia el Origen. Lo

bañaba una lluvia de Luz y su tronco ensartaba los siete colores del Arco Iris. Y el rocío en sus ramas era mística miel en mi boca. En cierto modo, no me eran desconocidas estas experiencias: su intensidad era nueva. Y la convicción de que preludiaban una conquista mayor. Debía, sin embargo, cruzar aún un abismo. Cuando la luna llena amaneció en Tauro y la flechó el sol desde Escorpión, se abrieron las fauces de la sima. En mi meditación apareció una figura nueva, un hombre de rostro extraño, cabeza grande y calva. Me llamó y lo seguí, y el mundo quedó lejos, como un mero fenómeno momentáneo de la consciencia susceptible de ser disuelto por un leve acto de voluntad... un sueño al filo del despertar. Sensaciones, emociones y pensamientos eran haces simultáneos de turbia luz lejana que apenas alcanzaban el prístino vacío en el que yo me adentraba. Al acercarse, se les oía nítidamente confesar su naturaleza y su impotencia para mezclarse con la materia sutil de mi ser, indistinguiéndose en ella. Había en sus voces un eco de tristura, dolor de quien al pretender atravesar la membrana del Vacío, en la ausencia total del espejo de las formas, descubre su esencial irrealidad. Pero lo que a estos fenómenos aniquilaba, a mí me hacía libre; el molde de mi yo se resquebrajaba y yo seguía a aquella testa calva que en mi soledad interior me había dicho sólo 'Ven'. Divisé la frontera amatista del Nirvana. Entonces, antes de que la estela deshilachada del yo trascendiese el umbral y se disolviese en Silencio y Quietud últimos, sentí el quebrantamiento del eje del mundo y un crujido me aturdió, como de árbol tronchado: era el eje de mi espalda y su viviente floración hacia el cielo. Vi entonces diez rostros divinos atemorados ante una Máscara creciente; diez figuras corrían y destruían, tras cruzarlo, un puente tendido sobre el abismo... Poniéndose a salvo, se alejaban de mí e, impotente, me dejaban en manos de un titán desconocido. A conocerlo, sin embargo, llegaría. Aquella fuerza de aniquilación puso un pie sobre mí. Se cerraron las cortinas del Nirvana y el camino de liberación seguido hasta allí pareció un sueño cuya audacia debía ser ahora castigada. Se desgarró por todas partes la membrana del Vacío y añicos de Quietud tintinearón... resquebrajando el suelo del Silencio. Recuerdos y pensamientos, sensaciones y sentimientos, penetraron en turba caótica, entorchándose en los haces de mi yo... De nuevo fui un prisionero del mundo, clavado en la cruz del Espacio y el Tiempo. Y en el vértice de mi cabeza, donde había crecido un vástago del Árbol Cósmico, el Enemigo plantó su propio arbusto espinoso. Durante días y días chorros de luz negra cayeron sobre mí, en mí, como si ya sólo fuese digno de recibir las aguas de un cielo tormentoso y para siempre hubiese de quedar el Sol amortajado en tempestades. Pero el arbusto de espinas crecía con las aguas rabiosas, y hundía más y más hondo sus raíces.

En los vastos espacios sutiles que hay entre el alma y su persona, en esos mundos intermedios donde las Fuerzas Cómicas batallan entre sí por la posesión de un hombre, halló el Infierno fértil suelo y erigió orgulloso fundamento. En los torces del Tiempo, ensartó el Enemigo los momentos de mi perdición y, apenas penetraban mis ojos las transparencias prescientes del éter, veía las desdichas concebidas por la Negra Voluntad cuajar sus formas terribles con la materia del evento. El tiempo se torcía ante mí y cada día por venir era un peldaño en descenso hacia el Abismo. En esta hora cruel de la prueba del alma, difícil le resulta al Peregrino comprender el silencio y la inacción de las Alturas. Ciego en la tormenta, es incapaz de percibir la Presencia Salvadora y ve perderse sus plegarias en las foces monstruosas del abismo, respondidas sólo por inhumanos ecos sardónicos. Y sin embargo, las Manos del Artesano nunca han estado más cerca de su materia que en el instante de la tortura transformadora. Fue entonces cuando dije: ‘Porque no has atendido mi llamada de súplica sé, Señor, que existes, que no eres una proyección de mis deseos ni una sombra de mi propia voluntad’... Llegó el momento en que mi interior se hizo impenetrable: o un muro de bronce lo afortalaba o, al abrirse en él una poterna inesperada, veía un foso de serpientes... o aquellos pasadizos llenos de rostros y voces fantasmas, precipitados al coma de un sueño mórbido. La paz que sólo se halla en el mudo diálogo con el alma, cuando los miembros están quietos y resignan los sentidos sus objetos, se hizo un tesoro añorado e imposible: durante días y días permanecí desterrado en la corteza de mi cuerpo, esperando los golpes que el mañana me traería y temiéndolos... falto de toda ancla y fundamento. Fui acorralado allí donde debía luchar sin ninguna de las armas y recursos interiores o rendir para siempre carne y espíritu: aquella Enemiga Voluntad podía matarme de muchos modos y en ambos mundos. Como alguien hundido en la ciénaga, del que ya sólo emerge la cabeza boqueante y la agitación de unas manos condenadas, yo poseía sólo la periferia de mi ser y el movimiento: medité caminando, concentrado en una sola idea mántrica, una sola palabra salvadora, que eternizaba repetición tras repetición durante horas de ensalmo mudo y obstinado. Sentía pisar la uva de la vida en el lagar del camino, y en mi parvo y agreste dominio alzaba con guijarros un humilde icono del Divino. Trascendió entonces mi llamada las foces crueles del abismo y sonó la aldaba suprema. Irrumpió una fuerza insospechada, luminosa y corpórea, imponente en su majestad de perfección: se diría que era aquella el cuerpo que viste mi alma en la corte divina, pero hecho de una materia terrestre perfecta... Cuerpo gnóstico oro-rojo de tierra-luz irradiando opalescencias místicas: así me ve el Ojo Supremo en el espejo de mi suprema

verdad. Y fue entonces cuando dije: ‘Porque has atendido mi llamada de súplica sé, Señor, que sobrepasas el poder de mi propia voluntad y que mis pensamientos no imaginan Tus caminos’... Pero este poder gnóstico, como si temiera romper la vasija al asurar la inmundicia que la colmaba, no prolongaba sus uniones conmigo. Venía, enseñaba, y partía. Y lo que enseñaba era, uno a uno, los estados internos que anulaban las increscencias enemigas. Era una labor de precisión exquisita, una alquimia minuciosa en la que cada vibración siniestra era respondida y anulada por notas de resonancias divinas. Progresó su obra y las uniones se alargaron. Comprendí que sólo el clamor desde el abismo atrae al Poder Gnóstico y supe por qué había debido descender hasta el final de la escalera. Un día se abrió una puerta a los espacios interiores. Me vi en un museo lleno de viejas figuras de dioses. Una se me acercó y me tocó, y sentí todo mi ser como un molde ajeno, una malla de entretejidos eventos voluntariamente aceptada. Yo no era en ese instante más que la neutra voluntad de admitirla o recusarla. Entonces el Ser Gnóstico me dio la clave de la muerte. Una consciencia hay que discierne la mentira que substancia la muerte, un ojo que ve llegar el momento de la aniquilación y una mano que la detiene. Con esta clave, yo he salvado vidas. Llegó poco después una mañana en que el Adversario concentró todo su poder en un último golpe. Nunca como entonces he visto próxima mi destrucción y la del mundo. Caminé durante doce horas, repitiendo el nombre-fuerza, traduciendo en repetición la Eternidad, macizando con la Eternidad el tiempo. Cuando llegó la noche no quedaba de las amenazas vislumbradas, tan próximas ya al umbral de las cosas, tan inmediatas a la realidad, más que el humo de una mentira que en este mundo invertido pudo ser verdad. Sonaba el mantra en la profundidad de mi oído con ritmo sublime de dios-sonido. Se encendía en crisopeya el aire y sangraba oro por todos sus intersticios. Cintilaba el tintineo de la sangre áurea y el nimbo del milagro enardecía todas las cosas. Íntima fue entonces la unión con el Gnóstico Habitante. Estaba yo acostado, la espalda pegada al suelo, y me sentía vivo en dos cuerpos. Superaba el Gnóstico al físico en todas sus dimensiones y la sensación de perfección e invulnerabilidad era en él infinita. Un cuerpo de Luz interpenetrando un cuerpo de arcilla y transformándolo. Se acercó a mí un viejo eremita, la cima de la cabeza calva y un cerco de pelo blanco, largo y ralo, cayéndole desde mitad del cráneo; la vejez labrada en su rostro, surcos rotundos de sabias, dolientes arrugas... vivaces y proféticos los ojos. Aun hoy no sé quién fuera, aún hoy no sé qué vínculo entre mundos distantes nos acercó por un momento: mi cuerpo gnóstico estaba en su cueva y el viejo se maravillaba con las manos sobre la luz de mi pecho como un tesoro. Abrí los ojos... la visión

del anciano continuaba, tan lejos de mi cuerpo terrestre, pero tan inmediato al cuerpo-luz que interpenetraba mis células... Mi cuerpo era uno con la Tierra. El curvo horizonte pasó presuroso varias veces ante mi mirada. Mi voluntad, poderosa y presciente, violaba la prisión del espacio y el tiempo individuales, buscando vidas que curar, mentes que inseminal, líneas que enderezar del retablo imperfecto del Demiurgo... Hubo quien fue salvado en aquella hora, seres a quienes no conozco y no conoceré marcados para el daño o la aniquilación, seres a los que una hora maldita esperaba en el siguiente recodo del tiempo... Dos visiones simbólicas se repetían en aquella hora: un pavo real de oro encarminado y naves esbeltas acercándose por un mar en descenso, deslizándose sobre la franja centelleante del riel solar que partía el azur en dos simétricos cuarteles heráldicos... Vi entidades inhumanas empujando sutilmente a masas de hombres al surco del hábito y vi al rebaño humano cabestrear tras ellas en círculo infinito. Algunas fueron aniquiladas en aquella hora, sombras disueltas en Luz de lo Alto... Vi todas mis vidas, todos mis cuerpos pasados... Todas esas vidas-muertes contenidas en el Rayo de Esperanza del Cuerpo Gnóstico... Y en el paroxismo de la Visión, el alma del Matrimandir descendió al templo esférico y el cuerpo inerte de materia terrena fue habitado por su principio consciente. Eran las doce de la noche, entre el once y el doce de Diciembre del año noventa. *Sabrán los míos que esto no es poesía...*

... Y parecía inacabado.

Siguió el silencio: nada más podía recibir este legado. Durante unos momentos cada uno calibró en su corazón las palabras que llegaran cruzando un éter de mil años. O no: la experiencia del Don, más allá de la prisión del evento, acontecía ahora también, en este preciso instante, lanzando su Rayo desde el núcleo atemporal en torno al cual gira, eónico, el Tiempo.

En el Norte, el naciente fragor de una tormenta, premonitorio. Un viento arisco y el dedeo aún calmoso de la lluvia los alcanzaban ya. El Círculo se levantó y desandó la ladera del promontorio hacia el palacio. Llegaban a las puertas de la Mansión cuando el grito triunfante de un pavo real les arrancó de sus meditaciones.

Gloriosa, el ave desplegab su pompa de ocelos en la cima del baniano rojo.



BEL ATREIDES seudónimo bajo el cual el autor barcelonés ha escrito, entre otras obras narrativas, *El Sacrificio Peregrino*, compuesta de mas de quince libros.

Lleva publicadas tres novelas de fantasía y demuestra ser un fan de Tolkien. En una entrevista promocional describe la épica defendiéndola de las dos acusaciones que siempre se le hacen: que es ingenua y que tiende al fascismo (lo más curioso es que esta sospecha la tienen incluso los amantes de lo épico, que a veces nos miramos unos a otros con suspicacias bastante tontas). Atreides dice que sus modelos son Tolkien, Atanasio y T. H. White, además de calificar el Mahabharata de Lidchi-Grassi de extraordinario.

También es traductor de Blake, Wordsworth, Dostoievski, Shelley y Milton. Ensayista de ciencia ficción, relaciones personales, medicina alternativa y cine. Entrenador personal.